Lesley Blanch

Los Sables del PARAISO

EDICIONES SELECTAS

LOS SABLES DEL PARAISO

por Lesley Blanch

Este relato documental de la infiltración rusa en el Cáucaso durante el Siglo XIX, **se basa en cuatro años de investigaciones y viajes por Europa y el Cercano Oriente, en busca de rarísimos materiales** obtenidos de algunos descendientes de las principales figuras, que intervinieron en la terrible guerra en la que murieron cientos de miles de cosacos y tártaros. Esas campañas, las guerras múridas, tomaron su nombre de los guerreros de Shamyl, los tribeños a quien éste fundió en un ejército de fanáticos, que libraron una guerra santa por Alá, y la libertad y sus sables fueron, para ellos, las llaves del paraiso.

El Cáucaso es uno de esos países, a un tiempo duro y exótico, repulsivo y atrayente. Y Shamyl, su encarnación misma, era guerrero místico, ogro y santo, taimado e ingenuo, caballeresco y despiadado. Sus implacables ejércitos de fanáticos aceptaron una vida de desolada abnegación y penurias... por Shamyl. En la vida y en la muerte, la palabra del caudillo era ley. Las cuatro esposas de Shamyl se inclinaban ante él con amor y sumisión. Su pequeño hijo fue sacrificado a la causa de la libertad. Su hermana se arrojó a un torrente embravecido que estaba doscientos metros más abajo, para morir cuando él le ordenó. Su madre quedó tendida a sus pies, desmayada de azotes, por orden suya, cuando suplicó misericordia por una tribu rebelde.

Shamyl se convirtió en una leyenda y desafió a su enemigo el zar, quién se había llevado a su primogénito como rehén a San Petersburgo. El Imán se tomó represalias capturando a dos princesas georgianas con sus hijos y a una institutriz francesa, conservándolas en su

(Sigue en la segunda solapa)

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/lossablesdelpara0000lesl

LOS SABLES DEL PARAISO

LESLEY BLANCH

LOS SABLES DEL PARAISO

"Así, los mosquetes del zar fueron enfrentados por los sables del paraíso".

EDITORIAL DE EDICIONES SELECTAS S. R. L.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Prohibida la reproducción
Copyright © by
Editorial de Ediciones Selectas
Buenos Aires, 1962

Título de la obra en inglés:
THE SABRES OF PARADISE

Traducción de:
LEÓN MIRLAS

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Editorial de Ediciones Selectas
Perú 1186 – Buenos Aires

A

Edna y Marston Fleming

con cariño

ILUSTRACIONES

Shamyl, imán del Daghestán. Retrato de Thomas Horscheldt, 1859.
El aúl de Tindi. Por cortesía de la Royal Geographical Society.
Múridas vadeando un río. Dibujo del príncipe Gagarin.
El príncipe Alejandro Bariatinsky en su juventud. De pintor desconocido.
El príncipe Miguel Voronzov. Retrato de sir Thomas Lawrence.
El emperador Nicolás I de Rusia, en su catafalco. Marzo de 1856.
Asedio de un aúl por tropas rusas.
Mahommed Emin.
Daniel Beg, sultán de Elisou. Fotografía tomada en Tiflis, 1859.
Hadji Murad, en el aúl de Ghimri. Dibujo del príncipe Gagarin.
Una dama noble del Daghestán.
Un aúl chechén.
Djemmal-Eddin. San Petersburgo, 1854.
El Palacio de Invierno.
Khazi Mahommed. Kaluga, 1860.
Mezquita de Khounzak. Dibujo del príncipe Gagarin.
El emperador Alejandro II.
Shamyl, imán del Daghestán, 1859.
La segunda hija de Shamyl, Fatimat. Kaluga, 1861.
Mahommed Kâmil. Constantinopla, 1918.
Hadjio, mayordomo de Shamyl, Mahommed Sheffi, Abdurrahim y Abdurrahman.
Khazi Mahommed, su segunda esposa Habibette y su hija Nafisette. Kaluga, 1865.
Mahommed Sheffi y su segunda esposa, Meriam. Kazán, 1886.
Shamyl y sus dos hijos, Khazi Mahommed y Mahommed Sheffi. Fotografía tomada inmediatamente después de la rendición. San Petersburgo, octubre de 1859.
La última fotografía. Shamyl y sus hijos Khazi Mahommed y Mahommed Sheffi. Kiev, 1869.

RECONOCIMIENTOS

Estoy en deuda con mucha gente por la generosa ayuda que me prestó mientras yo escribía este libro. En primer lugar, con los descendientes del imán Shamyl, que me permitieron tan cordialmente compartir sus singulares fuentes de información. El conde Hilarión Woronzov-Daschkov me brindó mucho material valioso, concerniente sobre todo a sus antepasados, tres de los cuales fueron virreyes del Cáucaso. El príncipe Alexis Scherbatow (cuya madre, la princesa Ana Bariatinsky, fue la sobrina nieta del gran mariscal), me facilitó generosamente los documentos de su familia y un retrato inédito de su tío bisabuelo, el príncipe Bariatinsky.

Muchas personas derrocharon pródigamente conmigo su tiempo y su paciencia, recordando y señalándome el camino: debo darle las gracias en particular a Monsieur Resat Nuri Darago y a su esposa; a Monsieur Jacques Vimont y al coronel Sergio Obolensky. Tengo contraída una deuda que nunca podré pagar con Madame Lucía Davidova por la orientación y camaradería que me brindó cuando yo vagabundeaba por el laberinto del Cáucaso. A mi marido, Romain Gary, le debo agradecer muchísimo su entusiasmo y comprensión durante los años en que me consagre de una manera absorbente a la investigación en el Cáucaso.

Le agradezco a la condesa Alejandra Tolstoi el haberle restado tiempo a su trabajo en la Fundación Tolstoi para hablarme de la vida de su padre en el Cáucaso; a Monsieur Constantine de Grunwald, el historiador, todo el aliento y cordial ayuda que me proporcionó y a Monsieur André Malraux su vivo interés y sus opiniones sobre la mejor manera de ilustrar el libro. Esto me lleva a hablar de los maravillosos dibujos del príncipe Gagarin, hechos durante una recorrida militar por el Cáucaso. Tienen un aspecto extraño, a un tiempo práctico y romantizado; así vemos, en el retrato de Hadji Murad, no sólo el paisaje impresionante, sino también al propio "Diablo Rojo", tomado de la vida misma.

La mayoría de las fuentes sobre las guerras múridas están en ruso; unas pocas, son árabes o turcas; por eso, quiero agradecerles a todos los que trabajaron conmigo en los laberintos de la traducción o la inter-

pretación, sobre todo a Monsieur Nicolai Gubsky, Monsieur Mahommed Ali Issik y Madame Neclâ Tonak, así como al señor Hugh Brooke, su valiosa ayuda para reunir mi material. Sobre todo, debo darle las gracias a la señora Leeston, quien trabajó tan devotamente conmigo para poner orden en el caos de mis originales.

También quiero expresar mi gratitud por la paciencia y cooperación puestas de manifiesto por diversas oficinas gubernamentales, como, las embajadas de la U.R.S.S. en Londres y París y la embajada turca en París, donde estoy en deuda especialmente con Monsieur Barhaten Ornekohl, así como lo estoy con todas las oficinas gubernamentales turcas de Estambul. La Bibliothèque Nationale, la Columbia University, la New York Public Library, la New York Society Library, la Foreign Office Library de Su Majestad Británica y la de la Royal Geographical Society se mostraron infinitamente serviciales conmigo; y, más que nada, la London Library. Aquí, quiero expresar también la seria deuda que tengo contraída con el difunto J. F. Baddeley. Mucho antes de haberme acercado a las montañas, la "Conquista del Cáucaso" de ese autor me llamó la atención: pero cuando comencé mis propias investigaciones descubrí, en la London Library, el Legado Baddeley. Este comprende las fuentes rusas que ese escritor acumuló durante su vida en Rusia, en los albores del siglo, junto con sus notas y su índice. Con ese material, pude apreciar por mi cuenta muchos sucesos y caracteres y revaluar muchas fuentes básicas que, de lo contrario, sólo se habrían podido obtener con muchos meses de trabajo en las bibliotecas y archivos de la U.R.S.S., un proyecto largamente acariciado que no pude llevar a la práctica al tiempo en que escribía el libro.

También debo expresar lo agradecida que le estoy a Mademoiselle Hadduc Daghestanli por su generosidad al facilitarme fuentes y materiales para la futura biografía de su padre, el general Mahommed Fazil Daghestanli Pashá. Este libro, que se publicará en Turquía, es esperado con impaciencia por todos los que se interesan por el Cáucaso.

Finalmente, quiero darle las gracias a Monsieur Samuelian, de París, en cuya Librarie Orientale (una cueva de Aladino para los bibliófilos) he pasado tantas horas utilísimas, donde hallé mi propia colección de obras caucásicas y sin cuyo consejo y ayuda yo no habría logrado jamás encontrar a los descendientes de Shamyl.

Estoy en deuda con los editores siguientes por haberme permitido citar fragmentos de estas obras:

"Ivan Ilych, Hadji Murad and Other Stories", de León Tolstoi (World Classics Series) traducido por Louise and Aylmer Maude, Oxford University Press, p. 72, 276-7. "A Heroe of Our Times", de Miguel Lermontov, George Allen and Unwin Ltd., p. 193. "Mis pensamientos de antaño", de Alejandro Herzen, traducido por Constance Garnett. Chatto and Windus, Ltd., p. 159, 160, 184, 240-1. "The Russian Conquest of the Caucasus" por J. F. Baddeley, Longmans, Green and Co. Ltd., pgs. 233, 300, 409. "Eternels Compagnons de Route" de Dmitri Merejkovsky. Edi-

tions Albin Michel, pgs. 194-5. "La Sainte Rusie", traducción francesa de Henry Troyat, Editions Bernard Grasset, p. 195. "Nicholas I", de Constantin de Grunwald, traducido por Bridget Patmore. MacGibbon and Kee y Douglas Sanders, pgs. 360, 362. "Dead Souls", de Gogol. Benn's Essex Library, editado por Edward G. Hawke, con una introducción de Stephen Graham, pgs. 145-6.

"Sé usar un puñal...
He nacido en el Cáucaso"

ALEJANDRO PUSHKIN.

INTRODUCCION

Los hombres del Cáucaso les escribían poemas de amor a sus puñales, como a una amante e iban a la batalla como a una cita amorosa. La lucha era la vida misma para ese hermoso pueblo moreno, el más hermoso del mundo, según dicen. Vivían y morían con su puñal. Los combates eran el pulso de la raza; la venganza, su credo; la violencia, su clima. "Estoy en mi novena cabeza", se jactaba un pequeño príncipe caucásico de doce años de edad, quien hablaba el francés con un acento parisiense que le ganó la admiración de Alejandro Dumas y codiciaba la bolsa de su padre con veinticuatro cabezas de rebeldes, cercenadas como aporte a la pacificación de su provincia. El príncipe "bebé" Georgi Melikov, a una edad en que podía estar chupándose el pulgar, lo pasaba por el filo de su *kindjal*, o puñal de dos filos, balbuceando que lo había hecho para él el célebre armero Mourtazali. Cuando Agha Mahommed, "el eunuco persa", se apoderó de Tiflis en 1795, sus tropas violaron a todas las mujeres que se les antojaron y como recuerdo de su victoria, desjarretaron la pierna derecha de todas las vírgenes poseídas. Pero también las mujeres sabían pelear, porque se las creía descendientes de las amazonas. Bajo sus velos, llevaban un puñal. Cuando los habitantes de Akhulgo fueron sitiados por el ejército invasor ruso en 1837, las mujeres combatieron junto a los hombres; cuando se les acabaron las municiones, arrojaron piedras; cuando no les quedaron piedras, los hombres se arrojaron hacia la muerte, sobre las bayonetas que estaban abajo; y cuando murieron los hombres, las mujeres lanzaron a sus hijos, como proyectiles vivos y saltaron detrás de ellos. Tal fue su desesperada resistencia. Tal era aquel clima de violencia.

Las cabezas o manos cercenadas al enemigo eran siempre buena moneda en el Cáucaso. La dote de una muchacha *toushecn* se calculaba a base de esos trofeos. Cuando más impetuoso era un joven *délikan*, o guerrero caucásico, más manos cortadas pendían del arzón de su caballo. Manos derechas, desde luego; las izquierdas apenas contaban y su pérdida nunca le impedía a un hombre del Cáucaso seguir combatiendo. Las orejas cercenadas, un método menos engorroso de indicar el número de cabezas capturadas, se colgaban por lo general a lo largo de la correa del látigo. Cuando a un jefe chechén le mataban a su hijo en una batalla,

cortaba su cadáver en sesenta pedazos y enviaba a jinetes por las montañas y los valles —cada uno con un pedazo— para que se los diera a sus parientes y vasallos. Por cada pedazo, le devolvían la cabeza de un enemigo. Así se vengaba la muerte de su hijo. La venganza, vendetta o *kanly*, se prolongaba a menudo a lo largo de tres o cuatro generaciones, diezmando a familias enteras, hasta que no quedaba ni uno de sus miembros. Sólo se consideraba pobre a una familia y se la compadecía cuando no quedaba nadie de ella en condiciones de combatir.

La venganza y la violencia: eso fué lo que exhibió el Cáucaso durante toda su sombría historia, y lo que llegó a su apogeo durante la primera mitad del siglo XIX, cuando los ejércitos invasores se dirigieron al este, conquistando provincias asiáticas y del Cercano Oriente, y hallaron su primera derrota en las montañas caucásicas. Todas las tribus mahometanas se habían coligado en una terrible hueste y bajo la dirección de un solo hombre, Shamyl el Ávaro, su Profeta y Guerrero. En 1834, Shamyl apareció en escena como un relámpago de acero, como un trueno, como un flamígero Príncipe de las Tinieblas; la teatralidad de su leyenda y sus negros estandartes armonizaban con su telón de fondo de imponentes montañas, de acantilados que caían a plomo y coronaban a aúles o pueblos fortificados, semejantes a nidos de águilas y que pendían sobre hondonadas tan profundas que la luz nunca penetraba en el abismo por donde fluían embravecidos torrentes y aullaba en los desfiladeros un viento incesante. Ahí había nacido Shamyl; en las salvajes montañas del Daghestán, un páramo rocoso que apenas figuraba en los mapas, ubicado entre el Mar Negro y el Mar Caspio.

Sólo el Cáucaso —sólo la voluntad de Shamyl— les cerraba a los rusos el camino por tierra hacia la India y sus antiguos sueños de expansión colonial hacia el este. Cada kilómetro recorrido por sus ejércitos hacia el Oriente, cada aldea capturada, cada fortín cosaco instalado en la frontera, eran observados con aprensión por el resto de Europa, desde Westminster hasta la Sublime Puerta, pasando por Hofburg y el Vaticano. El barón Meyerdorff, en su carácter de vocero del zar Nicolás I, hablaba de la saludable influencia de Rusia sobre el Asia Occidental. Pero la condesa Nesselrode, esposa del estadista ruso, habló para las generaciones futuras y también para los demás continentes cuando escribió:

"Europa no podía aceptar la flagrante falta de delicadeza constituida por el simple hecho de que Rusia fuese una gran potencia."

Por eso, la historia de la vida y los tiempos de Shamyl es en parte la historia de la expansión colonial rusa y sobre todo de la era conocida con el nombre de guerras múridas, "La Época del Shariat", como se la solía llamar; la época en que Shamyl hizo revivir las leyes de Mahoma y las puso en vigencia, usándolas como un arma contra la conquista rusa; la época en que sus guerreros libraron una guerra santa por Alá y la libertad y sus sables fueron, para ellos, las llaves del paraíso.

En 1801, Rusia se había anexado pacíficamente el reino de Georgia. Imeretia y Mingrelia siguieron su ejemplo en 1803 y 1804. Pero en el norte, en las montañas del Daghestán, empezó una resistencia que debía trocarse en una terrible guerra que duró hasta 1861. Esas campañas, las guerras múridas, tomaron su nombre de los guerreros de Shamyl, los tribeños a quienes éste fundió en un ejército de fanáticos; los monjes combatientes a quienes llamaban múridas y cuyos jefes eran los naibs. Jamás capturaron vivo a un solo naib.

Todo aquél que escribe sobre el Cáucaso habla de extremos; y el que escribe sobre Rusia —sobre la idiosincrasia rusa— habla del exceso. Los caucasianos y los rusos chocaron en los campos de batalla del Cáucaso, con tremendas consecuencias.

Los invasores rusos, a pesar de todo su poderío, se sentían empequeñecidos ante aquellas formidables montañas que separaban al mundo cristiano del musulmán y que parecían la frontera de Europa. Más allá, todo era leyenda y fábula. Desde lejos, el Cáucaso parecía un voluptuoso sueño oriental, "la Cólquide, el país del Vellocino de Oro, el sur de suave hálito", el mundo oriental donde se balanceaban las bailarinas de Shemakha, cuyos pies pintados con henné y adornados con ajorcas removían el polvo asiático cargado de oro. Pero en el fondo del espejismo había derramamiento de sangre y frenesí, y en vez de oro, acero; en vez de amor, odio.

Tres sonidos arrancaban ecos de las montañas: el rumor de los tambores que llamaban a la gente a la guerra o marcaban el salvaje ritmo de la *lesguinka*, el del viento que aullaba en los desfiladeros y el de la flauta tocada por un pastor.

Así era el Cáucaso durante la primera mitad del siglo XIX. En todas partes, había cosas extremas e increíbles: tigres que vagabundeaban por el trópico; tierras bajas en el este; águilas que se remontaban sobre las peladas tierras altas; gigantescas montañas que cabalgaban sobre la tierra; las Montañas Blancas, las Montañas Negras; barrancos donde bate de día las alas el murciélago y la noche agrega poco a la lobreguez; "aúles" o aldeas de las montañas, de las cuales desterraban a las mujeres y los niños y donde sólo vivían guerreros que salían al galope para hacer correrías y morir, entonando sus canciones de muerte y librando una batalla final, como un baluarte viviente contra el fuego ruso. Hasta la palabra "aúl" tenía una aspereza onomatopéyica: era un sonido siniestro que evocaba desolación y ruina. Alrededor, había regiones desoladas y sin vida, donde sólo soplaba furiosamente sin cesar el viento, rocas con senderos muy angostos y por los cuales ninguna mula podía trepar. Y donde, con todo, las esforzadas filas de soldados rusos emplazaban sus cañones.

—¿Puede llegar allí un perro? Adonde pueda llegar un perro, también llegará un soldado ruso —dijo el general Grabbé, cuando el ejército del sur imperial luchaba desesperadamente para sojuzgar el cruel Cáucaso, posición clave de su expansión colonial.

Pero algunos paisajes, como ciertas naciones y pueblos, revelan un segundo aspecto, otra faceta. El Cáucaso es uno de esos países, a un tiempo duro y exótico, repulsivo y atrayente. Y Shamyl, su encarnación misma, era guerrero y místico, ogro y santo, taimado e ingenuo, caballeresco y despiadado. Debajo de las tonalidades heroicas del hombre y de la tierra, solían percibirse murmullos elegíacos. Shamyl el Avaro, el temido Jefe, era capaz de amar a su esposa con tanta pasión como para olvidarlo todo —sus batallas, sus soldados, su causa— y correr a su lado cuando estaba moribunda.

Y abajo, en Tiflis, en las tierras bajas, anegadas de sol, más allá de las sombras de las montañas y la periferia de las batallas, había una atmósfera de seducción, de voluptuosas aventuras e intrigas políticas. Viñedos y bosquecillos de naranjos, "bazares", con pilas de secas y especias, joyeros persas que pesaban turquesas por libras y armeros caucásicos que trabajaban sobre los bellos filos damasquinados que les daban fama mundial. De las mezquitas tártaras, surgían al anochecer los cánticos de los fieles, para mezclarse con el canto de barbudos monjes en las iglesias armenias. Balcones derruidos pendían sobre el río Koura, donde, en la penumbra crepuscular, la música de las *tar* y los *zurna* acompaña las quejumbrosas canciones de la Georgia. Sin embargo, aquella suavidad meridional nunca era el "sur impregnado de rocío, con sus bosques plenos de murmullos de amor y sonoras oleadas de laúd." Aquel país, como la gente, se conservaba salvaje bajo su belleza.

Dondequiera, se veían entonces en Tiflis brujas de negro velo que cojeaban con andar extrañamente regimentado; eran las sobrevivientes de las vírgenes a quienes violaran las tropas persas de Agha Mahommed en tiempos remotos y cuyos hijos esperaban ahora que Rusia los protegiera de la dominación musulmana, persa, turca o tribal.

En los tejados, de noche, las beldades georgianas, de larga nariz y ojos de cierva, se abanicaban y observaban a los fanfarrones guerreros que merodeaban por allí, felinamente; hombres que cortejaban, que combatían, oscuras figuras demoníacas con sus puntiagudos gorros de badana y sus *burkas* de piel de cabra, la holgada capa caucasiana, que usaban los campesinos y nobles georgianos, los oficiales rusos y los tribeños de las montañas.

"Hoy, vi a uno de ellos", escribe un visitante de Tiflis, al evocar el momento en que vislumbrara por primera vez a los temidos montañeses. Montaba un caballo tan fogoso como él. Se alejaron velozmente juntos, como el viento y las nubes; y parecían un solo ser... un chorro de luz argéntea, porque el caballo era gris y sobre la vestimenta del hombre centelleaba la malla y sobre sus brazos la plata y el acero...".

En el territorio circundante, y al norte a lo largo de las riberas del Valerik —el Río de la Muerte— estaban los fortines avanzados cosacos, donde vivía una raza de hombres corpulentos, de rostro aplastado y nariz roma, los Cosacos de la Frontera. Les habían enseñado desde su infancia a mantener la línea de fortificaciones rusas, aquellas fronteras

que avanzaban año tras año hacia el sur... y el este. Allí, vivían y morían los cosacos, hacían correrías contra los tártaros —como llamaban en general a la hueste de tribus caucásicas que se habían unido para resistir a la invasión rusa— y, a su vez, sufrían las correrías de esos mismos tártaros.

A través de la angosta extensión del Cáucaso, desde el Caspio hasta el Mar Negro y lindando al norte con las estepas rusas y al sur con las fronteras turcas y persas, existía un puñado de pequeñas y polvorientas ciudades con guarniciones tales como Khassif Yourt, Poti o Temir-Khan-Shoura; bases de las cuales salían los hombres para morir; donde el carabao resoplaba en los arroyos resecos, donde el champaña barato, los mazos de naipes ajados y las mujeres fáciles eran las únicas distracciones posibles para los jóvenes oficiales rusos acuartelados (entre los cuales figuraban Tolstoi y Lermontov.) Eran, por lo general, nombres de la más disoluta *jeunesse dorée* de San Petersburgo, desterrada al Cáucaso por sus deudas o duelos o aventuras amorosas desdichadas u opiniones liberales expresadas con harta libertad.

Más al norte, acunado entre gigantescos picos, se hallaba el flamante balneario de aguas termales, donde la sociedad petersburguesa hallaba todo lo que se consideraba exotismo y peligro. Príncipes gallardos y salvajes, nieves eternas, vegetación tropical y ruinas románticas, Kisslovodsk y Piatigorsk, cuyas aguas se suponían particularmente eficaces contra los estragos de la sífilis y donde la aristocracia rusa más degenerada se reunía en una atmósfera de escándalo y lujuria, donde un duelo a muerte —como el de Lermontov— se consideraba algo que valía la pena si proporcionaba una distracción de la vida provinciana. Este ambiente tan refinado obligaba hasta a los más célebres donjuanes a cuidar de sus laureles. Las damas visitantes languidecían de amor por los montañeses o los bandidos. No se conformaban con menos.

Los oficiales rusos heridos y enviados para pasar su convalecencia en Kisslovodsk eran muy solicitados cuando se paseaban, pálidos y enigmáticos, por las avenidas que sombreaban los eucaliptus; pero lo que ansiaban las damas, lo que habían venido a ver en realidad, era a un noble local, un *shamkal*, un *emir* o un *kan*. Hasta servía para el caso un *lesguinetz* sin título ni ley, como los que ellas descubrieran en las horribles novelas de Bestujev. De pronto, los salones de San Petersburgo se habían vuelto insulsos y las avenidas flanqueadas de mármoles y los jardines de invierno, descoloridos. Las damas empacaban sus maletas y se iban al Cáucaso.

Hasta que Shamyl capturó en 1854 a las dos princesas, azafatas de la Zarina, a quienes me referiré en adelante, el sueño de toda mujer era que la raptasen, la izaran a la silla de montar de un pura sangre de la Kabarda y la obligasen a aceptar las galanterías de algún atezado montañés.

En realidad, Madame Hommaire de Hell narra el caso de una dama rusa raptada por los *lesguintzy* y que, después de haber sido liberada con

grandes dificultades por un destacamento del general Grabbé, huyó nuevamente a las montañas, tan galantes le parecían los tribeños.

* * *

En este clima dramático donde la venganza era la primera norma, las armas se trocaban en personas, adquirían personalidad, un ser propio. "*Me hicieron para Ammalet Beg*", dice la hoja de un puñal. *Te ayudaré de día y de noche* (tanto legal como ilegalmente), dice otra. *Soy lento para agraviar, rápido para vengar*, dice un *kindjal* con incrustaciones de oro y marfil. *Ojalá tu puñal se herrumbre*, dice una maldición. Esos puñales no eran las cimitarras con forma de hoz del este visto con los colores románticos, sino rectos y pesados. El *kindjal* era un puñal de sesenta centímetros, acanalado y con doble filo; la *shashka*, un sable enorme, apenas curvo y muy pesado. Ningún caucasiano estaba debidamente vestido sin su puñal y hasta las mujeres llevaban uno más pequeño, pero casi igualmente imponente, prendido en el cinturón. El *kindjal* se usaba de una manera desgarrante. "El corte" era *de rigueur*. Matar con la punta carecía de sentido artístico. Las armas constituían un culto, tan caro a los nativos como su propio honor.

En todas partes, en todas las ocasiones, los caucasianos combatían. Las batallas eran el pulso del pueblo. Combatían entre sí o contra los invasores, con idéntica furia. Sucesivas oleadas de conquistadores encontraron en ellos a un enemigo terrible: las legiones romanas, los árabes, Atila, Genghis Kan, Tamerlán, y los persas, quienes llamaban al Cáucaso "Seddi Iskender", es decir la barrera de Alejandro. El poderoso conquistador se había propuesto poseer el mundo y halló allí su primer fracaso. Perduraban en Persia las leyendas sobre la inexpugnabilidad del Cáucaso y circulaba este dicho: "Cuando un shah es estúpido, ataca el Daghestán". A algunos invasores, los caucasianos ni siquiera los consideraban dignos de una batalla encarnizada. Nadir Shah, después de haber conquistado a la India y a sus muchos salvajes reinos, decidió sojuzgar al Daghestán y a las provincias del Cáucaso. Pero le hizo frente y lo venció un furioso ejército de amazonas. Los hombres no lo consideraban digno de ser enfrentado personalmente por ellos.

"¿Cuándo dejará de fluir sangre en las montañas?", dice un proverbio local. "Cuando crezca entre la nieve la caña de azúcar", es la respuesta.

A distancia, pero dominando aquel país de violencias, se erguían las montañas, majestuosas e inmutables a través de los siglos. Aquél era el "helado Cáucaso" que cantara Shakespeare. La Montaña de las Estrellas, donde vive el Djinn Padishah, poderoso jefe de las Furias; el Kasbek, donde según la leyenda estuvo encadenado Prometeo; el Elbruz, el pico más alto de las Montañas Negras, "que ningún hombre puede escalar sin el permiso de Dios" y donde, según nos dicen, en la hondonada existente entre las cumbres gemelas, se detuvo en su viaje al Ararat el Arca de Noé. La primera persona que trepó el Elbruz, que se sepa, fue un joven

inglés, Douglas Freshfield, quien se tomó unas vacaciones de sus estudios en Oxford en 1861. Hizo la ascensión sin mucho alboroto; a los guías locales no les creyeron cuando regresaron a los aúles y contaron la proeza.

Aquéllas eran las imponentes cordilleras a cuyo lado parecían pequeños los Alpes y que debían inspirar a Tolstoi y transformar toda su concepción de la vida. "¡Pero las montañas! ¡Las montañas!", gritaba el escritor galopando hacia el vasto horizonte de las cordilleras, a fin de hallar la inspiración para lo que Turgueniev consideró su mejor obra, "Los cosacos". Esas cumbres concluyeron por obsesionarlo; gracias a ellas, descubrió la sencillez elemental que ansiaba y por la cual debía luchar durante todo el resto de su vida. Allí, se formó el manantial de su regeneración... "desde ese momento, todo cobró el carácter nuevo y severamente majestuoso de las montañas...". "Ahora, empieza la vida", parecía decirle al oído una voz solemne.

Para Shamyl, quien cabalgaba sobre esas montañas como un gigante legendario, éstas fueron su primogenitura, su reino. A su sombra, desplegó por primera vez su negro estandarte. En nombre de Ghazavat (La Guerra Santa), fundió a las enemistadas tribus montañesas en el implacable ejército de fanáticos cuyas venganzas privadas se diluían en su odio común a los infieles invasores. Durante veinticinco años, los caucasianos aceptaron una vida de desolada abnegación y penurias... por Shamyl. Sus múridas giraban alrededor de la sombría presencia de Shamyl con el lento desplazamiento circular de las fuerzas planetarias. En la vida y en la muerte, la palabra del caudillo era ley. Todos los múridas habían jurado resistirle a Rusia hasta la muerte. Las cuatro esposas de Shamyl se inclinaban ante él con amor y sumisión. Su pequeño hijo fue sacrificado a la causa de la libertad. Su hermana se arrojó a un torrente embravecido que estaba doscientos metros más abajo para morir cuando él lo ordenó. Su madre quedó tendida a sus pies, desmayada a azotes, por orden suya, cuando suplicó misericordia para una tribu rebelde.

Sin embargo, los pocos que lograron conocer más tarde a aquella figura terrible la vieron reír con infantil placer ante las tretas de un mago de pacotilla y confesar que la belleza y los pronunciados escotes de las damas rusas eran subyugantes, aunque eso sucedió en su vejez, cuando estaba ablandado. En el pináculo de su poderío, se le veía a menudo sentado a la turca junto a una mesa baja, frente a su gato favorito, un animalito blanco y negro muy feo, que era un comilón caprichoso y para el cual encargaba platos especiales.

Por lo demás, la ternura está en la tradición de los tiranos. El zar Nicolás I, enemigo de toda la vida de Shamyl y un tirano como él, era capaz de caminar descalzo y con las lágrimas asomándole a los ojos en los funerales de un indigente. El aborrecible Ali Pashá de Janina lloraba siempre copiosamente y les pedía perdón a las flores que arrancaba. Tampoco vacilaba en ahogar a sus nueras y hasta cuidaba de que sus

hijos miraran desde lejos cuando aquella macabra expedición náutica cruzaba el lago en barcas atestadas; las vociferantes víctimas se hundían en pocos segundos, arrastradas al fondo de las aguas por el peso de sus anchas bombachas de terciopelo, sus joyas y sus atavíos. Pronto, volvía a serenarse la rizada superficie del lago; sólo quedaba un turbante de gasa entre los nenúfares... Y sin embargo, se sabía que Alí Pashá había vadeado aquel lago, donde el agua le llegaba hasta la barba, para salvar a un par de mariposas aturdidas.

Con todo, no se podía comparar a Alí Pashá con Shamyl. Salvo la violencia, eran hombres de índole muy distinta. El afecto de Shamyl por sus hijos —en realidad, por todos los niños y animales— era correspondido con creces. Sin embargo, tuvo que sacrificar a su adorado hijo Djemmal-Eddin, a quien los rusos le obligaron a entregar como rehén durante una sucesión de terribles reveses ocurridos en 1839. Shamyl el padre hizo el sacrificio por Shamyl el guerrero. *¡Había que liberar el Cáucaso!* Pero desde ese momento, su furia como jefe se volvió más fanática al agregársele la ira del padre privado de su primogénito. Esperó el momento oportuno para conseguir rehenes suficientemente importantes que le permitieran negociar la devolución de Djemmal-Eddin.

Ese día tenía que llegar.

El patético destino del hijo y su papel en este drama han sido eclipsados por la trayectoria de la historia caucásica y el lugar ocupado por su padre. Rastreamos, entre muchas hebras entretejidas, esas dos vidas, la una repleta de truenos olímpicos, la otra una melodía idílica, pronto acallada.

Primera parte

1

LA EPOCA

Europa no podía reconciliarse con la flagrante falta de delicadeza que implicaba el simple hecho de que Rusia fuera una gran potencia.

CONDESA NESSELRODE.

Hoy, el nombre de Shamyl significa poco fuera de Rusia y el Cercano Oriente, aunque hay familias caucasianas exiladas que viven en Turquía (entre ellas, algunos descendientes de Shamyl), que cuelgan todavía su retrato sobre la pared con toda la veneración que se le dispensa a un ícono. En una vieja casa que mira al Bósforo, hay una lámpara encendida ante su retrato de día y de noche y se pone a diario un jarrón con flores frescas.

Hace cien años o más, los principales periódicos europeos les dedicaron columnas enteras a sus hazañas, se hicieron interpelaciones en la Cámara de los Comunes sobre los compromisos británicos en el Cáucaso, el valor de Shamyl fue exaltado desde estrados públicos y las damas inglesas cosieron un refinado pedazo de tela destinado a trocarse en su bandera. La heroica resistencia de Shamyl suscitaba complacencia porque era un obstáculo deliberado a los planes zaristas sobre la India. El Cáucaso cerraba el paso en la ruta terrestre a Delhi; evidentemente, aquel hombre era un aliado, "un individuo realmente magnífico que les resistía a los tiranos.. y profundamente religioso, aunque tenía varias esposas...". Así hablaban las damas del círculo de costura de la parroquia, tonificadas por el té y la torta, mientras bordaban estrellas escarlatas sobre un fondo blanco; y les parecía ver flamear aquella bandera sobre alguna sombría cumbre del Cáucaso.

No cabía duda de que Shamyl había cautivado la imaginación de Inglaterra. Editores musicales emprendedores vendían "La marcha caucasiana" (adaptada para piano), mientras el "The Shamyl Schottische", con una portada de vivos colores, ostentaba un país de montañas donde guerreros de rostro aguileño blandían espadas o acariciaban a caballos

árabes. El público, cosa curiosa, parece haber recordado mucho más a Shamyl que los rusos. Para ellos, era al principio un simple ogro tártaro de ojos sesgados, tal como aparecía en toscos grabados en madera vendidos a las muchachas de la aldea cuyos novios se habían marchado a combatir contra él.

Mientras que Rusia, en general, sólo empezaba a comprender lentamente la significación de Shamyl en el creciente impulso de su expansión, a Gran Bretaña, experta en conquistas coloniales, le inspiraban la más viva aprensión las intenciones rusas en el Cáucaso y rumbo al este. "El istmo caucásico y el Circasia son la llave de todas las empresas proyectadas por Rusia en el Oriente —escribió un fogoso comentarista político a comienzos de 1840—. Para Gran Bretaña, más que nada, el éxito de la causa circasiana reviste capital importancia para la seguridad de sus dominios de la India y la conservación de la alta posición que detenta y debe mantener en el Asia Central. La mera presencia de una flota inglesa en el Mar Negro sería una señal para que los turcos, los persas y los tártaros de la Crimea sometidos a la autoridad rusa se levantaran en armas, simultáneamente y el resultado sería, según todas las probabilidades, la retirada de los rusos a sus nevadas estepas". Con ese incorregible dejo protector, no carente de la sagacidad comercial familiar a los estudiosos del desarrollo comercial británico, el comentarista continuaba: "Tenemos el *deber*, dada nuestra jerarquía e influencia entre las naciones, de procurar por razones de humanidad que cesen las hostilidades en la Circasia. También debiéramos esforzarnos en ilustrar a los ignaros habitantes de esa parte del globo, compartiendo con ellos nuestras leyes e instituciones que, aunque imperfectas, están fundadas en la sabiduría y probadas por la experiencia y tienen confesadamente una tendencia directa a impulsar al hombre por el camino de la civilización". (Y no porque hubiese muchos motivos para alegrarse con el cuadro que presentaba Inglaterra en esos tiempos, cuando treintiséis mil hombres sólo se salvaron de una miseria insoportable emigrando en 1851, cuando cincuenta mil mujeres trabajaban por menos de seis peniques diarios y la amplia mayoría de lo que se calificaba de "órdenes inferiores" permanecía aún dócilmente en esa incomoda etapa de la vida donde se les había antojado dejarlas a sus amos). El comentarista añadía, con bastante ingenuidad: "Esta civilización e ilustración se asegurará mejor estableciendo (con Circasia) *relaciones comerciales* que responderían al doble propósito de enriquecerla y a medida que progrese en industrias y riquezas, de hacer más imponente aún la valla opuesta a las incursiones de la única potencia europea (Rusia) que intenta, con su desenfrenada agresión e insaciable ambición, perturbar la armonía de las naciones".

Las repercusiones de esas alentadoras opiniones debieron de llegar a oídos de Shamyl quien, en todas las ocasiones, parece haber estado relativamente bien informado sobre el mundo exterior, ya que era suscriptor de los diarios y revistas de San Petersburgo, que le leían, a menudo entre dos batallas los intérpretes que trotaban junto a su estribo,

diciéndole con voz jadeante las noticias... con algunas semanas de atraso, pero traían aún ecos de la vida de Londres, Viena, Baden-Baden y París. Sobre la política, *le beau monde*, la Bolsa.

¡Con qué alegría debían de abalanzarse las mujeres de Shamyl sobre esos diarios, alisando las arrugadas páginas cubiertas de lo que les parecían jeroglíficos ininteligibles! Sólo conocían un poco de árabe o su propio idioma *ma'aroumat* o ávaro; pero... ¡con qué ansiedad debían de estudiar la página de modas, adornada con las monstruosas crinolinas y los sombreros con plumas de Monsieur Worth! A fines de la década de 1850-60, la leyenda de la crinolina había penetrado hasta los baluartes del Cáucaso y un viajero cuenta que se encontró con un atezado bandido que galopaba pesadamente armado, pero llevando la enorme jaula de una crinolina comprada en Tiflis para deleite de su novia y asombro de la aldea.

A poco, Shamyl se convenció de la simpatía inglesa por su causa y les anunció sin pérdida de tiempo a sus *naibs* que contaba con aquel poderoso aliado. Estaba el caso del capitán Bell, en que se notaba algo más que mera simpatía. El barco del capitán, "La Raposa", había sido capturado frente a la costa circasiana por un buque de guerra ruso y provocó un incidente diplomático de primera magnitud. Los ingleses sostenían intrépidamente que el cargamento era sal, simple sal; pero los rusos insistían en que encontraron grandes cantidades de armas... destinadas a ayudarles a Shamyl y sus hombres.

Pronto, Shamyl empezó a enviarle a la reina Victoria en persona una serie de súplicas, de gobernante a gobernante, pidiéndole su apoyo en su lucha contra la tiranía y la persecución religiosa de los rusos. Sus cartas, garabateadas con la graciosa caligrafía turco-tártara y firmada por los *caids* y *mollahs* más venerables del Daghestán, llegaban con regularidad a Londres, aunque no se sabe si las recibían en el palacio Buckingham. Los *mollahs*, y aún los imanes, no obtenían la misma consideración y simpatía que les concedía la reina Victoria a los magistrados, los curas párrocos y los obispos. Pero Victoria, sagaz y bien informada, debió de comprender la significación de Shamyl en el Cercano Oriente y en la política de las potencias orientales. A comienzos de la década 1840-50, los emisarios de la cancillería de Su Majestad Imperial viajaban a toda prisa entre San Petersburgo, Delhi, Londres y la Sublime Puerta con despachos que narraban cada paso de Shamyl. La independencia del Cáucaso, como tal, no les importaba mucho a las grandes potencias; pero quienquiera podía oponerse a Rusia era un nombre digno de ser destacado. Ya en 1827, Lord Palmerston le escribía a su hermano Sir William Temple: "Metternich debe ser un imbécil si no advierte que Rusia es el sector de sotavento del cielo y que el mal tiempo deberá venirle de allí y por lo tanto a él le conviene buscar algún refugio en el oeste".

Cualquier hombre y país que se interpusieran entre Rusia y la

India tenía importancia para Inglaterra, como debían probarlo las guerras afganas.

"Los ingleses temen que la guerra con los rusos en el Cáucaso amenace sus posesiones de la India —escribió un observador imparcial—. Persia es ya casi una provincia rusa; Rusia podría amenazar Lahore, la Peri de las piedras preciosas. Los sikhs, adiestrados para la guerra por los franceses, serían invencibles si los rusos los apoyaran. Si el ejército del Zar declarase que quiere, no sojuzgar, sino *libertar* a la India de la dominación británica, vería unirse a toda la India bajo su bandera, acaudillada por los distintos príncipes. Tartaria, el vivero de los invasores, podría, si Rusia la azuzara, en un año de malos pastos, lanzar a la India enormes multitudes de guerreros. ¿Cómo resistiría semejante marejada el ejército de Bengala"?.

Hasta los aspectos más pequeños de la guerra intertribal del Cáucaso habían cobrado interés para Inglaterra.

II

Rusia, desde tiempos inmemoriales, había sido objeto de especulaciones y recelos para la Europa Occidental. Siempre existió una Cortina de Hierro. Rusia fue siempre un mundo aparte, remoto e inverosímil, más allá de las vallas geográficas y naturales y de las barreras humanas de un estado policial, la Rusia zarista.

Cuando el doctor Johnson declaró que la utilidad de un viaje era regular la imaginación mediante la realidad, hablaba de una época en que viajar significaba la Gran Gira, es decir, Francia, Italia y los Alpes... La sola idea de Rusia superaba la mayoría de las imaginaciones. El idioma era inaccesible; el calendario tenía doce días de atraso; el viaje duraba no menos de tres semanas por unos caminos detestables que desintegraban *en route* las sillas de posta.

Hasta después de la aparición de los ferrocarriles, ese viaje significaba una empresa considerable. La vieja princesa de Lieven, quien se había pasado la mayor parte de su vida corriendo de una embajada europea a otra como una especie de comisionista en escala internacional, prefería aún su propio carruaje y declaraba que toda persona a la cual se podía encerrar con Dios sabe quién en el vagón de un tren perdía no sólo su dignidad, sino también su independencia. A Rusia iba poca gente, salvo los diplomáticos, los cantantes de ópera o los comerciantes. Menos gente aún, en proporción con la población, salía de ella. Las barreras naturales de nieve, barro, polvo y distancia de Rusia eran reforzadas por los puestos fronterizos y aduanas de franjas blancas y negras, que exigían pasaportes, autorizaciones policiales, sobornos, y, en el caso de los aristócratas o de cierta gente acaudalada, un permiso del propio Zar para salir del país o llevarse sus fortunas. El grueso de la nación se quedaba durante toda la vida detrás de esas fronteras,

atrapado en una maraña de dificultades mecánicas y en la red de cierta inercia o fatalismo oriental. De Custine decía que los rusos eran unos árabes rubios, unos orientales que, "en emigraciones anteriores, se habían extraviado, y cuyos jefes, por error, los llevaron al norte, aunque eran un pueblo nacido para vivir bajo el sol."

Lord Palmerston era un rusófobo muy acentuado. Compartían sus opiniones tres hombres que detentaban posiciones de gran importancia en la política del Cercano Oriente y sus sospechas combinadas eran acicateadas por los sectores más antiextranjeristas de la prensa; por lo cual, en definitiva, Rusia no podía obrar bien en ningún caso. Lord Ponsonby y Stratford Canning, más tarde Lord Stratford de Redcliffe —el "Gran Elchi" o embajador— habían sido sucesivamente los representantes ante la Sublime Puerta entre los años 1832-1858. David Urquhart, un periodista que buscaba notas sensacionales y que fue durante algún tiempo secretario de embajada en Constantinopla, se mostraba igualmente fanático en su odio a Rusia. Además, el doctor John McNeil, ministro británico en Teherán en 1836, era autor de un tratado belicista sobre el creciente poderío ruso en el Oriente. Todos aquellos rusófobos dedicaban su tiempo a hostigar a la opinión pública contra el espantajo común. Voces más serenas, como la de Lord Melbourne, se veían ahogadas por el alboroto. Richard Cobden, quien acababa de volver de Rusia, sostuvo en un folleto que Inglaterra no debía impedir la expansión colonial rusa, sobre todo en sus relaciones con la Puerta (que los hombres de posición más radical querían ver defendida por Inglaterra como si se tratara de Dover). Cobden llegaba a afirmar que el comercio ruso con Turquía —efectuado por intermedio de los puertos del Mar Negro y un Bósforo abierto para el libre comercio— sería inofensivo, ya que las mercancías inglesas eran muy superiores a las que podían ofrecer los moscovitas. Con todo, cada paso de los rusos era observado con sospechas y resentimiento y cuando el Cáucaso se rebeló y su resistencia cobró el carácter de una guerra santa, la opinión pública siguió con atención toda venganza tribal, toda salida armada, todo asedio.

No sólo los ingleses, sino también el Sultán y el Papa, se oponían a que los rusos ocuparan el Cáucaso. So capa de religión, habían existido otros movimientos y caudillos que se disputaran ese territorio. A fines del siglo XVIII, ejerció una influencia política muy poderosa un personaje misterioso llamado Eliseo Mansour o Mansour Bey.

No se conocía su verdadero nombre. Disfrazado de derviche, acaudilló a los circasianos en franca rebelión contra Rusia, mientras alentaba a los jefes daghestanos a perseguir a los georgianos de religión cristiana. Fue, en realidad, el primero que predicó la unidad religiosa como medio de oponerse a la expansión rusa. Circulaban los relatos más románticos sobre su origen: algunos, dicen que era tártaro y estudió el sufismo en Bojara; pero también se afirma, "en base a los archivos conservados por el Vaticano", que era un sacerdote genovés a quien el Papa envió

primeramente al Cercano Oriente como misionero jesuita, para contrarrestar la influencia de la iglesia ortodoxa griega de Erzerum. Pero después de varios años en la zona fronteriza (donde llevó una vida muy disipada) se convirtió a la religión mahometana. Luego, aparece como agente del Sultán de Turquía, quien lo envió a la Circasia para contrarrestar la influencia rusa sobre las tribus del Mar Negro (por haber sido los tártaros de la Crimea, durante siglos, vasallos tributarios de la Puerta). Pero en 1791, en la batalla de Tartar-Toub, las tropas de Potemkin capturaron a Mansour Bey y fue enviado a las heladas y sombrías tierras del norte de Rusia donde, en el temido monasterio Solovetzki, ubicado en una isla del Mar Blanco, languideció y murió.

III

Para comprender la alarma con que Europa y en particular Inglaterra veían a Rusia, es necesario recordar algo sobre la expansión colonial eslava durante los siglos XVIII y XIX.

Aunque tanto Iván el Terrible como Pedro el Grande ensancharon sin cesar sus fronteras y tuvieron conciencia siempre de la importancia estratégica que revestía el hecho de adquirir territorios y puertos en el Asia Menor, la expansión colonial rusa había comenzado de lleno a mediados del siglo XVIII en otra región totalmente distinta, cuando la empresa privada conocida con el nombre de Promyshlenik penetró en el puerto de San Francisco en toscos botes de madera y comenzó a permutar sedas chinas y piedras preciosas de los Urales por cueros de nutria y frutas.

Sin embargo, la empresa no prosperó. Desde que Nicolás I llegó al trono en 1825, resultó evidente que aquélla no podía esperar apoyo de la corona. A Nicolás le disgustaba aquella aventura. Todo lo que tenía cariz de liberalismo o empresa individual lo enfurecía. La perspectiva de que un imperio ruso pudiera crecer tan lejos de toda vigilancia de San Petersburgo —y tan cerca de México, asimismo, donde se proclamara la independencia en 1823— irritaba a Nicolás, quien se sentía cada vez más identificado con su papel de "policía de Europa", de guardián de tronos, que él mismo se asignara. Habría preferido que *no* existiera un imperio ruso antes que verlo libre y liberal. "Prefiero que el país esté tan atrasado como China a adoptar jamás una constitución", le dijo en 1839 al marqués de Custine. Pero a pesar de la desaprobación del Zar, la Compañía Ruso-Californiana siguió existiendo, bajo la forma de un puñado de hombres y de un pequeño fuerte, decayendo año tras año, hasta que, en 1841, le retiraron el apoyo del gobierno y todo le fue vendido a un aventurero suizo, Johannes Sutter.

Pero la expansión rusa en el sur y en el este se hallaba bajo auspicios bastante mejores, aunque se cobraba un alto precio en vidas. Cada año, sus ejércitos hacían retroceder un poco las fronteras asiáti-

cas. La conquista del Cáucaso, una campaña iniciada en el siglo XVIII sin asignarle mayor importancia, debía durar, cobrar impulso y declinar, hasta 1864. Pedro el Grande había enviado a sus hombres al Caspio y, al ver sus fructíferos valles y puertos, se instaló en Derbend y decidió arrebatarle aquella espléndida presa a Persia.

En el interior, las montañas del Daghestán parecían menos invitantes. La gran cordillera erguía su mole gigantesca y amenazadora frente a los invasores. Las leyendas locales sostenían que era de oro macizo: pero sus cumbres resultaban fortalezas inaccesibles que estaban en poder de tribus intratables. Hasta un optimista tan enérgico como Pedro el Grande prefirió no emprender una campaña en esas montañas. Se conformó con instalarse en las planicies y concluyó un tratado con los persas que disimulaba la alegría que sintieron éstos al verse aliviados de un territorio tan improductivo e ingobernable. Nombraron a un gobernador ruso, con un contingente simbólico de tropas para mantener el orden.

Pero esto era imposible. A los jefes de tribu asiáticos tanto les daba que sus gobernantes fueran un shah o un zar. Seguían su propio camino y eliminaban a todos los que les cerraban el paso. Durante la expedición de Pedro el Grande, despellejaron a azotes a uno de sus generales e hicieron con su piel un tambor. Los kanes y príncipes de Georgia, el Azerbaidján y el Daghestán llegaron a la conclusión de que los soldados rusos eran presas de primer orden y solían perseguirlos en verdaderas cacerías, con armas enjoyadas y leopardos acurrucados sobre el arzón de su silla de montar y prontos a saltar sobre ellos. Pronto, a Rusia le alegró retirar a sus diezmadas tropas mediante una serie de refinadas negociaciones diplomáticas en las cuales las provincias caucásicas le fueron devueltas a Persia. Luego, hubo un período de calma en los planes imperialistas rusos, hasta que, durante el reinado de Catalina la Grande, el pantagruélico Potemkin se consagró a construir un imperio digno de su adorada amante.

Apenas puso en práctica sus planes, otras potencias los objetaron y estorbaron. Rusia era ya demasiado fuerte para que ello les gustara a Inglaterra, Francia y Austria. El embajador francés en San Petersburgo, al informar sobre una conversación sostenida con Potemkin en 1786, declaró que había protestado contra el envío de regimientos rusos al Cáucaso, "esa barrera colocada por la naturaleza entre dos imperios" (el ruso y el otomano). En otro despacho enviado a su gobierno, el embajador Ségur sostuvo que la Emperatriz había sido muy imprudente al complicarse en las rencillas y enemistades existentes entre los pueblos caucásicos. Al tomar Georgia bajo su protección, Catalina pagaba un precio harto elevado, doce mil hombres o más anualmente: además, debía derrochar tiempo, dinero y energías para proteger a aquel pequeño reino independiente de las amenazas de Persia y los ataques de las tribus vecinas. Ségur llegaba cínicamente a la conclusión de que, desde el punto de vista de los enemigos de Rusia, los planes de Catalina para

la conquista del Cáucaso eran muy satisfactorios, ya que diezmaban a sus ejércitos, tanto a causa de las batallas como de los estragos del clima.

Cuando estalló en 1787 la segunda guerra rusoturca, el ejército ruso no era suficientemente poderoso para continuar simultáneamente las campañas del Cáucaso y retiró sus fuerzas, confiando además en que ello ablandaría a los persas, quienes se mostraban también resentidos ante la expansión de Rusia hacia el este. Al terminar la guerra en 1791, el tratado de Jassy garantizó que el Sultán no presionaría a los georgianos ni influiría de ninguna manera sobre ellos, como tampoco a las provincias vecinas que estaban bajo su férula. Por lo tanto, Rusia podía dedicar ahora su atención a otras regiones. Los sueños de conquista en las montañas del Cáucaso debían esperar. Antes, Potemkin proyectaba una salida al Mar Negro, adivinando su valor estratégico y comprendiendo también que, una vez lograda, esa salida sería una base mejor de regateo que las turbulentas provincias caucásicas. Tanto desde el punto de vista geográfico como desde el temperamental, era más adecuada para una conquista.

IV

Los kanes de la Crimea, los Krim Kanes, eran los últimos restos del gran imperio mongólico que quedaba en Europa. Descendían de Genghis Kan, pero como los palacios y jardines de su capital, Bajchisarai, habían degenerado de una manera lamentable. Con todo, seguían viviendo de una manera noble, aunque simple, porque la acumulación de riquezas contrariaba sus principios y se consideraba que un traje, una espada, un caballo, le bastaban al kan, mientras que casaba siempre a sus hijas con los nobles más valerosos y destacados, pero generalmente *más pobres*, que se enriquecían así con la dote. El legado de las hordas mongólicas se advertía aún en el sistema del *docus-docus-lemé*, o sea nueve veces nueve, que se aplicaba siempre a la dote. (Nueve era un número sagrado). Nueve veces nueve pieles, nueve veces nueve colchones, nueve veces nueve vestidos, nueve veces nueve colchas de seda china, nueve veces nueve colchas de piel y nueve veces nueve almohadas con ricos bordados de oro y plata... Así, la dote, muy razonablemente, parece haber estado formada en gran parte por ropa de cama.

El lujo de los palacios del kan no radicaba al parecer tanto en las riquezas como en la voluptuosa belleza de su decorado. En Bajchisarai, sobre los árboles en flor, cantaban los ruiseñores; había fuentes de madreperla y una insinuante mezcla de amor sagrado y profano, de harén y mezquita. Las tumbas de los kanes se yerguen aún allí, con su atmósfera de suave melancolía; junto a ellas, se ven los jardines llenos de ecos espectrales donde languidecían las odaliscas. Durante la guerra de Crimea, el palacio se convirtió en un hospital: pero se le recuerda más bien por la leyenda que inspiró el poema de Pushkin

"La fuente de Bajchisarai", historia de una condesa polaca y su amante un kan tártaro.

Hay varias versiones de este episodio romántico y las historias de amor de, por lo menos, tres mujeres cristianas, cautivas y amadas esposas de los kanes, se entretejen ahora allí y generalmente se confunden. Su analogía esencial radica en el fervor religioso de todas ellas y la tolerancia que mostraron sus amantes mongólicos. Pero en todos los casos, por salvajes que fueran, esos kanes parecen haber sido los maridos más devotos, que respetaron sobre todo los escrúpulos religiosos de sus esposas. Un miembro de la familia de los kanes llegó al extremo de convertirse a la religión presbiteriana durante su permanencia en Escocia, cuando visitaba a los parientes de su novia. Lo había subyugado la rubia belleza de aquella Miss Neilson al conocerla en Crimea. La historia no nos dice qué hacía allí la joven; acaso, como la linda y joven Miss Lyon a quien contratara Catalina la Grande como niñera de su imperial nieto, el futuro emperador Nicolás I, también Miss Neilson había hecho gravitar su afectuoso sentido común en algún cuarto de niños del kan. Esta pareja, aparentemente poco armónica, volvió a la Crimea, donde vivió en un palacio junto al Mar Negro, en monógama unidad, siempre feliz.

En Bajchisarai, perdura entre los ruiseñores y las rosas el fantasma de otra cristiana desposada con un tártaro. La tumba de Deliareh Bekeh está señalada por un hermoso mausoleo de mármol octogonal. Una gastada inscripción con letras de oro reza:

"Ésta es la umba de Deliareh Bekeh, amada esposa del kan Sahin Ghirei. Murió en 1753. Era cristiana."

Deliareh Bekeh había sido una esclava georgiana del harén del Kan antes de lograr el eterno amor del gobernante. Cuando se casó con él, la atormentaron sus escrúpulos religiosos. En vano su esposo le propuso que se consagrara libremente a su culto; Deliareh no pudo reconciliarse con la idea de su casamiento. Evidentemente, era de la madera de los mártires, porque hizo cincelar en la pared una cruz, encima de la media luna que adornaba su alcoba. Aquel recuerdo mudo pero siempre presente de su deserción proyectó una sombra sobre la felicidad de ambos y Deliareh languideció y murió, alejándose de la vida y del amor, en plena madurez de su belleza.

No ha de extrañarnos, pues, que Bajchisarai esté impregnado aún de un abrumador sentimiento de melancolía. Esas penas románticas han dejado allí su huella indeleble.

* * *

Aunque, durante muchos siglos, los kanes de la Crimea habían declinado en talla, desplegaban los estandartes sagrados con las colas de seis caballos que veneraba toda el Asia y los turcos los trataban con gran estima, ya que representaban un poderoso baluarte contra la

posible amenaza de una invasión rusa. De todos modos, esos príncipes tártaros sentían profundamente su decadencia y se mostraban susceptibles, como parientes pobres. Cuando uno de los Ghirei, el kan Deviet, visitó al sultán en Constantinopla, le preguntaron qué deseaba en prenda de especial consideración. Con un pie en el estribo y su cortejo agrupado detrás de él para la despedida, el Kan pidió la cabeza del Gran Visir, No había más remedio que complacerlo. Una cimitarra hizo rodar inmediatamente la cabeza cubierta por el turbante hacia donde estaba el visitante y el honor quedó satisfecho.

* * *

Pero en 1777, esas exigencias estaban condenadas a no verse satisfechas ya. El mariscal de campo Suvorov partió de Moscú con sus tropas, rumbo al sur. En 1783, Rusia se anexó toda la Crimea y Potemkin pudo poner a los pies de su Emperatriz el vasallaje del Kan y las bellas riberas del Mar Negro adornadas de viñedos.

Ahora, se había aguzado el apetito imperialista de Catalina. Después de haber obtenido la Crimea, comenzó a pensar en nuevas conquistas. ¿Por qué no el Cáucaso? Después de una serie de perturbadores amantes jóvenes (quienes nunca la distrajeron de la preocupación del imperio) la Emperatriz escogió al más joven y último de sus favoritos, el conde Platón Zubov, de veinticinco años: ella tenía setenta. Juntos, proyectaron resucitar el imperio griego... bajo la fiscalización rusa. Debían apoderarse de Constantinopla y quizás de la India. ¡La Cruz debía elevarse por encima de la Media Luna! Tales eran los planes de aquella extraña pareja, acurrucada en la diminuta alcoba forrada de vidrio de Tsarskoie Selo, que Catalina levantara como un refugio, una locura, durante el apogeo de su vida amorosa. Sólo allí, en toda la inmensidad del palacio, podía sentirse mujer antes que emperatriz, estado que le parecía preferible.

Poco después, el hermano menor de Platón, Valerián, un adolescente de rostro aniñado que se había distinguido en las campañas polaca y turca bajo las órdenes del mariscal Suvorov, fue enviado a la cabeza de un ejército para reconquistar las provincias persas del Cáucaso y convertirse en su primer virrey. Al son de los clarines, el joven general se dirigió al sur. Fue recibido bondadosamente, hasta de una manera protectora, por los jefes tribales y los kanes del Cáucaso y las provincias que lindaban con Persia. Nunca habían visto a un individuo parecido. ¿Había venido a sojuzgarlos? ¿Aquel adolescente de rostro afeminado? Rieron burlonamente, mientras conversaban en aquel misterioso idioma llamado Chakobsa, "el Lenguaje de los Cazadores", que usaban los gobernantes y los príncipes cuando querían conversar en secreto y del cual apenas se han descubierto unas pocas palabras. Estaban de buen humor, porque esperaban divertirse de verdad. Una presa humana... Algo que valía la pena.

Derbend, una vez más territorio persa y su primer objetivo ruso como puerto clave, ofreció poca resistencia y Bakú, situado más al sur, cayó también ante los cañones rusos. De todos modos, los persas alistaron un ejército considerable y en un punto reunieron a no menos de ochenta elefantes en su línea de ataque. Pero pronto retrocedieron hasta una distancia discreta, prefiriendo negociar. Ya habían aprendido en otros tiempos qué significaba cruzar la espada con Rusia y también qué era tratar de conquistar el Cáucaso. Pero antes de que Zubov hubiese comprendido la magnitud de la tarea que lo esperaba o descubierto cómo, noche tras noche, diezmaba sus filas un ejército invisible, aquellas tribus caucasianas que se abalanzaban sobre sus soldados sin que pudiera enfrentarlas jamás, intervino un destino benévolo. La Emperatriz murió y su hijo, Pablo I, empezando su plan de perseguir o desposeer a todos los favoritos de su madre, llamó a Valerián y el presunto generalísimo-virrey emprendió en el acto el regreso. Su ejército debía seguirlo y zafarse lo mejor posible de los que lo acosaban. Los tribeños bajaban impetuosamente de las montañas —eran ávaros, lesghianos, chechenes y kabardianos— y, como una terrible jauría, se lanzaban sobre los rusos. Nuevamente, Rusia olvidó toda intención de conquistar el Cáucaso.

V

Durante toda su historia, el Cáucaso había sido la cuna y la tumba de muchas razas. Su nombre es de origen sánscrito y significa "montañas blancas" o "nevadas". Picos gigantescos como el Elbruz, el Kasbek y el Adai-Khokh se erguían centelleantes de blancura sobre la cadena de montañas menores que atravesaban el istmo del Cáucaso, formando una fortaleza, una valla natural contra la invasión. Los senderos que viboreaban a través de esas montañas y de los valles constituían la ruta seguida por todas las oleadas sucesivas de invasores, los ejércitos derrotados, las tribus nómades y migraciones. Algunos lograban cruzar la cordillera; otros, morían; otros, se quedaban; pero cada uno dejaba su huella. Sus resonancias se encuentran aún en un dialecto, el nombre de un lugar, un credo, una leyenda, una pieza de armadura, un grupo racial de gente rubia como los khevsours.

Finalmente, ningún hombre pudo desenredar aquella mezcla de pueblos; de escitas, medos y persas, genoveses, griegos y mongoles; de calmucos, kurdos, armenios, turcomanos. Se decía que podían oírse setenta idiomas distintos en el mercado de Tiflis, mientras que Plinio nos dice que los romanos usaban a ciento treinticuatro intérpretes distintos para manejar sus asuntos en el Cáucaso. Sólo en el siglo X comenzó en serio la invasión eslava. Acaudillados por Sviatoslav, los príncipes moscovitas y sus ejércitos ocuparon todo el territorio que se extendía entre el Caspio y el Don. Pero los desalojó otra oleada de árabes; éstos, a su vez, fueron desalojados por Tamerlán, quien avanzó sobre el Cáucaso

en 1387, cuando todas las razas y jefes cedían ante él. Tales fueron las alternativas de la lucha, hasta que, en el siglo XVI, se limitó al *sofi* persa, el sultán de Turquía y el zar de Rusia. Aún así, las numerosas tribus siguieron conservando su género de vida, observando la lucha o interviniendo en ella, pero básicamente aún alejadas de la misma y conservando su independencia espiritual. Sólo en el siglo XIX, bajo la influencia de Shamyl, todas se unieron en una sola fuerza musulmana y el problema se planteó entre el Zar y el Imán... entre la Cruz y la Media Luna.

* * *

Después de la vergonzosa retirada de Valerián Zubov, no se volvió a tomar ninguna medida concreta para sojuzgar el Cáucaso hasta que el nieto de Catalina la Grande, el emperador Alejandro I, decidió continuar la expansión colonial. Su padre, Pablo I, cuya megalomanía no conocía límites, había proyectado apoderarse del imperio otomano y compartirlo con Napoleón, a quien admiraba apasionadamente; les había hecho jurar ya a los cosacos del Don que lo apoyarían en aquel plan. Éstos debían invadir la India como un primer paso para el dominio total del Oriente; pero la muerte de Pablo, a quien estrangularon sus cortesanos, puso término a esos planes. Su hijo Alejandro era mucho más equilibrado y sus aspiraciones no rayaban a tanta altura. Se contentaba con el Cáucaso y con consolidar la posición de Rusia en la recién anexada Georgia.

Había regresado a Rusia a la cabeza de sus ejércitos después de haberlos llevado a la victoria contra Napoleón y de la ocupación aliada de París (donde sus tropas dejaron un perdurable recuerdo de su presencia en la palabra *bistro*, la cual significa en ruso "pronto", "con rapidez", ya que los corpulentos soldados eslavos, semejantes a osos, acosaban a los que atendían los restaurantes y quioscos que vendían comestibles con sus exigencias de comida, diciéndoles "bistro". Así fue como esa palabra empezó a usarse en francés para ser aplicada a toda clase de pequeños restaurantes sin pretensiones y de servicio rápido.

Después de victorias tan épicas como Borodino, el Zar y sus generales no esperaban tener muchas dificultades en la conquista del Cáucaso; aquello era necesario para completar el imperio, redondearía los años de conquista; para el soldado profesional, sería una posdata bastante agradable a las campañas, un último paseíto.

Pero una vez más, Rusia se enfrentó con un enemigo intratable, maestro en tácticas de guerrilla y ayudado por un territorio con desfiladeros inaccesibles y bosques impenetrables. Contrariados, los generales rusos decidieron iniciar un despiadado sistema de represalias. Había que dispersar a la población nativa, destruir las siembras y las aldeas, cegar los pozos, talar los huertos, pisotear los viñedos y, en suma, obligar al enemigo a arrodillarse. Era imprescindible no dar cuartel —cosa que, por lo demás, aquellos combatientes no pedían— y terminar esa campaña

sin demora. ¡Santo Dios! ¡Aquellos tártaros se estaban volviendo positivamente insolentes! Esto era lo que opinaba el general Yermolov, la titánica figura que dominó el escenario caucásico cuando, en 1816, lo nombraron por primera vez comandante de los ejércitos del sur. Para los caucasianos, Yermolov era el Shaitán de Moscú, es decir El Diablo Moscovita. Lo temían y admiraban, mientras que sus tropas lo adoraban. Para sus soldados era Batiushka, es decir El Padrecito. La gigantesca estatura de Yermolov, su voz tonante y su temperamento violento hacían de él la encarnación misma de los "bogatirí" o héroes mitológicos de las leyendas rusas, unos gigantes montados en caballos colosales que surgían de las estepas y pantanos y libraban épicas batallas, haciendo temblar la tierra con su voz.

Mijail Yermolov tenía la misma aureola legendaria. Había nacido en 1777, combatió bajo las órdenes de Suvorov, fue ascendido a coronel en Austerlitz, luchó con el ejército austríaco contra los franceses y sirvió con brillo en las guerras napoleónicas. En 1814, Alejandro I adivinó su calidad y dos años después lo nombró, pasando por sobre toda una camarilla de envidiosos generales-cortesanos, comandante en jefe en el Cáucaso y embajador extraordinario ante la corte persa de Fatih Ali Shah. Su nombramiento fue considerado un insulto por toda la casta militar que rodeaba al Emperador. Desde ese momento, Yermolov tuvo que combatir en dos frentes: contra los enemigos de su país dondequiera los encontraba y dentro de su país contra sus enemigos personales, quienes apelaban a todos los medios. Por lo general, hacía caso omiso de ellos, quitándoselos de encima como si fueran insectos. Otras veces, descargaba su manaza y entonces se sosegaban durante algún tiempo. Era un ruso ciento por ciento, una figura nacional como los "bogatirí" y siempre hallaba tiempo para detenerse a charlar junto a las hogueras de los reclutas "mujiks" —o campesinos— quienes le tenían afecto y con los cuales compartía su sopa de coles.

La experiencia le había enseñado a Yermolov que, para ser respetado por los asiáticos, debía mostrarse cruel con todos los que no colaboraban. A pesar de sus actos brutales, lo guiaban más que nada su lealtad y su devoción por su país. Luchaba por Rusia, no para medrar personalmente, a pesar de que sus enemigos de la corte afirmaban que se proponía levantar su propia bandera en el Cáucaso y, apoyado por el ejército, desafiar al Zar. Cuando, unos años antes, los principios humanitarios de Alejandro I se vieron ultrajados por los relatos sobre los métodos de conquista de Yermolov, el titán le había replicado:

—Deseo que el terror que inspira mi nombre proteja nuestras fronteras más poderosamente que las cadenas o las fortalezas.

Y siguió haciendo taladrar con estacas las orejas de los prisioneros subastando a las mujeres de las aldeas rebeldes (conservó a una beldad caucasiana y se casó con ella) y aplicándoles en general a los montañeses los despiadados métodos de conquista propios del Asia. Eliminó las influencias persas que quedaban y consolidó las rusas con sus propios

medios. Lo obsesionaba una sola idea: derrotar a los hombres del Cáucaso de acuerdo con sus propias modalidades.

—Mostrarse condescendiente con los asiáticos es una señal de debilidad —dijo—. Soy inflexiblemente severo por razones de humanidad. Una ejecución salva centenares de vidas rusas.

Con todo eso, a Alejandro I lo herían los actos brutales de Yermolov. El Zar se hallaba bajo la influencia de Laharpe, a quien Catalina la Grande nombrara preceptor de su nieto: Laharpe, había pensado la Emperatriz, traería a la corte una atmósfera más liberal para contrarrestar el absolutismo de los Romanov. El benévolo Alejandro, de inclinaciones místicas, se mostraba bastante desganado en punto a conquistas coloniales, sentía dudas y le aconsejaba misericordia a su Virrey.

Pero no prevalecieron la crueldad ni la misericordia. Cuando Alejandro murió en el sur, en circunstancias misteriosas, en Taganrog, sobre el mar de Azov, sin dejar un hijo, su hermano y heredero el gran duque Constantino, virrey de Polonia, abdicó en favor de su hermano menor Nicolás, quien aceptó de mala gana lo que consideraba un legado sagrado. Fue proclamado Emperador a comienzos de 1825. La noticia sólo llegó a las provincias del Cáucaso varias semanas después, de manera que Yermolov, entonces comandante general, hizo que las tropas le juraran lealtad a Constantino. Pero para Nicolás esto fue una prueba de su altanería y sus propósitos anárquicos. No aceptó argumentos en su favor, aunque, por lo demás, fueron pocos los cortesanos que intentaron excusar el error de Yermolov. Era evidente que aquel bruto se proponía levantar su propia bandera en el Cáucaso y gobernar el sur por su cuenta y cuanto antes le ordenaran volver a Rusia, mejor; de todos modos, a pesar de todos sus bramidos, no había logrado postrar de rodillas a los caucasianos. Por el contrario: ahora, el Daghestán estaba en franca rebelión. Si Yermolov no lograba imponer la voluntad del Zar, otros lo conseguirían. Nicolás imaginaba ya una gira triunfal por el sur y una acogida en Tiflis digna de un conquistador.

En marzo de 1827, Nicolás I le concedió al conde Paskiévich facultades soberanas en el Cáucaso y relevó de su comando a Yermolov de una manera tan injusta como venenosa. Pero Nicolás no acostumbraba mostrarse generoso con los hombres que le disgustaban personalmente, sobre todo con aquéllos en quienes sospechaba opiniones democráticas. Quizás aquel viejo león fuese, como afirmaba serlo, descendiente de Genghis Kan; pero era demasiado popular entre sus tropas. No mantenía a aquellos rústicos a distancia, sino que parecía identificado con ellos.

Yermolov abandonó el Cáucaso, escenario de sus mayores glorias, en un coche de alquiler. Nadie se molestó en proporcionarle algo mejor. Ahora, era un hombre sin importancia para las autoridades. Sólo sus soldados se sintieron abandonados y el trato que le dieran a su comandante causó entre ellos tanto resentimiento que estuvo a punto de estallar un motín. Les saltaban las lágrimas al verlo marcharse. Yermolov aceptó

su suerte estoicamente y los miró inmóvil desde el coche, envuelto en el pobre y viejo capote que usaba por lo general y en el cual dormía, además. (Ni aún en su cénit, había usado camas o cobertores). Ni siquiera lo acompañó un batallón de cosacos y ninguno de los fuertes lo saludó con una salva de cañonazos cuando pasó.

Los oficiales tenían ya sus órdenes: Paskiévich era ahora el comandante en jefe. Yermolov había sido llamado a San Petersburgo, desacreditado. Ya no existía, era una sombra que se esfumaba entre las sombras. Yermolov no se molestó en defenderse. Acaso supiera que, para la posteridad, sería uno de los nombres más vigorosos de la historia rusa. Estaba predestinado a sobrevivir tanto al zar Nicolás como a la hostilidad de sus críticos: un resplandor de gratitud, casi de adulación, debía iluminar sus últimos días. Murió en Moscú en 1861, identificado hasta el fin con la leyenda de los "bogatirí".

Había sido el primero en sojuzgar, por lo menos en parte, el Cáucaso, en construir la cadena de fuertes y en inaugurar la Carretera Militar Georgiana; y también el primero en incorporar al territorio ruso kanatos persas y tártaros. Pero no cabe duda de que sus métodos, su altanería y su crueldad causaron un daño enorme; precipitaron la guerra persa de 1826 y fueron la causa directa de la resurrección del muridismo y del antagonismo fanático de las provincias daghestanas y chechenes. Sus proezas en el Cáucaso fueron resumidas por el historiador militar J. F. Baddeley en los siguientes términos:

"El mérito supremo de Yermolov, para los rusos, fue que comprendió desde el primer momento la necesidad de extender la dominación rusa a todo el Cáucaso, inclusive los estados y poblaciones independientes y a medias independientes hasta los límites de la Persia propiamente dicha y el límite norte de Turquía en el Asia. Pero los medios que adoptó para conseguirlo fueron, por no decir más, objetables."

Pero ni el poder de Yermolov ni los abrumadores efectivos militares de sus sucesores debían conquistar tan pronto el Cáucaso.

2

EL ESCENARIO

"No se debe hablar de los asiáticos con tono de moralista."

GOBINEAU.

El historiador Froude escribió: "Hay que estudiar la historia en toda su extensión, anchura y profundidad: sólo eso proporciona la perspectiva necesaria." Por eso, al hablar de Shamyl, debemos empezar por situarlo en su tiempo —la primera mitad del siglo XVI— y en su lugar —las montañas— y finalmente, hay que colocar esas montañas dentro de su marco. En el norte, estaban las vastas estepas rusas; en el oeste, las tierras bajas de la Georgia, lindantes con las riberas del Mar Negro; en el este, el aceitoso y gris Caspio; y en el sudeste, todos los áridos eriales de la zona fronteriza persa y turca, el Asia Menor, un paisaje de desolación y de polvo, de crueldad, refinamiento y barbarie, una zona en que Gran Bretaña, la Francia de Napoleón y Rusia se superaban mutuamente en sus maniobras durante la niñez de Shamyl, de modo que, desde el Cáucaso, podían observarse claramente la lucha de las naciones por el poder.

Como parte de las fronteras meridionales de Shamyl se fundían con las persas y todo el Cáucaso estaba ligado a Persia, cuando no ostentaba las huellas mismas de su proximidad, observemos una vez más de cerca el escenario de ese país.

La Persia de comienzos del siglo XIX estaba concentrada alrededor de un hombre, el shah Fatih Alí. Lo llamaban Baba Kan y era el principal de los pretendientes al trono del Pavo Real, ocupado entonces por su tío, el aborrecido Agha Mahommed. Cuando el Agha fue asesinado por dos esclavos a quienes condenara a muerte (sentencia que no se molestó en hacer ejecutar), Baba Kan obró con presteza y como lo había puesto en guardia la fatal inercia de su tío, eliminó de la noche a la mañana a todos los pretendientes al trono, inclusive su hermano y logró ocupar el Trono del Pavo Real; y se le llamó, desde entonces,

Fatih Alí Shah, Shah-in-Shah, el Rey de Reyes. Tenía una personalidad notable, a un tiempo ilustrada y bárbara, vigorosa y lánguida, generosa y cruel. Aunque era un monarca sin freno, fue el primero en llevar a su país a la órbita de la política y el progreso europeos. Su tío, el Aga Mahommed, había gobernado valiéndose solamente del terror. Era el jefe de eunucos de la tribu kadja; los kadjas no eran persas de origen sino turcos, de las regiones boscosas del Mazandaran. En el siglo XVIII, sustituyeron en el trono a la gastada dinastía sofi, de exquisitos degenerados, y los kadjas adoptaron la nacionalidad persa, así como la casa de Hanover llegó a ser la dinastía reinante inglesa. Agha Mahommed era un brillante estratego militar, pero de temperamento sanguinario. Nada le gustaba más que ir a la cabeza en una batalla (como los grandes personajes que abren un baile danzando el primer vals ante la deslumbrada concurrencia) matando personalmente a bayonetazos a los primeros prisioneros que le traían en triunfo a su tienda de campaña. Este repulsivo individuo no sabía de vacilaciones. Su manera espantosa de tratar la ciudad de Tiflis cuando la ocupó, en 1795, fue la causa directa de que los georgianos aceptaran más tarde la protección de los rusos. Las viejas que andaban cojeando con un paso extrañamente regimentado eran las vírgenes que sus tropas violaran y desjarretaran como recuerdo de su victoria... y eso, no lo habían olvidado sus padres y hermanos. Los georgianos apoyaron lealmente a los rusos, sus correligionarios y lucharon a su lado en la guerra rusoprusiana de 1826 y durante la larga guerra de los rusos contra Shamyl y las tribus mahometanas del Cáucaso.

II

En 1800, cuando Jorge XII, último monarca de Georgia y jefe de la Casa Real de Bagration, en Batonishvili, se moría de hidropesía en su palacio de Tiflis, dio el paso decisivo y envió a una delegación a San Petersburgo para ofrecerle la corona de Georgia al emperador Pablo I. Sabía que su pueblo vacilante e indisciplinado viviría mejor cuando lo absorbiera el imperio ruso; creía que la férula imperial le aportaría ilustración. ¿Acaso ellos y los rusos no practicaban, además, la misma religión? El *shah* y muchos de los frenéticos *kanes* o *shamkals* eran mahometanos fanáticos.

(Pero su hermano no compartía ese punto de vista. El príncipe Alejandro lo acusaba de ser un traidor, e irritado, se retiró primeramente a las montañas del Daghestán y luego a Persia, desde donde, llevando una vida desesperada y fugitiva, intrigaba siempre contra Rusia, azuzando a la oposición persa y tribal a rebeliones locales).

El emperador Pablo aceptó en diciembre de 1800 la corona georgiana. Apenas diez días después, Jorge XII murió. Su gobierno había sido vigoroso e ilustrado: era un monarca querido, un guerrero valiente,

un cristiano devoto, un estadista astuto, y maniobró hábilmente para liberar a su país de la temida férula persa y llevarla a la órbita de la protección rusa. Su vida privada fue también muy fructífera. Logró mantener un equilibrio entre las distintas ramas de la casa real y engendró, con sus dos esposas, no menos de veinticuatro hijos, uno de los cuales llevaba el poético nombre de Zlatoust, o sea Lengua de Oro.

Fue una época de increíble fecundidad y de incontenibles impulsos familiares. Los tíos tenían a menudo veinte años menos que sus sobrinas, las hijas eran mayores que su flamante madrastra; los patriarcales monarcas se volvían a casar, cobrando impulso al envejecer, saltando por así decirlo del trampolín del ataúd de una esposa difunta al lecho matrimonial de la siguiente, dejando un año apenas entre las sucesivas oleadas de vástagos. La inventiva en los nombres parece haber desaparecido desde temprano en este juego y había cosechas dobles y triples de Salomés, Davids y Alejandros, lo cual causa mucha confusión entre los historiadores. El padre de Jorge XII, Heraclio II, con sus tres esposas, tuvo no menos de veintiocho hijos.

A la densa sombra de semejante árbol familiar, prosperaban todo género de intrigas. Un hermano era el rival de otro: las hermanas amaban a los hermanastros, las madres competían con sus hijastras o mataban a las rivales que amenazaban su lecho o su herencia. Cuando la viuda de Jorge XII, la reina María, comprendió todas las consecuencias posibles de la abdicación de su difunto esposo, se resistió de una manera tan salvaje como su cuñado el príncipe Alejandro Batonishvili. Tenía ese instinto esencialmente femenino de la posesión que se ejercita en forma indiscriminada sobre la gente, los bienes y la posición. Se aferraba a cualquier cosa. No importaba que ella y sus hijos perdieran más resistiéndose a un protectorado ruso y que, poco después, volvieran a manos de Persia. No estaba dispuesta a ceder nada. Y temía los ojos codiciosos con que toda la legión de hermanastros y de tíos contemplaba a su prole. Estaba decidida a que ella o sus hijos reinaran, viviesen en el palacio y ostentaran los emblemas religiosos. Sus intrigas lograron minar a la flamante administración rusa. El general Tzitzianov, georgiano nativo y uno de sus parientes lejanos, pero íntegramente ruso por su educación y simpatías, había sido nombrado gobernador general. La elección fue sabia, porque era a un tiempo talentoso y magnánimo y, como no conocía al país y al pueblo, trataba hábilmente tanto con los cristianos como con los mahometanos. Por fin, hasta su indulgencia se vio puesta a prueba duramente por las intrigas de la reina. Decidió arrestarla y un día, en las primeras horas de la mañana, mandó al general Lazarev para que la trajera al palacio. La reina se fingió enferma, se quedó en la cama y se negó, lisa y llanamente, a moverse. El general salió del aposento, con la intención de ordenar que la sacaran de allí por la fuerza: si era necesario, debían transportar todo el lecho tallado y dorado desde el cual ella lo desafiaba. Pero en ese momento

el hijo y la hija de la reina sacaron sus puñales y se abalanzaron sobre el oficial que él dejara para cuidar a la regia prisionera.

Al oír el alboroto, el General se precipitó de nuevo a la alcoba y exigió que la reina llamara a sus hijos, quienes estaban apuñalando al infortunado oficial, tendido a sus pies en un charco de sangre. La reina María observaba el asesinato inmóvil; pero cuando el General se acercó a su cama, le asestó con el rápido movimiento de una serpiente una puñalada mortal con una daga que tenía oculta (quizás para suicidarse) detrás de los bordados cobertores del lecho.

Por ese acto, la deportaron a Rusia con un convoy de criminales comunes: la antaño soberbia reina tuvo que arrastrarse trabajosamente, durante muchas semanas, por las estepas interminables, encadenada al preso más inmediato y comiendo el negro pan de la amargura. Se pasó toda su larga vida expiando su crimen: primeramente, recluida en un convento, y más tarde en un honorable cautiverio en Moscú. Al emperador Nicolás le pareció preferible mostrarse generoso con la princesa georgiana, para mantener buenas relaciones con su país.

En las postrimerías de su vida, fue perdonada y aún protegida y la llevaron a San Petersburgo, donde en 1850, todavía, a los ochenta y tantos años, se la solía ver en las funciones de la Corte, como una sombría y cavilosa matriarca entre las viudas.

III

Durante un siglo, Rusia y Persia se habían asestado mutuamente golpes a través del país fronterizo de Azerbaidján y los puertos claves del Caspio. Ambos países reclamaban las zonas intermedias del Cáucaso y la Georgia. Pero los rusos no se proponían simplemente sojuzgar a un vecino agresivo. Su deseo de lograr posesiones coloniales los impulsaba a fiscalizar zonas existentes más allá de sus fronteras actuales. Ésta, en sus términos más simples, era su política. Estaban resueltos a obtener todas las zonas que lindaban con la suya. En caso de ataque, esos territorios serían algo así como un baluarte exterior, como un cinturón de estados paragolpes entre Rusia y cualquier enemigo. Los kanatos persas de Eriván y Shirván, con el puerto de Bakú, servían admirablemente a sus fines y lo mismo sucedía ahora con una parcela de territorio fronterizo turco, el Pachalik de Kars, el de Bayazit, y al noroeste, el de Akhaltsik, con su puerto de Batum, sobre el Mar Negro, conquistado en la guerra ruso turca de 1828.

Nunca se ha probado si esas conquistas territoriales formaron parte de una siniestra política para lograr supremacía en la India, como preferían creerlo los ingleses. El Zar siempre se sentía profundamente herido por esa agraviante conjetura y la negaba con pasión. "No quiero una sola pulgada de territorio turco", le dijo a Lord Palmerston durante su visita a Inglaterra en 1844. "Pero jamás permitiré que otras potencias

se apoderen de ella". El estadista inglés lo escuchó en amable silencio, pero más tarde observó:

—El que crea que Rusia no proyecta extenderse hacia el sur niega las enseñanzas de la historia. Todos los gobiernos, absolutamente todos, piensan en aumentar sus territorios, por razones políticas antes que económicas.

El emperador Nicolás confiaba en que la Cruz pudiera desalojar a la Media Luna. Soñaba con ver totalmente a Jerusalén en manos cristianas. Decía no tener planes sobre la India; pero detestaba abiertamente a los turcos, oponiéndose a la opresión de las minorías cristianas por el sultán. Así como su padre, el zar Pablo I, aceptara el vasallaje de Georgia y protegiera a los estados georgianos de los atropellos persas, así también él, Nicolás, estaba siempre dispuesto a proteger (y absorber) a las minorías cristianas del Asia Menor. A los armenios, por ejemplo, los perseguían y masacraban diariamente los turcos, de modo que cuando sus vinculaciones religiosas se combinaban con ganancias territoriales, el resultado era ideal para ellos.

La campaña turca de 1829, que se desarrolló inmediatamente después de la guerra persa de 1826-28, dejó a Rusia dueña de esos estados fronterizos que codiciara durante tanto tiempo. Por el tratado de Adrianópolis, le cedieron baluartes en el Cáucaso y por fin su posición en el Asia Menor parecía asegurada y alcanzado el objetivo de dos siglos de constantes luchas. Ahora, el vasto imperio estaba consolidado firmemente: al sur llegaba hasta la Crimea, gobernada por los dóciles kanes del Krim; al oeste hasta el imperio austrohúngaro, con Polonia como provincia limítrofe, que conservaba, aunque no sin esfuerzo, el virrey impuesto por los rusos; al norte y al este, hasta los límites chinos del Amur, donde los tártaros del Nogai, los calmucos, los mongoles buriatos y cien grupos raciales más ofrecían poca resistencia organizada y toda la inmensidad de Siberia y la Mongolia exterior formaban un baluarte suficiente... Madame Nesselrode tenía razón. Aquello acaso revelara poca delicadeza, pero no cabía duda de que Rusia era una gran potencia.

Sólo quedaban sin conquistar el Cáucaso, las montañas del Daghestán, aquellas cumbres sombrías y amenazadoras que dieron signos de renovada hostilidad y franca rebelión cuando se reunieron las tribus para repudiar el tratado. Ni la fuerza, ni la persuasión, ni la astucia, pudieron doblegarlas. Los rusos no comprendían aún que debían habérselas no sólo con una resistencia nacional, sino con un movimiento religioso fanático, que debía crecer hasta que cada aldea se trocara en una fortaleza, cada hombre en un monje combatiente y todo el país fuera acaudillado, en la batalla como en la plegaria, por un imán que predicaba la resistencia con el fuego y con la espada.

IV

El shah Fatih Ali sabía perfectamente que su corte era el escenario de un violento choque de políticas europeas y le complacía al parecer su singular posición, al jugar alternativamente con diversas misiones. Los ingleses mandaron al capitán Malcolm —más tarde Sir John Malcolm— cuya misión era, según sus propias palabras, "concertar" con el shah Fatih Alí una alianza que, con su poderío, pudiera no sólo detener a los afganos, que siempre amenazaban con invadir a la India, sino también rechazar los ambiciosos planes de Francia. (¿O quizás Rusia?).

Napoleón contrarrestó esto enviando al mariscal Joubert, quien logró firmar un tratado, que ratificó él mismo, en Tilsit, donde el flamante emisario persa fue recibido con gran pompa. Luego, el general Gardance fue a Teherán, acompañado por setenta oficiales, para reformar al ejército persa; a esta altura, Inglaterra había caído en desgracia y los enviados británicos no lograron entrar al país. En 1801 quedaron desacreditados los franceses y la influencia inglesa (debida en gran parte a los sentimientos probritánicos de Abbas Mirza, el heredero aparente), volvió a imperar.

* * *

A Sir John Malcolm le habían dado instrucciones de inducir al Shah a firmar tratados políticos y comerciales que neutralizaran las influencias francesas y logró su fin: ademas, su comportamiento y su simpatía personal le ganaron la estima de los persas. Sus modales amables, a un tiempo corteses y firmes, impresionaron más que nada al Shah. Se habló entre ellos, por ejemplo, de la monogamia, un tema tan fascinante para el monarca como el de la poligamia para el Occidente. De inmediato, el Shah sondeó al inglés.

—Me dicen algo que me cuesta creer —declaró—. Parece ser que vuestro rey sólo tiene una esposa.

—Ningún príncipe cristiano puede tener más —replicó el Embajador.

—¡Oh, bien lo sé! —dijo el Shah—. Pero supongo que podrá tener también alguna amiguita... ¿no es así?

—Nuestro gentil rey Jorge III es un modelo para sus súbditos desde el punto de vista de la moral y la moderación, en este sentido, como en cualquier otro —fue la majestuosa respuesta de Sir John.

A lo cual le respondió el Shah que Inglaterra podía ser un gran país, pero que él no habría querido ser su rey.

Cuando el Shah preguntó si los franceses eran un pueblo muy poderoso, Sir John replicó:

—Ciertamente; de lo contrario, no merecerían ser mencionados como enemigos de Inglaterra.

Un hombre así era respetado en toda Persia; su sola presencia tranquilizaba al país íntegro contra las amenazas de agresión de otras na-

ciones. Pero un miope gabinete inglés lo retiró de allí apenas quedó cumplida su misión inmediata y durante algún tiempo no hubo representantes británicos en Teherán, un estado de cosas que no se le escapó a Napoleón, quien inició una serie de sutiles maniobras. En 1806, después, de haberle declarado la guerra a Rusia y confiando en su desenlace favorable, ofreció devolverle Georgia a Persia y subvencionar al Shah, quien, a su vez, debía apoyar la invasión de la India por los franceses.

A Fatih Alí no lo impresionaron muy favorablemente los enviados franceses y al recibir las proposiciones de Napoleón, vaciló aún, recordando la agradable compañía de Malcolm y su séquito. Si se hubiesen quedado... Le pidió con urgencia ayuda a Inglaterra y ganó tiempo, entreteniendo a los representantes de Napoleón con evasivas. Pero los ingleses se mostraron extrañamente ambiguos: no planteaban ninguna política concreta ni enviaban a un emisario. Por eso, finalmente, el Shah se vió obligado a firmar un tratado con Francia, algo que le disgustaba mucho, a pesar de que le exhibían la presa de Georgia de una manera tentadora. Pero Persia apenas era un mísero peón en la gran partida que jugaba Napoleón. Poco después, éste firmó la paz con el emperador de Rusia, Alejandro I y nunca se habló ya de devolverle Georgia al Shah de los Shahs. En Inglaterra, dejaron de pensar en los planes franceses sobre la India para forjar conjeturas sobre las intenciones rusas y enviaron presurosamente nuevas misiones, más que nada de carácter militar, a Persia. A comienzos del siglo, Rusia poseía las provincias fronterizas persas de Bakú, Shirván y Karabagh, así como varios pachaliks turcos del Mar Negro. Bajo la sabia administración del general Tzitzianov no habían existido dificultades, pero cuando murió (a causa de una traición) en 1806, cundió el descontento y los persas invadieron y retomaron Karabagh y otras zonas fronterizas.

Un nutrido contingente fue acaudillado por el príncipe georgiano Alejandro, quien podía contar con hordas de tribeños del Daghestán dondequiera atacaran a los rusos. Pero hasta ese formidable ejército fue derrotado en Aslandouz, donde diez mil de sus hombres cayeron víctimas de los rusos, cuyas bajas fueron escasas. Alentados, los soldados del Zar cruzaron las temidas estepas del Moughan, llenas de serpientes y le pusieron sitio a Lenkoran, una fortaleza persa diseñada por ingenieros británicos. Lenkoran cayó después de una desesperada resistencia que duró cinco días y enfureció a los rusos. Su exasperación ante la porfía de la defensa los indujo a matar a bayonetazos a sus cuatro mil defensores. Ni un solo soldado u oficial escapó a la muerte.

Todas las tribus caucásicas tomaron debida nota de esta masacre. Luego, les tocaría a ellas. Pero a diferencia de Persia, no podían contar con la ayuda inglesa, que, aunque no evitara la derrota final, por lo menos prolongaría la resistencia. Las tribus sabían que los rusos se habían apoderado de once cañones de fabricación inglesa, que ostentaban la siguiente inscripción: "Del Rey de los Reyes al Shah de los Shahs". Más tarde, Paskiévich, el conquistador de Eriván, le escribía en sus des-

pachos al zar Nicolás I: "Si los ingleses ejercen enorme influencia en el Oriente, ello se debe a que se han preocupado siempre de los intereses de los que han buscado su protección, en el sentido político...".

En 1814, como la influencia inglesa era más fuerte que nunca en la corte de Persia, se firmó un tercer tratado anglopersa, por el cual "los límites de Rusia y Persia serán determinados de acuerdo con lo que acepte Gran Bretaña "...y, desde luego, los dos países más interesados. Pero pronto sobrevino una situación de tensión y aun de encono con motivo de los subsidios y el gobierno británico retiró su apoyo militar, aunque el coronel D'Arcy y el capitán Hart, de la real artillería, se quedaron en Persia, ocupando cargos que implicaban una extraordinaria confianza. Hart era un hombre muy apegado a los reglamentos y obligó a los príncipes de la sangre a servir durante algún tiempo en el ejército, pero éstos no le guardaron rencor. Pero por más que le enorgullecían a Hart sus regimientos, a pesar de toda la devoción y adiestramiento que derrocharon allí él y otros oficiales británicos (y franceses), nunca lograron crear en Persia un ejército de primera categoría, de acuerdo con los cánones europeos. A pesar de todos los elefantes y camellos y hordas de furiosos combatientes, les faltaba disciplina: su artillería resultaba pobre; sus tácticas eran determinadas generalmente por las impetuosas masas que tan pronto combatían como huían. Además, costaba obtener tropas regulares, ya que los soldados, después de pasar unos meses en filas, desertaban para volver a sus familias y a sus chacras (aunque la deserción o insubordinación se castigaban tradicionalmente en el ejército persa empapando en petróleo al culpable y prendiéndole fuego.) No tenían "esprit de corps", decían los oficiales europeos. En cambio, la caballería persa era un enemigo formidable, ya que sus caballos estaban adiestrados para el combate. "Hasta en las escaramuzas entre nativos, los caballos de ambos bandos luchaban aferrándose, mordiéndose y pateándose con verdadera furia, mientras sus jinetes combatían", afirma Ker-Porter.

Después de la segunda guerra rusopersa de 1828, el Shah terminó por comprender no sólo las terribles cualidades de Rusia como enemigo, sino también que era un vecino inquietante (hasta cuando Persia se rindió). No podía perdonarles a los rusos la enorme indemnización que le exigieran al Turkmentchai: los derechos exclusivos de navegación por el Caspio y veinte millones de rublos de indemnización, como también la libre salida de los armenios de Persia para ir a territorio ruso. Si se sumaba el número de los armenios, unas noventa mil personas, al éxodo en masa de los tártaros del Azerbaidján, quienes les ayudaran a los rusos y afirmaban que los persas los oprimían, al Shah lo preocupaba un poco su diezmada población. Además, lo irritaba la conducta del mariscal de campo ruso, conde Paskiévich: no tanto por sus victorias como por su manera de celebrarlas. Paskiévich había ocupado el palacio de los sirdars en Eriván, enviando a Rusia los inestimables manuscritos de la biblioteca de la mezquita de Ardebil, so pretexto de que el eminente orientalista ruso Senovsky quería copiarlos (manuscritos que nunca fueron

devueltos) y regalando al Zar la espada de Tamerlán, arrebatada al general prisionero persa Hassan; ¡y, finalmente, no conforme con todo esto, se había apoderado de su tienda de campaña —la del Shah de los Shahs— como trofeo! Más tarde, cuando Paskiévich se retiró del ejército con el título de Príncipe de Varsovia otorgado por el emperador, instaló aquella tienda de campaña en el majestuoso salón de su vasto castillo de Gomel, en Polonia, como monumento permanente a sus victorias. La tienda tenía bordadas enormes joyas, y tiras de rubíes y esmeraldas sin tallar, sus cuerdas ostentaban borlas de perlas y sus soportes eran de oro macizo.

Pero, sean cuales fueren sus sentimientos, el Shah comprendía que ya resultaba imposible oponerse a Rusia. El tremendo peso del desagrado ruso había convencido a Fatih Alí que le convenía, que era positivamente necesario, limitarse a una actitud pasiva. Pero el Shah no era un Sardanápalo, pronto a morir de una manera espectacular cuando fuera destronado y a librarse durante sus últimos instantes a una orgía de destrucción, mientras su corte y sus mujeres morían dócilmente a su alrededor. Por el contrario: Fatih Alí se limitaba a permutar la política del poder por el ajedrez y la diversión con sus favoritas.

V

Y así, lo vemos sentado en su Trono del Pavo Real, resignado con un fatalismo verdaderamente oriental a dejar que el destino siguiera su curso con el mínimo de maquinaciones. Aquel intervalo forzado debía ser, por lo menos, lo más grato que podían permitírselo la tradición y la imaginación persa. Las huríes del harén imperial (o *anderoun*) eran unas ochocientas —una bagatela si se comparaba esta cifra con las del kan de Kokanda, tres mil— y la mayoría de ellas eran de hecho, así como de nombre, sus esposas o sus concubinas. Los retratos de la corte las representan a menudo como un grupo gracioso y grotesco a un tiempo, a veces haciendo piruetas como saltimbanquis, apoyadas sobre las manos y con los pies pintados con henné en el aire, o haciendo malabarismo con platos con granadas, jarros con sorbetes o una sola rosa perfecta. La corte se sentaba junto a las fuentes, en solemnes jardines cercados, bajo los almendros o los álamos y ofrecía el aspecto de una multitud hermafrodita en que se confundían los príncipes con los eunucos, los hombres, las mujeres y los adolescentes. Los sexos parecían imposibles de distinguir bajo aquellos ondulantes ropajes.

El shah Fatih Alí tenía muchos placeres. Cazaba escorpiones a la luz de las velas y además hacía disputar carreras de caballos, que si no se atenían a las normas de Newmarket, ponían de manifiesto un gran entusiasmo; y en sus pistas aparecían muchos jockeys ingleses. En general, los británicos gozaban de predilección entre los persas. El Shah sentía un intenso afecto por un joven llamado Strachey, célebre Adonis cuya

sensacional gallardía era tan valiosa para el prestigio de Inglaterra como regimientos enteros de soldados. El Shah le tenía tanto apego a Istarji —así pronunciaban los persas el apellido de Strachey— que hizo pintar numerosos retratos para adornar sus diversas residencias, a fin de recordar, cuando su amigo estaba ausente, su clásico perfil, sus lozanas mejillas y sus fascinantes ojos. Hasta le dedicó una oda.

Además, estaban las damas. En su residencia campestre de Gulhek, había un gran estanque que servía de piscina de natación. "Al Shah le gustaba sentarse junto a él, mientras su harén bajaba resbalando de una galería alta, con gritos de alegría y se dejaba caer en el agua en estado de desnudez. El Shah atrapaba a sus favoritas una por una y las empujaba al estanque".

Los herederos del Shah eran numerosos. En 1826, de acuerdo con cálculos conservadores, tenía sesenta y ocho hijos, ciento veinticuatro nietos mayores y cincuenta y tres hijas casadas, con ciento treinticinco vástagos en total. Se estima que la descendencia masculina del Shah, en la segunda generación, era de trescientos veintisiete hijos, mientras que, cuando llegó a los setenta años, su prole, en su tercera y cuarta generaciones, ascendía a varios miles de personas.

Por patriarcal que haya sido el shah Fatih Alí, sus retratos no nos lo muestran tanto con la apariencia de un Abrahán como con la de un Nabucodonosor, en sus tiempos más espléndidos, prevegetarianos. Tiene algo de asirio con su majestuosa barba negra; parece, en general, demasiado pisaverde y relajado para que se le pueda clasificar como hombre de familia. Los retratos nos muestran a una figura magnífica, sentada con la rigidez de una pieza de ajedrez y con un *caftán* de terciopelo carmesí bordado con enormes perlas y diamantes. Las gemas son para los orientales un voluptuoso placer más que un adorno o una inversión, como lo son para el occidental. Se pasan muchas horas contemplándolas, acariciándolas, con la misma satisfacción que revelan los ingleses ante sus animales domésticos o los norteamericanos ante sus automóviles. Todos los aspectos de su vida doméstica reflejaban esta obsesión por las piedras preciosas. Las jaulas de los pájaros del Shah tenían barrotes de oro e incrustaciones de gemas; las tazas de café estaban vaciadas en enormes esmeraldas. Se afirma que el enjoyado ropaje del shah Fatih Alí pesaba unos setenta kilogramos. Su rostro ostenta en el retrato la naturalidad de una tela de Matisse, con audaces efectos de escarlata, blanco y negro. Sus ojos brillan entre audaces trazos de "kohl"; sus cejas se juntan como dos cimitarras de azabache.

La elegante solemnidad de los persas, expresada en su arte y en sus jardines, se advierte también en su modo de encarar el castigo corporal. Cuando a un gobernador provincial delincuente se le condenaba a recibir una azotaina en la plaza principal de Tabris, la sentencia se ejecutaba sobre una hermosa alfombra de Shiraz. Cuando uno de los primos del shah sufría el mismo castigo por haber perdido una campaña contra los rusos, su humillación y dolor se veían atenuados por la pre-

sencia del propio shah, y, en homenaje a su jerarquía, el pariente más próximo del monarca, Abbas Mirza, descargaba el primer golpe.

En el Afganistán, hasta cerca de 1930, las ejecuciones a cañonazos se consideraban espectáculos muy *recherché* y por lo general invitaban a asistir a los altos dignatarios y a los miembros del cuerpo diplomático, vestidos de gala y con condecoraciones. Esta costumbre sólo fue abandonada cuando varios trozos de carne lanzados por un cañonazo golpearon de lleno en la cara a un embajador occidental. Este episodio, que bien podría calificarse de aborto de la justicia, causó tantas protestas del cuerpo diplomático que la costumbre fue abandonada o se limitó a auditorios puramente nacionales.

* * *

Pero por aterradores o autocráticos que parecieran los gobernantes persas, nunca lograban intimidar a los emisarios rusos. Yermolov los había afrontado, como más tarde a los caucasianos, en su propio plano de brutalidad y astucia. Cuando era Embajador del Zar, se había negado categóricamente a quitarse las botas y a ponerse las largas medias rojas que prescribía la etiqueta de la corte persa para quienes se disponían a entrar a presencia del Shah. Los ingleses habían sido mucho más flexibles: hacían todo lo que se les pedía, se ponían las medias rojas y permanecían de pie durante las audiencias. Los franceses obraban de la misma manera. Cuando le dijeron que el general Gardanne no hacía objeción alguna a las medias rojas, Yermolov resopló: "¡Después del gorro rojo de la libertad, las medias rojas de la servidumbre ". Se abrió paso a puntapiés entre los funcionarios de la corte, entró taconeando fuerte hasta donde estaba la Real presencia, en botas de campaña, se dirigió al Trono del Pavo Real y se sentó pesadamente junto al monarca. Esta actitud le causó el más saludable de los efectos al Shah de los Shahs. Ademas, Yermolov no sólo era un embajador, sino también el comandante en jefe de todos los ejércitos rusos del sur. "Cuando yo hablaba, los persas parecían oír no sólo mi voz, sino también las de cien mil hombres." La afirmación de Yermolov de que era descendiente de Genghis Kan impresionaba grandemente al Shah y Yermolov nunca permitia que lo olvidara.

En general, el impacto causado por su personalidad, así como por su voz atronadora, era abrumador. A veces, cuando las cosas no marchaban a gusto del jefe ruso, se fingía loco, con una locura poderosa a tono con su contextura de Hércules: o sollozaba sin contenerse, asegurándole al Shah que lo afectaba así la mera contemplación de sus perfecciones. Cuando Persia fue aplastada por la guerra de 1828, siempre mostró el debido respeto por la independencia caucásica, por más que el príncipe Alejandro Batonishvili, en su voluntario exilio de la corte de Abbas Mirza, en Tabriz, los siguiera incitando a la acción, ansiara todavía venganza y poder para desalojar a los intrusos rusos de sus tierras caucásicas.

VI

No sólo los soldados rusos sino también sus diplomáticos pagaron tributo a aquella ilimitada barbarie, al exceso que es el execrable clima del Cercano Oriente. Un ejemplo es el curioso caso de la muerte de Griboyedov. Debía ser el último gesto de desafío persa y parece haber tenido sus raíces tanto en la superstición religiosa como en el ceremonial del harén: a menos que, como solía susurrarse, se debiera e instigaciones británicas. De todos modos, para los caucasianos que observaban atentamente el asunto desde lejos, era un ejemplo más de la altanería rusa.

Griboyedov había sido nombrado ministro ruso en Persia en 1828. Conocía al país, al pueblo y a la corte. Diez años antes, había sido secretario diplomático del general Yermolov. Pero si el General era un león enfurecido, Griboyedov parecía un buho, un pájaro secretario: observaba atentamente la vida a través de sus enormes anteojos con montura de carey, a un tiempo lejano y burlón. Era un típico *chinovnik* —empleado público ruso— que se conformaba con el molde de su clase. Siempre había existido una tradición literaria entre los empleados públicos: Griboyedov era uno de los primeros escritores. Debían seguirlo Pushkin y Gogol; y como en el caso de ellos, lo que escribía aquél se consideraba descarado y harto liberal, sino francamente sedicioso. Durante las asfixiantes noches estivales de unas vacaciones pasadas en Tiflis en 1821, escribió su inmortal comedia "La desgracia de ser inteligente". Pero en San Petersburgo la rechazaron los censores: era una sátira mordaz contra la sociedad rusa y contra los funcionarios públicos en particular y desde luego resultaba inaceptable para los propios caballeros encargados de autorizarla o rechazarla. La llamaron "una pieza insolente" y "subversiva" y Griboyedov debió conformarse con leérsela a un círculo de amigos.

Después de la sublevación decembrista de 1825, atrapado en la ola de alarma general, Griboyedov fue arrestado como liberal peligroso; pero lo dejaron en libertad y lo enviaron a servir bajo las órdenes de Yermolov en la campaña persa. Al terminar la guerra, fue enviado a negociar el tratado de paz de Turkmentchai. Cuando concertó las condiciones, volvió a San Petersburgo para que le ratificaran el tratado. A esta altura los años de exilio, el vagabundaje, todo aquello se había convertido en parte integrante de su personalidad. El norte le era extraño. Acababa de casarse con una beldad georgiana, la princesa Nina Tchavtchavadzé, que quince años de edad, cuyo hermano menor, el príncipe David, entonces apenas un niño que jugaba despreocupadamente en las propiedades de la familia en Tzinondali, cerca de Tiflis, debía desposar más tarde a la princesa Ana de Georgia, quien, con su hermana Várvara, adquiriría notoriedad en Rusia y en toda Europa por el sombrío drama que vivieron como prisioneras de Shamyl. Pero esto sucedería veinte años después. Por el momento, tenía que representarse el drama del propio Griboyedov.

En San Petersburgo, mientras esperaba que la cancillería ratificara su tratado. Griboyedov se sintió atrapado por un género de vida que había terminado por aborrecer. Al contemplar las enlodadas calles, comenzó a escribir una novela nostálgica, "Una noche georgiana...". Pero no la concluyó. De improviso, volvieron a enviarlo a Persia, como ministro plenipotenciario, para vigilar la aplicación del tratado: y todo volvió a brillar para él. Ahora, Persia era su vida; sean cuales fueren los defectos de aquel árido país, lo adoraba y trabajaría para lograr una mayor comprensión entre él y su patria.

Su silla de postas oficial cruzó los desfiladeros del Cáucaso, bajó a los verdes valles y siguió traqueteando rumbo al este, hacia las desoladas tierras fronterizas persas, donde sólo los almendros suavizaban las colinas color bizcocho. En las afueras de Teherán, lo recibieron como a un conquistador que trae el séquito propio de un conquistador. Una sucesión de figuras de suntuosa indumentaria, con *caftanes* de brocado forrados con marta cebellina y los turbantes cargados de joyas, estaba parada junto a los elefantes arrodillados y a los leones atraillados: detrás, estaba la caballería con armaduras de malla y ondulantes banderines. Junto a ellos, se veía a una multitud de hombres manchados de sangre y de extraña vestimenta. Era el mes de Moukharrem, el mes en que mataran a Al Hussein, el nieto del profeta. Para los fieles, adeptos y miembros de su secta, aquella hora estaba destinada a lúgubres francachelas, durante las cuales esos hombres se asestaban sablazos, se ponían sudarios salpicados de su propia sangre, se echaban cenizas ardientes sobre la cabeza y gemían sin cesar hasta alcanzar éxtasis morbosos. Ahora, estaban parados detrás de la delegación oficial, vigilantes y resentidos ante aquel infiel que llegaba hasta ellos como un conquistador.

En ese momento, sucedió una de esas pequeñeces imprevistas que suelen tener consecuencias gigantescas. Griboyedov, al dirigirse hacia las puertas de Teherán y las multitudes allí congregadas, notó que su caballo cojeaba y lo cambió por otro. Un hombre de la guardia le proporcionó un hermoso garañón negro: éste caracoleó, llevando a Griboyedov hacia su destino. ¿Cómo podía prever que el cambio casual de su corcel sería considerado un presagio nefasto... que Ibn Sa'ad, cuyo recuerdo maldecían allí, el asesino del imán Hussein, había cabalgado también un garañón negro?

Los gemidos y los vítores cesaron. Reinó el silencio y, de pronto, lo interrumpió un alarido. ¡*Ya Hussein*! Los fieles se lanzaron en embravecida oleada hacia adelante, con gritos e imprecaciones, cerrándose a su alrededor. El garañón negro se encabritó y la multitud retrocedió. Los soldados la alejaron y la gente se retiró, murmurando, para seguir a la procesión, gimiendo de nuevo y rasgando sus sudarios salpicados de sangre. Cuando las altas puertas de madera de la legación rusa se cerraron detrás de Griboyedov, la muchedumbre ocupó sus puestos frente a ellas, en silencioso piquete de odio. Todo Teherán hablaba del asunto al anochecer. Aquello acabaría desastrosamente. ¡Muerte al Perro Infiel...!

¡Basta de Poderío Ruso! ¡Dzhakhat! ¡La Guerra Santa! ¡El viento de la violencia de las muchedumbres sopló en la ciudad y se concentró sobre la legación rusa, donde Griboyedov y su flamante esposa vivían una hora de inquieto encuentro. La gente se excitaba cuando le hablaban del tratado. ¡Dzhakhat! Los horribles gritos se volvieron a oír cuando los adeptos de Hussein comenzaron a golpear, en son de protesta, las paredes de la legación.

A poco, el Shah abandonó su capital para cambiar de aire en uno de sus palacio de verano. Lo siguieron la mayor parte de la corte, sus hijos y las beldades de su harén. El doctor McNeil, el inglés que influía de una manera tan moderadora sobre la impetuosidad persa, pronto siguió al Shah a su retiro rural. Todos sabían los horrores que causaban las guerras santas... En nombre del Profeta, todo les era permitido a los fieles.

Pero Griboyedov se quedó. El tratado debía ser puesto en vigencia. Quizás fuese optimista; o fatalista. Quizás adivinara que su muerte, como su vida, debía ocurrir en Persia y a causa de Persia. Pero pronto alejó de allí a su joven esposa: estaba grávida. Dijo que estaría mejor lejos del insalubre aire de la ciudad. La muchacha se fue dócilmente, protestando, quejumbrosa, amante... Nunca volvió a verlo.

La oscuridad se cerró en torno suyo. Ahora, Griboyedov estaba solo y se sabía condenado. A causa de una intriga de harén, todos los odios reprimidos se vieron liberados. De acuerdo con los términos del tratado de Turkmentchai, a todos los armenios que optaban por volver a su país natal, ahora bajo la protección rusa, se le debía conceder libre tránsito. Mirza Yakoub, un eunuco del harén del Shah, armenio de nacimiento, reclamaba su derecho a partir de Persia inmediatamente. Griboyedov consintió en darle albergue en la legación. Pero el Shah se enfureció hasta el linde de la locura al pensar que uno de sus propios criados, una de las personas que habían tenido acceso a la inviolable intimidad del harén imperial, se atrevía a abandonarlo... ¡a *vivir* fuera de aquel sagrado recinto! (porque los que contemplaban sus esplendores morían o los eliminaban... el caso era que no vivían para contarlo). ¿Debía estar ahora su eunuco bajo la protección de los infieles?

Esto, era algo que el Shah no podía soportar.

Insistió en que le devolvieran al eunuco, junto con dos armenias que habían estado viviendo plácidamente en el harén de un noble persa, pero a quienes raptaran misteriosamente y que reaparecieran como refugiadas en la legación rusa. Aquello era una locura. Ninguna diplomacia, ninguna fuerza, podían serles opuestas a la ética y a las intrigas del harén. Se decía que todo aquello ocurría por instigación del Shah. Las cosas fueron de mal en peor. Las mujeres, decían algunos, habían sido enviadas a la legación con fines de identificación; otros, afirmaban que se las podía retener allí, en sitio seguro, hasta que fuera posible repatriarlas a la Armenia rusa. En cualquier caso, ahora que estaban allí, se quedaron. Griboyedov se mostró porfiado. Su sentido del deber se trocó en ciega locura. Se negó a devolver al eunuco o a las mujeres.

Todo aquel asunto, insistió, debía ser consultado con el conde Nesselrode, el canciller que estaba en San Petersburgo.

Ahora, todas las clases sociales de Persia estaban enfurecidas: el Shah, los husseinitas, los fanáticos, el pueblo... Todo hombre se consideraba amenazado y su harén violado. Griboyedov no sólo representaba un ultraje político y religioso, sino también una amenaza interna. Sólo el enviado ruso parecía inmutable ante el alboroto. Se mostró firme. Ahora, el problema debía decidirse en San Petersburgo. Pero en realidad se había decidido mucho antes, el día en que él entrara a Teherán montando aquel garañón negro.

¡*Ya Hussein*! Una muchedumbre de diez mil hombres atacó la legación y pronto venció la desesperada resistencia de la pequeña guardia cosaca. Griboyedov fue atrapado y se retiró, espada en mano, de patio en patio, de aposento en aposento, hasta que los últimos guardias fueron asesinados a su alrededor y no quedaron más municiones. La multitud derribó la última barricada y lo mató a puñaladas y luego arrastró el cadáver a las calles para regocijarse. Un vendedor de *shashlik* le cercenó la cabeza y la colgó, con sus anteojos, de una pica, en su estanco. ¡La cabeza del infiel! Esa noche, vendió mucho y todo Teherán acudió al estanco a mirarla. El brazo derecho de Griboyedov fue cortado en el codo... porque, sobre uno de sus dedos, brillaba un hermoso anillo con un diamante; lo que quedaba de su cadáver, fue atado a una sarta de gatos muertos y arrastrado alrededor de la ciudad por los fieles, antes de que lo arrojaran a un montón de estiércol, donde se pudrió y fue olvidado. Los rusos de Tiflis mandaron furiosas delegaciones en nombre del Zar. Por orden del Shah, lo que quedaba de Griboyedov fue recogido a escondidas del montón de estiércol, a la luz de las linternas (porque no convenía, ni aún ahora, mostrarse demasiado sumisos con Rusia) y colocado en un ataúd para ser llevado a una iglesia armenia y para que yaciera allí durante una semana de misas santificadoras, donde cantaron día y noche los barbudos monjes y el *sargarvarg*, uno de los plañideros orientales especializados que observan y gimen junto al cadáver en frenesíes de dolor profesional. Luego, una noche, un pesado carro tirado por bueyes partió en lento y fatigoso viaje a Tiflis, donde lo esperaban las autoridades rusas y la viuda postrada en el lecho.

Hacia el norte, las grandes mesetas rocosas se estrechaban formando desfiladeros y un solitario jinete salió al galope de aquella desolación y detuvo su caballo, porque no había encontrado a un solo ser viviente en todo un día: un joven atezado, de complexión delicada y bucles negros casi tan hirsutos como la *burka* que usaba sobre su ropa de montar europea. Era Alejandro Pushkin, el poeta, que iba a pasar algún tiempo entre sus amigos los oficiales decembristas exilados, quienes prestaban servicios ahora en el ejército del sur, consagrados a la campaña contra los turcos ante Erzerum.

—¿De dónde vienes? —le preguntó al viejo carretero y le sonrió con su sonrisa de duende, a toda boca.

—De Teherán —fue la respuesta, acre y acompañada por una mueca.

Pushkin miró con negligencia la basta cesta de madera que saltaba con los movimientos del carro.

—¿Y qué llevas ahí? —preguntó, perezosamente.

—A Griboyedov —dijo el viejo, tirando de las riendas— Lo han matado como a un perro.

Los bueyes tiraron hacia adelante y la carreta siguió su viaje rechinando.

Pushkin detuvo a su caballo y miró a la carreta que se perdía de vista. El episodio lo conmovió profundamente: debía escribir sobre él en sus cartas y notas.

"No sé de nada más feliz ni digno de envidia que aquellos últimos días de su tempestuosa vida. La muerte, al llegarle en el calor de una batalla valiente y desigual, no fue terrible ni fatigosa, sino, por el contrario, repentina y bella."

Se diría que Pushkin le envidiaba su liberación, la nobleza de su muerte. Acaso supiera también, intuitivamente, que diez años después otro tosco ataúd de madera parecido viajaría en el fondo de otro trineo —porque el hecho ocurriría en un anochecer invernal, en el norte, cerca del monasterio de Sviatigorsk— y otro desconocido abordaría perezosamente al carretero para preguntarle qué llevaba y éste le respondería:

—A Pushkin... un poeta a quien mataron en un duelo... Lo están enterrando como a un perro.

3

SHAMYL

"Es en las montañas donde vive el águila".

TOLSTOI.

Para conocer en su mayoría los detalles de la primera etapa de la vida de Shamyl y sus batallas, hay una sola fuente local: "Las Crónicas de Mahommed Tahir de Karahi". Como devoto parcial de Shamyl, Tahir se desempeñó como secretario suyo a principios de la década 1850-60 y en gran parte el material fue dictado por el propio Imán durante su cautiverio. Las crónicas se escribieron en árabe y cuado murió Tahir en 1882, su hijo Habibullah continuó su labor, acumulando más relatos presenciales de las guerras múridas. Es en esta crónica, junto con ciertas fuentes de familia, donde he tratado de valuar los contradictorios relatos sobre la vida de Shamyl, sus victorias y sus derrotas. A veces, tanto las fuentes militares rusas como la crónica árabe concuerdan: pero también suelen ser diametralmente opuestas. Con todo, en cuanto concierne al material puramente bibliográfico, es probable que "Las Crónicas" sean exactas, porque armonizan con lo que le narró el propio Shamyl en los últimos años de su vida a su hijo Khazi Mahommed, de cuyos nietos he obtenido la mayor parte de mi material.

Shamyl nació en el aúl de Ghimri, en el noreste del Daghestán. Ghimri era algo típico en su género, una fortaleza rocosa más bien que una aldea y en sus esquinas ostentaba altas torres a modo de atalayas, tan imponentes y salvajes como el paisaje circundante. Sus casas de tejados romos, con terraplenes, estaban apiladas la una sobre la otra e insertadas a menudo como panales en la maciza roca del flanco montañoso, colgando peligrosamente sobre las hondonadas; las dominaban imponentes cumbres nevadas. Aunque esos aúles estaban por lo general terraplenados hacia el sur, de modo que el calcinante sol estival pudiera hacer madurar los pocos viñedos o durazneros laboriosamente cultivados, era, más que nada, un paisaje de desolación, un escenario apocalíptico. Piedras, páramos salvajes, desfiladeros que revelaban, mil quinientos metros más abajo, ríos que fluían furiosamente sobre las rocas. Densas

nubes se cernían sobre las montañas durante la mayor parte del año y parecían adherirse a ellas de una manera posesiva, amenazadora. A veces, un angosto pliegue rocoso, adherido a la fachada de un acantilado, llevaba a un santuario árboreo, un espino enano, donde según la tradición caucásica los piadosos debían sujetar un trapo, un fragmento de su ropa, como testimonio de las plegarias ofrecidas por el alma del *Mollah* u hombre santo, a quien representaba el árbol. Un incesante viento gemía alrededor de las montañas, haciendo ondear esos trapos, una vegetación gris y melancólica que no tenía primavera.

Fue aquel escenario austero, en los últimos años del siglo XVIII, el que acunó al pequeño Shamyl. No hay constancias de su nacimiento, pero se cree que ocurrió alrededor de 1796. Su padre, Dengau, era un noble ávaro; su madre, Bahou-Messadou, era de origen igualmente noble. Nueve generaciones de ávaros de alta cuna los precedían, pero Shamyl no necesitaba antepasados. Como Napoleón, podía decir: "*Ma noblesse date de moi*". Se creía allí que Shamyl era, en realidad, el hijo de aquel príncipe Alejandro Batonishvili que se opusiera a su hermano con motivo de la cesión de su reino de Georgia en 1801. Antes de radicarse en Persia, el Príncipe había huido a las montañas del Daghestán, donde vivió durante años como un fugitivo, siendo un implacable enemigo de Rusia y un héroe para la población local. Como las gallardas facciones aguileñas de Shamyl tenían una marcada semejanza con el aire de familia de los bagrátidas y caminaba siempre con acentuada majestad, se divulgó la creencia de que era realmente el hijo del Príncipe. Aunque sin duda apócrifa, esa leyenda concuerda con su subsiguiente lucha de toda la vida contra la dominación rusa. Ciertamente, la descripción siguiente del Príncipe, proporcionada por Sir Robert Ker-Porter, quien se encontró con él en Tabriz en 1819, podía aplicarse a Shamyl cuando desafiaba a todas las Rusias desde su baluarte rocoso. "Era imposible contemplar a ese intrépido Príncipe, por salvaje y obstinado que fuera, sin interés, sin esa suerte de piedad y admiración con que podría mirar un hombre al león real ahuyentado de sus páramos hereditarios, pero que vuelve a rondarlos y brama en orgullosa soledad sus incesantes amenazas a los extraños que han perturbado su reino".

* * *

En su niñez, a Shamyl lo llamaban Alí, pero como era de aspecto enfermizo, se decidió cambiarle el nombre, por ser ésta una costumbre caucásica que, según decían, apartaba de los niños a los espíritus malignos. Y así fue: apenas llamaron Shamyl (o sea Samuel) al pequeño Alí, empezó a desarrollarse bien. Era de temperamento caviloso, intratable, taciturno; parecía abismado en sueños y se mantenía a distancia de su única hermana y de la mayoría de sus camaradas; aunque tenía un amigo dilecto, o *kounak*, un niño ávaro, quien le llevaba unos años y debía hacerse célebre más tarde con el nombre de Khazi Mollah, Imán del Daghestán, el primero en predicarle resistencia a Rusia. De este camarada, debía he-

redar eventualmente Shamyl el gobierno espiritual y absoluto del Daghestán para convertirse en su tercer Imán. Pero mientras que el mayor de los niños estaba destinado ya para la mezquita, dedicando muchas horas a la oración y al estudio de las doctrinas sufíes, el menor vivía en un mundo de leyendas, poblado de seres mitológicos, genios maléficos y monstruos fabulosos, que para su imaginación habitaban una meseta vecina situada entre los desolados páramos rocosos, una región temida en todo el Daghestán. Ningún lugareño quería aventurarse cerca de allí cuando había anochecido, pero Shamyl acostumbraba pasar por esos lugares noches enteras, compartiendo, decían los lugareños, algún siniestro secreto con aquellos genios y peris cuyas francachelas de "noche de Walpurgis" iluminaban chorros de fuego que se podían ver desde lejos y resplandecían hasta el cielo, unas llamas extrañamente descoloridas, oscilando, cayendo y volviendo a centellear.

En esa zona hay numerosos manantiales de petróleo, tanto en las montañas como junto a las riberas del Caspio, y sus llamaradas hasta brotan de las profundidades del mar. Los adoradores del fuego de Zoroastro basaban sus místicas creencias en esas llamas y acudían desde lejos para practicar su culto en el tempal de Guebres. Circulaban muchas leyendas locales de seres ígneos, pájaros de fuego y bellas mujeres-pájaros que surgían de las llamas. Esas llamas son el tema principal, expresado en las formas estilizadas y geométricas que significan tanto plegaria como leyenda en las bellas alfombras antiguas de Soumakh, Shirván y Bakú de esas regiones.

En el oscuro paisaje montañoso de Ghimri, donde lenguas ígneas iluminaban las noches, había también repentinas y terribles tormentas e impetuosos vientos que parecían el batir de gigantescas alas. Para la gente, aquello significaba el paso de Simurg, el gigantesco pájaro blanco de Salomón, quien mira con un ojo el pasado y con el otro el futuro y vive eternamente en Kafdagh, volando a través de la noche para visitar las cumbres de Ghimri, a fin de entregarse allí a sus horribles parrandas. Pero esas leyendas no alarmaban a Shamyl. No sabemos si lo sostenía ya la sensación de la santidad, o si buscaba, en esa corte mitológica, la majestad con que soñaba, para lo cual se sentía nacido y que no hallaba en su aúl. Se sabe que, hasta cuando era un niño, su orgullo no tenía límites y se movía y vivía como un ser aparte. Por desgracia, era todavía un niño bastante frágil, sin un físico susceptible de sostener su majestad. Y su amor propio sufría a causa del indudable hecho de que su padre era un borracho. Después de haber intentado muchas veces apartarlo de la bebida, Shamyl juró que lo apuñalaría con su propio *kindjal* si seguía con aquella costumbre. Esto causó el efecto deseado, porque Dengau amaba a su hijo y lo sabía capaz de morir por un principio. Desde ese momento, dejó de beber. Fue la primera victoria de Shamyl sobre la complacencia de uno consigo mismo, la vida fácil y la carne, todas las cosas contra las cuales debía lanzar más tarde tonantes apóstrofes.

Por fin, la altanería de Shamyl alcanzó un grado tal y enfureció tanto a los demás jovenes de la aldea que se coligaron para darle una lección. Lo acecharon cuando volvía después de haber pasado la noche en las montañas. Abalanzándose sobre él, lo golpearon hasta dejarlo inconsciente y, después de hundirle un puñal en el vientre, lo dieron por muerto y se marcharon. Al volver en sí, lo primero que se le ocurrió a Shamyl fue ocultarse para eludir tanto los insultos como las expresiones de solidaridad. Volvió arrastrándose a las montañas, logró vendarse sus heridas y consiguió esos menjunjes de hierbas que les daban fama a los montañeses. Los métodos usados para tratar las heridas con hierbas (una habilidad que tuvo muchas oportunidades de perfeccionarse en esta parte del mundo) eran conocidos y respetados hasta por los médicos del ejército ruso. A veces, los galenos de la aldea lograban cerrar las arterias cortadas aplicando una variedad local de hormiga, grande y feroz. Cuando aquellas mandíbulas con forma de pinzas habían sujetado las arterias, arrancaban el resto del cuerpo de la hormiga y las pinzas quedaban allí. Se vendaba la herida abierta, se aplicaban hierbas y no sobrevenía septicemia.

La tradición del pueblo no sólo era estoica, sino también fatalista. Aquello estaba en manos de Dios. *Dios había preordenado cinco cosas en sus siervos, la duración de la vida, sus actos, los lugares donde vivían, sus viajes y las partes que les correspondían.* Si estaba escrito que debían vivir y volver a combatir —porque vivir era combatir— se repondrían, por destrozados que estuviesen sus cuerpos. Yacían allí mutilados, perforados y sangrantes; bebían las cocciones de hierbas, se sometían a tratamientos torturantes... y, por lo general, se reponían. Los rusos hallaban en ellos a enemigos muy porfiados. Cuando los habían matado —o lo parecía, al menos— seguían viviendo. Un múrida, o guerrero santo, surgía de un aúl asediado blandiendo su shashka en una mano, una pistola en la otra y con el kindjal entre los dientes y se arrojaba sobre los asombrados rusos, disparando con rapidez en todas direcciones; luego, dejando caer su pistola, empezaba a descargar tajos con su acero, dando buena cuenta de cinco o seis enemigos antes de caer; y aún al morir, daba muerte también por lo general a otro adversario. ¡Al parecer, no saben cuándo deben morir, señor! —dice un soldado ruso en uno de los cuentos caucásicos de Lermontov— ¡En realidad, cuesta muchísimo matarlos. Son gente sin la menor idea del decoro."

De modo que el estoico Shamyl ocultó sus heridas y su humillación y volvió a Ghimri cuando estuvo no sólo repuesto, sino también endurecido y vigorizado con un implacable régimen de cultura física que se había impuesto. Desde ese momento, se obligó a sí mismo a hazañas de resistencia, transformándose en un atleta delgado y de músculos de hierro. Su alta estatura —más de dos metros— coronada por un imponente *papakh* o gorra de badana negra, le daba el aspecto de un gigante. (Pero, por lo demás, todos los protagonistas de la lucha que se avecinaba

eran figuras gigantescas: Shamyl y sus hijos excedían ampliamente los dos metros; lo mismo pasaba con el mariscal de campo Bariatinsky y con Hadji Murad; mientras que el zar Nicolás y su hijo Alejandro II tenían la talla propia de los Romanov). Shamyl superaba en la lucha, en la equitación, en la natación y en la carrera pedestre a todos los demás montañeses: así como éstos tenían sus métodos celosamente ocultos de adiestrarse y endurecerse a sí mismos y a sus caballos (criados por lo general en las llanuras o provenientes de la Kabarda) para poder recorrer las enormes distancias y soportar los violentos cambios de clima que exigían sus tácticas de correrías y el territorio. Y asimismo, los *djighits, delikanes* o guerreros del Cáucaso, los jóvenes e impetuosos montañeses, se adiestraban hasta obtener una resistencia excepcional. Eran, por crianza, hombres nervudos y musculosos, considerados los más gallardos del mundo: altos, morenos, de rostro aguileño, de manos y pies angostos y bien formados y con talles de avispa (lo cual se debía en parte a que los ceñían fuertemente con la piel, tibia aún, de una oveja recién matada.) Sobre todo, tenían un aire indefinible de elegancia... de buena cuna. En general, comían con moderación, pero los combatientes comían menos que nadie: por eso, en las guerras del Cáucaso, podían soportar mejor los rigores de largas marchas a través de tierras inhóspitas, sin que los encadenaran los engorrosos carros con abastecimientos de los ejércitos rusos, que incluían objetos tan poco manejables como los samovares de latón de un metro y medio de altura, capaces de contener doscientos litros de té, sin los cuales hasta el más humilde de los reclutas se habría amotinado. Su religión les prohibía a los montañeses el vino; y aunque el país producía hermosos viñedos que eran laboriosamente cultivados dondequiera había una parcela de tierra disponible en las laderas de las montañas, los caucasianos en general bebían poco, considerando el vino algo que debían reservar para oportunidades especiales. La carne era rara en sus mesas y aun en esos casos, sólo se servía cordero, cabra o pollo. El soberbio físico de los hombres se mantenía por lo general con algunas tortas de mijo triturado y queso de cabra. Durante una campaña, se les veía comer a menudo y parecían bien alimentados con unas pocas hojas y aun flores: los rododendros se consideraban particularmente nutritivos. Estaban adiestrados para recorrer corriendo largas distancias, velozmente, con una rapidez uniforme, sin jadear, llevando una bala o un guijarro en la boca. Sus vidas eran una mezcla de austeridad personal y exceso heroico.

Shamyl se impuso este fatigoso molde a tal punto que, a los veinte años ya era famoso por sus hazañas. Podía cortar el mango de un fusil con un solo golpe de su puñal y una vez lo vieron partir en dos a un jinete cosaco casi hasta la silla de montar de un solo tajo. Era capaz de franquear un muro de dos metros de un salto, o, como decían en la jerga local, "cabalgar un khevsour". (Se creía que esta tribu, de gigantes extrañamente rubios, descendía de los cruzados; usaban cotas de malla adornadas con cruces de Malta, mientras que sus espadas, here-

dadas de padre a hijo, ostentaban a menudo el emblema de los cruzados: *Ave Mater Dei*. Eran célebres por su alta talla. Los vendedores de alfombras de las ferias de Tiflis han medido siempre sus alfombras valiéndose del khevsour más próximo.)

Hasta para una raza de centauros como los hombres del Cáucaso, la habilidad de jinete de Shamyl era sorprendente. Las acrobacias de los montañeses a caballo eran tan brillantes como las de los árabes. Quizás ello fuese un legado de sus conquistadores árabes del siglo VIII. El caso es que las *dighitovskas* caucasianas —una mezcolanza de equitación y audacia— eran análogas a las fantasías árabes con los caballos y de la misma calidad: tretas de equitación, exhibiciones circenses; todos elementos de uso cotidiano en su violenta guerra de correrías. Shamyl le hablaba a su pueblo en el idioma que éste mejor entendía cuando montaba a caballo de un salto, franqueaba las altas puertas del aúl de otro salto, y, desdeñando el camino, salvaba un precipicio, colgándose cabeza abajo debajo del vientre de su cabalgadura, luego se balanceaba hasta salir del otro lado y pararse sobre la silla y, al galope, le acertaba con un tiro a una moneda arrojada a buena altura. Más tarde, cuando llamó a su pueblo a la lucha y predicó el Shariat —La Ley— y el Tarikat —El Camino— los caucasianos sabían qué puntos calzaba su caudillo y lo siguieron ciegamente. Acaso, cuando el joven Shamyl superaba a los más fogosos "djighits", estimulaba, aunque fuese inconscientemente, su leyenda, la leyenda que lo rodeó durante toda su vida y que, hasta en sus aspectos más teatrales, fortaleció su mística aureola de jefe.

II

Ese cropel de centelleante heroísmo aureola a algunas de las figuras más grandes, tiranos, héroes, reyes. Seducen a la imaginación popular y son representadas en forma popular. Pero... ¿no habrá también quizás algo de esencialmente meretricio o falso en su carácter? No constituyen una mezcla razonable, antes que accidental, de jactancia y grandeza? Nos cuenta que los accesos de epilepsia de Sócrates, sea que fueren auténticos o fingidos, realzaban mucho su leyenda. Los héroes de esa clase, quienes avivaron una llama que nunca se apagó, tienen a menudo, en su valentía, cierta calculada teatralidad que se presta a la leyenda popular, a las baladas y a las litografías. Fue a través de esas imágenes-estampas teatrales como "El señor Kemble en el papel de Timur el Tártaro" y xilografías como "Aníbal cruzando los Alpes" y Saladino y hasta Aladino y Arlequín (ya que el drama heroico se superponía a la pantomima) como el Occidente del siglo XIX veía el Oriente; sobre todo los héroes asiáticos, como los de "La sublevación de los tártaros", de De Quincey.

El mundo de esas primeras ilustraciones está simplificado y los contrastes son claros: el bueno y el malo, el santo y el villano, el saltea-

dor y el sacerdote, el pashá y el indigente. Las montañas son cortadas a pico, con cumbres picudas; los bosques, sombrías masas de impenetrable vegetación; las puestas de sol, tan anaranjadas y de franjas tan geométricas como la bandera japonesa; las mujeres, seres etéreos, sean célebres bailarinas, madres de conquistadores o huríes orientales. Es el concepto de la mujer del siglo XIX. El puro óvalo de su rostro está enmarcado siempre por lamidas trenzas; su mirada de paloma es límpida, confiada, tonta, recordando a la dulce heroína de Byron, el amor de Mazeppa, nacida para ser traicionada, pobre juguete del hombre. A los hombres se les ve en un molde más firme. (También esto era un concepto del siglo XIX). Son héroes que se pavonean, hirsutos y ágiles. Adoptan actitudes dominadoras y aunque están embutidos a menudo en mallas coronadas por engorrosos cascos con penachos o turbantes, combaten, escalan castillos góticos demasiado pequeños para ellos, hacen caídas de ojo, blanden espadas y en general se comportan heróicamente. Fue en esas condiciones, pues, como enfrentó Europa a Genghis Kan, Timur el Tártaro, Alejandro el Grande, Solimán el Magnífico y también a Shamyl. Conocí a Shamyl en forma casual: vi un grabado coloreado de manera elemental, semejante a un ícono, en un viejo álbum de recortes, entre postales en relieve y siluetas. "SHAMYL, EL LEÓN DEL DAGHESTÁN, leí, pero esto no me dijo otra cosa. La mirada altanera, los soberbios bigotes y la cimitarra que blandía pertenecían al mundo de las Estampas Teatrales de dos Peniques del señor Pollock, que nutrieran mi imaginación en la infancia.

Muchos años después, en Kiev, al pasar por una apacible calle flanqueada por casas de madera con pórticos de humilde elegancia y protegidas por altas cercas donde había un derroche de lilas y girasoles, me dijeron que Shamyl, durante su exilio, vivió en una de ellas.

"Luchó por la libertad... El Zar lo tuvo enjaulado...".

Evoqué la fugaz imagen de un guante color limón que se cerraba sobre una cimitarra y una puntiaguda gorra tártara. SHAMYL, EL LEÓN DEL DAGHESTÁN... ¿Aquel orgulloso héroe, enjaulado?

Esto, ocurría muchos años antes de que la historia del Cáucaso empezara a presentárseme en las riberas del Mar Negro, y en las aldeas del Asia Menor donde brillaban aún los sombríos esplendores de Shamyl. Allí, yo debía oír leyendas y hechos, recuerdos y resonancias, del hombre y de sus épicas batallas, sus ideales, triunfos y tragedias, todo ello entretejido: relatos de familia narrados junto al Bósforo, díceres murmurados por una vieja que se solea bajo una vid en el Diabekir; o fragmentos de historia recordados por mentes dormidas, que se mueven para recapturar el pasado olvidado.

III

Shamyl, en su juventud, era un hombre de soberana elegancia; su natural distinción le daba un aire principesco, acentuado por la severa

sobriedad de su indumentaria. Su ropa era de lo mejor y exclusivamente negra o blanca.

Usaba el clásico traje del Cáucaso, quizás el más llamativo que se haya inventado jamás. Una *cherkeska*, o sea una larga blusa de orla holgada con talle de avispa, ostentaba, sobre el pecho, dobles filas de cartucheras de plata. Encima de esto, usaba una peluda capa de pelo de cabra: la *burka*. Usualmente, los hombres del Cáucaso se tocaban con un pesado gorro de badana, el *papakh;* pero Shamyl, cuando asumió el poder lo realzó con un gigantesco turbante de borlas rojas. Era el tocado de un dirigente religioso.

Acaso lo más sutilmente elegante de sus prendas de vestir fuesen las flexibles botas negras, de un cuero fino como el de los guantes, tan típicas de los caucasianos y que parecen modeladas sobre el tobillo, así como la silla de montar y la brida parecen modeladas sobre el caballo. Sólo montaba a potros de pura sangre, a garañones de la Kabarda.

Su barba y las palmas de sus manos tenían manchas del sombrío color anaranjado del "henna" (los mahometanos consideran al henna uno de los árboles del paraíso), haciendo más sorprendente aún la palidez extrema de su semblante.

Shamyl sabía conservar ante el pueblo su leyenda, su aureola de jefe. "En todo el Oriente —dice Sir Richard Burton— un hombre mal vestido es un indigente, y un indigente —salvo que pertenezca a una orden con el derecho de ser pobre— es un bribón". Pero Shamyl no era lo uno ni lo otro, y aunque la austeridad constituía el primer dogma de su religión, nunca abandonó los melindrosos cánones de su casta.

Y aquí, nos recuerda a Tolstoi, quien llegó finalmente a una austeridad casi extravagante, trocando los salones de Moscú, las cenas con champaña y la ropa elegante por el alimento más sencillo que se cultivaba en sus tierras. Le gustaba usar una camisa que le habían tejido sus propios campesinos con la más fina lana de cordero. Era un estado espiritual basado en el hartazgo y el refinamiento. Para él, la sencillez era el mayor de los lujos. Y si bien, como lo recordó su hija la condesa Alejandra Tolstoi cuando discutíamos las gradaciones del lujo, en Iasnaia Poliana no había aguas corrientes, no era Tolstoi quien traía los baldes del pozo. Porque, por desgracia, la sencillez es un estado que sólo se logra generalmente con suma dificultad o con la complicidad de otros.

Cuando un niño caucasiano alcanzaba su mayoría de edad —por lo general a los diecisiete años— lo ponían a prueba, usualmente en un combate: sino en alguna guerra entre tribus, por lo menos en una venganza local. Debía ser un consumado jinete y espadachín; su educación tenía que incluir, además de su propio idioma, cierto conocimiento del árabe y la capacidad de improvisar los cantos en los cuales cada comunidad legaba sus crónicas y batallas.

Cuando los mayores llegaban a la conclusión de que el niño era digno de la edad viril —y de ocupar un lugar entre los *delikanes* o

djighits— se efectuaba una ceremonia en que participaba todo el aúl. Al joven *djighit* le regalaban unas espléndidas armas, las mejores que podía permitirse su familia; a veces, se las legaba una generación a otra y tenían inscripto el nombre del armero y de su primitivo dueño, muchos siglos antes de que los armeros italianos se establecieran en el Cáucaso. Las armas originaban toda una mitología; a fin de tener buena suerte, con el kindjal se trazaba una cruz hacia el cielo cuando aparecía la luna nueva. Las armas también se usaban simbólicamente; cada uno de los rivales que se disputaban los favores de una dama procuraba lanzar un hechizo de impotencia sobre el otro. Esto se hacía desenvainando a medias tres veces el kindjal; o retirando a medias del cartucho del *ghazir*, la cartuchera del pecho. Esto, junto con una imprecación ritual, se consideraba suficiente para desalentar al más fogoso de los amantes.

En los festejos que se realizaban al ingresar a la virilidad un joven *djighit*, se efectuaba una fiesta en la que participaba todo el aúl. Se asaban ovejas enteras, se alineaban a lo largo de las mesas fuentes con cuajada y miel y fluía un vino local. Este, por haber sido hervido o pasado por el fuego, se consideraba purificado y permitido por los preceptos musulmanes. Era un brebaje poderoso y de efectos enardecedores. La cuajada o "yoghourt" era una golosina especial, se sostenía que el propio Alá le había enseñado al patriarca Abrahán a hacerla. Se entonaban canciones y los músicos, paseándose, narraban heroicas leyendas o esas interminables sagas del Cáucaso que siempre hablan de épicas batallas y cuyos estribillos son elegías por los héroes caídos, las figuras místicas o los que se disponen a ganarse el paraíso muriendo en la batalla contra los infieles.

Al pueblo caucasiano le gustaban las notas sombrías; y sus canciones, por lo general sacras, rara vez contenían notas risueñas. Sin embargo, aquélla era la música del pueblo, cantada con el acompañamiento de los *duduks*, unas delgadas flautas de caña, del *tar* o de la *pandura*, una cítara de tres cuerdas: melodías quejumbrosas como un anochecer de otoño. Pero para ellos eso representaba una fiesta, y como tal, tenía reservado un lugar en cada ocasión ceremonial.

Sus danzas eran menos lúgubres: revelaban a una raza a un tiempo fogosa y sensual, con esos bellos pasos ondulantes que son una especie de galanteo estilizado, persecución y retirada lánguida y lenta. O el taconear y saltar con espadas que ejecutaban los guerreros al ritmo insistente de un tambor o *dohol*. Este airado pulso latía a lo largo de toda la música del Asia Menor, monótona, hipnótica y galvanizante; acompañando a pantomimas de combate, de agonías convulsivas y de victorias. Los tambores predominan tanto en la música popular tradicional del Cáucaso como en la mayoría de las obras del compositor contemporáneo Aram Katchaturian. Es, esencialmente, la música de un pueblo guerrero.

La *lesghinka*, danza nacional de los *lesghienes*, es iniciada por las mujeres con pasos lentos, casi imperceptibles, sesgados, trémulos. Gradualmente, el ritmo se acelera hasta trocarse en un furioso taconeo mar-

cado por los tambores cuando a las mujeres se les unen los hombres, quienes forman círculo a su alrededor y las encierran, avanzando cuando cada una se retira. Es un baile de conquista, de apareamiento.

Algunas de esas danzas representan plegarias y comienzan con las lentas posturas de la adoración. Pero poco a poco, los bailarines aceleran el ritmo hasta llegar a los frenesíes mesméricos de las danzas de los derviches; como las de los giros rituales de los *nakshibandyiés*, que Shamyl, cuando encabezó más tarde una orden de esa secta, debió conocer y usar para enardecer a sus adeptos.

Las danzas más seculares de la *dighitovka* se ejecutaban generalmente a la luz de las antorchas: los bailarines salían de las sombras y volvían a ellas y las llamas centelleaban sobre las armas insertadas en sus cintos, los puñales y las pistolas que siempre llevaban encima; hasta al bailar, la luz de las antorchas se proyectaba sobre los atezados rostros, iluminando la curva de una mejilla magra, el brillo de unos ojos negros, cuando contemplaban con amor y audacia a una muchacha velada. Luego, cuando la luz de las antorchas menguaba, los *djighits* planeaban los placeres del día siguiente: torneos de carneros salvajes, lucha, espectaculares proezas de tiro al blanco y la audaz acrobacia de la *dighitovka*.

IV

El maestro espiritual de Shamyl era el Mollah Jamul u'din descendiente del profeta y hombre de profunda piedad y sabiduría, quien amaba al joven extraño y violento pero soñador, el cual a su vez terminó por quererlo y confiar implícitamente en él, obedeciendo sus órdenes mucho después de haberse convertido en el imperioso gobernante que no aceptaba una sola palabra de crítica de nadie. Con su preceptor, Shamyl fue desde el primer momento disciplinado y estudioso. Aprendió el árabe y estudió la literatura, la filosofía y la teología arábigas, avanzando hacia las complicadas doctrinas sufíes que, ya que la evolución religiosa es un principio fundamental del sufismo, incluía un estudio comparativo de Adán, Abrahán, Moisés, Jesús y Mahoma. Evidentemente, aquel joven no era un estudiante como tantos otros y Jamul u'din procuró preparar a su pupilo para el gran destino que, según algunos, estaba escrito ya sobre su frente.

Tanto Shamyl como su amigo Khazi Mollah, estaban señalados ya para el sacerdocio. Ambos se creían santificados por los Divinos apremios, y pronto estudiaron el sufismo en Yaraghl, el centro del muridismo, donde aquel renacimiento religioso debía convertirse en el movimiento político-militar llamado las guerras múridas, de las cuales emergió la figura de Shamyl, dominando a todas las demás. La intolerancia parece haber obsesionado también a Khazi Mollah, porque en cierta ocasión insistió en que Shamyl le diera cuarenta azotes en público por el pecado

de haber bebido vino antes de comprender el terrible mal cometido. Shamyl, a su vez, se sometió al mismo castigo en prueba de sinceridad.

En Yaraghl, el célebre Mollah Mahommed predicó el muridismo e iniciaron a ambos jóvenes. Allí, Khazi Mollah comenzó, so capa de inspiración divina, a exhortar a los infieles a la resistencia, a la liberación de la férula rusa. Los aspectos místicos y políticos de la lucha se estaban convirtiendo en uno solo: el Ghazavat, la Guerra Santa. Pero Jamul u'din se oponía a la violencia, sea cual fuere su fin, y le prohibió a Shamyl participar en una guerra, santa o lo que fuese. Como su autoridad sobre él era aún absoluta, el joven volvió a Ghimri para continuar los estudios con su preceptor. Quizás hubiese otro cebo además de las doctrinas del profeta: Shamyl había encontrado ya a la bella muchacha que debía ser su primera esposa y a quien amó apasionadamente. Fatimat era la hija de Abdul Aziz, célebre en todo el Cáucaso como el mejor de los cirujanos. La familia vivía en Ountsoukoul, un aúl que estaba allende las montañas, al este de Ghimri. Fatimat poseía el misterioso hechizo, la belleza delicadamente morena de las caucasianas. Pero sean cuales fueren los motivos, por obediencia al Mollah Jamul u'din o por amor a los oscuros ojos de Fatimat, el caso es que Shamyl se quedó en Ghimri durante varios años, mientras Khazi Mollah recorría la campiña predicando el nuevo muridismo militante e incitando a las tribus a resistirles a los invasores infieles. Aunque enérgico y valeroso, no parece haber sido atrayente. Era bajo, de ojos legañosos, barba rala y rostro magro y picado de viruelas. Además, hostigaba al pueblo, exhortándolo sin cesar a nuevos esfuerzos. "Los musulmanes deben conservar el Shariat, pero todas sus limosnas, todas sus plegarias y abluciones, todos sus peregrinajes a la Meca, carecerán de valor si los mira un ojo moscovita... Vuestros casamientos serán ilegales y vuestros hijos bastardos mientras quede un solo moscovita en el país", exclamaba, con voz tonante.

—¡Muerte al infiel! ¡Ghazavat! —repetía dócilmente, como un eco, el pueblo.

Pero, de todos modos, se arriesgaba a recordarle que resistirle a los infieles significaba algo más que desenvainar las espadas; los rusos tenían en rehenes a sus jefes y esposas, dominaban las dehesas del valle donde pastaba su ganado y aprovechaban el menor pretexto para hacerlos víctimas de terribles castigos, quemando sus aldeas y confiscando sus siembras, lo cual provocaba la ruina y el hambre. Pero según Khazi Mollah, este sufrimiento debía ser ofrendado en el altar del renunciamiento. No se podía obtener nada de bueno de este mundo... ni del otro. Se imponía el renunciamiento. Aquel dogma debió de ser desolador. Hasta Mahoma había prometido huríes en su paraíso.

Pero no Khazi Mollah. Prefería que sus múridas fuesen solteros o hubiesen renunciado a sus esposas. Para armonizar con Dios, la vida debía ser vivida con abnegación. La alegría no podía desempeñar papel alguno en el plan de vida del hombre: la lectura cuidadosa de ejercicios religiosos, la meditación o la batalla, la resistencia a los infieles,

eran las únicas actividades que aprobaba. Por lo demás, no había esperanzas de salvación inmediata. Sólo mediante una larga serie de reencarnaciones, cada una de las cuales avanzaba penosamente hacia un sacrificio final y absoluto, podía confiar el hombre en acercarse a su severa Deidad. En realidad, aquel predicador llevaba a tales extremos su fervor que, en algunas aldeas, lo llamaron Tazi (perro) Mollah.

Y así Khazi Mollah, yendo de provincia en provincia, exhortaba al pueblo a adoptar la nueva fe, diciéndole:

—El Día de la Liberación está próximo. Pronto, los infieles serán expulsados de vuestro país para siempre: ¡eso está escrito! Sed fuertes. Preparad vuestras armas, fortificad vuestros aúles, mortificad vuestra carne como pronto mortificaréis la de vuestros enemigos. Clavaremos sus manos sobre las puertas y sus cabezas rodarán por las laderas de las montañas, mientras su sangre tiñe nuestros ríos.

Realmente, la perspectiva era alentadora. Ningún caucasiano podía pedir nada mejor que una guerra santa, aunque Khazi Mollah exigía que cada una de las aldeas que visitaba destruyera las vides penosamente obtenidas. Las grandes jarras de vino se rompían en el mercado, con una ceremonia, en prenda de fe y luego se hacían los renunciamientos. Mientras el vino fluía en cascadas por las calles, esparciéndose como una oscura mancha de sangre, Khazi Mollah y sus servidores múridas se dirigían hacia su objetivo siguiente, cantando: "El mundo es una carroña y el que la busca es un perro". Por escabroso y largo que fuese el sendero de la montaña, Khazi Mollah nunca viajaba a caballo: buscaba a toda costa la humildad y la mortificación. Con todo, a pesar de sus fuerzas, de su consagración, nada tenía del magnetismo o la coactiva majestad que debía irradiar el alma del gran guerrero Shamyl. Pero la hora de Shamyl no había sonado aún y durante varios años se quedaría en Ghimri, sumergido no sólo en los aspectos puramente doctrinales del muridismo, sino también en las prácticas de su secta derviche, el Nakshibandyié. Ese noviciado era particularmente severo e incluía mil y un días como servidor lego; bastaba con no cumpilr un día para que se requiriera comenzar de nuevo todo el período.

* * *

En lo esencial, el muridismo y el sufismo son una misma cosa. Las doctrinas sufíes fueron creadas probablemente en el Cáucaso por los conquistadores árabes del siglo VIII. Éstos se hallaban firmemente atrincherados en las regiones costeras orientales alrededor de Bakú o Shemakha, donde las aldeas con nombres tales como Arab-Shamli y Arab-Kadim se siguen dedicando al comercio de la cría de camellos, y la piel muy atezada de la población delata un legado árabe. Esos eslabones abundan en el Cáucaso: más que nada en el Daghestán.

De acuerdo con la mística sufí, el Islam consiste en tres partes ligadas entre sí: el Shariat (La Ley), el Tarikat (El Camino) y el

Hakikat (La Verdad). Como muchas otras facetas del misticismo musulmán, es algo eminentemente práctico. El Shariat es el cuerpo íntegro de la ley musulmana para guiar a la comunidad: el Tarikat y el Hakikat sirven para el desarrollo espiritual progresivo de los que aspiran a algo superior. El Hakikat sólo les está reservado a unos pocos iniciados, perfeccionados. Cuando se ha alcanzado ese estado de gracia, el hombre apenas se halla a un paso de Dios. Ahora, es capaz de alcanzar la unidad con el Espíritu Divino: esto se llama Maarifat, etapa en que, durante sus visiones extáticas, también él se tornará divino. Este estado de éxtasis es llamado Kh'al por los sufíes. Lo conocen los místicos de muchas religiones. El estado de meditación se lleva a tal grado de abstracción que el espíritu se libera totalmente de la carne y el yo personal se zafa pasajeramente de todas las limitaciones terrenas del tiempo y el espacio. Este grado de beatitud, de iluminación, aunque no se mantenga, transforma al que lo alcanza para siempre. Después de conocer el Infinito, de haberse fundido con el Espíritu Divino, el místico se ha identificado con ellos. Las limitaciones del hombre no tienen ya sentido para él; no conoce ya dudas o temores, ni siquiera el bien o el mal; es, en sí mismo, parte integrante del Espíritu Divino. Tampoco conserva distingos de raza o de dogma *Quienquiera no reconozca que da lo mismo que sea musulmán o cristiano, no ha alcanzado la verdad y no conoce la esencia del Ser.*

* * *

Por eso, en sus orígenes, el muridismo no era belicoso, por más que haya llegado a identificarse con las guerras caucásicas de la independencia durante el siglo XIX. Los rusos hablaban de las "guerras múridas" porque preferían creer que sus motivos eran instalar allí y proteger a las minorías cristianas y rara vez se mencionaba el estímulo subyacente de las conquistas territoriales. Para los caucasianos, pocos de los cuales habían alcanzado el sacro aislamiento del Maarifat o del Kh'al, aquélla era una guerra de desafío y defensa... pero también se la encaraba convenientemente desde el punto de vista de la religión. ¡El Ghazavat! Era la muerte para el perro infiel... pero no tanto acaso por el hecho de ser un infiel como porque amenazaba la libertad de los nativos e invadía su país. Por eso cada bando, sostenido por las banderas de su rectitud, se consagró durante treinta años a interpretar, respectivamente, las enseñanzas de Jesús y de Mahoma, en un caos de sangre y sufrimientos.

Primitivamente, el muridismo había tenido distintas sectas que seguían el mismo principio básico. Cada secta era encabezada por un *murshid;* sus miembros se llamaban múridas. (*Murshid,* el que muestra o guía; múrida, el que busca o sigue). El muridismo había declinado en poder durante un largo período, para convertirse finalmente en una doctrina casi olvidada que figuraba en las bibliotecas de unas pocas mezquitas y *medressahs* o colegios religiosos, aunque ya no influía sobre la vida

del pueblo. Pero a fines del siglo XVIII, Ismael Effendi de Shirván resucitó sus enseñanzas en todos sus grados: el Shariat, La Ley, el Tarikat, El Camino, y el Hakikat, La Verdad. El movimiento provocó una reacción inmediata: echó raíces en el pueblo, y comenzó a propagarse como un dogma político-religioso, amenazando a los rusos que fiscalizaban con dificultad esa zona, adquirida poco antes en una victoria sobre los persas. Los conquistadores obraron con presteza: Ismael Effendi fue desterrado a Turquía, mientras que su secta la de los *nakshibandyié*, fue dispersada y a varios múridas los enviaron a languidecer en las provincias rusas del norte. Y durante algún tiempo, no se volvió a oír hablar del muridismo.

Como muchas religiones, ésta prosperó en la persecución. De pronto, alrededor de 1827, resurgió vigorosamente en Yaraghl, cuando uno de los adeptos menores de Ismael Effendi la trajo a los baluartes montañosos del Daghestán. La persecución fue fulminante. Allí, en los secretos valles e inaccesibles aúles, arraigó y penetró en el país antes de que los rusos descubrieran su resurrección. En Yaraghl, el Mollah Mahommed exponía las doctrinas revividas y las tribus afluían de todo el Cáucaso, atestando su mezquita. Entre ellos, figuraban dos jóvenes estudiantes de teología, Khazi Mollah y Shamyl.

El muridismo era un menjunje embriagador de poder místico y poder absoluto, aunque, cuando llegó a ser para los rusos un sinónimo de resistencia, fue interpretado de distintas maneras: estaban los múridas del Tarikat, que nunca tomaban las armas y los múridas del Ghazavat, quienes libraban fanáticamente una Guerra Santa. Para estos últimos, no cabía otra interpretación de las enseñanzas del Profeta. Si vivir en paz significaba someterse a la férula del infiel, no podía haber paz. Aunque el Tarikat detestaba la violencia y, ante la fuerza, aconsejaba retirarse a un santuario espiritual íntimo, no resultaba fácil imponerles esa doctrina a las fogosas tribus del Cáucaso. La mayoría de ellas entendían que, en este punto, había que modificar el Tarikat, o adaptarlo, para responder a los dogmas más belicosos del Corán, que prometían una rápida destrucción de los infieles. Hasta sin las exhortaciones de Khazi Mollah, los caucasianos estaban ahora prontos a combatir.

A poco, los rusos advirtieron que la resistencia había vuelto a intensificarse en el núcleo montañoso del país. Una lucha que creían acabada, se reanudaba bajo la forma de un conflicto de significación mística, amenazando con absorber a toda la población y con convertir a cada creyente en un guerrero fanático, en defensa del Islam.

Como el Mollah Mahommed seguía siendo un múrida del Tarikat en el sentido de que no combatía, la jefatura fue transferida poco después a su discípulo Khazi Mollah, quien, en 1830, llegó a ser considerado el Primer Imán del Daghestán. Pero debía caer bajo la acción de las balas rusas y su sucesor, Hamzad Beg, estaba predestinado a morir víctima de cien puñaladas caucasianas, antes de que, en 1834, Shamyl sucediera a ambos como tercer Imán e impusiera el Shariat en todo el Cáucaso.

4

LA GUERRA SANTA

"Hacer la guerra... matar, sin ser matado, es una ilusión".

DRAGOMIROV.

Mientras Khazi Mollah iba en su acción proselitista de aúl en aúl, Shamyl se quedó en Ghimri, ocupado con sus doctrinas sufíes. A poco, sin embargo, comenzó a abandonar sus estudios teológicos para hacer escapadas guerreras y acompañar a los múridas en sus más temerarias misiones. La hora de la acción había llegado.

Los filósofos islámicos dividen la vida perfeccionada del hombre en tres etapas: la época de aprender, la época de la acción y la época de la contemplación. La vida de Shamyl siguió este molde.

Ahora, Khazi Mollah había abandonado el proselitismo por la batalla y aunque, durante su breve plenitud, reveló un sentido de la jefatura sólo superado por su oratoria, nunca dominó la táctica militar ni tuvo la coactiva fuerza de Shamyl y contra el consejo de éste, se embarcó en una serie de campañas destinadas a minar la autoridad rusa. Shamyl consideró esto prematuro: a su entender, era necesario ganar todo el Cáucaso para la causa múrida, antes de que ellos pudieran habérselas con los rusos... quienes disponían de un ejército bien disciplinado y equipado. La primera victoria debía ser obtenida sobre varias tribus hostiles. Shamyl aconsejó un período más de proselitismo, nuevas azotainas y flagelar a los indecisos. Había aún defecciones que podían llevar al desastre. Pero Khazi Mollah estaba impaciente por librar su Guerra Santa; si no contra los infieles, sería contra los vacilantes o las tribus que aceptaran a los rusos. Éstas *debían* ser convertidas mediante la fe o el fuego o la espada.

Por consiguiente, le envió emisarios a Pakkou-Bekkhé, *kanum* o sea gobernante de Avaria, pidiéndole que le jurara apoyarlo contra los invasores; pero Pakkou-Bekkhé se negó. Esta enérgica mujer, viuda del kan, era regente en nombre de sus tres hijos. Su marido les había cedido su territorio a los rusos años antes y ella lo retenía como vasalla de

Rusia y recibía una subvención, lo cual hacía de Khounzak, su capital, uno de los centros más prósperos del Cáucaso. Se trataba de un aúl grande, que comprendía más de setecientas casas; como todos los demás, era una estructura rocosa muy fortificada contra las tribus de merodeadores y en realidad, hasta que apareció el cañón, como la mayoría de los aúles, resultaba inexpugnable. Su aspereza era atenuada por los jardines terraplenados que flanqueaban sus murallas del sur, donde se cultivaban vides y criaban gusanos de seda y los huertos pendían precariamente en los bordes de los peñascos. En las esquinas del aúl estaban las usuales torres de atalaya que dominaban el territorio circundante, y las hondonadas y el cauce del río se veían unos mil quinientos metros más abajo. Aquella población parecía inexpugnable y así lo creía Pakkou-Bekkhé.

Aunque la mayor parte de Avaria había unido sus fuerzas a las de Khazi Mollah en un impulso de fervor religioso que la *kanum* no podía impedir, los habitantes de Khounzak seguían mostrándose inconmovibles. Estaban conformes con su género de vida y no les importaba la salvación. Ni las acusaciones ni las amenazas de Khazi Mollah los impresionaban. Pero mientras Pakkou-Bekkhé obraba así por lealtad a los tratados de su marido, su pueblo prefería la férula rusa, más despreocupada, por otros motivos. Muchos de ellos eran forajidos que huían de la justicia tribal y que abandonaron sus distritos para refugiarse en Khounzak, donde, a salvo de la venganza, eran aceptados y protegidos. Por eso, Khounzak desafiaba a Khazi Mollah y esperaba los acontecimientos con satisfacción.

En mayo de 1830, Khazi Mollah avanzó hacia allí con ocho mil hombres, repartidos en dos columnas, la una acaudillada por él, la otra por Shamyl. Los múridas eran tan temidos que, cuando los divisaron allá abajo, en lo más profundo de la hondonada, una oleada de aprensión cundió a través de Khounzak y antes de que les asentaran un solo golpe, sus defensores comenzaron a vacilar. Cuando las columnas atacantes convergieron sobre el aúl, mientras sus cánticos guerreros resonaban entre las rocas, el pánico se apoderó de los súbditos de Pakkou-Bekkhé y rindieron las armas. A los rusos, los temían menos como enemigos. Sin duda, sería más prudente aceptar las condiciones de Khazi Mollah y pasarse a su bando sin derramamiento de sangre.

Pero no pensaba del mismo modo Pakkou-Bekkhé, resuelta a mantener su tratado con el Zar. Recorrió las fortificaciones, inspeccionando las defensas, infundiendo valor al pueblo y ordenándole que defendiera Khounzak hasta el fin. Con todo, ante el primer ataque, sus súbditos se retiraron a la segunda línea de defensa. El embate fue avasallador. Entonces Pakkou-Bekkhé, espada en mano, reunió a sus soldados llamándolos cobardes, indignos de sus armas, afeminados. En su voz, vibraba la nota de la amazona inmemorial:

—Si tenéis miedo, dadles vuestras espadas a las mujeres u ocultaos detrás de nuestras faldas mientras combatimos.

Esto, surtió el efecto deseado. Los hombres, desesperados, se arro-

jaron sobre los múridas y tomándolos de sorpresa cuando se disponían a entrar en una ciudad que ya creían dispuesta a rendirse, lucharon con furia tal que los rechazaron con grandes pérdidas, tomándoles muchos prisioneros. Las diversas tribus caucásicas que se plegaran a los múridas vieron entonces a aquellos invencibles guerreros puestos en fuga por una mujer, a muchos de sus hombres capturados y las hondonadas sembradas de muertos, cuya sangre empapaba las banderas abandonadas. Khounzak, la ciudad que consideraban una victoria fácil, había puesto en evidencia una decisión inesperada. Los múridas se vieron forzados a retirarse en confusión. Khazi Mollah sólo podía aceptar aquel temporario fracaso: se retiró a Ghimri a cavilar, mientras que Shamyl, quien se había salvado a duras penas de la muerte a la cabeza de sus humilladas tropas, pronto se reunió con él. En público, ambos caudillos atribuyeron la derrota a una falta de fe de sus adeptos, al castigo de Alá a un pueblo irreligioso y harto amante del placer, aún. Pero en privado, en la baja celda enjalbegada que ocupaba Shamyl en el *medressah*, una escuela teológica anexa a la mezquita, cambiaron reproches y enconadas discusiones.

Habían sido imprudentes, dio Shamyl. No había llegado aún la hora que ordenara Alá para la batalla. Si los khounzaki eran capaces de infligirles semejantes derrotas... ¿cómo podía confiar Khazi Mollah en vencer a los ejércitos rusos? Sólo lograría la victoria cuando todo el Cáucaso se uniera como una única fuerza. Sólo mediante el Islam podría quebrar la insidiosa presión de los infieles. Sólo el fervor religioso podía vencer la cobardía y el soborno. La guerra era, en el fondo, por la independencia, pero debía librarse con toda el alma, en nombre de Alá, por el Islam... y tenía que librarla todo el Cáucaso, como un solo hombre...

* * *

Durante unos meses, Khazi Mollah se contuvo, pero al promediar el verano había dominado a Shamyl y se embarcó en una serie de nuevas y victoriosas incursiones contra los rusos. En mayo, avanzó hacia la fortaleza de Vnezapnaia, pero no logró tomarla por asalto. Llegaron refuerzos rusos para hostigar su retaguardia y ésta se replegó astutamente a los bosques, atrayendo allí no sólo a los refuerzos, sino también a la mitad de la guarnición.

En las densas selvas donde la vegetación selvática se enroscaba en torno de gigantescos árboles y un mundo de terrores crepusculares rodeaba a las tropas rusas, los hombres de Khazi Mollah estaban a sus anchas. Aquél era su campo de acción favorito, como lo eran las montañas y las hondonadas. Los rusos, habituados a combatir en campo abierto, formados en línea o en cuadro, no conocían aún siquiera los rudimentos de la guerra de guerrillas.

Aunque nunca se ha probado que Shamyl hizo su primer peregrinaje a La Meca en esa época, no cabe duda de que así fue y de que conoció allí a Abd-el-Kadir, el fanático caudillo árabe, quien ejecutó el Hadj en

1828/29. Probablemente, ambos planearon juntos su resistencia a los infieles invasores, como parte integrante de un vasto movimiento panislámico. En 1834, Abd-el-Kadir enfrentó a la invasión francesa del África del Norte; y en 1834 surgió Shamyl, para acaudillar a los múridas en su Guerra Santa, a fin de defender al Cáucaso de los invasores rusos. "¡El paraíso está a la sombra de nuestros sables!", gritaban por igual los árabes y los múridas cuando entraban en batalla contra los infieles.

Por superficiales que puedan parecer los juicios de los observadores militares objetivos, quedaba un elemento de verdad: los rusos eran fatalistas. Entraban en combate gritando *"¡S'Bogom!"* (Con Dios). —Al principio, y durante muchos años, no fueron adversarios para los caucasianos, quienes, aunque igualmente fatalistas en cuanto concierne a jugarse la vida, combatían por la libertad de sus hogares, así como por sus creencias. Los rusos combatían por Dios y por el Zar (siendo ambos inseparables para ellos); en el caso de los *mujiks*, porque los reclutaban; en el de los oficiales, a menudo porque estaban muy aburridos y buscaban los estímulos de la batalla; pero ni para los unos ni para los otros se trataba de problemas personales. Entre los caucasianos, cada hombre luchaba por la salvación de su alma, en su propio terreno. Ahora, en los bosques, causaban terribles pérdidas y las batallas eran ganadas por Khazi Mollah, quien las aprovechaba rápidamente.

Ni los turcos ni los ingleses, quienes observaban desde fuera de la periferia de las batallas, y ni siquiera los rusos, comprendieron jamás la significación total del muridismo. El Ghazavat —la Guerra Santa— era un medio fanático de autopurificación, una forma de martirio, un sendero que llevaba al paraíso de Mahoma. Rechazar a los invasores era para Shamyl algo de una importancia esencial y usaba el dogma múrida para hacer progresar sus objetivos; la batalla, el sufrimiento, la muerte, por Alá, por la libertad, eran ahora entretejidos sutilmente por Shamyl de modo que, mientras para los rusos, las guerras múridas eran esencialmente de conquista, para los montañeses se trocaban en guerra santa, de resistencia a sus invasores los infieles, para la salvación de su alma. Por eso, los mosquetes del Zar eran enfrentados con los sables del paraíso.

En agosto, el pueblo de Tabassaran exigió que lo acaudillaran contra los infieles. Khazi Mollah aceptó, aunque, una vez más, Shamyl aconsejó prudencia. Esta campaña no tuvo un éxito completo, aunque hostigó a los rusos y cortó sus líneas de abastecimiento. Pero en noviembre Khazi Mollah había vencido en varios combates de menor cuantía, que logró hacer redundar, con la astucia de siempre, en beneficio suyo.

Acostumbraba detenerse durante la marcha y, agazapándose en el suelo, cerrados los zorrunos ojos, parecía escuchar atentamente algún lejano sonido, imperceptible para los demás... Cuando lo interrogaban, contestaba que le parecía oír el tintineto de cadenas... las cadenas de los generales rusos a quienes le traían como cautivos. Era una técnica pintoresca para mantener encendido el interés y las esperanzas de los múridas, quienes avanzaban con redobladas fuerzas. En noviembre, envalen-

tonado por otra serie de pequeñas victorias, Khazi Mollah hizo una incursión muy audaz a Kizliar, saqueó el aúl y se marchó con varios centenares de prisioneros, sobre todo las mujeres más agraciadas, lo cual da a entender que hasta su austeridad solía concederle ciertas dulzuras al vencedor. A los rusos los exasperó tanta temeridad: los caucasianos les resultaban un enemigo demasiado temible en aquella guerra de guerrillas tan poco familiar para ellos. En diciembre de 1831, el general Rosen escribió: "He llegado aquí en una época de gran perturbación... Las tribus montañosas nunca se mostraron tan insolentes ni tan porfiadas en sus empresas. Si Khazi Mollah no ha muerto en Tchumkeskent, como se asegura, volverán a emprender la marcha en la primavera próxima."

Y en la primavera de 1832 Khazi Mollah reapareció, más amenazador que nunca. Alentado por sus éxitos, con un creciente apoyo de los nativos (porque, en las montañas, como en todas partes, nada tiene más éxito que el éxito) volvía a la acción.

Mientras tanto, un invierno de inactividad, mientras nevaba en Ghimri, le había permitido a Shamyl saborear las delicias del amor con la bella Fatimat, con quien se casara; pero a Khazi Mollah lo consumían otros fuegos. Para él, ninguna mujer, ningún niño, nada podía apartarlo, por una sola hora, de su fanatismo. Después de una serie de escaramuzas preliminares con los Cosacos de la Frontera, al norte, sobre la línea divisoria con Rusia, decidió lanzar una ofensiva directa contra el corazón mismo de los recién adquiridos territorios rusos. Asediando a la fortaleza de Nazran, amenazó al propio Vladikavkaz.

En Nazran, los rusos se sentían dueños de todo lo que veían. Esa pequeña ciudad era de una importancia estratégica harto desproporcionada con sus dimensiones. Era la puerta del Cáucaso, el eslabón entre Europa y el Asia. Los que la poseían fiscalizaban el único camino al Oriente: la célebre Carretera Militar Georgiana, que los rusos habían abierto a hachazos entre las montañas, una ruta directa desde Vladikavkaz hasta Tiflis y las fértiles tierras bajas georgianas. Viboreaba a través de sombríos desfiladeros, entre plazas fuertes y castillos en ruinas tales como Darial, donde, según nos dice la leyenda, se entregaba a sus espantosas francachelas la reina Tamara. (Pero, por lo demás, en Georgia, los presuntos escenarios de sus libertinajes son tantos como las camas en que se afirma durmió la reina Isabel, en Inglaterra.) La Carretera Georgiana baja y sube, aferrándose a la fachada de la roca y serpentea junto a las furiosas aguas del Terek, hasta que, después de haber trepado por el desfiladero de Krestovaia —de la Cruz— la domina una enorme cruz plantada allí por Yermolov, como un reto a los habitantes musulmanes primitivos de la zona. La construcción del camino había exigido cinco años de titánica lucha, pero Yermolov había dirigido los trabajos personalmente, sin permitir que nada se le interpusiera en el camino, ni los hombres, ni el dinero, ni la naturaleza. Cuando se concluyó la carretera, su conservación fue casi igualmente laboriosa, ya que las avalanchas destrozaban a menudo su superficie o la bloqueaban du-

rante varios meses consecutivos. Cuando a Nicolás I le pidieron que invirtiera algún dinero más en ella, observó que ya le había costado casi tanto como si hubiese estado pavimentada con rublos de plata. No mencionó las vidas, la sangre. Sus tropas eran para él mera carne de cañón.

I I

Vladikavkaz era una ciudad típica de su época y su lugar. En realidad se trataba de un pueblo asiático típico, revestido de un barniz europeo. Potemkin la había fundado, previendo su valor no sólo como base militar, sino también como centro comercial, como puesto de intercambio entre el norte de Rusia, el Cáucaso y las provincias transcaspianas. En las ferias se exhibían hermosas alfombras, con toda la bella, extraña y vistosa imaginería de las tribus nómades del Cáucaso; había armas con incrustaciones de plata y marfil, badanas y sedas persas, sillas de montar y especias, y peludos camellos de la Bactriana formaban grupos que gruñían junto a los caballos de Kabarda, que apreciaban más que otros cualesquiera tanto los rusos como los tribeños. Había baños de vapor persas y rusos, mezquitas tártaras y una iglesia ortodoxa; más tarde, se agregaron el banco, el correo y un pequeño parque bien ornamentado, donde tocaba por las noches una banda militar. Los bulevares sombreados por árboles se ataían a un dibujo geométrico, norte y sur, este y oeste; allí, se encontraban algunos restaurantes y hosterías sin importancia, junto al Club de los Comerciantes y muchas casas relativamente nuevas, bajas y de un solo piso, donde se alojaban los visitantes de la capital con sus criados y enseres para continuar su vida ociosa. Lánguidas beldades norteñas venían a Vladikavkaz a cazar marido; lo mismo hacían emprendedoras madres en busca de partido para sus hijas. Allí, había menos competencia que en localidades más elegantes, como Kisslovodsk o Piatigorsk. Y algunos de los jóvenes oficiales resultaban espléndidas presas, por ser vástagos de casas nobles, cuyos nombres figuraban en el célebre *"Livre de Velours"*, al cual eran tan profundamente sensibles los instintos jerárquicos de los rusos. Los hombres de sangre azul, los más grandes apellidos, se hallaban ahora concentrados en el Cáucaso, como un pozo milagroso, accesible, en el cual las casamenteras ambiciosas podían atrapar peces de oro.

I I I

Aunque, en Rusia, todos los miembros de las familias principescas usaban el título de príncipe y existían en esa época unos ciento cincuenta príncipes Galitzin, algunos nobles se consideraban mejores que otros y en realidad lo eran. Los Galitzin se habían radicado en Moscú en 1408. Los Dolgoruki, los Narishkin y los Vorontzov rivalizaban con los Trubetzkoi, los Shuvalov, los Sheremetiev o los Bariatinsky, vinculados a la casa de los Romanov. Los Narishkin eran una familia de príncipes ori-

ginaria de la Bohemia y residían en Rusia desde el siglo XIII. Uno de sus antepasados, la zarina Natalia Narishkin, había sido la madre de Pedro el Grande. Otros dos perecieron en el Kremlin por haber participado en la sublevación de los *strelzi*. Como los Vorontzov, formaban una familia cuyas raíces se entretejían con las de su país. (Esos Narishkin no deben ser confundidos con otros del mismo apellido, que vinieron de la Crimea a fines del siglo XVIII. A ambas familias, la sociedad de San Petersburgo, de una manera bastante malévola, las distinguía llamándolas *les bons et les mauvais Narishkins)*.

Los barones bálticos de última hora eran despreciados por las familias boyardas primitivas o descendientes de Rurik; lo mismo sucedía con las familias polacas incorporadas a las filas de la nobleza rusa cuando Catalina II llegó a ser reina de Polonia. En cuanto a la legión de príncipes georgianos y armenios, la mayoría se atribuía títulos que no tenía, aprovechando la confusión y la inexistencia de archivos en el momento en que Rusia adquirió las provincias orientales y envió a empleados públicos de menor cuantía para que clasificaran a la burguesía local. Se afirma que había tres mil "príncipes" armenios, mientras que los georgianos tenían casi el mismo número de nobles. Pero existían unas pocas familias de esas regiones cuyos orígenes se perdían en la antigüedad, cuya sangre igualaba a la de los Romanov y a quienes habían hecho también príncipes del imperio ruso.

Existían tres familias armenias de príncipes: los Argutinski, los Abamalek y los Bebutov: mientras que, en Georgia, las grandes familias feudales se elevaban a ocho o diez. El blasón de los Batonishvili o Bagrationes, la última casa reinante, comprendía entre otras cosas la honda que mató a Goliat, el arpa de David, el león del trono de Salomón y la vestimenta sin costuras de Nuestro Señor. Los Imeritinski, los Gurieli, los Dedichkeliani y los Mingrelski tenían casi la misma jerarquía. Entre los altivos nombres del *Livre de Velours* figuraban algunos que se remontaban a tiempos muy lejanos: la veta tártara era representada por los Yussupov, los Kochubey y los Tarkovski. Los *ghirei* descendían de Genghis Kan; los *dandukov* de los nómades calmucos (aunque entre los calmucos, a quienquiera era dueño de un rebaño de ovejas lo llamaban príncipe). Los Vassilchikov habían sido grandes duques de Lituania y por eso trataban con desdén a todos los barones bálticos, mientras que los Davidov y los Eristov, descendientes de las dinastías de Seldjuk y del rey David, los consideraban a todos peces chicos. Y todos se agrupaban para proteger a los nobles de origen extranjero, como los O'Brien, los Learmont, los Hamilton o los Read, eso para no hablar de una legión de nombres alemanes, que se concentraban por lo general en las listas del ejército, tales como Totleben o Klugenau; familias que sólo habían pasado una o dos generaciones en Rusia, llegando allí como mercenarios o exilados. Pero cualquier vástago de la nobleza, cualquier miembro de la *jeunesse dorée* perteneciente a la guarnición de Vladivostock, se convertía en objetivo de considerables maniobras sociales. Ya que el tedio esta-

ba de moda, al joven noble le resultaba bastante fácil soportar el ritmo de la vida en la pequeña ciudad; era algo más elegante que aburrido y siempre había corazones que destrozar, en la forma que hiciera tan romántica el "Oneguin" de Pushkin.

IV

A cierta distancia y dominando desde una colina de la ciudad, estaba la casa del gobernador, centro de la vida militar y de las esperanzas sociales y punto focal del silencioso odio musulmán, aunque esa subcorriente de odio era olvidada —o subestimada— por los visitantes. Pero, de pronto, la vida de ocio concluyó. Ya no había tiempo para el *esplín*. Dos cosacos de un lejano fuerte del sur llegaron al galope con la noticia de que Khazi Mollah se dirigía al norte con un gran contingente rebelde y libraba ya escaramuzas con las tropas rusas *en route*. Ellos —porque los rusos, sea civiles o militares, con una mezcla de aprensión y admiración, llamaban siempre a los caucasianos *ellos*— se dirigían hacia Vladikavkaz. ¡Qué audaz era todo eso! E incómodo, asimismo. La pequeña guarnición era inadecuada y le faltaban abastecimientos; equivalía a un contingente simbólico. Junto a todas las puertas, había un coche o caballos de silla. Los visitantes empacaron con desesperada prisa, guardando sus enseres en grandes maletas de piel de carnero; sus criados cargaron sombrereras, ropa de cama y samovars, sin los cuales ningún ruso, principesco o humilde, viajaba jamás. Ya no hablaban de escenografía romántica, de picnics a lo largo del Terek; debían transcurrir otros diez años de derramamiento de sangre hasta que Lermontov lo llamara "El Río de la Muerte"; pero se citaba con ironía la calificación de Vladikavkaz como el punto donde "el Cáucaso lo acoge a uno en su santuario".

A Vladikavkaz no llegaba ninguna noticia. Los batidores enviados en misión de reconocimiento no volvían o volvían con muy pocas informaciones positivas. En el tercer día, al terrible cañoneo lo sucedió el silencio. Una densa niebla blanca flotaba al pie de las colinas. Las cumbres nevadas estaban ocultas: nada se movía. Los rusos esperaron con angustia. Se sabía que Nazran tenía pocos abastecimientos y menos soldados de los necesarios: sin refuerzos, aquella plaza no podía mantenerse. Pero... ¿habrían logrado abrirse paso los refuerzos? ¿O los habían derrotado? Vladikavkaz estaba casi desierto: sólo quedaba un puñado de oficiales del estado mayor, algunos heridos que no podían moverse y la gente norteña de la ciudad que no había hallado aún medios de transporte. Les faltaban caballos, armas. Ahora, aguzaban los hermosos puñales con incrustaciones de plata que habían comprado como trofeos de turismo. Los astutos campesinos de las colinas traían potros y los vendían con enormes ganancias a compradores que ni siquiera lograban montarlos: al cabo de algún tiempo, esos caballos derribaban a coces la puerta del establo y huían rumbo a la libertad. Sólo se podía esperar los aconte-

cimientos y los rusos se quedaban sentados bebiendo champaña, en una atmósfera cargada de aprensión. Desde hacía tiempo, circulaban terribles relatos sobre traiciones y sobre el trato que les daban a los prisioneros los chechenes: esto, le había añadido sabor al plácido género de vida de Vladikavkaz. Ahora, esas narraciones resucitaron. No necesitaban que las embellecieran. Se evocaron los fosos-prisioneros donde se pudrían literalmente los prisioneros rusos y la costumbre de los *lesghianos* de atravesar los talones de sus prisioneros con crin de caballo. Las hebras supuraban, causaban espantosos dolores y hacían de cada paso una tortura, esos métodos resultaban muy eficaces contra toda tentativa de fuga. ¿Las mujeres? Era mejor no pensar en su suerte... Cuando anocheció, se decidió enviar a una partida de tribeños *osetines* quienes, a cambio de una considerable suma —en oro— aceptaron efectuar una incursión de reconocimiento. En las primeras horas de la mañana siguiente, volvieron al galope para informar que Nazran resistía aún. Al principio, el intenso cañoneo no había repelido los ataques de Khazi Mollah y su victoria parecía próxima, pero pronto lo atacó por la retaguardia un nutrido contingente de *ingushis*, una tribu hostil. Éstos eligieron el momento oportuno con astucia y les infligieron terribles bajas a los sitiadores, matando a sus heridos cuando yacían indefensos. Khazi Mollah se vio forzado a retirarse, abandonando a sus muertos: esto, para las tribus del Cáucaso, fue un ultraje para sus leyes más sagradas.

Khazi Mollah luchaba sin una técnica adquirida. Nunca había leído a Clausewitz; tampoco había oído hablar de Dragomirov, primer táctico del ejército ruso, discípulo de Suvorov, quien era categórico: "Nunca toques a retirada. Nunca. Adviérteles a los soldados que, si lo oyen, sólo es una treta del enemigo". Pero los caucasianos, quienes combatían sin ningún conocimiento de la táctica y afrontaban cada situación cuando se presentaba, eran menos convencionales, más flexibles. El orgullo podía cederle el paso a la necesidad. Se retiraban al ser atacados, como parte integrante de las alternativas de la batalla. En un punto estaban de acuerdo con Dragomirov, quien opinaba que el fusil, aunque perfeccionado, era de importancia secundaria. "Sólo puede preparar el terreno para el elemento principal, el hombre", escribió. Y continuó, como habrían podido hacerlo Khazi Mollah o Shamyl: "Que me den soldados adiestrados para luchar hasta la muerte y luego ya me cuidaré de la táctica. Hombres, hombres y hombres. Siempre hombres... Son el principal de los instrumentos de batalla... No debemos olvidar jamás que nuestra misión, como soldados, es matar, aunque nos maten a nosotros. No debemos cerrar los ojos ante ese hecho. Hacer la guerra... matar sin que nos maten, es una ilusión. Combatir... que nos maten sin matar... es algo torpe, inepto. Uno debe saber matar estando preparado para que lo maten. El hombre dedicado a la muerte es terrible. Nada puede detenerlo, salvo que lo maten en el camino."

Esas creencias impulsaban tanto a los rusos como a los caucasianos. Nada tiene de asombroso el que la lucha fuese tan larga, tan terrible.

5

LA ÉPOCA DEL SHARIAT

"¡Oh, los Elegidos de Dios! No temen ni sufren."

CORAN, X. 63.

En el otoño de 1832, Khazi Mollah y Shamyl retrocedieron sin cesar. Ahora, era evidente que los rusos se proponían destruir de una vez por todas la porfía caucásica y, arrasando la tierra, apoderándose del ganado y destruyendo los aúles, quebrar la resistencia civil. Los espías chechenes trajeron la noticia de que el general Veliaminov se disponía a atacar el Daghestán con intenciones de capturar a Khazi Mollah, vivo o muerto. Shamyl y el Imán eligieron juntos a Ghimri como el mejor lugar para ofrecer su última resistencia. Era, también, el pueblo natal de ambos, el escenario de su amistad de la niñez. Morirían allí juntos, matando a todos los infieles que les fuera posible antes de caer. La desnuda fachada rocosa erguía su aire imponente desde el valle en ininterrumpidas lajas de piedra caliza. No había árboles, ni donde hacer pie. Los montañeses saltaban de cerro en cerro, franqueaban abismos, y hasta cuando sus caballos, habituados a esos peligros, rehuían el borde, los nativos les envolvían la cabeza en un paño y les hacían salvar ese obstáculo al galope.

Ghimri se consideraba inexpugnable; un solo sendero, y escarpadísimo, pegado a la fachada del acantilado y a plomo, viboreaba a través de los rocosos páramos hacia Temir Khan Shoura, el cuartel general ruso, situado a unos cuarenta kilómetros de distancia. Aquel sendero se estrechaba de tal modo que podía pasar solamente un hombre, entre hondonadas en la base de las montañas, debajo mismo de Ghimri. El valle estaba un par de kilómetros más abajo; pero había veinte kilómetros de caminitos zigzagueantes para el hombre y el animal. Cualquier contingente de soldados que pasara se veía obligado a hacerlo en fila india; allí, un puñado de tiradores certeros podía tener a raya a un regimiento íntegro. Por aquel camino, argüían los rebeldes, debían acercarse los rusos. El único camino que existía, además, era un sendero para las cabras que

serpenteaba sobre las cumbres que dominaban Ghimri, de modo que, a pesar de lo alta que era la aldea, parecía empequeñecida, amenazada por aquellas dentadas cumbres que, durante la mayor parte del año, estaban cubiertas de nieve y no dejaban pasar el sol. Aquel sendero para las cabras era usado raras veces, hasta por los propios habitantes de Ghimri; bajaba a la aldea formando una serie de recodos casi perpendiculares y resultaba evidentemente imposible que las tropas rusas llevaran por allí equipo y fusiles. Sin embargo, el general Veliaminov basaba precisamente su ataque en la existencia de ese sendero. "¿Puede pasar por allí un perro? Entonces, con eso basta. Donde puede pasar un perro, también puede hacerlo un soldado ruso", dijo, bosquejándoles el plan a sus inquietos oficiales del estado mayor. Dividió sus fuerzas y envió a algunas a través de las cumbres, para sorprender a la aldea desde arriba; su cuerpo principal debía atacar desde abajo.

Khazi Mollah había construido varias sólidas líneas de defensa, que subían en filas, dominando las hondonadas y valles de abajo. Esas líneas formaban fortificaciones naturales; y en el tipo de guerra al cual estaban habituadas las tribus, con fusiles de corto alcance y lucha cuerpo a cuerpo, Ghimri le parecía inexpugnable a su guarnición. Los rusos tenían cañones: una artillería pesada que resultaba casi imposible traer allí, pero que, si se la llevaba a sus líneas, era capaz de destruir las defensas de Khazi Mollah con unas pocas andanadas. Los múridas no esperaban que los rusos pudieran emplazar sus grandes cañones a distancia de tiro en esa región. Pero ninguno de ambos bandos había comprendido aún a fondo las características del adversario: se sabía que Khazi Mollah era un jefe peligroso y audaz, pero los rusos ignoraban hasta la existencia de Shamyl, su lugarteniente. Por su parte, los tribeños consideraban a los rusos gente rígida, afectada; no habían aquilatado ni siquiera el temperamento de comandantes tales como Klugenau o Veliaminov. Aquellos hombres eran figuras menos espectaculares que el viejo Shaitán de Moscú, Yermolov, quien bramaba y combatía a los caucasianos a la manera nativa.

Tanto Klugenau como Veliaminov eran de una serenidad increíble. A Kluke von Klugenau, una impasible figura de origen alemán, rara vez se lo veía sin un cigarro y en cierta ocasión libró todo un combate, abriéndose paso cuando lo sorprendieron y cercaron dos mil rebeldes en una emboscada de la selva, sin sacarse siquiera el cigarro de los labios. Veliaminov se destacaba especialmente por su sangre fría y demoraba a menudo una batalla para que sus soldados pudieran terminar su almuerzo cómodamente (arguyendo que lucharían mejor con el estómago lleno), mientras que los chechenes, menos flemáticos, esperaban con una especie de bríos en suspenso que les crispaban los nervios.

Veliaminov, quien se había sentado sobre un tambor frente a Ghimri con el catalejo ante los ojos, pronto fue descubierto por los rebeldes, quienes dirigieron contra él una lluvia de balas. Mientras éstas volaban

a su alrededor, Veliaminov se quejó de que los oficiales de su estado mayor cayeran sobre él y lo obligaran a desviar el catalejo.

—Caballeros, les sugiero que caigan en otra parte —dijo.

Cuando Dadiani, el príncipe de Mingrelia, comandante del regimiento Erivanski, le rogó que se pusiera a cubierto, el General replicó:

—Sí, príncipe. Estoy de acuerdo. Este sitio es muy peligroso. Por lo tanto... ¿querría tener la bondad Su Alteza de guiar a su regimiento contra la línea de defensas de la derecha?

Esta tradición de cortesía militar recuerda un pasaje de uno de los relatos de Tolstoi sobre la guerra en el Cáucaso.

—¡Delicioso! —dijo el comandante, observando (una carga de caballería) y se acercó al general.

—¡Realmente, es un placer combatir en un país tan hermoso!

—Sobre todo, en tan buena compañía —replicó el general, en francés y sonriendo amablemente.

"El comandante se inclinó."

Algunos de los oficiales ostentaban el valor de la desesperación. El capitán Allbrandt, un joven a quien hacía languidecer un romance infortunado, había ingresado al ejército del Cáucaso para poner término a sus sufrimientos. Su valor era casi temerario y cortejaba a cada instante a la muerte, ofreciéndose a menudo como voluntario para misiones suicidas; pero siempre resultaba ileso. Durante la batalla por Ghimri fue herido en el corazón, pero desvió la bala un ícono de bronce que usaba. Con todo, como no lo aureolaba un fanatismo místico, ninguna de sus salvaciones fue atribuida a una intervención milagrosa... como en el caso de Shamyl. Era, simplemente, un joven desesperado; y con suerte, también, porque por fin, cuando se cubrió de gloria y sobrevivió a años de campañas caucásicas, su amada se ablandó y lo aceptó por marido. Aunque en esto cambió de suerte, se asegura que su matrimonio no fue feliz.

La batalla de Ghimri comenzó en serio el 17 de octubre, después de varios días de escaramuzas preliminares. Se inició con una lucha desesperada por ambas partes. Los zapadores hicieron una voladura para lograrles emplazamiento a los cañones: pulgada tras pulgada, los rusos arrastraron su artillería pesada hasta ponerla a distancia de tiro y se dedicaron a demoler las fortificaciones que construyera tan laboriosamente Khazi Mollah. Los hostigaban pequeñas bandas de combatientes que saltaban sobre ellos repentinamente desde no se sabe dónde, despedazándolos mientras buscaban sus armas; pero cuando las tropas destacadas para cruzar las montañas por el "camino del perro" sorprendieron al aúl abriendo el fuego, los múridas comprendieron que la batalla estaba perdida. Contaban con que Hamzad Beg, uno de sus naibs, avanzaría con sus hombres contra los rusos y los mantendría a raya en lo alto de la montaña. Pero Hamzad Beg se había retirado, dejando expedito el camino. Lo caracterizaba la astucia más que el valor; los acontecimientos ocurridos luego probaron que no sólo era cobarde, sino también traicionero.

Entonces, en el aúl condenado, los múridas se mantuvieron firmes, iniciando sus quejumbrosos cantos fúnebres y esperando serenamente que el enemigo se pusiera al alcance de sus espadas. Algunos se amarraron pierna contra pierna con los cintos de sus espadas, formando una muralla viva. Aquélla era una de las tradiciones, un último baluarte donde combatían y morían como un solo hombre. Otros esperaron, agazapados detrás de las rocas, prontos a saltar.

Cuando los rusos se acercaron, intrigados por aquella repentina inmovilidad, los múridas saltaron sobre ellos y se inició una serie de combates desesperados cuerpo a cuerpo a lo largo de las murallas. No se pedía ni se daba cuartel. En un punto de las defensas exteriores, un batallón del regimiento 41 de rifleros empujó a los rebeldes hacia un pliegue del cual no había escape: allí, sólo podían morir espada en mano, o arrojarse sobre las rocas, hacia una destrucción cierta. "Los múridas combatieron de una manera salvaje: más de sesenta murieron allí mismo y los demás se lanzaron abajo y se destrozaron." Esto es lo que cuenta un testigo presencial. Otro afirma que los rusos, luchando con la misma furia que los múridas, combatieron cuerpo a cuerpo, arrojando a los rebeldes heridos al precipicio o lanzándose ellos mismos hacia abajo con sus enemigos y luchando mientras ambos giraban en el espacio, trabados en mortal combate.

Al anochecer, todas las líneas de defensa exteriores habían sido tomadas. Sólo faltaba ocupar la aldea misma. Sesenta años después, un testigo presencial debía describir la escena que ocurrió dentro del baluarte. "Quinientos múridas fueron rodeados por diez mil rusos", dijo un viejo con quien se encontró J. F. Baddeley, mientras viajaba por el Cáucaso y que había pasado su niñez en Ghimri, pero la recordaba muy bien. "Cuando Khazi Mollah mandó pasar lista por última vez, sólo quedábamos veinte hombres para contestarle." Los rusos avanzaron y descubrieron que dos cuarteles de piedra, a la entrada de la aldea, no habían sido tomados aún y dispararon contra ellos con mortífera precisión, apuntando contra un hombre tras otro, mientras avanzaban. Veliaminov ordenó que esos cuarteles fueran despejados y, después de varias descargas de fusilería, los muros en llamas y desmoronados permitieron ver a cincuenta o más múridas, quienes se retiraran para morir combatiendo. Entre ellos, figuraba Shamyl. Salieron para afrontar al enemigo de a uno, o en parejas, espada en mano, avanzando con paso lento e intencionado y luego, se lanzaron violentamente a la lucha, asestando tajos a diestra y siniestra y matando a dos o tres adversarios cada uno, antes de caer. En su porte había un aplomo ritual. Morían por Alá: sus espadas eran Suyas: aquello estaba escrito. Resonaban ya en sus oídos, superando el fragor de la batalla, los cantos de sirena de las huríes prometidas.

Sólo dos múridas se salvaron de la muerte: uno de ellos era Shamyl. Esta primera salvación espectacular de lo que parecía ser una muerte cierta y la manera cómo combatió y desapareció, ha pasado a la historia del Cáucaso. Aquello fue el comienzo de su legendaria invencibilidad.

"Había oscurecido: a la luz del tejado que ardía, vimos a un hombre parado en el umbral de la "saklia", sobre terreno más alto que nosotros. Aquel hombre, de gran estatura y poderosa complexión física, estaba inmóvil, como dándonos tiempo para hacer puntería. Luego, de pronto, con un salto de fiera, franqueó las cabezas de la fila de soldados que se disponían a disparar contra él y, cayendo al suelo detrás de ellos, mientras esgrimía la espada en su mano izquierda (como se recordará, Shamyl era zurdo) derribó a tres de ellos, pero el cuarto le asestó un bayonetazo y el acero penetró profundamente en su pecho. Mientras su rostro seguía siendo extraordinario en su inmovilidad, asió la bayoneta, se la arrancó de las carnes, derribó a su enemigo y, con otro salto sobrehumano, franqueó la pared y desapareció en las tinieblas. Quedamos completamente estupefactos. Todo aquello había sucedido, quizás, en un minuto y medio."

* * *

Cuando, a la mañana siguiente, en el desapacible y frío amanecer de octubre, los rusos recorrieron la aldea contando a los muertos, notaron el cadáver de un múrida de aspecto particularmente impresionante. Aquel cadáver parecía petrificado en la actitud ritual de plegaria mahometana, esto es de rodillas, con una mano levantada señalando el cielo y la otra sujetando la oscura barba. Era Khazi Mollah, Primer Imán del Daghestán, caído entre sus fieles múridas. El hallazgo alegró muchísimo a los vencedores. ¡El elegido de Alá, derribado por las balas *rusas*! Aquello pondría término, sin duda, al fanatismo caucásico. Sin un caudillo, las tribus pronto se apaciguarían y perderían su fervor místico. El cadáver de Khazi Mollah era un elemento de propaganda harto valioso para abandonarlo en Ghimri. Fue llevado en triunfo a Tarkou, capital del Shamkal del territorio Tarkou. El Shamkal era uno de los gobernantes nativos que se habían mostrado invariables en su lealtad con Rusia, a quien cediera posiciones amistosamente años antes y los comandantes rusos consideraban una prueba de especial estima el hecho de confiar el cadáver del Imán a su cuidado. Después de haberlo exhibido en el mercado de Tarkou durante unos días, como prueba de la victoria rusa, el Shamkal ordenó que lo sepultaran en Burnaya, en las montañas cercanas.

Mientras tanto, Ghimri, reducido a un desierto, en ruinas, saqueado, había caído en manos de los rusos. El Imán estaba muerto y sus múridas masacrados. Shamyl (reconocido entonces como su sucesor en potencia) había desaparecido y probablemente muerto a causa de sus heridas. Los rusos se felicitaban de que la lucha hubiese concluido y el Cáucaso estuviera conquistado.

El hecho de que no fuese así, de que resistió durante otros veinticinco años, radicaba en la fuerza de voluntad de un hombre: en la inconmovible fe de Shamyl en su derecho divino, en su misión, como vocero elegido por Alá sobre la tierra, como su Profeta y Guerrero.

6

EL ZAR

Su Majestad es soberano y autócrata. No tiene que rendirle cuentas a nadie.

REGLAMENTOS MILITARES DE PEDRO EL GRANDE.

Ahora dos hombres, destinados a convertirse en enemigos mortales, se enfrentaban sin saberlo en las antípodas de Rusia: Shamyl el Ávaro y el zar Nicolás I. A cada uno de ellos lo sostenía su fe religiosa, a cada cual lo impulsaba su inflexible orgullo personal. Además de ser ambos déspotas, costaba imaginar temperamentos de un contraste más violento y su lucha asumió gradualmente un carácter personal, amargando a ambos y desvaneciendo todas las posibilidades de una solución pacífica. Si Nicolás hubiese muerto antes, si su hijo el bondadoso Alejandro II lo hubiese sucedido entonces, el Cáucaso habría podido salvarse de su agonía.

Si el paisaje influye sobre el carácter y les imprime a los habitantes de una zona algo de sus propias características, no hay dos hombres que reflejen mejor su medio. La regularidad y magnificencia de San Petersburgo, glaciales como el mármol, estaban encarnadas en Nicolás I; mientras que el temperamento violento de Shamyl, a un tiempo exótico y áspero, se reflejaba en las montañas y valles del Cáucaso. No se podía concebir un contraste más radical que el existente entre la imponente cadena de montañas que se alzaba en los lozanos valles y las plomizas ciénagas sobre las cuales se despatarraba la capital de Pedro el Grande. Entre las moradas de piedra del Daghestán y los gigantescos palacios rusos mediaban siglos. Esos palacios, con sus centelleantes arañas de cristal y sus vastos pisos que reflejaban monumentales urnas de malaquita y muebles franceses con dorados, eran versiones suntuosamente eslavas del barroco y el rococó, traducidas por los arquitectos italianos Rastrelli y Tressini a términos de granito rosado, lapizlázuli y malaquita, más grandes, brillantes y espléndidos que sus temas de inspiración italianos, para satisfacer esa tendencia a la exageración tan admirada por los tempera

mentos rusos. Según las palabras de Madame de Staël, "en Rusia, si no alcanzan un objetivo, siempre lo exceden".

El amor fetichista por los uniformes del emperador Nicolás era tal que casi todas las jerarquías de la administración pública, además del ejército y del gobierno, tenían sus uniformes y trencillas doradas características, dándole a la ciudad el aspecto de un desfile. La política y el protocolo tenían prioridad sobre la plegaria de San Petersburgo. Aquello estaba muy lejos de los múridas, quienes entonaban sus cánticos meciéndose en las austeras y enjalbegadas mezquitas del Daghestán.

II

El Cáucaso era algo aparte. Y con todo, debía volcarse en el torrente sanguíneo de la vida rusa, inspirando a sus escritores y músicos y repercutiendo por su intermedio sobre todo el país. Detrás de cada frase de la música rusa, hasta detrás de la ingenuidad de las canciones campesinas, el ruidoso recitativo de los *chastushki*, hay un eco menor o cadencia de los músicos mongoles que salieron de las estepas con Genghis Kan. Es un legado de tiempos inmemoriales, como el molde mongol que existe tan a menudo detrás de la máscara eslava. Pero en el siglo XIX, después de la conquista del Cáucaso, resonó otra nota, más insidiosamente oriental, que debía entretejerse en la trama de la música rusa, más que nada a través de la inspiración de Balakirev. Éste fue el primero en enardecer la imaginación de Rimsky-Korsakov, Borodin y Mussorgksy, con esos ritmos asiáticos que se entretejieron en sus temas y que, en su forma más pura, se encuentran en la música del propio Balakirev. Mili Balakirev nació en 1836 en Nijni Novgorod, una ciudad impregnada de leyendas tártaras. En 1862, pasó unas vacaciones en el Cáucaso y de esas semanas nacieron sus giros caucásicos.

La música caucasiana y oriental tenía su vibración especial, un ritmo *saccadé* de redobles de tambor, el insistente y febril salvajismo de las danzas de las espadas, las danzas del fuego y las danzas del escorpión, bailes rituales de hombres que narraban batallas o cacerías. Se las ve aún en las lejanas aldeas del Asia Menor. Con esos ritmos de tambor se entretejen melodías lastimeras y voluptuosas, música de bailarinas cuyos pies pintados con *henné* apenas se mueven y sólo parecen temblar, mientras sus brazos serpentinos se balancean... Son los Danzarines de Shemakha, célebres en todo el Cáucaso. Pero esos ritmos feroces o voluptuosos, como las evocaciones del Cáucaso de Lermontov y las historias caucásicas de Tolstoi y Bestujev-Marlinsky no habían penetrado aún en la conciencia rusa. Para la mayoría de la gente, el Cáucaso era todavía un lejano campo de batalla, un cementerio remoto para la legión de soldados reclutados mediante la fuerza en las aldeas. Para los pisaverdes oficiales de estado mayor del ministerio de Guerra, aquélla era una zona montañosa precariamente diseñada en el mapa, donde figuraban

alfileres sujetos sobre nombres impronunciables; un teatro de operaciones que ni el viejo salvaje Yermolov ni su sucesor Paskiévich habían logrado conquistar aún.

Para el emperador Nicolás, aquello representaba el fracaso... la humillación. Se habían frustrado sus sueños más largamente acariciados. Le costaba comprender cómo una cadena de montañas y unas pocas tribus podían haberse resistido a su poderío durante años. Aquello era intolerable.

* * *

El Zar gobernaba tan autocráticamente que los rebeldes del Cáucaso le causaban un profundo disgusto. ¡Lo desafiaban desde hacía tanto tiempo! Había enviado a un general tras otro para terminar rápidamente la campaña, pero ésta se seguía arrastrando de una manera inexplicable. El Emperador estaba sentado en su gabinete del Palacio de Invierno, una habitación sombría y de paredes verdes que daba sobre el río Neva, donde la aguja lejana de la fortaleza de Pedro y Pablo perforaba las tinieblas, recordándole que allí, por lo menos, los que lo habían desafiado languidecían en mohosas celdas, encarcelados por toda la vida. Ahora mismo, cuando estaba sentado frente a aquel símbolo de su autoridad, sus oficiales del estado mayor esperaban audiencia y al ser recibidos presentaron los últimos despachos recibidos del Cáucaso y en particular las recomendaciones del general Grabbé sobre el nuevo caudillo, el imán Shamyl; era esencial que la influencia de Shamyl sobre toda la región no fuera subestimada, escribía el General y que el Emperador comprendiera que estaba enfrentado con un enemigo muy temible, cuyo magnetismo personal había galvanizado a provincias enteras y fortalecido a todo el Cáucaso hasta hacerle alcanzar un nuevo nivel de resistencia.

III

El emperador Nicolás I era un monarca absoluto, un aristócrata muy refinado cuya rigidez marmórea era la encarnación misma de la tiranía y la reacción. Su personalísimo idealismo (incorporado a la Santa Alianza) se expresaba en forma pedantesca y se imponía despiadadamente. Era el producto de los preceptores alemanes y de una madre alemana. Su preocupación por el detalle era acabadamente germana, como su predilección por los uniformes. En su carácter había poco de los Romanov. Le disgustaba que le recordaran a antepasados como Iván el Terrible y aún a Pedro el Grande. En cuanto a su abuela la emperatriz Catalina, era, decía Nicolás, un excelente *emperador*, insinuando así que no era el tipo de *mujer* que admiraba. A los pocos cortesanos sobrevivientes de Catalina los invitaban rara vez al Palacio de Invierno, y las casas de verano que punteaban el parque de Tsarskoie Zelo, templos del amor, como la Alcoba, de vidrios púrpura, se conservaban cerrados. El Empera-

dor y su esposa Charlotte, una modesta princesa alemana, vivían generalmente en el Palacio de Invierno o en Gatchina, un tétrico castillo de falso estilo gótico, de los alrededores de San Petersburgo. Era un padre tiránico que les prohibía fumar a sus hijos; en realidad, detestaba tanto el tabaco que trató de prohibir que se fumara en toda la capital. También prohibió jugar a las barajas y las carreras de caballos; pero sus esfuerzos por fundar una liga de templanza, como se podrá imaginar, estaban condenados al fracaso en aquel país impregnado de vodka.

En todas partes, resultaba evidente la presión despótica de Nicolás. Empezó el mismo día de diciembre en que asumió el poder, cuando salió del Palacio de Invierno para reprimir el desorganizado idealismo de los decembristas reunidos en la Plaza del Senado. La revolución "que estaba parada y esperaba" fue un trágico ejemplo de generosa ineficacia.

Los decembristas —así llamados porque su rebelión ocurrió en diciembre— eran un grupo de oficiales jóvenes del ejército, cultos y liberales, dedicados a lograr la liberación de los siervos y, más que nada, un gobierno constitucional. Su idealismo, dada su pureza, les impedía rebelarse contra la tiranía encarnada por Nicolás. Su frustrada posición era una locura heroica, que encarnaba toda la psicología eslava del siglo XIX. La hora no había madurado aún; el pueblo no estaba pronto; los idealistas se hallaban solos y caían solos. Alejandro Herzen debía escribir sobre ellos con amor y angustia, a lo largo de sus memorias:

"Entre los años 1812 y 1825, apareció una constelación perfecta de brillante talento, carácter independiente y caballeresco valor, una combinación totalmente nueva para Rusia. Aquellos hombres lo habían asimilado todo de la cultura occidental, cuya introducción estaba prohibida... Eran sus tardías floraciones, y a pesar de la hoz fatal que las segó inmediatamente, su influencia puede rastrearse hasta lo más lejano de la tenebrosa Rusia de Nicolás, como cuando el Volga desemboca en el mar".

La represión despiadada por el Zar no sólo de los decembristas sino también de toda libertad personal o medida liberal, mantuvo al país intimidado durante todo su reinado y convirtió al monarca en el símbolo de la tiranía que intentaban destruir los decembristas. "Los únicos tumultos posibles en Rusia son los causados por las luchas de los aduladores que rodean el trono", escribió el marqués de Custine, un francés cuyos descubrimientos durante un viaje efectuado a Rusia en 1839, catorce años después de la rebelión de los decembristas, constituyen una obra clásica.

Nicolás debía mantener a Rusia bajo aquella cruel presión hasta el día de su muerte. Las últimas palabras que le dijo a su hijo, cosa significativa, fueron: "Consérvalo todo". Quizás su temperamento despiadado proviniera de la sombría atmósfera que rodeara la muerte de su padre; en esa época, era demasiado joven para participar en el drama, pero sus hermanos mayores, el zarevich Alejandro y el gran duque Constantino, quienes le llevaban diez años, a pesar de ser conspiradores involun-

tarios, habían participado en cierto modo en el crimen. El padre de Nicolás, el zar loco Pablo I, había sido estrangulado por una banda de cortesanos-patriotas-conspiradores, decididos a hacerlo abdicar.

En el reinado de Pablo I imperaban el terror y la injusticia: nadie estaba a salvo; a los centinelas los azotaban hasta matarlos porque se les había perdido un botón. Bastaba con una habladuría para arrojar a una mazmorra a un ministro; a un oficial, el teniente Akimov, lo desterraron a Siberia después de cortarle la lengua por haber compuesto un epigrama insolente sobre la flamante catedral Isaaki. En cuestiones de Estado, predominaba un tono igualmente imprevisible: sobrevenían cambios radicales en la policía, a los generales los relevaban de su comando de la noche a la mañana y el caos se acentuaba, mientras la arrogancia se fortalecía. Él era el Zar; nadie más contaba.

Si bien Pablo I hacía vivir en el terror a sus súbditos, también él vivía aterrorizado. Ocho años antes, sin ir más lejos, la multitud había guillotinado a Luis XVI. Pablo sospechaba que su ministro y amigo el conde Pahlen proyectaba destronarlo y que su propia esposa estaba en connivencia con los conspiradores. Nunca olvidó ni perdonó a su madre Catalina la Grande el golpe de estado que diera al volverse contra su joven marido Pedro III, para apoderarse de la corona y reinar pasando por encima de su cadáver. ¿Haría lo mismo su esposa, se preguntaba? Sus ojos sombríos y sobresaltados buscaban sin cesar el peligro: desconfiaba de todos los que lo rodeaban. Vivía parapetado en un pequeño conjunto de habitaciones al cual se llegaba por el pasillo de un ala del lúgubre palacio Mijailovsky. Éste era de construcción flamante, los muros de piedra rezumaban humedad, las chimeneas humeaban. Allí, Pablo vivía a solas con sus temores. Hasta su favorita la condesa Lopujin, cuyas habitaciones de la planta alta se comunicaban con las suyas mediante una diminuta escalera de piedra, no podía disipar sus terrores.

Por fin, sus exigencias se convirtieron en una amenaza para todo el país y su abdicación fue una necesidad de Estado. Los conspiradores habían resuelto que el Emperador debía firmar el acta de abdicación o morir. "¿Y si se niega?", preguntó uno de ellos. Pahlen se encogió de hombros y dijo: "No se puede hacer una tortilla sin romper huevos".

El zarevich Alejandro era joven e idealista y lo adoraban el ejército, la corte y el pueblo; finalmente, se dejó convencer de que la abdicación de su padre sería para bien del país. Pero no debía haber violencia. Pahlen y su pandilla no se molestaron en discutir sus planes con él. Era, todavía, un niño escrupuloso.

Alejandro esperó en sus habitaciones de otra ala del edificio, muy alejadas del cuarto de su padre. Ahora, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás y sentía terribles remordimientos. De pronto, los conspiradores entraron corriendo, sonrojados por el vino y la sensación de triunfo. Habían matado al Emperador en su alcoba y apenas esperaron su negativa a firmar la abdicación para derribarlo a golpes y estrangularlo. El Zar había tratado de ocultarse en una chimenea; ellos lo

sacaron de allí tirando de una de sus piernas; un chal de seda lo asfixió y luego lo golpearon en la cabeza con una caja de rapé de oro. Algunos conspiradores vehementes lo remataron saltándole sobre el vientre. Apoplejía, expresó el certificado de defunción firmado por Sir James Wylie, el médico de la corte; pero se murmuraba que varios galenos habían trabajado durante el resto de la noche para poner el cadáver en condiciones de que Sir James lo viera.

Cuando los conspiradores le hicieron una gran reverencia a Alejandro, llamándolo Zar, retrocedió ante ellos.

—¡He matado a mi padre! —gritó y se desmayó.

No debía olvidar jamás esa noche terrible. El horror y el remordimiento lo persiguieron durante todo el resto de su vida. Nunca le dejaron olvidar, ni tampoco a sus hermanos; su madre, la Emperatriz viuda, se encargó de ello. La ropa manchada de sangre de su marido asesinado fue colocada minuciosamente, como pronta a ser usada, en la antecámara que llevaba a los aposentos de la Emperatriz. Cada vez que sus hijos venía a visitarla, tenían que pasar ante aquella exposición morbosa. Aunque Nicolás apenas era un niño en la época en que asesinaron a su padre, toda su infancia y juventud fueron ensombrecidos por el crimen. Probablemente, éste causó la decisión de abdicar de su hermano mayor Constantino, al morir Alejandro en 1823.

IV

En cuanto a Alejandro, una fuerte veta mística de su temperamento se trocó en una neurosis de melancolía: parecía agobiado por las glorias terrenas que no había querido heredar mediante la violencia; y todas las glorias acumuladas en su reinado, hasta la derrota de Napoleón y las fronteras cada vez más vastas de su país, sólo parecían oprimirlo en forma creciente. Delegó nuevos poderes en su allegado el siniestro Arakcheiev, quien mantenía sojuzgada a toda Rusia bajo su presión reaccionaria. La espléndida mañana del reino de Alejandro se desdibujó en un sombrío atardecer, que oscurecían más aún los miasmas místicos producidos tan enérgicamente por Madame de Krudener en la alcoba donde recibía al enamorado Zar.

Esta mujer sorprendente ejercía considerable influencia sobre la política europea de esa época. Era rusa de nacimiento, elegante y seductora; una beata romántica que lograra una notable fusión de la carne y el espíritu; y de la mente, también, ya que tenía ciertas pretensiones literarias. Su estrecha amistad con la reina Hortensia le había abierto las puertas de la sociedad parisiense y pronto su conversación, de tendencia mística, combinada con una serie de actitudes propias de Lady Hamilton y una danza del chal, intrigó al *tout Paris*, a tal punto que muchos que venían para burlarse se quedaban para rezar. Benjamín Constant y Chateaubriand la visitaban con regularidad y cuando, poco después, el emperador Alejandro fue incluido en aquel grupo ecléctico,

el salón de Madame de Krudener quedó atestado. El Emperador fue víctima de su hechizo al instante.

Esas relaciones parecen haber sido ambiguas. En sus cartas, Alejandro le pide a Madame de Prudener que rece para que él pueda resistir a las tentaciones de París. "De la alcoba que ambos compartían, surgió el primer proyecto de la Santa Alianza. Madame de Krudener era recibida dondequiera iba con todos los honores diplomáticos, como una embajadora del cielo". Pero por fin su influencia empezó a menguar y desapareció del escenario en 1822, poco más o menos.

Las circunstancias que rodearon su partida fueron dramáticas. Había trabado amistad con otras dos damas excéntricas, la princesa Galitzin y una misteriosa emigrada francesa llamada Madame Guacher, quien lograra suscitar el interés del Emperador. Los cortesanos pudieron señalarle su oscuro pasado, pero el Emperador la defendió en la forma más caballeresca. Cuando las tres damas se agruparon para formar una suerte de hermandad lega, consagrada a las buenas obras y a las intrigas políticas, su influencia se volvió tal que, por fin, los cortesanos indujeron al Emperador a enviarlas a la Crimea. Al llegar a Taganrog, siguieron haciendo proselitismo, pero sin mayor éxito. Las reuniones al aire libre para orar ante los perplejos tártaros minaron pronto la salud de Madame de Krudener, socavada ya por los fervores de su vocación apostólica y murió un año después.

La princesa Galitzin era de más temple. Apenas sepultaron a su amiga, se quitó la ropa de luto y se instaló en Koreis, donde pronto se congregó a su alrededor una pequeña corte.

La tercera dama era más sorprendente, aún. Si les hemos de creer a ciertas fuentes contemporáneas, también ella, como Madame de Krudener, había influido antaño sobre los tronos; en realidad, contribuyó a derrocar a la monarquía francesa, porque era nada menos que la condesa de La Motte, cuyo papel en el *affaire du collier* no necesita ser evocado. Después de haber eludido a la justicia francesa, vivió en Londres, donde, según se cree, murió. Pero poco después apareció en Rusia, con el nombre de Madame Guacher. También ella, al morir Madame de Krudener, abandonó el proselitismo, trocando su vestimenta de monja por un indumento de amazona y por la vida de una excéntrica recluida. Prefería caminar o montar a caballo cuando había tormenta; y a menudo, se la veía galopar bajo una lluvia torrencial, "como si la persiguiera el propio Satanás".

Tenía una tortuguita que llevaba a menudo en la mano y que le regalara el emperador Alejandro. "Mientras la posea, no debo desesperar de mi destino", dijo. Un vecino suyo, el coronel Ivanov, la creía un vástago ilegítimo de alguna aventura regia. Había observado que aquella mujer recibía a menudo envíos de San Petersburgo y que parecía "haber conservado, a pesar de su destierro, cierta influencia sobre el Zar". Madame Guacher se volvió cada vez más excéntrica y murió en forma repentina en el otoño de 1823.

Apenas lo supo, el Zar, muy impresionado al parecer, mandó a un correo cosaco a Crimea, en busca de cierto cofrecito sellado que, con la ayuda del jefe de policía, fue hallado oculto en su casa. Dos semanas después, el cofrecito le fué entregado al monarca, quien, se cuenta, se sentía tan impaciente de sacar su contenido que hizo forzar la cerradura en el acto, en presencia de sus más íntimos allegados. Sólo contenía un par de tijeras, que difícilmente habrían podido servir de motivo para que Alejandro mandara y le hiciera galopar a su correo seis mil kilómetros. Siempre me he preguntado qué fue de la tortuguita.

* * *

Dos años después, en 1825, el Zar murió en Taganrog, no lejos del lugar adonde desterrara a sus tres extrañas amigas. El misterio rodeó también su muerte. Existía la creencia popular de que, siguiendo un plan cuidadosamente trazado, se había encerrado el cadáver de un desconocido en el ataúd regio, sellándose éste y de que el propio Zar pudo así desaparecer, con la complicidad de su médico, la Zarina y un edecán de toda confianza, para vivir una larga existencia de expiación como monje, con el nombre de Padre Fedor Kuzmich, una figura extraña y venerada cuya verdadera historia jamás se divulgó. Se admite que en torno de la muerte del Zar existió algún secreto, así como lo hubo en la vida de Fedor Kuzmich y se afirma que, cuando Alejandro III abrió el féretro de Alejandro I, el rostro del difunto estaba cubierto por una máscara de alabastro y el Emperador se negó a que la sacaran y ordenó que el ataúd fuese sellado de nuevo. Y cuando el gobierno soviético lo abrió, estaba vacío. Nunca se dio ninguna explicación sobre este misterio.

V

Nicolás llegó al trono rodeado por estas sombras siniestras y con esta vaga interrogante, después de haber rechazado la corona su hermano mayor Constantino. Acaso se expliquen así sus actos tiránicos, aunque no se los pueda perdonar, porque su reinado fue un largo tormento de crueldades y actitudes reaccionarias. "Todo el arte de gobernar ruso está basado en el uso de la violencia", escribió un diplomático austríaco en 1840. (Pero el gobierno austríaco, acaudillado por el Emperador y apoyado por la Corte, no vaciló en llamar a Rusia, en tiempo de Nicolás —"el policía de Europa"— para que reprimiera terriblemente con sus cosacos el levantamiento de los patriotas húngaros en 1848).

Al subir al trono Nicolás en 1825, el péndulo volvió a oscilar de la humanidad de Alejandro al demente despotismo de Pablo. En la rigidez de Nicolás había algo casi más espantoso aún, y además ostentaba esa falta de equilibrio tan característica de todos sus antepasados. Mientras que la misericordia le era casi desconocida, solía intrigar a todos con

los desmedidos regalos que les prodigaba a las familias de sus víctimas, como para lavar su conciencia, con una suerte de complacencia.

Después de haber reprimido la rebelión decembrista de 1825, esta reacción se hizo particularmente visible. En la ejecución de los cinco cabecillas, la ineficacia llegó al colmo, se rompieron las sogas y hubo que recomenzar los ahorcamientos. "Desdichado país éste, en que ni siquieran saben *ahorcarlo* a uno", dijo Ryleev, cuando volvían a izarlo en el patíbulo. Pero el Zar, quien esperaba en el Palacio de Invierno, desgarrado entre la impaciencia y la angustia, mostró inmediatamente una magnanimidad carente de tacto con la viuda de Ryleev, a quien incitaron "a hacer uso" del Zar en todas las ocasiones y para todas sus necesidades. El coronel Pestel, el caudillo de la rebelión, dejó a un hermano menor que fue ascendido sin tardanza al cargo de edecán del Zar. Cabe imaginar el horror con que acompañaba el joven al hombre que firmara la orden de ejecutar a su hermano. A menudo, el monarca parecía realizar algún acto íntimo de expiación, ahogando su conciencia antes que obrando con misericordia.

* * *

La mayor parte de Europa consideraba a Nicolás I un caballero sin miedo y sin tacha: marido y padre devoto, padre de su pueblo, una noble figura en que la clásica perfección de las facciones armonizaba con un alma igualmente noble. Alejandro Herzen se mostraba más duro en su juicio al decir: "No conozco nada tan terrible, tan capaz de desterrar la esperanza, como esos ojos incoloros, de peltre". Pero Nicolás sabía, cuando se le antojaba, mostrarse irresistible. Sus modales eran perfectos, poseía un hechizo magnético y facultades peligrosas, persuasivas, que podía aplicar a su arbitrio. Esas facultades eran tales... o era tal la tendencia rusa a retractarse, que tenemos abundantes ejemplos del poder magnético del monarca. Muchos valientes liberales, de gran convicción en su ideario, sucumbían ante esa influencia; parecían hipnotizados por él, reconocían su culpa y sus pecados y casi pedían que los castigaran... y el Zar, después de haberse ganado su confianza, les imponía ese castigo implacablemente.

Según el historiador Constantin de Grunwald, quizás estemos rozando aquí un aspecto fundamental del carácter ruso: esas orgías de autoacusación aparecen a través de toda la historia de ese país y no son el producto de ninguna época ni gobierno. Recuerdo al boyardo que fue condenado al potro del tormento por Iván el Terrible y que, entre gemido y gemido, gritaba:

—¡Dios mío! ¡Te suplico que bendigas a los tiranos!

Radichev, el liberal y seudo reformador, después de haber cumplido una condena a prisión durante el reinado de Pablo I, volvió a lo que, se atrevía a confiar, podía ser una Rusia más nueva, más libre, bajo la férula de Alejandro I. Ofreció sus servicios y consejos al joven mo-

narca, quien los aceptó dada la buena fe con que se formulaban. Pero apenas había empezado Radichev a elaborar sus proyectadas reformas legislativas lo dominaron extrañas dudas, el horror ante su blasfema temeridad con respecto a la Santa Rusia y al Zar, y llenando un vaso de ácido sulfúrico, se lo bebió y murió entre tremendos dolores. Aún aquí, en este trágico fin, vemos la vena nacional del exceso. La mayoría de los suicidas se habrían contentado con volarse los sesos de un pistoletazo, con ahorcarse, abrirse una vena o beber algún veneno usual. Pero Radichev tomó ácido sulfúrico.

Quizás la única cualidad eslava que compartía Nicolás I con su pueblo fuese esa tensión del exceso. Su actitud inflexible, su amor al orden, su puntualidad, su laboriosidad, disciplina y ortodoxia, todo lo exageraba.

También en su vida doméstica el Emperador era un tirano y toda su familia temblaba ante él. Aunque lo consideraban el hombre más guapo de su tiempo, para el retratista Horace Vernet fue el semblante más duro que había pintado y la joven reina Victoria, después de haberlo recibido en el castillo de Windsor, en ocasión de una visita oficial de Nicolás en 1844, escribió:

"La expresión de sus ojos es terrible. Nunca vi nada parecido: es severo y lúgubre, está saturado de principios que nada podría variar... Los únicos temas que le interesan son la política y el ejército...". Sin embargo, Nicolás había hecho estragos en su juventud entre las lánguidas princesas de las cortes alemanas de menor cuantía, donde acostumbraban buscar novia los Romanov de los últimos tiempos. Su hechizo no sólo se proyectaba sobre las princesas, ya que se advierte un rasgo positivamente humano en su amor a los disfraces y a las libertades que le permitían sus incursiones tipo Harun al Raschid a los bailes de máscaras. Aquel desconocido imponente y elegante intrigaba a las mujeres; tenía la elevada estatura propia de todos los Romanov; solían reconocerlo, pero, por lo general, le gustaba creer que había venido de incógnito. Aún debían pasar muchos años antes de que se entusiasmara abiertamente con la joven y voluble esposa de Pushkin, o, más tarde aún, indujera a la discreta Mademoiselle Nelidov, una de las azafatas de su mujer, a ser su amante. Pero su dicha llegó demasiado tarde para ablandarlo y murió siendo, como siempre, un tirano.

"Imaginémonos a un pueblo casi salvaje que ha sido reclutado y disciplinado sin que lo civilizaran y comprenderemos el estado moral y social de Rusia", dice de Custine, refiriéndose al país en esa época. Agrega que los reinados de Catalina la Grande y Alejandro I sólo prolongaron la sistemática y deliberada infancia de la nación. Catalina, expresa, sólo creó escuelas para complacer a los filósofos franceses, cuya aprobación buscaba su vanidad. Escribiéndole al Gobernador de Moscú, uno de sus favoritos, quien se le quejaba de que la asistencia a las escuelas era escasa, la Emperatriz replicó con cinismo:

—Mi querido príncipe. Si estoy fundando escuelas, no es por nosotros, sino por Europa, cuya estimación debemos conservar.

Y con tono entre profético y realista, añadía:

—Si nuestros campesinos procurasen realmente ilustrarse, ni usted ni yo continuaríamos en nuestro lugar.

Sin duda, el Emperador compartía las opiniones de su abuela. El pueblo debía mantenerse en su sitio o él no podría seguir en el suyo, una eventualidad harto tremenda para admitirla.

Aunque Nicolás I se mostraba siempre severísimo con su pueblo, sobre todo con los delincuentes políticos, era generalmente magnánimo con las naciones conquistadas, aunque los polacos constituían una excepción. El fervor nacionalista de éstos había exasperado siempre a los rusos, y Nicolás, con su meticulosa atención para los detalles, acostumbraba poner en guardia a sus generales durante las campañas en Polonia contra las seducciones de las polacas. Lo mejor era eliminar por completo a los polacos (aunque, si se les obligaba a ingresar al ejército ruso, podían servir a algún fin útil...).

Pero no sabemos si, salvo el caso de Polonia, la generosidad del Zar se debía exclusivamente a los dictados de su conciencia o si la inspiraba en parte el deseo de desarmar o de tranquilizar a otras naciones, mostrándoles los límites puramente locales de sus actividades. En cualquier caso, después de la moderación que ostentara ante los persas en 1828, cuando podía haberles formulado exigencias abrumadoras y aún ocupado Teherán, el Zar era considerado por el resto de Europa y por los gobernantes balcánicos y del Cercano Oriente una figura gloriosa, cuya generosidad estaba a la altura de su poderío. Ahora, comenzaron a girar en torno de él emisarios de las potencias menores, en una suerte de *contredanse* de lisonja y terror infinitamente agradable para Nicolás. El Emir de Bujara le rendía homenaje; Montenegro estableció una embajada en San Petersburgo; los afganos se mostraban respetuosos, los persas sumisos. Desgraciadamente, el Sultán, si bien le rendía homenaje, se mostraba inconmovible ante la sugestión del Zar de que se convirtiera al cristianismo, para representar mejor a lo que Nicolás calificaba de "gran número de sus súbditos". Pero este enfoque indirecto del problema de las minorías cristianas en suelo musulmán debía seguir ignorado durante muchos años. En cuanto a las grandes potencias, Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos, parecían la cordialidad misma y si bien observaban con ojos siempre alertas al imperio ruso, no dejaban transparentar la menor inquietud.

VI

Hasta dentro de sus propias fronteras, entre sus pueblos oprimidos, Nicolás disfrutaba de un extraordinario grado de afecto reverencial. Aquella gente parecía necesitar o ansiar a un monarca absoluto, como si su tiránico poder sedujera alguna apetencia fundamental de sumisión existente en lo más hondo del pueblo ruso. El emperador Nicolás parece

haber ejercido sobre su nación una influencia comparable a la de Shamyl en el Cáucaso, aunque menos comprensible. A pesar de ser áspero, porfiado, intolerante, hipócrita, despiadado, vanidoso, estaba seguro de su misión divina, de la naturaleza divina de los reyes y lograba infundirle esta convicción al pueblo, tanto a los cortesanos, mercaderes y campesinos como a los siervos. La mayoría de los presidiarios, cuando marchaban penosamente hacia Siberia, no le guardaban rencor; el Zar les parecía, tal como él se consideraba a sí mismo, un ser por encima de toda crítica.

* * *

Esos deportados trabajaban juntos en fétidas cavernas, iluminadas apenas por la vaga luz de una linterna colocada ante un ícono de la Virgen. Iban descalzos o con los pies envueltos en trapos o paja; sus botas se habían roto durante los meses de viaje hacia su destino. Dormían en las cavernas exteriores, fangosas, húmedas y sucias. A veces, se desplomaban en el lugar de trabajo y sólo lograban hacerlos reaccionar las *nagaikas*, los látigos que usaban los cosacos de la guardia. O bien los sacaban de allí muertos. Se les pohibía hablar entre sí y nadie podía revelar jamás la razón por la cual lo habían deportado. Las esquirlas de piedra que saltaban eran un granizo hiriente y la mitad de aquellos infortunados no tardaban en perder un ojo. Pocos se salvaban y eran menos aún los que lograban llegar vivos al fin de su condena. Sólo prosperaban los piojos.

Tales eran las condiciones de vida que debían inspirarles algunas de sus más grandes obras a Dostoiewski y a Gorki. Pero hasta la revolución, las minas de Siberia eran célebres antes que nada como fuente de todas aquellas substancias con que se hacían urnas de malaquita y pilares de lapizlázuli; y sobre todo, por ser la fuente de los exquisitamente complicados "bibelots" de Carl Fabergé. Hoy, éstas son piezas para los coleccionistas que rara vez van a parar bajo el martillo del subastador; se las ve ocasionalmente en las casas de empeño y en las joyerías de Montecarlo, donde, en invierno, unos pocos viejos rusos salen arrastrándose de sus casas de pensión para calentarse al sol o para rondar por los alrededores del Casino, espectros de un festín que parecen sometidos a un severo racionamiento si se recuerdan los días de antaño.

Carl Fabergé inventaba los fabulosos juguetes de un mundo desaparecido. Huevos de pascua de oro y amatista y esmalte, del tamaño de un dedal, que se abrían para exhibir huevos más pequeños y éstos otros menores aún, revelando cada uno un rostro regio enmarcado por perlas; o mangos de sombrillas, cigarreras y asas; prendas de amor de un gran duque a una bailarina o símbolos de la estima imperial. Todas estas cosas debían trocarse pronto en lápidas, pequeñas lápidas centellantes; monumentos funerarios tanto para los cautivos de las minas como para la aristocracia para la cual se explotaban las minas.

7

LOS GUERREROS

"Al parecer, no saben cuándo deben morir: en realidad, a esos miserables casi no se los puede matar. Es gente que carece de la menor idea del decoro".

LERMONTOV.

Aunque se salvó Nazrán y cayó Ghimri, los rusos comprendieron que sólo con una técnica bélica totalmente nueva podrían sojuzgar a los rebeldes. Sus fusiles y su equipo les estorbaban antes que ayudarles, porque tenían que izarlos por senderos casi verticales o abrirles paso a través de bosques impenetrables. En sus campañas de 1823, el general Yermolov logró despejar un sendero ancho en el bosque de Göiten, tanto para proteger a sus hombres de los francotiradores como para el transporte. Pero aquel camino no se conservó abierto y en 1832 la vegetación volvió a cubrirlo, casi hasta los dos metros de altura. Allí, la naturaleza parecía hostil a los rusos. El quemante sol estival los despellejaba y los torturaban la insolación y la sed; en invierno, la nieve y el hielo entorpecían sus movimientos o los congelaban, causándoles la muerte mientras dormían, mientras vivaqueaban en el bosque, a menudo sin encender el fuego para no revelar su paradero. Y las torrenciales lluvias y glaciales nieblas de la primavera y el otoño penetraban en sus huesos, causándoles fiebres reumáticas y neumonías. Durante muchos años, no los equiparon adecuadamente para climas tan extremos, que, por lo demás, solían encontrarse en una misma zona durante una jornada de marcha entre los bosques tropicales, las ciénagas costeras o los desfiladeros montañosos.

Salvo la adopción de las burkas, capas de pelo de cabra caucasianas, que recordaban por su corte a las tiendas de campaña y que se podían extender de tal modo que protegieran a un tiempo al jinete y al caballo, los rusos usaban un uniforme inadecuado y durante muchos años, combatieron con un tipo anticuado de fusil de chispa, ya que el Zar se

oponía a cambiarlos, así como a muchas otras reformas. Nicolás aborrecía los cambios. La lucha con armas blancas había sido satisfactoria para sus antepasados; él no confiaba en las innovaciones, sea que consistieran en un tipo nuevo de fusiles o en un uniforme más práctico. En cuanto a una nueva legislación —una constitución— su rostro se ensombrecía ante la mera insinuación de semejante posibilidad.

A pesar de los combates que libraban, del tipo más violento y sanguinario, a los rusos pronto les pareció monótona la guerra del Cáucaso. A veces, durante meses, no veían al enemigo. Sin embargo, no pasaba un solo día sin pérdidas. El general Tornau escribió: "La lucha se desarrollaba desde el comienzo hasta el fin de cada marcha: los hombres caían, pero no se veía al enemigo. Sólo unas nubecillas de humo en la selva traicionaban sus escondites, y nuestros soldados, no pudiéndose guiar por nada mejor, apuntaban a esos sitios... Nuestros francotiradores, quienes iban en parejas (más tarde, su número fue aumentado a diez y aún a veinte) se perdían de vista mutuamente a menudo en el bosque y se rezagaban de la columna principal. Entonces los chechenes, por así decirlo, surgían de la tierra misma y saltando sobre los hombres aislados, los destrozaban antes de que sus camaradas pudieran acudir en su ayuda". Los rusos temían sobre todo esas prácticas de hostigamiento cuando se retiraban con sus heridos. "Los chechenes cargaban sobre el enemigo a gran velocidad: a veinte pasos de distancia, disparaban, con las riendas de sus caballos entre los dientes y luego, echándose a la espalda los fusiles, embestían a los nuestros, descargando sus *shashkas* sobre sus cabezas".

Cuando se trataba de luchar con armas blancas, no cabe duda de que los caucasianos dominaban el campo de batalla. Pronto aprendieron a defenderse de las bayonetas, pero los rusos no se mostraron igualmente hábiles para eludir los mortíferos tajos de la *shashka*. Tanto la destreza esgrimística de los rusos como sus armas eran inferiores a las de los montañeses. Para los caucasianos, sus armas eran sus bienes más valiosos, que conservaban y legaban de generación en generación; algunas provenían de los cruzados que pasaran por allí; ostentaban inscripciones en italiano o en latín y mencionaban al armero que las hiciera y a su primer dueño. Algunos de sus sables estaban templados de tal modo que podían cercenar el cañón de un mosquete ruso de un solo tajo.

Como los arnautes o mercenarios albaneses, a los tribeños del Cáucaso no sólo les gustaba combatir, sino también oír el estrépito de la batalla. Peleaban con deleite. "Se dan sablazos mutuamente como expresión de amistad", dice Lermontov. Y también: "Vi a un hombre reducido a pulpa por las culatas de nuestros mosquetes y que, habiendo sido atravesado por una bayoneta y agujereado como un colador, seguía esgrimiendo su *shashka* en torno de su desvergonzada cabeza y vociferando como un demente —cuenta un soldado ruso—. Al parecer, esa gente no sabe cuándo debe morir: en realidad, a esos miserables casi no se los puede matar. Es un pueblo que carece de la menor idea del decoro".

II

Al llamar específicamente a sus adversarios chechenes, el general Tornau se muestra muy preciso. Así como a Shamyl lo llamaban generalmente "Él" —el pronombre divino y aterrador era usado por los rusos, los tribeños renegados que se desempeñaban como espías o guías y los propios nativos del Cáucaso— así también las tribus caucásicas, a pesar de su complicado linaje y diferencias raciales, eran simplificadas por los rusos, quienes las llamaban a todas tártaros. Por eso, cuando a los rusos les recordaban la observación de Napoleón "Raspe a un ruso y encontrará debajo a un tártaro", la consideraban muy agraviante. Se sentían lejanos de la Tartaria. Aunque, al resto de Europa pudieran parecerle asiáticos, ellos, por su parte, hacían un distingo muy neto. Los cánones de belleza aceptados debían ser "puramente rusos": la belleza rubia, de ojos grises y carirredonda del norte. Todo lo que tuviera ojos sesgados de tipo exótico era denigrado.

Las leyendas y cuentos rusos están llenas de ogros tártaros derribados por Ivanes simplotes. Hasta el heroico Ilya Murometz fue agobiado por el "olor tártaro" de sus enemigos. Aunque aquí cabe meditar sobre las reacciones nacionales o personales ante los diversos olores. Tolstoi habla del extraño e inconfundible olor acre y corpóreo que emanaba de los guerreros del Cáucaso. Pero a los múridas musulmanes les causaba escalofríos el olor de los cristianos, quienes comían cerdo.

Los caudillos de las hordas tártaras les asignaban una ración de almizcle y ámbar gris a sus guerreros antes de la batalla. (Herodoto nos dice que algunos de los perfumes más apreciados provenían de una substancia pegajosa que se hallaba en las barbas de los chivos que mordisqueaban los espinos a lo largo de la costa árabe). Esa ración de perfume se les daba a los guerreros tártaros —como se les daba más tarde a los soldados un trago de ron— para fortalecerlos e infundirles bríos. Aunque la costumbre tártara también podía interpretarse en otra forma: acaso se usaran los perfumes no tanto para fortalecer a quienes se los ponían como para abrumar a sus enemigos: un ejemplo primitivo de guerra química.

III

Los chechenes debían desempeñar un papel particularmente significativo en las guerras múridas. Eran un pueblo hermoso, audaz, independiente, la *élite* del ejército de Shamyl y alentaba su independencia el hecho de que vivían en las fértiles tierras bajas donde abundaban el ganado, las frutas, los cereales y los bosques. Conservaban poco o nada de sus orígenes, ya que sus vencedores los árabes habían sustituido sus leyendas y su historia por el Corán, pero se cree que provenían de Europa más bien que del Asia, como los ávaros y las tribus montañesas del Daghestán. Sin sus suministros de cereales, ganado, forraje y com-

bustibles, Shamyl no habría podido continuar la lucha durante tanto tiempo; los rusos tardaron en comprenderlo, pero hasta cuando lo comprendieron les resultó imposible arrebatarle esa ventaja hasta mediados de la década 1850-60.

En el campamento, entre los oficiales rusos predominaba un código de conducta especial. Se consideraba de muy mal gusto el hecho de mostrar algún interés por el fuego del enemigo cuando las balas silbaban sobre las cabezas. "Aunque las balas caían a derecha e izquierda dentro del perímetro del campamento, la conversación debía continuar mientras comíamos o estábamos sentados en torno de la hoguera, sin revelar ni asomo de emoción. Todo aquél cuya voz desfallecía era ridiculizado por los más. Era *de rigueur* quedarse sentado y no hacer un solo movimiento para esquivar a las balas enemigas en ningún caso." Un recién llegado que trataba de disimular su involuntario sobresalto con un estornudo se veía obligado a fingir refinadamente un resfrío hasta que dominaba sus nervios. Esta tradición de sangre fría, para los soldados de esa época, era a menudo su único haber para afrontar el desafío del dolor: las amputaciones o la primitiva cirugía de campaña se realizaban por lo general sin opiáceos; hasta una dosis de láudano servía de poco contra la sierra de un cirujano. Me cuentan que lord Uxbridge, después de la batalla de Waterloo, soportó la amputación de una pierna con la mayor serenidad y se limitó a observar que la sierra parecía algo roma; y otro oficial, en la misma batalla, después de haber mirado cómo le amputaba la mano el cirujano, llamó a su asistente que se la llevaba de la habitación, diciéndole:

—¡No te apures! Le quitaré mis anillos, si no te parece mal.

Dada la naturaleza del terreno, el suelo irregular, los bosques, los pantanos y los desfiladeros rocosos, una columna en marcha rara vez podía estar segura de que no la atacarían sorpresivamente como tampoco podía confiar un campamento en descansar tranquilo una noche.

Pero en las memorias de varios oficiales, entre ellos el conde Constantin Beckendorff y el coronel George Vlastov, se nos brindan curiosos detalles sobre las campañas caucásicas en general. Aunque las tropas rusas generalmente tocaban la diana a las cinco y media, rara vez se interrumpían el desayuno y el trabajo matinal antes de las diez, ya que los rebeldes, "afectos a su ocio", generalmente no daban señales de vida antes de esa hora. Vlastov sirvió en el Cáucaso en la última parte del reinado de Shamyl, en 1850-60 y es probable que el imán les hiciera dedicar varias horas a las plegarias y rituales piadosos a las tropas múridas siempre que ello resultaba posible: nunca olvidaba que la unidad caucasiana, la fuerza de sus contingentes, dependía antes que nada del grado de fervor musulmán que se mantenía.

A los rusos se les permitían ciertas distracciones, que hasta se estimulaban, en las circunstancias más difíciles. Se sabe de un sibarita que, en el cuartel, lograba darles un aire de lujo a sus aposentos haciéndole lavar el piso a su asistente con champaña. Otro, se hacía despertar

por un trompetero a las seis de la mañana sólo para tener el placer de darse vuelta en la cama y seguir durmiendo hasta su diana usual de las ocho. Los oficiales lograban mantener cánones individuales de comodidad y relajamiento. Algunos tenían una amante, una de las exóticas bailarinas de Shemakha, quizás, sustraída a su vocación con regalos; otros estudiaban astronomía, geología y botánica, materias inverosímiles que, dada su lejana situación y el carácter interminable de las campañas, sentían deseos de estudiar, ya que disfrutaban de la tranquilidad necesaria. Los había aficionados al teatro ("La Desgracia de Ser Inteligente" de Griboyedov fue estrenada por un grupo de oficiales de Yermolov en la época en que el propio Griboyedov era ministro de Rusia en Persia.) Se efectuaban conciertos —porque, donde haya rusos, siempre habrá música— con bellas melodías y voces que, a pesar de lo inexpertas, solían recordar la de Chaliapin. A veces, había carreras hípicas y los espléndidos ejemplares traídos por los oficiales, al enfrentarse con un caballo local más pequeño y de aspecto modesto pero montado por un jinete cosaco, eran vencidos. También solían dar un baile, en que las pocas esposas de los oficiales que vivían en el Cáucaso podían eclipsar a las damas locales. Pero no invitaban a las bailarinas de Shemahka. Esas veladas se consagraban al vals más bien que a sus seductores balanceos. Ocasionalmente, algunos jóvenes de la nobleza taconeaban los fogosos ritmos de un *oberek* polaco o una *lesguinka*; pero esos bailes eran, antes que nada, veladas dedicadas a las damas.

IV

Salvo esas pocas esposas, las mujeres eran raras allí. Las familias de oficiales que tenían la intrepidez de instalarse en el Cáucaso, alrededor de las bases militares, eran por lo general nativas del país que se habían criado allí, hijas de oficiales cosacos del Terek o el Grebensky, nacidas quizás en la guarnición, hasta la segunda o tercera generación. Pocas de ellas habían llegado más allá de Tiflis y sabían algo sobre el mundo existente al norte de las montañas. Pero su educación era asombrosamente buena, ya que habían asimilado sus conocimientos y aún su *savoir-faire* de los desterrados, a quienes llamaban *les malheureux*, a menudo jóvenes de buena cuna y antecedentes brillantísimos, enviados al sur para cumplir una condena por un duelo o por liberalismo. Degradados hasta el nivel de soldados rasos, sin dinero ni posición, esos infortunados eran tradicionalmente bienvenidos en la mesa de los oficiales de todas las guarniciones, los invitaban aún a la mesa del general y estaban en libertad de ganarse unos rublos como preceptores de los niños de la sociedad local El conde Benckendorff, cuyas memorias hieden a altanería, con un tono protector abominable y despótico, habla de ellos con exageraciones: *les malheureux*, dice, eran mimados a conciencia; se trataba de unos inútiles que significaban responsabilidad y gastos para

los oficiales del comando. Pero a pesar de la aspereza con que se expresaba Benckendorff, entre ellos había muchas figuras brillantes.

Las fiestas y picnics, los espectaculos teatrales y los bailes eran distracciones sólo posibles durante una pausa de la guerra para celebrar alguna victoria, o para restablecer la moral de lucha, después de alguna humillante derrota. Pero las maniobras de rutina o las expediciones en busca de leña asumían a menudo el aspecto de un picnic, en que los cocineros del regimiento inventaban viandas imprevistas y los oficiales, tendidos sobre alfombras caucásicas, bebían los excelentes vinos locales y recitaban versos y nadie hablaba de la guerra. A veces en esas incursiones los acompañaban las damas más a su alcance, algunas pertenecientes al pequeño grupo de exiladas de Occidente, vienesas o francesas, quizás, quienes vivían precariamente como costureras, reposteras, cantantes de café o *filles galantes* en esos remolinos de la Rusia asiática. Entonces, la escena cobraba el carácter de una fiesta campestre: al pie de los árboles, se tendían alfombras más grandes y blandos almohadones; se ponían a enfriar botellas de champaña en el helado torrente de la montaña; y cuando los soldados penetraban en los verdes claros y a lo lejos resonaban sus hachas, sordamente, las damas se desataban las cintas de los sombreros y se dejaban caer voluptuosamente contra un hombro con charretera, murmurando las más embriagadoras promesas, mientras algún tenor de suave voz rasgueaba su guitarra y cantaba las tradicionales melodías rusas, tan nostálgicas y obsesionantes... Entonces, los oficiales olvidaban a las damas y sus astutas coqueterías porque esa música les evocaba las vastas planicies rusas, los lentos ríos y los ilimitados horizontes de su patria.

Los espías de Shamyl no dejaban de informarle meticulosamente sobre todos esos picnics, canciones y mujeres, sobre todos los detalles de la vida en el campamento. El caudillo creía conveniente estudiar a su enemigo en forma concienzuda: además, le inspiraban curiosidad todas las costumbres imaginables del oeste... Y las armas flamantes, los grandes cañones que aterrorizaban a los montañeses, quienes los llamaban "El Padre de los Fusiles" o "Las Pistolas del Zar". Se anotaban todos los bienes, cada costumbre, cada detalle. Hasta los lujos que se permitían, las albóndigas de carnero en el desayuno acompañadas por un litro de oporto o las enormes cantidades de cigarros y cigarrillos resultaban desenfrenos incomprensibles para los puritanos múridas, quienes debían reconocer, sin embargo, que todo esto no les impedía a los rusos combatir furiosamente. Resultaban unos extraños adversarios aquellos oficiales del norte, con sus trencillas doradas y que bailaban aferrando a sus mujeres semidesnudas y bebían y fumaban ...hasta en plena batalla... Shamyl y sus múridas no podían valuar a fondo a sus adversarios.

Por eso, mientras los picnics les permitían a los oficiales disfrutar de unas horas de tregua, los espías lesghanos, ocultos cerca de allí, silenciosos y de pies felinos, los rodeaban por todas partes, arrastrándose a

través de la maleza, acurrucándose sobre las copas de los árboles, metiéndose en las madrigueras de los zorros, pero siempre estaban allí, esperando, vigilando, con la quietud del cazador, con su mirada penetrante.

V

Desde el principio, desde la primera campaña desastrosa, hubo en aquel Ejército del Sur una solidaridad que equivalía a un apego familiar y resultaba evidente hasta entre los torpes reclutas y los más altaneros oficiales, para quienes sus soldados eran *rebiata*, muchachos, mientras que los soldados llamaban a su comandante *batiushka*, es decir padrecito.

Esto, contrastaba marcadamente con el rígido sentido del protocolo, el respeto a la jerarquía, que se les inculcaba a los regimientos de guardias y a los acantonados en el norte, en los alrededores de Moscú y San Petersburgo. Como se consideraba que el ejército era la única carrera abierta a un joven aristócrata, los oficiales, por lo general, estaban cargados de títulos, tenían profunda conciencia de su jerarquía y se mostraban reacios a olvidar la menor señal de privilegio y respeto que, a su entender, se merecían, dado su nacimiento.

Durante el reinado de Alejandro I, se había creado un sistema de colonias militares y los hombres eran a un tiempo soldados y labradores, campesinos y guardias. En diversas provincias se hallaban construidas colonias grandes y meticulosamente planeadas, con cuarteles, iglesias, alojamientos para oficiales solteros y casados. Los soldados se veían alentados a casarse —y aún les ordenaban hacerlo— ya que a sus hijos los consagraban al servicio militar desde los siete años de edad. A fines del reinado de Alejandro I, las colonias militares abarcaban ciento cuarenta y dos mil soldados y trescientos setenta y cuatro mil campesinos: todos ellos muy descontentos, pero impotentes, en las garras de la administración militar. En 1819, las colonias de Novgorod se rebelaron, pero fueron dominadas, como los soldados del regimiento Semenovsky años después. Hasta la esclavitud de los siervos no irritaba ni humillaba tanto al pueblo como este tiránico militarismo.

Desde que los oficiales jóvenes que derrotaron a Napoleón en la campaña de 1812-14 volvieran de su triunfal ocupación de París, habían visto a su patria bajo una luz muy distinta. El joven zar Alejandro, al cual adoraran, en quien creyeran tan implícitamente, se estaba endureciendo: su idealismo le cedía el paso a una suerte de despotismo místico. Los oficiales habían asimilado las nuevas corrientes ideológicas de la Europa Occidental, pero al volver se encontraron con que los esperaban una creciente reacción, brutalidad y opresión. Tal era la suerte de los ejércitos que lucharan, según habían creído, por la libertad. Así pensaba una legión de oficiales desilusionados, quienes se consagraron a formar muchas sociedades secretas, jurando todas ellas luchar por la

libertad. La Sociedad del Sur, la Unión del Bien Público o la Sociedad de los Eslavos Unidos, todas ellas presagiaban esa última cristalización idealista que fue la sociedad de los decembristas, quienes, en 1825, debían pagar un precio tan elevado por sus aspiraciones y caer, aplastados para siempre, a los pies de Nicolás I.

El abusivo sistema de las colonias de soldados o cantonistas, debía perdurar durante muchos años y fue allí donde se originaron parte de las tropas del ejército del sur. El término de veinticinco años de servicios de los cantonistas se hallaba aquí, también; algunos hombres se habían pasado toda la vida en campaña, siendo enviados al Cáucaso cuando jóvenes y se habían quedado, canosos y endurecidos, para darles la bienvenida allí a sus hijos, enviados a combatir a su lado como reclutas. De modo que a menudo formaban familias o clanes, más bien que regimientos.

Además de los sacerdotes ortodoxos usuales que acompañaban a los regimientos, cada división tenía un capellán católico y un pastor protestante para los adeptos de esa religión. Cada campaña se iniciaba con la bendición de la Iglesia. Las fuerzas acumuladas se alineaban en formación de cuadros, columna sobre columna; en el centro, estaba parado un grupo de sacerdotes que tenía a su cargo la misa y luego echaba a andar a lo largo de las filas, rociando a los soldados con agua bendita. Un redoble de tambores ponía término a la ceremonia y el ejército emprendía la marcha, mientras que los extraños saltimbanquis, bufones y cantores agregados a cada compañía marchaban junto a los soldados, con cabriolas y muecas, haciendo oír una extraña música de tamboriles, triángulos y silbatos, matizados con canciones obscenas, lo cual les permitía mantener los bríos de los combatientes.

Napoleón apreciaba el temple de los soldados rusos y sus virtudes de estoicismo y consagración. "*Pour vaincre le soldat russe, il ne suffit pas de le tuer, il faut le renverser*", escribió, con amarga admiración. Como combatientes, los soldados rusos eran siempre valientes sin exageración, luchaban con fría convicción, pero nunca se exaltaban como sus adversarios, más inconstantes. Shamyl reconoció desde temprano esas cualidades y debía señalarles a menudo a los soldados rusos (y franceses) como modelos a sus propias tropas: duras palabras para que las aceptaran sus devotos múridas.

—Os daría a todos vosotros —tales como sois— por uno solo de esos regimientos que tanto le sobran al Zar; con un cuerpo de soldados rusos, yo tendría al mundo entero a mis pies y todos se inclinarían ante Alá, el único Dios, cuyo solo profeta es Mahoma, cuyo elegido soy yo... vuestro Imán— gritó furioso, después de la derrota de Akhulgo en 1837.

Shamyl era un general nato: combatía con brillo táctico y con el valor de un león. Pronto advirtió la superioridad de las disciplinadas y maniobrables tropas rusas sobre sus guerrilleros, más impetuosos. Sus hombres eran fanáticos, los rusos estoicos; entre esos dos polos pensaba Shamyl, se hallaban los altamente adiestrados ejércitos profesionales de Francia: aquél era el modelo que quería seguir.

Yermolov fue el primero de los generales rusos que puso en práctica la *razzia* o incursión; tomó el sistema de los cosacos, quienes lo aprendieran de sus constantes escaramuzas con las tribus. Pero los sucesores de Yermolov tenían métodos más clásicos. Se requerirían varios años más de combates para asimilar las nuevas técnicas. Mientras tanto, los soldados rusos seguían luchando, porfiados y devotos, en condiciones terribles y extrañas para ellos.

En aquella gente simple se advertía una humildad conmovedora. Rara vez gruñían y vivían y morían estoicamente. Todo lo aceptaban por la patria, por Dios y por el Zar. Quizás la vida que abandonaban no les ofreciera algo mucho mejor. Eran siervos nacidos para la penuria y la injusticia, que trabajaran durante toda su vida para el enriquecimiento ajeno, que vivían y morían en la oscuridad y la superstición, en el fango y la nieve, con la vodka por único solaz. Como soldados o siervos, habían nacido para servir a sus amos sin hacer preguntas.

Pero había excepciones; en ocasiones, sentían un profundo resentimiento. Tolstoi nos dice que cuando, en 1850-60, al príncipe Simón Vorontzov, hijo del virrey del Cáucaso, un oficial joven muy privilegiado, se le unió en el campamento su esposa la bella princesa María Vassilievna, los soldados se sintieron irritados. Aquella consumada coqueta era la hija de un edecán de Alejandro I, el príncipe Vassily Trubetzkoi. Su madre era hija del jefe de policía de Vilna, "la beldad más grande de su tiempo"; Marie había heredado su blonda hermosura. Era tan casquivana como indiferente su marido. Todo el Ejército del Sur —su cónyuge inclusive— sabía que el príncipe Bariatinsky, comandante del Ala Izquierda, era su amante. Cosas de San Petersburgo, decían los soldados y le colgaban duros epítetos a la princesa cuando aparecía entre ellos arrastrando sus crinolinas por el terreno fangoso, con su aureola de seducción, de perfumes y gracias que pronto quedaban ocultos en la tienda de campaña, desde donde podían oírse, en el apacible silencio nocturno, el descorchar de las botellas de champaña y una suave risa. Durante toda la noche, mientras aullaban fantasmagóricamente los chacales en las colinas, a los soldados los enviaban en piquetes para registrar la campiña a fin de interceptar a cualquier banda de tártaros merodeadores, para que la princesa pudiera pasar sus noches cómodamente. Y cuando, cosa muy frecuente, ocurría alguna escaramuza o caían en una emboscada en las colinas y volvían trayendo a heridos o muertos, los soldados llamaban a la princesa ramera y asesina y escupían al pasar junto a su tienda. Pero sabían su lugar. No se rebelaban abiertamente. Su paciencia y humildad sólo era comparable con su valor.

Aquellos hombres sencillos resultaban unos magníficos soldados, unos soldados que no hacían preguntas, estoicos; y algunos observadores militares extranjeros los apreciaban plenamente. "El infante ruso es muy económico con sus cartuchos, porque cree, supersticiosamente, que le pertenecen al zar". "Nuestra pólvora es de la corona", decían, afilando sus bayonetas. Y Dragomirov (por razones tácticas antes que económicas)

declaró que "treinta cartuchos debían servirle a un buen soldado hasta para el más feroz de los combates". Aquellos Ivanes y Selifanes y Kozmas, fibra esencial del ejército ruso, apenas pensaban en ponerles un precio importante a sus vidas. Los caucasianos, quienes combatían por su libertad, por Alá y por Shamyl, el profeta de Alá, mostraban un grado casi mayor de humildad y resistencia. Eran capaces de soportar los climas más extremos, de luchar con los sables cuando habían perdido sus fusiles y con dagas y lanzas cuando desaparecían sus sables, y de vivir y caminar días y noches íntegros con sólo un puñado de harina. Por eso, aunque ambos bandos reformaban lentamente su sistema de guerra, y los guerrilleros se volvían más disciplinados y los rusos más flexibles, seguían siendo dignos adversarios los unos de los otros.

8

LOS COSACOS

Los cosacos son el ojo del ejército.

SUVOROV.

Más que nada, el Ejército del Sur ruso aprendió a resistirles a las tribus caucásicas observando y poniendo en práctica las tácticas de luchas cosacas. Los Cosacos de la Frontera —la "vanguardia de la vanguardia", como los llamaban— nacieron y se criaron en el Cáucaso. Eran los cosacos del Terek o de Grebentsky y descendían de generaciones de hombres de la frontera, casados a menudo con caucasianas a quienes raptaran al hacer incursiones a las aldeas de las montañas existentes a lo largo de la línea limítrofe natural formada por el río Terek. A veces, sus incursiones los llevaban muy al interior del territorio chechén o de la Kabarda; eran expediciones de represalia destinadas a castigar alguna correría de los montañeses. Las circunstancias los habían obligado a competir en igualdad de condiciones si querían sobrevivir. Por eso, luchaban contra los guerrilleros del Cáucaso con las mismas tácticas. Montaban como centauros los pequeños y vigorosos caballos de las estepas, ejecutaban todas las decantadas proezas de los jinetes caucasianos, vivían de los frutos de la tierra e igualaban a los rebeldes en la lucha en los bosques. Como sus aldeas estaban exentas desde hacía mucho tiempo del servicio militar en el ejército ruso, a condición de que sus hombres sirvieran de guarniciones en los fortines fronterizos, sabían poco sobre los combates en formación de batalla, pero habían creado métodos propios para defender la frontera. Cuando las escaramuzas fronterizas se transformaban en guerra franca y acudían en avalancha desde el norte regimientos rusos, podía verse que un solo fortín cosaco era más difícil de vencer que toda una compañía de soldados de línea. Aquellos novatos del norte descubrían que, a menos que pudieran obligarlos a combatir en campo abierto, tenían pocas probabilidades de poner en fuga a los montañeses, quienes empleaban todas las tretas posibles para atraerlos a terre-

no boscoso a fin de aniquilarlos allí, como lo hiciera Khazi Mollah después del sitio de Vnezapnaia.

Los cosacos eran algo más que regimientos creados para custodiar las fronteras cada vez más dilatadas del imperio ruso. Eran apenas una parte de todo un pueblo, con su tipo de vida y sus tradiciones. Por más que se casaran con mujeres de la localidad y asimilaran las diversas características regionales, se mantenían aparte, sin dejarse absorber por completo; eran, antes que nada, cosacos, una familia racial que no se asimilaba. El nombre "cosaco" deriva de "kazak", lo cual, en tártaro, significa "vagabundo".

Mientras que los cosacos ucranianos eran rígidamente ortodoxos, los del Don y el Volga eran "raskolnikis", o sea Viejos Creyentes, y se resistían tanto a los infieles como a los ortodoxos, hasta que Pedro el Grande concluyó por derrotarlos en Poltava. Formaban un conglomerado particularmente porfiado y estaban apegados a diversos rituales que no armonizaban con el clero moscovita; para poder conservar detalles aparentemente tan triviales como santiguarse con dos dedos, una observancia especial de los sacramentos y una inversión de los movimientos ortodoxos, aceptaban estoicamente el exilio y la persecución. Además de los Cosacos del Don, estaban los del Kubán, los de los Urales y otros, instalados por los rusos a lo largo de las fronteras recién adquiridas, desde el Mar Negro hasta Siberia. Por eso, los que custodiaban las fronteras de la Transbaikalia o línea limítrofe mongólica tenían una mezcla de sangre turca y mongólica, mientras que los cosacos del Terek, del Grebentsky y del Kubán, dado su cruzamiento con un grupo caucasiano o tártaro, tenían algo de la belleza morena y aguileña de los montañeses. Todos esos tipos raciales estaban injertados en el primitivo molde eslavo rubio, de nariz roma, proveniente a su vez de las tribus nómades de las estepas, bandas merodeadoras que arreaban a su botín, su ganado y sus mujeres. Aparecieron bajo la forma de comunidades agrícolas arraigadas en el siglo XII, en la Moscovia Occidental y la Pequeña Rusia (Malorossia). Eran violentos y obstinados, no reconocían autoridad alguna, ni espiritual ni temporal, aunque eventualmente profesaron el cristianismo, la fe ortodoxa y le juraron lealtad a la princesa de Moscovia.

Con el tiempo, se dividieron en comunidades independientes y su número fue acrecentado por bandas de forajidos, "proscritos o desterrados". Eran hombres que huían de la ley, siervos fugitivos, reclutas que escapaban de la leva militar, aventureros que no tenían nada que perder, pero que creían preferible mantenerse en marcha, convertirse en uno de los poderosos grupos capaces de vivir fuera del alcance de la autoridad. De modo que los campamentos cosacos o *tabores* comenzaron a cobrar el aspecto de instituciones puramente masculinas y aun monásticas; sus combatientes eran célibes... no por voluntad propia, con todo; y remediaban su soltería cuando podían, desquitándose con las mujeres de las ciudades que saqueaban. A veces se las llevaban, pero lo más usual era que las abandonaran.

A sus caudillos los llamaban *hetman* en Ucrania y *atamán* en otras regiones. Bogdán Xmelnicki y Mazeppa eran figuras célebres en la jerarquía de los cosacos ucranianos, mientras que Platov, atamán de los cosacos del Don, tomó las armas contra Napoleón. Otro cosaco célebre, Emelián Pugachov, provenía de la zona Volga-Ural. Su rebelión "por Tierra y Libertad", le costó la vida. Pero hetman o atamán, el jefe cosaco tenía un poder absoluto de vida o muerte sobre sus hombres, quienes vivían de acuerdo con sus propias leyes y códigos de honor, estrictamente observados. Taras Bulba —el hetman en torno del cual Gogol tejió su maravilosa narración— se vio impelido a matar a su propio hijo por su deslealtad, algo que los críticos de Gogol tacharon de exagerado. Pero aunque Taras Bulba sea un personaje imaginario, es el prototipo de su familia racial. Su código no sólo exigía que matase a su propio hijo, sino que estuviese parado en medio de la muchedumbre para observar cómo torturaba a otro hijo su enemigo; y que permaneciera allí hasta el fin, orgulloso testigo del coraje del joven. Finalmente, tenía que morir él mismo en la hoguera, después de haber vengado la muerte de su vástago y cumplido toda la salvaje trayectoria impuesta por su linaje.

Taras Bulba era un cosaco de la frontera *(zaporojetz)*. De todos los cosacos, ésos eran los más feroces. Su *sietch*, o campamento base, estaba más allá de los rápidos del Dnieper, una de las muchas islas dispersas sobre la cada vez más ancha extensión del río. Al fluir éste se convertía en un vasto mar interior, rodeado por un país cenagoso y desolado, con horizontes de hierbas y cañas o juncos, donde sólo se movían los gansos salvajes y ningún arado había removido aún la tierra. Allí, vivían los cosacos su animada existencia, alternada entre las correrías de saqueo o las incursiones punitivas contra sus perseguidores polacos y los prestamistas judíos que eran sus enemigos tradicionales o las amenazas del sultán o del zar. Era un ritmo de batallas épicas y placeres bestiales. Allí, construían y reparaban sus carros, traían a sus heridos después de una batalla, comerciaban con los judíos o armenios cuya avaricia vencía el miedo y los llevaba, repetidas veces, a afrontar los peligros del *sietch*, como orífices, curtidores, sastres, armeros o prestamistas.

Los cosacos se consideraban los iguales de cualquier hombre. "El cosaco no se quita la gorra ni ante el zar" era uno de sus dichos favoritos. Tenían sus propios cánones del lujo: sus botas ostentaban a menudo tacos hechos con placas de plata que tintineaban cuando bailaban el *hopak* y saltaban y se ponían en cuclillas en la *prisiadka*. Sus abolsados pantalones de terciopelo, "anchos como el Mar Negro", estaban embadurnados a menudo con alquitrán, para indicar su indiferencia ante los materiales hermosos; y adornaba sus cabezas rasuradas un largo mechón, a menudo de más de medio metro de longitud.

En el Sietch los cosacos ejercitaban su puntería, aprendían a nadar en el Dnieper contra la corriente, cazaban, jugaban a las barajas y bebían, disfrutando de pantagruélicos festines en consonancia con sus desmedidos apetitos. La borrachera se consideraba casi un rito tribal. Allí,

esta república de aventureros, aparentemente indisciplinada pero en realidad rígidamente fiscalizada, vivía de acuerdo con sus propias leyes. El robo a otros cosacos se castigaba con la muerte. El culpable era atado al Pilar de la Vergüenza, con una pesada porra a su lado. Todos los que pasaban por allí debían asestarle un golpe, hasta que moría. El fin de un asesino era repulsivo. Lo colocaban vivo en una tumba abierta, con el cadáver de su víctima, en un féretro, encima de él, y echaban tierra sobre ambos; todos los cosacos del campamento apisonaban la tierra con sus tacos revestidos de plata. A un novato sólo lo consideraban un cosaco auténtico cuando llegaba al Sietch cruzando a nado el Dnieper (las grandes balsas de fondo romo eran para los mercaderes y los caballos) y había matado por lo menos a un musulmán. Allí, al Sietch, traían a sus prisioneros y su botín; allí criaban a sus famosos caballos, unos animales pequeños, hirsutos y de cabeza angosta, de fabulosa velocidad y resistencia. De esa raza era el potro que galopó por las estepas con Mazeppa amarrado a su lomo. Mucho después, los caballos cosacos cambiaron de raza; la sangre árabe fue traída por el conde Orloff (el favorito de Catalina la Grande), quien los criaba en Tambov. Allí, produjo un tipo de caballos que llegó a ser célebre en todo el mundo con el nombre de Los Negros de Orloff.

A través de los siglos, resuenan aún las homéricas carcajadas de los cosacos: sus gritos, eructos, taconeos y vociferaciones, así como el olor a sangre fresca y a sudor rancio que parece brotar de los pantanos para cernirse en una miasma de salvajismo. Iluminados por las lenguas de fuego que fluctúan entre las ruinas carbonizadas de una aldea saqueada, los vemos asando a un buey íntegro, revolviendo un gigantesco caldero de "slava" (gloria), un quemante brebaje compuesto de vodka, vino tinto y miel condimentada con pimienta. Eran hombres grandes, de cabeza rasurada, y enormes bigotes, con cicatrices de cien batallas. Ostentaban sobre sus cuerpos desnudos harapientas pieles de zorro rojo o lobo y estaban tocados con turbantes arrebatados a la cabeza de algún turco moribundo en el campo de batalla; usaban "caftanes" de terciopelo con trencillas de oro, robados a algún trémulo boyardo y perlas arrancadas a una vociferante muchacha, anchas espadas y cotas de malla; todo era fruto del saqueo de que vivían y que estaba consubstanciado con ellos.

* * *

Fue Potemkin, una figura cuya gigantesca fuerza animal tenía algunas de las cualidades de violencia propias de los cosacos, quien se propuso aniquilar a los cosacos de la frontera. A la emperatriz Catalina le parecía que éstos se estaban volviendo demasiado poderosos y audaces y le ordenó a su favorito que los sojuzgara. El cuartel general de los cosacos, aquella isla que se llamaba el Sietch, parecía desde hacía siglos inexpugnable; pero después de una sucesión de terribles luchas, los ejércitos de Potemkin consiguieron ponerlos en fuga. Algunos

de los cosacos huyeron a territorio turco y otros se reorganizaron poco después formando el núcleo de los Cosacos del Mar Negro, concentrados en las riberas orientales del Mar de Azov, donde, ya doblegada su exuberancia, fueron apostados por la Emperatriz para que custodiaran los recién adquiridos territorios, protegiéndolos de un ataque. Así, se unieron al resto de las poblaciones cosacas como una suerte de baluarte viviente frente al enemigo que acechaba, siempre pronto a saltar, a lo largo de aquel vasto imperio. Era un triunfo de la colonización.

II

Los cosacos de Grebentsky fueron los primeros en penetrar al Cáucaso y eventualmente en retener la frontera. Se dice que provenían de Riazán; pero al verse hostigados de una manera insoportable por el zar Iván III, decidieron alejarse más. Se trasladaron al sur, construyendo poderosas balsas, sobre las cuales sus familias, rebaños y caballos pudieron bajar por el Don, hasta que, después de llegar al Volga, siguieron su curso hasta el Caspio, alcanzando finalmente el Terek y la protección de las montañas. Allí se establecieron y prosperaron, hasta el extremo de entenderse con las tribus caucásicas, que sólo se mostraban hostiles cuando se veían amenazadas. El Terek, que se extendía desde un lado del Cáucaso hasta el otro, formaba una frontera natural y aunque los cosacos eran tolerados por las tribus, vivían generalmente en la ribera norte del río, haciendo correrías y viajes comerciales a la zona montañosa del sur.

Los cosacos se creían superiores tanto a los "salvajes" chechenes como a los "gastados" rusos; se jactaban de que ningún hombre era digno rival de ellos en una batalla; y a poco, empezaron a considerarse una casta guerrera, delegando toda labor agrícola en las mujeres o contratando como obreros a *nogai* tártaros. Estos eran los últimos restos degenerados del antaño poderoso imperio judío que llegara desde las estepas del Volga hasta el Mar Caspio y habían decaído hasta la apatía, convirtiéndose en aquellos seres cansados y melancólicos que trabajaban para los cosacos.

Los cosacos, sea dedicándose personalmente a las tareas agrícolas o usando a los nogai, pronto se adaptaron a las tierras que poseían. En el Cáucaso, a lo largo del Terek, asimilaron muchos aspectos de la vida caucásica, además de sus métodos de lucha y equitación. Imitaron las armas de la Kabarda y de los chechenes, usando la *shashka* más bien que su propia lanza y a menudo tomaban a sus mujeres de las tribus de la Kabarda o de las de los cherkeses. Una de las esposas de Iván el Terrible era una princesa cherkesa, tribu con la cual los cosacos de Grebentsky estaban en relaciones particularmente cordiales y gracias a su intervención esos proscritos fueron reconocidos finalmente por el zar. Pero a cambio de ello el monarca estipuló que los cosacos le construirían

una fortaleza en las bocas del Soundja, sobre el Mar Negro y la defenderían en nombre de la Moscovia. Así, fuerte tras fuerte, frontera tras frontera, hombre tras hombre, los cosacos terminaron por defender heroicamente a Rusia. Pero a mediados del siglo XIX y hasta la revolución, habían llegado a representar a la fuerza reaccionaria y la brutalidad con que acostumbraban imponer el régimen zarista. Finalmente, todo el deslumbrante hechizo aventurero de su nombre se tornó un sinónimo de *pogrom* y los obreros indefensos cayeron bajo la *nagaika* o látigo cosaco. Sólo cuando se produjo la revolución volvieron a agruparse como una fuerza independiente, ora oponiéndose a los rojos, ora huyendo a Turquía, ora integrando las bandas de merodeadores nómades que vagabundeaban por las estepas de la Mongolia Exterior, hostigando a los chinos. "Nuestras fronteras están del otro lado de la silla de un caballo cosaco", decían los generales chinos, retrocediendo ante las embestidas cosacas durante el período postrevolucionario del conflicto asiático. Más tarde, otros cosacos que se habían quedado en los territorios del Don y el Kubán fueron asimilados por el ejército rojo y lucharon espléndidamente contra los nazis. El reputado mariscal Budenny era un cosaco del Kubán: su aspecto pintoresco y sanguíneo, sus enormes bigotes, su *papakh* de piel colocado en un ángulo garboso, todo su aire entre bandoleril y heroico, estaba en la tradición directa de su linaje cosaco.

Durante el siglo XVIII, las exigencias rusas se habían vuelto cada vez más pesadas. Los cosacos les debían proporcionar alimento y alojamiento a sus tropas y forrajes a sus caballos, ser sus batidores y desempeñarse como espías e intérpretes, reparar los caminos y los puentes y seguir cultivando la tierra, así como asegurándoles el libre tránsito a los correos del gobierno. Pronto, los cosacos integraron la organización militar de Rusia, cosa que aceptaron, aunque con resentimiento. Cada uno de ellos debía aportar su caballo y sus armas; cada familia tenía que proveer a un hombre para formar un regimiento cosaco, lo cual la liberaba de proporcionarle reclutas al ejército de línea ruso y les daba la propiedad en común de las ricas tierras arrebatadas a los caucasianos. Estas recompensas eran generosas, pero sólo constituían premios justos para guerreros como los cosacos; sin ellos, nunca se habría podido conquistar el Cáucaso, y a Shamyl y los montañeses debió resultarles particularmente amargo el hecho de que aquellos cosacos con quienes vivieran en relativa armonía y compartieran, por así decirlo, las correrías de saqueo, se volvieran ahora contra ellos, ayudando a los aborrecidos invasores infieles.

Cuando la guerra en el Cáucaso se convirtió en una lucha a muerte, hubo que enviar refuerzos cosacos desde las lejanas colonias del Don y el Ural. Pero éstos acudieron de muy mala gana, porque los caucasianos nunca los habían amenazado; sin embargo, al defender a Rusia de un enemigo exterior —tal como los ejércitos francés o turco— habían combatido espléndidamente. Ahora, se hallaban en un estado de sumisión

absoluta al militarismo ruso: la guerra constituía su oficio y su orgullo. Eran mercenarios.

En toda la extensión de la frontera, las *stanitzas* o colonias cosacas daban pruebas de una profunda devoción. Apenas se construía una de ellas, aunque sólo fuera la más tosca de las estacadas, se le añadía una iglesia de cinco cúpulas. Mucho antes de haberse terminado ésta, los cosacos fabricaban una serie de campanas de bronce, a menudo colgadas de un pilar, o de un árbol, como una fruta extraña y cuyo tañido resultaba suave y sordo en las soledades. Su pasión por las campanas era realmente rusa: cascabeles en los trineos, campanas en las iglesias, campanitas sobre su ganado, campanitas sobre los camellos que araban los verdes campos a lo largo del Amur, campanas de mañana, campanas de noche, que resonaban sobre el sedoso silencio del lago Baikal, desde los baluartes cosacos, en las planicies y en las montañas y en los valles cercados por el enemigo; campanas que les recordaban a los cosacos los miles de campanarios que atronaban los aires en la Madre Moscú, la Moscú de la Cabeza de Oro, el corazón de Rusia, de la cual estaban excluidos pero que defendían durante toda su vida y por la cual morían en caso necesario.

Los fortines cosacos o *kreposti* estaban organizados admirablemente: eran modelos de planificación práctica, con economía de hombres y de material y adecuados al país que dominaban. Eran siempre pequeños, habitados a menudo solamente por media docena de hombres, cercanos del fortín siguiente, por lo general a tiro de fusil, de modo que podían cambiar señales de alarma y, en caso necesario, obtener rápidamente ayuda mutua. Cada *kreposti* tenía su torre de atalaya y su campana de alarma: las fortificaciones sólo consistían a menudo en un tosco cuadrado de paredes de barro con mirillas a guisa de ventanas, como en los fortines establecidos por los norteamericanos en territorio indio. Cada *stanizta* y cada *kreposti* tenían su puesto de guardia, una estructura primitiva de cuatro gruesas estacas de siete metros o más de altura, incrustadas firmemente en la tierra, que tenían encima una especie de asiento con travesaños al cual se llegaba por una escalera. Allí se sentaba el vigía, como los vigías de los balleneros que se encaraman en lo alto del mástil, oteando el horizonte. Allí, de día y de noche, observaba y escuchaba. Un crujido entre las cañas, junto al río, un centelleo de luz en el valle, implicaba peligro. A su alrededor, había páramos aparentemente desiertos pero amenazadores, silenciosas estepas, vastas soledades en las cuales, cuando el sol se ocultaba detrás de las montaña en sombras, nadie sabía si estaría vivo a la mañana siguiente.

A una señal dada, toda la cadena de fortines se comunicaba, haciendo resonar la alarma o encendiendo una luz, lo cual permitía concentrar grandes fuerzas de socorro en pocas horas. Pero las batallas duraban solamente unos pocos minutos. Y cuando cobraron forma las guerras múridas y alcanzaron toda su tremenda intensidad, las tropas de socorro solían llegar a unas ruinas ennegrecidas, aún humeantes, sin que hubiese

quedado ningún ser viviente para contar lo ocurrido. Entonces, antes de que se hubiese secado la sangre sobre la tierra, surgía todo un pequeño cementerio: una sucesión de lanzas clavadas en la tierra señalaba las tumbas de los tribeños y una rústica cruz de madera las de los cosacos. Por lo general, los montañeses se mostraban puntillosos en lo relativo a recoger a sus muertos. Los comandantes rusos concertaban siempre una tregua con ese fin; pero en ciertas escaramuzas aisladas o después de una batalla importante en que había enormes pilas de cadáveres, los sepultaban junto a sus enemigos, y los musulmanes y paganos y cristianos, finalmente, dormían su último sueño en la oscura tierra caucásica.

9

LA LUCHA

¿Cuándo dejará de fluir la sangre en las montañas? Cuando crezcan las cañas de azúcar entre las nieves.

PROVERBIO DEL CÁUCASO.

Aunque Shamyl estaba convencido de su misión, de las sugestiones divinas de Alá, no era ambicioso. No buscaba el poder ni pretendía sus dominios, salvo como un medio para alcanzar un fin: la ejecución de la voluntad de Alá. Habría servido humildemente bajo las órdenes de cualquier caudillo a quien creyera capaz de restaurar el muridismo y la independencia del Cáucaso. Cuando se trataba de esos dos fines, era despiadado. Si se aceleraba el logro de ambos con la destrucción de los que se interponían en su camino, debían perecer. Los rusos habían matado a Khazi Mollah y, a pesar de la frecuencia con que ambos amigos discreparan en punto a táctica, en materia de religión y de lealtad estaban unidos. Nunca había sobrevenido entre ellos un verdadero conflicto sobre la conducción de la guerra. Sin embargo, quizás la muerte de Khazi Mollah hubiese impedido una ruptura final. Le faltaban las virtudes de caudillo de Shamyl. Probablemente, habría llegado un día en que éste ya no hubiera podido servir bajo sus órdenes o en que el propio pueblo se hubiese vuelto hacia el más joven de ambos, reconociendo su talla. Pero antes de ese día, antes de la elección de Shamyl como Tercer Imán y de su ascensión al poder absoluto, quedaba todavía un drama que debía representarse con la ascensión y caída de Hamzad Beg, quien sucedió a Khazi Mollah como Segundo Imán.

Su reinado fue breve e innoble; su fin, violento y merecido, provocado por su propia traición. Hamzad Beg era, antes que nada, un *abrek* o proscrito: había vivido siempre con la violencia y la astucia. Cambiaba de bandera de acuerdo con su conveniencia y era inestable, peligroso y audaz. Había nacido en Avaria en 1789. En su infancia fue

un niño mimado y su educación fue excelente, hablaba el georgiano, el árabe y el persa. Su padre había sido de origen *djanka*: los *djankas* eran hijos de matrimonios mixtos, de un noble con una plebeya o viceversa; a veces, hijos de los matrimonios morganáticos del Kan; pero nunca asumían la jerarquía de su noble padre. El padre de Hamzad Beg había ganado riquezas y privilegios con actos de valor. Lo agregaron a la corte de Ajmet, Kan de Avaria y en reconocimiento por los servicios prestados a su marido, la viuda, la Kanum Pakkou-Bekkhé cuya heroica defensa de su capital, hemos narrado ya, adoptó al joven Hamzad como miembro de su casa, tratándole como si fuera uno de sus propios hijos, generosidad que él debía pagar más tarde con una traición.

Después de varios años de vida en la corte del Kan, volvió a su pueblo natal, convertido en un inútil ególatra y mimado, que llevaba una vida de libertinaje y se entregaba a la bebida. Pero de pronto, con ese extraño camino seguido por ciertos místicos que saltan de la noche a la mañana del libertinaje a un estado de gracia, abandonó todos los hábitos de su juventud y se dedicó a los estudios religiosos bajo la dirección de Khazi Mollah, en Ghimri. Ascendió con rapidez en la jerarquía del *medrassah*, para transformarse en uno de los hombres del círculo íntimo de los múridas, quienes, por más que planearan la acción, la guerra santa, obtenían su inspiración espiritual de las enseñanzas sufíes del viejo Jamul u'din.

Cuando empezaron las campañas de 1831-32, Hamzad Beg acaudilló a un contingente para enfrentar a los rusos y defender las provincias del Djar. Pero fue derrotado inmediatamente y Rusia se anexó el territorio; entonces, navegando a favor del viento, Hamzad Beg se apresuró a ofrecer su renuncia. En muchos casos, la rendición de un príncipe o poderoso Kan como lo fuera el marido de Pakkou-Bekkhé para los rusos bien valía una pensión, sobre todo cuando el príncipe en cuestión se aliaba abiertamente a ellos contra el muridismo. Pero en esto Hamzad Beg se mostró tal como era: traicionero, mal combatiente, indigno y voraz. Cuando llegó al cuartel ruso de Tiflis para discutir el delicado asunto de la pensión, fue tratado con desprecio y aún arrestado.

El hecho de que lo liberaran poco después se debió a una venganza privada, abordada en la forma indirecta tan típica del Oriente.

Lo dejaron en libertad gracias a la intervención de Aslan, Kan de Kazi-Koumouk, un gobernante que le probara su lealtad a Rusia y que ahora respondió de la buena conducta de Hamzad Beg. Los móviles de su actitud eran muy simples. Veía en él un medio de vengarse, no de los rusos sino de Pakkou-Bekkhé.

En Aslan ardía la huella de un agravio: vivía para vengarse. Su odio era el del pretendiente desdeñado y rechazado. Le habían prometido a Sultanetta, la hija de Pakkou-Bekkhé. Pero de pronto, aquella severa matriarca había roto el noviazgo, prefiriendo una alianza

con el hijo del Shamkal de Tarkou. Aslan estaba enamorado apasionadamente de Sultanetta y ahora proyectaba lograr la caída de Pakkou-Bekkhé con deliberada crueldad. No le importaba que eso demorara años. Tenía tiempo... Pero se vengaría, y disfrutaría de su venganza. No había conseguido enfrentar a los rusos con Pakkou-Bekkhé. Esta seguía mostrándose leal a los compromisos y tratados de su marido, como lo hemos visto, cosa que probó tanto en la heroica defensa de Khounzak como después. Sus hijos también estaban resueltos a resistirse al muridismo y a apoyar a los rusos. De modo que Aslan sólo pedía tiempo hasta que, en Hamzad Beg, vio a su instrumento de venganza. Por eso, del odio del enamorado desdeñado, surgieron consecuencias terribles que debían modificar toda la fisonomía de las guerras del Cáucaso.

Aslan se consagró a envenenar el alma de Hamzad contra la *kanum*. Le habló largamente de las riquezas de ésta, de su influencia sobre su pueblo y de la necesidad de eliminarla. El que lo hiciera se congraciaría con los múridas y, cuando la *kanum* cayera, toda la Avaria podría ser atraída bajo los negros estandartes de aquéllos... Hablaba con desinterés, como un amigo. Sólo le era leal a Rusia, desde luego... Pero si Hamzad Beg se sentía rechazado por los rusos... Si creía que, después de todo, su sitio estaba en Ghimri, entre los múridas... ¿qué mejor prenda de devoción que ganarse a Khounzak y a toda la Avaria a su causa? El que lo consiguiera sería un héroe, un libertador, una gran figura de las filas múridas, y lo respetarían tanto las tribus como los rusos. Así especulaba Aslan con el amor propio de Hamzad Beg.

Cosa inexplicable: en ese país, donde nunca se perdona la debilidad y se castiga con la muerte la traición, Hamzad Beg reapareció poco después en Ghimri para convertirse de nuevo en un integrante de confianza de las filas múridas. No sabemos por qué pasaron por alto su vergonzosa entrega a Rusia, ni tampoco con qué medios logró convencer tanto a Khazi Mollah como a Shamyl; pero el caso es que volvió a estar junto a ambos en la mezquita, y en el campo de batalla, como uno de los hombres del círculo íntimo de los múridas que ocupaban cargos de confianza.

Después de la caída de Ghimri, en que su cobarde retirada de la cumbre parece haber sido olvidada también, se arriesgó a volver a las destrozadas filas múridas cuando empezaban a reorganizarse en secreto, aunque sin un caudillo, después de la muerte de Khazi Mollah y la desaparición de Shamyl. Este había huido de las ruinas de la asediada torre de atalaya en la forma espectacular ya descrita (con un salto de tigre por sobre las cabezas de los rusos, en terrible combate individual), pero se le sabía con unas heridas graves, perforado por una docena de tajos. Había desaparecido en las tinieblas con otro de esos saltos de fiera, para morir solo en los páramos. Ni los rusos ni los múridas habían hallado jamás su cadáver, aunque unos y otros regis-

traron el territorio circundante. Nadie dudaba de que había muerto a causa de sus heridas y su recuerdo comenzaba a revestir ya contornos legendarios.

Los múridas necesitaban a un nuevo caudillo, no había nadie que los reagrupara. Dispersos y destrozados, no se les puede culpar por haber elegido como segundo imán a Hamzad Beg. Este aceptó los honores y responsabilidades consiguientes sin vacilar. Para él, aquello era un medio de lucro personal. Inmediatamente, reunió a varios desertores rusos con quienes formó un cuerpo, bajo el comando de sus propios oficiales, a fin de que combatieran junto a los caucasianos. En algunos casos eran polacos, reclutados para el ejército ruso como carne de cañón. Odiaban a los rusos de una manera salvaje y Hamzad Beg se sintió a salvo nombrándolos su guardia personal; pero su plan no tuvo mucho éxito, ya que las muy adiestradas tropas occidentales no podían luchar con éxito junto a guerrilleros independientes como los hombres del Cáucaso.

Durante los primeros dieciocho meses de gobierno, Hamzad Beg se preocupó sobre todo de disciplinar a su ejército y de suscitar el interés y la simpatía del pueblo con un alarde de celo fanático. Antes que nada se dedicó a castigar a la gente, imponiéndole más sacrificios y plegarias aún. Luego, se condenó a sí mismo (por su derrota en la batalla) a ciento un golpes.

Aquello era un sacrificio de sangre y también un impresionante espectáculo teatral para el pueblo, el cual, Hamzad Beg, lo comprendió con astucia, debía ser mantenido en un estado de éxtasis. Ahora, a sus súbditos les quedaban pocos placeres. El muridismo se encargaba de ello. Se suprimieron las *djighitovkas* y las fiestas nupciales. Fueron prohibidas la música y el baile, en realidad, la vida caucasiana era ahora tan austera que algunas tribus (sobre todo los suanecianos) acostumbraban encargar sus propias fiestas funerarias y participar en ellas, después de lo cual, al parecer, les quedaba bien poco con que entretenerse.

Hamzad Beg no dejó que ningún recuerdo de su propia juventud desbocada atenuara las sentencias impuestas a los infractores. Hasta los placeres pequeños como el fumar y el beber fueron objeto de severas penas. Pronto, su piedad y su inspiración divina fueron incuestionables y su poder absoluto. Entonces, pudo descansar y orientar sus pensamientos hacia problemas más personales. Por fin, podía proyectar el derrocamiento de Pakkou-Bekkhé. Esa era la forma de dominar toda Avaria y de volver a presentarse ante los rusos como un enemigo temible. Aslan Kan tenía razón, además, aquélla sería una manera adecuada de pagarle a Aslan sus buenos oficios al obtener su liberación de los rusos. El propio Aslan lograba caminar por la cuerda tiesa entre los rusos y las tribus, manteniéndose en buenos términos con ambos. De vez en cuando, hostigaba a Hamzad Beg, aludiendo a la aparente invencibilidad de Pakkou-Bekkhé. Ella seguía irguién-

dose, decía, espada en mano, entre su pueblo y el muridismo, que todo el Cáucaso deseaba ahora. Al parecer, a Hamzad Beg no se le ocurrió siquiera sentirse agradecido a Pakkou-Bekkhé, recordar su actitud generosa con él en su juventud. Pero antes de que pudiera poner en práctica sus planes, Shamyl debía volver a su vida. Reaparecer en Ghimri, entre los múridas, como un fantasma que regresa del reino de los muertos.

II

Shamyl se había pasado esos meses oculto en las montañas, no muy lejos de Ghimri. Tenía perforados los pulmones, en sus carnes innumerables sablazos y rotas varias costillas: además, le quedaban dos balas en el cuerpo. Lo encontraron varios pastores que escaparan durante la toma de Ghimri y que lo conocían desde niño porque sus *saklias* o chozas estaban en el sendero que Shamyl recorría de noche cuando iba a las cumbres de las montañas, esos temidos lugares a los cuales nadie se atrevía a seguirlo. Los pastores le dieron refugio y cuidaron de él, trayendo al suegro de Shamyl, Abdul Aziz, el célebre cirujano, para que lo salvara. Además, le trajeron a Fatimat, su esposa, sin revelar su paradero y ni siquiera su existencia a nadie más. Cuando se descubrió que la esposa de Shamyl había desaparecido del escondite donde dejaran los montañeses a sus mujeres e hijos antes de comenzar la batalla, se creyó que, al salir en busca del cadáver de su marido, había caído en manos de los rusos.

Poco después, olvidaron a Fatimat, las mujeres, para los fieles, tenían poca importancia. Eran enseres domésticos, que apenas se creía provistos de almas. Pero Shamyl amaba a su esposa con una pasión tan devoradora que, durante una batalla, al enterarse de que estaba moribunda, había abandonado la lucha para ir en su busca.

Ahora, Fatimat fue hacia él. Esos meses que pasaron ocultos fueron acaso los más tranquilos que conocieron, el único período de su vida en común que transcurrió en el amor y el sosiego. Porque después, Shamyl fue acosado sin cesar por las preocupaciones de su vida de múrida, profeta y guerrero, en las cuales Fatimat no tenía participación alguna. Pero ahora estaban juntos y solos en la pequeña *saklia* y durante algún tiempo, hasta que se curaron las heridas de Shamyl y el mundo empezó a asediarlo con sus apremios, sólo pudieron pensar el uno en el otro. No les llegaba ninguna noticia del exterior. Los pastores oyeron decir que los rusos habían puesto a precio la cabeza de Shamyl, ya que no estaban seguros de su muerte. Pero pronto abandonaron la búsqueda. Resultaba imposible hallar el rastro de aquellos demonios de la montaña... Si Shamyl vivía aún, se estaba muriendo y era inútil buscarlo, decían los oficiales del estado mayor. De todos modos, no le daban mayor importancia: el precio que ofrecían por él sólo era de trescientos rublos, una suma muy pequeña. Había que realizar otras

tareas: ocupar provincias, despejar bolsones de resistencia, construir y retener fortines, tomar por asalto aúles. A nadie se le ocurrió pensar en un grupo de chozas encaramadas en los cerros existentes sobre Ghimri. Las *saklias* estaban más allá del alcance de los múridas o de los rusos. Eran unos pocos refugios desvencijados. ¿De qué servían? ¿Quién vivía allí? Algunos viejos pastores con sus mujeres; por lo demás, toda aquella región estaba maldita, más valía dejarla en paz.

En parte del terreno montañoso, estaban ocultas aldeas enteras de *saklias*, ocultas en las rocas como las viviendas de los trogloditas, de modo que un jinete podía pasar sobre sus techos sin advertir su existencia. Otras eran cabañas que estaban sobre la superficie, pero muy míseras y construídas tradicionalmente con toscas piedras, apilada la una sobre la otra y las grietas existentes entre ellas rara vez estaban rellenas de barro, permanecían abiertas para el viento y la lluvia. De noche, la luz de las hogueras centelleaba entre las desparejas piedras y el humo se escapaba por entre éstas para mezclarse con los húmedos remolinos de niebla y nubes que se cernían generalmente sobre las cumbres. En los tiempos de Shamyl, los pastores rara vez bajaban a los aúles, salvo cuando necesitaban algo: reparar un arma, comprar algún raro objeto de lujo, tabaco, una flauta o una nueva burka. Sus mujeres tejían tela hecha con rústica lana de ovejas, remendaban sus zapatos usando piel de ante toscamente curtida y vivían de pan de mijo, leche agria y queso de cabra, que sobaban hasta redondearlo y ponían sobre los tejados para que se estacionara. Esos tejados estaban revestidos por lo general de ramas traídas de las laderas inferiores. No había árboles ni vegetación en las tierras altas: aquello era un fantasmagórico paisaje de rocas, cerros, piedras, picos y glaciares.

Junto a los quesos esparcidos sobre el tejado estaban acumulados generalmente ladrillos lisos, parecidos al barro, hechos con estiércol seco, paja y agua, aplastados hasta formar una substancia muy apretada llamada *koupitch*, usada como combustible. El grado de calor que emite esta mezcla depende del tiempo durante el cual se ha estado almacenando y secando. El *koupitch* bien apretado arde con fuerza y brilla como el carbón. El alimento que se cuece sobre él tiene un sabor especial, no desagradable, un sabor a humo, que, para los que lo han probado, evoca siempre al Cáucaso; recuerda las imponentes cumbres, los páramos rocosos, las mesetas heladas y la acre y humosa atmósfera de cualquier *saklia*. Allí, acurrucado sobre badanas, protegido apenas por las paredes (blanqueadas por el viento y el sol y la lluvia y ennegrecidas hasta parecer una brillante y aceitosa tiniebla a causa del denso humo interior), el viajero, no atrapado aún del todo por la extraña fascinación obsesiva del Cáucaso, piensa largamente en la relativa comodidad de cualquier aúl común, que es, en sí, tan desolado que ello resulta inconcebible para la mayor parte del Occidente, lleno de comodidades.

Para Shamyl y Fatimat, la *saklia* del pastor debió de ser un paraíso. Ambos no echaron de menos seguramente las alfombras o almo-

hadones o las pocas comodidades que formaban el sencillo mobiliario de su casa en Ghimri. El pueblo caucásico es, por naturaleza, austero: además, Shamyl había puesto en práctica desde mucho antes un retraimiento monacal del mundo y de la carne. Sólo Fatimat, con su belleza y femenina gracia, podía retenerlo para los placeres terrenos. Sin duda, sólo por ella Shamyl conservaba un tipo de vida tradicionalmente doméstico. No compartía la creencia de Khazi Mollah en el renunciamiento, ni creía haber ultrajado a un Dios celoso siendo feliz con ella. ¿No decía acaso el Corán "La mujer es tu campo, ve pues a tu campo y áralo"? (aunque también se dice: La mujer es el camello que le ayuda al hombre a cruzar el desierto de la existencia).

Con toda la frecuencia que se lo permitían su vida de batalla y esfuerzos en esos primeros tiempos, Shamyl debía de volver al lado de Fatimat y jugaba allí con su hijito Djemmal-Eddin y los gatos que amaba; tendido sobre los almohadones junto al centelleante brasero, con las armas a su lado, con los abalorios de su *tesbyh* de ámbar escurriéndose sin cesar entre sus dedos, nos lo imaginamos mirando cómo se movía Fatimat por la habitación, con pasos silenciosos, calzados los pies con las bordadas pantuflas de cuero rojo, los pesados brazaletes de plata tintineando sobre sus muñecas de finos huesos mientras servía las tortas de mijo, el arroz y la miel que constituían el alimento usual de Shamyl. Fatimat usaba el indumento propio de su raza y jerarquía, la de una mujer noble del Daghestán: holgadas bombachas de seda floreada, mangas flotantes y refinados broches con trencillas de plata. Tenía anudados alrededor de la cabeza y sobre el rostro hermosos velos de muselina y pañuelos de seda de color cuando salía de la intimidad de sus aposentos; y en las ocasiones importantes, lucía un sombrero o tocado puntiagudo del cual pendían otros velos. En verano, andaba descalza; en invierno, sus pantuflas estaban protegidas del barro y la nieve por altas galochas de madera. En vez de la burka que usaban los hombres para protegerse de los helados inviernos del Cáucaso, se envolvía en una capa de fieltro bordado forrada de pieles de zorro o de marta.

Entre los nobles de la montaña existía cierto lujo, ya que lo usual era hacer incursiones contra las caravanas de mercaderes cuando éstos atravesaban el desfiladero de Dariel. Allí, se las podía sorprender con bastante facilidad: se derribaba a tiros a sus guardianes y se descargaba a los altaneros y gruñones camellos y mulas. Allí, entre las rocas que alcanzaban tan inverosímiles alturas, un puñado de tártaros podía dispersar hasta a una escolta militar bien armada, huyendo con su botín antes de que llegaran refuerzos. Así, tanto las mercancías de Tiflis como la del Oriente, los brocados, las sedas, el té, las especias, el jade y las hermosas pieles, eran interceptadas cuando las llevaban al norte, mientras que los trenes de carga que venían a Tiflis, cargados de mercancías de Moscú y San Petersburgo, relojes de oro, porcelana, plata de Tula, encaje francés, rapé, cintas y fardos de finas telas de las hilanderías de

Manchester eran también capturados y llegaban a los más prósperos aúles, como lo fuera Ghimri antes de su caída, antes de que arraigara el dogma de renunciamiento de los múridas.

En la cintura, esa cintura delicada y flexible que le daba fama a su raza, Fatimat usaba un puñal con mango de oro y marfil que no era un simple adorno, porque a toda mujer le enseñaban allí a usarlo, tanto para la defensa como para el ataque. Pushkin había sondeado el alma de aquel pueblo cuando escribió: "Sé usar un puñal; he nacido en el Cáucaso."

Existía la costumbre de que las muchachas del Cáucaso usaran un ajustado corselete de piel de ciervo que oprimía sus delgados cuerpos (y se decía que causaba trastornos pulmonares), pero al cual se debía, sin duda, gran parte de su gracia. Les colocaban ese corselete, con una ceremonia, a los ocho años de edad y no se lo quitaban jamás hasta su boda, generalmente a los catorce años de edad, en que el novio tenía el privilegio de rasgar las costuras con su puñal. Como un refinamiento de voluptuosidad, en algunas ceremonias nupciales, se esperaba que el novio desatara, nudo por nudo, la larga hilera de lazos de cuero que amarraban el corselete de la novia, complicada empresa destinada tanto a acrecentar la fiebre del deseo como a probar el dominio de sí mismo del hombre. Un enamorado demasiado impaciente o chapucero dejaba de ser respetado por su novia y por la comunidad.

* * *

Fatimat, durante su breve vida, debió de considerar al muridismo un rival más poderoso y dominador que cualquier mujer. Shamyl no era como los demás; era un ser consagrado distinto de los otros, y nadie, ni siquiera ella, su adorada esposa, la madre de su primer primogénito (motivo de la máxima jactancia de las mujeres orientales), podía entrometerse en su vida de vocero de Alá. Ella debía aprender a desechar todas las consideraciones de felicidad personal y a permanecer en segundo plano, sabiéndose de poca importancia junto al objetivo de la religión múrida y la independencia del Cáucaso. Por eso, cuando se vieron juntos por fin en la lejana *saklia*, pudieron, mientras duró la convalecencia de Shamyl, vivir en ese vacío mágico y concentrado en sí mismo de todos los amantes.

Aún así, había intrusos. La hermana de Shamyl bajaba a la *saklia* y llenaba el aire de reproches y lamentos. La porfiada adhesión de su hermano al Shariat había reducido a la familia —y a todos los sobrevivientes de Ghimri— a la miseria. ¿Estaba su hermano malherido o se fingía enfermo o simplemente quería estar a solas con Fatimat? Podía pasar el hecho de que estuviera herido: pero no debía divertirse, también, mientras Ghimri estaba en cenizas y su gente vivía en madrigueras de zorros o cavernas; por eso ella, su hermana, venía a recordarle su deber.

Mientras peroraba sobre los apuros del pueblo, la magnitud de la derrota y el poder de Rusia, la fiebre de Shamyl aumentaba. Cuando, por fin, lograban inducirla a marcharse, el caudillo sufría una recaída y sus heridas se reabrían.

III

Cuando, por fin, Shamyl reapareció entre los múridas, nunca habló de su salvación ni de su vida en la *saklia* ni permitió que nadie lo interrogara acerca de sí mismo o de Fatimat. Había vuelto: eso era todo. ¿No quería hablar de esos meses de debilidad o resurgía en él una vena de teatralidad? ¿Estimulaba, con toda intención, su leyenda milagrosa, la de un ser señalado que se salvara gracias a una intervención sobrenatural para continuar la obra de Alá? De cualquier modo, la prueba de su carácter disciplinado, de su falta de ambición personal, es que inmediatamente se convirtió en el lugarteniente más devoto de Hamzad Beg, sirviéndole con lealtad.

Juntos recorrieron el país, estableciendo el Tarikat, organizando bandas de hombres armados juramentadas para resistir a la autoridad rusa. La Avaria parecía una rica presa y sólo la voluntad de Pakkou-Bekkhé le impedía a su pueblo integrar las filas múridas. La kanum trataba de ganar tiempo y envió a su segundo hijo Omar a Tiflis para pedirle a Rusia su apoyo contra las amenazas de Hamzad Beg. Al joven kan Omar lo acompañaba su hermano de leche Hadji Murad. Volveremos a oír hablar de él, ya que llegó a ser famoso en todo el Cáucaso, y su leyenda, como su influencia, sólo fueron superadas por las de Shamyl, cuyo aliado más poderoso fue. Y su muerte le inspiró a Tolstoi una obra maestra.

Cuando llegaron a Tiflis, se encontraron con que el comandante en jefe, barón Rosen, no tenía tiempo para ellos. Rosen envió a algunos de sus elegantes edecanes, quienes los distrajeron con naipes, vino y mujeres. Según las palabras de Hadji Murad, quien no se dejó atrapar por sus tretas: "El cuerpo de Omar era vigoroso como el de un toro y Omar era valiente como un león, pero su alma era débil como el agua...".

La indiferencia de los rusos irritó a ambos jóvenes y al volver, le aconsejaron a Pakkou-Bekkhé que aceptara el muridismo. Cuando Hamzad y sus múridas se presentaron ante la ciudad, Omar y Hadji Murad enviaron a su encuentro a sus emisarios, diciéndoles que se plegarían al Ghazavat o guerra santa si el imán le enviaba a un hombre erudito para explicárselo. Hamzad Beg aceptó y prometió enviar a un sheik para enseñarles el Ghazavat... pero sólo si Pakkou-Bekkhé le enviaba como rehén a su hijo menor, Boulatch.

La Kanum era una mujer muy resuelta. Se atenía aún a su pacto con los rusos. Pero ahora, cuando el muridismo se propagaba como una llamarada por todo el país, comprendió que ya no podía contener a su pueblo. Aceptó, pues, adoptar el muridismo... pero rechazó el Ghazavat.

No tomaría las armas contra quienes habían sido poco antes sus aliados. Pero, en prenda de su buena fe, mandó al príncipe Boulatch, un niño de ocho años, al campamento de Hamzad Beg, como rehén. Con todo, Hamzad no se mostró satisfecho y exigió que la Kanum enviara para negociar a sus hijos mayores, Abou Noutzal Kan y Omar Kan.

Omar fue solo a caballo, pero cuando transcurrieron varias horas sin noticias de él, la afligida madre le ordenó al único hijo que le quedaba, Abou Noutzal, que fuera a ayudarle. El príncipe adivinaba la suerte que había corrido su hermano —presentía la traición de Hamzad Beg— y se negó a caer en la trampa. Pakkou-Bekkhé, en uno de sus temibles accesos de cólera, lo tildó de cobarde.

—¡Estás dispuesta, pues, a perder a tu último hijo! —dijo Abou Noutzal—. Que así sea.

Y montó a caballo de un salto y avanzó al galope hacia el campamento de Hamzad Beg, seguido por un pequeño grupo de *noukkers*, o sea pajes, entre quienes figuraba Hadji Murad.

Al llegar al campamento múrida fue recibido con todos los honores y llevado a la tienda de campaña donde estaban alojados sus hermanos, pero apenas entró, los hombres de Hamzad Beg saltaron sobre los pajes y los mataron. Al oír las detonaciones, Omar se lanzó afuera de la tienda y fue acuchillado. Abou Noutzal desenvainó su espada y su puñal corrió a vengar su muerte. Según cuenta Hadji Murad, le cercenaron una de las mejillas y le pendía, pero Abou Noutzal, sosteniéndola con una mano, rechazó con el puñal que empuñaba en la otra a sus atacantes. "Saltando como un león furioso, mató a diestra y siniestra, eliminando a más de veinte múridas antes de morir él mismo a causa de sus heridas". Al pequeño Boulatch, quien gritaba, lo sacó a la rastra de la tienda Hamzad Beg. Hadji Murad (según propia confesión) sintió un repentino terror por primera y última vez en su vida, y montando a caballo de un salto huyó, eludiendo la lluvia de lanzas que los múridas le arrojaron en pos. Así terminó la resistencia de los khounzakis a Hamzad Beg.

Los dos jefes múridas se mostraron imperturbables ante la masacre. Para Hamzad, era la ejecución de un plan largamente acariciado: el pago de una vieja deuda. Para Shamyl, un acto vinculado a la batalla, algo esencial para la conquista de Avaria. Ambos volvieron junto a la capital, donde, después de acorralar finalmente a la *Kanum*, la amazona Pakkou-Bekkhé, le arrancaron la espada y la decapitaron con ella. Hamzad Beg se proclamó Kan de toda la Avaria; además, a esta altura había olvidado a tal punto sus votos múridas de abnegación y sacrificio que se instaló en el palacio, en medio de un lujo muy impío.

Cuando la noticia del triunfo llegó a oídos de Aslan Kan, el astuto príncipe se sintió muy satisfecho. Le envió un correo con dos cartas a Hamzad Beg: la una, destinada a salvar las apariencias ante los rusos, censuraba a Hamzad por su crueldad y lo amenazaba con una venganza; la otra, oculta en un hermoso reloj de oro hecho por los orífices de Ti-

flis, desbordaba elogios: "¡Oh, fiel Hamzad! Desde ahora. eres mi hijo Juntos, depuraremos el país de incrédulos."

I V

En el Cáucaso, la *kanly* —la venganza o vendetta— era una verdadera tradición, que a menudo persistía durante tres o cuatro generaciones. A veces, se solía destruir a familias íntegras, combatiendo día y noche, hasta que caía el último hombre o niño. Otras, a quienes llamaban familias "pobres", es decir aquellas a las cuales no les quedaban combatientes, eran encerrados por el resto de su vida —los viejos, los débiles y las mujeres— en una solitaria torre. Estas tradiciones diezmaban a la población. Shamyl se había opuesto siempre a ellas y al convertirse en imán, trató de destruirlas. Los rusos, por el contrario, las alentaban cínicamente, ya que era un método práctico de eliminar a los elementos más explosivos de las tribus. Con una población diezmada periódicamente por la violencia —luchas intertribales o la guerra— el primer deseo de los caucasianos era tener hijos varones para sus combates. Las viudas debían casarse a los pocos meses de la muerte de su marido. La tribu de los inghoush tenía una costumbre curiosa. Toda mujer, soltera o viuda, podía tenderse sobre su umbral de noche con el rostro cubierto por un velo y el hombre que aceptaba su invitación cumplía con un deber ritual. Si de esta unión nacía un hijo, quedaba a cargo de toda la comunidad y lo criaban con amor y honrosamente.

Como la venganza era la norma del país, el asesinato de Pakkou-Bekkhé y de sus hijos debía ser vengado por dos hermanos, Osmán y Hadji Murad, el hombre cuyo nombre debía gozar de fama en todo el Cáucaso, a quien sólo superó Shamyl en talla heroica y virtudes legendarias, del cual nos dejó Tolstoi una descripción maravillosa.

Pero en estos momentos, Hadji Murad era aún uno de los hombres más jóvenes de la jerarquía menor de los múridas. Había estado vinculado estrechamente a los hijos de Pakkou-Bekkhé, ya que a su propio padre lo eligieron, en la forma tradicional en el Cáucaso, padre adoptivo del príncipe Omar; y Hadji Murad y su hermano pasaron gran parte de su juventud en el palacio del Kan. Ahora, estaban resueltos a vengar la masacre. Otros múridas conocían sus planes y probablemente lo sospechaban muchos miembros de la población, quienes debían de haber comprendido desde hacía algún tiempo que su imán no era la figura inspirada y santa que creyeran antaño. Quizás, conviniera que muriese ahora como un mártir. Los múridas se consultaban en voz baja y empezaban a tomar partido. Uno de los lugartenientes de Hamzad lo advirtió sobre la conspiración, pero Hamzad lo despidió con un gesto fatalista.

—¿Quién puede alejar a los Ángeles de la Muerte cuando vengan por mi alma? Lo que Alá haya decretado, eso habrá de suceder.

Al día siguiente, el viernes, día mahometano de la plegaria, un si-

lencio extraño se cernió sobre Khounzak. Era una sombría mañana de setiembre, las cumbres de las montañas estaban envueltas en nubes; a mediodía, resonó débilmente la voz del muecín, como ahogada por la niebla. Hamzad Beg y doce de sus múridas fueron lentamente por las calles desiertas a la mezquita. Al entrar, ocuparon sus sitios y empezaron a orar.

De improviso, de las sombras del edificio surgió un grupo de figuras agazapadas que avanzaron velozmente sobre el Imán. Las acaudillaban Osmán y su hermano Hadji Murad, quienes echaran atrás sus burkas, dejando al descubierto sus armas. Antes de que nadie pudiera intervenir, dispararon contra Hamzad Beg y lo acuchillaron, además. Un múrida saltó sobre Osmán y lo mató y los conspiradores y múridas se trabaron en desesperada lucha. La población acudió en tropel por las calles para intervenir en la masacre, hasta que las alfombras de oración quedaron empapadas en sangre y los muros y columnas salpicados de balazos.

Shamyl estaba ausente de Khounzak, pero cuando supo la noticia, dias después, no perdió tiempo. Habia llegado su hora... Basta de venganzas de sangre: ahora, todo debía concretarse en una vasta fuerza unida que combatiera a Rusia y las enemistades privadas tenían que fundirse en su sumisión a la voluntad de Alá. Reunió a sus hombres, fue al aúl de Gotsak donde estaba guardado el tesoro de Hamzad Beg y donde languideciera en la prisión desde el asesinato de sus hermanos el pequeño príncipe Boulatch. Shamyl debía mostrarse siempre despiadado cuando se trataba del cumplimiento de su deber, tal como él lo veía. Ahora, estaba decidido a no tener más intrigas ni pretendientes, como podía llegar a serlo el pequeño príncipe en manos de sus enemigos. Nada debía desviarlo de su objetivo. ¡El Ghazavat! La guerra santa contra los invasores infieles. Se apoderó del tesoro, lo hizo cargar sobre mulas y ordenó que estrangularan a Boulatch y arrojaran su cadáver a un barranco. Hecho esto, se proclamó Tercer Imán del Daghestán y se dirigió hacia Ghimri.

Esto era un comienzo impresionante para un reinado a un tiempo terrible y glorioso. Bajo la férula de Shamyl el Cáucaso se convirtió en una fortaleza y sus desunidas tribus se asociaron en mística exaltación, pero atrapadas por un sistema administrativo implacable. Su flamante caudillo debía imponer el Shariat, como sus propias leyes, con el fuego y la espada, de modo que aquel instante pasó a la historia local con el nombre de "La Época del Shariat"... La Época de Shamyl.

10

EL IMAN

"Mahoma es el primer profeta de Alá y Shamyl el segundo".

EL DOGMA MÚRIDA.

Durante sus primeros años de gobierno absoluto como Tercer Imán, Shamyl se concentró en la realización de cuatro cosas. En primer lugar, se dedicó a unificar el Cáucaso. Luego, se ocupó de hostigar en forma incesante a las tropas rusas más bien que a librar encarnizadas batallas, hasta que hubo fortalecido y perfeccionado a sus propios ejércitos. En tercer término, se consagró a establecer una nueva ley y un orden distinto en todo el Daghestán. Y finalmente —y esto era fundamental— a hacer reconocer su misión divina y de vocero de Alá sobre la tierra. Cuando reapareció después de la derrota de Ghimri, como un resucitado, para los daghestanos fue evidente que era realmente el elegido de Alá y se agruparon bajo las órdenes de aquel milagroso resucitado, gritando: "¡Mahoma es el primer profeta de Alá y Shamyl el segundo." Pero en el resto de su programa, el Imán debía hallar diversos grados de oposición. Su primer fracaso se produjo en el terreno de la unificación. Quería unir a los caucasianos, desde el Mar Negro hasta el Caspio. Pero a menudo estallaba la guerra entre las tribus, costando vidas y desviándolas de su auténtico interés: liberarse de los infieles.

En las planicies, Shamyl fue recibido con grandes honores por los jefes cherkeses, pero éstos se negaron a comprometerse. Entre el pueblo, las exhortaciones del Imán se toparon con oídos sordos, ya que él y ellos no hablaban el mismo idioma. Sólo los *mollahs* y los caudillos comprendían el árabe de Shamyl, de modo que éste se veía obligado a hablarles a las muchedumbres en turco-tártaro, la *lingua franca* del Cáucaso. Pero esto privaba a Shamyl de la fogosa elocuencia que lo hacía célebre en el Daghestán. Finalmente, pensando que no podía ganarse a su causa a los cherkeses y que, en el mejor de los casos, se limitarían a combatir por su cuenta contra los rusos, Shamyl volvió a sus montañas del Daghestán, donde estableció su cuartel general en Akhulgo, un nombre sombrío de drama y derramamiento de sangre.

En tártaro, Akhulgo significa "el lugar de encuentro en tiempo de peligro". El aúl tenía un nombre adecuado: era un nido de águila encaramado sobre la cúspide de una cumbre cónica aislada, a doscientos me-

tros sobre el río Koise, que viboreaba alrededor de tres lados de su base. A su alrededor, sólo había desolación: rocas y desfiladeros desnudos a los cuales únicamente se podía llegar por un sendero en zigzag que parecía el filo de una navaja y serpenteaba hasta la cima. La tradición local sostenía que aquello era obra del diablo, que el Shaitán, con el permiso de Alá se lo había construido como madriguera. Era una fortaleza natural y, como tal, Shamyl la eligió como cuartel general. Allí, se dedicó a reformar a las tropas múridas y a reorganizar la administración del país; y se edificó una pequeña casa donde instaló a su familia: Fatimat, el pequeño Djemmal-Eddin, y ahora otro hijo, Khazi Mahommed, llamado así en memoria del *kounak* de Shamyl, el Primer Imán. También estaba la madre de Shamyl, Bahou-Messadou, quien había enviudado. La casa era sencilla, pero tenía dos pisos de altura, algo raro en el Cáucaso; se la habían construido a Shamyl dos prisioneros rusos de acuerdo con los lineamientos de una vivienda occidental y el caudillo se enorgullecía de ella. Era su palacio, Akhulgo su capital y el Daghestán su reino... bajo la dirección de Alá.

Shamyl les había probado ya a los caucasianos que era un guerrero. Ahora, debía probarles que también era un legislador, un fundador de instituciones permanentes y de un sistema judicial estable impuesto sobre los *Adats* o estatutos tradicionales. Las multas por desobedecer las leyes del Shariat contribuían, con los frutos del saqueo, a engrosar los ingresos del gobierno; parte de esa suma se redistribuía bajo la forma de pensiones para los múridas heridos y sus familias. Otra parte de ese dinero se usaba inteligentemente según los cánones orientales, para comprar la complicidad de las tribus vacilantes; otra más, para comprar materiales bélicos y aún para fundir una sencilla medalla de plata que era el premio del valor sobresaliente. En su apogeo, a Shamyl lo acusaban a menudo de ser rapaz, de esconder tesoros, oro y joyas en los bosques de Itchkeria. Pero esto era injusto. Shamyl era el menos codicioso de los hombres: su vida personal revelaba austeridad y dominio de sí mismo. Si guardaba como reserva grandes cantidades de objetos valiosos, ello se debía a que conocía el costo de la guerra, sus incesantes necesidades, cuando debía oponer su fuerza a los inagotables cofres del zar. Pero, cuando la lucha por el botín estalló entre sus jefes, prefirió arrojar su tesoro al fondo de un lago montañoso a destruir la unidad de sus tropas. Y hasta hoy, los habitantes de la aldea de Andi siguen creyendo que en alguna parte, bajo la reluciente superficie de un lago cercano, yacen platos de oro, vainas de sables con incrustaciones de rubíes, grandes ajorcas con adornos de esmeraldas y copas de coral y de ámbar, todo ello botín de una correría caucasiana, arrojado a los peces para salvar la unidad.

Entre las numerosas innovaciones de Shamyl figuró la de los correos expresos, un sistema que admiraba y que usaban los rusos en sus postas a lo largo de sus carreteras militares. Pero Shamyl lo mejoró usando un sistema de postas a través del país, como vuela el cuervo o galopa el

ávaro, donde ningún extranjero podría pasar, a través de pantanos y de bosques, por encima de las montañas y aun de esos ventisqueros desde los cuales se elevan tan majestuosamente las quinientas cumbres nevadas del Cáucaso. Usando a los flexibles caballos del Cáucaso, especialmente adiestrados, quienes conocían el país tan bien como sus jinetes, Shamyl logró formar una cadena de comunicaciones mediante la cual las noticias viajaban con una rapidez increíble. Cada aúl debía proporcionar y tener preparados sus caballos más veloces, ensillados y prontos para el emisario que podía llegar al galope en cualquier momento sobre un animal exhausto. Si el emisario estaba enfermo o herido, su vida quedaba a cargo del aúl, que debía proveer inmediatamente a otro jinete a fin de que siguiera viajando con los mensajes. Los hombres del Cáucaso cabalgaban, como peleaban, de una manera desesperada, con tormentas de nieve y el calor más tórrido, sobre furiosos torrentes y aferrándose a peligrosos senderos suspendidos sobre abismos; viajaban a la luz de las estrellas y bajo cegadoras lluvias, de día y de noche, llevando despachos que se referían a todos los movimientos de los rusos; a los refuerzos, a las correrías de los cosacos, a los cambios de personal en los cuarteles enemigos, a un baile en la casa del comandante, a la llegada de trenes con víveres, a un oficial de artillería apuñaleado por una de las bailarinas de Shemakha, a la descarga de cañones en Poti, a las negociaciones con algún kan local... Así, Shamyl estaba mucho mejor informado que sus enemigos, quienes se veían amenudo aislados, con sus líneas de comunicaciones cortadas, ya que sus espías sobornados, como sus aliados los tránsfugas, les traían informaciones falsas; y todas las noticias llegaban tarde, porque sus correos tenían que usar el camino abierto.

Shamyl condenaba a muerte a los culpables de asesinato o de traición y en muchos casos a los desobedientes, ya que quería una sumisión total a su voluntad. La cobardía, que los hombres del Cáucaso miraban con horror, era castigada sin remordimientos. Los cobardes que huían en una batalla eran obligados a usar un pedazo de fieltro cosido a su espalda; se les prohibía volver a comunicarse con su familia y nadie podía volver a hablarles. Y en la batalla siguiente, los enviaban al frente, para acostumbrarlos cuando antes a la lucha con armas blancas. Pero entre los caucasianos había muy pocos cobardes, ya que el combate era su misma vida, todo su concepto del honor; y como la muerte se encaraba con fatalismo oriental, pocos hombres fracasaban al verse enfrentados con su primer deber como guerreros.

II

La organización del ejército de Shamyl se basaba en el sistema decimal. En primer lugar, estaban cien *naibs*, los oficiales de mayor jerarquía; luego, los *naibs* de menor grado (a quienes solían llamar *murshids*),

cuyo número se elevaba aproximadamente a mil. Éstos sólo obtenían su envidiada posición desempeñando el papel de escoltas o de tropas especiales, dando rigurosas pruebas de lealtad y de fuerza. Se les exigía que se conservaran célibes, o si estaban casados, que se separaran de sus esposas y hogares durante un período de servicio militar. En esto, compartían los mismos sacrificios impuestos a los acusados de cobardía; pero nadie debía creer que el género de vida de los múridas podía ser fácil para sus adeptos o para los cobardes. Después de haberse alejado de sus familias, los naibs juraban también vivir con sobriedad y sacrificio con respecto a su alimentación y alojamiento. Cuando a un naib lo designaban comandante de zona, vivía a expensas del aúl principal, estaba investido de poderes de vida y muerte sobre la población y sólo respondía de sus actos ante Shamyl. Como en el caso de los soldados rasos múridas, la menor insubordinación se castigaba con la muerte.

Los múridas, quienes formaban el grueso del ejército de Shamyl, estaban subdivididos en decenas y centenares de cuerpos de quinientos hombres, cada uno acaudillado por un jefe de la jerarquía y facultad correspondientes. Vestían la blusa caucasiana o *cherkeska:* la de los soldados era parda, la de los oficiales negra; y todos se ponían sobre ella una peluda *burka* negra. Cuando se acercaba un cuerpo de jinetes múridas infundía terror, porque parecía una bandada de cuervos con su indumentaria y sus banderas negras: ese lúgubre plan de color quizás formara parte del sentido teatral de Shamyl.

En los tiempos difíciles, los naibs recibían un suplemento de un hombre de cada casa; en casos de emergencia, se ponía bajo las armas a un hombre por cada aúl o distrito. Los que habían jurado por el Corán morir por Shamyl recibían dos bolsas de harina mensuales y usaban un trocito de fieltro verde prendido a sus gorros de badana. Los naibs formaban un grupo fanáticamente devoto. En la paz y en la guerra, habían prestado el sagrado y décuple juramento múrida de vivir y morir por su imán Shamyl. Pero no eran simples figuras heroicas, sino también hombres sensatos e inteligentes, adiestrados, como su caudillo, en las doctrinas del sufismo y juramentados para difundir tanto el Shariat como el Tarikat. Eran a un tiempo la escolta de Shamyl, sus jueces, sus apóstoles, sus tropas selectas y su policía secreta.

La época y el país se caracterizaban por sus pintorescas comparaciones. Cuando Shamyl dijo que los sables de sus guerreros eran los sables del paraíso que libraban una guerra santa, los generales rusos emitieron proclamas en todo el Cáucaso advirtiéndole que la resistencia era inútil y que, aunque se desplomaran los propios cielos, las bayonetas rusas los levantarían. Afirmaban que sus ejércitos eran más numerosos que los granos de arena de la playa. A lo cual Shamyl, en una contraproclama, declaró que sus huestes múridas eran las olas del océano que barrían esas arenas.

Esas estepas, que se hallaban en las regiones costeras existentes

entre Persia y el Cáucaso, eran temidas desde tiempos remotos, porque se hallaban infestadas de serpientes, fatales tanto para los hombres como para los caballos. Plutarco dice que Pompeyo tuvo que abandonar su propósito de invadir el Cáucaso debido a esas legiones de reptiles. Cada primavera, innumerables millares de serpientes cruzaban, retorciéndose, el Arax, desde Persia, hasta entrar al Moughan, donde realizaban sus siniestros apareamientos, y ningún ser humano se atrevía a acercárseles. En 1800, cuando el conde Valerián Zubov sitió a Salian, sus soldados, al cavar emplazamientos para su campamento de invierno, hallaron a miles de serpientes entumecidas por el intenso frío.

Por eso, cuando Shamyl usaba tan vívidas comparaciones, excitaba al pueblo contra los infieles en el lenguaje que los caucasianos mejor comprendían. Y cuando los rusos usaron el argumento tan frecuente de dictadores ulteriores de que obtenían el orden del caos y mejoraban el estado lamentable de los caminos, Shamyl tuvo la respuesta pronta:

—Ustedes ya han visto que mis caminos son malos y mi país infranqueable. Eso está bien: es la razón por la cual el poderoso Zar Blanco y todos sus ejércitos, que avanzan sin cesar contra mí, no pueden hacerme nada. No me atrevo a compararme con los grandes soberanos. Soy Shamyl... un ávaro cualquiera. Pero mis malos caminos, mis bosques y mis montañas me hacen más fuerte que muchos monarcas. Untaré mis árboles de aceite y mezclaré mi barro con fragante miel y adornaré mis rocas con laurel si todo eso me ayuda a luchar por la libertad del Cáucaso.

Se explica, pues, que la amalgama de magnetismo y elocuencia de Shamyl surtiera su efecto tan poderoso. Además, era un maestro en el arte de convertir los sucesos más inverosímiles en situaciones teatrales que favorecieran su propia leyenda. Se dramatizaba a sí mismo, volviendo en su favor sucesos que, tratados con menos imaginación, habrían resultado desastrosos.

III

Para obtener un ejemplo de la patética exaltación de Shamyl, debemos retroceder hasta el año 1843, en que las tribus de la Grande y la Pequeña Chechnia se vieron cercadas por los rusos. Las tropas de Shamyl estaban luchando, muy acosadas en todos los frentes y no podían acudir en su ayuda. Los chechenes no tenían ya medios de continuar la lucha: sus casas habían sido arrasadas y sus cosechas quemadas, su situación era desesperante. Si no recibían ayuda, tendrían que rendirse a los rusos. Aun en esa situación, temían la terrible cólera de Shamyl; al pensar en sus represalias, decidieron enviar una delegación a Dargo, entonces cuartel general del caudillo, para pedirle permiso de deponer las armas. Pero nadie, ningún guerrero ni jefe, se atrevió a encargarse de esa misión. Todos sabían que corrían el peligro de que les cortaran la lengua o les hendieran el cráneo.

Finalmente, se trazaron un plan. Un anciano experimentado, Tepi

Mollah, les recordó que la madre de Shamyl siempre había ejercido sobre su hijo una influencia considerable; el caudillo la veneraba y confiaba a menudo en ella más que en ningún otro miembro de su familia, salvo su mujer Fatimat. Una delegación iría a Dargo y le explicaría la situación a la madre de Shamyl, llevando un hermoso regalo que podría distribuir entre los necesitados. Acaso se la pudiera inducir así a interceder ante el Imán en favor de ellos. Después de todo, no eran unos cobardes. ¿Debían seguir resistiendo allí hasta que los mataran o murieran de hambre? Para los múridas, quienes habían prestado el juramento décuple, éste era un fin aceptado, pero muchos de los chechenes no estaban sostenidos por una fe tan positiva: había límites para su docilidad.

Al llegar a Dargo, la delegación fue antes a la casa de Hassim Mollah, quien estaba en buenas relaciones con Bahou-Messadou, la madre de Shamyl. Pero aquel taimado individuo rechazó toda esa idea. Aquello era innoble, deshonroso, dijo; cobarde, indigno de todo verdadero fiel. ¿Someterse a los infieles? ¿Los había oído bien? Pero sus escrúpulos fueron vencidos cuando oyó el tintineo del oro. Los chechenes habían reunido trescientas monedas de oro para ofrecérselas a la madre de Shamyl; le ofrecieron setenta y cinco a Hassim Mollah quien, después de regatear hasta conseguir otras veinticinco, consintió en hablarle a su amiga. Las doscientas monedas restantes bastarían sobradamente, dijo. Y después de embolsarse sus cien monedas, se marchó presurosamente a verla.

Aunque Bahou-Messadou era una figura sabia y muy respetada de la jerarquía múrida, la habían oído criticar en ocasiones el fanatismo de su hijo como una imposición demasiado áspera e inhumana al pueblo. Nunca dejaba de aconsejar misericordia y moderación: en suma, en un mundo donde la sumisión femenina era absoluta, su actitud seguía siendo de singular independencia. Escuchó con atención el alegato de los chechenes y consintió en interceder ante su hijo en su defensa. Dijo que aquello sería difícil, muy difícil... hasta peligroso; pero lo haría. Y desapareció en el harén.

Esa misma noche le pidió audiencia a Shamyl, quien, como estaba ocupado con los naibs planeando una incursión atrás de las líneas rusas y una nueva serie de fogosas alocuciones destinadas a incitar a la lucha a las tribus cherkesas menos dispuestas a cooperar, no se hallaba en un estado de ánimo muy propicio para que lo interrumpieran hablándole de rendición. Pero habló a puertas cerradas con su madre hasta la medianoche y entonces, salió de la habitación con el rostro inescrutable, pasó entre las filas de naibs que lo esperaban y, entrando a la mezquita, se quedó solo allí durante el resto de la noche. A la mañana siguiente, la kanum mandó por Hassim Mollah y le dijo, pálida, con el rostro cubierto de lágrimas y trémula, que el Imán no se atrevía a responder a un pedido como el de los chechenes y manifestaba que Alá debía decidirlo. Por eso, había ido a la mezquita, donde, con plegarias y ayuno, esperaría la orden de Alá. Luego, Shamyl dispuso que toda la población de Dargo se

congregara ante la mezquita, pronta a conocer la decisión de Alá. Shamyl permaneció allí tres días y tres noches, mientras, afuera, el pueblo esperaba, gimiendo y orando, sin dormir y hambriento. Toda la vida parecía estar en suspenso: sobre el aúl se cernía el silencio, las calles y los tejados se hallaban desiertos: sólo merodeaban los perros y ocasionalmente se oía el chillido de un niño entre los cánticos de la multitud arrodillada.

De pronto, las puertas de la mezquita se abrieron de par en par y salió Shamyl, lívido, con los entornados ojos felinos centelleantes bajo la enorme *chalma*. Parecía petrificado. Cesaron las plegarias y los lamentos y, en el silencio más absoluto, el pueblo esperó su orden. En el rostro de Shamyl no apareció siquiera la más leve expresión cuando dos múridas condujeron hacia adelante a Bahou-Messadou, quien se hincó humildemente ante su hijo. Shamyl alzó su mano izquierda:

—¡Poderoso Profeta, hágase Tu voluntad! ¡Tus palabras son ley para tu siervo Shamyl!

Luego, le dijo a la postrada multitud:

—Os traigo malas noticias. Vuestros hermanos los chechenes han hablado desvergonzadamente de rendirse a los infieles. Pero comprendían su audacia, su falta de fe, su deshonor; no se atrevieron a afrontarme en persona y usaron a mi madre, aprovechando su femenina debilidad. Por amor a ella, le presenté el pedido de los chechenes a Mahoma, el profeta de Alá. Durante tres días y tres noches, esperé el juicio del profeta. Y ahora, por fin, se ha dignado responder a mis plegarias... La voluntad de Alá es que la primera persona que me hable de rendición sea castigada con cien azotes *¡Y esa primera persona es mi madre!*

El efecto de esta perorata fue altamente dramático. Bahou-Messadou lanzó un penetrante grito y cayó a los pies de su hijo. El pueblo, que al principio pareció fulminado por el rayo, empezó a gemir de tal modo que su clamoreo arrancó ecos de las montañas. Los múridas más audaces se postraron de hinojos ante Shamyl, en silenciosa súplica. Pero el caudillo seguía inexorable. Amarraron a su madre y el propio Shamyl les arrebató el látigo a los verdugos y empezó a azotar a la mujer que vociferaba. Al recibir el quinto azote, su madre se desmayó y entonces él se arrojó sobre su cuerpo, sollozando de una manera incontenible. Pero de pronto, con la fuerza y el donaire que se advertían tan a menudo en sus movimientos, se levantó de un salto, el rostro ahora radiante y "lanzando llamas por los ojos" y gritó:

—¡Alá es grande! ¡Mahoma es su primer profeta y yo el segundo! ¡Mi plegaria ha tenido respuesta! ¡Alá me permite que tome sobre mí el resto del castigo al cual fue condenada mi desdichada madre! Lo acepto con alegría ¡Le doy la bienvenida al látigo! ¡Es la señal de tu favor, oh, Profeta!

Shamyl se arrancó la *cherkeska* y se desgarró la camisa y les ordenó a los naibs que descargaran los noventa y cinco azotes restantes sobre sus espaldas, amenazándolos con la muerte si no lo azotaban con suficiente fuerza. Mientras el látigo caía sobre él, el caudillo permaneció im-

pasible, arrodillado junto a la mujer inconsciente. Su semblante no denotó pena ni dolor ni siquiera exaltación cuando le arrancaban la piel de los sangrantes hombros. Después del último azote se levantó, se puso la camisa y avanzó hacia el pueblo, que seguía postrado, paralizado de terror.

—¿Dónde están los traidores chechenes? ¿Dónde está la delegación que le causó este castigo a mi madre? —preguntó, con su tono sereno y mesurado de costumbre.

Arrastraron hasta allí a los infortunados chechenes, junto con Hassim Mollah, mientras los naibs desenvainaban ya sus *shashkas* prontos a ejecutar la sentencia apenas la pronunciaran. Los chechenes yacían con el rostro sobre el polvo, murmurando sus últimas plegarias. Ni siquiera pedían misericordia.

Pero el drama no había concluído aún: faltaba el golpe teatral. Adelantándose, Shamyl hizo levantar a los chechenes que se arrastraban con abyecto terror y después de decirles que tuvieran valor y fe, agregó:

—Volved a vuestros hogares. Decidle a vuestro pueblo lo que habéis visto y oído. Partid en paz. Aferráos con fuerza a la cuerda de Alá. Adiós.

Naturalmente, semejante espectáculo fue narrado en todo el Cáucaso y les causó un efecto muy saludable a los que dudaban. No se volvió a oír hablar de sumisión. Con su sentido de la psicología, del teatro, Shamyl había logrado, en primer lugar, impedir que se hablara de rendición; luego, fortalecer su aureola mística en cuanto concernía a su comunicación directa con Alá, como ejecutante de Su Voluntad; y, finalmente, castigar a su madre. Esto, constituía una doble estrategia, porque, antes que nada, censuraba a la propia Bahou-Messadou, por haber mediado; además, era una terrible lección para el pueblo, porque en el Cáucaso, como en todas las poblaciones mahometanas, los padres y los ancianos en general se consideraban sagrados. El hecho de que él, por orden de Alá, hubiese alzado la mano contra su propia madre, le había hablado al pueblo con más elocuencia que cualquier otra actitud. Revelaba claramente hasta dónde llegaba la ira de Alá por las propuestas de los chechenes. Sobre todo, la misericordia de Shamyl, totalmente imprevista, ante la delegación, había asombrado e impresionado a la gente. No cabía duda, después de todo esto, que Shamyl era realmente el profeta de Alá sobre la tierra. Su palabra era y debía ser ley. El destino de todos ellos era vivir o morir por las negras banderas del muridismo.

IV

Volvamos al año 1837: después de muchos sanguinarios combates, los rebeldes tuvieron que replegarse finalmente, entre escenas de terror y de masacre. El comandante ruso, general Fesé, hombre muy cruel y vanidoso, informó a Moscú que Shamyl había emprendido la fuga por fin, que se había saqueado Akhulgo, que los múridas estaban en plena

desbandada y que había concluído toda resistencia organizada. Además, expresaba el despacho del General, redactado con un consumado sentido de glorificación personal, Shamyl se veía obligado a pedir la paz y él, Fesé, había consentido en un armisticio. Aunque esto era cierto en lo esencial, resultaba distinto en la práctica, porque ninguna de las partes obraba con toda buena fe y ambos bandos lo consideraban un recurso meramente temporario: Shamyl lo hacía para ganar tiempo, Fesé para obtener gloria.

A Shamyl, la unificación del Cáucaso le estaba demorando más de lo esperado. Quedaban muchos porfiados bolsones de resistencia. A veces, él, más que un caudillo, parecía un conquistador y muchos caucasianos no sabían si elegir entre los múridas o los rusos: unos y otros amenazaban, unos y otros imponían su voluntad mediante el terror. Shamyl acostumbraba visitar los aúles que no se mostraban dispuestos a colaborar con el aire de un rey vengador, acompañado, a la manera de los tiranos asiáticos, por un verdugo, provisto de un hacha de largo mango y seguido por dos hombres con *shashkas* recién afiladas, de modo que, por más sentencias que dictara Shamyl, se ejecutaran sin demora. Hacía cercenar las manos ante el más leve indicio de deslealtad. Las cabezas rodaban por el polvo a derecha e izquierda cuando su mano esbozaba un gesto. Y no había apelación posible. Shamyl era el vocero de Alá, nacido para ejecutar Su Voluntad y su misión era destruir a los infieles. En sus dominios, no había lugar para los vacilantes.

Con todo, al atender personalmente esos asuntos Shamyl perdía tiempo, lo cual le impedía concentrar su atención en los combates con el enemigo. Shamyl comprendía que debía esperar: el tiempo era su aliado, ya que debilitaba a sus enemigos, diezmando sus filas con epidemias de tifus y disentería dondequiera iban (el promedio de vida de un soldado del ejército del sur era de tres años). Pero ese mismo tiempo fortalecía sus propias fuerzas, atraía más al enemigo a un terreno poco familiar para él y peligroso y, sobre todo, le permitía imponerle su dogma a *todo* el pueblo, reuniéndolo bajo un solo estandarte: su bandera múrida. Por lo tanto, el Imán decidió ganar tiempo y, después de discutir el asunto con sus naibs, envió un mensaje al cuartel general ruso, proponiendo la paz y ofreciendo rehenes.

Concluído el tratado, volvió a las montañas, con la intención de cumplir su juramento de no causarle daño al enemigo mientras los rusos cumplieran el suyo. Durante ese período, fortaleció su posición y reconstruyó los aúles más dañados por los últimos combates, sobre todo Akhulgo. A su parecer, su prestigio no había sufrido por haber firmado la paz después de haber gritado tanto sobre la necesidad de vencer o morir y su honor no estaba en juego, como habría sucedido si hubiese jurado algo por el Corán. Podía dar su palabra y violarla, ya que ningún Verdadero Creyente se sentía obligado ante un infiel. La idea era muy cómoda, y, cosa curiosa, los rusos parecen haber pensado lo mismo, ya que, a su parecer, una promesa hecha a esos salvajes no era tan compulsiva

para ellos como un tratado con una de las grandes potencias. Por eso, el general Fesé, tranquilamente, al pasar por Temir-Khan-Shoura, pasó por Ashilta y la redujo a ruinas carbonizadas, la saqueó, destruyó sus siembras y dejó sin hogar a sus ciudadanos. Quería que quedase un recuerdo de su poderío, una lección para los demás aúles.

Cuando Shamyl llegaba a la alta zona de las montañas, acercándose a Akhulgo, un emisario le trajo la noticia de la destrucción de Ashilta y Shamyl se dirigió allí, presa de ira y odio. Sólo halló desolación y escombros. Sus quinientas casas habían sido destruídas, sus vides estaban pisoteadas, sus pozos cegados, el ganado muerto, lo habitantes masacrados o cautivos. ¿Para eso había inclinado él el Imán del Daghestán, su altiva cabeza ante los rusos? Shamyl no dijo nada. Había tomado su decisión. Se dirigió a Akhulgo y sus múridas lo siguieron al galope. Entre ellos, no se volvió a oír hablar de paz.

V

Durante los meses siguientes, Shamyl permaneció en una extraña inacción. ¿Estaría resignado realmente, se preguntaban los rusos? Fesé se felicitó de que el saqueo de Ashilta hubiese surtido un efecto tan saludable sobre el Imán. En San Petersburgo, el Zar decidió emprender su tan largamente esperado viaje triunfal al Cáucaso. Recibiría el acto de vasallaje de Shamyl quizás durante su estada en Tiflis. Le envió sus órdenes al general Fesé y empezó a pensar en la jira con cierto placer.

Aquello era prematuro. En el propio instante en que el Zar escribía sus órdenes, en el Palacio de Invierno, Shamyl completaba la transformación de Akhulgo en un inmenso baluarte, en una fortaleza, con sus cuarteles y su arsenal, desde donde proyectaba, poco después, lanzar una ofensiva en gran escala contra los rusos. Antes de que apareciera la artillería rusa, Akhulgo se consideraba una fortaleza inexpugnable, pero el cañoneo había destrozado las murallas externas y derrumbado las torres de atalaya, que sepultaron a los defensores al caer.

Ahora, Shamyl cambió todo su sistema defensivo. Con un grupo de polacos que, después de haberse visto obligados a ingresar al ejército ruso, desertaron en la primera oportunidad para pasarse al campamento de Shamyl, el caudillo construyó una serie de defensas debajo de la superficie, trincheras, baluartes, parapetos de tierra, establos y cuarteles subterráneos, obtenidos con voladuras de rocas. Las *saklias* fueron convertidas en depósitos, puestos de vigías y fortines. Allí, el caudillo acumuló grandes cantidades de víveres y municiones y les preparó alojamientos a las familias de algunos naibs y múridas escogidos, así como a los rehenes que formaban parte normalmente, para ambos bandos, de la guerra del Cáucaso.

Akhulgo estaba dividida en dos partes, la Vieja Akhulgo y la Nueva. Dominaba ambas secciones, como el desolado paisaje y los infini-

tos horizontes del desierto, una vieja torre de atalaya llamada Torre de Sourkhaiz. Se había salvado de las últimas batallas y Shamyl la dejó en pie: su silueta era un nítido mojón que se veía desde muchos kilómetros de distancia. Semana tras semana, afluyeron a Akhulgo más hombres y víveres. Lo mejor del ejército múrida estaba allí, algunos hombres a caballo, otros a pie; aquello era un enorme campamento militar, incrustado en la roca.

Cuando los espías tártaros que trabajaban para los rusos comenzaron a llegar a Temir-Khan-Shoura con noticias de esta concentración, los oficiales del estado mayor se sintieron inquietos. Sin duda, Fesé había sido imprudente e indebidamente optimista, suscitando esperanzas en el Emperador. ¿Quién se atrevería ahora a persuadir a Shamyl de que se le rindiera en Tiflis? Pero al Zar lo esperaban en octubre: ya había partido para el sur. Faltaba menos de un mes para la ceremonia de la rendición. Fesé, quien dirigía las operaciones en el Daghestán Sur, mandó al general Kluke von Klugenau para negociar. La elección del emisario era adecuada, ya que Klugenau conocía bien a los montañeses y era respetado por ellos como un guerrero valiente y honorable. Si alguien podía obtener éxito, era él. Klugenau no se hacía ilusiones sobre su misión; sabía que no tenía perspectivas de éxito. Escribió una carta solicitando una entrevista con Shamyl y le confió la carta al *beg* de Karani, jefe de una tribu vecina neutral.

Shamyl designó un lugar de cita perfectamente adecuado a la oportunidad y volvió a poner de manifiesto su instintivo sentido teatral. Durante toda su vida, esa cualidad pudo advertirse no sólo en sus actos, modales e indumentaria, sino hasta en su elección de lugar. El sitio escogido era un angosto pliegue rocoso, situado entre dos imponentes acantilados, junto a un arroyo; una sombría hondonada adonde el sol llegaba rara vez y el viento aullaba sin cesar, en verano y en invierno. En ese glacial día de otoño, un cielo encapotado que presagiaba lluvia le daba a aquella mañana la apariencia de un atardecer. Klugenau penetró en la hondonada a caballo, acompañado solamente por su edecán Yevdokimov, una escolta de quince cosacos y una docena de nativos karani.

Shamyl los esperaba, cabalgando su potro negro, arrebujado en una burka y lo rodeaban trescientos de sus guardias y naibs: sus estandartes oscurecían más aún la hondonada en sombras. Al aparecer los rusos, cesaron las gimientes salmodias que resonaron tristemente, para levantarse una de sus salvajes y terribles griterías, mitad plegarias y mitad gritos de batalla y aullidos de lobos, algo impresionante para los oídos occidentales. Pero veinte años de servicio en el Cáucaso habían acostumbrado a Klugenau a los gritos de guerra, a las armas blancas y al carácter de aquellos hombres. Se mostró impasible. Sobre su cabeza, sólo describían círculos los cuervos sobresaltados, en vociferante discordia.

Klugenau, un hombre de gran corpulencia, áspero y valeroso y de una absoluta sinceridad, avanzó con la sola compañía de un intérprete. Shamyl también se adelantó solo: fue la única oportunidad en que lo

vieron sin su guardia, desde que era Imán. Ambos hombres se enfrentaron en silencio. Desmontaron igualmente callados: el intérprete tendió una burka en el suelo y ambos se sentaron a conversar. Ninguno de sus hombres se movía.

La conversación se prolongó durante varias horas. Klugenau dominó en diversas ocasiones su impaciencia, en su esfuerzo por convencer al Imán. Shamyl escuchaba, con su usual impasibilidad, pero se negó a comprometerse en un solo punto antes de haberlo consultado con sus naibs. A esta altura, Klugenau empezaba a sentirse irritado y tenía hambre; y cuando se le acabó su reserva de cigarros, sin los cuales no podía combatir ni negociar, se levantó, dando a entender que la entrevista había terminado. Le tendió la mano al Imán. Shamyl se puso de pie como un resorte de acero, con el vigor y la gracia que lo hacían célebre y le tendió la mano al General, cuando, de pronto, toda aquella atmósfera de contenida hostilidad se trocó en un ambiente de furor. Un naib saltó afuera de las filas que esperaban y asió el brazo de Shamyl. Era Sourkhai Kan, uno de los parciales más fanáticos de Shamyl. Con frenesí, declaró que era inconcebible que su Imán, "el profeta del propio Alá", tocara la mano de un infiel.

—¡Giaour! (infiel) —le escupió su insulto a Klugenau, quien, exasperado ya por su fracaso, se enfureció y quiso hacerle caer su turbante a Sourkhai Kan con la muleta que se veía forzado a usar desde que le hirieran uno de los pies en una batalla.

En el Oriente, esto se considera uno de los agravios más serios que pueda concebir una mente musulmana. Klugenau y sus hombres lo habrían pagado con sus vidas si Shamyl no hubiese obrado con rapidez y caballerosidad. Asiendo la muleta con una mano y apartando el *kindjal* de Sourkhai Kan, que se hallaba ya a una pulgada de la garganta de Klugenau, le ordenó al resto de sus hombres, quienes los estaban rodeando, que retrocedieran y envainasen las espadas. Al mismo tiempo, le pidió a Klugenau que se retirara tranquilamente.

Pero Klugenau había perdido el dominio de sí mismo: vociferaba insultos en ruso, sin dejarse conmover por las amenazas ni por la persuasión. En ese momento, intervino su edecán Yevdokimov, quien se abalanzó hacia él y lo alejó de allí apelando a la fuerza, induciéndolo finalmente a volver al cuartel general. Klugenau montó a caballo y se alejó lentamente, el rostro cárdeno aún. Cuando desapareció con su escolta, Shamyl y sus hombres se marcharon a su vez, entonando cánticos.

El silencio volvió a invadir la hondonada. La niebla bajó de las montañas: eran las cuatro de la tarde y ya parecía haber anochecido. Los murciélagos salieron de sus escondites rocosos y se oyó a lo lejos el melancólico chillido de los chacales. La jornada había sido sombría. Si ambos jefes se hubiesen entendido, se habría podido salvar muchos miles de vidas, evitar ríos de sangre. Y, sobre todo, Akhulgo no hubiera caído y, al caer, no habría provocado el trágico destino del hijo de Shamyl, Djemmal-Eddin.

11

TIFLIS

"El dulzón e infantil mundo oriental".

En el otoño de 1837, se anunció en Tiflis que el Zar haría una visita oficial a la capital de la Georgia. En toda la ciudad reinó una gran efervescencia. El primer periódico local, "Tsiscari" (El Alba), de reciente fundación, y que consideraban una piedra angular de la cultura, dedicó artículos íntegros al inminente honor. Pero la ciudad, en general, no necesitaba la palabra impresa, ya que Tiflis era antes que nada oriental. La noticia se propagó de un barrio a otro antes de que el periódico hubiese sido siquiera distribuído. La vieja ciudad de Tiblissi —tal era su nombre georgiano— estaba formada por una sucesión de aldeas, ciudadelas y mercados apretados entre sí sobre los acantilados y las colinas cónicas: sus angostas y laberínticas calles estaban separadas por el desfiladero del río Koura. A un lado, se hallaba Nari-Kala, la ciudadela persa, con su barrio armenio; del otro lado del río, Avlabar la ciudad georgiana, con su fortaleza, y la iglesia construida por Vakhtang Gourgastan, el fundador de Tiflis. En el centro, en tierra baja, estaban el flamante barrio ruso o europeizado, los edificios de la administración pública, el teatro, el Club de los Nobles, los parques y restaurantes y unas pocas tiendas donde se veían lujos occidentales tales como agua de colonia, corsés, abanicos, guantes de cabritilla y novelas francesas. Al norte, la ciudad se perdía en polvorientos páramos y en un *mahallah* o barrio gitano, donde hermosos seres de ceño fruncido se balanceaban perezosamente al sol. Más allá, se extendía un conglomerado de tiendas de campaña rusas, cuarteles flamantes, caballerizas, un hospital y los barrios habitados por los oficiales del estado mayor, todos pintados con aquel color rojo sangre oprimente y oscuro que parecía propio de los bienes imperiales.

Todo esto ofrecía ahora un espectáculo de vibrante actividad, y los correos a caballo, con sus despachos en las alforjas, iban y volvían al galope, mientras las lámparas ardían durante toda la noche en los aposentos del general.

¡Dentro de un mes, de una semana, mañana mismo, el Zar estaría allí! La noticia se propagó por toda la ciudad, los mercados tártaros, los nuevos bulevares, las sombrías casillas de los armeros armenios. La aristocracia de Georgia se sentía muy próxima a la familia imperial. En 1839, tres de sus generaciones se habían educado en las escuelas militares y el cuerpo de cadetes de San Petersburgo y se consideraban más rusos que los propios rusos. Los príncipes georgianos eran protegidos imperiales y por ello, aunque usaban las charreteras del Zar, no estaban sujetos a esclavitud alguna. A las muchachas las enviaban a los conventos y escuelas inaugurados por la Emperatriz en el Cáucaso o las recibían en el Instituto Smolny de San Petersburgo, donde las educaban bajo la vigilancia de la Zarina. Viajaban en carruajes de las caballerizas imperiales y algunas eran *demoiselles d'honneur* de la Zarina. El Zar cuidaba siempre de elegir a cierto número de pajes y edecanes entre los príncipes georgianos, tratándolos siempre con una cordialidad rara vez prodigada en otra parte.

* * *

Ahora que el Emperador venía por fin a Tiflis, las cosas marcharían mejor, decían los georgianos. Se mostraban violentamente hostiles a todo lo que se oponía a la influencia rusa en el Cáucaso. Además, dada su religión cristiana aborrecían a las tribus musulmanas, a quienes consideraban unos bandidos que era preferible borrar de la faz de la tierra. La aparición de Shamyl había suscitado en ellos los más lúgubres presentimientos, porque conocían a aquel país, a aquel hombre, a aquellas tribus y el temperamento fanático del enemigo. Los georgianos que no servían ya en el ejército ruso, libraban una especie de guerra incesante por su cuenta, batallas privadas. Aunque Tiflis estaba fuera del radio usual de las guerras múridas, se hallaba habituada al estruendo del cañoneo, el tintineo del acero o la imagen de una partida de incursores que galopaban por las empinadas calles, con sus muertos y heridos atravesados sobre sus sillas de montar. A veces, de la lanza de un príncipe triunfante pendía la cabeza o la mano de un tártaro. Una bolsa con veintidós cabezas tártaras había logrado un elogio especial del Zar, siendo recompensada con un hermoso anillo de diamantes.

Ahora que la visita imperial era inminente, las damas se pasaban horas enteras encerradas con sus modistas, preparando nuevas *toilettes* dignas de esa oportunidad, y destinadas a suscitar los tiernos sentimientos que, se decía, estaban al acecho detrás de la fachada marmórea del palacio del Zar. Se ajustaban muchos lazos y se ponían no poca pomada sobre los negros rizos. El vistoso maquillaje de las beldades georgianas era empleado en términos positivamente impresionistas. El rojo se usaba en grandes óvalos escarlatas sobre cada mejilla; los ojos oscuros eran subrayados fuertemente con khol y las cejas se juntaban en un solo arco oscuro, ese arco tan admirado en el Cercano Oriente.

Se usaban en abundancia perfumes del tipo más avasallador, mientras que los correos galopaban día y noche a Viena en procura de los más rígidos corsés de ballena.

Mientras tanto, las damas de mayor edad, forzadas a apoyarse sobre sus haberes convencionales, leían presurosamente las novelas de Sir Walter Scott, que eran, con las de Paul de Kock (aunque ninguna dama podía confesar que había leído estas últimas), las lecturas predilectas del Emperador. Los cocineros georgianos, que engordaran preparando los platos locales básicos, el *tzartzavi* o el *hatchapouri*, se adiestraban ahora en la preparación de suflés o salsas para rivalizar con los altos vuelos culinarios de los *chefs* franceses, mientras que las grandes familias de terratenientes, tales como las de los Davidov y los Djorjadzes, preparaban sus casas y sus fincas para recibir al Zar con una pompa digna de los descendientes del rey David.

El Zar había ordenado concretamente que no aceptaran en Tiflis a ningún extranjero durante su permanencia, pero un viajero, el capitán Wilbraham, inglés, acababa de cruzar la frontera; había salido de Persia antes de ponerse en vigencia el decreto y por ello llegó a Tiflis en vísperas de la visita imperial. Los georgianos se mostraron muy hospitalarios y trataron por todos los medios de que el visitante se sintiera a sus anchas. Le ofrecían a cada momento tostadas con manteca caliente, una delicadísima atención que el capitán apreciaba más aún por haberse pasado bastante tiempo cenando en el camino con caravanas persas. La flexibilidad georgiana se advierte en sus distintas formas de complacer a sus diversos huéspedes: tostadas con manteca para el capitán Wilbraham y bayaderas y escaramuzas con bandidos para Alejandro Dumas, quien, veinte años antes, visitara Georgia en busca del más vívido color local y a quien no permitían que se decepcionara.

Con tostadas o sin ellas, el capitán no parece haberse mostrado muy satisfecho: no tenía el sentido infantil del asombro de Dumas. Se quejó de falta de cultura en la sociedad georgiana. Las damas estaban demasiado pintadas, lo cual les daba un aire audaz; y las enloquecía el vals y se pasaban el tiempo bailándolo. El visitante culpó de todo esto a la occidentalización, exageradamente rápida, de la provincia.

* * *

En el cuartel general, el ejército estaba en tensión. Los soldados hacían constantes prácticas y lustraban sus equipos, para satisfacer la obsesión del Emperador por los detalles militares. Los oficiales del estado mayor ensayaban sus explicaciones, sino sus excusas, por el hecho de que la guerra se siguiera librando furiosamente. Algunos de los oficiales, los degradados y reducidos a la condición de soldados rasos o exilados al Cáucaso, para servir durante un período indefinido en el ejército del sur, por orden del propio Zar, se sentían muy inquietos. Temían

que el monarca los viese. Nicolás I tenía muy buena memoria. Recordaba cada rostro, cada defecto, cada caso.

Un infortunado joven, acantonado entonces cerca de Tiflis, tenía especial motivo para temer la visita imperial. Antaño era el oficial de guardia en uno de los baluartes de San Petersburgo en una noche de tormenta y le pareció que podía irse a dormir, dejando la vigilancia a cargo del sargento. Pero por desgracia el Zar, quien recorría en su trineo la ciudad, se detuvo y no lo encontró de guardia. Cuando el joven despertó, vio con horror al monarca parado a su lado.

—Venga conmigo —dijo el Emperador, con siniestra calma—. Venga tal como está.

El desdichado oficial ocupó su sitio en el trineo abierto, junto al Zar, vestido solamente con su camisa de noche. Al llegar al Palacio de Invierno, muerto de miedo y de frío, le dijeron que esperase en la guardia durante el resto de la noche. Al día siguiente, lo enviaron a servir al Cáucaso y tuvo que hacer todo el viaje (por orden del Zar), vestido solamente con su camisa de noche. Sobrevivió milagrosamente y sirvió durante muchos años como soldado raso; después, lo perdonaron y trasladaron a Hungría, donde murió combatiendo en los regimientos rusos que fueron enviados para reprimir la rebelión húngara de 1848.

II

Cuando Nicolás, el "Zar de Todas las Rusias", partía de San Petersburgo para recorrer sus vastos dominios, acostumbraba usar un pequeño y veloz carruaje que viajaba con una velocidad temeraria. A lo largo de toda la ruta había preparados relevos, ya que la menor demora lo irritaba. Su séquito estaba siempre jadeante: se quejaba de no tener tiempo para comer o dormir. En esos viajes acompañaba siempre al Zar el conde Adlerberg, su amigo y confidente de toda la vida, quien cuidaba de no aconsejarle siquiera un alto de media hora.

Todas las Rusias desfilaban ante ellos: la Bielo Rusia, o Rusia Blanca, la Veliko Rusia o Gran Rusia, la Malo Rusia o Pequeña Rusia. Y todas ellas, estaban bajo la férrea presión del Zar. Sobre la satinada placidez gris de los grandes ríos, se reflejaban las ciudades provinciales. Las mismas cúpulas azul y oro de la iglesia y el monasterio, el mismo juzgado de estuco amarillo y blanco con su doble águila imperial, el mismo tarantás —o coche típico ruso— estacionado ante el edificio del correo; las mismas cercas blancas flanqueadas por gigantescos girasoles; la misma avenida de abedules plateados, donde, en verano, se paseaba una mujer con una sombrilla y parecía un resplandor rosáceo sobre las quietas aguas; en invierno, un trineo que corría velozmente sobre la nieve se trocaba en una oscura veta sobre la pulida superficie del hielo.

La vida que se reflejaba allí era vacua: visitas, valses, siestas,

habladurías, muchas estufas en las habitaciones. Todo el insignificante protocolo de la sociedad provincial que ansiaba percibir los ecos de la capital, que vivía una existencia de fracaso y afectación. El médico, el abogado, el comandante retirado y la engreída coqueta, taimados sacerdotes de pueblo chico, seguros de su influencia, el clero pintado por Leskov; aquélla era la sociedad que inmortalizara Gogol en "Las Almas Muertas" y sobre la cual escribió en 1837, cuando Dickens creaba su "Oliver Twist" y Stendhal "La Cartuja de Parma", mientras el Zar se lanzaba impetuosamente hacia sus dominios del sur, rumbo al Cáucaso.

III

El 21 de octubre, el Zar llegó a Tiflis. Estaba lloviendo desde hacía varios días, de modo que su entrada a la ciudad, escoltado por una bandada de veinticuatro príncipes georgianos, cuyos espléndidos y pintorescos atavíos estaban salpicados de barro, perdió en gran parte su brillo. Llovía tan torrencialmente que las muchedumbres pronto se dispersaron, quedando sólo unos pocos mirones resueltos, con el fango hasta las rodillas, cuyos vítores apenas arrancaban ecos al pasar la comitiva imperial. El Zar sufría los efectos de su largo viaje. En Mingrelia, las pulgas no habían respetado a la regia persona y los helados vientos otoñales inflamaron su rostro: Nicolás estaba irritado y tenía el cuerpo hinchado, distando de irradiar su seducción personal de costumbre.

Pero, con lluvia o sin ella, la ciudad en general le dispensó una magnífica bienvenida. Las angostas calles del barrio antiguo estaban adornadas con guirnaldas de jazmín y laurel, que pendían desde un balcón hasta otro. Cada casa, rica o pobre, colgó sus mejores alfombras, en un vistoso aunque húmedo despliegue. En los bulevares nuevos estaban alineadas las tropas y tañían las campanas, ya que todas las iglesias le daban la bienvenida al Defensor de la Fe, el Zar Blanco, su protector. El sonido de las campanas llegaba hasta los bosques que ocultaban las idas y venidas de los innumerables espías tártaros de Shamyl, quienes acechaban, escuchaban, hacían incursiones, sin cejar jamás en su plan de derrotar a Rusia en el Cáucaso.

De noche, cuando se encendieron las luces en Tiflis, mil cirios de cera iluminaron la catedral o se reflejaron en los brillantes pisos del salón del gobernador, mientras se veían fulgores entre las acacias y los eucaliptos de los parques, sobre las colinas que dominaban la ciudad. Eran las señales luminosas de Shamyl, una cadena de comunicaciones que se extendía a través de las montañas que conservaba aún.

* * *

En los cuarteles del estado mayor, los generales rusos se veían enfrentados ahora con un deber muy desagradable. Alguien debía decirle

al Emperador que no se efectuaría la ceremonia de la rendición de Shamyl. Éste se había negado a parlamentar con Klugenau, rechazando también una carta posterior, concebida en los términos más generosos y que lo incitara nuevamente a capitular. Dos días antes de la llegada del Zar, un emisario chechén trajo la última palabra de Shamyl al respecto.

"Del humilde autor de esta carta, Shamyl, quien deja todas las cosas en manos de Alá. Ésta es para decirte que estoy resuelto a no ir a Tiflis, aunque me despedacen por haberme negado. Porque ya he experimentado tu traición y esto lo saben todos los hombres".

Cuando el Emperador leyó esta carta, su imperial disgusto se acentuó. Le habían fastidiado muchos aspectos del ejército que descubriera durante su viaje a Tiflis, hallaba mucho que criticar en la conducción de la guerra. En realidad, toda aquella situación le parecía inexplicable. ¿Por qué se arrastraba la guerra año tras año? ¿Por qué se necesitaban cada vez más hombres? ¿Por qué se arrojaban cada vez más equipos a la lucha? Aquellos asiáticos se estaban ensoberbeciendo demasiado. Las cosas tenían que cambiar. Después de haberle dicho a su estado mayor lo que pensaba de todos ellos, el Zar se alivió destituyendo al barón Rosen, el comandante en jefe, y luego, durante un desfile ceremonial, sin la menor advertencia, le arrancó a Dadiani, el príncipe de Mingrelia, sus charreteras, degradándolo a la condición de soldado raso, mientras esperaba el consejo de guerra. La penosa escena fue presenciada no sólo por todas las tropas, sino también por lo más granado de la sociedad georgiana, entre ella la joven esposa del Príncipe, su familia y todos sus parientes políticos. El príncipe Dadiani era coronel de los granaderos de Georgia, yerno del gobernador y edecán del Zar. Lo acusaban de cohecho y de usar a gran número de soldados de su regimiento en sus empresas privadas. Las quejas habían llegado a oídos del Zar apenas entró a Tiflis y no tardó en desahogar su ira sobre el infortunado Dadiani.

A la noche siguiente, hubo un baile de gala, al cual asistieron todas las beldades georgianas y autoridades nativas con su atavío típico, irradiando un bárbaro esplendor. El Emperador abrió el baile danzando una polonesa con una princesa georgiana de sangre real. La madre y las hermanas del príncipe Dadiani estaban presentes, tratando de ponerle a mal tiempo buena cara; pero poco después el Príncipe, reducido a servir como soldado raso, se suicidó.

V

En Tiflis, el comité de recepción hizo los esfuerzos más febriles para proporcionar un programa digno del Emperador. Su Majestad Imperial necesitaba distracción, decían sus edecanes, acobardados, como el resto del mundo, ante la centelleante mirada de aquel Júpiter tonante. En vano el patriarca de la Iglesia georgiana condujo personalmente al

Zar a la Catedral de Sión para una misa de Acción de Gracias. En vano dio la nobleza suntuosos bailes, cenas y recepciones. En vano se engalanaron las beldades georgianas con sus atavíos nacionales y flotantes velos. El Emperador estaba evidentemente abstraído, por no decir irritado.

—Sólo tengo ojos para mi ejército —confesaba.

En vano le ofrecieron sus huéspedes el pasatiempo de un baño turco, uno de los célebres baños de vapor de Tiflis y le ofreció la familia Tchavtchadzé la hospitalidad de su bella heredad de Tzinondali, que quince años después quedaría reducida a ennegrecidas ruinas saqueadas, mientras que su servidumbre murió y la princesa Anna y su familia fueron raptadas y retenidas como cautivas en el aúl de Shamyl. Y cuando los hijos de un flamante orfanato que gozaba de la protección imperial recitaron mil estrofas de "El Caballero con piel de tigre", la epopeya escrita por el más grande de los poetas de Georgia, Shota Rustaveli, muerto siete siglos antes, el Zar siguió mostrándose malhumorado y caviloso.

VI

Aunque la visita del Zar no podía considerarse un éxito en el sentido social, dio frutos desde el punto de vista militar. El monarca comprendió que no podía dirigir personalmente, desde el Palacio de Invierno, todas las fases de la campaña. Ahora, comprendía la necesidad de delegar sus poderes. Por más que le desagradase hacerlo, le dio mayores facultades y más libertad de acción al sucesor del barón Rosen, el general Golovin, exponiéndole con glacial precisión lo que esperaba de él. En primer lugar, una ofensiva contra los fuertes del Mar Negro que estaban en poder de tribus hostiles; luego, una limpieza, o campaña final, en las regiones del alto Samour; finalmente, la conquista de Chechnia y el Daghestán, debiendo incluir esto último la captura o muerte de Shamyl. El programa expuesto era imponente y el general Golovin se consagró a planear las tres campañas, con tres ejércitos independientes. Si bien los dos primeros proyectos se pusieron en práctica y fueron campañas dilatadas e indecisas que duraron muchos años y que libraron muchos generales sucesivamente, el tercero, el de derrotar a Shamyl y sojuzgar a los chechenes y daghestanos, fue, en realidad, la campaña clave y que nos interesa más aquí. Se le confió el comando al conde Grabbé, quien recibió del Emperador buenos augurios para su campaña. Quizás el Zar adivinase toda la magnitud de la empresa que esperaba a Grabbé, ya que, cuando se disponía a subir a su carruaje para marcharse de Georgia, les dijo a sus generales y oficiales del estado mayor algunas palabras de elogio.

Segunda parte

12

EL EXCESO

En Rusia, si no se alcanza el objetivo, siempre se lo excede.

MADAME DE STAËL.

Se ha dicho que Rusia no es un estado sino un mundo, un mundo donde todo está en otra escala, donde prevalece el exceso. El derroche es la característica predominante de los rusos. El ritmo de sus vidas cotidianas les parece, a otros pueblos menos derrochadores, un compuesto de violencia e inercia, ambos llevados a los extremos, en el amor o en la guerra, la política, las relaciones humanas, la arquitectura o cualquier otra cosa. Las guerras múridas acercaron ambos extremos. Los ilimitados horizontes rusos fueron detenidos bruscamente por las altas cumbres, igualmente ilimitadas, de las montañas. La horizontal chocó con la perpendicular. Los rusos combatieron con los tártaros, los cristianos con los musulmanes; el hombre de las llanuras enfrentó al montañés. El norte invadió el sur. Ambos eran violentos; ninguno de ellos conocía la transacción en ese conflicto. El orgullo inflexible del Zar, su disciplina de hierro y su amor al poder por el poder, se pagaban con sangre y angustia, como el fanatismo de Shamyl. Era un duelo de dos hombres extremados.

Hemos visto cómo vivían y morían los caucasianos por razones extremas. En Rusia, el mismo exceso se observaba tanto en la vida como en la ficción: y los gigantes políticos rusos contemporáneos son precisamente extremados. "Rusia nunca será protestante, nunca será el *juste milieu*", escribió Alejandro Herzen a mediados del siglo XIX, en su ensayo "Rusia y la revolución socialista". A lo largo de toda la literatura rusa, rastreamos sentimientos violentos y acciones excesivas. Algunos personajes de Dostoiewski le parecen casi incomprensibles al Occidente, más contenido. El Oblomov de Goncharov llevó su inercia a extremos tan violentos que se pasó toda la vida sobre el sofá.

El conde Besborodko, un entusiasta jugador de whist, hacía dis-

parar un cañonazo cada vez que su adversario "pasaba". Otro apasionado caballero, al ver postergada sin cesar la respuesta de la dama de sus sueños porque ella le prometía contestarle "cuando llegaran las nieves" no quiso esperar más: y una noche oscura, hizo desparramar centenares de toneladas de sal alrededor de la casa de su amada. Al día siguiente, fue a verla y dijo:

—Contésteme: aquí está la nieve.

Y no nos sorprende enterarnos de que terminó por conquistar a la dama. La familia de Alejandro Pushkin, tanto la rama de linaje ruso puro como la que descendía de Aníbal, el protegido etíope de Pedro el Grande, era, en todos los sentidos, excesiva: hasta llegó al extremo de ahorcar en el patio a un preceptor que se había equivocado.

* * *

El poderoso Potemkin era la apoteosis, la encarnación de todo el exceso ruso, con sus apetitos insatisfechos, sus furiosas energías, sus ilimitadas decisiones e incongruencias.

—Soy el niño mimado de Dios —acostumbraba decir.

Después de haber complacido todos sus caprichos, se casó con la Emperatriz, fundó el imperio de Catalina, acumuló fortunas colosales, les hizo el amor a un centenar de mujeres; y arrebujado en suntuosas vestimentas, se quedaba sentado, royendo nabos crudos y cavilando en el vasto Imperio ruso que edificaba para su Catalina.

Hasta en campaña y en su campamento, Potemkin gustaba de crear a su alrededor la misma suntuosa atmósfera que existía en Tsarskoie-Selo. Sus tiendas de campaña de seda estaban adornadas con espejos dorados y urnas de malaquita. A veces, vestía con el mismo esplendor, se ponía pomada y se perfumaba y vestía su casaca centelleante de diamantes, mientras trabajaba en los documentos de Estado con tan salvaje energía, que dejaba al borde del desmayo a relevos enteros de secretarios. En otras ocasiones, durante días, no se molestaba en vestirse y hasta acudía a las recepciones de gala o a los bailes envuelto en una bata andrajosa (aunque con forro de armiño) salpicada de manchas de tinta y grasa, debajo de la cual se arrastraba por el suelo una arrugada camisa de noche y asomaban sus piernas desnudas y velludas y sus pies metidos en pantuflas turcas. Después de haberse comido no menos de quince platos de sopa de coles, con intervalos de pocos minutos, bramaba pidiendo café. Y cuando se lo traían, lo rechazaba, mientras se acumulaban las lágrimas en su ojo único de cíclope.

—Llévenselo... Yo sólo quería desear algo. Ustedes me han arrebatado mi placer...

Aquel niño mimado de Dios fue amigo del exceso hasta el fin. Lejos de su amada Emperatriz, la muerte lo alcanzó en el sur, cerca de Jassy, cuando se dirigía a su casa. Ordenó que su gran carroza dorada se detuviera.

—Sáquenme de aquí —dijo—. Quiero morir en un campo.

—Vivió entre el oro, pero murió entre la hierba —dijeron los cosacos, contemplando su enorme cuerpo.

No pudieron hallar ninguna moneda de oro que cerrara su único ojo: pero una moneda de cobre de una kopeika bastó. Ello estaba en consonancia con aquel gigante ruso, cuya vida había oscilado siempre entre ambos extremos.

II

El exceso.. y su retoño, la excentricidad: ¡cómo colorea esto el sombrío paisaje ruso! ¡El peinador favorito de la condesa Saltikov, retenido en una jaula por temor a que se sintiera tentado de trabajar para otro, y el arquitecto italiano de Iván el Terrible, a quien vaciaron los ojos después de haber terminado la iglesia de Vassili Blayennoie, porque aquel edificio debía ser único! Se conocen casos de malvados terratenientes que obligaron a las siervas a abandonar a sus hijos para alimentar mejor a cachorros de galgos pura sangre con su leche. Nobles fabulosamente ricos mandaron a sus mayordomos a Dresde o a Sèvres a comprar servicios de vajilla de quinientas piezas, que fueron trasladadas luego laboriosamente en carreta a Moscú o a Riazán o a cualquier otra provincia, donde, en una orgía espléndidamente desmedida, después de ser cargada con un festín pantagruélico, lechoncillos, carpas rellenas y esturión, esa vajilla fue usada como blanco para un concurso de tiro.

El conde Skavronsky, un músico entusiasta, obligaba a toda su familia a hablarle recitando. Otro noble nunca se arriesgaba a emprender un viaje sin que lo acompañara una vaca para proporcionarle leche fresca y veinte coches cargados de actores y músicos. Los quince mil vestidos de la emperatriz Isabel revelan idéntica extravagancia, mientras que su costumbre de cortarle la lengua a todo aquél que mintiera contradecía su absoluta negativa (por razones humanitarias) a firmar una sola sentencia de muerte.

Así como las grandes casas rusas estaban repletas de un excesivo número de criados (la condesa Orlov, con ochocientos, se quejaba de que nunca podía conseguir un vaso de té cuando lo quería), así también un prodigioso número de huéspedes llegaba sin cesar, pero rara vez se marchaba. El tiempo y la distancia se calculaban en Rusia de una manera distinta; pero, en cierto modo, eran independientes. Si, para visitar a unos amigos, había que viajar mil kilómetros o más, en coche o en trineo, la gente era capaz de empacar sus cosas y de mudarse por toda una temporada. El tiempo parecía tan carente de dimensión como el país. Algunos visitantes venían a pasar el verano y se quedaban diez años. Otros, vivían en un ala lejana de la casa y nunca descubrían el camino del comedor ni se encontraban con su anfitrión, quedándose a comer con los demás huéspedes, los parientes pobres, los preceptores, las damas de compañía y las institutrices francesas cuya permanencia había

excedido el término de su utilidad. Allí se quedaban, embalsamados en aquel universo de vacío, y la vacuidad de sus días era interrumpida ocasionalmente por el ruido de los coches o el doblar de las campanas; un repentino soplo de vida que anunciaba la llegada o la partida de la familia que había olvidado su existencia o que —llevando al exceso hasta la vaguedad— nunca la había notado.

El ejército ruso reflejaba también este exceso. Durante el reinado de Pablo I, a los soldados los despedían del propio campo de desfile militar y los enviaban al norte encadenados porque les faltaba un botón en el uniforme. Los oficiales acostumbraban llenarse los bolsillos de todos los billetes de banco disponibles, para que, si los exoneraban sin aviso previo, no les faltara dinero en el destierro. Hasta en su ciega devoción a la corona, la casta militar rusa revelaba su exceso. Se cuenta que un centinela, al encontrarse con una banda de agitadores borrachos, recibió un escupitajo de uno de ellos. Al volver a su cuartel, después de haber terminado sus tareas del día, se suicidó de un pistoletazo, dejando una carta en la cual manifestaba que, habiendo sido deshonrado el uniforme del zar por un escupitajo del populacho mientras *él* lo usaba, no le quedaba otra solución. Y todos convinieron en que aquel fin era digno de él.

* * *

Durante el siglo XIX, Roma tuvo muchas oportunidades de observar el exagerado temperamento eslavo. Muchos de los emigrados rusos ricos afluían allí, concentrándose en torno de la familia Volkonsky, que ha dejado en la ciudad la Villa Volkonsky y la Vía Volkonsky. La princesa Sofía temía una escasez de leña en sus propiedades rusas, donde numerosos bosques se extendían hacia el norte, y desconfiaba de las riquezas del resto de Europa, viajando siempre con un enorme baúl lleno de leña. Otra princesa, Zinaída Volkonsky, quien se había convertido al catolicismo y era adorada por los pobres de Roma a causa de su extravagante bondad, vio a una mendiga que dormía en un umbral y se quitó sus enaguas para abrigarla. La consecuencia fue que volvió a su casa estornudando y murió a causa de una neumonía.

III

Entre los clásicos idealistas rusos y soñadores políticos del siglo XIX, tales como Herzen, Bakunin y Ogarev, el exceso se trasparentó en toda la sombría trama de su existencia. Vidas enteras se derrochaban en conversaciones, en interminables discusiones políticas, en viajes superfluos emprendidos bajo el impulso del momento. Los exilados rusos observaban ávidamente las campañas de Shamyl. Se oponía a las fuerzas reaccionarias del Zar. ¡Era un aliado de ellos!

El exagerado temperamento eslavo podía rastrearse en todas las

clases sociales y en ninguna parte era más marcado que en la actitud negativa de toda la nación ante el sufrimiento. *Toscá*, una especie de dolor íntimo, una neuralgia del alma, una mezcla de *cafard* y de esplín, impregnaba el temperamento ruso en el siglo XIX (pero sigue siendo el signo característico del emigrado, no avasallado aún por la vida colectiva ni por los planes quinquenales de la Rusia contemporánea). *Dushá*, el alma, representaba por lo general al alma sufriente, y era siempre un tema de discusión introspectiva entre los rusos de esos tiempos, tales como los pinta su literatura. Esto ocupaba un lugar especial, convirtiéndose en un atributo nacional, casi un motivo de orgullo... como el sexo para los franceses.

A los campesinos rusos, sobre todo, les gustaban las canciones que hablaban de su sufrimiento... no el del cuerpo, como se habría podido esperar, sino el del alma. Aquello nacía de su desesperada condición social. Para las clases medias, se debía al aturdimiento imperante en sus vidas; mientras que la hartura y la egolatría lo hacían más intenso aún en la aristocracia. Hasta los mercaderes ricos y la nobleza adherían a ese culto. Los rusos nacionalizaban su dolor. La Lizaveta Prokofievna de Dostoiewski, señalando a Mishkin, dice: "He llorado de una manera realmente *rusa* por él".

El sufrimiento del alma no se limitaba a las fronteras del país: los rusos del siglo XIX se lo llevaban al exilio político, junto con sus samovares e íconos, y allí se los podía ver, sentados en los cafés, discutiendo sobre el estado de sus almas con tanta seriedad como si se tratara de cualquier programa constructivo. Esos hombres eran una extraña fusión de desesperación y optimismo, de planes grandiosos, inutilidad y pequeñas rencillas. Con el tiempo, los anarquistas y terroristas desalojaron a los primeros idealistas, pero hasta ellos solían interrumpir sus experimentos con la fórmula de una nueva bomba para discutir abundantemente sobre las miserias del alma. No sólo de bombas vive el hombre.

Hoy, los pueblos rusos, aunque conservan cierto fatalismo oriental, han aprendido a sustituir la inutilidad por la intención y a sublimar los sentimientos que hacían estragos en Herzen y su círculo. Esos primeros idealistas irradiaban el último resplandor de los sufrimientos puramente personales. El partido reemplazó a las personas y nació el comunismo. Un efervescente sentimentalismo se canalizó en un todo colectivo, en el cual la acción, los planes quinquenales y los esfuerzos sobrehumanos causaron el efecto de la terapia ocupacional y superaron los últimos y débiles ecos de la *toscá*.

Pero el exceso perdura: es el núcleo de los pueblos rusos, su fuerza y su debilidad, es a un tiempo su desahogo cómico (para el espectador) y su gloria. Es la clave de su pasado y su presente y debe modelar también su futuro. Quienquiera haya conocido al pueblo ruso y vivido en medio de él, el que se haya impregnado de su literatura y estudiado su historia, advierte esa cualidad o fuerza elemental que es el exceso.

13

EL REHEN

Ay es el Supremo Nombre de Dios: lo pusieron sobre la tierra para ayudarles a los que sufren a tomar aliento.

SARI SAQUATI.

El segundo asedio y caída de Akhulgo, en 1839, puede considerarse el punto crítico de las guerras múridas. Lo sucedido allí acentuó la decisión de Shamyl; nada podía desviarlo ya de su venganza. Ahora, libraba una guerra intensificada por el odio personal y el deseo de desquitarse.

En mayo, Shamyl se había retirado a Akhulgo, para esperar allí con fatalismo el inevitable ataque ruso. ¡Que se cumpliera la voluntad de Alá! Había hecho todo lo posible para preparar la fortaleza y ésta era casi inexpugnable, ya que la rodeaban por tres lados un recodo del río Andi Koisou y cumbres y hondonadas. En aquella formación rocosa había una especie de doble meseta donde se hallaban los aúles del Viejo y el Nuevo Akhulgo: los acantilados, cortados a pico, pendían por momentos sobre las gargantas del río que fluía abajo. Las dos partes del aúl estaban separadas por un terrorífico abismo, en el cual fluía un río menor, el Ashilta, un afluente del Koisou. El único medio de llegar de un aúl al otro, era un angosto puente de tablones, colocado a veintitantos metros de altura sobre el río. Antes de la aparición de la artillería pesada, no se podía tomar por asalto semejante fortaleza. Shamyl se apostó pues allí, esperando el ataque, sino con complacencia, con calma.

Toda su familia se había congregado a su alrededor: su madre, su hermana, su esposa Fatimat y Djemmal-Eddin, y otra de sus esposas, Djavarat, con su hijito de dos meses Saïd. Nada se sabe sobre Djavarat. El caudillo no se había casado con ella, como con una de sus últimas esposas, Zaïdate, por razones políticas; tampoco era una cautiva, como Shouanete. Si tenemos en cuenta el apasionado amor de Shamyl por

Fatimat y su austeridad, lo más probable es que ese matrimonio se haya debido al deseo del guerrero de tener hijos, combatientes que siguieran la lucha por él.

La imprevista llegada de un gran número de civiles, mujeres y niños que huían del avance ruso, conmovió su fe. Cuando los naibs le hicieron notar que ahora habría mil o más bocas extras que alimentar, no se mostró receloso. Todo estaba en manos de Alá. Después de inspeccionar sus defensas, se retiró a la mezquita para meditar y orar. Al anochecer, aparecía por lo general sobre el romo tejado y encabezaba a la guarnición congregada allí que entonaba el "Salmo de Shamyl", que él mismo compusiera poco antes. Era una canción sombría y la menos indicada para elevar la moral de lucha de la guarnición.

Con todo, en aquella escabrosa tierra solían presentarse las diversiones más sorprendentes: por ejemplo, a los organillos, sea que ejecutaran una melodía o fragmentos irreconocibles, los apreciaban mucho en los aúles, "que, según parece, eran el destino final de todos esos instrumentos musicales cuando los habían gastado mucho sus servicios en Europa", escribe un viajero asombrado.

* * *

El 29 de junio, al amanecer, los rusos atacaron. Las algodonosas nubecillas de humo de sus cañones salpicaron el cielo estival y empezaron a crepitar columnas de fuego alrededor de los contrafuertes de madera de las defensas múridas. Al promediar la mañana, emplazaron dos baterías al pie de la roca que erguía su mole imponente a gran altura. Sus comandantes pidieron voluntarios: el cometido de éstos era escalar los peñascos y abrir una brecha en las murallas de Akhulgo.

La orden era de ejecución imposible para los soldados rusos, indefensos ante la lluvia de piedras y leños llameantes que arrojaban sobre ellos los múridas. Cada vez que trataban de hacer pie en la lisa fachada de la roca o lograban alcanzar algún pliegue trepando el uno sobre los hombros del otro, atraían el fuego de las torres de atalaya laterales de Shamyl (aunque, a esta altura de la lucha, los múridas preferían generalmente no disparar, confiando en sus venablos y dagas, con las cuales apuntaban cuidadosamente desde arriba). Al anochecer, trescientos cincuenta rusos habían muerto y la fachada del acantilado estaba tinta en sangre. Pero hasta el valor más desesperado era inútil y los atacantes se vieron obligados a retirarse.

En la fortaleza, Shamyl había perdido a algunos de sus mejores combatientes. Después de cuatro días de calma, los rusos reanudaron el ataque. De Temir-Khan-Shoura llegaron baterías de campaña y municiones y una batería nueva y mejor emplazada fue ubicada sobre las rocas del este, fuera del alcance de los mosquetes múridas; esos cañones atacaron ahora las murallas principales de Akhulgo y las redujeron a una masa de escombros, debajo de la cual quedaron sepultados vivos

muchos de los múridas. Pero Akhulgo se seguía defendiendo, sin que su furor amainara. Cada vez que los generales rusos se mostraban convencidos de que la fortaleza había caído y enviaban a sus tropas a ocupar las ruinas, eran acogidos por una terrible resistencia desde cerca. A poco, se advirtió que sólo habían sufrido las defensas interiores. La fortaleza sobrevivía y luchaba desde las profundidades de la roca y estaba casi intacta. No había modo de combatir cuerpo a cuerpo con la guarnición. Su provisión de víveres era abundante. Tenía pozos y por lo tanto podía mantenerse allí indefinidamente, matando a los invasores uno por uno cuando trataban en vano de escalar los cerros. El 12 de julio llegaron nuevos refuerzos rusos, pero, como habían venido a marchas forzadas del Daghestán Sur, no estaban en condiciones de combatir inmediatamente y se unieron a la creciente masa de hombres y abastecimientos que se acumulaban en el valle, al pie de Akhulgo.

Por más francotiradores que partieran al amparo de las tinieblas, pocos volvían y la roca seguía siendo inexpugnable. Los rusos llegaron a la conclusión de que, antes de volver a atacar, necesitaban escalerillas de escalamiento, sogas para izar los cañones y un sistema de canastos y poleas que permitiera franquear con los hombres y la artillería un profundo barranco existente entre ellos y el acceso menos peligroso. Cuando lo consiguieron, bajo una lluvia de balas, empezaron a maniobrar para tomar posiciones en sitios desde los cuales se pudiera tratar de penetrar en el baluarte de Shamyl. Sus pérdidas eran enormes, pero después de otra semana de incesante cañoneo, día y noche, el general Grabbé comenzó a creer en los informes de sus espías —tribeños renegados— seguros de que el fin estaba próximo. Las pérdidas de Shamyl, afirmaban, habían sido más serias de lo que se suponía.

Ahora, los baluartes externo e interno estaban destruídos: escaseaban los víveres, ya que habían sido alcanzados los depósitos principales. No había ganado utilizable, porque no existían forrajes. La población estaba agotada por el incesante cañoneo. Además, ahora rodeaban a la gente muertos sin sepultar. Esto era de un efecto horrible, ya que el hedor le causaba náuseas a la guarnición múrida y hasta llegaba, en horribles ondas, hasta los rusos que estaban muy lejos, allá abajo. La tórrida temperatura del sol veraniego fustigaba tanto a los muertos como a los moribundos y las moscas atormentaban a los vivos, mientras que los buitres acudían en bandadas desde muchos kilómetros a la redonda y se posaban cavilosamente sobre las ruinas. El agua estaba contaminada. Por mucho que desdeñaran a la muerte los tribeños, ninguno quería dejar insepultos a sus muertos en el campo de batalla; y ahora mismo, aunque cualquiera de ellos estaba dispuesto a arrojarse desde las fortificaciones al vacío, ninguno habría aceptado deshacerse de sus muertos así. Por lo tanto, los cadáveres yacían apilados, cubiertos parcialmente de escombros, en un caos espantoso.

Cuando le comunicaron al conde Grabbé —lo cual distaba de ser cierto— que Shamyl se disponía a huir, decidió que había llegado la hora

de lanzar el ataque final. Envió a tres columnas: la primera avanzó a lo largo de un angosto cerro, en fila india, llevando las escalerillas de escalamiento y el equipo, protegida por las baterías de las colinas opuestas. Pero desde lo que parecía ser una fachada de acantilado desierta, lanzaron sobre ellos un torrente de mortífero fuego. Luchando contra ese fuego, se esforzaron en llegar a un ancho pliegue o plataforma, desde donde confiaban en alcanzar las ya destruídas murallas de la parte más alta. Vista desde abajo, con los catalejos de los oficiales del estado mayor, aquella plataforma parecía un excelente trampolín para el ataque. Pero al llegar allí, las tropas que sobrevivieran a las balas múridas se vieron barridas por el fuego cruzado de dos casamatas ocultas en la roca e invisibles desde las posiciones rusas.

Ahora, seiscientos rusos, la mitad de ellos heridos o moribundos, estaban apiñados sobre la plataforma: a cada lado, tenían un abismo, arriba se alzaba una escarpada roca y su única línea de retirada soportaba un violento fuego. Aquello fue una masacre. Los hombres se tambaleaban y resbalaban en su propia sangre y caían al precipicio; poco después, los múridas pudieron elegir a cada uno de los oficiales, permitiéndose el lujo de apuntar contra ellos despaciosamente, prefiriéndolos a los soldados y ahorrando municiones. Sabían que la debilidad, la intemperie y el barranco acabarían con la mayoría de ellos por la mañana. La segunda columna, al acercarse por otro camino, pronto fue liquidada por muchas enormes rocas que lanzaron sobre ella: sus soldados quedaron aplastados y las rocas y sus restos bloquearon el angosto desfiladero, acrecentando así las defensas naturales de Akhulgo.

La tercera columna, al acercarse por otro camino, logró llegar sin oposición a algunas de las defensas exteriores: pero entonces, en un pliegue rocoso que daba sobre un precipicio, se lanzó sobre ellos una ola de mujeres y niños desde las ruinas. Las mujeres vestían ropa de hombres (para desorientar a los rusos sobre el número de soldados) y de acuerdo con la tradición de sus antepasadas las amazonas, se lanzaron sobre el enemigo con las espadas desenvainadas, mientras que los niños, blandiendo puñales, uno en cada mano, se arrastraban debajo de las bayonetas rusas para desgarrarles los vientres a los soldados; cuando caían los niños, sus madres aferraban sus cadáveres y los lanzaban sobre el enemigo que se acercaba o saltaban como unas furias sobre los fusiles y se lanzaban con ellos al abismo, muriendo para que hubiese un fusil menos que disparara contra Akhulgo. Una vez más, los comandantes rusos tuvieron que retroceder, para planear otro ataque.

En el aúl, las cosas distaban de ser tan sombrías como lo pintaran los espías tártaros. Shamyl había logrado ya evacuar durante la noche a la mayoría de los heridos, a través del río Koisou y obtener refuerzos de otros aúles. A Akhulgo estaban llegando suministros de municiones y víveres, ante los propios ojos de los francotiradores rusos. Mientras tanto, los soldados de Shamyl bajaban de noche de los acantilados con cuerdas y traían agua de río para reemplazar la de los pozos contami-

nados. En esas condiciones, el asedio podía continuar durante todo el invierno, ese cruel invierno nevado de las montañas caucásicas que causaba tantos estragos entre las tropas rusas.

Durante una pausa de la lucha y mientras ambos bandos se estudiaban mutuamente, Shamyl y los naibs volvieron a sus plegarias y a su meditación, pasando la mayor parte del tiempo en la mezquita que seguía en pie, aunque su minarete había sido demolido por los morteros rusos. Mientras tanto, las mujeres comenzaron a salir en avalancha de las cavernas y las ruinas. Inmediatamente, se dedicaron a darle un aire doméstico al escenario, construyendo pequeños hornos de arcilla para cocer el pan, retirando los escombros, puliendo las lámparas de cobre de la mezquita y sacudiendo las bellas alfombras de oración, que ni siquiera la firme decisión de Shamyl le había negado a la mezquita de su fortaleza. Además, dejaban sus espadas para remendar sus vestidos rotos y sucios después de la batalla o para reparar sus zapatos y las cherkeskas desgarradas de los guerreros. Los niños sobrevivientes jugaban en rincones protegidos, retozando y soleándose, como animalitos escapados de la sombra de las cavernas. Los que tenían más de cinco o seis años, practicaban el lanzamiento de la jabalina o aguzaban expertamente sus kindjals.

Entre aquellos chiquillos se podía ver a un niño de ocho años, el primogénito de Shamyl, Djemmal-Eddin, destinado a desempeñar un papel tan significativo en las guerras múridas. Era una criatura delgada, cavilosa, muy pálida, con los enormes ojos negros y sesgados de su madre y una sonrisa muy dulce. Su porte era altivo, seguía a su padre a todas partes y era ya un consumado jinete y tirador y había acompañado ya a Shamyl en varias incursiones, esgrimiendo un *kindjal* que parecía harto pesado para él. Esto no era insólito en el Cáucaso, donde un niño de doce años era considerado ya un guerrero. Los niños suanecianos, a quienes nutrían relevos de amas de cría hasta los diez años, alcanzaban una talla gigantesca y podían dar buena cuenta de sí en la batalla hasta a los siete años de edad. Durante todo el asedio se pudo ver a Djemmal-Eddin a un paso de su padre sobre las almenas, en la mezquita o en los consejos de guerra múridas.

* * *

En las tiendas de campaña rusas, el conde Grabbé y su estado mayor celebraban constantes conferencias. Llegaron a la conclusión de que sólo se podría tomar Akhulgo si lograban cortarle todas las líneas de abastecimientos y cercarla por completo, reconstruyendo los puentes en ruinas que cruzaban el Koisou, lo cual les permitiría dominar el territorio existente detrás del fuerte, la ruta usada por las fuerzas de socorro de Shamyl. Dedicaron todo un mes a la ejecución de ese propósito. Por fin, construyeron un puente, a pesar de la furiosa oposición de los múridas, quienes, con todo, no le podían resistir a la artillería

rusa en campo abierto. Llegaron más refuerzos rusos por vía de Ghimri, que, por ser el pueblo natal de Shamyl, el caudillo confiaba le seguiría siendo leal y se opondría al enemigo común. Pero Ghimri no hizo nada y a las columnas rusas las dejaron pasar sin dificultad, algo que Shamyl nunca perdonó. Los rusos emplazaron pesados cañones de campaña en nuevas posiciones. En aquel territorio solía requerirse una semana para trasladar un cañón, ya que debían colocarlo los propios soldados, subiendo por senderos inaccesibles a los caballos y las mulas. Dos batallones fueron separados de las tropas sitiadoras para que se dispersaran por el territorio circundante y les interceptaran el paso a los rebeldes que trataban de socorrer a Akhulgo.

A mediados de agosto, el conde Grabbé comprobó con satisfacción que Akhulgo había quedado totalmente cercada y con las comunicaciones interrumpidas y sólo restaba tomarla. Si bien el implacable sol estival había causado estragos entre los soldados rusos y la mitad del ejército sitiador estaba postrada por la tifoidea, en el aúl asediado la situación era desesperante. El pozo se había secado; no quedaban alimentos ni combustible y los heridos ya no podían ser evacuados. Tampoco quedaba leña. La madera, tanto para combustible como para la construcción, era uno de los artículos más preciosos de los múridas, y aquel territorio montuoso estaba más allá de los bosques. Los cañones rusos martillaban sobre las rocas noche y día y volaban gradualmente las defensas subterráneas y los escondites que construyera el Imán con tanto esfuerzo y orgullo.

Finalmente, Shamyl comprendió que lo habían atrapado. Sólo le quedaba un puñado de su guarnición, la mitad de las mujeres y niños habían muerto y las municiones estaban casi agotadas. Poco antes, el *starshina* o alcalde de Chirkei, un aúl cercano, le había ofrecido sus servicios a Grabbé como mediador, pero Grabbé le dijo que sólo aceptaría la rendición de Shamyl al gobierno ruso. Además, el caudillo debía entregar a su hijo Djemmal-Eddin como rehén, en prenda de sus buenos propósitos durante las negociaciones. Shamyl no quiso aceptar al principio esas condiciones y envió a su naib Younous con una respuesta muy altanera, "algo poco decoroso para que lo recibiera un general ruso". Pero todo lo que le quedaba ahora era su orgullo; a su espíritu altivo lo enfurecían las humillaciones y amarguras de la derrota y tampoco podía decidirse a entregar a Djemmal-Eddin. Después de otra semana de inútiles incursiones, de correrías de francotiradores, de pérdidas causadas por la fiebre y el agotamiento, ambos bandos quedaron más debilitados aún, pero no por eso los rusos se acercaron más a la conquista de Akhulgo ni estuvo Shamyl en mejores condiciones de prolongar la lucha. A esta altura, los guerreros restantes se hallaban tan agotados que muchos de ellos pedían abiertamente la muerte en sus oraciones. Sólo el terrible orgullo de Shamyl y su voluntad seguían resistiendo. La roca calcinada por el sol estaba cubierta de cadáveres y los cuervos volaban a baja altura, mientras los demacrados sobre-

vivientes, en su mayoría mujeres, trataban de proteger de ellos a los moribundos.

El 18 de agosto, Shamyl izó una bandera blanca y, con amargura y dolor, consintió en entregar al pequeño Djemmal-Eddin como rehén a los aborrecidos infieles. El niño no lloró; sus padres le habían dicho que se condujera con altivez ante el enemigo; aquello no tardaría mucho... sólo mientras se desarrollaran las negociaciones. Tenía que ir... tenía que entregarse, le dijeron, porque sólo así podía salvar a Akhulgo y le permitiría a su padre sobrevivir y seguir luchando. No debía usar su kindjal contra los rusos, le explicó Shamyl, sino portarse honrosamente, con valor y paciencia. Llegaría la hora en que pudiera usarlo en la batalla —y una shashka, también— junto a su padre. Fatimat lo vistió con una cherkeska blanca y un papakh de badana blanca, diciéndole que no debía olvidar jamás que era el hijo de Shamyl el Avaro, Imán del Daghestán, profeta de Alá sobre la tierra.

Nunca debía volver a ver a su hijo.

Escoltado por tres de los naibs más respetados de su padre. Younous, Talgik y Eski Naib, el niño partió de Akhulgo hacia las líneas rusas. Los naibs llevaban las banderas múridas: a su sombra, Djemmal-Eddin se adelantaba solo. A mitad de camino, a salvo por primera vez de un terrible fuego cruzado, un grupo de oficiales rusos del Estado Mayor esperaban a su rehén. Sonrieron y le tendieron las manos de una manera bastante bondadosa, pero el niño les volvió la espalda, ya que sus ojos se llenaron de lágrimas. Las reprimió, sabiendo que no debía llorar; ya había llorado antes, al empezar el asedio y cuando fuera a Akhulgo, dejando en el valle a su petiso tártaro. Su padre se mostró entonces irritado: las lágrimas, le dijo, no eran dignas de un niño ávaro; de ningún hombre, mujer o niño ávaro. Eran una debilidad que ninguno de ellos podía reconocer.

—Un ávaro es un hombre desde la cuna —agregó.

Los naibs inclinaron sus banderas en saludo final y el niño fué llevado a las tiendas de campaña del general Grabbé. Mientras caminaba, observaba el aúl en ruinas, donde lloraba su madre. La buscó en vano con la mirada, por el ondular de sus velos, entre los rostros agolpados sobre las derruídas almenas. Pero logró distinguir aún a su progenitor, parado a cierta distancia de los demás; su figura parecía de piedra.

Shamyl esperó a que el chiquillo se perdiera entre las masas de hombres y caballos, allá abajo, muy lejos. Anochecía y las luces del campamento parecían luciérnagas que punteaban la llanura. A veces, sonaba un clarín y llegaban canciones de soldados y risas. Las tropas celebraban el cese del fuego y la captura de un rehén tan importante. Por fin habían vencido, se decían, bebiendo la ración extra de vodka que les dieran.

Pero la figura pétrea de las almenas seguía allí; en la tiniebla, observándolos y planeando su terrible venganza, una venganza que debía

tardar dieciséis años en consumarse; y en que, por segunda vez, figuraría Djemmal-Eddin.

Durante toda esa noche, Shamyl caviló y rabió. Nunca se rendiría personalmente. Podía caer su fortaleza, podía entregar como rehén a su hijo: ambos habían sido abandonados en nombre de Alá. Alá le ayudaría y él recuperaría a ambos... con el tiempo. Al día siguiente, tendría que negociar.

Al general Pullo y su estado mayor se le franqueó el acceso a la fortaleza, donde, en una caverna obstruída por los escombros, rodeado por los cuerpos en putrefacción de sus múridas caídos, Shamyl los acogió con su impasibilidad altanera de costumbre. Dijo que se rendiría con dos condiciones: que le permitieran vivir en su Daghestán nativo y que su hijo permaneciera cerca, en Chirkei, bajo la custodia del starshina o principal de la aldea. El general Pullo volvió a la tienda del comandante en jefe con estas condiciones y sobre las montañas y los valles se cernió un silencio de muerte. Las negociaciones se prolongaron durante varios días, pero, finalmente, el general Grabbé halló al Imán tan intransigente y porfiado como el general Klugenau cuando se entrevistaran en la hondonada. Su tono, afirmó, era intolerable. ¡Insolencia, además de esa resistencia! Él, Grabbé, lo humillaría. Le envió una lacónica negativa. Shamyl debía vivir donde lo dispusiera el Zar; en cuanto al niño, lo había enviado ya a San Petersburgo, donde el gobierno decidiría qué debía hacerse con él. Este acto, de parte de los rusos, implicó la más cínica traición. Era un secuestro, una violación de todos los principios de la guerra que, se enorgullecían de afirmarlo ellos, los hacían tan superiores a sus enemigos. Al apoderarse de su hijo, trataban a Shamyl como a un bandido, como a un salvaje más bien que a un guerrero.

El mensaje fulminó como un rayo a Shamyl. Su respuesta fué un fogoso estallido de desafío a los rusos. No imaginaba que pudiesen obrar con tanta rapidez o con tan desenfrenada crueldad como para enviar a Djemmal-Eddin tan lejos, al inconcebible norte de la capital del Zar, sin informar siquiera a su padre. Ahora, ya no podía hacer nada para recuperar al niño. Los rusos lo usarían como su arma más poderosa. La única esperanza de Shamyl era huir. Podía perder Akhulgo... pero el muridismo debía seguir viviendo... por la independencia del Cáucaso y por el propio Djemmal-Eddin, también.

* * *

Al día siguiente, cuando los rusos reanudaron el ataque, esperando ser recibidos con descargas de mosquetes, los acogió un siniestro silencio. Avanzaron y como no hallaban la menor resistencia, penetraron en tropel en la fortaleza de Nueva Akhulgo. Reinaba allí la más absoluta quietud. Sólo los cuervos seguían posados vorazmente sobre las horribles pilas de cadáveres. Cuando los invasores dieron la vuelta al aúl desierto, pudie-

ron distinguir, del otro lado del abismo que separaba a la Nueva Akhulgo de la Vieja, a un gran número de múridas de la guarnición que huían trepando al peñasco opuesto o seguían el sendero de las cabras que llevaba al angosto puente tendido sobre el barranco. Mientras los soldados rusos los observaban, fueron atacados de pronto por una multitud de habitantes de la aldea que entonaban el Salmo de Shamyl, decididos no tanto a defender su aúl como a morir por Alá. Hubo una lucha desesperada: las mujeres se defendían con tanta furia como los hombres y se lanzaban, inermes, sobre las filas de bayonetas. Pero fueron abrumados por el número y los rusos concentraron sus esfuerzos en la Vieja Akhulgo, donde los restos de la guarnición múrida ofrecían su postrera resistencia. Aún ahora se negaban a rendirse y, teniendo a los rusos tan cerca, lucharon de la manera más salvaje, de modo que la batalla se prolongó durante una semana o más.

El 29 de agosto, concluyó el asedio. Había durado ochenta días y les costaba a los rusos la mitad de sus tropas. Pero la victoria se les escurría de las manos porque Shamyl había desaparecido. Registraron todas las cavernas, examinaron todas las pilas de escombros, miraron una y otra vez los cadáveres que se pudrían. Pero Shamyl no aparecía en ninguna parte; ninguno de sus parciales pudo o quiso proyectar luz sobre este misterio, y Grabbé, frustrado en sus proyectos, debió reconocer que una vez más el Imán había huido de una manera tan propia de un personaje de leyenda como cuando saltara por sobre las cabezas de sus apresadores de Ghimri.

Durante mucho tiempo no se supo la verdad, que parecía otro episodio milagroso, pero por fin se pudieron conjuntar los hechos. Según parece, en la noche del 21 de agosto, cuando Shamyl sabía ya que su hijo había sido enviado a San Petersburgo, planeó y llevó a la práctica su audaz fuga. La noche era sombría y nubosa y el Imán, acompañado por Fatimat y Khazi Mahommed, su hijo menor, un pequeño grupo de naibs devotos y su segunda esposa, Djavarat, quien llevaba a su hijito Säid, de unos pocos meses de edad, partieron en su temeraria empresa.

Fatimat no pudo seguir la marcha de los demás cuando se arrastraban y trepaban por la fachada del acantilado. Estaba en el octavo mes del embarazo: se decidió que trataría de seguirlos más lentamente y se uniría a ellos en el río, allá abajo. Younouss se quedó más atrás, para ayudarle mientras los demás avanzaban. Durante el día, el grupo se ocultó en una caverna, sin atreverse a dar un solo paso ni a buscar con la vista a Fatimat. A la noche siguiente, de nuevo a favor de la oscuridad, lograron cruzar el desfiladero, usando un tronco en peligroso equilibrio sobre el abismo. Shamyl llevó a Khazi Mahommed sobre la espalda y los zapatos colgados de la boca y llegó a la roca opuesta sin dificultad, cuando vió que Fatimat se había unido a los naibs y se disponía a cruzar. A pesar de su estado y del abismo que abría sus terribles fauces abajo, donde bramaban furiosamente las aguas, su esposa cruzó el precario puente. Djavarat se disponía a seguirla, llevando a su

hijito Säid, cuando un piquete ruso, desde lo alto del acantilado, abrió el fuego y tanto ella como su hijo murieron en el acto. El resto del grupo nada pudo hacer. Era inútil volver, cruzando la mortal trampa de aquel tronco, para enterrarla. Además, a ellos mismos los amenazaba el fuego ruso. Nuevamente, decidieron seguir la marcha. Destruyeron el puente formado por el tronco para que no pudieran perseguirlos y después de ocultarse entre las rocas hasta que los francotiradores rusos renunciaron a seguir acechando, el grupo se arrastró por el flanco de la hondonada y llegó al río. Allí, ataron varios leños para formar una balsa, sobre la cual apilaron muñecos rellenos de paja para atraer el fuego del enemigo cuando, por la mañana, emprendieron el viaje. Al amanecer, botaron la balsa y cuando la arrastró la corriente, los pelotones rusos empezaron a tirotearla, persiguiéndola río abajo. Shamyl y sus acompañantes aprovecharon la oportunidad y vadearon las aguas río arriba, aferrándose al acantilado, hasta llegar a un barranco que penetraba tierra adentro y por el cual confiaban en llegar a algún santuario de la montaña. Pero allí tuvieron la mala suerte de encontrarse con otro piquete ruso. Hubo una lucha desesperada. Shamyl fué herido y un naib resultó muerto, mientras que una bayoneta rusa le desgarró la pierna al pequeño Khazi Mahommed. Pero la *shashka* de Shamyl mató al teniente ruso y el piquete, al quedar sin jefe, huyó vergonzosamente.

Durante todo el día los fugitivos siguieron arrastrándose tierra adentro, a través de las hondonadas y sombríos desfiladeros de Chechnia, cruzando y volviendo a cruzar los viboreantes ríos y trepando por los cerros de piedra arenisca para llegar a las tierras altas, rara vez atravesadas por seres humanos. No habían comido nada desde la partida de Akhulgo: Khazi Mohammed ya no podía soportar el dolor de su pierna herida y pedía agua y algo que comer; pero no lo había. Fatimat estaba mortalmente pálida y parecía que tampoco ella podría llegar más lejos. A mediodía se detuvieron a descansar, pero los vió y reconoció desde lejos un grupo de batidores de Ghimri que se habían pasado al bando enemigo y los buscaban. Los hombres de Ghimri abrieron el fuego, pero su puntería era deficiente y sus balas resbalaron sobre las rocas. Shamyl advirtió que se trataba de traidores y poniéndose de pie, sin preocuparse del blanco espléndido que les presentaba, los maldijo e invocando a Alá por testigo, gritó que se vengaría.

—Ya volveremos a encontrarnos, hombres de Ghimri —les gritó y se volvió para seguir a sus naibs cuesta arriba.

Una nutrida descarga llegó de los traidores, cayendo nuevamente las balas en torno de los fugitivos, aunque no los persiguieron. Quizás aún ahora Shamyl les inspirara temor. Una bala zumbó junto a su oído, pero erró el blanco. Esa noche, mientras todos ellos dormían, harto exhaustos para montar guardia, el traicionero Akmet Kan, acaudillando a una banda de tribeños renegados, pasó a pocos metros de su escondite. Había obtenido permiso de los rusos para dar caza al Imán. Pero, según

las palabras de la Crónica, "Alá desvió sus ojos"; no descubrió a su presa y volvió a la base rusa. Una vez más, Shamyl se había salvado milagrosamente.

El muridismo continuaría: la batalla no había terminado. Pero Akhulgo le había costado muy caro a Shamyl. Djavarat y el nene; su hijo Djemmal-Eddin; su fortaleza, su orgullo, más de las nueve décimas partes de sus múridas y Khazi Mahommed herido... quizás con una cojera permanente. En cuanto a Fatimat y el hijo por nacer, no creía que pudieran sobrevivir a aquella desesperada lucha.

Ahora, al parecer, sólo lo esperaba la vida del proscrito perseguido. Pero "el hombre es inmortal hasta que su obra queda acabada". La obra de Shamyl no lo estaba; y fué hacia su destino, para convertirse en el azote y la gloria del Cáucaso.

* * *

Después del derrumbe de Shamyl, los rusos volvieron a congratularse de su victoria. Quedaban algunos combates menores, la supresión de las últimas tribus indómitas, operaciones de limpieza, al parecer, pero nada más. En cuanto a Shamyl, Grabbé ofreció una pequeña recompensa por su cabeza, pero no se molestó demasiado por su enemigo y volvió a Temir-Khan-Shoura envuelto en una aureola de triunfo, mientras que, en San Petersburgo, el Zar celebraba la caída de Akhulgo ordenando que fundieran medallas y las distribuyeran entre hombres de su victorioso ejército del sur. Nadie sabía dónde estaba Shamyl: su fuga fué calificada de deshonrosa por los oficiales que confiaran en capturarlo; pero no se advirtió en general que, al escapar, Shamyl se había salvado *con sus armas*, es decir, con su honor intacto.

Los guerreros del Cáucaso preferían la muerte a verse desarmados. La enorme significación de las armas, la mística de la espada, en el Cáucaso, era algo que les pasaba inadvertido aún a los rusos. Mientras Shamyl estaba libre, espada en mano, no había sido derrotado. Rusia se había apoderado de una roca cónica, a gran costo: el Imán perdía mucho, pero salvaba la libertad y el honor. A los rusos, con todo, Shamyl les parecía un fugitivo perseguido, de quien Grabbé escribía:

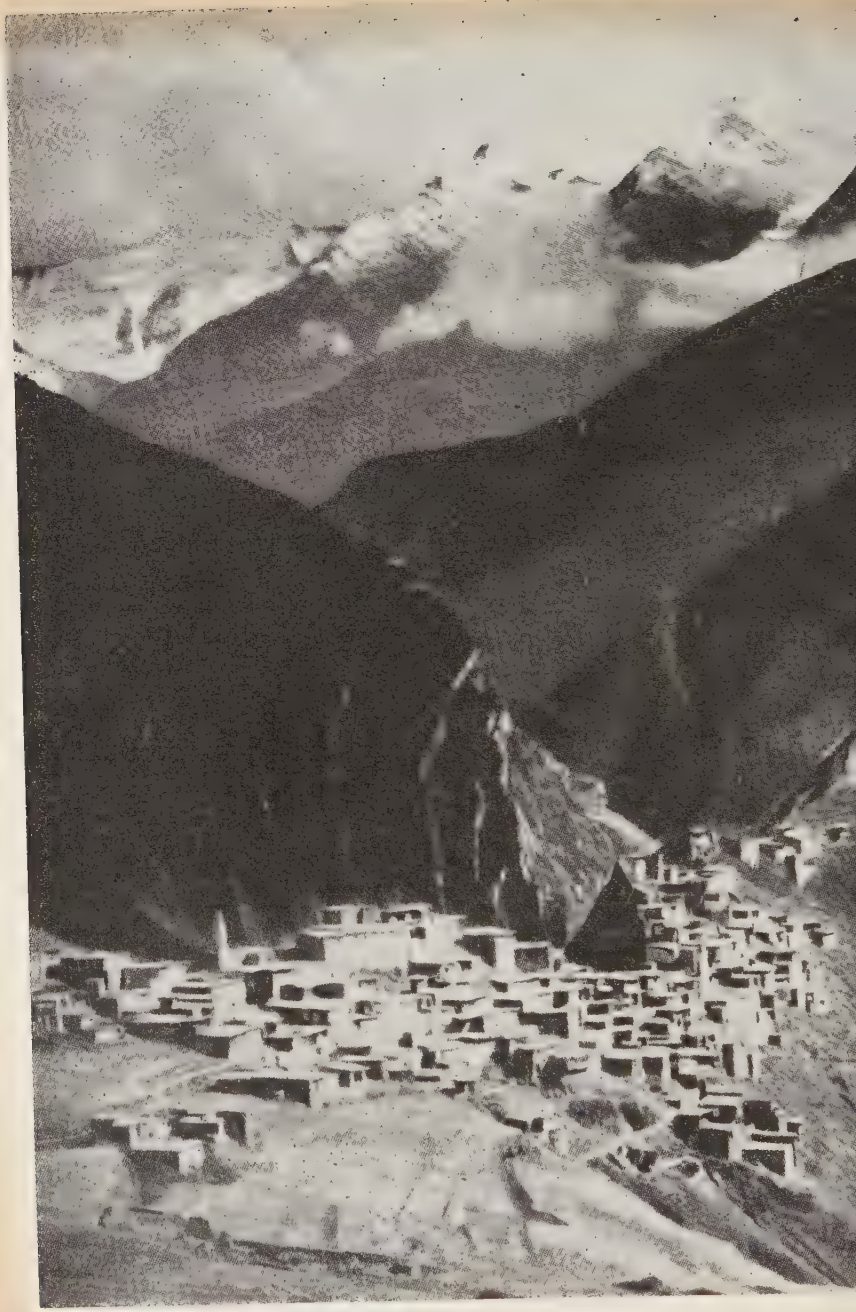
"Su vergonzosa fuga y la terrible lección que se les diera a todas las tribus que lo han apoyado, lo han privado de toda influencia y reducido a un estado tal que, al vagabundear solo por las montañas, debe pensar únicamente en los medios de subsistencia y en su propia seguridad personal. La secta múrida ha caído con todos sus adeptos."

Grabbé se sentía muy seguro de sí mismo. Seguía diciendo que cualquier fuerza expedicionaria futura no hallaría resistencia y que ahora se podía construir una sucesión de fuertes sin oposición.

"No hay que temer ya intranquilidad ni rebeliones", agregaba.

Por su parte, el zar Nicolás escribió, al margen del informe de Grabbé:

Shamyl, imán del Daghestán. (*Retrato de Thomas Horscheldt, 1859*).



El aúl de Tindi

"Excelente; pero es una lástima que Shamyl haya huido. Temo nuevas intrigas de su parte, a pesar de haber perdido la mayor parte de sus medios y su influencia".

Pero en el Daghestán, para su pueblo y los restos de sus fuerzas múridas dispersas por las montañas, nada había cambiado. Shamyl seguía siendo su Profeta y su Caudillo y todos ellos esperaban su paso siguiente.

Desde el momento en que fue entregado el pequeño Djemmal-Eddin, la densa sombra de Akhulgo —la sombra de la venganza— comenzó a proyectarse sobre muchas personas que no lo sospechaban, cuyo destino, dieciséis años después, terminó por estar ligado al de Shamyl. Se imponía un terrible ajuste de cuentas. Y finalmente, el que más lo pagó fué el propio Djemmal-Eddin.

14

CORONAS Y CÚPULAS

"Todas las Rusias... ese país que se ha extendido suavemente, resbalando, por la mitad de la tierra."

GOGOL.

Del Cáucaso a San Petersburgo, 1.600 kilómetros a través de todas las Rusias; un viaje de tres semanas de un mundo a otro para Djemmal-Eddin. En el campamento ruso que estaba al pie de los cerros, le habían metido en un coche como un paquete, comprimiéndolo entre dos corpulentos oficiales que hablaban por sobre la cabeza del niño en un idioma que no comprendía. Pero fueron bastante bondadosos con él, ofreciéndole manzanas y golosinas y mostrándole sus pistolas. Él rechazó todas sus insinuaciones y se quedó sentado allí, muy envarado. Pero cuando el coche se detuvo bruscamente ante el cuartel general donde estaba el comandante en jefe, en Temir-Khan-Shoura, Djemmal-Eddin se negó a bajar; pataleó y luchó, zafándose de sus guardianes como un animalito salvaje. Los dos corpulentos centinelas pelirrojos pronto lo atraparon, lo desarmaron, porque el niño blandía su *kindjal*, y se lo llevaron adentro, donde un grupo de oficiales del estado mayor y de generales con intérpretes nativos estaban reunidos en torno de un tosco mapa. En el centro del grupo se hallaba un hombre alto y barbudo de aire fanfarrón, quien lucía un uniforme ruso cubierto de medallas, pero estaba tocado con un turbante en vez de un gorro. Era Daniel Beg, sultán de Elisou, gobernante de parte del Daghestán del Sur, quien había sido durante muchos años leal vasallo del Zar y tenía la jerarquía de mayor en el ejército ruso y cuya familia vivía muy *a la russe* en Tiflis. Hablando en el idioma ávaro, el llamado Ma'arul-matz, el único que conocía Djemmal-Eddin, trató de calmar al furioso niño.

Por primera vez desde que partió de Akhulgo, Djemmal-Eddin pudo comprender algo de lo que se decía. Daniel Beg le rogó que fuera valiente, que confiase en sus nuevos amigos y tratara de comprender que no le sucedía nada de malo. Ya le había ocurrido lo peor cuando

lo arrancaran a su familia, pero eso era por orden de Grabbe; ahora, le mandarían al norte, adonde estaba el Zar. Daniel Beg hizo todo lo posible por reconciliar al niño con su destino. Le habló del larguísimo viaje que haría, de la gran ciudad donde iba a vivir y de que vería al poderoso sultán del norte. El niño no sabía quién era el general barbudo, aunque había oído vilipendiar a menudo a Daniel Beg como un traidor por los muridas de su padre. De haber sabido quién le hablaba, habría intentado sin duda lanzarse sobre él con los puños cerrados. Djemmal-Eddin estaba parado, rebelde y silencioso, entre los aborrecidos rusos, los enemigos de su padre, mientras éstos hablaban y fumaban y reían. Después de haber mirado con curiosidad a su valioso rehén, olvidaron su existencia. A poco, un joven oficial del estado mayor que lo observaba cavilosamente se le acercó con aire sonriente pero grave y, después de una ceremoniosa reverencia, le devolvió su kindjal. Era un gesto de tacto imaginativo y de clásica caballerosidad y el niño, criado entre los guerreros de Shamyl, lo comprendió perfectamente. Era un prisionero de guerra, pero sus apresadores confiaban en él y lo honraban. Por primera vez desde su captura, una débil sonrisa aleteó sobre el semblante de Djemmal-Eddin y sus enormes ojos negros miraron de una manera menos salvaje. Era el paso inicial hacia la comprensión y admiración que, finalmente, debían convertirse en un lazo tan poderoso entre Djemmal-Eddin y los rusos. Cuando ya era mucho mayor, recordaba aún el gesto del joven oficial: pero nunca descubrió su nombre.

Ahora, Djemmal-Eddin estaba acurrucado en un tarantás, apretado entre dos oficiales que fumaban cigarros. El largo viaje había empezado. Las grandes montañas, Beshtau, Maikop y Kazbek, asomaban sobre los oscuros desfiladeros; a través del desfiladero de Darial llegaron a la estepa abierta. No había caminos hasta Jarkov; el tarantás rodaba y saltaba sobre los mares de hierba. Era un vehículo que le dejaba a uno los huesos doloridos, sin elásticos, con su ocupante sentado sobre una pila de badana o de paja; pero dada su solidez, podía recorrer traqueteando unos seis mil kilómetros de barro y polvo, piedras y nieve sin necesitar reparaciones; para los pasajeros, el caso era distinto.

Ahora, traqueteaba hacia el norte, de día y de noche: y desfilaban Rostov, cuyas cúpulas doradas se reflejaban en las anchas aguas del Don, Jarkov, Kursk, Orel, Tula, pueblos de provincia, ciudades con guarniciones, ciudades-mercados todas ellas ensartadas en las interminables "verstas" del vacío. Los viajeros llevaban despachos para el Zar, algunos perros-lobos y una escolta de cosacos. A veces se detenían a dormir unas horas en una *korchmá* o posada del camino, donde cambiaban de caballos; o iban a un fortín, donde también cambiarían su guardia. Nadie tenía tiempo para pensar en el niño. Además, no había quien pudiera hablarle en su propio idioma. Pero le habían devuelto su kindjal y Djemmal-Eddin comprendió que confiaban en que no lo usaría ni trataría de huir. Se quedó sentado tranquilamente, observando todo lo que había a su alrededor en aquel nuevo y extraño tipo de vida.

Al niño, quien sólo había conocido las habitaciones desnudas de la casa paterna en el aúl, aquellas korchmás le parecieron maravillosas. No veía su miseria, su mugre, los manteles grasientos y las paredes cubiertas de sabandijas. La luz de la lámpara, algo que nunca viera hasta entonces, iluminaba las mesas y sillas, las hileras de botellas, las enormes soperas con sopa de coles, las montañas de "blini" o panqueques y el inevitable samovar de latón. Después de la cena, mientras él cabeceaba en su silla o se acurrucaba sobre la gran chimenea revestida de azulejos, los oficiales hallaban tiempo por lo general para un partido de naipes y una botella de brandy antes de que el tarantás volviera a partir.

Cierto día, a las tres semanas de haber partido los viajeros de Temir-Khan-Shoura, los chapiteles y las cúpulas de Moscú aparecieron bruscamente ante ellos. Pasaron junto a las imponentes murallas del Kitai Górod o ciudad china —el barrio de los mercaderes— y penetraron en el laberíntico corazón de Moscú. A su alrededor, tañían las campanas en el aire nocturno. Djemmal-Eddin miraba en torno, asustado y sorprendido. ¡Aquélla era la gran ciudad de que le hablara Daniel Beg! Nunca se había imaginado nada comparable. Casas tan gigantescas, semejantes calles y comercios, mercaderes, soldados, mujeres sin velos y con vestidos de colores alegres y sombreros con plumas. Había muchos uniformes distintos y vendedores ambulantes, que pregonaban tortas calientes, manzanas y estampas religiosas.

Cuando, finalmente, llegaron al palacio rojo donde residía el Gobernador, el niño estaba aún boquiabierto. Bajó del carruaje y se paró: su figura ofrecía un neto contraste con todo lo demás, con su traje caucasiano y su garboso gorro de badana. Los oficiales le indicaron que los siguiera y subió por la gran escalinata de mármol al departamento del Gobernador General, que lo abrumó con su majestad. ¡Nunca había visto semejantes peldaños! Y todo centelleaba bajo el brillo de una enorme araña de cristal. El Gobernador no tenía mucho tiempo para el pequeño rehén, por más que encarnaba una victoria rusa. Le propinó una palmada en la cabeza y le ordenó a uno de sus secretarios que le diesen de comer y lo acostaran. El secretario lo confió a un lacayo, quien, a su vez, lo dejó en manos de un ama de llaves.

A la mañana siguiente, lo introdujeron en un rápido coche, entre los dos oficiales que fumaban cigarros y siguieron el viaje. El camino que unía a Moscú con San Petersburgo era el mejor del reino: seiscientas setenta y siete verstas de carretera lisa y cuidada, sobre la cual aquel vehículo parecía volar. El camino había sido planeado en 1816. Antes, sólo existían senderos, gastados por generaciones de vehículos y pies cansados. Al subir al trono Nicolás I, comenzaron a trazar las principales carreteras, en su mayoría con el trabajo de los presidiarios, ligando a las ciudades y provincias. Aún no había ferrocarriles: el primero corrió entre San Petersburgo y Tzarskoie Selo y fue construido en 1840, y aunque el gobierno emprendió la construcción de una línea a Moscú,

ésta sólo fué terminada en 1852. Cuando llegó Djemmal-Eddin, en Rusia se viajaba aún en la *brichka*, el tarantás, la troika y el trineo.

Si Moscú —una baraúnda asiática para la mayoría de los refinados visitantes de Occidente— le había parecido maravillosa y extraña al hijo de Shamyl, San Petersburgo le pareció simplemente extraordinario. La occidentalizada ciudad extendía por todas partes sus soberbios paseos italianos, o "perspectivas": había canales con delicadas balaustradas de hierro y que deslumbraban al niño, quien nunca había visto el mar, por haber vivido solamente entre áridas mesetas rocosas. El Nevsky Prospekt, los palacios de la Miliónaia, el ministerio de Marina, el Teatro de la Ópera, las mastodónticas catedrales, los monolitos de granito y la vasta Plaza del Senado, todo creía convertido en escala gigantesca. Más que nada, lo entusiasmó el Palacio de Invierno, con su medio kilómetro de columnas y ornamentadas ventanas, de patios llenos de ecos y que parecía la morada de algún gigante. El edificio primitivo había sido destruído por el fuego en 1837, pero por orden de Nicolás lo reconstruyeron al año siguiente. "Trabajaron sin cesar en él seis mil obreros, muchos de los cuales morían a causa de los grandes fríos y eran sustituídos de inmediato. Durante las heladas, cuando el termómetro señalaba los veinte o treinta grados bajo cero, a los seis mil oscuros mártires los encerraban en salones calentados a una temperatura de treinta grados Reaumur, para que las paredes se secaran con más rapidez y debían soportar una diferencia de 50 ó 60 grados al entrar o al salir de allí". Esto fué lo que escribió sobre los trabajos Custine.

Ahora, detrás de la gigantesca fachada, el emperador Nicolás, el "Zar Blanco", esperaba la llegada de su pequeño cautivo con una mezcla de complacencia e interés. Nicolás comprendía perfectamente el prestigio que le proporcionaría semejante rehén ante los caucasianos. Esperaba que aquello abreviaría la guerra, obligando a Shamyl a rendirse. Le gustaban los niños.

II

Cuando trajeron a Djemmal-Eddin al Palacio de Invierno, el Zar lo trató con sincera cordialidad: compadecía a aquel niño desorientado y vió además en él a un aliado potencial. A aquella criatura se la podía adiestrar como poderoso instrumento para domar el Cáucaso. Él, Nicolás, debía ganarse su respeto... y hasta su afecto. El Zar derrochó todo el repertorio de su decantado magnetismo personal y, por intermedio del intérprete, le habló a Djemmal-Eddin, bondadosamente, sin la menor huella de la arrogancia tan frecuente en sus modales. Le dió la bienvenida, le habló del respeto y la admiración que sentía personalmente —y también todos sus generales— por el imán Shamyl. Confiaba en que el cautiverio de Djemmal-Eddin no duraría mucho... Mientras tanto, deseaba que el niño se portara honorablemente —como digno hijo de su padre— y aprovechara su permanencia en Rusia para aprender

el idioma y beneficiarse de todas las ventajas que podía brindar el Occidente. Poco después, ingresaría posiblemente al Cuerpo de Pajes, para poder vivir cerca del Emperador; estudiaría en la Academia Militar y el Zar cuidaría de que tuviese un caballo propio; podría elegir uno en la caballeriza real, dijo el Zar, sinceramente paternal. Lo acompañaría el más joven de los grandes duques. Mientras tanto, con imprevista comprensión, dispuso que el niño fuera alojado en casa de uno de sus cortesanos.

—Necesita un hogar, a otros niños a su alrededor, a una niñera —dijo el autócrata, repentinamente humanizado.

Al día siguiente, los vagabundajes de Djemmal-Eddin habían terminado. Se encontró en una casa grande y cómoda, donde compartía el cuarto de los niños con los hijos de la familia. Una niñera carirredonda le cobró afición y pronto Djemmal-Eddin pudo sonreír y decir varias palabras en ruso. Pero tardó mucho en olvidar. De noche, cuando estaba arropado en la cama y la roja luz guiñadora de la lámpara se balanceaba delante del icono, recordaba a sus padres y aquellos últimos y terribles días de lucha en Akhulgo. Gradualmente, los combates que había visto, el derramamiento de sangre y la violencia que rodeaban su infancia se desvanecieron, pasando a un mundo de recuerdos y sueños, menos real ahora que su vida en San Petersburgo.

El Zar se nombró a sí mismo tutor de Djemmal-Eddin, vigilándolo solícitamente. Costeaba todos los gastos de su educación, lo hacía traer al Palacio de Invierno varias veces por semana y cuidaba de que, dentro de los límites de su condición de exiliado, fuese feliz y se sintiera cómodo. Pero se mostró inexorable en un punto. Nadie debía hablarle ahora al niño del pasado, del Cáucaso o de su padre; ni debía, por el momento, encontrarse con ninguno de esos príncipes circasianos y caucásicos que, después de haberle jurado lealtad a Rusia, eran recibidos en la corte en número creciente o nombrados edecanes de los grandes duques. Esas "águilas furiosas", como los llamaban, llenaban San Petersburgo de terror y deleite. Hacían estragos en las calles con su indumentaria nativa. El Zar los trataba con indulgencia, sabiendo que no convenía coaccionarlos. Su lealtad era inestimable... y lisonjera, por lo demás. Pero eran hombres ya formados, luchadores curtidos: sólo se les podía conquistar y conservar mediante la indulgencia y el favoritismo. El caso de Djemmal-Eddin era totalmente distinto, por ser lo bastante joven para que se le pudiese transformar por completo: el Zar confiaba en que, si se le daba tiempo, llegaría a ser tan maleable y devoto como él lo deseaba... como un hijo suyo. Quizás, algún día, hasta pudieran nombrarlo virrey del Cáucaso... regente en nombre del Dios y del Zar.

Mientras tanto, aquellas "águilas furiosas" solían poner a prueba la paciencia del Zar hasta un grado intolerable. Un oficial de guardias circasiano le clavó su kindjal en el corazón a un cochero porque éste le quería cobrar un precio excesivo. En las maniobras, aquellos hombres solían hacer caso omiso de las órdenes de su comandante, galopando,

parándose en los estribos, con las riendas sujetas en los dientes y blandiendo un kindjal y una shashka en cada mano y saltando luego al suelo y montando de nuevo, todo al galope. Unas hazañas de equitación maravillosas, pero que desafiaban las órdenes... Actos de indisciplina. Pero... ¿qué podía hacer el Zar? Necesitaba a toda costa la lealtad de aquella gente y por lo tanto se ponía su máscara sonriente, se acariciaba los sedosos bigotes y los saludaba con donaire cuando se acercaban al galope.

No siempre se podía liberar a Djemmal-Eddin de los ecos del pasado. Esas revistas militares, por ejemplo, resucitaban sin remedio recuerdos de las *dighitovkas* que presenciara junto a su padre en el Daghestán. Además, solía asistir a las paradas la vieja reina viuda María de Georgia, quien, en esas ocasiones, se acercaba al niño y le hablaba en un idioma que nadie más, ni aún los intérpretes oficiales, parecía conocer. Aquello era muy fastidioso.

III

La emperatriz Marie-Feodorovna había sido en otros tiempos la princesa Carlota, hija de la bella reina Luisa de Prusia y se casó con el gran duque Nicolás en 1816, cuando ambos eran unos románticos adolescentes. Se había casado por amor. Toda la fuerza de su sentimiento hogareño alemán se concentraba sobre su joven y gallardo marido. Cuando éste subió al trono inesperadamente por abdicación de su hermano, la Princesa se vio lanzada, de la noche a la mañana, a un primer plano de drama y terror. El derramamiento de sangre de la rebelión decembrista fué un comienzo fatal para su reinado y nunca se repuso de la emoción sufrida. Se tornó demacrada y lívida, dormía poco y fué una víctima de sus nervios durante toda la vida. Pero cierta elegancia y suavidad innatas en ella siguieron cautivando siempre a los que la conocían. Se interesó maternalmente por Djemmal-Eddin; no compartía los sueños de su marido de conquistar el Cáucaso; para ella, la guerra sólo representaba sufrimiento; el niño no era un peón, del tablero caucásico, un emisario político, sino sólo un chiquillo solitario. A veces, lo mandaba traer al pabellón inglés que se hiciera construir en el parque de Peterhof, una modesta casita de estilo gótico, tan de moda en Inglaterra. Allí, decía la Emperatriz, podían descansar sus ojos del fulgor del oro del Palacio de Invierno y Tsarskoie Zalo. Allí, en su cómodo gabinete, le enseñaba a Djemmal-Eddin a construir castillos de naipes, le daba tortas y golosinas y le narraba los cuentos de hadas alemanes en que se combinaban Blancanieves con el gigantesco pájaro blanco de Kafdagh y todos los genios y brujos de las montañas caucásicas. Al cabo de algún tiempo, cuando empezó a hablar un poco el ruso (los idiomas de la corte eran el francés y el alemán y el ruso se oía allí rara vez, salvo en presencia del Zar, quien ordenaba que lo

hablaran como un gesto de nacionalismo), lo hicieron ingresar al Cuerpo de la Escuela de Cadetes. A pesar de ser el más joven, reveló allí una notable eficacia en la equitación, las cargas de caballería, la esgrima y la conducta militar en general.

En la fiesta anual que se efectuaba en honor de la Emperatriz se acostumbraba pasar revista al Cuerpo de Cadetes, ante la Emperatriz sentada en su calesa. El omnividente de Custine también estuvo presente en esa ocasión y se asombró cuando Su Majestad tomó de la mano a uno de los cadetes más jóvenes, lo condujo al lado de su esposa, y luego, levantando al niño en sus brazos, lo besó. ¿Qué se proponía el Zar al mostrarse tan bondadoso ese día, en público? De Custine preguntó quién era el feliz padre del cadete modelo, pero nadie pudo satisfacer su curiosidad. Quizás el misterio se habría resuelto si hubiese sabido que se trataba de Djemmal-Eddin, antaño discípulo de Shamyl en el campo de batalla y ahora protegido del Zar y peón de su juego.

IV

Después del desastre de Akhulgo, Shamyl y su grupo hallaron refugio en el santuario de las altas tierras montañosas adonde habían llegado aún pocas tropas rusas. Allí, en el aúl de Garashkiti, "Shamyl, el gran Imán, vivió como un proscripto harapiento". La pierna de Khazi Mahommed se curó. A las cinco semanas de su llegada, Fatimat alumbró a un tercer hijo, Mahommed Sheffi. Allí, Shamyl y sus ocho naibs se dedicaron a planear la mejor forma de reorganizar sus fuerzas dispersas y diezmadas. Shamyl meditaba y oraba y pronto empezó a propagarse su reputación de sabiduría y santidad. Muchos montañeses acudían a Garashkiti, pidiendo que fuera su caudillo. El *mollah* de Shouaïb y Djevat Kan —ambos poderosos jefes locales – ávaros como Shamyl, lo apoyaron lealmente. Seis meses después de haber huido de Akhulgo, Shamyl aceptó ser el jefe de la Chechnia Menor y partió para visitar aúl tras aúl, inspeccionando su nuevo territorio y predicándole otra vez el Shariat.

Ni las Crónicas de Tahir ni los rusos pueden explicar el asombroso hecho de que, al año de la caída de Akhulgo, Shamyl recobrase su poderío. Al cabo de dieciocho meses, tenía otro ejército en campaña; tres años después, derrotó a Grabbé; a los cuatro, todo el Daghestán fué reconquistado, las guarniciones rusas de la Chechnia aniquiladas o asediadas y, nuevamente, el muridismo resultó el punto de reunión de innumerables tribus. Por asombroso que ello parezca, así fué.

Shamyl alcanzó el cenit de su poderío entre 1845 y 1850. Aunque entonces se concentraron muchas tropas contra él, esto sólo ponía a prueba su poder; y numerosos montañeses se agruparon bajo sus banderas. Aunque ni los rusos ni los caucasianos obtuvieron una victoria decisiva en la fluctuante marea de la guerra, parecía en definitiva que

sólo la muerte podría vencerlo y los poderosos generales rusos tuvieron que admitir que sólo lograban tenerlo a raya. No podían afirmarse sólidamente en el Cáucaso: apenas sojuzgaban una provincia, se les volvía a escapar de las manos. La naturaleza misma del país les resultaba adversa y era la aliada de Shamyl, como el clima, que, año tras año, los obligaba a inmovilizarse en cuarteles de invierno y en verano traía su temible séquito de fiebres y sequía. Sobre el gigantesco tablero de ajedrez de las montañas y valles se cernía una extraña atmósfera de desesperanza: ambos ejércitos estaban en punto muerto y a veces, durante meses enteros, no desarrollaban ninguna actividad aparente. Pero la lista de bajas revelaba lo mucho que les costaba a los rusos el solo hecho de permanecer allí: revelaba algo, pero no todo.

Los hombres eran baratos en Rusia; las reservas, interminables; los soldados se reclutaban, a menudo sin pasarles lista siquiera, en lugares tales como las cárceles y las minas; los siervos podían ser usados en toda la extensión del país, desde Siberia hasta la frontera polaca. Los sármatas, una minoría polaca cuya predilección por las batallas sólo era igualada por los tártaros, figuraban por lo general en los regimientos de ulanos del ejército ruso y provenían en gran parte de la Shliakhta, la pequeña nobleza empobrecida que, después de haber perdido su fortuna y sus tierras, sólo vivía para la guerra y, como auténticos mercenarios que eran, esos nobles olvidaban a menudo por qué combatían, tanto les gustaba guerrear.

Así como Nicolás debía confiar cínicamente durante la guerra de Crimea en lo que llamó los generales Enero y Febrero para diezmar las filas enemigas, así también ahora estaba en juego lo que podía llamar el general Potencial Humano. En el papel, las cifras nunca se podían calcular con exactitud, aunque se cree que en las campañas del Cáucaso de 1834-59 perecieron medio millón de rusos (se desconocieron siempre las bajas de Shamyl). La organización era defectuosa, las distancias enormes y los cañones acallaban las voces de los reclutas. Los reunían, los ponían en marcha, con equipos o sin ellos, adiestrados o no, según la urgencia con que los requirieran en el campo de batalla. Pero todos ellos, adiestrados o no, enardecidos por el patriotismo o forzados a servir, reclutas bisoños o flor del ejército, afrontaban al enemigo a pie firme: morían valerosamente, morían de una manera horrible, morían de sed, de frío, de sus heridas o reducidos a tiras de carne por una docena de shashkas, morían de fiebres, de escorbuto, de disentería o de cólera; de las privaciones, la mugre, y la nostalgia por su hogar; o también de desesperación cuando, al ser capturados, o bien recapturados cuando intentaban escapar, les vaciaban los ojos y yacían esperando la muerte en las mazmorras de Shamyl. Aquello era la guerra: la guerra espantosa y desenfrenada. La guerra gloriosa, como decían quienes la dirigían y enviaban a los hombres a la muerte.

Mientras Shamyl seguía luchando, en toda batalla, toda incursión, examinaba cuidadosamente a cada prisionero capturado para tratar de

liberar a Djemmal-Eddin. Pero por más audaces que fueran las correrías de sus naibs, por más jefes de tribus y *begs* que se le unieran, por más prisioneros rusos que trajesen a su campamento —hasta tratándose de cautivos tan importantes como el coronel príncipe Ellico Orbeliani, a quien le entregaron encadenado— la posibilidad de negociar la devolución de su hijo seguía siendo remota. Sólo una victoria absoluta sobre Rusia, algo a lo cual ni siquiera aspiraba Shamyl, o la muerte del Zar (porque se sabía que a su heredero, el futuro Alejandro II, lo obsesionaban mucho menos los sueños de la conquista del Cáucaso) o la ayuda de algún poderoso país independiente como Inglaterra, podían variar la situación. O, lo cual era menos lejano, pero improbable, la captura de algún miembro de la familia imperial... Un gran duque, quizás, uno de los príncipes de la familia Romanov enviados al país para inspeccionar los cuarteles y monasterios, revistar las tropas y lisonjear a los administradores provinciales. Pero como el teatro de la guerra caucasiana se había trocado en un problema insoluble, a los jóvenes grandes duques los mantenían a distancia segura de él.

Si el Zar hiciera otra de sus visitas oficiales a Tiflis... ¡Si él, Shamyl, pudiera capturar al gran Zar Blanco! En 1838, no había sido suficientemente poderoso para hacerlo. Ahora, las cosas habían cambiado. Pero el aborrecido monarca permanecía en su capital, enviando sin cesar nuevas olas de hombres al Cáucaso.

A pesar de todo el sistema de espionaje de Shamyl, admirablemente organizado, a pesar de todos los prisioneros que capturaba y de los periódicos y revistas de San Petersburgo que se hacía leer por intérpretes, nunca obtenía noticias directas de Djemmal-Eddin, salvo que lo educaban en la corte, como protegido del Zar. Pero en 1845 se enteró de que su hijo era alumno del Cuerpo de Pajes, con los demás jóvenes vástagos de la nobleza: aunque esto lisonjeó su amor propio, no lo tranquilizó, porque luego el periódico expresaba que el joven ávaro pronto ingresaría al Cuerpo de Cadetes para continuar allí sus estudios militares, con la finalidad de obtener un nombramiento de oficial en un regimiento de guardias. La idea que su propio hijo pudiera ingresar al ejército ruso y aún, finalmente, combatir contra él, nunca se le había ocurrido y le causó el efecto de una puñalada en pleno corazón. Pero no por eso pensó en someterse. Ellos habían invadido su país, devastado sus siembras y aúles, masacrado a su pueblo, impuesto su odiada férula dondequiera podían hacerlo, arrebatado a su hijo...; y ahora... lo educaban para que combatiera contra su propio padre. La lucha debía proseguir hasta el fin. Nunca se rendiría. Lucharía por Alá, por la libertad y por su propio orgullo.

15

SOMBRAS SOBRE LAS MONTAÑAS

"Nadie puede contemplar el Cáucaso sin que lo impresione su sublime soledad".

SIR ROBERT KER PORTER.

Entre los años 1820 y 1850, en el escenario caucásico aparecieron muchas figuras destacadas; algunas desempeñaron ya ellos magníficos antes de desaparecer; otras permanecieron entre los bastidores de la historia, esperando inútilmente que las llamaran a escena. Las unas se encontraron allí por casualidad; otras, debido a Shamyl; otras, más, a pesar de él. Las hubo que nunca oyeron hablar del Imán y vivieron un breve episodio caucasiano, sin oír los gritos de Shamyl. Hombres como Lermontov y Tolstoi combatieron contra él y, al hacerlo, descubrieron en el Cáucaso la "revelación exótica" para muchos hombres del norte. Otros, como Alejandro Dumas, lo consideraron un rico material para un libro de viajes más. Dumas arrastraba al lector, sin aliento y maravillado.

El novelista francés visitó la feria de Nijni Novgorod, bajó por el Volga y llegó finalmente al Cáucaso, "donde visitaremos el campamento de Shamyl; Shamyl el Tuerto, quien lucha desde su *guarida* contra el Zar de todas las Rusias... ¿Conocerá nuestro nombre? —preguntaba Dumas, adoptando el majestuoso plural— ¿Nos dejará dormir una noche en sus tiendas de campaña?". Pero parece que este vicio pícaro irresistible nunca se encontró con el León del Daguestán: por lo menos, no lo invitaron a la guarida de la montaña. Con todo, gracias a Dumas —a través de un romántico epitafio que escribió en el Cáucaso— recordamos a uno de los escritores rusos más célebres del escenario caucasiano. Alejandro Bestuiev es tan poco leído ahora como Dumas; pero en su tiempo, con el seudónimo de Marlinsky, sus narraciones caucasianas, de rico colorido, disfrutaron de una enorme popularidad.

Bestujev y su hermano, como tantos hombres de su generación y de su medio, estaban complicados en la rebelión de los decembristas. A su hermano lo ahorcaron, pero a él lo perdonaron y lo condenaron a trabajos forzados en Siberia. Al cabo de algunos años, fue trasladado al Cáucaso para servir como soldado raso. (Había sido capitán de dragones, pero ahora sólo era carne de cañón.) En el sur, obtuvo el material de narraciones, tales como "Ammalet Beg", que se publicaron en muchos idiomas y suscitaron igual admiración más allá de las fronteras de Rusia.

El destino de Bestujev no fue olvidado por sus colegas. El poeta polaco Mickiewicz, al viajar por el Cáucaso, se encontró con él en una guarnición. "La mano que me tendió Bestujev había sido arrancada de su espada y de su pluma y amarrada por el Zar al carro de un presidiario", escribió con indignación.

Pero todos estos homenajes a Bestujev palidecen ante el de Olga Nesterov, quien lo amaba y le ofreció en prueba su vida juvenil. El episodio fue triste y superfluo, en consecuencia con las tradiciones románticas de la época. Olga Nesterov era joven y hermosa: amó con toda el alma al amargado poeta y durante algún tiempo fueron felices. Pero Bestujev había perdido el hábito de ser feliz: quizás nunca lo hubiese tenido. Sea como fuere, su ansia de alcanzar los extremos en el amor o en el dolor lo empujó hasta el desastre final. En una cena con sus amigos íntimos del ejército, se jactó de la fidelidad de Olga.

Hasta ese momento, nadie la había puesto en duda. Ahora, con el cinismo propio de la época y de la sala de oficiales, alguien puso en tela de juicio su jactancia, perezosamente. Bestujev no reaccionó en la forma clásica, nombrando a sus segundos. Pareció divertido y se hizo una apuesta sobre el asunto.

Al día siguiente, la muchacha, quien nada sospechaba, fue, como de costumbre, a las habitaciones de su amante. Nadie sabe qué sucedió allí. Se oyeron una detonación y un grito y Bestujev salió corriendo de su alcoba, consternado. Su amante estaba tendida en el suelo en un charco de sangre, con los pulmones atravesados por un balazo. Pero no había perdido el conocimiento y pidió un sacerdote. Más tarde, bajo juramento, éste dijo que Olga le había manifestado que había ocurrido un accidente mientras trataba de quitarle la pistola a Bestujev (quien, posiblemente, después de haberla hecho sufrir hasta el frenesí y avergonzado de su propia conducta, quiso suicidarse). Pero el arma se disparó cuando ella la aferraba. Murió en brazos de su amante. Se realizó una investigación y sólo la declaración del sacerdote salvó a Bestujev.

Pero, desde ese momento, el escritor se sumió en un sombrío letargo, que alternaba con estallidos de furiosa energía durante los cuales galopaba por las montañas, día y noche, como un perseguido. Buscaba el peligro y parecía ávido de morir. Con su amigo el desesperado capitán Allbrandt, quien también procuraba olvidar un amor infortunado,

iba al encuentro de todos los riesgos que podía aportarle una batalla. Finalmente, durante un combate con la tribu de los abasertzky, abrumado por una superioridad numérica de cinco a uno, Bestujev desapareció tragado por el bosque. ¿Lo mataron? ¿Se suicidó? Nunca lo sabremos.

Pero el insensato fin que le impuso su amor a Olga Nesterov será recordado mientras esté la lápida de la joven en el cementerio de Derbend. En ella, figuran a un lado su nombre y las fechas de su nacimiento y de su muerte. 1814-33; en el otro, una rosa que se marchita, y debajo uno sola palabra, "Sudbá" (Destino).

Había una posdata; cuando, en 1860 y tantos, Alejandro Dumas visitaba el Cáucaso, llegó a aquel pequeño cementerio azotado por los vientos que daba sobre el Caspio, supo la trágica historia del amor de Olga Nesterov. Se sintió conmovido y escribió estos versos encantadores, a menudo citados, que fueron inscriptos más tarde sobre la lápida:

"Elle atteignait vingt ans; elle amait, était belle.
Un soir, elle tomba, rose effeuillée aux vents.
O terre de la mort, ne pèse pas sur elle;
Ella a si peu pesé sur celle des vivants." (1)

Por eso, mientras que Bestujev está casi olvidado, el recuerdo de Olga Nesterov perdura, más allá de las fronteras rusas, gracias a la pluma de Dumas.

El escritor francés descubrió que el Cáucaso era un material espléndido, ya que el "exceso" ruso armonizaba a maravilla con su propio temperamento. Dumas se regodeaba con el color local, la violencia, la vastedad: carreras donde nadaban por el Volga diez mil caballos, la vida en el aúl y en el palacio, las bayaderas y las venganzas de sangre... En las cenas semanales de la princesa Mathilde, Dumas narraba a menudo sus aventuras en Rusia y los Goncourt anotaron su imagen para la posteridad, desde el otro lado de la mesa, con estas palabras:

"Con su figura gigantesca de cabello que parecía pimienta y sal y los diminutos y taimados ojos de un hipopótamo, siempre observadores, hasta cuando miraban hacia abajo... Dumas recuerda vagamente a un pregonero que anuncia maravillas y a un viajante de las Mil y Una Noches."

II

Escritores, aventureros, viajeros, hombres de ciencia: el Cáucaso proyectó su sombra sobre todos ellos: algunos, como David Urquhart

(1) "Frisaba en los veinte años; amaba, era hermosa. Una noche cayó, rosa deshojada por los vientos. Oh, tierra de la muerte, no peses sobre ella. ¡Ella pesó tan poco sobre la de los vivos!".

y el capitán Bell, vivían peligrosamente, vendiendo armas para ayudarles a las tribus que combatían contra los rusos. Otros, como Xavier Hommaire de Hell, hombre de ciencia y geólogo, iban por las montañas lupa en mano y rara vez observaban lo que estaba más allá de su perímetro. Para Hommaire de Hell el Cáucaso era simplemente un suelo que colocaba bajo su lente. Su joven Adèle anotaba meticulosamente todos sus hallazgos y al mirar a su alrededor notaba muchas otras cosas: sobre todo, el soborno, el despilfarro y la corrupción del comisariado del ejército ruso. Lo llamaba "el robo oficial" y hervía de indignación ante las tropas abandonadas, el lujo de las mesas de la oficialidad y la voracidad de ciertos oficiales, mercaderes y contratistas, quienes se llenaban los bolsillos mientras los soldados morían de desnutrición o escorbuto. Aunque las habladurías afirmaban que Madame Hommaire de Hell se mostraba ya nerviosa y abandonaba las anotaciones científicas, consolándose con el galanteo del poeta Lermontov, cabe dudar hasta de que se hayan conocido, ya que en 1841 Lermontov estaba aún en San Petersburgo, viviendo su existencia de pisaverde y mimado por su abuela. Sus poemas a *l'ardente française* no le están dedicados evidentemente a ella y por lo tanto se desvanece una leyenda; pero sólo una leyenda de menor cuantía, ya que Lermontov sigue siendo una de las figuras más obsesionantes del escenario caucasiano.

III

Mikhail Yurievich Lermontov fue la encarnación de Rusia en el Cáucaso; el prototipo de todos los jóvenes oficiales atrabiliarios y vulgares para quienes aquel país era un revelación.

Lermontov significa mucho más: fue un gran escritor que le presentó el Cáucaso al pueblo ruso. Para ellos, sigue siendo "El Poeta del Cáucaso"; su nombre y las leyendas ligadas a su breve vida signada por la fatalidad y su dramática muerte están unidos para siempre a ese país.

La impresión que le causó el país a la brillante generación de hombres que fueron los primeros en ir al Cáucaso durante las guerras múridas fue avasalladora. Era, a un tiempo, heroico y exótico y la mezcla enardecía su imaginación. Pero mientras que Puskin escribía más que nada sobre sus aspectos románticos, como en su "Prisionero del Cáucaso" y a Tolstoi lo obsesionaba el efecto psicológico de la naturaleza sobre el hombre ubicado en semejante escenario, Lermontov disfruta al identificarse sensualmente con el propio país. Poemas tales como "Mtzieri", con sus maravillosas imágenes de la naturaleza, nos evocan al Cáucaso con un sentimiento de angustia y alegría, como si lo viéramos por primera vez, o la última, como Mtzieri, el monje escapado... o el propio Lermontov. Lermontov empezaba a saborear el Cáucaso con sus ojos voluptuosos de pintor cuando lo mataron en un duelo absurdo.

había comenzado a escribir sus cuentos y poemas del Cáucaso cuando llegó a las montañas; escribía furiosamente, como presintiendo que su vida tocaba a su término. Veía el país tanto objetiva como subjetivamente, tanto lo exótico como lo sórdido. Desechó el modelo byroniano, el de "Childe Harold" —el mundo estilizado de los chales perfumados y de las cimitarras— para optar por un paisaje más auténtico. Y luego en "Tamán", un relato sombrío, captó el siniestro aspecto de los hombres y el escenario en forma totalmente nueva. Cuando, en su vejez, le preguntaron a Tolstoi qué narración rusa le parecía inmortal, escogió "Tamán"; y Gogol, en una carta a un amigo, escribió: "Nadie, entre nosotros, ha escrito todavía en una prosa tan perfecta, tan hermosa, tan llena de sabor."

Los versos de Lermontov solían ser tan voluptuosos como áspera su prosa. Todo el panorama caucásico surge de sus páginas.

Bajo los cielos serenos, Kisslovodsk o Piatigorsk y el imponente Beshtau, con sus cinco cumbres nevadas, empequeñecían las mezquinas pasiones de la sociedad rusa reunida al pie. Conversaciones ociosas; amenazas, confesiones, murmullos de amor; todo lo captaba Lermontov. Valerik, el Río de la Muerte, con sus moribundos, rusos y tártaros, teñido de sangre. Escenas: una caravana con su sucesión de camellos y ruidosos montañeses; festejos nupciales en la casa de un jefe caucásico; una posada junto al camino... más que nada, paisajes: todo el panorama del Cáucaso revivía bajo su pluma. Los paisajes de Lermontov no son como los de Turgueniev, con figuras, con las estaciones que surgen de las páginas, con el olor de los bosques en otoño y el aire estival denso de fragancia a limones; tampoco comparte la identificación de Tolstoi con la tierra... con el suelo mismo. Pero ve, y apasionadamente, el Cáucaso, en su esencia, su solitaria grandeza y voluptuosidad. La estructura del país, el mundo que lo rodea, lo aturdían, lo embriagaban, de modo que sentimos en sus versos una suerte de alegría ebria en un paraíso *terrestre* visto por un exilado; algo que él quizás no poseyera, pero que ansiaba, como Mtzieri, el protagonista de su poema, el novicio que huye del monasterio para lograr un magnífico momento de libertad, de vida, para ver por primera vez el mundo que lo rodea... el mundo del Cáucaso.

El escritor ruso Merejkovsky adopta una actitud bastante romántica al juzgar a Lermontov, hablando de su profundo amor a la naturaleza, calificándolo de "amor infraterrestre por la tierra". Desarrolla su tema diciendo que Lermontov no era un hombre íntegramente, sino en parte ángel y en parte demonio, un alma vagabunda, desencarnada, que ansiaba algún ancla terrenal. Recuerda la leyenda gnóstica a que se refiere Dante en "La Divina Comedia", que estableció un eslabón entre el mundo celeste y el nuestro. Ni Lermontov, ni su Demon, ni Mtzieri pueden aceptar un paraíso cristiano, ya que han hallado un paraíso en la tierra, en la naturaleza. Hay muchas traducciones de "Ángel", uno de sus más bellos poemas. Se refiere a un ángel de la medianoche que

lleva a un alma para que sea alumbrada, un alma que, desde entonces, se esfuerza siempre en recordar la canción del ángel. Pero semejantes poemas no pueden traducirse. Se da su sentido, pero se pierde su música.

Lermontov fue el primero de los escritores rusos que se ocupó del Mal: más que nada, del demonismo. Sus aspectos teatrales lo intrigaban: también estaba de moda picotear en lo oculto. Y, por lo demás, todo el perfil de su vida parece estar bajo la sombra de cierto sentimiento de predestinación, de fatalidad.

* * *

Su niñez, en Moscú, fue solitaria. Era huérfano y lo educó su rica abuela. A los diecinueve años, se hizo famoso con un apasionado poema sobre la muerte de Pushkin, destruído por las intrigas de la corte. Lermontov atacó la tiranía del Zar y habló de las libertades perdidas. Iban a enviarlo a Siberia, pero la intervención de unos amigos poderosos le valió la atenuación de su sentencia y fue desterrado para servir en el ejército del Sur; de modo que el joven húsar se dirigió hacia su destino: debía ser el poeta del Cáucaso y hallar la celebridad y la muerte entre sus montañas. Si lo hubiesen enviado a Siberia... ¿habría encontrado inspiración? ¿Se hubiera mostrado igualmente receptivo, intuitivo, en otro escenario? Es poco probable. Lermontov estaba predestinado a inmortalizar al Cáucaso y a ser inmortalizado por él. Su llegada a Piatigorsk, rodeado ya por una aureola de perversidad, persecución y poesía, causó efervescencia en la ciudad. Las damas se entusiasmaron por él, los caballeros se mostraron recelosos. Pero, en la medida en que lo aborrecían, también lo amaban algunos compañeros de armas, quienes reconocían, detrás de aquella infantil fachada de tedio y coraje, al *bon enfant*. Sus soldados lo adoraban por su sencillez y cordialidad Con ellos, no necesitaba alardear.

Muchos de los veteranos combatientes-hombres que habían estado en el ejército del Sur durante diez o veinte años, los restos de las tropas de Yermolov —cosacos o renegados tártaros— operaban entonces a menudo por su cuenta como bandas de guerrilleros, separadas del ejército propiamente dicho. Hacían su guerra privada, aceptaban las misiones más peligrosas y despreciaban las armas de fuego, prefiriendo la shashka. Sus uniformes dejaban mucho que desear y no se afeitaban por principio.

A Lermontov le dieron el comando de una de esas bandas. Era una tarea difícil. Pero el aspecto teatral de aquella gente, su violencia y audacia, lo sedujeron y se consagró con entusiasmo a aquella vida. Usó, pues, una destrozada camisa roja y no lució charreteras "En el momento del ataque, se ladeaba el quepí sobre una oreja y cargaba al galope sobre los fortines chechenes..." Estos hechos heroicos irritaban a los oficiales del estado mayor, más sensatos.

—"¡Es ridículo! —decían—. No se carga sobre las fortificaciones". Decían también que parecía un gitano, con el rostro ennegrecido por el polvo y la pólvora. Pero sus tropas lo seguían ciegamente y sus misiones tenían un éxito triunfal: lo mencionaron dos veces en los despachos y fue recomendado por su valor y propuesto para la orden de San Vladimiro; pero para el Zar y su ministo de guerra era un poeta peligroso y en desgracia. No se podía hablar de actos de valor ni de medallas. *No concedido*, fueron las palabras escritas al margen por la mano regia.

Hasta las hazañas de Lermontov fueron interpretadas como actos de insubordinacion. Debía pudrirse en el frente, como se pudriera Pushkin en la corte. Y, por lo tanto, tuvo que conformarse con la frívola vida de Piatirgosk, el *flirt*, los naipes y las riñas, con hacer el amor y bailar hasta la madrugada, pero siempre escribiendo, escribiendo la admirable poesía que fluía de su pluma con tanta espontaneidad. Además, siguiendo la tradición de tantos escritores del siglo XIX, era un excelente dibujante. Pushkin, Victor Hugo, Musset y muchos más dibujaban con una facilidad orgánica, sin esfuerzo, con una maestría sorprendente. Dejaron caricaturas y bocetos que nos presentan la vida de sus tiempos, imágenes que veía en ella su espíritu.

Lermontov tenía los ojos de un pintor y escribía como tal; en sus versos vibran el color y la luz. Sus cuadros (un aspecto de su genio casi desconocido fuera de Rusia) lo colocan mucho más allá de sus contemporáneos. Sobre todo, llaman la atención sus paisajes, que atraen al que los mira a alguna misteriosa profundidad o dimensión. El cuadro titulado "Un recuerdo del Cáucaso" nos muestra a dos guerreros, soldados de Shamyl probablemente, con capuchas, cabalgando a pequeños caballos tártaros; se trata de una ilustración perfecta de una de sus narraciones romanticas. La reproducción de este cuadro y muchas más han sido usadas en una hermosa edición de las obras completas de Lermontov, publicada en Rusia en 1955 por la Academia Nauk. Hay además, varios retratos de Lermontov en el Cáucaso. Su uniforme de húsar es eclipsado casi por una *burka* particularmente peluda: su rostro algo infantil es a un tiempo delicado y malhumorado, pero a los redondos ojos pardos asoma cierta dulzura. La frente alta y abovedada es coronada por un indómito mechón de cabello; el labio superior acusa un fino bigote. Lermontov era bajo y no impresionaba mucho a primera vista; sus alardes, su *pose*, formaban parte de sus esfuerzos por superar aquella fachada insignificante. Tenía, además, la arrogancia propia del hombre bajo. Le gustaba atormentar, desinflar la altanería de los cortesanos y de los oficiales de alta jerarquía al escribir ardientes versos sobre la libertad, como lo hiciera Pushkin. Y, como Pushkin, ello le valió enemigos mortales, quienes concluyeron por llevarlo a la muerte. Dos veces en el curso de siete años, el pueblo ruso estaba predestinado a perder a sus grandes poetas, muertos en duelos que pudieron haber sido evitados, pero que las autoridades cuidaron de pasar por alto.

Es curioso el paralelo entre Pushkin y Lermontov. Ambos fueron grandes poetas, ambos fueron exilados, ambos vivieron tempestuosamente y con negligencia y fueron amados y temidos de acuerdo con su dimensión espiritual. Ambos escribieron poemas o narraciones que presagiaban su propia muerte. A ambos los obsesionaba el duelo y murieron en duelo, a mano de desconocidos. Ambos fueron enterrados furtivamente y los demás reconocieron todo su valor y los lloraron demasiado tarde. Pushkin fue herido mortalmente en el Puente Negro, en San Petersburgo, mientras que su adversario, Dantes, el engreído y mimado favorito de la corte, siguió viviendo. Cuando era ya viejo lo fotografiaron y tenía el mismo aire engreído y se había vuelto ventrudo y usaba levita (no quedaban rastros del impetuoso oficial de la guardia de caballería.) Pero se seguía regodeando con la gloria refleja de haber matado a Pushkin. Lermontov fue muerto de un tiro por Martynov en las laderas de Mashuk. Martynov era un oficial indigno, rico, malévolo y envidioso, quien se alegró de darle vuelo a una riña fraguada hasta que se llegó al terreno de las pistolas. Lermontov disparó al aire (hecho que fue suprimido en la indagatoria) pero Martynov le apuntó al corazón. Al principio, por fórmula, fue desterrado a Kiev, bajo la vigilancia de la Iglesia. Pero pronto el Santo Sínodo consideró que se le podía perdonar. Siguió viviendo, pavoneándose ante la sociedad de provincias y recordándole sin cesar, por temor a que lo olvidaran, que se había visto obligado a desafiar a Lermontov. Estaba en juego el honor de su hermana, decía.

Los duelos eran una expresión de la época: los hombres se batían hasta por un desaire imaginario. Era propio de la tradición romántica estar cansado de la vida, jugarlo todo a un naipe o una bala, encogerse de hombros ante la vida o la muerte con el mismo aire de tedio. El protagonista del poema de Pushkin "Eugenio Oneguin", pone de manifiesto el humor atrabiliario del joven poeta. Este vivió sus dramas más de una vez, aunque, fundamentalmente, Oneguin está más cerca del carácter de Lermontov que Pushkin. Sin duda, la admiración de Lermontov por la obra de Pushkin influyó sobre su carácter, además de su arte, y vivió, así como escribió, de acuerdo con la tradición de éste. El Pechorin de "Un héroe de nuestro tiempo" tiene mucho de Oneguin, pero es en gran parte un autorretrato. Lermontov lo califica de retrato compuesto, tal como lo veía la gente, tal como él se veía a sí mismo. Esto, estaba en la vena de Oneguin. Cuando Lermontov describe el lamentable duelo de Pechorin con Grushnitki, se muestra profético, previendo su propio encuentro fatal con Martynov.

Como en la novela, el duelo real se efectuó sobre un pliegue rocoso, en lo alto de las laderas de Machuk, sobre Piatigorsk. Cuando ambos adversarios iban a hacer fuego estalló de pronto una tormenta. Al disparar Martynov, Lermontov se desplomó, muerto. Pushkin dijo que Moscú, la de la cabeza de oro, debía ser la cuna de todos los genios;

no podía haber mejor decorado para la muerte de un gran poeta que una tormenta sobre una montaña del Cáucaso.

Al principio la Iglesia Ortodoxa le negó cristiana sepultura. Los monjes de larga cabellera y negras vestimentas atrancaron las puertas del monasterio y se mostraron inexorables. Pero, finalmente, uno de los oficiales del estado mayor del general Grabbé logró inducirlos a decir algunas plegarias. Muchos de los colegas de Lermontov vinieron a rendirle su último homenaje... demasiado tarde.

Lermontov no necesitaba una lápida. Sólo las más altas cumbres del Cáucaso pueden servirle de digno monumento a su genio trágico.

IV

Mientras tanto, el carácter de las guerras del Cáucaso estaba cambiando. Al ejército de línea del sur y los hombres que combatieran junto a él como mercenarios o huyendo de algún dolor íntimo se les unió cierto número de brillantes jóvenes de los regimientos de guardias, que debían influir profundamente sobre la conducción de la guerra. Dada la preocupación del Zar por el linaje militar, había estimulado la creación de escuelas de cadetes, en las cuales se proponía que inscribieran a sus hijos los aristócratas. Los productos de este sistema —un grupo notable de oficiales jóvenes— empezaron a llegar al Cáucaso para saborear por primera vez una batalla. Cambiaban la vida del pisaverde de la guardia de caballería y otros regimientos selectos por el salvajismo del Cáucaso. Aunque Tolstoi no formaba parte de este grupo, fue también a combatir al Cáucaso, en 1851, cuando era un joven noble abrumado por las deudas y que intentaba escapar de las tentaciones de la ciudad; pero habló por toda la aristocracia rusa cuando se refirió a su sentimiento de frustración, "al constante tedio, metido en los huesos que es legado de generación en generación, conscientemente con la convicción de que es inevitable". Como los demás nobles presentía que en el Cáucaso se encontraría a sí mismo... o se perdería, quizás; en cualquier caso, "con la ayuda de un cañón, contribuiría a destruir a los rapaces y turbulentos asiáticos."

Al principio, los veteranos acogieron con resentimiento a estos novatos; pero cuando los jóvenes oficiales se foguearon en la batalla, figuraron entre los mejores soldados que haya conocido el ejército ruso. Entre ellos estaba el príncipe Bariatinsky, gallardo, rico, privilegiado vástago de la única familia noble directamente emparentada con los Romanov, compañero de la infancia del Zarevich y objeto del infantil amor de su hermana, la gran duquesa Olga. Casi todos los años del servicio militar de Bariatinsky transcurrieron en el Cáucaso y su nombre llegó a ser sinónimo de victoria, y sobre todo, ha estado ligado al de Shamyl.

Los oficiales de la guardia trajeron una atmósfera de lujo y libertinaje muy engañoso para quienes los juzgaban meros maniquíes de sastrería. Antes, a los oficiales del Cáucaso les bastaba con una suerte de temeraria alegría de picnic. Las distracciones provincianas les parecían deslumbrantes; y siempre estaban las bailarinas de la Shemakha...

Pero aquella nueva cosecha de oficiales se mostraba ecléctica, en todo sentido. Los sastres del regimiento, quienes hicieran antes excelentes uniformes, fueron considerados desde entonces inaceptables. Los recién llegados eran partidarios del corte petersburgués, con abundantes trencillas de oro; usaban guantes de cabritilla y sus capotes de invierno estaban forrados de piel de nutria. Rehuían a las bailarinas de la Shemakha para consagrarse a intrigas amorosas con esposas ajenas (Bariatinsky, según Tolstoi, llegó a ser el amante de la joven condesa Vorontzov nuera del príncipe Vorontzov, el virrey.) Los recién llegados salpicaban su conversación de frases francesas o inglesas, se llamaban mutuamente siempre *Mon cher* y sólo bebían vinos importados. No sólo tomaban champaña y colgaban a sus tiendas de campaña cuadros y espejos, montaban caballos de pura sangre y cargaban sus acémilas de cepillos para el cabello con mango de marfil, pomadas y agua de colonia, sino que algunos de ellos hasta habían traído a sus criados. El *valet* del coronel conde Ilenkendorf, quien acompañaba a menudo a su amo al frente de batalla, debía tenderse en el suelo y calentárselo antes de que éste se sentara.

Pero al principio esos sibaritas despreciaban al ejército de línea y eran despreciados por él; sobre todo, exasperaban al general Veliaminov, uno de los comandantes más destacados del Cáucaso, aunque, según sus críticos, era "un vampiro que chupaba la sangre", sin preocuparse de las vidas de sus soldados. Se había pasado toda la vida en campaña; fue nombrado [illegible] a los cuarenta años y vivaquió durante veinte en el Cáucaso. Tenía un concepto particularmente austero de la vida del soldado, frunciendo el ceño apenas se acercaba una mujer a unos kilómetros de sus ejércitos; nada de vivanderas, de aventuras amorosas, de botín militar. Su consagración a la guerra era realmente digna de los múridas. Como Yermolov, se había destacado en Borodino; y estuvo en París en 1814 durante la ocupación aliada. Cuando Yermolov fue nombrado Comandante en Jefe en el Cáucaso, designó a Veliaminov jefe de su Estado Mayor. Ya en 1828, éste hizo su comentario y formuló las normas para la conducción de las guerras caucásicas y puede decirse que las mismas echaron los cimientos de la victoria final de los rusos. "Siempre que se apartaron de los principios de Veliaminov, defendidos con tanta elocuencia y puestos en práctica con tanto brillo, el desastre les pisó los talones a sus sucesores". Afirmaba categóricamente que sólo la fuerza de las armas permitiría imponerse a los montañeses. Como Shamyl, conocía el respeto que infundía la fuerza. Sólo cuando los rebeldes comprendieron que la conciliación o la

generosidad no eran necesariamente una prueba de debilidad y que las apoyaba una terrible fuerza de ataque, entonces, y, sólo entonces, se avendrían a razones. Se necesitaron treinta años, con una larga serie de asedios, errores y sacrificios heroicos, para que se comprendiera toda la verdad de las palabras de Veliaminov. Mientras tanto éste, con el ceño fruncido, arrebujado en una burka y alimentándose sin quejarse en su cantina de soldado, observaba a los guardias instalados tan sibaríticamente a su alrededor. Pero, por lujosa que fuera la vida de los recién llegados, le eran profundamente leales al Zar y estaban convencidos de sus atributos divinos.

V

Aunque Tolstoi nunca estuvo esencialmente ligado al Cáucaso, como Lermontov, algunas de sus mejores obras provienen de la primera impresión avasalladora que le causaron las montañas. El joven conde León Tolstoi había abandonado Moscú en 1851 para acompañar a su hermano Nicolás, quien volvía para servir en el sur. Partió, más que nada, para librarse de las deudas de juego que pesaban sobre él en la ciudad, movido casi por un impulso; se sentía inquieto en medio del degenerado refinamiento de la sociedad moscovita; con idéntica facilidad habría podido irse al norte, porque cuando otro de sus hermanos partía rumbo a Siberia, el impulsivo León saltó al coche y se sentó a su lado y sólo consiguieron convencerlo de que se quedara cuando le hicieron notar que no tenía equipaje... ni siquiera un sombrero. Pero si hubiese ido al norte habría hallado probablemente la misma libertad y verdad que debía encontrar en el Cáucaso. Tenía una cita con la naturaleza; habría podido cumplirla en el norte o en el sur. Pero sólo en el Cáucaso pudo oír aquellos primeros fragores de la batalla que, al crecer hasta trocarse en el bombardeo de Sebastopol, debían llevarlo hacia su obra maestra, "La guerra y la paz".

Cuando vivía perezosamente en Moscú fastidiado por pequeñas vanidades, decidió hacer un paseíto al Cáucaso. Eso le permitía entretenerse. Muchos de sus amigos se iban allí, a tirotearse con las tribus rebeldes. Era una manera rápida de lograr condecoraciones... gloria, decían los cínicos. Además, aquélla era buena caza y a Tolstoi le gustaba la caza. Hasta entonces, había sido un perezoso voluble y arbitrario, muy afecto a la introspección y con accesos teatrales de remordimiento. Su tía lo incitaba, para la mejor formación de su carácter, a una aventura *seria* con alguna mujer casada... *"Rien ne forme un jeune homme como une liaison avec une femme comme il faut"*, escribió, chocheante y mundana. Pero Tolstoi debía hallar horizontes más anchos, influencias formativas más amplias en el Cáucaso. La influencia de sus montañas, de sus nativos, de la vida y la muerte en las campiñas caucasianas debía transformarlo para siempre.

Era su primer contacto serio con las fuerzas naturales. Algunas de sus mejores obras provienen de esas fuentes: "Hadji Murad", recuerdos de Tolstoi sobre el primer naib de Shamyl, publicado en forma póstuma, o "Los Cosacos", que Turgueniev consideró la obra más perfecta que se hubiese escrito en ruso. El propio Tolstoi seleccionó el "Tamán" de Lermontov y por consiguiente ambas obras maestras fueron inspiradas por el Cáucaso. En "Los Cosacos" de Tolstoi y a través de sus experiencias de la guerra caucásica, quizás podamos rastrear los gérmenes de 'La guerra y la paz". Si los primeros vagidos de esa conciencia que satura esa obra maestra brotaron en el Cáucaso, Tolstoi halló también allí la fundamental sencillez que debía obsesionarlo finalmente y por la cual lucharía durante el resto de su vida. En su evasión final de la complicación —de esa civilización que consideraba enferma— el viejo titán que yacía moribundo en la casa del jefe de estación de Astapovo pensó en volver al Cáucaso: le había hablado de esto a su hija Alejandra, diciéndole que era uno de sus más fervientes deseos. Pero quizás la muerte, al atraparlo en el norte, cuando liberaba su espíritu, lo hizo volver por fin a las montañas del Cáucaso, el manantial de su regeneración. "*Ahora, empieza la vida*", parecía decir en sus oídos una voz solemne...

VI

A algunos de los hombres que combatían en el Cáucaso los impulsaba un simple amor a la aventura o un odio personal a uno de ambos bandos... o cualquier otro de los motivos que, desde tiempos inmemoriales, han arrastrado al hombre a la batalla. Numerosos polacos y sármatas compartían simplemente con los caucasianos el entusiasmo por la guerra. Algunos, pertenecían al cuerpo de ulanos del czar, pero cuando llegaban al Cáucaso, solían recordar el odio existente entre los rusos y los polacos y vengando siglos de opresión y desconfianza, se pasaban a las filas de Shamyl. Unos pocos mercenarios ingleses, al combatir junto a Shamyl, lo hallaban extrañamente indiferente. Cuando empezaron a llegar por tierra de la India, en grupos de dos y de tres, oficiales británicos, ofreciéndose a adiestrar a sus soldados, el Imán nunca les preguntó nada. Los casos de rusos que desertaban para pasarse a las filas múridas eran raros. En cuanto a los tribeños renegados que se unieran a los invasores, vivían en un constante terror a las represalias de Shamyl si caían en sus manos. Los rusos pronto se acostumbraron a encontrar las cabezas cercenadas de sus espías "tártaros" clavadas sobre la estacada. En su frente, estaba garabateado un mensaje: "Así perecen los amigos de Rusia."

A veces, un extranjero combatía bajo las banderas rusas por motivos puramente personales. Varios oficiales rusos de recorrida observa-

ron que un joven francés, Michel Brousset, pintaba una tienda de campaña con unas figuras enormes: un montañés barbudo y con turbante, ensartado sobre la bayoneta de un soldado ruso.

—Yo lo hice... Ese soy yo —dijo orgullosamente, el joven. Soy yo al capturar a Shamyl.

Agregó que era francés: su padre, coronel del ejército napoleónico, se había casado con una heredera rusa. Él era nativo de Francia y durante su infancia y adolescencia le hablaban de su herencia, de las tierras y el oro de Rusia... todo lo cual sería suyo si no intervenía un intrigante tío.

—Pero, por ser extranjero, no puedo heredar —continuó— Por eso estoy aquí y tengo tanta prisa en matar a Shamyl. Con ello me ganaré mis charreteras de oficial y el resto será fácil. Me convertiré en ruso y entonces la herencia será mía.

Sonrió confiadamente, mientras los oficiales le deseaban buena suerte. Pero a los pocos meses lo mataron cuando tomaba por asalto un aúl. El malvado tío había vencido.

Así iban y venían las sombras por el escenario del Cáucaso; y sobre ellas, asomaban los eternos contornos de las montañas.

16

LEALTADES

¡Oh, vosotros que habéis recibido las Escrituras, no excedáis los justos límites de vuestra religión!

INSCRIPCIÓN CÚFICA, DE LA MEZQUITA DE OMAR EN JERUSALÉN.

Aunque, a primera vista, parece improbable que exista alguna analogía entre el pueblo inglés del período victoriano medio y el del Cáucaso, se lo puede hallar en su enfoque de la religión... del dolor, que en cada caso, era ofrendado con deleite. A los caucasianos, tanto los místicos exaltados como el pueblo, los sostenía una disciplina y humildad estoicas y se sentían parte integrante de algún proyecto divino que anulaba la angustia individual. Ofrendaban sus sufrimientos de un modo casi impersonal, con un sentimiento fatalista, por Alá. Y con todo, a pesar de la intensidad de sus penurias, sean cuales fueren los sacrificios exigidos o impuestos por Shamyl en nombre de Mahoma, conservaban cierta austeridad, distinta de las turbulentas y complacientes expresiones de cristianismo de mediados del período victoriano.

Los ingleses piadosos de aquella época eran más ególatras y estaban convencidos de su propia valía, que los inducía a veces a aludir a Dios con aire de propietarios, antes que como fieles adeptos y sostenedores en caso necesario. Su cristianismo era una balsa exclusiva, que salvaba en primer lugar a las clases superiores y luego a las masas; pero que salvaba, antes que nada, a los que sufrían más.

La nación, desde la reina Victoria hasta la más insignificante de las colegialas, expresaba esta convicción en sus cartas y periódicos. La religión formaba parte de la vida cotidiana, como no sucedió en el materialista siglo XVIII ni en el científico siglo XX. La escuela religiosa dominical, las lecturas de las Escrituras, las plegarias en familia, los cánticos colectivos, los intercambios de opúsculos religiosos, formaban parte de

la vida cotidiana, mientras que entre los colegiales circulaban a menudo cartas relativas a interpretaciones de la Escrituras.

Los jóvenes místicos militares como Connolly, Nicholson y Napier, Lawrence, o el "chino" Gordon, vivieron con ascetismo y valor en las llanuras de la India, en el Afganistán o dondequiera los necesitara el imperio. Se escribían con regularidad cartas con interpretaciones sobre las Escrituras o la teología en el campamento o en el campo de batalla, como lo hicieran en la escuela. Los novios, en la Inglaterra victoriana, se hablaban sin cesar en sus cartas de las largas noches de plegarias de que disfrutarían en su luna de miel; y después, aquellos jóvenes cristianos se curtían en la abnegación como si se tratara de proezas atléticas y todas sus carnes temblaban bajo el flagelo, hasta que, finalmente, la fuerza con que oraban y sufrían y entonaban cánticos, los convirtió en una especie de hermandad lega, no muy distinta del pueblo del Cáucaso que, bajo la jefatura de Shamyl, ofrendaba también su vida en los altares de la abnegación : el sufrimiento; o, como se decía en la Inglaterra del período victoriano medio, de la "pena santificada".

¡Pena santificada! Esta frase, que suena a énfasis pringoso, describe a la perfección la severa actitud de Shamyl frente a las flagelaciones de su pueblo. Sólo que, en este caso, Dios no afligía *personalmente* a Sus favoritos, como una prenda de su estima *personal*, sino que más bien recibía, en el espíritu en que se las ofrendaban, las abnegaciones de Sus fieles. Era una creencia más dura, más humilde, pero acaso los sufrimientos fueran iguales en Oriente y en Occidente. Siempre y en todas partes, los gritos y los lamentos arrancan los mismos penosos ecos, en el desierto y en las ciudades, en las mezquitas wahabitas y en las capillas bautistas, allende las montañas y junto a los ríos, el Tigris y el Támesis y el Don; dondequiera se sufre. "El hombre ha nacido para el dolor, como vuelan hacia arriba las chispas", dice la Biblia; y en el año 867 a. de J. C., el místico de Bagdad Sari Saquati escribió: *"¡Ay! es el nombre supremo de Dios. Dios puso este grito sobre la tierra para ayudarle a la gente que sufre a tomar aliento."*

II

Para que un hombre logre una reputación de crueldad en el Cáucaso, se requiere un grado de barbarie inconcebible en Occidente. Sin embargo, el general ruso Pullo había alcanzado esta distinción. Había tenido el comando de muchas correrías de represalia en Avaria y Chechnia en los meses que siguieran a la desaparición de Shamyl. Era inescrupuloso y brutal y los chechenes lo aborrecían. Pero cuando, al mantener subyugada a una provincia rebelde con muy pocos soldados, nombraba procónsules u oficiales a los renegados tártaros, le hacía directamente el juego a Shamyl. Aquellos renegados trataban a los montañeses con una espantosa

crueldad e injusticia. No había apelación... nadie a quien recurrir; pero cuando circuló el rumor de que las provincias caucasianas serían desarmadas y convertidas en comunidades campesinas, a la manera rusa y sujetas a los mismos impuestos, servidumbre y levas, todo el Cáucaso se sublevó y Shamyl reapareció, como un fantasma, para reunir a los tribeños alrededor de su estandarte negro. Desde su evasión de Akhulgo, había estado escondido en las montañas, predicando el Shariat, orando, ayunando y meditando. Pero ahora había llegado la hora y volvió a saltar al centro del escenario, como guerrero y jefe, como un enemigo terrible.

"El hombre perturbador", escribió el Zar en un memorándum dirigido a sus generales, exhortándolos a poner término rápidamente a la guerra. Para él, Shamyl seguía siendo un bandido, un enemigo indigno de tener a raya a sus grandes ejércitos. El Emperador no podía comprender el carácter de la guerra ni las dificultades que acosaban a sus comandantes.

Durante los diez años siguientes, Shamyl debía continuar en el cenit de sus fuerzas y seguir siendo una figura soberbia y salvaje que dominaba el Cáucaso, cabalgando sobre los desfiladeros como un gigante. Pero, a pesar del terror que inspiraba su nombre, nunca alcanzó la reputación de barbarie que aureola a algunos jefes: a Shaté el chechén, por ejemplo, cuyo nombre les infundía miedo a todos los corazones, y que en cierta ocasión le cortó la lengua a un niño porque lloraba.

Este grado de barbarie le era desconocido a Shamyl, quien, si bien mostraba la máxima severidad ante sus enemigos, y no daba ni pedía cuartel, ni había vacilado siquiera en destruir al pequeño príncipe Boulatch, a quien podían haber usado los rusos para debilitarlo o poner en peligro su poder, ostentaba ciertos cánones de conducta caballeresca y casi siempre se mostraba afectuoso con los niños. Trataba a los prisioneros —los prisioneros rusos, sobre todo— con dureza; muchos de ellos eran encerrados en fosos, en condiciones horribles; pero también en esto conviene recordar que el Imán no tenía cuarteles o una sede de comando normal y hacía una guerra de guerrillas, de modo que no tenía prisiones del tipo común donde albergar a sus cautivos.

En el Oriente había gradaciones de crueldad insondables para el Occidente; en toda su aspereza, ni Shamyl ni ninguno de los caucasianos se acercaba a las fanáticas y deliberadas crueldades practicadas con los prisioneros en Bujara. En 1842, el valiente e infortunado capitán Conolly, del ejército indio, fue abandonado con el coronel Stoddart en un foso-prisión, donde los royeron las carnes los gusanos hasta que murieron. La costumbre afgana era tener ratas y enormes garrapatas especialmente adiestradas para esta tortura, dándoles carnes, a fin de que fuesen muy voraces cuando, de vez en cuando, les brindaban víctimas humanas. A fines del siglo XIX, un viajero francés, Monsieur Moser, vivió arrestado durante varias semanas en su habitación de Bujara, por no estar en orden su documentación y cuenta, refiriéndose a las largas horas pasadas junto

a su ventana: "Para distraerme, yo acostumbraba observar, los días de mercado, algo que parecían ser grandes paquetes arrojados desde lo alto del Minar Kalan...". Estos paquetes, que daban volteretas en el aire al caer, eran prisioneros condenados, amarrados como aves y a quienes tiraban así, reservándose su ejecución para los días de mercado, como entretenimiento de las multitudes. Al pie del Minar Kalan, o Torre de las Ejecuciones, había, dice el francés, un siniestro hoyo o depresión en los polvorientos y pedregosos eriales. Los causaban los prisioneros que caían, año tras año, siglo tras siglo. Bujara parecía proyectar una sombra sangrienta sobre toda el Asia Central, una fétida oscuridad en que se respiraba un aire a un tiempo vigoroso y puro, un clima de violencia, pero de cierta inocencia heroica, también. Aquí, no se notaban la miseria, la degeneración, y el vicio y la enfermedad en que se revolcaba Bujara.

Para los caucasianos, la crueldad era un aditamento, una parte del precio que pagaban para mantener los severos principios de justicia y venganza sin los cuales no había honor. (Y para un caucasiano, cuando no había honor no había vida). Su historia y sus leyendas se concentran siempre alrededor de esos dos temas, la justicia y la venganza. La crueldad, el sufrimiento, como precio, apenas cuentan.

Los caucasianos eran, en un tiempo, un pueblo pastoril y de bandoleros, que vivía, o moría, de acuerdo con ciertos patrones, que era herido o perdía una mano en las tradicionales *vendettas*, pero sobre quien soplaba siempre el viento de la libertad y que era salvaje, pero valiente y caballeresco, con algo de la grandeza de sus montañas.

Shamyl era su prototipo; y cuando condenaba a muerte a sus prisioneros, lo hacía mediante el fuego o la espada, con ira... pero no por placer. Siempre se oponía a que a los rusos renegados que se le plegaran les dieran autoridad sobre los prisioneros. Un oficial ruso, Kuznetzov, quien había desertado a causa de un sermón relativo a su fuego de artillería, consideraba que habían sido injustos con él y ansiaba venganza, pidiéndole siempre a Shamyl que le confiara a los prisioneros. Pero Shamyl se negaba. Finalmente, Kuznetzov descubrió un mensaje a algunos cautivos, traído clandestinamente en un panal. Lo enviaban desde el cuartel general del príncipe Vorontzov y se hablaba allí de un plan para rescatarlos, incitándolos a no desanimarse, ya que pronto les ayudarían. Kuznetzov, encantado, le comunicó su descubrimiento a Shamyl, quien, convencido, pudo prepararles una trampa a los presuntos salvadores. Como recompensa, Kuznetzov pidió permiso para habérselas con los prisioneros como lo creyera conveniente. Shamyl asintió, sin imaginar que el espíritu de venganza del desertor sólo daría por satisfecho después de haber ahorcado a los veintidós. Desde entonces, el Imán nunca les confió a los desertores ninguna responsabilidad administrativa, usándolos solamente como combatientes, ingenieros o intérpretes o para construir las casas a medias europeas que le gustaban.

III

Detrás de los alaridos y gemidos y gritos de batalla que formaban la trampa de las guerras caucasianas, solía oírse una nota idílica entre el cañoneo. Ese interludio era proporcionado por la historia de amor de Shouanete, una cautiva armenia, quien, después de la muerte de Fatimat, debía llegar a ser la esposa favorita de Shamyl.

Al promediar la década 1840-1850, uno de sus naibs favoritos, Akhverdi Mahoma, al irrumpir en Chechnia en una serie de audaces correrías, llegó hasta Mozdok, un pueblecito de la frontera cosaca. Aunque Mozdok estaba sólidamente fortificado, consiguió llevarse a numerosos rehenes. Entre ellos, figuraba una bella muchacha de dieciséis años, Shouanete, de origen armenio.

Como suponía que, si le entregaba semejante beldad, ganaría mayor favor del Imán, el naib se la regaló a Shamyl. Shouanete era una cautiva, una cristiana robada de su hogar. Estaba sola en el aúl de aquel salvaje caudillo musulmán... pero se enamoró de él apenas lo vio, así como él de ella. Shamyl le llevaba más de veinticinco años y era de otra religión. Pero ahora, en el apogeo del éxito, cuando los kanes y naibs se inclinaban ante él y podía poseer a todas las mujeres que se le antojaran, Shouanete fue su favorita y siguió siendo su compañera y solaz durante el resto de su vida. La llamó La Perla. Era alta, carirredonda, de ojos azules y rubia, con un aire de radiante dulzura. Sólo vivía y respiraba para Shamyl.

La dura vida del aúl —especialmente bárbara después de su atmósfera de "confort" en el hogar de un mercader de Mozdok— y todo lo olvidó Shouanete por la dicha de estar junto a Shamyl. Finalmente, renegó de su religión y aceptó rígidamente todas las costumbres prescriptas para una esposa mahometana, usando el velo y no comunicándose con su familia cristiana, y aceptó de buena gana su lugar en el harén del Imán.

En total, Shamyl tenía cinco esposas. La primera era Fatimat, la adorada. Luego, Djavarat, la que murió en Akhulgo. Después estaba Zaïdate, quien se consideraba la primera y más importante de sus esposas, porque, su padre, el Mollah Jamul u'din, descendía del profeta. Shouanete la Cristiana tardó algún tiempo en ser elevada al rango de esposa. Luego, venía Aminette, de quien Shamyl, finalmente, se divorció, a causa de su imperdonable defecto: la esterilidad.

De todas ellas, salvo Fatimat, la amada y perdida, Shouanete era la más próxima a él. Cuando, varios años después de su captura, sus parientes trataron de recobrarla ofreciendo un gran rescate, la joven se negó a volver, mientras que Shamyl afirmaba que no se separaría de ella ni por todo el oro del mundo. El amor de ambos subsistió a pesar de las maquinaciones y los celos de Zaïdate, quien ocupaba el primer lugar en el harén y no permitía que nadie lo olvidara. Pero Shouanete, feliz con la adoración de Shamyl, no pedía más que su amor y siempre se hacía a un

lado, desempeñando un papel subalterno, a fin de mantener una atmósfera de armonía en torno de Shamyl en las escasas oportunidades en que éste volvía al hogar.

Allí, al gran guerrero se le veía sentado en el suelo, junto a un gran gato negro y blanco llamado Vaska-Nourman, que le regalara un desertor ruso, Shamyl sentía gran afecto por aquel animal y siempre se negaba a comer algo que el gato no pudiera saborear. Bocado tras bocado, ambos compartían su comida: Shamyl sentado a la turca sobre los almohadones, Vaska-Nourman enfrente de él, ronroneando fuertemente; entre ellos, había una mesa baja, con unas [illegible] de cobre con pilaff, yoghurt y shish-kebab, esta última vianda encargada especialmente para el gato, ya que Shamyl comía poco o nada de carne. En su afecto por el animal, Shamyl recuerda a Mahoma, quien, a la hora de la oración, al hallar a un gato dormido a su lado, sobre el ruedo de su vestimenta, prefirió cortar la prenda a molestar al animal dormido.

A comienzos de 1[illegible], cuando Shamyl se ausentó por varios meses para combatir en las montañas, Vaska-Nourman languideció, negándose a comer. En vano le prepararon los bocados más selectos y toda la gente de la casa lo atendió solícitamente; en vano Khazi Mahommed entró en el aposento de su padre y trató de alimentar al gato de su propia mano. Vaska-Nourman estaba inconsolable y por fin murió. En todo el aúl reinó el dolor. Khazi Mahommed reunió a todos los dignatarios múridas disponibles para honrar al animal favorito de su padre, haciéndole un entierro especial y una oración fúnebre dignos de un naib. Pero nadie se atrevió a informar a Shamyl de la tragedia.

—Ahora, tendré mala suerte —dijo el caudillo, cuando se enteró finalmente de su muerte.

Para él, Vaska-Nourman había sido su mascota y su camarada, alguien que compartiera sus días de gloria y que correspondía a su amor sin preguntas y era menos exigente aún que la dulce Shouanete.

I V

Usualmente, el cuartel general de Shamyl estaba ahora en el aúl de Vedin, al cual volvía entre batalla y batalla. Lo llamaba Dargo-Vedin en conmemoración de aquel otro aúl de sombría recordación donde pereciera Khazi Mollah. Vedin estaba destinado a ser un retiro inaccesible y sólo se llegaba allí por pavorosos senderos de la montaña: lo rodeaba una atmósfera de terror y la gente lo llamaba "El Gran Aúl". Tenemos un interesante relato al respecto, dejado por Atarov, un primo de Shouanete y mercader armenio de Mozdok. En 1850, Atarov decidió desafiar a los múridas y pidió permiso para visitar a su prima. Después de largas negociaciones, con espías, intermediarios, con el ejército ruso y los emisarios de Shamyl, el mercader emprendió el viaje.

—¡S'Bogom! (Con Dios) —le dijeron los centinelas rusos, al verlo cabalgar hacia las colinas.

No esperaban volverlo a ver. *Ellos* no habrían hecho aquello por ninguna prima y se santiguaron y escupieron.

En cierto sitio, a una señal dada, un jinete múrida salió de los bosques al encuentro del mercader. Era uno de los naibs de Shamyl y lo seguía un grupo de veinte jinetes chechenes, de aspecto salvaje, aunque alegres, según dijo luego el viajero.

La travesía, que duró una semana, resultó toda una expedición. Después de la dura cabalgata diurna, siempre trepando, con un calor horrible, el grupo se detenía por unas horas para comer y dormir. El camino era cada vez más difícil, hasta que llegaron a unos cerros casi perpendiculares a los cuales los chechenes subieron en tropel con toda facilidad, llevando de la brida a su caballo y entre arrastrando y llevando en brazos al desdichado mercader de Mozdok, cuya sedentaria vida no le había capacitado para semejante acrobacia. Los múridas nunca parecían cansarse ni perder el aliento, como la generalidad de los mortales. Entonaban sin cesar un estridente cántico llamado *La Allah illa Allah*. A esta altura, el viajero ya estaba demasiado exhausto para que lo asustaran sus temibles acompañantes.

Por fin, divisaron Dargo-Vedin, desde donde salió a su encuentro impetuosamente una cabalgata de salvajes jinetes. El castillo de Shamyl estaba sobre una alta meseta rodeada de montañas y perforada por un angosto desfiladero en la escarpada fachada. Detrás, había laderas densamente arboladas; delante, un terrible barranco donde, muy abajo, el río Chilo, sin puente, saltaba embravecido sobre los cantos rodados. La fortaleza estaba rodeada por casamatas, una torre de mediana que dominaba toda la campiña y un gran cañón de fabricación europea. A un lado, se encontraba un pequeño conjunto de *saklias* y una mezquita: allí, algunos múridas y naibs selectos vivían esperando siempre a su Imán. Un polvorín, celosamente custodiado día y noche, y un depósito de víveres, se hallaban junto a un gran tanque de agua que aprovisionaba un manantial de la montaña, desviado además para llenar un inmenso estanque de piedra donde se bañaban tanto los hombres como los caballos. La casa del propio Shamyl estaba ubicada en el centro de la fortaleza interior, siendo cuidada por múridas escogidos sin los cuales el caudillo jamás salía y que lo rodeaban con los sables desenvainados.

Junto a los aposentos del Imán, había una mezquita que, aunque pequeña, se caracterizaba por tener dos pisos. Desde el romo tejado, Shamyl podía contemplar toda la montaña. Junto a sus puertas, una pequeña colonia de artesanos estaba siempre atareada, herrando a los caballos, remendando sillas de montar y bridas, haciendo botas de suave cuero que usaban los montañeses y, sobre todo, templando el acero para sus armas. También había un relojero que reparaba muchos relojes de pared y de bolsillo y era muy hábil, según expresó el mercader de Mozdok. Los re-

lojes se consideraban allí siempre la forma más deseable de botín y, en toda correría, los montañeses los apreciaban más que las joyas. Eran, asimismo, el regalo clásico que se hacían los dignatarios múridas, los gobernantes locales o los emisarios turcos. También los rusos les regalaban a los jefes locales que colaboraban cronómetros de oro. Por eso, desde lejos, el viajero parecía oír un múltiple tic tac que surgía del vasto paisaje como el zumbido de un insecto diminuto pero vigoroso.

El mercader de Mozdok encontró a su prima, a quien conociera con el nombre de Ana Ulanova, en muy buen estado de salud y muy feliz. La joven lo recibió en sus habitaciones, decoradas a la manera turca, con hermosas alfombras y un *takhtar* o diván con almohadones, adosado a dos lados de la habitación. Usaba un velo y sólo consistió en levantarlo cuando se quedaron totalmente a solas. También le indicó que debían conversar en el dialecto kumyk, más bien que en el idioma armenio nativo, de ambos, para que quienes los vigilaban —porque observaban cada uno de sus movimientos y escuchaban cada una de sus palabras— no creyeran que ambos hablaban del Imán o de sus secretos.

Shouanete empezó por preguntarle a su primo por su familia y entonces, de pronto, se abrió la puerta y en el umbral apareció Shamyl. Shouanete, muy confusa, se sonrojó, empezó a tartamudear y se cubrió precipitadamente con el velo, porque detrás del caudillo estaban algunos de sus guardaespaldas. Pero el Imán, quien, cuenta el mercader, era de figura impresionante y tenía una barba roja y unos somnolientos ojos color avellana, se mostró más sociable que nunca. Se sentó junto a su huésped y comenzó a felicitarlo por su valor y tenacidad al venir a Dargo-Vedin. Atarov respondió agradeciéndole su autorización.

—Se la concedería también a otros, pero nadie se atreve a venir aquí... o no le interesa hacer el viaje —dijo el Imán.

Preguntó luego por "nuestra" familia; al parecer, ahora consideraba a los parientes de Shouanete como suyos propios.

El hecho de que a la joven la hubiesen capturado en una correría y regalado como un aditamento a su harén, algo que escocía aún en Mozdok, había sido totalmente olvidado tanto por Shamyl como por la joven y ambos saboreaban una dicha conyugal perfecta.

Después del té y de unos sabrosos pastelillos hechos por Shouanete, el Imán hizo algunas preguntas muy naturales sobre Francia, Hungría y el estado del ejército ruso; luego, consintió en recibir de su visitante un regalo, un bello cronómetro con su cadena, y un reloj de oro para Shouanete. El caudillo pareció complacido, pero no quiso tomar el objeto directamente de manos cristianas: Shouanete lo puso junto a él sobre la *takhta*, explicando que el Imán no debía profanarse entrando en contacto con el infiel. Ella misma, desde hacía mucho tiempo, se había hecho musulmana. El primo de Shouanete repitió las ofertas de su familia de obtener su rescate pagando grandes sumas de oro; pero Shouanete volvió

a negarse, con aire feliz. Era una mujer enamorada. El Imán se limitó a sonreír.

Al día siguiente, el armenio partió, recibiendo un hermoso caballo como regalo de despedida. El naib que lo condujera a Dargo-Vedin volvió a acompañarlo, con una escolta de treinta múridas.

—Si alguno de mis hombres te pregunta si has visto al Imán, niégalo... Di, solamente, que viste a tu prima —le dijo el naib.

Atarov preguntó si los múridas se reirían de él o no le creerían.

—Nadie se reiría —replicó el naib, con aire sombrío—. Te matarían... ¡así!

Y se pasó el dedo sobre la garganta.

—Porque has de saberlo —dijo— para nosotros, Shamyl es un Ser supremo, es el Profeta de Alá y no come en la misma mesa con infieles ni habla con ellos. Ahora, comprenderás. Sujeta tu lengua.

Desde ese momento, ninguna persona del mundo exterior volvió a ver a Shamyl cara a cara, hasta que trajeron como rehenes a su aúl a Madame Drancy y las princesas rusas.

V

Con la triunfal reaparición de Shamyl en 1840, al año del desastre de Akhulgo, comenzó un período de desesperada lucha. Ya no resultaba posible ninguna transacción, ni para los rusos, con su astuta alusión a reformas o gobiernos benévolos, ni para los montañeses, quienes habían vacilado antaño en aliarse de buena gana a los múridas. Ahora, se agrupaban en torno de Shamyl y éste los arrojaba, en olas vivientes de desafío, contra las fuerzas rusas. Al fanatismo, le hacía frente el heroísmo. Shamyl reunía a su alrededor a muchos jefes locales poderosos y bajo su dirección, en Chechnia, ponían en práctica un sistema de guerra selvática, en que sus hombres se arrastraban y trepaban, felinamente, en torno de los perplejos invasores, quienes no podían avanzar sin talar árboles y sin abrir un sendero a través de la maleza que bloqueaba cada uno de sus pasos, impidiendo el traslado de los cañones y los carros de abastecimiento. Shamyl los empujaba cada vez más al interior de las selvas verdes y sombrías y los mataba allí.

A lo largo de la costa del Mar Negro y al sur de Anapa, había ocurrido en los últimos tiempos una sucesión de correrías y asedios, en los cuales los tribeños vencieron siempre, aunque los rusos perecían con el mayor heroísmo. Uno tras otro, los tribeños tomaron sus fuertes y sus guarniciones fueron masacradas hasta el último hombre, mientras que las temidas pestes y fiebres de pantanos, que abundaban en esa región (debido a lo cual se la usaba como colonia penal militar, algo así como una Isla del Diablo), terminaban con compañías íntegras en pocos meses. Los hombres debilitados combatían valerosamente, pero no estaban en

Los múridas vadeando un río. (*Dibujo del príncipe Gagarin*).

Mahommed Emin.

Daniel Beg, Sultán de Elisu"

Hadji Murad, en el aúl de Ghimri. (*Dibujo del príncipe Gagarin*).

condiciones de resistir a un asedio. Fuerte Lazarev, Fuerte Veliminov, Fuerte Nicolás y Fuerte Miiailovsky cayeron con tres meses de diferencia entre uno y otro. Aquello fue un golpe abrumador para el prestigio ruso.

Se afirmaba que la rebelión de esas zonas costeras era organizada secretamente por Inglaterra, a fin de dificultar las comunicaciones entre las provincias del Cáucaso y la frontera persa: no tanto para intervenir en las luchas caucasianas como para entorpecer toda posibilidad de que una fuerza rusa interviniera en las guerras afganas. No se sabe aún si esto era cierto o no, aunque las actividades del capitán Bell y sus agentes, a lo largo de la costa, resultaban incuestionables. En determinado punto, en 1839, un nutrido contingente de ubiques se encontró con cinco mil rusos: los acaudillaba el capitán Bell en persona. "Hubo un violento combate, pero el fuego mortífero de los acorazados rusos, que se acercaron a la costa para ayudarles a las tropas, diezmó las filas de los rebeldes, quienes se vieron forzados finalmente a replegarse a las colinas...". Entonces, Rusia se dedicó a construir una línea de fuertes costeros que darían seguridad a los puertos y comunicaciones, independizándolos de los tribeños. Y mientras las construían, los montañeses combatían a los rusos, paso a paso. El general Raievsky les propuso la paz, pero ellos le contestaron que sólo la aceptarían si los rusos desmantelaban sus fuertes y retiraban sus tropas.

Mas éstos eran demasiado altaneros. Se negaron a parlamentar con los jefes cherkeses (o circasianos) que, cosa muy explicable, habían preguntado cuáles eran las intenciones al anclar la flota rusa; y comenzaron a descargar materiales bélicos en una de las pequeñas bahías de la costa circasiana. Se había pactado una tregua; pero mientras que los tribeños la respetaban y abandonaban sus mosquetes, los rusos seguían descargando sus abastecimientos, sin dignarse parlamentar. Finalmente, los irritados jefes nativos volvieron a enarbolar sus estandartes y, seguidos por toda la población de las zonas costeras, enardecida ahora por sus *mollahs* y convencida del carácter santo de la guerra, atacaron a los rusos con terrible violencia. Apenas lograron infligirles una seria derrota, se replegaron para lanzarse sobre la guarnición de Navaginsky, que saliera imprudentemente de su fuerte y quería salvar a la tripulación y los objetos de valor de varios buques que, la víspera apenas, habían sido arrojados sobre las rocas por una violenta tempestad. Los cherkeses los cercaron, empujándolos paso a paso hacia la playa, donde los masacraron en los bajíos, entre los restos de las naves. Sólo logró escapar un centenar de hombres.

Esta victoria mareó como un vino a los rebeldes. Cuando el general Grabbé los intimó a deponer las armas, lo desafiaron, escribiéndole: "Los cherkeses jamás se rendirán a la dominación moscovita mientras viva uno solo de sus guerreros". Y afilaron sus *shashkas* y oraron en las mezquitas, disponiéndose a seguir a Shamyl adonde los condujera.

Cuando llegó a oídos del Zar la noticia de que el poder de Shamyl crecía, los despachos imperiales volaron al sur y el estado mayor general se retorció bajo el latigazo de su pluma.

Durante todo el verano y el otoño de 1840, la lucha prosiguió en todo el Cáucaso con furioso ritmo. Ahora, los rusos se veían superados en número, pero en setiembre, debido a la audacia del general Klugenau, lograron tomar por sorpresa el aúl de Ghimri, bajando por el escarpado sendero de cabras que se hallaba a ciento cincuenta metros de altura, como antes, en 1832, cuando Khazi Mollah lo defendiera hasta la muerte y Shamyl diera aquel legendario salto hacia la libertad por sobre las cabezas de los rusos. Pero esta segunda pérdida de Ghimri apenas debilitó el prestigio de Shamyl. En general, sus campañas tuvieron un éxito brillante. Cuando, en enero de 1841, Klugenau envió a un contingente de dos mil hombres contra Hadji Murad, el primer naib de Shamyl, la expedición fue acaudillada nada menos que por un personaje como el general Bakunin, comandante en jefe de la artillería imperial rusa, quien estaba casualmente en el Cáucaso en gira de inspección y, ávido de saborear una batalla y confiado en que haría buen papel en el comando de un encuentro, insistió en asumir el mando. Pero al tomar por asalto un fuerte de la montaña lo mataron; los milicianos renegados que se pasaran a los rusos dieron marcha atrás y no quisieron combatir en el momento crítico; y por lo tanto los rusos, después de haber perdido a un tercio de sus hombres, se vieron obligados a retirarse. Mes tras mes, el poderío de Shamyl crecía, hasta que, al promediar el verano, Golovin escribió: "Nunca hemos tenido un enemigo tan salvaje ni peligroso como Shamyl... Su poder ha adquirido un carácter religioso-militar, como el usado por Mahoma en los comienzos del Islam para convulsionar las tres cuartas partes del globo...A los rehenes, los matan sin piedad... Los gobernantes que ha impuesto son sus esclavos; la muerte espera a todos los sospechosos de haber violado en lo más mínimo sus órdenes... La supresión de este terrible despotismo debe ser nuestra primera ocupación".

Pero el alto comando ruso, igualmente despótico, estaba debilitado ahora por una sucesión de enconadas intrigas y riñas de los generales, quienes intentaban ganarse el favor del Zar. Mientras reñían, Shamyl cayó sobre Kazi-Koumoukh y se llevó al jefe y a toda su familia, así como al residente ruso y su guardia cosaca.

Luego, la obstinación del general Grabbé provocó una catástrofe. Contrariamente a todos los consejos, insistió en avanzar sobre Dargo: proyectaba tomar Boumbet y Andi. Era inútil discutir con él, como lo descubrieron sus oficiales del Estado Mayor. Está demás señalar que, al abandonar la pequeña división del príncipe Argoutinsky, que entonces apoyaba el flanco, extensiones íntegras del país quedaron a merced de los hombres de Shamyl.

En el Daghestán, las fuerzas rusas fueron concentradas entonces en pequeños grupos, conservando muchos núcleos poco fortificados de un

terreno difícil, irritados por la férula rusa. Pero Grabbé desechó toda objeción, hablando de una batalla decisiva y reuniendo un contingente no inferior a diez mil hombres, partió con las banderas desplegadas.

Poco después, dadas las dificultades del terreno, el hostigamiento de los guerrilleros ocultos de Shamyl y la falta de agua, el general Grabbé comprendió que no podía seguir avanzando y ordenó emprender la retirada. "Si el avance fue desdichado, la retirada lo fue infinitamente más", escribió Golovin. Cabe imaginar la desesperación de aquellos soldados, atrapados en las asfixiantes selvas llenas de francotiradores ocultos. Las tropas múridas tomaban posiciones y en un punto, se hallaban encaramadas en gigantescas hayas, cada una de las cuales albergaba en sus copas a cuarenta hombres, quienes lanzaron una nutrida descarga sobre los rusos cuando se acercaron.

Finalmente, el 4 de junio, los restos de la expedición chechene volvieron al aúl de Gherzel, después de haber perdido dos mil hombres y casi todas sus provisiones y equipo. Pero Gabbé era amigo personal del Zar, según el cual no podía equivocarse. Reiteradas veces, durante su comando, desde 1839 hasta 1842, el Zar hizo caso omiso de sus errores. Además, Nicolás se consideraba un estratego: le gustaba meter baza en la guerra, aconsejar y dar órdenes desde lejos. Los generales como Yermolov, quienes habían insistido en tomar decisiones sobre el terreno, fueron sustituidos por otros, más acomodaticios. Pero la guerra se prolongaba, en forma muy insatisfactoria. Por fin, en diciembre, el general Grabbé, consciente de su creciente impopularidad en el ejército, pidió su relevo y lo reemplazó el general Neidhardt.

Este nombramiento fue aplaudido, aunque no sin ciertos recelos, por los jóvenes y brillantes oficiales del norte, ya inquietos bajo el inepto comando de hombres de Grabbé. Mientras sus superiores inmediatos, Passek, el mayor príncipe de Argoutinsky-Dolgoruki, Freitag y muchos más, habían sido puestos a prueba por años de guerra en el Cáucaso, el comando general, la conducción integral de la guerra estaba desde hacía muchos años en manos de hombres que no habían demostrado ser dignos rivales del Cáucaso ni de Shamyl. El general Neidhardt prolongó la serie de desastres y torpezas que desanimaran tanto al ejército ruso bajo el comando de Grabbé. Era un militar estúpido, pedante y lento y nadie ha explicado jamás por qué lo nombró el emperador Comandante Supremo.

Poco después de haber asumido el mando, emitió una proclama, expresando que el que le trajese la cabeza de Shamyl recibiría su peso en oro. Al enterarse, Shamyl le mandó una carta al General, manifestándole su gratitud por el gran cumplido que le hiciera Su Excelencia al asignarle tanto valor a su cabeza. Por su parte, escribía el Imán, lamentaba no poder devolverle el cumplido y podía asegurarle a Su Excelencia que no le ofrecería una paja siquiera a quien le trajese la cabeza del general Neidhardt. Un emisario tártaro vino al galope desde Temir-Khan-

Shoura, hasta las puertas mismas del cuartel general de Neidhardt, para entregarle la carta. Sus blancos dientes brillaban en medio de una nube de polvo cuando contuvo a su potro negro; el caballo bufaba y caracoleaba desafiante, ante los asombrados centinelas. Luego, con un atronar de cascos y el grito de guerra tártaro *"¡Ourouss! ¡Ourouss!"* el jinete se alejó, franqueando de un salto las vallas de los alrededores de la ciudad y desapareció en las montañas, de donde surgiera.

* * *

Mientras tanto, Shamyl, seguía hostigando a los rusos, desplazándose con tanta rapidez por el país que las informaciones sobre sus movimientos no eran creídas en el cuartel general ruso. El 16 de agosto, Klugenau informó que reinaba la tranquilidad en el Daghestán; pero el 27, Shamyl partió de Dilim, acaudillando a un ejército que, menos de veinticuatro horas después, apareció en Ountsoukoul, a ochenta kilómetros de allí. Se le unieron dos de sus naibs más poderosos, Kibit Mahoma y Hadji Murad, cada uno de los cuales encabezaba a un nutrido contingente. En total, el ejército de Shamyl ascendía a diez mil hombres. "La rapidez de esta larga marcha por un terreno montañoso, la precisión de la operación combinada y, más que nada, el hecho de que la preparó y ejecutó ante los propios ojos de Klugenau, sin que éste lo sospechara siquiera, le da derecho a Shamyl a ser clasificado como algo más que un jefe de guerrillas, hasta los de clase superior", escribió un historiador militar.

A veces, la ferocidad de Shamyl estaba a punto de costarle la vida; y, finalmente, gravitó contra él, incitando a las tribus a plegarse a los rusos, quienes habían sustituido a esta altura las diabólicas crueldades de Pullo por los métodos más caballerescos de Bariatinsky; pero antes hubo muchos años de sufrimiento y terror, impuestos al pueblo caucasiano en general, arrojado de aquí para allá, en la impotencia, entre dos fuerzas tiránicas. La creencia de Shamyl de que la piedad pudiera ser interpretada como debilidad solía llevarlo a actos terribles. Cuando mataron a su *kounak* —amigo jurado— Shouaib, en el aúl de Tsenterii, debido a una venganza de sangre o *vendetta* privada, Shamyl mandó a doscientos de sus múridas a arrestar a los ciudadanos más notables de la población por no haber logrado prevenir el asesinato. Pero el *kanly* —vendetta— era en el Cáucaso una ley aceptada, algo que sólo interesaba a las familias afectadas y a los ciudadanos no se les había ocurrido intervenir por el solo hecho de que Shouaib fuese el *kounak* de Shamyl. Se resistieron a los múridas y hubo una encarnizada batalla. Al enterarse, Shamyl montó a caballo, fue al aúl y, en su mejor vena retórica, pronunció una oración fúnebre sobre la tumba de Shouaib. Luego, ordenó la masacre "de toda la población del aúl, hombres, mujeres y niños, cien familias en total". Y, convencido de que había vengado adecuadamente la muerte de su *kounak* —y de que ningún otro amigo suyo carecería ya

del apoyo de sus conciudadanos en un momento de peligro— volvió a su cuartel general para un período de meditación, orando y ayunando en la mezquita.

Rara vez, muy rara vez, una víctima devolvía el golpe antes de perecer. En territorio ingoush, había un aúl que los múridas sabían vacilaba entre la presión rusa y la múrida. El hombre más viejo del aúl, Goubish, detuvo a dos espías chechenes y, según se lo comunicaron a Shamyl sus delatores, se disponía a entregárselos a los rusos, en prenda de buena voluntad. Shamyl interceptó el mensaje y golpeó, como de costumbre, con una fuerza fulminante, irrumpiendo en el aúl a la cabeza de una tropa de caballería. Detuvieron a Goubish y le vaciaron un ojo, amarrándolo luego y arrojándolo a un foso-prisión. Gousbish huyó del foso y logró llegar a la tienda de campaña de Shamyl y dominar al centinela. Enloquecido por el dolor y el odio, se abalanzó sobre el dormido Shamyl, hiriéndolo gravemente. Pero Shamyl, aunque inerme, se defendió aferrando la cabeza de Goubish y desgarrándole la cara con los dientes, hasta que éste se desmayó y los guardias se lo llevaron a la rastra.

Aunque a Shamyl lo había debilitado ahora la pérdida de sangre, se siguió vengando. Como siempre, pensó que todo indicio de piedad sería interpretado como una debilidad. Al desdichado Goubish lo habían matado en el acto, pero eso no bastaba. Sus dos hermanos, quienes le ayudaran, fueron despedazados y al resto de su familia, ocho personas, los encerraron en su *saklia* o cabaña y los quemaron vivos. Vendaron las heridas de Shamyl y lo llevaron a la mezquita, donde le dio las gracias a Alá por su milagrosa salvación. Recorrió calles silenciosas: el pueblo se postraba ante él, sin atreverse siquiera a gemir. Ahora, nadie osaba protestar por su suerte. Debían vivir y morir por Shamyl. Era el elegido de Alá, el hombre que los gobernaba en nombre de Alá. *¡Mektoub!* Estaba escrito. Con sangre.

17

LAS GLORIAS DE VORONZOV

"Se decía del príncipe Voronzov que, en todo el sur de Rusia, no se podía hablar con un hombre durante media hora sin oír su nombre, y siempre con una bendición."

SYDNEY HERBERT.

"Era un cortesano completo... No comprendía la vida sin el poder y la sumisión."

TOLSTOI.

A veces, mientras bebo el té de una taza en que está pintado, bajo un lustre azul, un paisaje que evoca las inverosímiles bellezas del Cáucaso, las miro con nostalgia y éxtasis, recordando a Aloupkha y al hombre que lo construyó, el conde Miguel Voronzov, cuyo nombre estará identificado eternamente con el Cáucaso. Fue el gobernante absoluto del sur de Rusia, el Virrey y Comandante en Jefe de los ejércitos del sur, y, durante diez años, el enemigo mortal de Shamyl.

El conde Miguel Voronzov (a quien sólo concedieron el título de príncipe en 1845), ostentaba uno de los nombres más nobles de Rusia, descendiente de las primeras familias boyardas. Su título figuraba en tercer término en la jerarquía de los condes del imperio ruso. Contrariamente a la creencia de que Rusia estaba atestada de títulos, la aristocracia, para un imperio tan vasto, se hallaba muy restringida. Sólo había cincuenta familias de príncipes y la mitad de condes, y de todas ellas, apenas unas doce o quince que, como los boyardos, fueron ennoblecidos por los zares, ya que las demás provenían de Rurik y los señores feudales.

Los Voronzov tenían una gran tradición de servicios prestados al Estado. Durante muchos reinados habían estado junto al trono y se consideraban los iguales de cualquier zar. Su lealtad había hecho y destruido muchos reinos y se jactaban de ser la única familia noble a la cual no enviaran jamás a Siberia. Cuatro damas de los Voronzov habían lucido

la cinta escarlata y la estrella, la Orden de Santa Catalina de primera clase, prerrogativas por lo general de la emperatriz y de las grandes duquesas.

El conde Miguel Voronzov, el adversario de Shamyl, era la apoteosis de los Voronzov. Se diría que muchas generaciones estaban encarnadas o cristalizadas en aquel hombre altanero, astuto, despiadado, pero de grandes principios. Era una figura enigmática, fríamente gallarda, un gran señor a la manera inglesa, altanero y reservado. Rara vez sonreía y nunca perdía su aire de suave calma. Nadie lo conocía bien: era respetado y temido (sus frías cóleras eran terribles), pero no amado. Toda la cordialidad que podía dispensar les quedaba reservada a los georgianos, a los tártaros y caucasianos cuyo gobernante absoluto era: tan absoluto, en realidad, que rara vez consultaba o informaba al Zar sobre su política, obrando bajo su propia responsabilidad y costeando a menudo las cosas de su peculio privado.

Nació en San Petersburgo, en 1782. Su padre, el conde Simón, había sido embajador de Catalina la Grande en Londres y Miguel fue educado en Inglaterra, conservando, hasta el fin de sus días, marcadas tendencias anglófilas. Cuando subió al trono Pablo I, hijo de Catalina, el conde Simón fue llamado a Rusia y nombrado gran canciller imperial. Pero le disgustaba todo lo que sabía sobre el carácter y la política del Emperador y rechazó el cargo. Esto irritó al monarca, quien confiscó inmediatamente las propiedades de los Voronzov, retuvo sus ingresos y exoneró al conde como embajador. Con todo, éste se negó a volver a Rusia, prefiriendo vivir el resto de su vida exilado en Londres. Sin embargo, el Zar ofreció, y Voronzov lo aceptó, la designación de su hija como *demoiselle d'honneur;* una señal de estima singular, ya que nunca se les concedía a quienes vivían fuera de Rusia.

Durante sus años de voluntario exilio en Londres, el ex embajador pasó tremendas estrecheces económicas, ya que su fortuna y sus rentas estaban confiscadas en Rusia. Pero su popularidad entre los ingleses lo hacían tan bienvenido allí ahora que estaba en desgracia como en sus buenos tiempos y su hija, sin un centavo de dote, se casó brillantemente, convirtiéndose en la segunda esposa del undécimo conde de Pembroke (y su hijo, Sir Sidney Herbert, más tarde Lord Herbert de Lea, quien trabajó más tarde afanosamente junto a Florence Nightingale, para mejorar la suerte de los soldados ingleses que combatían a los rusos en Crimea). Poco antes de su muerte, el emperador Pablo pensó en intentar nuevamente que el porfiado conde Simón volviese, esta vez como preceptor principal del joven gran duque Nicolás, más tarde Nicolás I. Pero, de nuevo, Voronzov rehuyó todo contacto con el Zar.

Al llegar al trono Alejandro I, el péndulo volvió a oscilar en favor de los Voronzov y el conde Simón regresó a San Petersburgo en 1801 para ocupar un cargo de confianza próximo al nuevo Emperador. Su hijo se quedó en Londres, formando parte del *beau monde.* Su popularidad y

gallardía eran tales que su retrato, obra de Sir Thomas Lawrence, fue la sensación de la Royal Academy y le franqueó las puertas de esa institución. Pero poco después el Zar lo llamó para que fuera Caballero de la Alcoba Real y al joven tanto el cargo como la corte le parecieron asfixiantes. Por eso, ingresó al ejército del Cáucaso y sirvió también bajo las órdenes del general Kutusov en las guerras contra los turcos, destacándose desde el primer momento. Cuando las guerras napoleónicas cobraron impulso, lo trasladaron para servir a los ejércitos aliados y allí se cubrió de gloria. En 1813, lo encontramos con el cargo de comandante general, a los treinta y un años, bajo las órdenes de Blücher, y en cierto punto, en la batalla de Craonne, se enfrentó (con un ejército de sólo dieciocho mil hombres) nada menos que con el propio Napoleón, quien tenía treinta mil, en una lucha muy porfiada que duró más de ocho horas. "Cuando, por fin, obedeciendo las repetidas órdenes de Blücher, se retiró, no abandonó un sólo trofeo en manos del enemigo."

El mayor de los Voronzov no había dejado que la edad o la enfermedad le impidiera cumplir con su deber. Cuando, en 1807, el emperador Alejandro se entrevistó con Napoleón en Tilsit, Voronzov había acompañado al Zar y estaba resuelto a apartarlo, de ser posible, de una aceptación demasiado ferviente de Napoleón, a quien aborrecía. La entrevista se realizó sobre una balsa embanderada del Nieman, expresamente elegida para verse lejos de los fisgones. Pero Voronzov estaba resuelto a enterarse de lo sucedido. Según unos archivos descubiertos últimamente por los historiadores soviéticos, parece ser que, unas horas antes del encuentro, logró partir en un bote y arrastrarse hasta las vigas y pilares que sujetaban la balsa; y allí se quedó oculto, con las piernas colgando en la helada corriente, mientras que, como premio a su audacia e incomodidad, podía escuchar toda la discusión. Y no vaciló en comunicarle al gobierno británico algunos fragmentos que seguramente les serían útiles tanto a ellos como a sus propios sueños de una alianza anglorrusa. Mientras que el viejo y astuto estadista escuchaba así, el resto del mundo, todos los príncipes y generales, se paseaban ansiosamente por la playa; y el rey de Prusia, cuya suerte estaba en la balanza, se sentía tan nervioso que se le vió hostigar repetidas veces a su caballo hasta hacerlo penetrar en el agua, como para dirigirse hacia la balsa; luego, vencido por el temor y la timidez, contenía a su cabalgadura y volvía a la playa, con aire confuso. El viejo Voronzov, acurrucado debajo de la balsa, se portaba con una majestad infinitamente mayor. Como toda su familia, se daba sus propias leyes, favoreciendo los intereses de Rusia, tales como los veía.

En 1815, al terminar las guerras napoleónicas, su hijo el conde Miguel fue nombrado comandante de las tropas rusas de ocupación en París. Cuando, en 1818, retiraron a esas tropas, Miguel Voronzov se encargó de pagar, de su bolsillo, las deudas contraídas por sus oficiales. Quería que el ejército ruso abandonara París con la misma nobleza con

que entrara allí. Pero hasta su riqueza y generosidad flaquearon ante las sumas de dinero que aquel espléndido gesto implicaba. Las deudas se pagaron: pero los derrochadores oficiales rusos comprobaron que su comandante se mostraba muy hostil a todo lo que fuera jugar a los naipes y divertirse durante el viaje de regreso. Luego, acompañó al zar Alejandro al congreso de Aix La Chapelle y, durante algunos años, fue alternativamente soldado y diplomático. En 1823, el Zar estaba resuelto a usar sus servicios en otro terreno y lo nombró miembro del Consejo del Imperio y Gobernador General de la Nueva Rusia y Besarabia, donde Voronzov se estableció suntuosamente en Odesa.

De inmediato, se advirtieron sus brillantes dotes de administrador. Pero, a pesar de sus triunfos, el conde Voronzov tuvo sus penas. Una gitana de Besarabia le predijo que toda su familia moriría y que su fortuna pasaría a otras manos. Su hijo y heredero murió sin dejar hijos —los demás murieron jóvenes —y su hija no le dio vástagos. Finalmente, en las postrimerías del siglo, sólo le quedaba una nieta para heredar las glorias de los Voronzov. En 1918 ésta se exiló y todos los bienes de los Voronzov fueron confiscados por los bolcheviques, cumpliendo así la predicción de la gitana.

El conde Miguel Voronzov se casó con la condesa Isabel Branizky. La Condesa, si no precisamente hermosa, rebosaba gracia, encanto y *joie de vivre* y la consideraban la mujer más seductora de su tiempo. Nació a fines del siglo XVIII, y quizás fuese hija del príncipe Potemkin y su sobrina favorita, Alejandra Englehardt. (Sus cuatro sobrinas habían sido sus amantes, una especie de harén ambulante, que acompañaba a menudo en sus viajes a su vigoroso tío.) Alejandra se casó con el conde Xavier Branizky, un hombre riquísimo, quien aceptó como suya a la pequeña Isabel. De todos modos, Potemkin le legó la mayor parte de su cuantiosa fortuna a Alejandra y la Emperatriz siguió dispensándole sus favores a ésta hasta el día de su muerte. La Condesa ocupaba en el Palacio de Invierno varios aposentos, contiguos a los de la Emperatriz, quien cuidaba tiernamente de la pequeña Isabel.

Cuando Potemkin yacía moribundo junto a la carretera de Nikolaiev, preguntó por Alejandra y ésta voló a su encuentro, viajando a través de Rusia día y noche, para sostenerlo en sus brazos cuando Potemkin exhalaba el último suspiro. El favorito de Catalina se lo dejó todo: sus joyas, sus propiedades, sus palacios. Cuando la hija de Alejandra, Isabel Branizky, se casó con Voronzov, su dote se calculaba en treinta millones de rublos y de los históricos diamantes de Potemkin, además de doscientos mil siervos, innumerables minas de sal y un número casi ilimitado de propiedades dispersas por toda Rusia, cada una de las cuales contenía un castillo atestado de tesoros. Pero además de toda esta riqueza, tenía una seducción extrañamente magnética, un ingenio fácil y gracia. En Odesa, la rodeaba siempre una multitud de admiradores que suspiraban por ella.

En 1823, Alejandro Pushkin, entonces un poeta joven y empobrecido, pero ya aclamado, llegó a Odesa de San Petersburgo, desterrado a causa de algunos versos sediciosos y al ser asignado al personal de Voronzov, fué víctima inmediatamente del hechizo de la condesa Isabel. Entre todas las mujeres de su vida, era algo distinto. Algunos fervientes lectores de Pushkin creen que fue ella quien le inspiró a la más bella de sus protagonistas, la Tatiana, de "Eugenio Oneguin". El altanero marido, quien no se dignaba prestar atención a los innumerables admiradores que rodearan siempre a su esposa, se sintió muy celoso. El hecho de que Pushkin, un subalterno agregado a su cancillería, añadiera al delito de liberalismo el de la violación de los convencionalismos, la falta de dinero y de orden y una visible pasión por la condesa Voronzov, resultaba intolerable. Voronzov simpatizaba muy poco con los poetas y decía que Byron era "un escritor cuya utilidad puede considerarse muy escasa".

Pushkin no estaba en condiciones de tomarse francas represalias por la actitud de Voronzov, pero pronto circuló por toda Odesa una insolente cuarteta que hizo reír a toda la ciudad.

Voronzov, harto altivo para darse por enterado de que Pushkin se atrevía a aspirar a los favores de su esposa, esperó su oportunidad. Poco después, se descubrió que el poeta mantenía correspondencia con un viejo médico escocés sobre el tema del ateísmo y Voronzov asestó su golpe. Era una época de oscurantismo religioso: toda Rusia se inclinaba ante el Santo Sínodo que, apoyado por el Zar, proclamaba al librepensamiento como algo tan peligroso como el liberalismo. Pushkin fue desterrado de Odesa. Nada pudo hacer contra la orden de Voronzov. El marido, con una rúbrica de la pluma del gobernador, consiguió más que lo que habría conseguido la espada de un duelista: alejar a su rival. La condesa le dio a Pushkin un anillo, un romántico talismán oriental que el poeta atesoró durante todo el resto de su vida; pero nunca volvieron a verse. Más tarde, refiriéndose a Voronzov, Pushkin escribió que era un "vándalo, un patán de la corte y un mezquino egoísta". Pero aquí no sólo habla el poeta desairado, sino también el amante desposeído.

Ya es indiscutible que él y la condesa Isabel fueron amantes. En realidad, entre los descendientes de los Voronzov ello constituye un motivo de orgullo, bien distinto de la mojigata actitud de los descendientes de la duquesa de Alba, tan decididos a negar que la duquesa había posado para "La Maja Desnuda" de Goya que, se afirma, hicieron exhumar su cadáver para probar que su estructura ósea era totalmente distinta de la que revela el delicioso pincel de Goya en su tela. Las cartas de amor de Pushkin y la Condesa fueron descubiertas más tarde en Rusia y se exhiben ahora en vitrinas ante las cuales meditan muchedumbres de mirones al vagabundear por los salones de los palacios en que reinaban los Voronzov, la familia que sólo respondía ante Dios.

Las brillantes facultades administrativas de Voronzov fueron apre-

ciadas por primera vez en la forma cómo creó una nueva colonia rusa donde sólo había existido una salvaje, aunque encantadora, soledad. En Odesa, hizo surgir comercio, puertos, hospitales, un teatro lírico, hermosas calles y congregó a su alrededor a un círculo aristocrático que fue designado para administrar la provincia. Su política, poco a poco, repobló la desolada estepa existente al norte del Mar Negro. Introdujo la navegación a vapor en el Mar Negro, importó ganado inglés e hizo que muchos vinicultores franceses proveyeran y vigilaran los flamantes viñedos de Crimea.

El cinismo de Voronzov, como su método, y su profundo, aunque altanero, sentido común (que recordaba el de Wellington), evocaban el pasado inglés y contribuían a sus facultades como destacado administrador colonial. Su modo de hablar y de vivir eran vigorosamente ingleses. Hasta en su predilección por los palacios exóticos, recordaba los elegantes estilos británicos de su juventud.

Como arquitecto, para su palacio de Alouphka, el conde Voronzov usó a un inglés, Edward Blore, quien trabajó tanto para el rey Guillermo IV como para la reina Victoria y cuyas resurrecciones góticas incluyen partes del palacio Lambeth y del castillo de Windsor. Juntos, escogieron el solar, que se elevaba a cincuenta metros sobre las riberas del Mar Negro, cayendo a pico. Se usó una piedra verdosa especial, que se extraía de los Urales y cuyo transporte costaba ingentes sumas. Cuando, más tarde, Alejandro II construyó su propio palacio de Crimea en Livadia, quiso usar el mismo material, pero su arquitecto pronto lo desilusionó. "¡Ni siquiera Su Majestad puede permitirse esto!", le dijo y el monarca tuvo que contentarse con mármol. En Alouphka había una sala de dibujo tipo Wedgewood, un salón Imperio y una sombría biblioteca que recordaba la de un colegio de Oxford.

El estilo de los jardines no era menos variado. Había solemnes canteros de tipo inglés y un inmenso jardín botánico donde florecía la más rara vegetación. En todas partes, bajo un colgante sauce, a la sombra de un peristilo o junto a un sauce, había tristes tumbas, donde los mausoleos de mármol y diminutos sarcófagos señalaban la muerte de algún animal muy querido. La familia Voronzov adoraba a los animales: generación tras generación, lloraba a los gatos, perros, loros, ardillas o caballos, todos los cuales descansaban por fin en el esplendor digno de los favoritos de los Voronzov. Dominándolo todo, se erguían dos majestuosos cipreses. Los habían plantado la emperatriz Catalina y Potemkin en su viaje a los dominios del sur. De esos dos árboles, provenían por injerto todos los numerosos bosquecillos y alamedas de cipreses que, cien años después, fueron tan típicos del paisaje de la Crimea.

Alouphka había significado un drenaje, hasta para la ilimitada fortuna de los Voronzov. Cuando se concluyó de construir, el conde Voronzov ordenó que le presentaran todas las cuentas. Éstas llenaban varios

grandes baúles, que fueron depositados en su gabinete, donde, a puerta cerrada, inspeccionó todas. Nadie sabe con exactitud el monto exacto que representaban Todas las cuentas fueron pagadas, pero el Conde quemó los documentos y recibos que se referían a su desembolso. Aquello había sido una especie de locura, el único toque de fantasía de toda una vida de finalidad severa: una vida que lo llevara de una juventud en que combatiera contra Napoleón a una vejez en que fué el enconado enemigo de Shamyl, en los campos de batalla del Cáucaso.

18

DARGO

"Los hombres son el primer instrumento de la guerra y el mejor".

DRAGOMIROV.

Los años de servicio militar cumplidos por el conde Voronzov le permitieron encarar hábilmente la conducción de la guerra del Cáucaso. No era un simple gobernante civil, por poderoso que fuera, sino, por su origen, un soldado y un táctico que, mucho antes, previera los desastres acumulados en esas campañas. En varias ocasiones, había tenido el valor de decirle a Nicolás que su sistema de dirigir aquella guerra desde San Petersburgo era la causa de muchos fracasos. Nunca subestimó a Shamyl como enemigo y criticaba abiertamente a muchos de los generales rusos, sobre todo a Grabbé y Niedhardt.

El general Niedhardt hace un triste papel, en la larga galería de los comandantes del Cáucaso. Fue gobernador del Cáucaso durante algún tiempo y el ejército del sur lo habría pasado mejor si no hubiese vuelto al servicio activo. Era un pedante alemán, "sólo grande en las cosas pequeñas", constitucionalmente incapaz de ser comandante en los frentes caucásicos y un hombre indeciso y abrumado por el programa poco realista que le bosquejara el Zar. A fines de 1843, Neidhardt recibió órdenes de Nicolás "de entrar a las montañas del Daghestán y derrotar y dispersar las hordas de Shamyl, de destruir todas sus instituciones militares, de tomar posesión de todos los puntos importantes de las montañas y fortificar aquéllos cuya retención pueda parecer necesaria".

El ejército del Cáucaso debía ser reforzado inmediatamente, se le dijo al general, con veintiséis batallones, cuatro regimientos de cosacos y cuarenta grandes cañones, así como completando los contingentes que estaban en el teatro de la guerra con veintidós mil hombres de plazo expirado y con reclutas recién adiestrados. "En cuanto a su plan de acción, el ministro de Guerra le enviará instrucciones completas —escribía el Zar—. Dependerá de usted aceptar esos puntos de vista en todo

o en parte, pero recuerde siempre que, de tan gigantescos medios, espero resultados correlativos".

El Zar terminaba diciendo que, en ninguna circunstancia, se proponía dejar en el Cáucaso los refuerzos ahora confiados a Niedhardt en el Cáucaso después de diciembre de 1844. En suma, que éste debía ganar la guerra en el curso del año.

Niedhardt era incapaz de ejercer el comando ni de delegarlo en sus brillantes y vehementes oficiales jóvenes. Además, cada campaña era entorpecida por perentorias órdenes y contraórdenes surgidas del Palacio de Invierno, que provocaban entre los comandantes caucasianos confusión y desesperación. A veces, se libraba un combate de menor cuantía con éxito, sin adherir al plan principal. En junio, la campaña de verano del Daghestán fue iniciada por el general Passek, quien, con sólo mil cuatrocientos hombres, emprendió personalmente una acometida desesperada, matando con sus propias manos a dos de los naibs más fieles de Shamyl y logrando una victoria decisiva sobre un contingente de múridas acumulado en Ghillee. Esto realzó el prestigio ruso y la consecuencia fué que Shamyl perdió la colaboración de muchos tribeños, quienes decidieron aliar su suerte a la de los rusos. Durante todo el verano, los rusos siguieron librando combates de menor cuantía con éxito, pero, en general, no se acercaron más a una victoria decisiva. Además, sufrieron lo que se podría considerar una derrota de proporciones al perder a Daniel Beg, Sultán de Elisou, poderoso caudillo nativo, rico, orgulloso y astuto, quien jurara muchos años antes lealtad a los rusos, convirtiéndose en Comandante General del ejército del Zar.

Finalmente, Daniel Beg fuè hostigado de una manera insoportable por el general Niedhardt quien, inexplicablemente, se propuso eliminar la influencia del Sultán sobre su pueblo y aún enviar a un oficial a su capital, a fin de hallar algún pretexto que pudiera servir de base para destruir la autoridad de Daniel Beg. El Sultán, antes leal vasallo de la corona rusa (aunque los miembros de su familia gobernaron mucho antes de los Romanov), se arrancó el uniforme ruso que luciera con orgullo y, poniéndose una burka, huyó a las montañas, buscó a Shamyl, se alió a él y le consiguió el apoyo de provincias íntegras en el sur del Daghestán. Nada habría podido perjudicar más el prestigio ruso y el único culpable de lo ocurrido era Niedhardt. Aunque nunca hubo mucha cordialidad entre Daniel Beg y Shamyl, este último sabía reprimir sus sentimientos personales cuando de la difusión del muridismo se trataba y le dio la bienvenida a Daniel Beg calurosamente. El Sultán se sentía siempre inclinado a tratar a Shamyl con aire de aristocrática protección: pertenecía al grupo conservador de gobernantes, nativos que eran terratenientes, *begs* o *kanes*, por lo general de lejano origen tártaro y que desconfiaban de los dogmas radicales de Shamyl. Con todo, le pareció conveniente, al cambiar de banderas, prestarle al hecho la aureola religiosa del Imán. Antes de anunciar su cambio de bando, cuidó de ence-

rrarse en la mezquita para orar un día y una noche. Salió, con el Corán en la mano, para decirle a su pueblo:

—He conocido toda la gloria terrena que puede desear un hombre. ¡Pero ahora, habiendo percibido la Verdad, abandono este mundo y me dedico a Alá, cuyo primer profeta fue Mahoma y el segundo es Shamyl!

La deserción de Daniel Beg de las filas rusas fué desastrosa para el prestigio del ejército imperial y se consideró que ello se debía a la conducta de Niedhardt con el Sultán: pero esto sólo fue uno de los muchos errores del comandante ruso. Poco después, no logró ejecutar un plan cuidadosamente trazado mediante el cual Shamyl fue encerrado en un desfiladero y habría podido ser aniquilado allí con la flor de su ejército. Niedhardt dio la orden de atacar con varias horas de atraso: Shamyl logró escapar de la trampa y aún causarles grandes bajas a los rusos durante su retirada. El general Niedhardt fue relevado, ignominiosamente. Volvió a Moscú, donde, poco después, murió muy quebrantado.

Nadie se había imaginado que su sucesor pudiera ser el conde Voronzov. El ejército acariciaba la esperanza de que sacaran de su retiro al viejo león, Yermolov, para devolverlo a los escenarios de sus victorias de antaño. Voronzov no parecía un candidato probable: tenía sesenta y tres años y se decía que estaba en desgracia a causa de su espíritu independiente y de la franqueza con que solía hablarle a su soberano. En Odesa, se creía que el Conde estaba rodeado de espías y que su Estado Mayor y hasta sus criados le trasmitían con regularidad al Palacio de Invierno todas sus palabras. Pero fue a él a quien eligió Nicolás. Además, lo invistió de una autoridad nunca otorgada a ningún otro de sus súbditos después de la concedida por Catalina la Grande a Potemkin. Nicolás nombró a Voronzov Virrey de todo el sur de Rusia, un dominio que se extendía desde la Bucovina al oeste hasta el Caspio en el este; desde las montañas caucásicas hasta las fronteras turcas y persas. El úkase imperial lo designaba no sólo Virrey de esa vasta provincia, sino también Comandante en Jefe de todas las fuerzas que servían en el Cáucaso y que sólo respondían ante el Zar. Esta asombrosa investidura de poder fue obtenida por el propio Voronzov, quien se negó a aceptar las responsabilidad que le confiaban a menos que lo liberasen también de toda intromisión extraña del Estado Mayor de San Petersburgo o de los ministros de Guerra, quienes le habían hecho insoportable su tarea a todos los generales rusos del Cáucaso. Pero debía contar con el Zar. Y aun en esto, enfrentándose con el temido autócrata, insistió en la abolición de la Comisión del Cáucaso, y también en que sólo recibiría del Zar instrucciones de un carácter muy general. Nicolás asintió ahora con bastante docilidad. Reconocía el talento de Voronzov y estaba empezando a ver en Shamyl a un enemigo más formidable que hasta entonces.

Pero apenas hubo asumido el comando Voronzov, empezaron a llegar

del Palacio de Invierno una serie de despachos en que lo incitaban a una línea de acción inaceptable para él. Su ejército, escribía el Zar, debía penetrar en lo más profundo del Daghestán y sojuzgar allí diversos centros de resistencia; sin más demora Voronzov y su Estado Mayor pasaron de la irritación al desaliento y pronto el Comandante en Jefe escribió:

"No me atrevo a confiar en que triunfe nuestra empresa: pero, desde luego, haré todo lo posible por ejecutar los deseos del Emperador y por justificar su confianza."

Hubo una serie de combates de menor cuantía, en que se registraron bajas para ambos bandos, pero que no fueron decisivas ni mucho menos.

Shamyl basó su estrategia en la táctica más adecuada a las circunstancias y a la dificultad de atacar de frente, con probabilidades de éxito, a un ejército poderoso como el ruso. El 3 de junio de 1845, el ejército imperial, bajo el comando supremo de Voronzov, abandonó sus cuarteles de la zona pacificada de Vnezapnaia. Planeaba atacar y tomar el desfiladero existente entre Salatau y Goumbet, descender luego sobre las Puertas de Andi, otro desfiladero que sin duda Shamyl defendería enérgicamente, ya que llevaba al aúl de Andi, "ese nido", como decía el Zar, que dominaba una zona interna del Daghestán y se concentraba en torno de Dargo, el cuartel general de Shamyl.

Passek, al mando de seis divisiones, atacó el desfiladero, pero lo halló prácticamente indefenso y lo tomó con bastante facilidad. En la mañana del 6, con su característica impetuosidad, continuó su avance, sin esperar instrucciones de Voronzov. Al llegar a Zounou-Mir, dieciséis kilómetros más allá, se vio aislado; de pronto, como sucede a menudo en el Cáucaso, cambió el tiempo. El sol estival fue sustituido por el frío invernal, la nieve, la helada y los vientos cortantes. Cuatrocientos cincuenta hombres se helaron y quinientos caballos murieron. El 12, el tiempo cambió, volvió a brillar el sol y Voronzov pudo establecer enlace con Passek y prepararse para el ataque sobre las Puertas de Andi. Pero Shamyl, demasiado prudente para exponerse a un fracaso, incendió Andi y todos los aúles vecinos y, mientras se replegaba en perfecto orden, obligó a toda la población de los aúles destruídos a seguirlo. El 14, los rusos se apoderaron de las ruinas humeantes. Aunque Shamyl se había escapado, los desfiladeros estaban en manos de las tropas imperiales. Hasta entonces, la campaña se desarrollaba de acuerdo con los planes del Zar. El Emperador, encantado, le escribió a Voronzov:

"Dios os ha coronado a vos y a vuestras heroicas tropas con un merecido éxito y ha probado una vez más que nada detiene a los rusos —los rusos ortodoxos— cuando, con firme confianza, van adonde se lo ordena su Zar."

¡Dios y el Zar! Ambos estaban siempre entrelazados en el espíritu del Emperador.

Dargo se hallaba del otro lado de las montañas..., a quince kiló-

metros de distancia. Pero nadie podía saber todo lo que representaban esos quince kilómetros en punto a esfuerzo y peligro si no había visto y experimentando las dificultades de la guerra en el Cáucaso. Pero el Zar ordenaba y Voronzov tenía que obedecer. El Conde sabía que la captura de Dargo antes de que llegara el invierno e inmovilizara tanto a los rusos como a los múridas significaría una señalada victoria. Con todo, tenía sus dudas. Le escribió al ministro de Guerra: "Si las órdenes que he recibido de tomar la ofensiva en este año, antes de haber reanudado la construcción de la línea avanzada chechene (porque cuando las tropas no están consagradas a combates, deben construir caminos y fuertes) estuvieran en pugna con mis propias opiniones, yo las ejecutaría con el mismo celo: pero... —y aquí, Voronzov bosquejaba numerosos problemas que estaba afrontando. Uno de los mayores era en el Cáucaso la falta de caminos, comunicaciones o bases de abastecimientos. A los rusos les convenía avanzar lentamente, creando antes sus medios de transporte y al hacerlo, ganarse el apoyo de las tribus locales, como lo hacían en algunos sitios de Chechnia, donde las comunidades agrícolas eran las primeras en beneficiarse con las carreteras y el comercio que se hacía por ellas. Pero al autócrata de Todas las Rusias sólo le interesaba una victoria inmediata... logrando la cabeza de Shamyl, y para poner término al incesante drenaje de potencial humano y dinero que exigía el Cáucaso: Voronzov sabía que debía ejecutar sus órdenes lo mejor posible, a cualquier costo.

En virtud de su gran reputación, congregó a su alrededor a una fuerza ilustre. Además de un ejército de diez mil hombres, su Estado Mayor y séquito personal estaba formado por personajes tan nobles como el príncipe Alejandro de Hesser-Darmstadt, el príncipe Wittgenstein y el príncipe de Varsovia (hijos de grandes generales); los príncipes Baratinsky y Orbeliani y muchos otros vástagos de las grandes familias rusas. Pero pocos de ellos, salvo Orbeliani y Baratinsky, estaban habituados a la guerra en el Cáucaso... aunque sus generales, Lüders, Klugenau, Passek y otros, habían sido puestos a prueba por los años de aquella dura campaña.

Como su Comandante en Jefe, cada uno de los generales estaba rodeado por un brillante Estado Mayor. La bandera de Voronzov era roja y blanca —los colores de la familia— y su guardia personal era integrada por kurdos, de atavíos espléndidos y bárbaros. Hasta los oficiales de menor cuantía de Voronzov tenían muchos guardias, servidores, lacayos y cocineros, convirtiendo los movimientos del ejército en una empresa considerable. Habían pasado ya los tiempos en que los oficiales y los soldados dormían arrebujados en sus burkas o metidos en *zemliankas* —chozas subterráneas— y se nutrían con bizcochos del ejército calentados en agua tibia.

Esta caravana sibarita cruzaba laboriosamente las montañas y como

los elementos de comodidad ocupaban tanto espacio, llegaban muy pocos abastecimientos esenciales.

Voronzov o "El Maldito", como lo llamaban los múridas, esperó en las Puertas de Andi, cerca de tres semanas, la acumulación de víveres necesaria para seguir la marcha. No podía avanzar sin ellos, porque descubrió que Shamyl había arrasado la zona circundante. En cuanto al forraje para los caballos, los chamuscantes soles de julio habían quemado la hierba y por ello los caballos estaban en peor situación que los hombres. El 18, fue enviado un nutrido contingente a Botlikh y al lado de Ardjiam, pero volvió, por no haber logrado establecer contacto con el enemigo y sólo consiguió destruir unas pocas docenas de truchas en las heladas y verdosas profundidades del lago.

Se avanzaba con lentitud por los desfiladeros, que resultaban, hasta en verano, casi infranqueables. En algunos sitios, la columna tenía que desviarse y hallar otros senderos más bajos y largos de terreno montuoso. Pero el 4 de julio, la tienda de campaña de Voronzov fue enclavada a unos dieciséis kilómetros de Dargo. Había resuelto avanzar sobre el aúl. El último despacho recibido del Palacio de Invierno revelaba la impaciencia del regio amo. Julio... agosto... quizás setiembre; quedaban menos de tres meses para combatir. La nieve se posaba sobre las montañas en octubre; no había tiempo para retozar. Aunque Voronzov sabía que apenas le quedaban víveres para unos pocos días y que los carros con abastecimientos frescos sólo llegarían el 10, tomó su decisión. Atacaría, pero enviaría a la retaguardia a parte de sus fuerzas para que trajeran los abastecimientos a su línea de avance lo antes posible.

En la mañana del 6, muy temprano, un nativo renegado que figuraba en la escolta personal de Voronzov se arrastró hasta la tienda de campaña junto a la cual estaba su caballo favorito y montándolo, cruzó al galope las asombradas líneas del ejército, precipitándose hacia las montañas para informar a Shamyl sobre el inminente ataque. Con todo, el ejército avanzó y, a mediodía, estaba a ocho kilómetros de Dargo. Mientras se detenían, preparándose para el ataque, los soldados comieron, descansaron, oraron y miraron hacia el norte, donde, del otro lado de las hostiles cordilleras chechenes y la cinta de plata que era el río Terek, que viboreaba a través de las llanuras, a cuarenta *verstas* de distancia, se divisaba en el horizonte una veta azul: "Rusia, la Santa Rusia, la Madre Rusia, que muchos de ellos miraban por última vez".

El camino que llevaba a Dargo se extendía a lo largo de un angosto y empinado cerro, que solía tener apenas un par de metros de anchura. Shamyl había cerrado aquel camino, a intervalos, con una serie de gigantescos troncos, cuyas ramas estaban entrelazadas y que formaban el más eficaz de los obstáculos para todo intruso. Mientras los rusos avanzaban y se detenían para vencer esas vallas, los derribaban a tiros, uno tras otro, francotiradores ocultos. Cambiando de táctica, los múridas dejaron luego que un nutrido contingente avanzara sin impedimento alguno antes

de aislarlo y de abrir el fuego sobre las tropas que los seguían. Entonces, la confusión se acrecentó: muchos oficiales, entre ellos el general Lüders y aún el propio Voronzov, se vieron expuestos a terribles descargas. Izaron a un cañón de montaña para barrer con su fuego el barranco arbolado que estaba a la derecha y de donde llegaba con más violencia el fuego de mosquetes: pero después de su segundo tiro, todos los hombres que lo servían murieron o quedaron gravemente heridos; enviaron a otra dotación y le sucedió lo mismo. Durante un breve lapso el cañón permaneció sin dotación, salvo los muertos y moribundos que lo rodeaban: nadie se atrevía a cruzar aquella lengua de tierra bajo el fuego enemigo. En esa coyuntura, el general Fok llegó hasta el cañón y lo cargó personalmente, pero antes de que pudiera dispararlo, se desplomó, mortalmente herido. Entonces, Voronzov mandó a una milicia georgiana y a varios cosacos a atacar los bosques de donde llegaba el fuego. "Y en unos pocos minutos, quedamos tan a salvo como en nuestra propia casa", dice un testigo presencial.

Nuevamente, Shamyl estaba usando sus tácticas evasivas, dilatorias. Sus hombres, simplemente, desaparecían: los bosques resultaban desiertos, salvo un grupo suicida de blancos humanos, dejados allí para atraer el fuego ruso, y hacer un alarde de resistencia. Morían hasta el último hombre; pero, por lo demás, los múridas estaban dispuestos a morir: éste era el primer dogma de su religión. Shamyl observaba la batalla desde una cumbre, con un catalejo aplicado al ojo y rodeado por sus naibs, quienes esperaban sus órdenes. Había partido de Dargo con un contingente reducido para observar el desarrollo de la lucha. El grueso de sus tropas se había quedado atrás, concentrado alrededor del aúl. Cuando el Imán advirtió la magnitud del ejército ruso que se acercaba, volvió a Dargo y ordenó que incendiaran el aúl. Todas las siembras fueron arrasadas y, nuevamente, el caudillo se replegó, atrayendo a sus enemigos en su persecución y obligándolos a internarse mas aún en los pedregosos eriales que formaban su baluarte.

Cuando éstos llegaron a las humeantes ruinas de Dargo, encontraron las habitaciones que ocupara un grupo de desertores rusos, incorporados poco antes al ejército de Shamyl. Habían adornado las paredes con toscos dibujos e inscripciones, por lo general groseras y relativas al Zar en persona. Al anochecer, los rusos pudieron oír a aquellos desertores, allende el río, cuando cantaban con toda insolencia marchas rusas, redoblando sobre los tambores de los regimientos enemigos capturados durante la batalla. Shamyl había emplazado cuatro cañones en los cerros que daban sobre el río, y como su fuego resultaba muy molesto, fue enviada una columna para desalojarlos. Después de una lucha simbólica, el enemigo se retiró, los cañones fueron capturados y los rusos, quienes observaban los hechos desde su campamento base, aplaudieron aquel triunfo. Pero cuando volvieron a mirar, advirtieron que la victoria se había trocado en derrota. La ruta de regreso pasaba por maizales

rodeados por lomas y bosques. Desde detrás de cada árbol y cada roca, surgía de un salto un furioso enemigo. Los rusos murieron donde estaban, sin alcanzar siquiera a replicar al fuego de sus repentinos adversarios. Los restos de la columna volvieron penosamente al campamento, después de haber perdido ciento ochenta y siete hombres. Esa noche, el enemigo recuperó dos de sus cañones y reocupó sus posiciones: y de nuevo, los rusos les oyeron tamborilear a los desertores aquellas infernales marchas.

Desde ese momento, una extraña tristeza se cernió sobre el ejército, impregnando a todos sus hombres. "No era el espectáculo de casi doscientos hombres muertos y heridos; estábamos habituados a esas cosas; pero la convicción de que el sacrificio era inútil nos deprimía a todos". Los muertos fueron sepultados en silencio.

En la noche del 9, se elevaron llameando al cielo unos cohetes, allende los bosques, desde donde el ejército se abriera paso con tanto esfuerzo: era la señal que anunciaba la llegada del convoy de abastecimientos al punto de partida del ejército. Pero ahora se podía comprender que nunca cruzarían el cerro con sus obstáculos ni podrían combatir contra los francotiradores ocultos de Shamyl; y entonces se tomó una decisión desastrosa aunque Klugenau se oponía a ello con vehemencia, se resolvió que, como todas las fuerzas no podían retroceder ni tampoco avanzar sin víveres, y éstos eran para todas las unidades, cada una enviaría a la retaguardia a la mitad de sus soldados, para traer su parte. Una columna, bajo el comando de Klugenau, con el fogoso Passek al mando de la vanguardia y con la retaguardia acaudillada por Victorov, un general veterano pero igualmente impetuoso, partió ahora con cuatro mil hombres: era un conjunto heterogéneo, no habituado a la lucha cuerpo a cuerpo y formado por diversas secciones del ejército, cosacos de infantería, zapadores e infantes. Passek, con dos batallones del regimiento Kabardinsky, se lanzó hacia el terrible cerro en la mañana del 10 y lo siguió Klugenau. Juntos se abrieron paso a través de las barreras, que habían sido repuestas y consolidadas por los hombres de Shamyl. A poco, como antes, las tropas de vanguardia quedaron aisladas del centro, y el centro de la retaguardia. El enemigo penetró en tropel entre ellos, disparando desde detrás de cada roca y desde la copa de los árboles.

Cuando reinó la confusión entre las expuestas columnas rusas, los múridas saltaron sobre ellos, surgiendo como de costumbre de no se sabe dónde, para matarlos con sus kindjals y sus shashkas. El general Victorov murió, con un crecido número de oficiales. Los heridos entorpecían ahora trágicamente los movimientos de la columna. El general Klugenau decidió que sería imposible retirarse a través de su trampa mortal y lo mejor era irse al norte, sin pensar ya en los víveres y dejando que Voronzov se abriera paso hasta Gherzel. Con todo, Passek indujo a Klugenau a unirse a Voronzov y un joven y audaz abanderado

se ofreció a llevarle un mensaje al comandante en jefe. La columna debía partir en viaje de regreso al amanecer, el 11. Voronzov, suponiendo que se había establecido contacto con la columna de abastecimientos, acogió la noticia con alegría y hasta ascendió al abanderado.

Tres cañonazos le dijeron a Voronzov que Klugenau y Passek habían partido: en la gris media luz de un nuboso amanecer estival, los rusos que estaban en Dargo distinguieron las nubecillas de humo que se elevaban de los árboles en línea regular, indicando el lento avance de la columna cuando, nuevamente, se abría paso de regreso a través del cerro. Passek, siempre en el comando de la vanguardia, halló las vallas renovadas en todo el trayecto: al llegar a la angosta garganta, las bajas rusas eran ya tan cuantiosas que el sendero estaba bloqueado por una muralla de árboles caídos a los cuales los múridas habían amarrado los cadáveres desnudos y mutilados de los invasores muertos la víspera. Mientras los soldados rusos intentaban superar aquella espantosa barrera, resbalando en la sangre, trepando sobre los cadáveres, cayó sobre ellos una lluvia de balas desde vallas menores emplazadas a cada lado y algo más lejos. Aquello fue una masacre. Los rusos caían en confusa masa cuando una compañía del regimiento Lieblinsky comandada por Valkhovsky, un novato recién llegado de San Petersburgo, tomó por asalto el baluarte de la derecha, pero el joven oficial se desplomó, muerto y los soldados volvieron a replegarse. Passek condujo a sus hombres hacia las defensas de la izquierda, pero también cayó, mortalmente herido. Después de esto, sus hombres se dispersaron en desorden.

A esta altura, sin sospechar aquella carnicería, el grueso de las tropas, enviado a recibir los abastecimientos, había llegado, entorpecido por un creciente número de heridos. Klugenau condujo a las compañías al ataque repetidas veces y, de un modo u otro, a pesar del incesante fuego, la columna avanzó, de a dos y tres hombres, combatiendo, muriendo... En la retaguardia, el regimiento Kabardinsky conservaba una estricta disciplina y cuando se acabaron sus municiones, formó cuadro y esperó la embestida final. A Klugenau, cuando pereció todo su estado mayor, lo vieron sobre su caballo, salvado milagrosamente, pálido y severo, pero tranquilo. El cadáver de Passek fué arrastrado al principio, atado a un tronco hueco, por sus devotos soldados. Luego, lo perdieron en un momento de pánico, resbaló en el borde de un barranco y no lo volvieron a ver. Dicen que los múridas lo encontraron y decapitaron, exhibiéndolo durante muchos meses como el más preciado de sus trofeos: pero esto no se pudo probar jamás.

Así pereció el general Passek, "el más valiente de los valientes, cuyo solo nombre valía batallones enteros".

II

Voronzov estaba sentado junto a su tienda, privado ahora de todos sus elementos, la mesa de escribir de campaña, el neceser montado en oro: conferenciaba con sus oficiales del Estado Mayor, quienes formaban un grupo ojeroso, de barba crecida. Todos los hombres disponibles habían sido enviados para salvar a la columna de abastecimientos; a los asistentes y ordenanzas les dieron fusiles y se unieron a la columna, de modo que los oficiales se quedaron para cuidar de sus caballos y de sí mismos. Ya no eran exigentes: comprendían su situación. Enfrentados con el aniquilamiento, a pocos de ellos los preocupaban sus botas embarradas y su sopa chirle. Había cosas más graves que afrontar. Durante toda esa noche, los sacerdotes estuvieron atareados, confesando a los moribundos y a los vivos. A medianoche, la columna de salvamento volvió triunfalmente: había logrado alcanzar los restos de la columna de abastecimientos y ahora los traían consigo a Dargo, al amparo de las tinieblas.

Pero de los víveres por los cuales se había hecho todo aquel terrible sacrificio, poco o nada le llegó a Voronzov: carros íntegros estaban volcados sobre los barrancos o abandonados en el barro. El Comandante en Jefe se había quedado ahora con la mitad de sus fuerzas, cinco mil bayonetas, muchos heridos, virtualmente ningún alimento, muy pocas municiones y un enemigo triunfante que se acercaba. Gherzel se hallaba a cuarenta y una *verstas* de allí. Su posición no tenía remedio, a menos que pudiera pedirle al general Freitag, quien estaba en Grozny, que acudiera en su ayuda. Envió a cinco emisarios por separado para cruzar el mundo en sombras de los densos bosques que separaban de Grozny a las fuerzas de Voronzov. El Comandante le comunicaba a Freitag su desesperada situación y lo incitaba a concentrar una columna de socorro en la carretera a Gherzel, impidiendo así la inevitable masacre que ocurriría con sus hombres apenas avanzaran. Shamyl sólo esperaba ese momento, en que tendría a su merced a todo el contingente de Voronzov, débil hasta el desfallecimiento y sin víveres.

En el ejército de Voronzov, nadie creía que los emisarios lograran establecer contacto con Freitag y que llegaran a tiempo. Todos estaban convencidos de que perecerían. Y como los múridas, quienes afrontaban la muerte con sus salmodias fúnebres, los rusos entonaban ahora los sombríos cánticos de la Iglesia Ortodoxa.

Cuando, poco antes, Voronzov le había anunciado a Freitag su proyectada marcha sobre Gherzel, Freitag le contestó: "No es un secreto entre los chechenes, que Su Excelencia se propone bajar a las llanuras desde Dargo". "Todavía no hemos empezado a combatir a los rusos —dicen—. Déjenlos bajar adonde quieran, sabemos donde atacarlos". Y, realmente, es así: en los bosques, todas las ventajas están de su parte y saben sacar partido de ellas .. En su marcha a los bosques, usted se

encontrará con unas dificultades y una oposición que probablemente no espera. Sus bajas serán enormes. Descubrirá que los chechenes saben combatir (antes que replegarse) cuando hace falta." Freitag añadía, con considerable valor, que consideraba un error la campaña de Voronzov. "Permítame que le diga, simplemente, que lo están engañando. Por más éxito que tenga en su avance, esto no influirá en la victoria final sobre los chechenes."

Las palabras de Freitag debieron de resonar demasiado tarde en los oídos de Voronzov junto a los gemidos de los moribundos. Era harto tarde para retroceder; debían avanzar hasta Gherzel, para ser socorridos por Freitag, o perecer. Ya no se trataba de vencer o impresionar a los chechenes, sino de salvar el honor: sus vidas parecían perdidas. Se afirma que el Comandante en Jefe derramó amargas lágrimas.

El 12, se hicieron preparativos para la marcha. Al amanecer el 13, avanzaron, con penosa lentitud, porque había un enorme número de heridos y aún los hombres más robustos estaban debilitados ahora por falta de sueño, ya que el fuego de Shamyl los hostigaba día y noche. El 14, hubo un terrible combate en Issa Yourt, pero aunque los montañeses luchaban ferozmente, los rusos lograron vencer y mantener posiciones en la orilla izquierda del Askai. Murieron ochenta hombres y siete oficiales: entre ellos tres hermanos, príncipes georgianos, quienes expiraron abrazados, dejando sin jefes a la milicia georgiana, y los oficiales rusos, al tratar de asumir su comando, no conociendo su idioma, causaron una tremenda confusión. Otros trescientos heridos fueron añadidos a los carros abarrotados. Entre ellos, figuraba el capitán Allbrandt, aquel oficial enamorado y no correspondido que había ejecutado tantas misiones peligrosas sin hallar la muerte que buscaba. Aún ahora, sólo perdió un brazo, y lo vieron fumando tranquilamente su pipa mientras se lo amputaban. No pudieron inducirlo a sentarse en el carro hasta que se desmayó dos veces a causa de la hemorragia.

Durante los días 15 y 16, los soldados de Voronzov se abrieron paso pulgada a pulgada, hallando vallas, trampas y emboscadas en el bosque. En la lucha cuerpo a cuerpo, las columnas quedaban desintegradas, la artillería sin protección y los zapadores aislados y cercados, mientras, dondequiera estaban tendidos los heridos, los múridas se lanzaban sobre ellos y los ultimaban a sablazos. Ahora, ya había más de dos mil quinientos heridos y pocos de los restantes estaban en condiciones de combatir y explorar; hasta el regimiento Apsheron comenzó a dar señales de desmoralización. En cierto momento, cuatrocientos hombres se tendieron en tierra y se negaron a avanzar. Entonces, el general Beliavsky se encaró con ellos y bramó:

—¿Será posible que no quede entre ustedes un solo hombre honrado capaz de morir con su general?

Entonces, un puñado de soldados se levantó y los demás los siguieron y tomaron heroicamente otro obstáculo.

El 17, Voronzov comprendió que no podía seguir avanzando. Sus soldados tenían hambre y se tambaleaban de debilidad. Durante tres días, sólo habían comido unos pocos granos de maíz hallados en los campos vecinos. A la artillería apenas si le quedaba una carga para responder al bombardeo de Shamyl. Nadie sabía si el emisario había logrado llegar hasta Freitag. La incertidumbre era terrible. El hijo del Comandante en Jefe, conde Simón, había sido aislado en las Puertas de Andi, y su padre, comprendiendo que la situación era desesperada, envió a un renegado nativo para que le advirtiera que se acercaba el fin y le ordenase que huyera. Pero el emisario volvió al campamento arrastrándose, horriblemente mutilado. Por fin, uno de los jefes ávaros que se sometieran a la férula rusa poco antes se ofreció a llevar el mensaje y lo consiguió y el conde Simón y sus tropas llegaron a Khassit Yourt sin peligro. Pero su padre no podía saberlo, entonces.

El 18, Voronzov dió esta orden del día: "No debemos inquietarnos por nosotros: siempre podremos salvarnos. Nuestra preocupación principal debe ser transportar a los heridos y enfermos; tal es nuestro deber de cristianos y Dios nos ayudará a cumplirlo." Una vez más, lo vieron derramar amargas lágrimas.

Cuando tratamos de valuar la campaña de Dargo, como tantos otros aspectos de la guerra del Cáucaso, conviene recordar que las fuentes son siempre rusas: las memorias y los archivos militares. Estos elementos presentan a las campañas en los términos más heroicos y con un fuerte prejuicio ruso. La única voz múrida es la de Mahommed Tahir, el secretario de Shamyl, quien anotaba los informes del Imán y sus naibs y otros testigos presenciales, así como de espías y prisioneros de los rusos. Pero esas crónicas árabes, de estilo arcaico y elíptico, suelen proyectar una luz muy distinta. La verdad equidista probablemente de ambos puntos de vista. El carácter de Voronzov, por ejemplo, es presentado en una forma muy distinta de los panegíricos rusos.

En Dargo, en su vejez, ni siquiera los rusos pueden mostrarnos bajo una luz convincente su comando: es evidente que cometió demasiados errores. A través de la crónica de Tahir, Voronzov aparece como una figura fatigada, exhausta, que tomaba decisiones, daba contraórdenes, cometía desatinos y ya no era capaz de ejercer el comando. Tal es la única explicación lógica de gran parte de la campaña de Dargo. Según Tahir, el mariscal de campo, mientras enviaba a las tropas a una muerte descabellada, se sintió abrumado también por el remordimiento y a menudo prorrumpía en sollozos, aterrado ante la hecatombe.

Al sexto día de haber partido de Dargo, a las tropas rusas sólo les quedaban balas para cincuenta cargas. No había señales de que Freitag estuviese próximo y los múridas estaban alrededor de las columnas, acechando, prontos a saltar sobre ellas con goce felino. Al anochecer, se creyó que atacarían de noche y que ningún ruso estaría ya vivo por la mañana. De pronto, entre los árboles, sonó el ahogado estruendo de

un cañón: tres disparos, señal de que Freitag se acercaba. Los cinco emisarios habían llegado. El primero, llegó allí en la noche del 15 al 16 y el general Freitag no esperó y partió, recorriendo ciento sesenta *verstas* en dos días, reuniendo fuerzas al cabalgar, hasta que, en la noche del 18, su vanguardia después de disparar su cañón fué avistada desde el campamento sitiado de Voronzov. Al día siguiente, los soldados de Freitag escoltaron al agotado ejército de Voronzov hasta Gherzel, sin mayor oposición, mientras que, una vez más, al Comandante en Jefe lo vencía la emoción. Milagrosamente, los restos de las fuerzas rusas se habían salvado. Los hombres de Shamyl, cosa inexplicable, desaparecieron en las montañas o en las profundidades del bosque antes que quedar al alcance del fuego de Freitag. Aquel repentino y misterioso relajamiento de la presión múrida nunca fue explicado en fuentes rusas; pero, sin duda, las crónicas de Mahommed Tahir nos dan la verdadera razón. Shamyl había recibido la noticia de que Fatimat se moría y lo llamaba. Al principio, endureció su corazón ante la noticia, y permaneció en pleno escenario de la lucha. Pero cuando el 17 pareció que todo el ejército ruso estaba cercado y harto débil para seguir resistiendo, Shamyl se dejó persuadir por sus naibs. Éstos lo incitaban a ir a ver a Fatimat: sabían cómo la amaba. Ahora, afirmaban, la capitulación de Voronzov sólo era cuestión de horas. No sabían que éste le había enviado un emisario a Freitag. Tampoco suponían que un enviado pudiera llegar de Grozny a Gherzel a tiempo. El Imán debía ir a ver a su esposa, decían: sus órdenes serían ejecutadas fielmente. Shamyl, dejándose llevar por el impulso de su corazón, se marchó y, acompañado por un naib, cabalgando a través de las montañas día y noche, llegó a tiempo para tomar a Fatimat en sus brazos cuando su esposa se moría. Dos días después, volvió al campo de batalla y se encontró con que su victoria se había esfumado. Freitag había socorrido a los rusos cercados y éstos se escabulleron de la trampa múrida; aún así, Shamyl adivinó que, en sus propias tropas, debía de haber existido una traición. Sus órdenes no se habían ejecutado, los naibs permanecieron inmóviles cuando debían descargar el golpe. Al llegar Freitag, ya era tarde. Una gran victoria se había convertido en una batalla más indecisa, costosa. Desde entonces, Shamyl miró a sus naibs con creciente desconfianza.

Shamyl sabía siempre cuándo debía conservar sus fuerzas, como sabía cuando debía atacar y nunca lo avergonzaba retroceder. Después de haber valuado el contingente de Freitag, ordenó que los múridas se dispersaran. Sus hombres desaparecieron en las montañas o en las profundidades del bosque, para no ponerse al alcance de las balas enemigas. Pero antes Shamyl censuró duramente a sus naibs, castigándolos, como se azotara a sí mismo, por haber dejado escapar al enemigo de entre sus dedos. Aunque estaba habituado a las montañas y aun a cubrir grandes distancias a suma velocidad, no había creído que los emisarios rusos pudieran llegar hasta Freitag o que el General lograra trasladarse desde

Grozny hasta Gherzel en tan poco tiempo. Desde entonces, miró a los rusos con más respeto, no tanto por su fuerza como por su espíritu de lucha y su creciente habilidad para la guerra de guerrillas.

En la retirada final a Gherzel debía hallarse una última posdata trágica a toda la campaña de Dargo. Nuevamente, el heroico regimiento Kabardinsky formó la retaguardia y, con la incompetencia usual en las altas jerarquías, fue olvidado, se rezagó y lo destruyeron en su retirada los hombres de Shamyl. Sólo tres sobrevivientes volvieron a su base. Del brillante contingente de Voronzov, formado por diez mil hombres, habían muerto tres generales, doscientos oficiales y tres mil quinientos treinta y tres hombres estaban muertos y heridos. Del regimiento Kourinsky, sólo sobrevivieron veinticuatro hombres.

"En el calor del mediodía, en el valle del Daghestán,
estoy tendido con una bala en el corazón..."

Así cantaban los soldados y los coros de aldea y todo el pueblo, durante todo un siglo, recordando los desastres y proezas de Dargo. He descrito la expedición con ciertos detalles, porque aquello era típico de muchos, muchísimos años de guerra caucásica; descorazonador, indeciso, descabellado, heroico.

El Zar, apoyando lealmente al hombre elegido por él, llegó a la conclusión de que la salvación de Voronzov implicaba una victoria de primera magnitud. Lo hizo príncipe y escribió al margen de un informe del Comandante en Jefe sobre la expedición:

"Leído con el mayor interés y respeto por el hermoso valor de mis tropas."

Sin duda, aquello resultaba una grata lectura para el autócrata sentado en su gabinete de paredes verdes que daba sobre la fortaleza de Pedro y Pablo. Le interesaban siempre profundamente las cuestiones militares, y, después de todo, aquella expedición al Daghestán había sido una idea suya.

19

TRAICIÓN

"Se burlarán de los reyes y también de los príncipes: se burlarán de todos los baluartes."
HABACUC I.

En 1846, Shamyl, Imam ul'Azam (El Gran Imán), como lo llamaban ahora, decidió iniciar su largamente proyectada invasión de la Kabarda. El plan era muy audaz: la Kabarda está en el centro o corazón del Cáucaso. En el este, una zona que se extendía desde el Kubán hasta el Mar Negro se hallaba en poder de Shamyl; al oeste, otra que se extendía desde el Kubán hasta el Mar Negro, era también suya. Pero entre ambas se extendía la Kabarda, separando los dos territorios. Una vez unificado, todo esto se convertiría en un sólido bloque de oposición, cortando las principales líneas de abastecimiento rusas, cabalgando sobre todo el istmo del Cáucaso, de este a oeste, y aislando a los rusos en el este. Además, cuando se hubiese establecido contacto con las tribus cherkesas, al acecho tierra adentro desde que los rusos ocuparan la línea costera, los infieles podrían ser atacados por la retaguardia y empujados hacia el Mar Negro o a través de la frontera persa.

La Kabarda era habitada por una raza muy fogosa que vivía a la manera feudal, pero que se había sometido a la férula rusa en 1822 y seguía siendo, sino hostil a Shamyl, por lo menos poco cooperadora. Pero en los últimos tiempos sus nativos estaban descontentos con los rusos; prevalecía una creciente tensión y Shamyl consideraba que había llegado el momento de que se sublevaran y se aliasen a él. Proyectaba el ataque desde hacía años y ahora, hostigado por el cautiverio de su hijo y alentado por numerosas insinuaciones de los príncipes que gobernaban la Kabarda (convencidos finalmente del poder de Shamyl y del carácter santo de su guerra), comenzó a reunir una vasta horda de múridas como preparación para la campaña. En abril de 1846, los espías rusos informaron sobre concentraciones de múridas en la Chechnia, aunque se ignoraba donde descargarían el golpe. Baddeley dice, al respecto: "El bando contrario cono-

cía cada movimiento enemigo apenas se había iniciado: su avance era observado sin cesar y se informaba sobre él cada día, sino cada hora." Los rusos, quienes tenían en su poder líneas exteriores, rara vez podían confiar en ocultar sus planes: la concentración de sus tropas en cualquier punto dado indicaba muy claramente el objetivo propuesto. Pero con Shamyl no ocurría lo mismo. Totalmente rodeado por territorio hostil, *pero obrando desde dentro*, podía reunir sus fuerzas y amenazar al enemigo en más de una dirección, dejándolo en duda, hasta el último momento, acerca del lugar donde se descargaría el golpe... Después de haber desorientado a su antagonista y de haber completado su propia preparación, podía elegir el sitio donde le convenía asestar el golpe, de acuerdo con las medidas defensivas que el enemigo había creído conveniente adoptar".

Por lo tanto, como sus fuerzas estaban apostadas en Chechnia, nadie sabía adonde golpearía; lo más probable, era el cuartel general ruso en Daghestán.

Cuando le informaron al príncipe Voronzov sobre la enorme concentración de hordas múridas, se convenció de que Shamyl se disponía a una incursión sobre Temir-Khan-Shoura y los puertos del Caspio, aunque algunos de sus generales, sobre todo Freitag, opinaban de otro modo. Se recordará que el Zar había ordenado el regreso de muchas tropas a fines de 1844: el mediocre general Niedhardt no había estado a la altura de su cometido, con o sin los refuerzos que Nicolás le asignara tan a regañadientes, en 1843. Esas tropas habían excedido ampliamente la permanencia que tenían señalada en el Cáucaso y estaban en vísperas de la partida. Ni siquiera el príncipe Voronzov se atrevía a oponerse a las órdenes de San Petersburgo en ese punto: pero el valor, la intuición y rapidez de concepción que caracterizaba a algunos de sus generales son revelados por el hecho de que Freitag se atrevió ahora a asumir la responsabilidad de retener allí a las tropas, contrariando las órdenes del Zar. Los sucesos debían demostrar que este desafío se justificaba plenamente. Ahora, las fuerzas de Shamyl estaban concentradas en la Chechnia Occidental, en Shalee. El 13 de marzo, cabalgando a la cabeza de sus tropas y rodeado por un bosque de lanzas, cruzó el río Argún y se dirigió hacia la Kabarda. Ahora, su plan era evidente y los rusos lanzaron a todos los hombres que tenían disponibles a Grozny. Freitag calculaba que, para entrar a la Kabarda, Shamyl debía franquear el río Terek en el vado de Tartatoub, porque, más al sur, una nutrida guarnición rusa de Vladikavkaz amenazaría su cruce. En el desolado paisaje rocoso de Tartatoub resonaban aún los ecos de históricas batallas. Allí, Tamerlán había derrotado a Toktamuish; allí, junto al solitario minarete, Mansour Bey fue capturado por las tropas de Potemkin en 1785. Y en ese paraje, los múridas y los rusos chocaron, ahora, en otra terrible batalla.

Freitag había enviado emisarios a Tiflis, pidiendo refuerzos. Le enviaron tropas, a marchas forzadas, a través de territorio montañoso, desde todos los puntos cardinales. Voronzov comprendió que, si se perdía

la Kabarda, el prestigio ruso declinaría peligrosamente entre los montañeses. Hasta las tribus más lejanas de las estepas asiáticas sufrirían la influencia de este hecho y el ascendiente absoluto de Shamyl quedaría asegurado en todo el Cáucaso. Dio sus órdenes: todas las fuerzas disponibles debían ponerse en marcha inmediatamente. Sonaron los clarines: los cuarteles y caballerizas se llenaron de figuras que corrían de aquí para allá precipitadamente. Los cañones de campaña, carros con municiones y trenes de carga comenzaron a salir de Shamakha, dirigiéndose al oeste, acompañados por las filas usuales de hombres estoicos, afanosos. Los oficiales, sobre sus excelentes caballos, parecían exaltados por la perspectiva de una batalla. La vida en una ciudad con guarnición se volvía insoportablemente aburrida. Por el camino, podrían divertirse un poco; abundaban los faisanes y los gamos. Los oficiales discutieron la posibilidad de capturar a algunos de los espléndidos caballos de la Kabarda; unas yeguas de cría, quizás. La especie Shaloukh —por lo general de un gris moteado— de Tartatoub se consideraba la mejor. Así, decían los oficiales, la expedición resultaría valiosa desde todo punto de vista.

El 18 de marzo, los rusos y los montañeses habían chocado en escaramuzas indecisas y Shamyl logró rechazar varios ataques. Ahora, ordenó la evacuación de muchos aúles que estaban en la línea de batalla y los habitantes, apretados en *arbas* o carros de lento movimiento arrastrados por bueyes, donde habían apilados enseres domésticos, niños que gemían y viejos, y seguidos por sus rebaños de cabras y manadas de vacas, eran empujados en tropel a lo largo de los caminos por los múridas y barridos por el fuego de Freitag. El plan de Shamyl consistía en penetrar en la Kabarda, cruzar la provincia, azuzando al pueblo al pasar, y, con su ayuda, mantener a raya a los rusos mientras establecía enlace con las tribus del oeste, en Abkhazia, Suanecia y a lo largo de la costa del Mar Negro. Así, se realizaría su sueño de dividir en dos el Cáucaso. Proyectaba apoderarse del desfiladero de Darial y de la vitalmente importante Carretera Militar Georgiana, mientras contaba con el apoyo de los galgais y tribus vecinas. Entonces, teniendo la fiscalización de la única carretera, por la cual debían llegar del norte o del sur hombres y abastecimientos, la Kabarda sería suya y los ejércitos rusos quedarían cercados

Pero la audacia de este plan fue igualada por la audacia con que Freitag, quien combinaba ahora el valor de la desesperación con una brillante estrategia intuitiva, le siguió los pasos a Shamyl: el general ruso marchó sin cesar hostigándolo, sin darle tregua, sin dejar que los Kabardianos dudaran de que una fuerza equivalente a la de Shamyl estaba dispuesta a castigar a los aliados del caudillo. A pesar de los peligros que implicaba internarse en territorio extraño, casi sin preparación, abastecimientos ni refuerzos, Freitag creía que ésta era la única manera de impedir que los kabardianos se plegaran a Shamyl. Si pasaba esto, lo

sabía muy bien, por más batallas, hombres y cañones que se derrocharan, no lograría desalojar a Shamyl de su posición dominante en el Cáucaso.

Por eso, a cada kilómetro que recorría Shamyl, Freitag hacía otro tanto Apenas había negociado el Imán con los jefes tribeños, éstos veían aparecer pisándole los talones al ejército ruso que parecía poderoso. No sabían que Freitag avanzaba solo, casi aislado del resto de las fuerzas del Zar y que su marcha era una desesperada treta. Comenzaron a vacilar. Shamyl había hecho un trato con ellos: a cambio de su apoyo, les prometió destruir todos los fuertes rusos existentes a lo largo del Terek y a través del país: juntos, empujarían a los invasores infieles al otro lado de las fronteras y gobernarían conjuntamente la Kabarda de acuerdo con las tradiciones musulmanas. Pero cuando los jefes vieron que los rusos estaban al mando de Freitag, un general que se habían habituado, muy a pesar suyo, a temer y respetar, se les cayeron las armas de las manos y parecieron transfigurados. Así, todo el plan de Shamyl, espléndidamente audaz, se derrumbó. Ambas fuerzas, la de los múridas y la de la Kabarda, dependían la una de la otra. Ninguna de ellas podía obrar sola: sin el apoyo de la Kabarda, Shamyl no lograría destruir los fuertes rusos existentes a lo largo del Terek: y si esos fuertes no caían, los kabardianos no podrían sublevarse. Shamyl no había contado con la porfiada persecución de Freitag y, por primera vez, comenzó a dudar de que pudiera obtener el apoyo de los kabardianos. Así, perdió los primeros frutos de su audacia. Cada día acercaba más a los refuerzos rusos, disminuyendo las probabilidades de éxito de Shamyl. El Imán decidió seguir avanzando hacia el oeste, para lograr la ayuda de los balkar o tribus tártaras que, junto con los pueblos del Trans-Kubán, podían inducir aún a los kabardianos a que se les unieran, en su odio común a los rusos.

Mientras Shamyl seguía avanzando hacia el oeste, tan inescrutable como de costumbre y sin dejar trasparentar sus pensamientos ni sus temores, Voronzov, en Shemahka, alarmadísimo ahora, partió para Vladikavkáz, llevando consigo a todos los hombres que pudo reunir por el camino. El 25, Shamyl recibió la noticia de que su naib Nour Alí no había podido tomar, o siquiera alcanzar, el desfiladero de Darial y con él la Carretera Militar Georgiana y se había visto obligado a replegarse en desorden. Los rusos de Vladikavkáz, quienes no esperaban ninguna amenaza a sus fuertes de Darial o a la carretera propiamente dicha, no tenían tropas suficientes para resistir a una ofensiva de proporciones. Pero cuando estaban indecisos, el general Gourko, jefe del estado mayor de Voronzov, quien viajaba de regreso a Moscú creyendo que su período de servicio en el Cáucaso había terminado, llegó a Vladikavkáz. Al enterarse de que se acercaba Shamyl y de la amenaza a Darial, asumió inmediatamente el comando y envió mensajes a Tiflis (escritos en francés, por si caían en manos de los tribeños), pidiendo importantes refuerzos. Luego, reorganizó a la guarnición, envió a todos los hombres disponibles a custodiar la Carretera Militar y el desfiladero y en general

galvanizó tanto Vladikavkáz que los batidores de Nour Alí le informaron a su jefe que no había posibilidad de triunfar allí y los múridas se retiraron sin haber entablado combate con el enemigo.

Esta noticia, unida a la de que los rusos convergían sobre la Kabarda desde todo el Cáucaso, constituyó un duro golpe para Shamyl. Aunque, básicamente, no había perdido el apoyo de las tribus (porque todas, sin excepción, no creían que pudiera llevarse a cabo un plan tan audaz), adivinaba que los rusos empezaban a demostrar su capacidad para la guerra de guerrillas, para la flexibilidad de maniobra y la rapidez de acción, así como para las batallas encarnizadas. Adivinaba, también, sus ilimitadas reservas y su espíritu de lucha, tan tenaz como el suyo. Sabía que la invasión de la Kabarda había fracasado: debía volver a sus tácticas de guerrillas e incursiones locales, más limitadas, aunque poderosas aún. Pero Shamyl nunca perdía el tiempo lamentándose; eso, se lo dejaba a las mujeres. Su papel era la acción. Regresó rumbo al Terek y su caballería lo siguió impetuosamente, hacia nuevos campos de batalla y nuevos combates. Era evidente que el plan de invadir la Kabarda había fracasado, pero el prestigio del Imán seguía siendo tan grande que ninguno de sus parciales dudaba de que habría triunfado si los kabardianos se hubiesen aliado a él. La iniciativa y la audacia de los rusos eran subestimadas por los hombres del Cáucaso. Conocían perfectamente los argumentos sofísticos y cínicos con que apuntalaban los rusos sus derechos a la Kabarda. Según Moscú y San Petersburgo, desde que Iván el Terrible se había casado con la hija de un príncipe kabardiano, Rusia tenía títulos a esa provincia: luego, una expedición emprendida por los rusos en 1717 contra el kan de Khiva tuvo por comandante a un príncipe de la Kabarda. Esto, probaba que los rusos y los kabardianos eran aliados desde tiempos inmemoriales... Semejantes silogismos sólo servían para desorientar a las tribus y acrecentar el prestigio de Shamyl.

II

Pero el propio Shamyl sabía ahora con qué clase de enemigo tenía que vérselas; sabía, cuando yacía en el campamento envuelto en su burka, contemplando las estrellas que brillaban en la fría tiniebla de la noche primaveral, que no podía confiar en mantener sus posiciones contra aquel enemigo sin una ayuda externa. De vez en cuando, los había dado bríos a sus naibs recordándoles la ayuda que, poco después, recibirían en abundancia, sobre todo de los ingleses y los turcos. Ya estaba, afirmó, en correspondencia con la reina Victoria y con el Sultán. Acaso, también, aunque los kabardianos no se habían unido a él, quedara todavía una chispa de independencia entre los tártaros de la Crimea, quienes vivían en los bosquecillos que orlaban la costa del Mar Negro. Pero aunque contara en principio con la simpatía de los Kanes de la Crimea, era evidente que ya no podía tener su apoyo activo.

A diferencia de los georgianos cristianos, sus simpatías acompañaban a Shamyl en su lucha con los infieles, pero esos tártaros de la Crimea se habían convertido en un pueblo pasivo, petrificado en las leyendas de su pasado. Aunque hubiera muchos eslabones entre el Cáucaso y la Crimea, el kanato estaba ahora irrevocablemente sojuzgado. Su tradición había sido siempre enviar a sus príncipes, en su infancia, para que los educaran en alguna noble casa de Circasia o el Daghestán. Allí, aprendían las artes de las armas y la caballería y adquirían esa incomparable habilidad como jinetes que les daba fama a los nativos del Cáucaso. En todo el Cáucaso y el Asia Menor, la educación en la montaña se consideraba la mejor. No había mayor cumplido que decir de algún joven que parecía haber sido educado en las montañas: "el pulimento viene de la ciudad, la sabiduría de las colinas" es un viejo dicho del Cáucaso. Por eso, el noble ávaro del Daghestán, Shamyl, conocía personalmente a muchos de los kanes y nobles de la Pequeña Tartaria, pero ellos no podían ayudarle. Su lucha había terminado: tenía que luchar solo.

Shamyl nunca había logrado fundir a las tribus circasianas (o cherkesas) en un esfuerzo con el cual pudiera contar. Esas tribus aborrecían a los rusos y los combatían, pero su ayuda era esporádica y la debilitaban las disputas intertribales. Todo ellos, desde el punto de vista múrida, eran mahometanos indiferentes. Las abnegaciones del Shariat no eran para ellos. Se aferraban a sus propios Adats o leyes tradicionales. Y su sistema de clan de príncipe y vasallos se oponía también a los principios fundamentalmente democráticos del muridismo.

Shamyl había mandado allí por primera vez a un representante en 1843; en 1850 mandó a otro hombre más fuerte, el naib Mahommed Emin. Este taimado individuo usaba a una tribu contra otra y obraba con terrible severidad, instigando masacres en nombre de la disciplina, mientras aceptaba sobornos para llenarse el bolsillo. Además, se casó con no menos de siete beldades circasianas, algunas de ellas pertenecientes a familias de príncipes y a quienes dejaba languidecer en su harén. Poco a poco, toda la Circasia se volvió contra él. Cuando los turcos mandaron a Sefir Bey a unir a las tribus contra la agresión rusa, ambos rivales sostuvieron una pelea personal y Shamyl perdió para siempre la ayuda de una Circasia unificada.

Pero el apoyo inglés era harina de otro costal. Shamyl sabía que los ingleses consideraban la proximidad rusa a las provincias de la frontera noroeste toda una amenaza de invasión. Por eso, creía que él y los británicos compartían un objetivo común, el de detener la expansión de Rusia hacia el Oriente. Buscó ayuda, tanto moral como material, en Inglaterra y aunque la conducta inglesa con respecto al Afganistán y las guerras afganas tuvieran la más deplorable de las repercusiones en el Asia, Shamyl conocía el valor del apoyo del Reino Unido. Sabía, como toda el Asia, la índole exacta de las exigencias británicas en el Afganistán; como, con el pretexto de castigar a los gobernantes de Kan-

Una dama noble del Daghestán.

Un aúl chechén.

Djemmal-Eddin.
(*San Petersburgo, 1854*).

El Palacio de Invierno.

Khazi Mahommed.
(*Kaluga 1860*).

Mezquita de Khounzak. (*Dibujo del príncipe Gagarin*).

El emperador
Alejandro II.

Shamyl, imán del
Daghestán, (*1859*).

dahar y Kabul, acusados de hostigar al comercio británico, el Gobierno de Su Majestad había decidido apoderarse de esas dos ricas provincias e incoporarlas a su imperio de la India, que, bajo la presión de las compañías comerciales, mostraba una voracidad insaciable. Algunos agentes rusos habían excedido sus derechos comerciales en el Afganistán, ofreciendo, a cambio de concesiones mercantiles, el apoyo de Rusia contra el aliado de Inglaterra, el rey de Lahore. También ofrecían colocar al rey de Kandahar bajo la protección persa (de modo que el shah pudiera realizar su sueño de anexarse el Herat), ante lo cual Lord Melbourne tuvo un violento acceso de cólera y, sobre la marcha, ordenó una expedición al Afganistán, para anexarlo a Inglaterra. Lord Melbourne consideraba —y lo mismo el Gobierno de Su Majestad - que las maniobras de los agentes rusos sólo eran el preludio de la ocupación rusa del Afganistán, de los planes rusos sobre la India. En suma, que Rusia se portaría exactamente como lo hiciera Inglaterra durante siglos... La condesa Nesselrode tenía razón... El simple hecho de que Rusia fuese una gran potencia revelaba la más *insoportable* falta de delicadeza.

Pero, a pesar de la desagradable reputación británica en el Asia Central, a pesar de la porfiada ineptitud de Lord Auckland en su manejo de los asuntos de la India y de la inercia y maniobras tortuosas del gobierno, al equilibrar el comercio con el poder, tratando tanto a Dost Mahommed como al shah Soudja con cínica indiferencia, los ingleses conservaban aún una legendaria fama de justicia. Quizás se la hubiesen ganado en forma individual, antes que colectiva, no tanto el gobierno inglés como hombres cual Nicholson, Connolly, Eldred Pottinger, el héroe de Herat, o el joven teniente Wyburd y muchos más incógnitos. Estos hombres eran comprendidos por los asiáticos, porque su peculiar fusión de valentía y fuerza espiritual estaba dentro de la tradición de los héroes orientales. Los temían y veneraban. Su leyenda viajaba con las caravanas y era conocida desde los patios de mármol de Oudhe hasta los campamentos nómades del Afganistán.

Las leyendas sobre el Poder Británico mediante el Derecho llegaron también al Cáucaso. A Shamyl, le parecía muy lógico que los ingleses acudieran en su ayuda. Por lo tanto, le pidió ayuda a la reina Victoria. Esta era el símbolo: encarnaba a la Justicia, así como, años después, el nombre de Garibaldi repercutió en el mundo como sinónimo de Libertad.

En sus memorias, el príncipe Pedro Kropotkin, el reformador, recuerda que los campesinos rusos estaban convencidos de que la tan ansiada abolición de la servidumbre sólo podría ser lograda por Garibaldi. No sabían donde estaba Italia, nunca habían oído hablar de Roma, pero el nombre de Garibaldi brillaba para ellos en las tinieblas. Y para Shamyl y todas las tribus caucasianas, la reina Victoria era conocida como defensora de la religión. ¿La suya... la de ellos? Tanto daba: era un paladín de los oprimidos. Shamyl le dirigió sus cartas pleno de confianza. Esto acaso fuera bastante ingenuo: después de todo,

la anexión de la India y de otros territorios por los ingleses podía considerarse una conquista despiadada. Era improbable que los ingleses comprendieran realmente el punto de vista de un pueblo invadido. Habían adquirido el hábito de invadir: aunque traían quinina y obispos a la zaga de sus cañones, seguían siendo, esencialmente, conquistadores. A cualquiera que fuese de espíritu menos simple que Shamyl, le debía resultar evidente que los ingleses contemporizarían cínicamente con la expansión rusa.

Pero Shamyl nada sabía sobre las costumbres europeas ni la política occidental, ni tampoco había aprendido a contemporizar ni a transar. Nunca había abandonado las montañas del Daghestán: provenía de una raza que vivía y moría con el puñal y cuyo primer principio era defender a su país. Era el poderoso Imán, cuyos múridas luchaban por Alá, contra los infieles. ¡Ghazavat! Su guerra era santa, era justa: de ahí las cartas a la reina Victoria.

Demás está decir que esas cartas turcotártaras jamás llegaron a la mesa del desayuno regio. Con infinita delicadeza, Shamyl se abstenía de destacar en ellas la naturaleza religiosa de su lucha, de la batalla entre la Cruz y la Media Luna. Quizás hubiese oído hablar del ardor con que Victoria apoyara a diversos movimientos de misioneros. Shamyl esperaba recibir armas y soldados antes que biblias u obispos. Se sabía que la reina apoyaba a los románticos caudillos de las causas perdidas, Kossuth y Garibaldi enardecieron a Inglaterra en 1850-60, cuando visitaron Londres y fueron acogidos cordialmente por todas las clases sociales. La Reina compartía la desconfianza que Rusia le inspiraba a Europa. El Zar le parecía un hombre de una ambición avasalladora... En cuanto a su hijo, el zarevich Alejandro... Eso, ya era otra cosa. La había visitado en 1939. Entonces, ella no estaba casada. Ambos habían bailado juntos la mazurka. "¡Qué momentos alegres!", había anotado ella en su diario, cautivada por el joven, alto y elegante, aunque de aire tímido.

Con el transcurso del tiempo, Shamyl y su temida hueste le interesaba cada vez más a un amplio sector del público inglés. Cuando las tribus caucasianas enviaron a una delegación a Londres en 1850-60, la acogida que le hicieron fue entusiasta. Su pedido de que les ayudaran a obtener la autonomía, como una evasión de la opresión rusa, interesó a la Reina, quien ordenó que le presentaran un informe sobre todo aquel asunto. Khousht Hadji Hassan Haidar fue recibido por el primer ministro "y muchas personas influyentes de los círculos políticos". En Hyde Park, les habló a nutridas muchedumbres, que se congregaron para observar su exótica figura, entusiasmadas por sus ojos fogosos y su magnífica indumentaria. En general hubo la impresión de que, en definitiva, el Cáucaso tenía que ser aplastado por el poder de las armas rusas. Y, entonces... quedaría abierto el camino de la India. Había que hacer algo.

Shamyl era el héroe del día. Los mítines, como siempre, servían de

desahogo a los sentimientos reprimidos; pero el gobierno se mantenía en una actitud evasiva. "A Inglaterra no le agrada la idea de tener a vecinos rusos a un paso de la India, pero... ¿está en sus manos evitarlo?", preguntaba un periódico. Hubo mítines, actos en que entusiastas multitudes juraban apoyar a Shamyl en su valiente y solitaria campaña contra la agresión rusa. Los Midlands, más que nada, tomaban a pecho el asunto: sin duda, la industria algodonera enfocaba la situación de la India con peculiar claridad. Gradualmente, se añadieron voces al coro: el conde Zamoiski, un noble polaco que se dedicara a avivar las llamas del odio contra Rusia, opresora de su patria, dedicó largos esfuerzos a explicar los designios imperialistas del Zar. Otros compatriotas suyos obraron en forma más directa y franquearon los Cárpatos para ir al Cáucaso, a combatir junto a Shamyl. Se fundó un Comité Circasiano para organizar el envío de armas y voluntarios. Unos sesenta ingleses, franceses, húngaros y polacos, "voluntarios de la lucha por la libertad", fueron enviados al Cáucaso, mientras el capitán Bell arrastraba enérgicamente cañones al Mar Negro. Las informaciones periodísticas les aseguraban a los adeptos británicos de Shamyl que "Ahora, el Cáucaso ha recibido 9 cañones con 30.000 cargas, 150 revólveres y 3.400 fusiles".

Pero era muy poco y demasiado tarde. En vano Shamyl trató de interpretar la llegada de esos elementos y de un puñado de oficiales del ejército indio que lograran infiltrarse a través de las provincias de la frontera noroeste, vía Persia, y cuya misión era familiarizar a sus tropas con los métodos de la artillería moderna, como una respuesta directa de la reina Victoria a sus cartas. Nada oficial le llegaba de la Reina ni de su gobierno.

Inglaterra nunca comprendió todo lo que implicaba la campaña del Cáucaso. Cuando, en 1854, estalló la guerra de Crimea, el momento era ideal para compensar la negligencia de antaño, para salir de una vez a la luz y apoyar abiertamente a Shamyl: así, el Imán habría podido establecer su supremacía y conservar al Cáucaso bajo la forma del estado independiente que Inglaterra tanto deseaba, desde el punto de vista estratégico. Sólo un comité inglés de espíritu romántico echó toda cautela por la borda y envió una bandera a Shamyl. Esa bandera ostentaba tres estrellas, una por Circasia, otra por Georgia y otra por el Daghestán. (Desconociendo sólidamente el hecho de que la Georgia se había entregado a Rusia muchos años antes). Si aquel trozo de tela llegó a manos de Shamyl, el gesto le pareció, aunque vacuo, por lo menos grato: era el apoyo moral que ansiara durante tanto tiempo.

20

HADJI MURAD

"Y el odio, en ellos, es tan ilimitado como el amor".

LERMONTOV.

Shamyl era capaz de retirarse como atacaba... sin perder la confianza en sí mismo. Tampoco perdía su prestigio ante los tribeños: todo formaba parte de las alternativas de la lucha. Por eso, algunos caucasianos podían abandonarlo, pasarse a las filas rusas y volver luego a las del imán sin ser considerados tránsfugas. Había varios ejemplos de esa flexibilidad, y cuando esa cualidad se aliaba, como sucedía por lo general, a un gran valor y una audacia extrema, ninguna voz se alzaba para llamarles traidores. Ya hemos visto como Daniel Beg, sultán de Elisou, montañés nativo, les juró lealtad a los rusos y usó el uniforme de éstos. Pero, cuando el general Niedhardt lo irritó, Daniel Beg rompió con los invasores y abandonó todo el oropel de la corte del virrey y las dulzuras de la civilización para unirse a Shamyl, quien lo acogió con todos los honores.

Otro, que obtuvo gloria o más bien poder en diversos terrenos, fue un joven chechén, Bata Shanourgov, quien, al ser hallado desamparado y huérfano por el barón Rosen después de la toma de un aúl, fue adoptado por él y les sirvió a los rusos de intérprete favorito. Pero como su vanidad no había quedado satisfecha, desertó para pasarse al bando de Shamyl, quien, por ser inestimable para él su conocimiento del ruso y del ejército enemigo lo halagó más aún. A fin de apaciguar su avidez de poder, lo nombró gobernador de la Chechnia Mayor, pero Bata estaba insatisfecho aún y abusando de la confianza de Shamyl, comenzó a establecer impuestos cada vez más pesados en los aúles que estaban bajo su férula. Shamyl nunca había tolerado el cohecho. Exoneró de su cargo a Bata y entonces el engreído y volubie chechén huyó de las montañas y volvió a las filas rusas. Debía de haber nacido bajo la más afortunada de las estrellas, la de la mediocridad; como no conocía las alturas, tampoco conocía las profundidades y estaba habituado a una vida cómoda. Los

rusos lo acogieron cordialmente. No hubo recriminaciones: de inmediato, le dieron el grado de capitán y lo nombraron gobernador de Kachkalykov, donde los funcionarios rusos hicieron la vista gorda cuidadosamente ante sus abusos de poder... aunque Bariatinsky siempre desconfió de él. Así, con sus pequeños horizontes limitados por el triunfo personal y las ganancias, Beta siguió prosperando y, con no se sabe qué magia de cortesano, fue siempre favorito de todos los comandantes en jefe rusos que se sucedieron en el mando.

* * *

Hadji Murad fue otra de esas figuras equívocas: la palabra renegado suena desagradablemente y nunca se le podría aplicar a un hombre así. Era el más grande de los naibs de Shamyl, el más estimado de sus lugartenientes, uno de los personajes más alucinantes y extraordinarios de toda la galería de héroes caucásicos. Su vida y su muerte han sido inmortalizados por Tolstoi. Fue una figura heroica. Según las palabras de Voronzov, "desesperadamente valiente".

Fue Hadji Murad quien, como se ha dicho, mató a Hamzad Beg, en la mezquita de Khounzak, en 1834, cuando él y su hermano, ambos hermanos de leche de los hijos del kan de Avaria y, después de su muerte, protegidos de su viuda Pakkou-Bekkehé, vengaron el asesinato de los hijos de ésta. Hadji Murad y su hermano fueron las sombrías figuras que, ese viernes fatal, se lanzaron sobre Khazi Mollah y lo apuñalearon. Hadji Murad se salvó, pero su hermano Osmán murió, desplomándose junto al cadáver del aborrecido Hamzad Beg. Se debió en parte a la influencia de Hadji Murad el que Shamyl se topara con tan imprevista resistencia en Khounzak cuando sucedió a Hamzad Beg como Tercer Imán. Hadji Murad no podía olvidar la serie de crímenes causada por la ascensión del muridismo. Además del asesinato de los dos príncipes mayores por Hamzad Beg, estaba el asesinato del pequeño príncipe Boulatch por Shamyl y finalmente la decapitación de Pakkou-Bekkhé, sin contar toda una legión de víctimas menores e innominadas. Hadji Murad recorrió las montañas, alimentando las llamas del odio y la venganza que ardían entre el pueblo. Sería más prudente mirar al norte, dijo: Rusia podía ser la salvación de todos ellos; sólo con un aliado tan poderoso podían confiar ahora en resistirle a la marea del muridismo. El shamkhal de Tarkou les había jurado lealtad a los rusos y su pueblo prosperaba. Sus tierras no estaban devastadas por las guerras y su comercio florecía: lo mismo sucedía con los ávaros gobernados por el kan de Mektoulee, otro gobernante local que se pasara al bando adversario. Así como Rusia podía ser un enemigo terrible, también era un aliado todopoderoso, decía Hadji Murad.

Pero también lo movía el interés personal. Sus consejos se debían en parte a motivos personales de ambición y venganza. Detestaba y sentía celos de Akhmet, kan de Mektoulee, su enemigo jurado, decidido

desde hacía largo tiempo a provocar su caída, no se sabe por qué razones. En ese clima de violencia estallaban los odios como si fueran una parte orgánica del país, como los yacimientos de petróleo... y eran igualmente inagotables. Quizás la enemistad hubiese sido provocada por una mujer o un halcón o un caballo: o acaso por un imaginario desaire o una riña infantil. El caso es que, al llegar a la madurez, Hadji Murad y Akmet Kan fueron enemigos. El Kan envidiaba la reputación de valor de Hadji Murad, mientras que a Hadji Murad le inspiraba resentimiento la posición eminente y el poder que le daban a Akmet los rusos. Así como éstos explotaban cínicamente las venganzas locales, a fin de debilitar las filas enemigas, así también los montañeses solían usar a los rusos para darles impulso a sus propias ambiciones e intrigas.

El horror de Hadji Murad al despotismo múrida sólo era comparable con la repulsión que le inspiraba Akmet Kan. En su alianza a Rusia, veía ahora una manera de conseguir el poder y la gloria que podía parmitirle, con el tiempo, ocupar una posición más alta que el odiado Akhmet Kan. Se veía gobernando una provincia, conservándola finalmente contra los múridas y los rusos. Es verdad que el precio de la gloria sería aceptar temporariamente a los infieles; pero como creía que el fin justifica los medios, que, sean cuales fueren las maniobras políticas, su fe seguía siendo suya, algo intacto, íntimo, decidió jurarle lealtad al Gran Zar Blanco, el Padishah de Rusia, y su Sirdar, Voronzov.

Había algo de infantil en el temperamento de Hadji Murad, una especie de inocencia que resulta evidente, además del salvajismo, en el retrato que, se afirma, le hizo del natural el príncipe Gagarin, uno de sus muchos dibujos maravillosos cuando servía en el Cáucaso entre los años 1840-55. Así, como Shamyl podía fomentar el fanatismo religioso para que le ayudara en sus objetivos políticos, Hadji Murad podía olvidar por un momento su religión para alcanzar el poder. Pero ambos eran, en esencia, mahometanos profundamente piadosos.

Cuando Akhmet Kan se enteró del nuevo juramento de lealtad prestado por Hadji Murad, empezó a planear de inmediato la ruina de su rival. Adivinaba el peligro que correría si Hadji Murad se ganaba la confianza de los rusos y obtenía el poder. Sabía hasta donde llegaba la audacia de Hadji Murad, sus cualidades de caudillo y su influencia sobre los nobles y el pueblo del Daghestán. Ordenó que ensillaran su caballo y acompañado por un séquito de pajes y nobles, partió para Tiflis, donde, mientras trataba de conseguir una audiencia con el virrey, acusó a Hadji Murad de espía, de hombre peligroso que hacía un doble juego, y afirmó que, en realidad, era un naib de Shamyl. Voronzov le agradeció su buena voluntad, pero ni él ni sus oficiales se dejaron convencer. Sin duda, sabían que entre ambos existía una venganza de sangre: y preferían creer en la sinceridad de Hadji Murad. También

ellos conocían su temple, su extraordinaria audacia y su influencia en las montañas. Era un haber muy valioso en el juego ruso.

Akhmet Kan comprendió que se había precipitado y no insistió. Cenó con vajilla de oro en la mesa del virrey, aceptó un hermoso reloj de uno de los generales y se divirtió durante varias veladas con las deslumbrantes damas rusas de Tiflis, quienes no usaban velos. Sus giros vertiginosos en el vals le resultaban a Akhmet Kan más estimulantes aún que las posturas estáticas, aunque inconfundiblemente invitantes, de las bailarinas de su harén. Volvió a Avaria, al parecer en el mejor estado de ánimo. La venganza podía esperar... pero poco después, se las compuso para que el comandante Lavarev, a cargo de la división rusa de Khounzak, oyera también muchos rumores alarmantes sobre los vínculos secretos de Hadji Murad con Shamyl. Astutamente, hizo aparecer una serie de elementos acusadores, todos los cuales destruían sistemáticamente la confianza de los rusos en Hadji Murad.

Finalmente, el comandante Lazarev, muy inquieto, le habló del asunto al general Klugenau, quien decidió arrestar inmediatamente a Hadji Murad. Debían detenerlo, enviarlo a Temir-Khan-Shoura para investigar el asunto y fusilarlo si intentaba huir. Y precisamente, le confió la ejecución de esa orden a Akhmet Kan, quien arrestó con placer a su enemigo y lo hizo encadenar a uno de los grandes cañones rusos que fortificaban su capital. No ocultaba la triunfal felicidad que le proporcionaba este giro del asunto y durante diez días, el perplejo y ultrajado Hadji Murad fue conservado en estas condiciones. Mientras rabiaba reclamando justicia, el derecho a ser oído, a ver a su esposa y a sus hijos (a quienes quería apasionadamente, debilidad que debía provocar en definitiva su fin), los rusos enviaron emisarios a Tiflis, anunciando a quien tenían cautivo. El príncipe Voronzov contestó que de cualquier manera, prisionero o aliado, Hadji Murad era una figura de primera magnitud y que debían traerlo, con una fuerte escolta, inmediatamente, al cuartel general del estado mayor.

La espesa nieve bloqueaba los desfiladeros y cubría como una manta las salvajes gargantas. El oficial y los cuarenticinco hombres del regimiento Apsheron, destacados para llevar a Hadji Murad a los cuarteles rusos, partieron en una mañana de cielo plomizo. Nevaba hacía una semana. Cuando Hadji Murad y su escolta emprendieron la marcha, el camino principal a través del desfiladero a Temir-Khan-Shoura estaba bloqueado y el único puente existente a lo largo de veinte kilómetros se había derrumbado bajo el peso de una avalancha de nieve y de rocas pocos días antes. Era una escena de desolación incomparable. La caravana siguió un sendero de la montaña que estaba junto a un precipicio: era tan angosto que los hombres tenían que colocarse en fila india y aún así, aferrarse de la fachada del acantilado. Desde las torres de atalaya de los aúles lejanos, los montañeses los observaban, sombríamente. Ojalá perecieran todos esos perros infieles, esos cerdos de pelo amarillo que llevaban al guerero de Alá, Hadji Murad... ¡Eso

era lo que sucedía cuando uno se pasaba al bando de los rusos!... ¿Sería mejor quedarse con Shamyl? Ambos caminos llevaban al desastre.

Hadji Murad caminaba con el porte de un príncipe, aunque sus manos estaban amarradas. Pisaba con pie firme, con andar felino, junto a los precipicios. Allí, estaba en su terreno nativo. Pero sus guardianes, tiritando en su capotes grises lamentablemente raídos, se arrastraban con sus torpes botas, tropezaban y se apartaban con aire aturdido del espantoso abismo que abría sus fauces allá abajo. A cada paso, se desprendía del acantilado una lluvia de pequeñas rocas, que caían volteando por los aires al barranco. En todos los desastres que narran los historiadores militares de las guerras caucásicas, nadie menciona los sufrimientos causados por el vértigo, que debía de hacerles desear la muerte a muchos hombres. Y los guardianes que escoltaban a Hadji Murad avanzaban lo mejor que podían. Finalmente, el sendero se volvió tan peligroso y los soldados rusos tropezaban tan a menudo, que el oficial a cargo de la tropa ordenó que ataran una cuerda alrededor de la cintura de Hadji Murad, esa cintura increíblemente angosta que caracteriza a los hombres del Cáucaso. Los soldados que lo precedían y seguían eran los encargados de sujetar la cuerda; en esa forma, tropezando o no, dominaban perfectamente a su prisionero. Por eso, tanto el oficial como ellos se adormecieron en una falsa confianza con respecto a su ligado cautivo. Pero cuando la fila llegaba al pliegue rocoso más alto y peligroso, Hadji Murad se volvió repentinamente hacia sus guardianes y aferrando la cuerda con su manos ligadas, se la arrancó a los scrprendidos soldados y liberándose, se lanzó de cabeza al abismo, arrastrando a uno de sus guardias. El sonido de la caída de ambos repercutió a través de los barrancos y las cumbres: los guijarros cayeron en avalancha detrás de ellos y luego las rocas con estruendosos ecos, hasta que, finalmente, reinó el silencio. Los soldados esforzaron la vista, pero no lograron ver a ninguno de los caídos. No había modo de buscar los cadáveres del prisionero o del guardia. ¡Era la voluntad de Dios! Se santiguaron con fatalismo.

Los soldados continuaron su camino algo más aliviados, entonando nostálgicas canciones de su país. Pero su oficial, temeroso de la censura que causaría su negligencia en el estado mayor, estaba abrumado. Su prisionero *debía* de haber muerto... No *podía* haberse salvado... Pero... ¿y si vivía aún? ("Esos hombres, al parecer, no saben cuando deben morir... No tienen la menor idea del decoro..."). La tropa llegó a Temir-Khan-Shoura, el oficial informó sobre el incidente, sufrió la inevitable reprimenda y, por fin, Hadji Murad fue incluído entre los muertos.

* * *

Pero la verdad era muy distinta: el cautivo había contado con la nieve para amortiguar su caída, cayendo en un ventisquero. Se fracturó

una pierna, se rompió varias costillas y se le hendió el cráneo. El soldado ruso había muerto instantáneamente. Acaso tanto daba, ya que no habría hallado ayuda entre los montañeses. Para asegurarse, Hadji Murad lo degolló, permaneció oculto hasta el anochecer y entonces logró arrastrarse hasta una granja perteneciente al aúl de Mansokha. Allí, se quedó escondido durante varias semanas, lo suficiente para tomar una decisión. Si los rusos eran capaces de tamaña deslealtad... de encadenar a un aliado a un cañón y de arrestarlo por una mera sospecha a causa de la denuncia de un enemigo, él había hecho mal en compartir su suerte... Volvería a su pueblo... a las montañas... ¡a Alá!... y al profeta... de Alá sobre la tierra, Shamyl.

Antes de que concluyera el invierno de 1840-41, Hadji Murad se había repuesto de su caída (aunque su pierna fracturada le dejó una cojera permanente) e hizo las paces con Shamyl. Las cartas que ambos cambiaron forman parte de una proclama que Shamyl distribuyó en todo el Daghestán, mientras nombraba a Hadji Murad su primer naib, gobernador de Tselmess, en la vecindad de Khounzak. Esto fue un golpe maestro: la gente que había comenzado a vacilar se levantó en armas ahora para seguir a Hadji Murad. Como los impresionaban las hazañas y las persecuciones de los rusos, Hadji Murad representaba, para ellos, una figura doblemente heroica y recobraron ánimos. Hadji Murad se dedicó a enardecer a los aúles más lejanos, minando la influencia rusa en las montañas y, naturalmente, la de su archienemigo Akhmet Kan de Mektoulee.

La traición o deslealtad de los rusos les había costado cara. Las montañas estaban en plena fermentación: grupos incursores se lanzaban sobre las fortalezas, reductos avanzados y ciudades con guarniciones, con increíble audacia. Algo después, un ex aliado, Kibit Magoma de Tilitl, abandonó a los rusos, llevándose a muchas tribus, todas las cuales se unieron a Hadji Murad. A las pocas semanas, el poder de Shamyl, como sus fronteras, se había triplicado. Tiflis comprendió que corría peligro y los inquietos comandantes rusos mandaron pedir grandes refuerzos al norte. Después de Shamyl, Hadji Murad era ahora el enemigo más peligroso de Rusia.

El general Klugenau, quien había advertido siempre la fuerza de Hadji Murad como aliado o enemigo, le hizo algunas insinuaciones para ganarse su confianza, pero sólo obtuvo rotundas negativas: el caudillo hasta se negó a tratar con los rusos. El Cuartel General del Zar en el Cáucaso se sintió muy inquieto. El general Golovin escribió:

"Nunca hemos tenido un enemigo tan peligroso y salvaje como Shamyl... Se ha rodeado de ciegos ejecutantes de su voluntad... Una muerte inevitable espera a todos los que suscitan la más leve sospecha de querer liberarse de su férula... Masacra sin la más leve consideración a los rehenes... La supresión de ese terrible despotismo debe ser nuestra primera preocupación".

Pero aunque los rusos comprendían lo grave de esta situación, poco

se lograba. Las escaramuzas diarias se trocaron en operaciones de mayor cuantía, pero ni las unas ni las otras tuvieron éxito en general contra semejante enemigo y en semejante país.

Durante los cinco años siguientes, Hadji Murad siguió siendo el héroe de las fuerzas de Shamyl. Batalla tras batalla, se ganó la mayor admiración y confianza de los múridas y del Imán. Sus proezas se recuerdan aún. Los rusos lo llamaban El Diablo Rojo: usaba una cherkeska carmesí, su barba era roja y toda su leyenda estaba impregnada en sangre y en audacia. Fue Hadji Murad el primero que herró a su caballo hacia atrás y desorientó así a sus perseguidores, efectuando una brillante serie de incursiones que no fueron contrarrestadas. Fue él quien sorprendió a la guarnición de Djengoutai y bajo sus propias narices, con las calles llenas de soldados, se fue con la viuda de Akhmet Khan, su enemigo de antaño. Pero solía exagerar su audacia. Había convertido en su concubina a la Kanum, pero ésta, además de ser la viuda de un enemigo, era la suegra de Daniel Beg, el sultán de Elisou que volviera a las filas múridas después de varios años de lealtad a Rusia. Shamyl no quería enajenarse su buena voluntad y le ordenó a Hadji Murad que dejara en libertad inmediatamente a la cautiva. Hadji Murad lo hizo de mala gana, porque era muy hermosa. El asunto causó resentimiento y odio en muchas partes.

La audacia y salvajismo de Hadji Murad culminaron en su correría a Temir-Khan-Shoura, el Cuartel General de las fuerzas rusas en el Daghestán. Se había enterado de que se efectuaría un baile en la casa del príncipe Orbeliani, el Comandante en Jefe; por lo tanto, decidió sorprender a las tropas y hasta planeaba capturar a los bailarines en plena algazara. Nunca había presenciado una de esas diversiones del oeste: tampoco estaba familiarizado, entonces, con ninguna de esas ciudades provistas de guarniciones que construyeran los rusos.

La noche era oscura y sin estrellas cuando él y sus hombres franquearon de un salto con sus caballos las barricadas y pasaron al galope junto a sus atónitos enemigos: Hadji Murad, cosa explicable, condujo a sus hombres al edificio más grande y profusamente iluminado que vio; pero éste resultó ser el hospital militar, donde los pacientes se atrincheraron en su pabellones, disponiéndose a combatir. A esta altura, los centinelas habían dado la alarma y la guarnición se lanzó a la lucha: los oficiales salieron corriendo del salón de baile blandiendo sus espadas y dejando a sus damas y a la asombrada orquesta en plena mazurka. Hadji Murad y sus hombres tuvieron que huir, pero como les habían puesto al revés las herraduras a sus caballos, lograron escapar y, aunque los persiguieron con bríos, no hallaron las huellas que llevaban a su escondite de la montaña.

En toda esta violenta acción nocturna, sólo había muerto un hombre, un asistente del hospital; pero el nombre de Hadji-Murad asumió las proporciones de un ogro y se propagó la leyenda de que había ma-

tado a todos los heridos del hospital y hecho tajadas de sus carnes para preparar un plato típico caucasiano, dejando los trozos asados sobre las largas mesas de la cocina, para que, al volver, los rusos creyeran que los múridas habían sido sorprendidos durante la cena y huído y comiesen los restos del festín, sin imaginar que devoraban la carne de sus propios camaradas. Esta horripilante historia alcanzó mucho crédito entre los rusos; y aunque el Estado Mayor, el Virrey y el propio Zar sabían que era falsa, nadie la negó con mucha energía, ya que Hadji Murad era una figura tal que cada una de sus hazañas se convertía en una leyenda. Era preferible que lo aborrecieran en vez de admirarlo; pero, evidentemente, una audacia tan desesperada se ganó por igual la admiración incondicional de los soldados rusos y la de los montañeses.

En 1850, Hadji Murad penetró en la Georgia oriental y masacró a toda la guarnición de Barbaratmiskaia, y pocos meses después, con quinientos jinetes, hizo otra de sus repentinas correrías nocturnas al rico aúl de Bouinakh, mató al sheik, hermano del shamkal de Tarkou, en su propio lecho y se llevó a su esposa y a sus hijos. Con los cautivos que gritaban atravesados sobre los arzones de sus caballos, El Diablo Rojo y sus hombres recorrieron ciento sesenta kilómetros en un día y una noche y, después de zafarse de sus perseguidores, lograron unirse a Shamyl en las montañas con esos valiosos rehenes, por cuya devolución Shamyl pudo obtener grandes sumas de dinero que le sirvieron para comprar nuevos fusiles, municiones y otros materiales bélicos que necesitaba desesperadamente.

Un hombre como Hadji Murad, un guerrillero de tan temeraria audacia, tenía que provocar no sólo admiración sino también envidia entre los múridas. Antaño, sus enemigos y rivales lo habían calumniado ante los rusos: ahora, otros lo acusaron ante Shamyl. Esas acusaciones confirmaron los recelos del Imán. Hadji Murad se volvía demasiado poderoso, demasiado altanero. Si mataban a Shamyl, no cabía duda acerca de quien sería el nuevo caudillo de los múridas. En 1851, Shamyl proclamó su heredero a su segundo hijo, Khazi Mahommed; hacía doce años que le habían arrebatado a Djemmal-Eddin, en Akhulgo. Doce años de amargura: nunca había logrado conseguir un rehén suficientemente valioso para usarlo de base para una negociación (ni siquiera el príncipe Ellico Orbeliani, quien afrontó friamente a un pelotón de ejecución, pero no quiso oír hablar de rescate). Shamyl había terminado por creer que nunca volvería a ver a su primogénito y por lo tanto proclamó sucesor suyo a Khazi Mahommed.

Cuando Hadji Murad se enteró, se mostró furioso.

—¡La espada demostrará quién será el sucesor de Shamyl! ¡Sólo la espada!

Shamyl, al enterarse de la insolencia de su naib, lo privó de su jerarquía y le ordenó que devolviera todo su botín de guerra. Pero

Hadji Murad, quien era entonces el amo despótico del aúl de Batlindge, replicó:

—¡Que Shamyl venga a quitarme con su espada todo lo que he conseguido con mi espada!

Esto era una rebelión, y Shamyl partió para poner en vereda a su altanero lugarteniente. Pero antes de que se trabaran en lucha, intervino un grupo de poderosos *mollahs* e indujo a ambos a que se entendieran: las guerras intertribales debilitarían más que nada a las fuerzas múridas. Por lo tanto, Shamyl y Hadji Murad decidieron, por el momento, olvidar su conflicto personal.

Pero Shamyl sabía ahora que ya no podría confiar en Hadji Murad y citó a sus naibs a una reunión secreta en la cual éste fue condenado como traidor. Así como creyeran antaño los rusos un cargo contra Hadji Murad, ahora le convenía a Shamyl creer en los rumores que circulaban sobre su traición. Sí, era necesario matarlo, admitieron los naibs, quienes nunca discutían la opinión de su Imán.

Pero un naib desconocido obró en forma independiente y le previno a Hadji Murad a tiempo. Nuevamente, éste se sintió perplejo y furioso, como cuando los rusos se volvieran contra él. Pero ahora no les dio tiempo a sus enemigos de amarrarlo a un cañón. Huyó, acompañado por cuatro de sus múridas más devotos, y, dirigiéndose entre las sombras de la noche a la fortaleza rusa más próxima, se entregó al comandante, el príncipe Simón Voronzov, hijo del Virrey.

Tolstoi nos ha dejado un relato sobre la vida de Hadji Murad y su fin, narrado con su estilo maravilloso, a un tiempo minucioso y simple. Obtuvo muchos hechos de los archivos militares y del propio relato de su vida por Hadji Murad, recogido por el conde Loris Melikov, uno de los oficiales del Estado Mayor de Voronzov, quien hablaba con fluidez el tártaro y pudo anotar todo lo contado por el guerrero.

Resulta interesante observar que, en sus relatos del Cáucaso, Tolstoi usa sin cesar las palabras "alegre" y "sereno" para pintar a los montañeses, sobre todo a Hadji Murad y sus hombres. Un rostro sonriente y una mirada tranquila, en Hadji Murad: una voz alegre, una especie de sana calma, en los jóvenes montañeses. Repetidas veces, insiste en esa alegría casi inocente (nacida sin duda de una conciencia tranquila) hasta que adivinamos el sencillo magnetismo animal de esos hombres, tan lejanos de los oficiales rusos, cínicos y refinados. Y también, adivinamos la oscura fuerza de Shamyl, que cavilaba detrás de todo, como una misteriosa y satánica majestad entronizada entre sus cumbres.

* * *

El príncipe Simón Voronzov se sintió encantado de obtener sin ningún esfuerzo tan espléndida presa y envió a Hadji Murad a Tiflis sin demora. Al llegar a la capital, el caudillo fue acogido con grandes muestras de consideración, aunque, en realidad, desconfiaban mucho

de él. El Virrey lo protegió con su frialdad y cortesía usuales. Pusieron a su servicio a un intérprete y un edecán, y también una calesa, con caballos y palafreneros. Era una jaula de oro. Los sicofantes de salón que rondaban la corte virreinal miraban con asombro a aquel ser varonil, de ojos oscuros e inescrutables. Para ellos, era una rareza. Por primera vez, Hadji Murad se hallaba entre el brillante oropel de Occidente: los oficiales del estado mayor con sus brillantes uniformes, sus mujeres con sus rizos y crinolinas y que ostentaban su busto, preguntándole si le gustaba todo lo que veía: ellas, el baile, la cena, la ópera... Para las damas, aquel legendario caudillo de guerrilleros era un animal salvaje que domarían con caricias. Pero aquella figura silenciosa y digna nunca parecía perpleja, ni desorientada, ni próxima a caer en la trampa de sus seducciones. Hadji se ponía la mano sobre el corazón, se inclinaba a la manera ritual y hablaba con las tradicionales metáforas musulmanas. Pero era evidente que sus pensamientos estaban en otra parte. Ni siquiera la ópera italiana lo atrajo. Contempló la mayor parte del primer acto sin pestañear y luego salió silenciosamente dando grandes pasos, mientras todos los ojos estaban clavados en él, de modo que el Virrey, en el palco real, y aún la soprano, quien había logrado emitir un do agudo se sintieron defraudados.

No, aquello no era lo que veía en su país, admitía cortésmente Hadji Murad, mientras observaba con sus enigmáticos ojos negros, llenos de infantil candor, los rutilantes salones del palacio virreinal. Estos eran un soberbio engarce para el fausto de los Voronzov, con sus columnatas de mármol, sus gigantescas arañas de cristal y su mobiliario dorado. Adondequiera miraba, Hadji Murad veía a grupos de mujeres u oficiales que murmuraban, y que siempre, lo sabía, hablaban de él. Lo trataban como a un huésped honorable, según decían; pero tanto él como ellos sabían que era un cautivo. Se trataba de una especie de custodia protectora, manifestó Voronzov cuando Hadji Murad empezó a pedir que le dieran libertad y medios para tomar las armas contra Shamyl. En vano le pidió al Virrey hombres y cañones. Le garantizaba que sublevaría a todo el Daghestán contra los múridas. En vano pidió que lo dejaran ir al Tselmess, donde Shamyl tenía prisioneros a su esposa y a sus hijos. Lo consumía la ansiedad. Sabía cómo trataba Shamyl a sus prisioneros.

Día tras día le postergaban una respuesta franca con charlas vanas y vagas promesas. Pronto, en la semana próxima, decían los edecanes, al conducirlo afuera del gabinete del Virrey... Hadji Murad debía comprender que aquel período de inactividad forzada... aquella custodia protectora, en realidad, lo salvaba de la venganza de Shamyl... Un poco más de paciencia, le decía el intérprete. Todo saldría bien. Se estaba proyectando una nueva ofensiva de grandes proporciones contra el Imán y entonces se le presentaría su oportunidad. Le darían el comando de un regimiento. Podría saldar cuentas con Shamyl en persona. Pero no le hablaban para nada del rescate de su familia: día tras

día, el ardimiento de Hadji Murad era enfriado con frivolidades y postergaciones. Todos los días, aquella figura llegaba cojeando al palacio, esperaba con sombría dignidad en la antesala del Virrey y hablaba con todos los escribientes y funcionarios de menor cuantía para obtener una audiencia, mientras él, el bravío combatiente, el hombre audaz, esperaba... sin saber cuál era la suerte de su familia y si, como decían, Shamyl le había vaciado los ojos a su hijo.

II

En una carta fechada el 23 de diciembre de 1851, Tolstoi, en el Cáucaso, le escribe a su hermano Sergei, quien está en el norte: "Si quieres jactarte de haber recibido novedades del Cáucaso, puedes anunciar que el segundo personaje múrida después de Shamyl, un tal Hadji Murad, se acaba de entregar al gobierno ruso. Era el mejor guerrero y jinete de toda la Chechnia, y con todo cometió esa vileza".

Puede verse, pues, que Tolstoi, no sólo en su relato sobre Hadji Murad sino también en su correspondencia privada, consideraba una bajeza que un naib ávaro se pasara a los rusos, en vez de parecerle esto un acto de humildad civilizada como a la mayoría de sus contemporáneos; para éstos, los montañeses eran unos salvajes que sólo podían salvarse por intermedio del trono virreinal.

Y mientras tanto, Hadji Murad seguía sentado silenciosamente entre los invitados del Virrey y pensando que en las montañas, en un fétido foso, a tres metros de profundidad, se estaba pudriendo su hijo, acaso cegado y olvidado. En algún aúl de la montaña, su familia era el rehén de Shamyl y su suerte pendía de un cabello, mientras que él tenía que estar sentado junto a la mesa virreinal, saboreando suflés y golosinas. Pero... ¿y si cambiaba todo eso por la protección prometida por Shamyl...? Desconfiaba de las reiteradas cartas que le seguía enviando el Imán, ofreciéndole perdonarlo y devolverle su grado con todos los honores, Shamyl se mostraba muy ansioso de tener nuevamente a su lado a su primer naib. Demasiado ansioso, pensaba Hadji Murad. ¿Volvería a las filas múridas sólo para encontrarse con su familia asesinada y su propia muerte decretada? A veces, al anochecer, una figura arrebujada en una capa penetraba furtivamente en el Cuartel General ruso para informar sobre los sucesos del Daghestán, donde los fieles parciales de Hadji Murad habían prometido reunirse para hacer una incursión al aúl de Shamyl y liberar a la familia de su caudillo.

—Que lo hagan —les decía cínicamente Voronzov a los oficiales del estado mayor—. Aunque no consigan matarlo (se refería a Shamyl) habrá grandes pérdidas para ambas partes. Serán otros tantos tártaros menos. *Tant mieux!*

Y los oficiales se encogían de hombros y seguían jugando a los naipes y bebiendo vino del Rin y agua de Seltz.

Pero no se concretaba nada y Hadji Murad sabía que las terribles amenazas de Shamyl habían intimidado hasta a sus ávaros. Estaba acorralado, ya que no podía convencer de su sinceridad a los rusos. Insistía en que le dieran hombres y armas para sublevar al Daghestán, pero los oficiales del Estado Mayor consideraban que esto sería una locura y lo mismo opinaba Voronzov. Algunos querían verlo lejos de allí, relegado a Siberia; a otros, les causaba resentimiento la generosidad con que lo trataban; a otros más, los hostigaba la envidia al ver cómo les interesaba Hadji Murad a las mujeres. Aquel individuo de aire romántico provocaba a un tiempo piedad y temor, una mezcla irresistible para el bello sexo. De modo que a Hadji Murad lo cuidaban celosamente, como un objeto en exhibición en el séquito del Virrey, mientras las damas lo seguían, suspirando; y pasó diciembre y llegó enero y empezó la primavera y nada se había hecho aún.

III

Los Voronzov vivían con un lujo extraordinario. Después de la familia imperial la suya era la primera del país, y los honraban aunque no siempre inspiraran simpatía. La envidia influía sobre la actitud de la mayoría de los aristócratas, pero a los Voronzov los amaba el pueblo, quien aceptaba su superioridad y no sentía resentimiento, como la nobleza, cuando se veía obligada a permanecer de pie en su presencia, salir de un salón después de ellos y sentarse mucho más lejos de la cabecera junto a una mesa. El tren de vida de los Voronzov era propio de reyes, sea en la capital, en Tiflis o en Odesa, donde su palacio, construido en el estilo imperial ruso, por Zaharov, arquitecto de la marina, tenía el piso más hermoso de Rusia. Trescientos lacayos, con la librea carmesí y blanca de los Voronzov, atendían a sus necesidades. Sus cenas diarias eran banquetes de veinte o más platos y jamás contaban con menos de cincuenta invitados; aunque no llegaban tan lejos como el príncipe Yussupov, quien obsequiaba a sus huéspedes con un ballet de varios centenares de siervas desnudas.

La princesa, cuyos encantos, a los cincuenta años, apenas eran menores que a los veinticinco, edad en que, como se recordará, Pushkin la había amado hasta el sufrimiento, tenía modales suaves y hechiceros y estaba siempre alerta para lanzar nuevos temas de conversación cuando se producían pausas embarazosas, cosa frecuente en aquella sociedad políglota, en que los generales estaban sentados con aire torpe y sonrojados junto a beldades georgianas. Por su parte, el príncipe sabía desorientar a los invitados abandonando bruscamente las bellas artes para hablar con dominio del tema, hasta con pasión, de los nuevos estratos de carbón que estaba explotando en Imerecia; o les mostraba especímenes de algodón con que experimentaba en Guriel.

—No es tan bueno como el norteamericano —decía, con aire pesa-

roso, pero seguía describiendo las excelencias del carbón imereciano, que usaban en los barcos del Mar Negro, y también en los fuertes de la frontera turca, donde escaseaba la leña, según explicaba.

Pero, por desgracia, todos los tesoros de los Voronzov, toda su suntuosidad, el Aloupkha y otros bellos palacios, compartían la suerte que corrió la mayoría de las casas de alcurnia durante la revolución.

Mientras tanto, faltaban pocos días para la terrible y heroica muerte que le esperaba a Hadji Murad. Aquel vigoroso cuerpo que se erguía tan altivamente entre los invitados, debía yacer pronto en un claro del bosque acribillado de plomo y acuchillado por los sables y aquella cabeza tan reacia a inclinarse estaba predestinada a ser metida en una bolsa y enviada a San Petersburgo.

* * *

Finalmente, Hadji Murad comprendió que las corteses postergaciones de Voronzov eran deliberadas, una técnica diplomática para eludir el problema. Cuando llegara a Tiflis el general Argutinsky, en el verano, podría discutirse sobre una ofensiva en gran escala, en la cual intervendría Hadji Murad; pero éste resolvió ahora no contar para nada con las vagas promesas rusas y alejarse de la asfixiante vida de Tiflis. Pidió que lo dejaran vivir en Noukkha, un pueblecito musulmán cercano, donde le sería más fácil, afirmó, negociar con sus parciales ávaros y consagrar sus horas libres a la plegaria y a la meditación, únicas tareas que podían servirle de apoyo en su terrible trance. Lo que, para Hadji Murad, era la crisis más grande de su vida, ya que sus familiares servían de rehenes y sus vidas dependían de la actitud del caudillo con los rusos, apenas significaban para éstos una de sus muchas maniobras políticas. Al Virrey le estaba fastidiando ya la grave figura que rondaba su palacio y le permitió partir. A Hadji Murad lo acompañaban cinco de sus parciales múridas y una pequeña guardia cosaca comandada por dos oficiales, alojados en la misma casa que él y sus hombres. Esa casa estaba cerca de la mezquita y el caudillo se pasaba allí la mayor parte de su tiempo rezando. Las noticias que le traían los tribeños del Daghestán no eran alentadoras. Nadie se atrevía a efectuar una incursión contra Vedin, el aúl de Shamyl, donde estaba prisionera la familia de Hadji Murad. El Imán había amenazado con terribles torturas al que se atreviera a ayudarles. Nadie sabía qué suerte había corrido el hijo de Hadji Murad.

De pronto, éste tomó una decisión. Las plegarias habían fracasado: tanto las dirigidas a Alá como las destinadas al Sirdar del Zar Blanco quedaban sin respuesta. Había llegado la hora de la acción. Huiría de sus carceleros a Vedin, reuniendo a sus prosélitos por el camino e irrumpiría a través del cordón defensivo de Shamyl, sorprendiendo al aúl en una de sus célebres correrías. Se llevaría a los prisioneros o moriría en la intentona. La vida, el poder y los favores no tenían valor frente

a las vidas de aquéllos a quienes amaba tan entrañablemente. Hablando el gutural dialecto chechén, muy difícil de comprender para los guardias agolpados en el patio al pie de su ventana, Hadji Murad les bosquejó su plan a sus hombres y todos ellos se pasaron el resto de la noche cebando sus pistolas y afilando sus kindjals. Antes del amanecer, rezaron. Cuando aparecieron las primeras claridades del día, Hadji Murad le comunicó al oficial de guardia que quería dar un paseo a caballo. A ningún montañés se le podía impedir cierta aparente libertad de movimientos, salvo que estuviera encadenado. El oficial estaba habituado a las cabalgatas diarias de Hadji Murad y ordenó simplemente que los acompañara una guardia de cinco hombres. Los caballos fueron ensillados por los cosacos que gruñían y bostezaban y el pequeño grupo salió al trote de la ciudad: el rumor de los cascos caballares era ahogado por las densas nieblas matinales en que desaparecieron. Hadji Murad iba a la cabeza y hostigó a su caballo hasta lanzarlo al galope y sus hombres lo siguieron, hasta que, de pronto, se lanzaron vertiginosamente hacia las lejanas montañas, inclinados sobre los pescuezos de sus caballos. Las águilas habían volado.

Un sargento ruso, quien creía estar a cargo de la expedición, les gritó que se detuvieran: hostigó a su caballo y comenzó a acercarse a ellos. Entonces, comprendió que huían. Aquello no era un temprano paseo matinal, sino una fuga bien planeada. Buscó a tientas su pistola, gritándoles a sus soldados que lo siguieran. Cuando alcanzaba a Hadji Murad, el montañés se volvió y, después de apuntar tranquilamente, le disparó un balazo en el corazón. Cuando los cosacos alcanzaron a su camarada muerto, los cinco múridas giraron bruscamente sobre sí mismos y se lanzaron sobre ellos, acuchillándolos con sus shashkas de una manera tan inesperada que los atacados no atinaron a defenderse. Al caer de sus sillas los cosacos, los pisotearon sus propios caballos, quienes huyeron a gran velocidad resbalando por momentos en la sangre que saltara a chorros dondequiera. Después de haberse apoderado de las municiones del sargento, los múridas galoparon hacia la línea de montañas que ahora surgían, magníficas y lejanas, de las bajas nieblas que se cernían aún a través del valle.

En Noukka, algunos campesinos asustados que acudieran corriendo a la ciudad habían dado la alarma. El oficial de guardia ansió que se lo tragara la tierra: el hecho de que se le escapara semejante prisionero ante sus propias narices le costaría su cargo, sino la vida. Prefería no pensar en el informe que le presentaría al Virrey. Después de haberse quedado un rato con la cabeza entre las manos y pensando en escribirle una carta a su esposa y luego suicidarse, perdió totalmente el valor y encargó su coche, con el cual se lanzó a Tiflis a temeraria velocidad, acelerando su propio fin, Pero el coronel Kurganov, comandante de la ciudad, era un hombre de otro temple y, sabiendo que los desfiladeros de las montañas estaban bien custodiados, partió con un nutrido cuerpo

de soldados para buscar las huellas de los fugitivos. Calculaba alcanzarlos al pie de las colinas; y así fue.

Las caucasianos había perdido mucho tiempo avanzando a tumbos por la ciénaga de un arrozal; y cuando lograron salir de allí, ya era el mediodía y no los protegía la niebla. A su alrededor, un sol brillante centelleaba sobre los valles y las montañas, señalando cada árbol, roca y arroyo con peligrosa nitidez. Hadji Murad juzgó más prudente permanecer oculto en un bosquecillo cercano hasta el anochecer, y ganar entonces las montañas inadvertido. Pero mientras los fugitivos maniataban a sus caballos y ejecutaban sus abluciones y plegarias usuales del mediodía (cada múrida llevaba una cantimplora con agua en su alforja con ese solo fin, porque no se podía ni pensar en omitir el ritual), la tropa del coronel Kurganov se encontró con un viejo que le dijo haber visto a un grupo de cinco múridas que entraban a un bosquecillo... Era uno de esos encuentros aparentemente casuales que, sin embargo, cambian el curso de la historia. Si Hadji Murad hubiese logrado escapar, habría podido encontrarse con Shamyl y derrotarlo y el derramamiento de sangre en el Cáucaso se habría abreviado en varios años; también se hubieran evitado los meses angustiosos soportados por las dos princesas, que a su vez debían provocar la triste suerte de Djemmal-Eddin quien pagó su libertad con su vida.

Pero el destino llevó a aquel viejo a ese camino, para que lo interrogaran los intérpretes de Kurganov y, al cabo de una hora, las tropas habían rodeado el bosque y Hadji Murad y sus cinco hombres se vieron atrapados y superados numéricamente en una proporción de cien a uno. La partida se había acabado y así lo comprendieron los fugitivos. Pero ninguno de ellos habló de rendirse. Mientras los oficiales rusos les gritaban que se rindiesen se dispusieron a ofrecer su última resistencia. Ni a ellos ni a sus caballos los capturarían vivos. De acuerdo con su tradición tribeña, los múridas degollaron a sus caballos, formando un baluarte con sus cadáveres, cavaron una trinchera con sus kindjals. Ahora, los rusos se acercaban arrastrándose y empezaban a disparar. A cada tiro, los caucasianos respondieron con otro. Tenían reputación de ser tiradores de mortífera puntería, sobre todo si podían apoyar sus fusiles sobre el retorcido trípode de ramas que usaban generalmente. Ahora, dispararon economizando proyectiles; mientras les duraron las municiones, cada bala derribó a un hombre y los rusos retrocedieron.

Poco después, a éstos se les unieron numerosos tribeños renegados que, al enterarse de la batalla, bajaron de las colinas, deslizándose ágilmente como chacales ávidos de matar: Hadji Murad les infundía terror desde hacía tiempo. Entre ellos, figuraba el hijo de su viejo enemigo, Akhmet Kan de Mektoulee. Las nuevas intimaciones de que los cercados se rindieran fueron contestadas con tiros. Cuando se acercaron los quinientos atacantes, pudieron oír que los múridas entonaban su

canto de muerte ritual, lúgubre y glorioso. Hadji Murad y sus hombres desenvainaron sus shashkas: sus municiones se habían agotado virtualmente, pero les quedaban sus aceros. Dos de los múridas, alcanzados por sendos balazos, murieron silenciosamente junto a su jefe. Una bala hirió en el hombro a Hadji Murad y cubrió la herida con algodón tomado del forro de su *beshmet*. Otra bala le perforó el costado e hizo lo mismo. He aquí la maravillosa descripción de Tolstoi de su fin:

"La herida del costado era mortal y Hadji Murad sintió que sus minutos estaban contados. Los recuerdos e imágenes se sucedieron en su imaginación con extraordinaria rapidez. Vio al vigoroso Abu Noutzal Kan, daga en mano y sujetándose la mejilla colgante mientras se abalanzaba sobre su enemigo; luego vislumbró al débil y pálido virrey Voronzov, con su rostro blanco y astuto y oyó su suave voz; después, evocó a su hijo Yusuf, su esposa Sofiate y el rostro pálido y la roja barba de su enemigo Shamyl, con sus ojos entornados. Todas estas imágenes desfilaron por su mente sin suscitar en él ningún sentimiento: ni piedad, ni ira, ni ninguna clase de deseos; todo parecía tan insignificante en comparación con lo que estaba empezando, o había empezado ya en él.

Con todo, su recio cuerpo continuó la obra comenzada por Hajid Murad. Reuniendo sus últimas fuerzas, se levantó detrás del terraplén, apuntó con su pistola a un hombre que corría contra él y lo hirió. El hombre cayó. Entonces, Hadji Murad salió de la zanja y cojeando dificultosamente, avanzó puñal en mano contra el enemigo. Sonaron varias detonaciones y se tambaleó y cayó. Varios milicianos, con triunfantes gritos, se precipitaron hacia el cuerpo caído. Pero aquel cuerpo, que parecía muerto, se movió repentinamente. Al principio, se irguió la cabeza desnuda, sangrante, rasurada; luego, el cuerpo mismo, cuyas manos se aferraban al tronco de un árbol. Su aspecto era tan terrible que los que corrían hacia él se detuvieron bruscamente. Pero, de pronto, a Hadji Murad lo estremeció un escalofrío, se alejó tambaleándose del árbol y cayó de cara al suelo... No se movía ya, pero se sentía, aún."

* * *

El caudillo se quedó tendido, con los ojos brillantes todavía mirando el cielo matinal, hasta que el joven Akhmet Kan lo decapitó y los demás se reunieron a su alrededor para apuñalear y asestarle puntapiés al cadáver que yacía en su charco de sangre, sobre la hierba pisoteada. Nadie podría decir donde fué sepultado.

El Virrey había vivido algunos momentos desagradables desde que se enterara de la fuga de Hadji Murad. Sería realmente desagradable tratar de explicárselo al Emperador... Pero todo había sido para bien y Voronzov, siempre caballeresco con un enemigo caído, le rindió un homenaje de despedida:

"Así murió Hadji Murad el 24 de abril de 1852, como había vivido,

con desesperada valentía. Su ambición era tan grande como su coraje y éste no tenía límites".

En cuanto a la cabeza, Voronzov la exhibió en el hospital militar de Tiflis, "para tranquilizar al público". Más tarde la embalsamaron, haciendo un trofeo de batalla digno de ser depositado a los pies del Emperador.

21

EL NORTE

"Tiempo que conseguir y tiempo que perder; tiempo que conservar y tiempo que derrochar. Tiempo para amar y tiempo para odiar: tiempo de guerra y tiempo de paz."

EL ECLESIASTÉS.

Habían pasado trece años desde que trajeran a San Petersburgo al hijo de Shamyl, Djemmal-Eddin, entonces un pequeño salvaje cautivo. Esos trece años habían visto resurgir a su padre, como un ave fénix, de las cenizas de Akhulgo, para sentarse a horcajadas sobre el Cáucaso como un coloso contra el cual habían arrojado a sucesivas oleadas de tropas rusas que se vieran forzadas a retroceder: también vieron transformarse al niño prisionero de salvaje aguilucho en un joven oficial taciturno y meditativo, el corneta príncipe Djemmal-Eddin Shamyl, apasionadamente devoto a su patria adoptiva, y, más que nada al Zar, en el cual concentrara toda la lealtad e idealismo de su temperamento. Había terminado por considerarse ruso; todo su pasado estaba olvidado, ya no recordaba el Cáucaso, a su padre, a su familia, el idioma que ésta hablara o su niñez en el aúl. En alguna parte en un pasado con vaguedad de sueño, recordaba aún las mezquitas y el ritual de su religión. Nadie había tratado de convertirlo en un adepto de la Iglesia Ortodoxa; en materia de religión, lo dejaron, simplemente en paz. Probablemente, el Zar calculaba que su rehén le sería más útil como musulmán, cuando le llegara el día de cumplir el destino para el cual lo modelara él, el Zar. Nicolás quería que Djemmal-Eddin fuese su vocero en el Cáucaso, llevándoles cultura a los montañeses sojuzgados y facilitando la imposición final de la férula rusa.

Aunque Shamyl, a esta altura, se había convertido en una palabra familiar en el norte, en un ogro en cuyas voraces fauces desaparecían cada año muchos miles de Ivanes, Selifanes y Grischas, para no volver jamás, seguía siendo una figura heroica, de modo que Djemmal-Eddin sen-

tía aún cierto orgullo lejano e impersonal al pensar en su origen. Pero no era el hirviente orgullo del "Aiglon", fomentado por la frustración, ávido siempre de la herencia paterna y que sufría una solitaria y amarga prisión entre extraños. Toda la manera de enfocar la vida de Djemmal-Eddin, todas sus creencias e intereses, se identificaban ahora con Rusia: lo veía todo con los ojos de los jóvenes oficiales de la guardia que estaban en la corte y entre los cuales se criara. Las convicciones y esperanzas de esos jóvenes eran las suyas. Compartía su creencia de que el Cáucaso debía ser gobernado por los rusos, de que al integrar el Imperio, ese país cumpliría gloriosamente su destino. Cada nueva batalla, cada acto de barbarie informado desde el Cáucaso no sería la obra de su raza ni la ejecución de las órdenes de su padre, sino el terrible precio de aquella justa guerra. No culpaba a los montañeses por su resistencia: deseaba que aprendieran el sentido de la verdadera civilización, la esencia de ese otro mundo occidental. Creía que la férula rusa les traería la paz, la justicia y la prosperidad. Había aprobado brillantemente sus exámenes militares: pero el Zar, quien lo nombrara para integrar la escolta imperial, no quería que Djemmal-Eddin combatiera contra su propio pueblo. Tenía otros planes para él. Más tarde, cuando concluyera el derramamiento de sangre, el joven hallaría su lugar allí. Como hijo de Shamyl y peón en el tablero del Zar, sería un virrey perfecto.

Con ese fin en vista, sin duda, se afirma, Nicolás destruyó un idilio entre Djemmal-Eddin y una princesa rusa. El joven parecía estar muy enamorado. Le había pedido permiso al Zar para casarse. Pero el monarca se mostró absolutamente franco y cínico.

—Puedes tener todas las mujeres que quieras; pero no pienses en casarte. Por lo menos, con una rusa.

Nicolás se mostró inexorable. Djemmal-Eddin debía quedar en libertad de casarse con la hija de algún gobernante local. Esto aseguraría su aceptación por las tribus. Así, eterno instrumento y prisionero, Djemmal-Edin vio sacrificados su amor y toda su vida a intereses ajenos. Pero no se quejó: su devoción por el Zar siguió siendo inconmovible. Lo destinaron al regimiento de ulanos del gran duque Miguel acantonado en Varsovia y dividió su tiempo entre la corte virreinal de Varsovia y el Palacio de Invierno. Y su vida, por eso, parecía tan vacía como la de sus camaradas. Pero quizás no fuese así. Djemmal-Eddin, además de resultar una figura enigmática en la corte, tenía su faceta de estudioso: hablaba varios idiomas, estudiaba astronomía, se dedicaba a la música y le gustaba pintar. Además de esos dones, era un consumado jinete, como todos los caucasianos; pero, a diferencia de ellos, sus hermosas facciones morenas tenían un aire extrañamente soñador; la dulzura había reemplazado el aire duro de los ávaros. Parece haber logrado un difícil equilibrio de popularidad, ya que no sólo soñaban con él las damas, sino que también lo miraban con afecto y respeto sus compañeros de la oficialidad. A diferencia de muchos de los príncipes asiáticos que llegaron a la corte, rara

vez usaba indumentaria nativa, rehuía hasta la cherkeska, que le daba a un hombre tanta gallardía, y prefería el uniforme ruso, como si simbolizara su total conversión al Occidente. Sólo sus ojos algo melancólicos, inquisitivos, sesgados y su negra cabellera, esa cabellera oscura, tupida y lustrosa tan propia de los asiáticos que parece un plumaje más que un cabello, revelaban aún su origen.

Pertenecer a la jerarquía militar privilegiada era la suma total de la vida de un joven. Quedarse en el campo, en las propiedades de la familia, era algo insoportablemente provinciano; ingresar al ministerio de Relaciones Exteriores o a alguno de los otros ministerios era *bien vu*, pero no aportaba el prestigio propio de la carrera militar. La vida intelectual, encarada franqueando las puertas de la universidad, era inconcebible; y en 1839, la férrea mano del Zar había descendido sobre Kiev para suprimir la Universidad de San Vladimiro, donde el débil hálito de una conciencia liberal entre los estudiantes había sido condenado como una peligrosa tendencia revolucionaria. El Zar no había olvidado a los decembristas. En realidad, no debía olvidarlos jamás. De día y de noche, el capote militar que usara al salir a caballo para enfrentarse con ellos, había quedado a su lado en sus habitaciones del Palacio de Invierno y estuvo sobre su cama cuando yacía moribundo.

En las memorias del príncipe Pedro Kropotkin, el revolucionario, se habla de los jóvenes y aristocráticos alumnos del Cuerpo de Pajes —el Eton de las escuelas militares— donde una atmósfera de rígida disciplina militar era atenuada por muchos privilegios y distracciones mundanas. Los jóvenes compartían la vida de la capital asistiendo con regularidad a la ópera y a la corte. San Petersburgo estaba entonces dividido, dice el príncipe, en dos bandos, el de la ópera italiana y el de la francesa, que libraban duelos sobre sus respectivos méritos. Al Cuerpo de Pajes le daban palcos, que atestaban luciendo sus brillantes uniformes con trencillas de oro. En cierto modo, afirmaba el príncipe Kropotkin, a la ópera la estaban vinculando al movimiento extremista: los "recitativos" revolucionarios de "I Puritani" y "Guillermo Tell" los acogían siempre con una tempestad de aplausos, que no armonizaban estrictamente con su sentido musical.

La ópera rusa, tal como se la conoce hoy, esas obras maravillosas como "Kitej", "Boris Godunov", "Russalka", "Evgueni Oneguin", o "El príncipe Igor", sólo se escribirían diez o veinte después, pero ya germinaban en los espíritus de sus futuros autores; el joven Rimsky Korsakov se disponía a iniciar su vida como cadete naval; Mussorgsky, cadete de guardias, tocaba ya con donaire el piano ante un círculo de jóvenes y admirativas damas; pero no había el menor indicio aún de esas grandes arias con las que Boris vive y muere; Dargomyjsky, estaba deprimido por el fracaso de su primera ópera, "Esmeralda", en 1847, pero trabajaba tenazmente en "Russalka", que sólo concluyó en 1855; Tchaikovsky, un niño nervioso que luchaba con sus padres empeñados en desalentarlo (con-

sideraban a la música una influencia poco saludable) y sin maestros, improvisando, dedicando un vals a su institutriz, ingresaba de mala gana a la Escuela de Jurisprudencia en 1852; Borodin estudiaba química y otras ciencias en la Academia de Medicina y Cirugía, pero además se concentraba en el arte de la fuga, concurriendo a ensayos de un cuarteto de cuerdas de aficionados, para lo cual recorría a pie diez kilómetros, chapaleando a través del barro y la nieve, porque no tenía dinero para alquilar un coche. "El príncipe Igor" sólo se publicó en forma póstuma, en 1888. Desde el punto de vista musical, los primeros años de la década 1850-60 en Rusia fueron un momento de transición. "La vida por el zar", de Glinka, que tanto le gustaba a Nicolás, estaba resultando ya un poco anticuada entre algunos de los nuevos representantes de la "inteligentzia".

Djemmal-Eddin, a diferencia del príncipe Kropotkin, no criticaba a la monarquía o al régimen ni se dejaba hechizar por las posibilidades de las máquinas de mejorar las condiciones de trabajo en las fábricas y las vidas de los obreros, como el Príncipe. Para él, toda Rusia era maravillosa y la civilización estaba en plena floración en aquellos momentos en San Petersburgo. No conocía la síntesis hecha por Turgueniev desde el estratégico baluarte de un salón parisiense, ni hubiera podido creer en ella: "Lo malo de nosotros los rusos es que el tártaro está tan cerca de nosotros. Somos todavía un pueblo a medias bárbaro. Nos hemos puesto guantes de cabritilla parisienses en vez de lavárnoslas. Tan pronto hacemos una reverencia y decimos frases corteses como azotamos a nuestros criados."

* * *

Mientras tanto, los jóvenes aristócratas de San Petersburgo, Djemmal-Eddin entre ellos, seguían viviendo la vida rumbosa propia de su clase: jugando a los naipes, disputando carreras de caballos con obstáculos, haciendo el amor y formulándoles exigencias en sus uniformes a los sastres de los regimientos. Esos uniformes eran particularmente espléndidos entre los oficiales de la guardia.

Pero los demás regimientos no se quedaban atrás en punto a esplendor. Las cenas del cuartel eran especialmente refinadas. Los *chefs* franceses de cada regimiento competían entre sí para producir obras maestras. El Tokay era el vino de moda y de buen tono, siendo importado a alto precio de Hungría. A ciertos peces los hervían en champaña para hacer la sopa. Y la ronda de los placeres incluía los bailes, las visitas a los "cabarets" de gitanos, la concurrencia al teatro de la Ópera, a los teatros francés e italiano y al ballet. Tener como amante a una bailarina y mantenerla, era tan esencial como tener dos o tres caballos de pura sangre y un buen coche.

En San Petersburgo todo se hacía en escala gigantesca, como para armonizar con la imponente estatura del Emperador y su orgullo. Las perspectivas clásicas y rococó apenas tenían un dejo a Europa: con la

escala en que se hacían, solamente, ya hablaban de la infinitud del Asia. Pero, a veces, detrás de la noble fachada italiana, se vislumbraban evocaciones de las raíces moscovitas. Con todo, en su mayor parte, San Petersburgo cumplía ya el destino dispuesto por su fundador, Pedro el Grande: había abierto una ventana a Occidente y a sus habitantes les parecía una capital occidental, aunque estaba concebida en términos tan exagerados que, a los ojos europeos más occidentales, les seguía pareciendo extraña y totalmente eslava.

Las grandes casas eran casi tan vastas y suntuosas como los palacios imperiales. El palacio Voronzov, que daba sobre el Neva, estaba pintado con los colores de la familia, el carmesí y el blanco; el palacio de Táuride era de un azul fuerte; el palacio Yussupov se reflejaba, con un centelleo amarillo, en el canal Fontanka. Los lacayos de librea y los siervos harapientos invadían en enjambre los patios y galerías con columnatas de todas las bellas casas de la ciudad, trayendo mensajes o leña o agua, cambiando habladurías, robando, espiando, mintiendo o riñendo, devotos u hostiles, traicioneros o leales, pero nunca indiferentes, siempre profundamente apegados a sus amos, ya que sus vidas estaban ligadas a las de las familias a quienes servían.

Como la corte, el Zar se pasaba la tarde recorriendo la ciudad: estaba de moda pasear en trineo por los muelles o ir a las islas antes de que llegaran las breves tardes invernales. Pero a diferencia de su pueblo volvía, no para retozar, para prepararse a disfrutar de las fiestas nocturnas, sino para sentarse ante su escritorio y recibir a sus ministros. Para sus edecanes, aquel horario austero era muy exigente y muchos de ellos tenían que abandonar toda esperanza de disfrutar de la vida social propia de su casta. Con todo, para quienes estaban fuera del círculo de Djemmal-Eddin, la ronda de las diversiones era incesante. El niño nacido en un aúl del Daghestán no recordaba ya las *dighitovkas*, que era todo lo que sabían de fiestas los caucasianos. Ahora, integraba la "élite" de San Petersburgo: los salones de malaquita y oro del Palacio de Invierno eran su medio natural.

II

Al morir Hadji Murad, Shamyl comprendió que se había proyectado sobre sus montañas la primera sombra de la derrota. Aunque su ex naib se había vuelto contra él, trocándose en su enemigo, representaba una influencia sólo superada por la del Imán; Shamyl estaba pensando en liberar a sus rehenes para conseguir de nuevo el apoyo de Hadji Murad. Ahora, ya era demasiado tarde. La muerte de éste había contribuido mucho a ganarles a los rusos el respeto de las tribus. ¡El Gran Sirdar Blanco había matado a Hadji Murad! ¡Lo había decapitado! ¡Debía de ser un guerrero poderoso! Muchos tribeños inclinaron la cabeza y numerosos aúles se pasaron a los rusos sin dilación. Unas pocas bandas fanáticas

ticas juraron venganza y se pasaron a las filas múridas de Shamyl, pero resultaba cada vez más evidente que ya los rusos estaban ganando territorio, prestigio y apoyo. Aprendían la técnica de la guerra de guerrillas, ya que conocían mejor el terreno montuoso; y sus elementos económicos y potencial humano eran volcados en la lucha con la seguridad que sólo pueden proporcionar los recursos ilimitados. Vencerían, y lo sabían, al cabo de cinco años, de diez, de medio siglo; no importaba mucho cuándo ni cómo. El sentimiento de frustración, de humillación, que sintiera el Zar al verse superado por unas pocas tribus salvajes, le cedía el paso a una suerte de orgullo a la inversa. Cuanto más salvajes y rapaces fueran los tribeños, más larga la lucha y más terrible el precio de la victoria, mayor importancia y gloria adquirían sus tropas a sus ojos. Las vidas eran baratas y sobraba tiempo.

Pero Shamyl, aun previendo el fin y la destrucción de sus ejércitos y sojuzgamiento de sus territorios, estaba resuelto a cobrarles un duro precio a los infieles. Se proponía continuar la lucha mientras quedara un solo combatiente, hombre, mujer o niño. ¿Estaba vengando a un Alá ultrajado o se insinuaba en su resistencia una nota puramente personal? Por fuera, seguía siendo la misma figura grande y terrible, inescrutable el pálido rostro enmarcado por una barba rojiza, con su sombría burka negra y su enorme turbante de jefe. Sus ojos seguían brillando al escudriñar su amenazado reino de las montañas. Y se complacía aún, con éxito, en aquellos efectos espectaculares que conservaban gran parte de su leyenda. Aunque confiaba en las tormentas, los cuerpos celestes y otros fenómenos naturales para producir lo que llamaba respuestas directas a sus plegarias, solía organizar un golpe teatral que nunca dejaba de impresionar a los montañeses.

En cierta ocasión, por ejemplo, cuando se libraba una batalla, hizo circular el rumor de que había muerto: naturalmente, el desaliento cundió entre sus tropas. Shamyl las observó desde lejos y cuando las vio flaquear, bajó impetuosamente desde la montaña en su caballo blanco, y los montañeses, convencidos de que era el fantasma de Shamyl que venía a ayudarles, empezaron a vociferar "Shamyl, Shamyl" y a combatir con un brío endiablado que les dio la victoria.

III

Aunque la palabra Shamyl tenía aún una influencia absoluta, todo su sistema de gobierno era tal que no podía hacer caso omiso de los deseos de sus naibs o de los jefes aliados. A veces, las exigencias de éstos lo obligaban a obrar contrariando sus propias convicciones. Cuando, en 1852, sus naibs acusaron a Daoudilaou de Tchokh, uno de los parciales más devotos del Imán y célebre en todo el Cáucaso como el mejor de los espadachines y joyeros, ni siquiera Shamyl pudo defenderlo. Lo acusaban

de traición: las pruebas proporcionadas por sus enemigos, parecían concluyentes y fue desterrado a uno de los aúles más inaccesibles, Tchitil, "el aúl sin sol". Se lo usaba, más que nada, como lugar de destierro. Pendía a gran altura sobre la ladera de la montaña, sombreado por dos cumbres, de modo que sus habitantes vivían en una perpetua penumbra. El sol apenas llegaba allí en verano, en un solo lugar y por breve tiempo. Entonces las mujeres se precipitaban a ese tramo con sol para tejer o zurcir, algo que no podían hacer en sus casas sin luz. Allí, enviaron a Daoudilaou, su esposa, su hijito Fazil y su hija de ocho años Kistaman.

Un día de invierno de 1855, se oyó un cañoneo lejano. Su estridencia era siniestra y la gente adivinó que los rusos debían de estar en los valles. Pero era improbable que trataran de llegar al aúl durante aquella copiosa nevada. Esa noche, tres figuras encapuchadas y envueltas en burkas llamaron a la puerta de Daoudilaou, preguntando por él: Kistaman confesó que su padre estaba ausente. Los desconocidos pidieron alimento y albergue: uno de ellos estaba herido y era joven y gallardo, pero de modales imperiosos, lo cual le causó resentimiento a Kistman. Mientras le vendaba la herida, él le preguntó cómo se llamaba y cuando la niña se lo dijo, replicó que su nombre le parecía muy feo. Entonces, Kistaman perdió la paciencia y repuso:

—¡Qué insolencia! ¿Quién crees ser? ¿El naib Khazi Mahommed?

El desconocido se echó a reír: parecía divertido. Cuando Daoudilaou volvió, ambos se abrazaron efusivamente. Se trataba del propio Khazi Mahommed. El joven naib de Karaty se había salvado de una celada rusa mientras trataba de llegar al "aúl sin sol". Quería decirle a Daoudilaou que tuviera paciencia; no lo habían olvidado, y pronto limpiarían su nombre de toda mancha, harían callar a sus calumniadores y pondrían término a su destierro. Cuando, por fin, Daoudilaou fue liberado, ello se debió a los secretos esfuerzos de Khazi Mahommed. Este episodio debía causar un profundo efecto sobre la vida ulterior del hijo de Shamyl.

IV

A veces, Shamyl lograba arrancar aún una victoria, pero lo más frecuente era que triunfaran los rusos. Aún así, el Imán salía personalmente ileso de la masacre, nunca perdía ánimos y siempre estaba pronto a reagrupar sus fuerzas y a contraatacar. Seguía conociendo el terreno mejor que el enemigo, usaba todavía sus defensas naturales como si fueran suyas y le ayudaba un crecido número de desertores polacos y rusos, quienes adiestraban y dirigían sus precarias baterías, que, desde puntos estratégicos inexpugnables de la montaña, le causaban terribles pérdidas al enemigo.

Pero una batalla fue ganada gracias a una treta de Voronzov: mera astucia, por cierto, y no estrategia militar. Los rusos estaban perdiendo

posiciones y al llegar la noche, después de una terrible masacre por ambas partes, los múridas se atrincheraron en Saltee, en gran número: se proponían terminar con los rusos restantes al amanecer, antes de que llegaran refuerzos. Pero durante la noche, Voronzov envió un destacamento a represar y desviar el arroyo que fluía junto al campamento múrida. Era un recurso estratégico sencillo pero ingenioso y resultó muy eficaz. Al quedarse sin agua para beber y, lo que es más, para ejecutar sus abluciones rituales, los múridas fueron vencidos. La guarnición de Saltee opuso una resistencia desesperada, pero después de un bombardeo con grandes morteros que duró todo el día, los atrapados múridas comprendieron que estaban vencidos y les ordenaron que se retirasen o murieran combatiendo. Ninguno de ellos debía ser capturado vivo.

Al anochecer, el grueso de los fugitivos, llevando sus banderas y un cañón de hechura doméstica fabricado con madera y cuero antes de conseguir unos pocos cañones capturados, fueron interceptados en un desfiladero que estaba al pie del aúl, donde una compañía rusa, bajo el comando del mayor conde Orhelm, los mató a todos. Shamyl y un puñado de múridas se abrieron paso, luchando, hasta un peñasco que daba sobre el aúl y, desde allí, escaparon a las alturas.

Habían perdido Saltee, estaban perdiendo batalla tras batalla. Pero los rusos no eran aún los dueños del Cáucaso.

22

BARIATINSKY

"En mi cuna, estaba el derrotero de toda mi vida".

HEINE.

Y ahora, la imponente figura del mariscal de campo príncipe Alejandro Bariatinsky, cruza cojeando la Gran Chechnia y se planta frente a Shamyl.

Este gigante del norte fue un personaje extraño, una mezcla de disciplina y libertinaje, uno de los mejores generales rusos, el sucesor de Voronzov como virrey y el vencedor de Shamyl. Abandonó la adulación y los privilegios de la corte, donde era amigo íntimo del Zarevich, para volver al Cáucaso, donde había conquistado sus primeros laureles al ser desterrado allí cuando perdió el favor imperial, en plena juventud, en 1833. En 1851, lo nombraron comandante del ala izquierda del ejército y comenzó a ganar batalla tras batalla, victorias todas que debían culminar en la rendición de Shamyl.

El príncipe Bariatinsky había nacido en 1815. A los pocos días de su nacimiento, un horóscopo, obtenido según se cree por una logia masónica, fue dejado misteriosamente sobre la escalinata de su casa. Vaticinaba su vida de victorias en el Oriente y las responsabilidades que tendría a su cargo, subrayando que su verdadera grandeza radicaría en su piedad para con los caídos. Todo esto era profético. Pero el horóscopo no parece haber previsto el drama provocado por el amor del mariscal de campo por la esposa de un oficial de su estado mayor: esto debía costarle a Bariatinsky su virreinato, privando no sólo al Cáucaso de su ilustrada guía, sino también a Rusia de su visión y sentido de la política internacional.

Bariatinsky pertenecía a la reducida pero poderosa aristocracia europea que, incluída en el Almanaque de Gotha, dictaba las condiciones de la guerra y la paz en aquel mundo que sus miembros se repartían. Aquellos aristócratas se casaban entre sí, se amaban, libraban duelos, maqui-

naban intrigas, se visitaban, maniobraban y se superaban mutuamente sin cesar. Pero todo eso ocurría entre caballeros. Se habían medido mutuamente desde hacía mucho tiempo y sabían que todos ellos respetarían las reglas del juego. El viejo príncipe Simón Voronzov, en una carta al conde Stroganov (quien lo sucediera en el cargo de embajador en Londres), decía que las lamentables consecuencias de las victorias de Napoleón eran esas cosas que siempre suceden cuando uno trata con advenedizos.

La madre del príncipe Bariatinsky había sido una princesa Seyn-Wittgenstein, hija del embajador alemán en San Petersburgo. Su abuela, la princesa de Holstein Beck, era prima hermana del zar Pedro III. El príncipe Alejandro Bariatinsky era su primogénito: él y sus tres hermanos, los príncipes Vladimir, Anatole y Víctor, habían pasado la mayor parte de su juventud en las cortes de Viena y Berlín. En el príncipe Alejandro había una marcada veta germánica, una exactitud, una concentración y una total ausencia del misticismo tan típico del alma eslava. Como a Voronzov, su educación lo había hecho internacional, disciplinado y mundano; pero, como Voronzov, seguía siendo, antes que nada, un gran nacionalista ruso.

Veamos sus comienzos. Su padre, como el príncipe Voronzov, era anglófilo y creía en una educación severa, pero bien equilibrada. Hasta los cinco años, el niño quedó en manos de las mujeres. Los dos años siguientes debían endurecer su cuerpo: baños fríos, gimnasia, esgrima y equitación con caballos no domados aún. A los siete años se consagró al estudio: idiomas, sobre todo el ruso, que pocos aristócratas rusos se molestaban en hablar correctamente, el inglés, el alemán, el italiano y el francés; después, el latín, el griego y el árabe; poesía, lenguaje, matemáticas, ingeniería, agricultura experimental y carpintería; estas últimas materias para darle una inclinación práctica. Después de varios años de tan intensivos estudios, el joven príncipe partió de Rusia para viajar durante cinco años por toda Europa, acompañado por varios preceptores, un médico, un químico, un botánico y un mecánico, a fin de apreciar mejor todos los aspectos de los países visitados. Su exigente progenitor quería que Alejandro, al llegar a la edad viril, se ocupara del bienestar de sus siervos y sus propiedades rurales; y más tarde, podría ingresar al ministerio del Interior o de Finanzas, pero sin dedicarse, de ningún modo, a una carrera militar, diplomática o cortesana. Tal fue su última voluntad y testamento, al legárselo todo.

Pero el joven príncipe decidió otra cosa. A los dieciséis años de edad, influido por un oficial de la guardia amigo suyo, decidió ingresar al ejército. En vano su madre le suplicó que siguiera estudiando en la Universidad de Moscú. De nada sirvieron las lágrimas ni las amenazas. Él era el hijo mayor: había heredado el título, el poder y la gloria. Elegiría la vida que quisiera. Finalmente, la querella de la familia llegó a oídos de la Emperatriz, quien apoyó a Alejandro, nombrándolo para su regimiento personal, el de los guardias de caballería. En 1831, el prín-

cipe gozaba de una sólida reputación entre la *jeunesse dorée* de la capital. A los dieciocho años, era bien conocido por su gallardía y libertinaje. Muy alto, tenía una "figura de gigante" y cautivaba a las damas tanto con su aureola de escándalo como con su enorme riqueza y su histórico título. (Los Bariatinsky eran la única familia directamente emparentada con los Romanov.)

Como fue acumulando escándalos hasta que las cosas llegaron a un grado insoportable, el Zar concluyó por decirle que debía reformarse. Entonces, Bariatinsky optó por pedirle que lo destinara al servicio militar en el Cáucaso. El joven Zarevich le suplicó que no lo hiciera, y lo mismo la Emperatriz, quien tenía una debilidad especial por él. La princesa Olia, hija favorita del Zar, estaba enamorada del príncipe Alejandro, pero él, a su vez, amaba sin esperanzas a una princesa austríaca. Como Bariatinsky temía verse obligado a una boda que no deseaba, insistió en que lo enviaran al Cáucaso y el Zar terminó por ceder. En el Cáucaso, Bariatinsky se cubrió de gloria en una acción militar contra los tribeños y volvió a la corte con la aureola de un héroe y así pasó los quince años siguientes, viajando al Cáucaso para combatir y regresando a San Petersburgo.

II

En 1847, fue Bariatinsky quien lanzó una serie de ofensivas coronadas por el éxito contra Shamyl y en 1848, después de la toma de Gherghibil, lo nombraron comandante de la escolta del Zar; la corte quería volver a verlo en su ambiente... vivo. Era preferible un cortesano vivo a un general muerto, decían y se dedicaron a buscarle esposa. A los treinta y cinco años cojeando y cubierto de cicatrices, Bariatinsky resultaba más irresistible aún para las mujeres, pero sus amores se habían concentrado en una sola, la esposa de uno de sus oficiales. Era una pasión fatal, que provocó finalmente su ruina; pero antes tuvo muchos años de intrigas y placeres, de poder y de gloria.

Después de un período de duras luchas y un empeoramiento de su salud (porque las heridas, unidas a la gota, solían postrarlo), el príncipe volvió a San Petersburgo. Pero dio a entender que no tenía intenciones de casarse en la corte ni de vivir una existencia que no fuera la rigurosa de los militares. Le transfirió todos sus bienes a su hermano y para alejar más aún toda idea de que era "un buen partido", se cortó sus románticos rizos, empezó a usar un uniforme más modesto (aunque cubierto de medallas y envidiables condecoraciones) y acentuó la cojera que le dejaran sus numerosas heridas. Pero las damas no se dejaron engañar; Bariatinsky seguía siendo el más fascinador de los hombres y tenían que atraparlo a toda costa. Pero se le veía rara vez en la ciudad y se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo libros sobre el Cáucaso y trabajando con los oficiales del Estado Mayor del Zar, analizando y corri-

giendo campañas del pasado. Criticó las tácticas de Yermolov y admitió, con Veliaminov, que el Cáucaso podía ser comparado con una gigantesca fortaleza, sólo capturable con un asedio continuo. Era, como lo advirtió por fin la corte, un soldado consagrado a su oficio y un hombre muy porfiado.

En 1847, el Zar lo había nombrado, a pedido de Voronzov, comandante del regimiento Kabardinsky, para dirigir la lucha del ala izquierda del ejército. Por fin, Bariatinsky obtenía el reconocimiento y el cargo responsable que siempre había querido. Desde ese momento, debía vivir exclusivamente para el Cáucaso. Era la realización de sus sueños. Con todo, decidió que su vida en el sur debía ser opulenta. Viajó aguas abajo por el Volga rodeado por toda una flotilla que ostentaba sus colores, el azul y el amarillo: se llevó a sus pura sangre, su bodega, su biblioteca, sus pianos, sus vajillas de plata, sus *chefs* de cocina y un centenar de lujos más. Se proponía elevar todo el tono y estilo de su regimiento.

Los soldados esperaban con impaciencia a su nuevo jefe; y también con aprensión. Lo sabían mundano, altanero y lejano; no admitía a nadie en su intimidad, a pesar de ser un anfitrión generoso. Sobre todo, era un partidario riguroso de los reglamentos y los soldados más curtidos temblaban cuando fruncía el ceño. Conocía todos los detalles administrativos del regimiento. Y descubrieron pronto que era un jefe infatigable, con vista de águila. Cualquier soldado tenía acceso a él, en cualquier momento, ya que Bariatinsky había eliminado todas las vallas que rodearan a los comandantes anteriores. Hizo desaparecer las injusticias y el estado de ánimo del regimiento íntegro mejoró. Era una curiosa mezcla de generosidad y aspereza. Como Voronzov, tenía gestos de gran señor. Cuando al regimiento le faltaban ciertos equipos, los costeaba de su propio bolsillo. Pero intimidaba a la mayoría de la gente con una altanería innata, involuntaria.

A comienzos de la década 1850-60, al príncipe Bariatinsky lo nombraron Comandante en Jefe del ala izquierda y fue reconocida sin reservas toda su talla como combatiente, táctico y administrador militar. Pero como hombre —como donjuán— solía suscitar críticas que circulaban en voz baja. No todos los maridos eran tan ciegos como el príncipe Simón Voronzov o como el capitán del estado mayor de Bariatinsky, el despreocupado Davidov. La frecuente presencia de la princesa Marie Voronzov o de Madame Davidov en el campamento de Bariatinsky ocasionaba comentarios. Esta última, cuyo nombre de soltera era princesa Isabel Orbeliani, descendía de los príncipes feudales de Erbil, pertenecientes a la provincia persa de Irac. Era una mujercita diminuta, morena y bella como una miniatura persa. Y además, dominadora y audaz... La gente se encogía de hombros... Si el marido no hacía objeciones... ni tampoco el Zar... ni el Virrey... Entonces... ¿qué? Por lo general, algunas alusiones a Marte y a Venus clausuraban amablemente el tema, hasta que lo reanudaban otras habladurías. Aunque, sin duda, el príncipe (sin

La segunda hija de Shamyl. Fatimat (*Kaluga, 1861*).

Mahommed Kamil. (*Constantinopla, 1918*).

Hadjio, el mayordomo de Shamyl Mahommed Sheffi, Abdurrahim y Abdurrahman.

Khazi Mahommed, Habibette y su hija, Nafisette. (*Kaluga, 1865*).

Mahommed Sheffi y su segunda esposa, Meriam. (*Kazán, 1886*).

Shamyl y sus dos hijos, Khazi Mahommed y Mahommed Sheffi. Fotografía tomada inmediatamente después de la rendicion. (*San Petersburgo, 1859*).

La última fotografía: Shamyl y sus hijos, Khazi Mahommed y Mahommed Sheffi. (*Kiev, 1869*).

prever el futuro) hubiera confirmado la opinión de la altiva dama rusa que dijo:

—El escándalo sólo puede afectar a la gente *humilde*, así como la censura sólo puede provenir de los superiores.

III

Durante el invierno de 1851 y la primavera de 1852, los rusos emprendieron lo que se podía considerar la conquista final de Chechnia, empezando con una ofensiva en gran escala con base en la fortaleza de Vozdivzhensky. El príncipe Bariatinsky, en su carácter de comandante, usaba nuevas tácticas, tácticas de cercamiento. Con una serie de maniobras de flanqueo, entonces novedosas en la guerra del Cáucaso, donde lo usual habían sido las batallas directas, con una aterradora pérdida de vidas, logró obtener victorias disminuyendo sus pérdidas de soldados. Además, Bariatinsky sabía impresionar a los montañeses con su colorida personalidad. Su sentido de lo teatral igualaba casi al de Shamyl. En cierta ocasión, después de haber vencido a un numeroso contingente de chechenes, con una terrible lucha por ambas partes, aceptó su rendición y, después de devolverles sus espadas, despidió a sus propios soldados y les encargó a los chechenes que lo custodiaran mientras dormía.

Todos sus actos tendían a un solo fin: el dominio del Cáucaso. Además de sus métodos personales para impresionar a los tribeños, puso en práctica un sistema de espionaje más refinado y se consagró a reparar y reorganizar los aúles destruidos. Hizo esto de tal manera que pronto los montañeses pensaron que tenían poco que temer de los conquistadores, ya que les ayudaban a reconstruir sus casas y a restaurar sus tierras labrantías y sus rebaños. El gobierno civil les fue confiado a gobernantes elegidos localmente y no por fuerza a los *mollahs*. Este nuevo sistema era encabezado por el coronel Bartolomei, un destacado orientalista muy experto en materia de comunidades musulmanas.

La clemencia de Bariatinsky era el resultado de sus teorías con respecto a la conducción de las guerras del Cáucaso: pero, acaso, recordara también el misterioso horóscopo según el cual sus mayores glorias serían alcanzadas mediante la misericordia. Hasta en materia de cruentos combates y expediciones punitivas, Bariatinsky enfocó de una manera nueva la guerra caucásica, y evitó los horrores que hasta entonces cometían los soldados al tomar por asalto de noche los aúles.

Otras reformas del príncipe Bariatinsky se concentraron en la tierra misma, el campo de batalla. Construyendo una serie de puentes sobre los abismos del desfiladero de Mitchik, permitió el uso de las altas mesetas de la Chechnia, de modo que, tanto en invierno como en verano, un ejército en marcha pudiera cruzarlas directamente, sin las penosísimas ascensiones y descensos de antes. Mientras tanto, empezó también a talar siste-

máticamente los grandes bosques, desde los cuales habían podido combatir y ganar tantas batallas los múridas. Golpe tras golpe, las hachas rusas abatían los árboles, eliminando la vegetación achaparrada y enmarañada, destruyendo poco a poco los baluartes de la defensa múrida. La madera había sido siempre el mayor recurso natural de Shamyl y la apreciaba en concordancia con ello, imponiendo pesadísimas multas a todo hombre a quien se hallaba cortando madera para sus fines particulares; a veces, al culpable se le colgaba de un alto nogal y se dejaba allí que se pudriera, como una advertencia a otros posibles ladrones de madera.

La legión de leñadores del príncipe Bariatinsky era protegida por regimientos íntegros de artillería y los hombres de Shamyl nunca podían colocarse a distancia de fuego. Sus propios cañones estaban irremediablemente lejos: los voluntarios para la lucha cuerpo a cuerpo eran derribados cuando avanzaban. Shamyl no podía hacer nada. Desde lo alto de las montañas, con amargura, veía aproximarse el momento fatal de la derrota a la cual estaba predestinado finalmente.

23

MADAME DRANCY

"No hay momentos de nuestra vida que carezcan de importancia o significación para el futuro. ¡Mektoub! Está escrito."

ISABELLE EBERHARDT.

Son los ojos de una mujer francesa, de una pequeña, flaca e insignificante institutriz francesa, los que nos permiten ver directamente a Shamyl en su aúl, rodeado por su esposa e hijos, celebrando sus consejos de guerra, cabalgando al campo de batalla o volviendo para galantear a su esposa más joven: son esos ojos —que distan, por lo demás, de ser objetivos en su valuación—, los que nos permiten descubrir algo sobre su vida cotidiana durante los últimos años de su gloria, desde julio de 1854 hasta marzo de 1855. A partir de la fracasada entrevista con el general Klugenau, en 1837, nadie, fuera de las filas múridas, había visto a Shamyl cara a cara, salvo ciertos prisioneros cuando el Imán dictaba sentencia, o el mercader de Mozdok, primo de Shouanete, a quien le permitieron visitarla en 1848.

Shamyl se había convertido en un símbolo *de lo hostil;* una fuerza de la naturaleza dirigía sus campañas desde las inaccesibles cumbres de sus montañas. Era ya un mito y los soldados rusos pensaban, como los múridas, que el Imán era distinto de los demás hombres. "Él" estaba allí, entre aquellas sombrías cumbres, observándolos día y noche. "Él" era indestructible y se levantaba después de cada derrota para volver a atacarlos.

Pero ahora, una francesa aparece en escena para rasgar velos del misterio que rodea a Shamyl el Ávaro. Anna Drancy se adelanta a primer plano: es una figura correctamente vestida, ágil, que desempaca su modesta maleta de cuero de becerro en un hotel de segunda categoría de Tiflis; y, un año después, ni tan correcta ni tan ágil ya, llega al aúl del Imán por un camino extraño y tortuoso.

Madame Drancy nació en París, en 1822. Sus progenitores pertenecían a la pequeña burguesía y en 1843, se casó con un "limonadier" o vendedor de refrescos, quien tenía además un restaurante, Jean-Baptiste Auguste Drancy. Dos años después, la pareja se separó. Tenían un hijo desde 1843 y Anna, cuando la abandonó su marido, se fue a vivir con sus padres. Pero ocho años después, buscando la independencia y acaso también la aventura, decidio instalar un comercio en Tiflis. No se sabe por qué eligió una ciudad tan lejana. Sus nietos me dijeron que, al parecer, se proponía establecer allí una librería francesa. Era enérgica, valiente y *tres fine*.

En 1840 y tantos, en Tiflis no había librerías y sólo una casa tenía estantes para libros, cuenta un visitante. Pero quizas Anna hubiese oido decir que la literatura francesa estaba en auge, aunque la importación de revistas y periódicos franceses estaba sometida a una rigurosa censura rusa. Por lo general, no se permitía la entrada de diarios de ese origen. En 1839, al cónsul francés sólo le permitían recibir el "Journal des Débats" a condición de que no se los mostrara jamás a un súbdito ruso. Si la noticia impresa era considerada ofensiva por el censor, se confiscaba el ejemplar o se cortaba ese suelto. Sólo se podía conseguir en Tiflis un periodico local y la "Gaceta de San Petersburgo" (aunque, como se recordará, Shamyl se las ingeniaba para obtener muchos periódicos extranjeros y rusos y se los hacia leer por sus intérpretes).

Con todo, algunos extranjeros se radicaban en Tiflis y prosperaban allí, usualmente estableciendo sombrererías o restaurantes. De modo que, impulsada por lo que fuese, por la intención de dedicarse al comercio o el espíritu de aventura, Madame Drancy empacó, colocó a su hijo en una escuela inglesa de Stockton cuyo director era amigo de su familia y partió al Oriente, a luchar contra el destino.

I I

Todavia en 1850 y tantos, los viajeros que iban al Cáucaso se exponían a grandes riesgos: los bandidos de las montañas, la ferocidad de los "tártaros" y además las batallas que se libraban desde hacía tantos años, hacían del viaje una empresa temeraria. Además, la naturaleza hacía lo suyo. De las montañas se precipitaban aludes, bloqueando el único camino, que pasaba por el Desfiladero de Darial, durante no menos de tres meses consecutivos. Copiosas nevadas bloqueaban la ruta y, al derretirse, hacían crecer los ríos y se llevaban los puentes. Los barcos que encallaban no siempre lograban ser avistados y protegidos por una nave de guerra rusa. Entonces, mediante señales luminosas, trataban de llamar la atención de las patrullas cosacas que acampaban en la ribera para impedir el ataque de los tribeños. Los cherkeses acechaban lo que ocurría desde las montañas que dominaban la costa y se llevaban su presa bajo las propias narices de los rusos.

No sabemos si Madame Drancy llegó a Tiflis por tierra o por vía marítima a través del Mar Negro; pero el caso es que, a fines de 1852, había llegado allí y se dedicaba al comercio. Al promediar el verano de 1853, las relaciones entre Rusia y Francia se hicieron tensas. Se oían los primeros fragores de la guerra de Crimea, aunque el conflicto sólo debía estallar unos nueve meses después, el 3 de abril de 1854. Pero los negocios de Madame Drancy no prosperaron. En febrero de 1854, la cancillería francesa le anunció al consulado que se habían roto las relaciones entre los gobiernos francés y ruso. En mayo, se clausuró el consulado a cargo de Monsieur de Berrière y siguió en esas condiciones hasta 1856; los ciudadanos franceses que estaban en Tiflis quedaron librados a sí mismos.

La guerra de Crimea fue particularmente trágica porque era, antes que nada, superflua; los gobiernos que intervenían en ella se veían acuciados por una febril belicosidad, hacían la guerra porque sí y sus querellas se basan en los motivos más irreales. De pronto, los descendientes de los cruzados que combatieran con San Luis y Ricardo Corazon de León se hallaron combatiendo junto a su antiquísimo enemigo el musulmán, quien moría para defender a un país que Europa había tratado de arrancar durante casi mil años del continente cristiano. Aquello no tenía sentido. Pero algunos rusófobos ingleses, Lord Palmerson y Sir Stratford Canning más que nada, sentían una gran satisfacción al pensar en que Rusia, el espantajo, era vencido por fin, sea cual fuere el pretexto. Porque desde la derrota de Napoleón, la voz de Rusia se había oído con harta sonoridad: primero fue el zar Alejandro, quien dominara el Congreso de Viena y luego aquel Nicolás cuya intromisión consideraban insoportable esos políticos.

Durante la primavera y el verano de 1854, el Cáucaso fue un banco de "clearing" para las tropas y abastecimientos de guerra que eran enviados precipitadamente al sur para afrontar la acumulación de los ejércitos francés, inglés y turco, quienes amenazaban ahora a Rusia a lo largo de las fronteras meridionales. El problema, más doméstico, de las guerras múridas, quedó en suspenso; una fuerza simbólica, bajo el comando del general Réad, mantenía aún a raya a los montañeses, pero no se libraban batallas de proporciones, que sólo se reanudaron al terminar la guerra de Crimea, cuando el derrotado ejército ruso volvió estoicamente para continuar con las campañas locales. No se explica l aparente apatía de Shamyl durante la guerra de Crimea, pero es indudable que sus fuerzas estaban ahora diezmadas y carecían de abastecimiento y que el Imán se hallaba harto debilitado para sacar partido de aquellos momentos. Para él, la guerra de Crimea llegó con seis años de atraso. Los enemigos de Rusia, los ingleses o los turcos, tampoco aprovecharon ese momento estratégico para apoyar a Shamyl, y, luchando a su lado, conquistar todo el Cáucaso.

Cuando el sultán Abdul Medjid le preguntó a Shamyl cuantos hombres

podía enviar al campo de batalla, Shamyl reconoció que sus recursos estaban agotados y que sólo podía hostigar a los rusos y no emprender una ofensiva en gran escala. Pero como la devoción de Shamyl a la causa del Islam no podía discutirse, el sultán, previendo la victoria, lo nombró virrey de Georgia, un título hermoso pero de poca utilidad práctica. Si los aliados hubiesen lanzado entonces una ofensiva en Tiflis, desde Kars, se les habrían aliado en el este muchos de los cherkeses; aislando a la península de Crimea del resto de Rusia y con la ayuda de Shamyl, habrían podido bloquear la llegada de abastecimientos del norte, fiscalizar los puertos y liquidar así la guerra de Crimea en pocas semanas, y al ser expulsadas del Cáucaso también las fuerzas rusas, todo el aspecto de la política oriental habría cambiado durante un siglo íntegro.

Pero las exhortaciones de los observadores militares seguían hallando oídos sordos: todas las advertencias de los viajeros no llegaban a penetrar en los espíritus de los ministros de guerra o de los generales que tenían el comando. "¡Si Inglaterra hubiese enviado un ejército al Cáucaso, hasta después de la caída de Sebastopol, Shamyl, Shamyl el Ávaro, habría sido nuestro aliado!". Pero así como Shamyl no aprovechó su oportunidad, así tampoco apoyó el comando aliado a las tribus del Cáucaso que eran, como él, enemigos de Rusia.

III

El clima de guerra era algo usual para Tiflis: los georgianos, como toda la gente del Cáucaso, habían nacido bajo el estrépito de los cañones y el choque de los aceros. Los hombres de la aristocracia georgiana eran oficiales del ejército ruso y se consideraban ahora totalmente rusos; las mujeres, menos fáciles de occidentalizar, lucían la indumentaria nacional, aunque eran propensas a anacronismos tales como los corsés y sombrillas franceses: las familias más nobles mandaban a sus hijas a San Petersburgo, para que las educaran en el Instituto Smolny.

Entre las princesas georgianas más bellas y atrayentes de la corte, durante las temporadas de 1846 y 1848, figuraban las dos nietas de Jorge XII, el último rey de Georgia, Anna y Varvara. A ambas las habían nombrado azafatas de la Zarina y pasaron algún tiempo, festejadas y cortejadas, en medio de la sociedad de San Petersburgo, concluyendo por casarse con príncipes georgianos y radicándose en su país. Pero a principios de 1854, el príncipe Ellico Orbeliani, esposo de Varvara, murió combatiendo a los turcos en Oguzlu, y dejó a la joven viuda con una criatura de tres meses. Su hijo mayor había muerto casi en el mismo día y fue sepultado con su padre. Entonces, la vida de Varvara se concentró en torno del pequeño George.

El coronel príncipe Ellico Orbeliani había vivido y muerto como cuadra a un guerrero, como su padre antes que él. Ambos habían perte-

necido al ejército ruso: ambos fueron prisioneros de los múridas. En 1842, Ellico fue cautivo de Shamyl, estuvo ocho meses en uno de sus horribles fosos-prisiones y su valor y dignidad impresionaron mucho al Imán, quien confiaba en canjearlo por su hijo, Djemmal-Eddin. Pero el Príncipe se negó a discutir el asunto y, después de varios meses de porfía, Shamyl lo envió al foso-prisión, del cual lo sacaron a la rastra, moribundo, a los cuatro meses. Pero seguía negándose a obtener la libertad canjeándola por la de otro hombre. Exasperados, los naibs le dijeron que debía morir, pero que podía elegir su muerte. Shamyl le había concedido ese favor supremo como señal de estima por su valor.

—Cualquier muerte que me libere de ser tu prisionero será bienvenida —respondió el Príncipe.

Los múridas colocaron al Príncipe contra la pared y llamaron a un pelotón de fusilamiento. Pero Shamyl observaba, sin ser visto, detrás de una grieta de la pared. Cuando los soldados apuntaron, apareció, ordenándoles que se retirasen.

—Ellico —dijo—. Me dicen que eres un valiente; no mienten. Te he mirado afrontar la muerte. Sólo te pediré tu palabra de que no intentarás huir.

El Príncipe le dio su palabra y vivió en libertad entre los múridas, hasta que, por fin, fue permutado por algunos hombres del Imán; y entonces, volvió inmediatamente a combatir. A pesar de su valor, no llegó, según parece, al generalato.

Su joven viuda (quien sólo contaba veinticinco años) se pasaba los días y las noches orando, no se la veía ya en la sociedad de Tiflis y su pena se unía a la de la hermana mayor de su cuñado el príncipe David Tchavtchavadzé, Nina, viuda de Griboyedov, ultimado por la muchedumbre persa que tomara por asalto la legación persa en Teherán en 1828. Había pasado esos veintiséis años inconsolable, viviendo con los parientes de su marido, de luto aún y retraída de la existencia activa.

A estas dos afligidas damas, se las hallaba a menudo en casa de la princesa Ana. Allí rezaban, jugaban con los niños (la princesa Ana tenía cinco) y observaban el desarrollo de la guerra caucásica con sombríos presentimientos. ¿No terminaría jamás aquel derramamiento de sangre? Cada nubecilla de humo en las montañas hablaba de alguna herida, de alguna muerte; cada boletín de San Petersburgo o de la Sublime Puerta aludía a la inminente guerra de Crimea, en que miles de hombres morirían horriblemente y miles de viudas llorarían... como ellas.

A comienzos del año, Madame Drancy comprendió que no podía seguir viviendo en Tiflis. Su negocio había fracasado. No podía quedarse en Rusia, ahora que ésta se orientaba claramente hacia la guerra con Francia y no tenía otra alternativa que volver a su país; pero cuando se disponía a partir, intervino el destino. Los Tchavtchavadzé necesitaban a una institutriz francesa para sus dos hijas mayores, pero

la creciente tensión internacional les habían impedido obtener uno de esos artículos de primera necesidad . . porque las institutrices y preceptores franceses sólo eran eso para los aristócratas rusos. Le ofrecieron el empleo a Madame Drancy, quien aceptó, agradecida y así ingresó a la casa de los Tchavtchavadzé, compartiendo con ellos su fantástica aventura.

I V

Los preceptores franceses ocupaban una posición singular en las casas rusas. Sean cuales fueren las barreras de la geografía, la política o el idioma que aislaban a Rusia del resto de Europa, aquéllos llegaron allí en gran número durante los siglos XVIII y XIX y luego hubo una invasión de niñeras inglesas. Unos y otros ocuparon un lugar destacado en la occidentalización del país.

Ni los preceptores franceses ni las niñeras inglesas podían habérselas con el alma eslava. Sin embargo, durante doscientos años, los primeros estuvieron en boga; ninguna familia vivía a tono con la moda si no tenía por lo menos uno de esos productos importados. Cuando cualquiera de ellas abandonaba el ambiente medieval, renunciando a sus barbas y caftanes, tenía plena conciencia de su atraso.

—Los rusos tienen aún a la Edad Media sobre sus hombros —decía.

Todavía a comienzos del siglo XVIII, las mujeres rusas usaban velo: la Zarina y las grandes duquesas vivían en una reclusión propia de un harén en la sección del Kremlin llamada Terem, "detrás de veintisiete cerraduras", sin que las mancillara la mirada de ningún hombre que no fuera el Zar. Pero una vez emancipados por los tonificantes métodos de Pedro el Grande, sus nobles comenzaron a ansiar el audaz refinamiento que implicaba la presencia de un preceptor francés. A fines del siglo XVIII, muchos aristócratas franceses emigrados que huyeran del Terror llegaron a Rusia para ganarse el sustento lo mejor posible: como profesores de música, soldados o preceptores. A veces, había supercherías. Un finlandés emprendedor logró pasar por francés y lo tuvo empleado durante más de un año un noble de provincias bastante ingenuo, quien creía que las frases finlandesas adquiridas por sus hijos eran del más puro francés parisiense. A veces, aparecían preceptores excepcionales: el hermano de Marat daba clases en el aristocrático liceo de Tzarskoie-Selo. Una de las familias nobles rusas, la de los Raimanov, podía jactarse de tener por profesor de música al pianista irlandés John Field, a quien salvaron de morir en la última etapa del alcoholismo en un hospital napolitano. Sus ejecuciones de piano y sus lecciones (Glinka figuró entre sus alumnos) y sobre todo sus Nocturnos —cuyo título y forma eran invención suya— tenían un éxito sensacional. Las cadencias de su música debían flotar a través de las nieves hasta cruzar las fronteras y dejar ecos para siempre en el pueblecito polaco de Zelazowa-Wola, en el corazón de un delicado niño, Federico Chopin.

A menudo, la vida de un preceptor extranjero en Rusia era peligrosa. Los trataban con una extraña mezcla de desdén, crueldad y envidia. Aquellos hombres, pensaban sus amos, aunque carecían de los apetitos vigorosos y la fortaleza de la gente del norte, tenían otras cualidades... Habían viajado... habían cruzado fronteras, conocido Europa... Pero eran blanco de las burlas de los amos y los criados, a un tiempo. Solían sufrir bromas y azotes y a veces hasta los ahorcaban (como en el caso del preceptor de Pushkin) cuando no lograban gustar. O cuando gustaban demasiado. Algunos de ellos, jóvenes, guapos e infortunados, eran objeto de la mas animada rivalidad entre las damas: no sólo los perseguían sus románticas alumnas, sino también la dueña de casa, las tías, las primas, las damas de compañía y aun las sirvientas.

V

Madame Drancy aceptó con alegría la oferta de los Tchavtchavadzé. No la seducía la idea de volver a casa de sus padres, donde el doble fracaso de su matrimonio y el de sus negocios la colocaría en una situación humillante. Pero ahora que se veía acorralada en un país extraño, sin medios de ganarse la vida, se convertía en un ser solicitado y respetado, en una institutriz francesa. Se aferró a su oportunidad y así dio un paso más hacia el aúl de Shamyl.

En abril, cuando se declaró la guerra de Crimea, se había aclimatado en su nueva vida. Como miembro de la casa de los Tchavtchavadzé, se veía protegida de las dificultades sufridas por los demás extranjeros aislados en un país enemigo; aunque conviene recordar que la condición y el trato que se les dispensaba a los extranjeros eran reglados por el zar Nicolás I con melindrosa escrupulosidad. Al estallar la guerra, había emitido una proclama, asegurándoles su protección y exhortando a sus súbditos a mantener su tradicional reputación de hospitalidad.

Al parecer, Madame Drancy llegó a ser una excelente institutriz, severa pero no tiránica con sus jóvenes alumnos. En la casa gozaba de simpatías, aunque sin ser realmente querida, quizás. Aquellos engreídos y fogosos aristócratas georgianos debían seguir siendo siempre, en el fondo, extraños a las mujeres francesas, burguesas y reservadas. Hasta la terrible prueba que debieron compartir como prisioneros de Shamyl no parece haberlos acercado realmente, aunque todos ellos se comportaron siempre entre sí con ejemplar cortesía y lealtad, en las más penosas circunstancias.

A fines de junio, Tiflis sufría los rigores de un sol tropical y la princesa Anna decidió pasar sus vacaciones anuales en Tzinondali, la propiedad de la familia en Kakhetia, a unos ciento veinte kilometros al noreste de Tiflis. Su marido, el coronel príncipe David, acababa de ser nombrado comandante de la milicia local de Kakhetia, pronta a com-

pletar el Cordón Lesghiano o línea de fuertes en la cual confiaban los rusos para rechazar toda invasión múrida de las tierras bajas. Los fuertes estaban muy dispersos y, a veces, las bandas de merodeadores montañeses lograban efectuar una audaz incursión y retirarse sin bajas; aunque, por lo general, los contenía la milicia y se libraban encarnizados combates. Cuando la princesa anunció que se disponía a partir, hubo cierta oposición en Tiflis. El general Réad, gobernador militar, se negó a autorizar el viaje y la guarnición lo calificó de temerario. Un coronel ruso, con aire teatral, le regaló a Madame Drancy un puñal, incitándole a aprender su manejo antes de afrontar los peligros del campo. Ella lo aceptó con gratitud y después de haberlo guardado entre sus "souvenirs", pensó que podría servirle para un buen pisapapeles.

Pero el príncipe David aceptó el proyecto de su esposa. El Cordón Lesghiano era muy sólido. El mismo estaría de guardia en la vecindad y podría vigilar Tzinondali. Su finca, junto a la orilla derecha del río, estaba protegida doblemente, en primer lugar por el Cordón Lesghiano, y en segundo lugar, por la circunstancia de que el Alazan era un río impetuoso y profundo, casi infranqueable a esa altura. Por eso, los Tchavtchavadzés siempre se habían sentido relativamente seguros en Tzinondali y ese año estaban menos inquietos aún. Se suponía que Shamyl estaba en apuros, en las montañas porque sus abastecimientos periódicos de armas desde Turquía ya no llegaban porque los ejércitos otomanos necesitaban ahora todas las municiones disponibles.

Por lo tanto, la Princesa continuó plácidamente con sus preparativos para abandonar Tiflis. Debían acompañarla Madame Drancy, numerosos criados, la princesa Orbeliani y su hijito el príncipe George, y una sobrina, la princesa Nina Baratoff, una bella muchacha de diecisiete años. También estaba la princesa Tinia, una anciana y locuaz dama de unos ochenta años, una de las muchas tías del príncipe David. La hermana del Príncipe, Nina Griboyedova, no los acompaño, pero con el tercer vástago de los Tchavtchavadzé, Elena, partió también de Tiflis para pasar algunas semanas con su prima la princesa de Mingrelia, quien huyera también de los calores de la ciudad a sus propiedades rurales.

Emprendieron viaje el 18 de junio. A la familia la acompañaban doce criados; a los coches los seguían *arbas*, pesados carros de dos ruedas usados en toda el Asia, cargados de *samovares*, ropa de cama, alimentos, cacerolas e íconos. Todos estos lujos se consideraban allí artículos de primera necesidad. Las condiciones de vida y de viaje eran tan primitivas que resultaban bárbaras, a menos que se las combatiera con la más amplia aglomeración de comodidades. Los viajeros descubrían por lo general que las casas de posta proporcionaban una habitación para las paradas; pero no más. Si había una jofaina, faltaban agua o toallas.

Las hosterías tampoco eran útiles desde el punto de vista de la comida. Si se lograba conseguir por fin un magro pollo, no había utensilios en qué cocerlo. Las camas eran por lo general bancos, con un

colchón relleno de paja o sin colchón. La ropa de cama se desconocía allí. En cuanto a las instalaciones sanitarias, que entonces eran una rareza hasta en las casas más lujosas, se asegura que al sur de Pskov no había un solo retrete. El patio del establo, donde estaban maniatadas las acémilas y los camellos, tenía que servirles a muchos viajeros del Cáucaso.

Tzinondali estaba muy aislado, a doce kilómetros del pueblo más próximo, Telav, y a dos días de penosa cabalgata de Tiflis. Pero las casas de campo grandes de Georgia disfrutaban de mucha autonomía, criaban su ganado y se hacían ellas mismas su pan y su vino. Alrededor del príncipe y la princesa rondaban con devoción enjambres de criados, carpinteros, palafreneros, jardineros, peones, muchachas encargadas de la cremería y marmitones. Era una vida patriarcal, a un tiempo suntuosa y simple.

Tzinondali era una de las propiedades más suntuosas de Georgia. Lermontov había escrito allí su "Demon". La rodeaban bosquecillos, huertos y viñedos. Detrás de las enredaderas que cubrían la capilla privada, las pequeñas Marie y Salomé luchaban con los verbos franceses bajo los vigilantes ojos de Madame Drancy, mientras a los niños más pequeños los mimaba un regimiento de niñeras.

Sólo la princesa Nina Baratoff parecía fuera de lugar en Tzinondali, ya que era demasiado joven para sus tíos y harto mayor para sus primas. Se mostraba inclinada a concentrarse en sí misma, con aire huraño y sus tías la suponían enamorada. Su padre, quien había perdido su fortuna poco antes, estaba paralítico: al morir su madre, la familia decidió que Nina debía volver allí. No había dinero para su "début" en la vida social de San Petersburgo: además, resultaba difícil casarla sin dote. El caso es que volvió a Tiflis; allí, pudo meditar en que su belleza iba a desaparecer y en que su juventud se le escapaba. Quizás soñara con algún audaz oficial, un edecán del Zar, un joven gran duque o uno de los muchos caballeros que bailaran con ella en las fiestas de la corte y con quien flirteara.

24

TZINONDALI

"Sus caballos son más veloces que los leopardos y más feroces que los lobos de noche; y sus jinetes se multiplicarán; y sus caballeros vendrán desde lejos; volarán como el águila que se apresura hacia su comida."

HABACUC I.

Al empezar el mes de julio, en el campo circulaban rumores de que Shamyl en persona bajaba de las montañas y proyectaba un ataque contra Telav. Pero las lluvias habían hecho crecer hasta tal punto el Alazan que la princesa Anna no estaba alarmada, sabiendo que resultaba casi imposible franquearlo en ningún punto. Además, su marido, ausente con su milicia, le manifestó que, al ser atacada su fortaleza por un crecido número de lesghianos, los habían rechazado con grandes pérdidas. Escribía, además, que vendría a Tzinondali pocos días después; mientras tanto, no había motivos para inquietarse. (En realidad, lo que quería dar a entender el Príncipe era que ella no debía inquietarse por él; por desgracia, la Princesa lo interpretó a la inversa, esto es que ella misma no corría un peligro inmediato.) Pero al día siguiente, en las colinas, del otro lado del río, se pudo ver que ardían las cosechas, incendiadas evidentemente por los montañeses la noche anterior. Era evidente que los hombres de Shamyl habían bajado de las montañas y se proponían atacar en algún punto del Cordón Lesghiano.

Con todo, la Princesa no creía que Tzinondali corriera peligro. Aunque los montañeses eran enemigos de la baja Georgia desde tiempos inmemoriales, no se había registrado ningún caso de que un contingente numeroso hubiese franqueado el Alazan desde los albores del siglo, oportunidad en que Omar, kan de Avaria, a la cabeza de veinte mil lesghianos, había llegado a noventa kilómetros de Tiflis antes de que lo detuvieran. Sus incursiones de menor cuantía se concentraban siempre en algún fuerte o aldea. La Princesa argumentaba que una casa de

campo aislada y unas cuantas mujeres y niños no constituían para ellos una presa codiciada. Además, la carta de su marido había sido tan tranquilizadora... Por lo tanto, fuera de haber ubicado a varios criados como guardias, no tomó ninguna otra precaución, aunque tanto el administrador de su finca como el *natzvala*, o jefe de la aldea, le rogaron que partiera inmediatamente. La incitaban a refugiarse en los bosques, como lo hicieran en otros tiempos los campesinos, logrando salvarse así de las correrías de los montañeses. Pero la Princesa, de temperamento apasionadamente maternal, estaba ahora absorbida por las exigencias de su hijito menor, de cuatro años, al cual amamantaba en persona.

Durante toda la noche, se oyó cañoneo del otro lado del río, pero al día siguiente sólo fue intermitente y parecía muy lejano. Toda la familia, salvo la princesa Anna que estaba dormida, fue a la iglesia a dar las gracias por el rechazo de los montañeses. Cuando volvían a la casa, se encontraron con un hombre de la aldea, quien les dijo que un contingente de lesghianos había conseguido cruzar el Alazan, pero que lo había detenido una fuerte milicia. Mas no le creyeron. Charla alarmista: entre los campesinos cundía el pánico, dijo la princesa Orbeliani, mientras que la anciana princesa Tinia, quien exigía la obediencia y el respeto que se le concede siempre a la vejez en el Oriente, les prohibió categóricamente a todos los miembros y allegados de la casa que le mencionaran el asunto a la princesa Anna. Y lo mismo se hizo con uno de los campesinos que entró tambaleándose al patio una hora después, con la ropa acribillada a balazos. Había ido al río en incursión de reconocimiento y recibido los balazos de varios francotiradores que estaban allende el Alazan. Pero como se le sabía borracho consuetudinario, nadie le prestó atención y se quedó tendido, roncando, en la cocina.

Esa tarde, se acercó cojeando a la casa un desconocido y pidió albergue. Su ropa estaba empapada, porque había logrado franquear el río en el vado de Tognia, huyendo así, según dijo, de una banda de lesghianos que estaba en la orilla opuesta. Como las aguas habían bajado un poco, no pusieron en duda sus palabras. Agregó que era mercader, en viaje a Telav. La hospitalidad es una ley sagrada en el Cáucaso: le dieron alimento, ropa seca y un lugar donde dormir. Pero esa misma noche, algo más tarde, los criados lo vieron cargar una pistola y se lo dijeron a la Princesa. Ésta olvidó sus preocupaciones maternales y les dio armas de fuego a sus criados, ordenándoles que patrullaran los terrenos de la finca. Pero estaban cansados y, después de una cena copiosa, dos de los guardias se quedaron dormidos. De pronto, sonó un tiro en la noche silenciosa. Y en el mismo momento, vieron que el desconocido corría hacia el bosque. Allí, ya resultaba imposible atraparlo.

Pero ahora se comprendió su presencia en la casa. Era un espía lesghiano y había disparado aquella pistola como señal. Una señal que nadie sabía interpretar. Por fin, la princesa Anna comprendió los peligros que corría y decidió marcharse de Tiflis al amanecer. A los criados

es ordenaron que trajeran los baúles grandes y empezaran a empacar inmediatamente.

Durante toda la historia, en los momentos de peligro, hallamos la misma reiterada obsesión por las trivialidades y bienes terrenos que se apodera de los seres humanos amenazados y los domina hasta que están perdidos. María Antonieta, al emprender el viaje a Varennes que podía salvarla, tuvo demoras fatales al detenerse a arrancar flores silvestres. Igualmente, aquí vemos que la Princesa, en aquel último instante cuando la fuga era posible aún, se preocupó por bagatelas. Si hubiese huido inmediatamente a los bosques con los niños y la servidumbre, todavía habrían podido salvarse. Pero mientras los criados sacaban los pesados baúles, ella los vigilaba, cuidando cada detalle de los objetos valiosos. Ordenó que tuviera preparadas dos *povoskas*, unos carros livianos capaces de viajar con rapidez y enviaron a un emisario a avisarle al príncipe David que se iban. Luego, la Princesa y toda la familia se fueron a dormir temprano.

La noche era sofocante, aún. Sólo los ruiseñores cantaban en éxtasis en los árboles. Madame Drancy no lograba conciliar el sueño y salió al jardín. La acosaban presentimientos del peligro. Habría querido refugiarse en los bosques, pero le parecía un deber de lealtad quedarse junto a sus amas. De pronto, surgió en el cielo una luna enorme, iluminando el jardín y toda la vasta cordillera. Cuando volvía hacia la casa, una alta figura surgió de las sombras y cruzó el patio silenciosamente. Aquel hombre no vio a Madame Drancy, quien permanecía inmóvil, paralizada por el miedo: podía ser uno de los criados, ya que ella no los conocía a todos, pero algo en su rostro moreno y atento y su cauteloso andar le revelaba que no lo era. Entonces, vio que tenía un fusil en bandolera. La institutriz se precipitó hacia la casa. Al llegar a la terraza, vio con horror que abajo, en el barranco, el río fluía con una rapidez mucho menor después de aquella jornada larga y calurosa. Dos hombres llevaban a sus caballos a lo largo del río, buscando un sitio por donde vadearlo. La luna iluminaba de lleno sus armas. Eran batidores chechenes.

Madame Drancy irrumpió en la alcoba de la princesa Anna. Ésta dormía, pero despertó tranquilamente, y empezo a vestirse, ordenando que despertasen a los niños y les dieran de comer. Toda la gente de la casa se levantó y pronto reinó la mayor confusión. Madame Drancy metió precipitadamente algunas cosas en una pequeña maleta y guardó unas viejas cartas y un relicario con unos rizos en su corsé. Consciente de sus responsabilidades de institutriz, empacó también una gramática francesa y un libro piadoso titulado *"Dieu est amour"*.

Cuando amanecía, llegaron varios nativos de la aldea y anunciaron que el propio Shamyl marchaba sobre Telav. Ahora, las criadas estaban al borde de la histeria y hubo que calmarlas haciéndoles beber una infusión. Esto hizo perder una hora más, porque empacaron mal las maletas

y hubo que rehacerlas por completo. A las ocho de la mañana, cuando el sol brillaba plenamente, resonó un grito en el jardín:

—¡Que Dios se apiade de nosotros! ¡Los tártaros!

Resonó un tiro y aquella voz calló. Se oyeron galopes, gritos de hombres y un terrible tumulto se abatió sobre la vieja casa. Los criados, vociferando, se dispersaron en todas direcciones. La princesa y Madame Drancy aferraron a los niños y huyeron al interior del edificio, seguidas por las niñeras, varias criadas y la princesa Tinia. La princesa Anna, suponiendo que los lesghianos venían a llevarse sus tesoros, decidió que lo mejor era atrincherarse en el desván, donde le parecía improbable que pensaran en buscar algo de valor.

No sospechaba siquiera que ella, su hermana y sus hijos eran precisamente los tesoros que buscaba Shamyl, los únicos rehenes de suficiente valor para proponer un canje... —¡por fin!— para recuperar a Djemmal-Eddin. No sabía que aquella incursión contra Tzinondali era la culminación de largos años de proyectos, de esperanzas postergadas. Mientras miraba los rostros asustados de sus familiares y sus criados, en el desván bajo y polvoriento, prorrumpió en sollozos.

—¡Dios me perdone! ¿Por qué habré esperado tanto? Todos ustedes habrían podido salvarse...

Sabía muy bien qué infamias y horrores, sino la muerte, los esperaban en el caso de que los descubrieran.

A esta altura, los "tártaros", la temida horda, había entrado a la casa y se los podía oír en la planta baja, derribando las puertas, rasgando los cortinados y martillando de una manera salvaje sobre el piano. Sus gritos guturales, mezclados con los sonidos de la cristalería y la porcelana rotas, llegaban hasta el desván, donde las criadas estaban hincadas de rodillas, orando ruidosamente para que las liberasen. En vano las incitó a callar la Princesa: a cada ruido nuevo, sus gemidos se reanudaban. Madame Drancy tenía que calmar a los niños asustados, mientras que la princesa Orbeliani se ocupaba de los nenes. La institutriz miró por la ventana. Numerosos jinetes de aire feroz y turbante recorrían el jardín y sus caballos pisoteaban los canteros. El reseco lecho del río era ahora un sendero que llevaba a la casa, un sendero por el cual galopaban centenares de jinetes, bajando en avalancha de las colinas y sus salvajes gritos rasgabar el aire matinal.

Ahora, los chechenes habían descubierto las escaleras que llevaban al desván y subían en tropel. Martillaron sobre las puertas, que finalmente cedieron, cayendo con un estrépito ensordecedor. Los tribeños irrumpieron y sus gritos de triunfo se confundieron con los gemidos lastimeros de las criadas y el llanto de los niños. Los chechenes saltaron sobre las mujeres. Una figura salvaje aferró a Madame Drancy, y sin preocuparse de la escalera, saltó con ella en brazos a través de todo el tramo a la planta baja. Una tras otra, asieron a las princesas y a las criaturas y criadas y las arrojaron escaleras abajo: repentinamente,

los peldaños se astillaron y cedieron bajo el peso de tantos cuerpos que se precipitaban. Cuando los prisioneros llegaron al salón principal, los chechenes empezaron a pelear entre sí, disputándose a sus presas. Se pasaban a las mujeres de mano en mano y las pesadas *shashkas* fulguraban sobre las cabezas de las cautivas. Fue inútil que Madame Drancy tratara de zafarse, gritando que era una ciudadana francesa y que ya lamentarían lo que estaban haciendo. Los montañeses se la disputaban con una furia que habría sido muy lisonjera si ella hubiese estado leyendo aquello, a salvo en su cama, en la Rue des Acacias. La institutriz le tocó en suerte a un monstruo de turbante, quien la arrastró al patio. La ropa de la joven estaba desgarrada: se había quedado con el corsé, la camisa, una enagua y un par de botinas de cabritilla de la Rue de Rivoli. Cuando trató de escapar, el monstruo sonrió sardónicamente y le descargó sobre los hombros un pesado látigo. Roja de cólera y humillación, Madame Drancy comprendió que sólo podía obedecer.

En todo el patio reinaba un alboroto infernal, había hombres y caballos, mujeres que gritaban, carros y coches volcados y niños llorando. Dos jinetes chechenes estaban atando a sus sillas de montar a las pequeñas Marie y Salomé. No se veía en ninguna parte a la princesa Orbeliani y su sobrina Nina Baratoff, ni tampoco a los príncipes Alejandro y George. La princesa Anna estaba tendida en el suelo, al parecer desmayada, con la pequeña Lydia apretada entre sus brazos, y con su vestido desgarrado; su pie, del cual cayera el zapato, sangraba debido a una terrible herida, causada por un clavo que penetrara profundamente en la carne. Dos magníficos aretes de diamante brillaban aún sobre sus orejas, hasta que un lesghiano se los arrancó. La princesa irguió la cabeza y miró con aire desatinado a su alrededor.

—Los niños, los niños —gritó, al ver a Madame Drancy cerca y volvió a desmayarse.

En ese momento, Madame Drancy se quedó asombrada al ver a la joven princesa Nina Baratoff montada sobre un espléndido caballo, sin haber sido molestada en lo más mínimo, con la ropa, el velo y todas sus joyas intactas: al caballo lo llevaba de la brida a través del patio un joven chechén elegantemente vestido y que parecía menos salvaje que los demás.

Ahora que las princesas estaban en su poder, los tribeños podían dedicarse a saquear la casa. Rompieron las fuentes de plata en su ansiedad de meterlas en sus alforjas. Los servicios de café y de té eran igualmente valiosos. Los broches de diamantes habían sido pisoteados por los caballos. Los montañeses probaron el contenido de los potes con cremas y pomadas de tocador, creyendo que eran viandas exquisitas.

Mientras Madame Drancy reprimía un histérico deseo de reír ante ese espectáculo, el hombre que la había capturado volvió y la obligó a montar su caballo. Una por una, todas las mujeres de la casa salieron de Tzinondali, cada cual en la grupa de un jinete múrida. Sólo la

princesa Anna iba a pie y su hijita Lydia se aferraba a ella: una de las manos de la Princesa estaba amarrada al estribo del montañés, quien parecia deleitarse al verla sufrir. Asi cruzaron el rio, mientras la princesa se esforzaba en mantener la cabeza de la criatura fuera del agua.

Al llegar a la orilla opuesta, se les unió un grupo de chechenes que se habia llevado el ganado de la aldea y lo arreaba hacia las montañas. Era ya el mediodia y el sol quemaba implacablemente: el polvo se elevaba en sofocantes nubes y el ganado asustado galopaba alrededor de los jinetes y sus cautivas, bramando, chillando. Ninguna de las prisioneras confiaba ya en obtener misericordia. Todas oraban, pidiéndole a Dios una pronta muerte.

25

EL GRAN AÚL

"Es el clima del Oriente, es el país del sol. ¿Puede él sonreír ante las cosas que han hecho sus hijos?".

LORD BYRON.

La noticia de la captura de las princesas tardó más de dos semanas en llegar a Tiflis. Cuando llegó, la opinión pública se mostró ultrajada. No se conocían detalles, y ni las autoridades civiles ni las militares sabían qué medidas debían tomarse para rescatarlas. Tampoco se sabía dónde estaban; pero dos oficiales georgianos de la guardia imperial se ofrecieron inmediatamente para tratar de llegar al aúl de Shamyl y negociar el rescate. El general Réad, Comandante en Jefe de los ejércitos del Cáucaso, se negó a aprobar el proyecto, y le escribió al padre de las princesas, quien se hallaba en Moscú, para expresarle su pena en la forma más vehemente por lo ocurrido.

Naturalmente, nadie informó a los progenitores de Madame Drancy sobre su desaparición. Las primeras noticias que tuvieron sobre la catástrofe sólo llegaron a París dos meses después, cuando una carta que le enviara su hija fue devuelta sin abrir a la Rue des Acacias; el sobre tenía garabateadas estas palabras: "*Devuelto al remitente por haber sido asesinada la destinataria.*" Al mismo tiempo, todos los periódicos de Europa publicaban crónicas espeluznantes sobre la incursión a Tzinondali, complaciéndose con morboso placer en sus conjeturas sobre la probable suerte de las princesas y su familia y servidumbre. De acuerdo con el tono del periódico, la captura era presentada en distintas formas: como un desastre social, "Princesas de Sangre Real y azafatas de la Zarina, prisioneras de unos bárbaros tribeños"; como una catástrofe política. "Salvajismo en territorio ruso: ciudadana francesa raptada"; o con un prejuicio religioso, en los diarios de Constantinopla: "El imán Shamyl, virrey de Georgia, ha hecho con éxito una incursión a territorio dominado por los invasores infieles y tiene en su poder como rehenes a

una familia cristiana, como garantía de la devolución de su hijo Djemmal-Eddin, que los infieles le arrebataron y que fue educado en la religión cristiana desde 1838." Mientras que la prensa de a penique, buscando el sensacionalismo con los números, habló al principio de cuarenta familias nobles rusas capturadas por Shamyl, quien amenazaba la propia Tiflis; y luego, de Shamyl, el León del Daghestán, quien, a la cabeza de quince mil caucasianos, se había apoderado de más de ochocientos nobles georgianos y los tenía cautivos en las montañas, atados codo con codo y muriendo lentamente de hambre.

* * *

Mientras tanto... ¿qué sucedía con el príncipe David Tchavtchavadzé durante esos fatídicos días de julio? Había partido de su casa poco antes del ataque. El 1º de julio, estaba inspeccionando las defensas de Hando, una aldea fronteriza. El 2, volvió a Shildi y estaba cenando con el capitán príncipe Ratiev, comandante de la guarnición, cuando llegó al galope al campamento un batidor, cubierto de polvo y exhausto e informó que los múridas convergían sobre Shildi, para arrasar el fuerte. El príncipe David partió inmediatamente para fortificar las indefensas aldeas que rodeaban Shildi y apostar a sus soldados en varios lugares estratégicos y emboscadas. Durante todo el día y la noche siguientes los georgianos esperaron el ataque, pero los tribeños no daban señales de vida. En las primeras horas de la mañana del 3 de julio, atacaron Shildi, pero fueron rechazados con grandes pérdidas. Fue entonces cuando el Príncipe le escribió a su esposa aquella carta tan mal interpretada por la Princesa, en que le expresaba que no había motivo para alarmarse.

Pero al día siguiente llegaron nuevos batidores, quienes le dijeron al Príncipe que bajaba impetuosamente de las montañas un nutrido contingente de jinetes lesghianos, chechenes y ávaros, amenazando las tierras bajas y que iban hacia el río Alazan. "Él" —es decir Shamyl— había bajado del Gran Aúl para observar la batalla. Entonces, el Príncipe se sintió muy preocupado por su familia y ordenó que cuatro compañías se dirigieran al sitio donde seguramente intentarían vadear el río los tribeños. Cabalgaba a la cabeza de la columna y apenas habían partido de Shildi cuando uno de sus hombres se salió de la fila y se precipitó a su lado, gritando:

—¡Mire, Príncipe ¡Mire!

El Príncipe se paró sobre los estribos y vio, a lo lejos, a través de los bosques, llamaradas y columnas de humo que se elevaban de cinco o seis aldeas, entre ellas Tzinondali. Había llegado demasiado tarde. Les ordenó a sus hombres que atravesaran el primer vado, pero allí el agua estaba bravía e infranqueable. El dilema era buscar el vado que

habían cruzado los montañeses o acechar su regreso y confiar en interceptarlos allí.

Ahora, el Príncipe se veía enfrentado con una decisión muy difícil, su primer impulso era precipitarse a Tzinondali a defender a su familia, pero como soldado, su deber estaba en otra parte. La disciplina militar prevaleció. Se santiguó en dirección a Tzinondali, confiando su familia a la protección de Dios y les ordenó a sus soldados que esperaran ocultos el regreso de los tribeños. Así pasaron todo el día, hasta las seis de la tarde: su emboscada estaba bien elegida y a las pocas bandas de lesghianos que aparecieron las tomaron por sorpresa y mataron en pocos instantes; pero seguía sin aparecer el grueso de los múridas.

Mientras el príncipe David dudaba acerca de lo que debía hacer —porque sabía que toda tentativa de rescatar a su familia podía resultar fatal, ya que los montañeses preferían matar a sus prisioneros antes que correr el riesgo de perderlos— de Shildi llegó un emisario y anunció que estaban atacando con violencia al príncipe Ratiev, quien pedía ayuda. El príncipe David mandó a algunos hombres a Kontzhi, un angosto desfiladero que les ordenó defender a toda costa, ya que por allí debían pasar presuntamente los múridas y volvió con el resto de su contingente a Shildi a tiempo para rechazar el ataque.

Esa noche, a las nueve, el capitán Hitrovo, quien comandaba el grupo de Kontzhi, comunicó que el enemigo había sido interceptado allí al volver de Tzinondali, con mucho botín y cierto número de cautivos de las aldeas vecinas. Después de una escaramuza, en que murieron varios tribeños y prisioneros, siendo otros rescatados, el grueso de los jinetes había escapado a las colinas. No hablaba de la familia del Príncipe.

A la mañana siguiente, éste mandó soldados a la colina de Kontzhi para recoger los cadáveres. Algunos de esos hombres eran siervos del Príncipe y reconocieron en el cadáver de una criatura, envuelta en un chal de encaje, a la pequeña Lydia. Decidieron ocultarle a su jefe aquel terrible hallazgo y dos de ellos llevaron a la muerta a Tzinondali, donde la enterraron en el camposanto de la iglesia de San Jorge. Sólo el 6 de julio el peligro pareció suficientemente alejado para que el Príncipe abandonara su puesto y se marchara a investigar la suerte de su familia, con dos oficiales y quince soldados. En Tzinondali, las ruinas de la casa ardían aún y en torno sólo había desolación y muerte. Apenas los ruiseñores seguían cantando, felices.

II

Cuando las princesas y Madame Drancy salieron de Tzinondali como cautivas, entraron a una zona de dolor y miedo. Todos los tribeños conocían la jerarquía y significación de las cautivas y aunque se comportaban de una manera brutal, nadie intentó vejarlas.

La princesa Anna, a quien le dolía mucho el pie, se comportaba alti-

vamente, hasta con arrogancia. Era nieta de un rey y caminaba con un aire majestuoso que impresionaba a los montañeses. La princesa Orbeliani, como viuda del príncipe Ellico, el gran guerrero, era objeto de especial veneración y curiosidad entre los múridas, quienes recordaban el valor del difunto. La joven princesa Nina era quien menos había sufrido, a pesar de tener los brazos atados a la espalda, ya que era una muchacha vigorosa y sana que les resistiera con energía a sus apresadores. Ahora, estaba atada a la grupa de una silla de montar y a su lado caminaba el jinete, quien parecía impresionadísimo por su belleza, pero la trataba respetuosamente.

No sucedía lo mismo con el que capturara a Madame Drancy, un forajido lesghiano que le azotaba los desnudos hombros cuando la joven no le obedecía y que, cuando se apearon finalmente para dormir en un paraje pantanoso, extendió en el suelo su burka y la incitó a compartirla con él. Ella rehusó con irritación ese honor, comunicándole en francés que no estaba habituada a recibir semejantes ofertas de desconocidos. Pero esas lindezas eran tiempo perdido con él. Cuando el lesghiano descubrió que la cadena de oro que ella conservaba aún alrededor del cuello tenía sujetas medallas religiosas, confundió éstas con dinero y comenzó a registrarla en la forma más descarada. Sus manazas pronto descubrieron las cartas de amor y el relicario metido en el corsé y ambos sostuvieron una lucha salvaje. Anochecía y las medallas cayeron entre la hierba, para no ser halladas jamás.

Entonces, la princesa Orbeliani, con gran presencia de ánimo, se abalanzó hacia ellos y les gritó que Madame Drancy era la esposa de un famoso general francés y que también por ella pagarían rescate y que debía ser tratada con toda deferencia. Ninguno de aquellos hombres, ni siquiera los naibs, había oído hablar jamás de Francia, de modo que esta advertencia no sirvió de mucho. Por suerte, finalmente intervino un naib y gritó:

—¡Para el imán Shamyl!

Entonces, los soldados retrocedieron y se reanudó el viaje.

Cuando el grupo se acercó a la colina de Kontzhi, ignoraba que las tropas rusas lo esperaban en el desfiladero. Al penetrar en él, los precedieron los guardias chechenes, luego avanzaron los que traían a las cautivas y finalmente más guardias con las acémilas que cargaban con el botín y luego los rebaños. De pronto, todo fue alboroto, caballos que se encabritaban y gritos. La vanguardia perdió a varios hombres y algunas de las cautivas murieron también... víctimas de las propias balas rusas. Inmediatamente, los chechenes le volvieron la espalda al desfiladero y huyeron, seguidos por las descargas de los fusiles enemigos. El naib que llevaba a la grupa a la princesa Anna galopaba a gran velocidad y la princesa se sujetó con una mano a su cintura, mientras aferraba con la otra a la niñita. Finalmente, a pesar de sus esfuerzos, la princesa estaba tan agotada que su mano se abrió y la criatura cayó al suelo y sus

chillidos y los gritos de su madre no detuvieron al naib, quien siguió galopando, seguido por toda la tropa de chechenes, que pisoteó al diminuto cuerpo sin notarlo siquiera. Mientras tanto, los múridas reían. ¡Alá era grande! Habían saqueado Tzinondali, capturado a los rehenes y ahora eludido una emboscada rusa.

Cuando llegaron a la torre de Pohali, el fortín ruso que cayera en manos de Shamyl, la princesa Anna comenzó a preguntarles a todos qué suerte había corrido la pequeña Lydia. En su agotamiento, suponía que la nena estaba a salvo y que, los demás soldados múridas la habían recogido. Ignoraba que estaba muerta y la princesa Orbeliani, quien viera todo lo sucedido, no se atrevió a decirle la verdad.

El propio Shamyl estaba en la torre de Pohali, con su segundo hijo Khazi Mahommed, quien organizara la incursión a Tzinondali. El Imán había bajado de las montañas para observar los ataques de sus hombres a lo largo de la frontera lesghiana y la torre estaba rodeada por sus tropas, diez mil hombres en total. Cuando las cautivas pasaron entre las filas, los soldados parecían petrificados. Era la primera vez que la mayoría de los múridas veían mujeres sin velos... y, además georgianas. De no mediar sus oficiales, se habrían abalanzado sobre ellas. Pero los naibs de Shamyl cabalgaban junto a las cautivas, shashka en mano y éstas pudieron entrar a la torre de Pohali sin ser molestadas.

Casi de inmediato, llegó Khazi Mahommed en persona para inspeccionar a las prisioneras, acompañado por su séquito de naibs. El segundo hijo de Shamyl, su heredero, era naib de Goudali y gobernador de Karaty, donde había vivido en tiempos de paz. Tanto el pueblo como los naibs lo respetaban, porque aunque obedecía implícitamente a su padre era menos duro. El terror que inspiraba Shamyl empezaba a obrar contra él y se murmuraba que Khazi Mahommed sería un jefe mejor. Era, además, uno de los comandantes más capaces de los múridas. Joven, gallardo, poderoso, querido, estaba en el pináculo de su vida. Adondequiera iba, lo recibían con afecto. "*¡Oh, Khazi Mahommed, ojalá tu camino esté sembrado de perlas y se realicen todos tus deseos!*", cantaban las mujeres, formando círculo a su alrededor. Los caucasianos componían canciones para todas las oportunidades: canciones para despertar, para dormir, para las victorias y las derrotas. Ahora, Khazi Mahommed se plantó frente a las prisioneras, con su angosto talle típico de los hombres del Cáucaso y sus hermosas facciones aguileñas y ostentaba su cherkeska con elegancia y un donaire espontáneo y natural.

Saludó inclinándose a cada una de las princesas y preguntó con bastante cortesía cómo estaban, prometiendo proporcionarles inmediatamente comida caliente y ropa. También prometió que buscarían a Lydia. Su padre el Imán las vería más tarde, afirmó y después de haberse inclinado de nuevo, haciendo el saludo mahometano ritual, con la mano sobre el corazón, la frente y los labios, se marchó. Poco después, trajeron un bulto

con ropa, junto con una bolsa de zapatos para el pie izquierdo que no le sirvieron de mucho a nadie. La princesa Anna cubrió su desnudez con un abolsado par de *charovari* o bombachas turcas y chal sobre los hombros, mientras que Madame Drancy se puso una chaqueta de cochero, que, por lo demás, pronto volvieron a arrancarle, dejándola nuevamente en camisa. Las criadas hurgaron en los bultos y lograron usar algunos de los trapos que contenían.

Mientras las prisioneras se apoyaban las unas contra las otras, harto agotadas para llorar, entró un naib.

—El imán Shamyl pregunta por la Khancha Anna —dijo.

—¿Qué quiere?—preguntó la Princesa.

—Hablar con ella —replicó el naib.

—Pues que venga aquí —dijo la Princesa.

—Es el Iman ul Azam... el profeta de Alá sobre la tierra —dijo el naib, con tono temeroso.

—Y yo, soy una princesa de Georgia —fue la altanera respuesta.

El naib le volvió la espalda, con aire incrédulo. Ninguna mujer —ni hombre— de su raza se habría atrevido a oponerse a la voluntad del Imán.

Postrándose ante Shamyl, le trasmitió, en un susurro, la arrogante réplica de la cautiva.

Durante unos instantes, el Imán guardó silencio, con los entornados ojos inexpresivos. Luego, sobre su pálido rostro, aleteó una sonrisa.

—Que así sea —dijo— Llévalas a todas a Dargo-Vedin. Las veré allí. Más vale así. Alá es sabio.

A la mañana siguiente, antes de reanudar el viaje, a las prisioneras las visitaron varios naibs que hablaban el ruso, entre ellos Daniel Beg, sultán de Elisou, quien les ordenó que les escribieran a sus parientes de Tiflis para comunicarles su situación y decirles que reunieran sin demora el dinero del rescate. Los negros ojos de la princesa Anna fulguraron peligrosamente.

—¡Asesinos! ¡Ladrones! —gritó, enfurecida— ¡Nunca les obedeceré!

Pero, por fin, su hermana creyó prudente complacer a sus apresadores y le escribió al general Réad:

"Nosotras y toda la familia nos hallamos prisioneras. Estamos vivas, pero nos falta todo. Ayúdennos y comuniquen la situación a nuestros parientes. Envíen la carta al campamento de Shamyl, en Dargo-Vedin."

A las cautivas las hicieron salir de allí y les dieron caballos de refresco y otros guardias. Ahora, cuando se disponían a partir al gran aúl, descubrieron que su escolta estaba formada por lesghianos y toda la diferencia existente entre éstos y los chechenes. Los chechenes, a pesar de ser feroces, eran las tropas escogidas de Shamyl, mientras que los lesghianos eran sus soldados de línea e inmediatamente las cautivas sintieron su brutalidad, su odio a sus víctimas infieles.

Las prisioneras tuvieron que viajar durante muchos días y noches, subiendo cada vez a mayor altura, hallando un terreno cada vez más infranqueable, trepando trabajosamente por senderos tan empinados que los que cabalgaban debían apearse a menudo para salvar a los caballos, a quienes los múridas cuidaban mucho. Abajo, abrían sus fauces unas grietas tan terribles que varias criadas se desplomaron, vencidas por el vértigo. El alimento de las viajeras consistía en una carne seca casi incomible y en *koumeli*, una mezcla muy desabrida de harina de mijo, que los montañeses humedecen con agua y soban hasta convertirla en un amasijo. Pero aquello parecía satisfactorio para los lesghianos, quienes viajaban días enteros con ese alimento, completado a veces con un puñado de hojas de rododendro, consideradas al parecer muy nutritivas. En cierta ocasión, la princesa Anna logró permutar su último anillo con diamante por un trozo de pan y un hueso de carnero, que toda la familia se consagró a roer por turno, sin que ello, por lo demás, le calmara el hambre. En otra oportunidad, los ganchos y corchetes del vestido de la princesa Orbeliani resultaron tan valiosos como los diamantes, proporcionándoles a cambio cebollas y melocotones. Uno de los lesghianos le dio a Madame Drancy una manzana y le dijo, mientras la observaba con curiosidad:

—Sé que ustedes los georgianos están acostumbrados a comerlas todos los días.

Poco a poco, el terror y el sufrimiento superaron el hambre y a las cautivas poco les importó ya si estaban vivas o muertas, si pasaban hambre o comían. Pero la princesa Nina, quien se había enterado de que Shamyl sabía que su familia pasaba estrecheces y no podría reunir un rescate, estaba convencida de que su cautiverio sería breve y por lo tanto se mostraba menos abatida que las demás y hasta exhibía un sano apetito. También Madame Drancy lograba comer todo lo que encontraba. Los niños se habían repuesto ya lo suficiente para divertirse imitando a los múridas cuando rezaban.

A esta altura, la fiebre y la disentería empezaban a hacerse sentir entre las prisioneras. Por fin, algunas no pudieron seguir el viaje y las abandonaron a una muerte lenta. Varias fueron ultimadas piadosamente de una puñalada. Los niños, separados a menudo de sus madres, gritaban de terror y de hambre. El pequeño George Orbeliani estaba aún con su ama de cría y hasta entonces no había sufrido daño alguno; pero Alejandro Tchavtchavadzé a quien llevaba en brazos una criada, apenas se mantenía vivo con puñados de nieve, que ella le daba cuando cruzaban tambaleándose los desfiladeros. El nene de una de las siervas exasperaba tanto a los lesghianos con sus chillidos que le destrozaron la cabeza contra las rocas y arrojaron su cadáver al barranco; entonces, su madre empezó a gritar de una manera tal que los guardias la mataron a puñaladas. Las princesas vivían en un constante terror de que los chillidos de sus propios niños les valieran un fin idéntico. Pero los lesghianos se mostraron más bondadosos con el nene de tres años de la princesa Tamara

y se limitaron a meterlo en la alforja de un caballo, donde poco a poco dejó de llorar y se quedó dormido.

Aquel espantoso viaje fue subravado por una serie de cruces de ríos. A veces, a las prisioneras les ataban una mano al estribo y las obligaban a nadar por los helados torrentes junto a los caballos; en otras ocasiones, tenían que cruzar un abismo, cuyo único puente era un árbol caído y cada paso era una tortura. En cierto momento, Madame Drancy prefirió la muerte y se sentó, harto agotada y asustada para seguir avanzando. Los lesghianos la obligaron a aferrarse al caballo, le echaron una capa sobre la cabeza y, dándole un latigazo sobre los hombros, la forzaron a seguir avanzando. En otra ocasión, perdió pie y sólo la salvó cuando ya pendía cabeza abajo un múrida que la asió de aquellas botinas compradas en la Rue de Rivoli... a un mundo de distancia de allí.

El viaje hasta el Gran Aúl era largo, pero sus guardianes las llevaban deliberadamente por los senderos más tortuosos, trepando para desorientarlas y hacerles olvidar la verdadera ruta. Al cabo de dos semanas, las cautivas estaban tan agotadas y hambrientas y los niños tan enfermos y el abatimiento era tan general entre ellos, que apenas lograban distinguir el día de la noche, el este del oeste.

A las prisioneras les habían dicho que, en todo dominio de Shamyl, no se permitía que una mujer siguiera siendo viuda durante más de tres meses, medida destinada a mantener el nivel de una población diezmada por una guerra perpetua, y ahora ya vislumbraban la perspectiva de ser llevadas a algún harén múrida. Los múridas las miraban de una manera que no presagiaba nada bueno: eran *kanus* rusas, esposas de príncipes infieles, enemigas y ellos sentían curiosidad por saber qué dispondría el Imán, tratándose de mujeres tan importantes. Su rescate tenía que ser muy alto, decían los guardias. Mientras tanto, no debían hacerles daño.

—¡Para Shamyl, el Imán! —gritaban los guardias y las multitudes se apartaban, con aire hosco.

En cierto momento, pareció que la princesa Anna se iba a morir. La acometieron violentas calenturas, deliró y su pie herido comenzó a infectarse, de manera que, durante buena parte de la travesía, tuvieron que llevarla en brazos. Cada vez que se encontraban con un grupo de chechenes de viaje, la Princesa se adelantaba hacia ellos tambaleándose para preguntarle si sabían algo sobre Lydia. No podían decirle nada y ninguna de sus acompañantes se atrevía a revelarle la verdad por temor a que enloqueciera.

Luego, llegaron a un paraje de insólita belleza y esto atenuó un poco los sufrimientos de las cautivas. Los lesghianos decidieron detenerse allí un par de días. Esperaban emisarios que les anunciaran la llegada de Shamyl al Gran Aúl. No era decoroso que llevaran allí a las prisioneras antes del regreso del Imán. El caso fue que aquella tregua les proporcionó cierto reposo a aquéllas. Y hasta un desahogo, porque espectácu-

los como el que ofreció uno de los naibs paseándose majestuosamente y protegiéndose del sol con la parcela de sombra proporcionada por la sombrilla de Madame Drancy les causó una risa histérica irresistible. Pero pronto volvió la tensión. Cuando los lesghianos levantaron campamento y se reanudó la ascensión, los cielos se nublaron y una violentísima lluvia empezó a fustigar a los viajeros. En los altos desfiladeros, los esperaban densas capas de nieve. ¡Y allá arriba, de nuevo las montañas! Por más que treparan, aquellas cumbres seguían siendo inaccesibles, remotas.

* * *

Cuando estaban a un día de marcha del Gran Aúl, a la caravana le salió al encuentro un pequeño grupo de jinetes que conferenció con los guardias y le dio a cada una de las mujeres un trozo cuadrado de seda negra, indicándole que debía cubrirse la cabeza con él. Ninguna mujer ávara de importancia podía presentarse en público o ante el Imán sin estar velada. Al anochecer, subieron por la empinada ladera que constituía la última etapa del viaje a Dargo-Vedin. Las prisioneras se hallaban convertidas en unas figuras harapientas y esqueléticas casi irreconocibles. Cuando apareció el Gran Aúl entre las rocas circundantes, una nutrida bandada de cuervos empezó a graznar sobre sus cabezas, siniestro presagio para las vidas de las cautivas. Todas ellas tiritaban de terror, agotamiento y frío, los niños lloraban y las criadas gemían. La lluvia las seguía azotando cuando llegaron a una alta empalizada, con puertas de hierro. Llevaron a las prisioneras a un gran patio, rodeado por muros de piedras toscamente apiladas y con una galería de madera que flanqueaba las paredes. Hubo un gran alboroto de hombres y caballos y varias mujeres veladas y de bombachas turcas cruzaron de prisa la galería. Sobre cada puerta, había cortinados que se movían a impulsos del viento. La luz de las antorchas jugaba por momentos sobre aquella sombría escena, reflejándose sobre los charcos de barro y centelleando sobre las pistolas con mango de plata y las pesadas armas blancas de los guardias. Más allá del círculo de luz, las princesas notaron de pronto a una alta figura apenas visible en la sombra, arrebujada en una larga capa blanca y parada en un balcón que daba sobre el patio. Aquella figura parecía observarlas atentamente. De pronto, alzó la mano y se hizo un silencio total. Hasta los niños dejaron de llorar, sorprendidos por aquella repentina quietud.

—¡Alá es grande! —dijo la figura de la capa blanca y se volvió, desapareciendo en las sombras.

Era Shamyl el Ávaro, el temido jefe, el León del Daghestán.

Cuando los pesados pasadores de las puertas se cerraron detrás de ellas, las cautivas comprendieron que ya eran rehenes de su harén

Tercera parte

26

UN CAUTIVERIO

"¿Cómo hemos de entonar la can. . : del Señor en tierra extraña?".

SALMO CXXXVII.

En un relato sobre la vida de las prisioneras en el aúl, publicado después de su liberación por el periódico "Kavkás" de Tiflis, nos enteramos de que "la primera noche se dedicó a las presentaciones", una frase que le da un tinte extrañamente social a un momento que, en realidad, empañaban los presentimientos. Pero desde el primer momento, Shamyl había ordenado que a sus cautivas las respetaran como esposas suyas. Cuando éstas le narraron los sufrimientos vividos durante el viaje, se manifestó disgustadísimo. El hecho de que sufrieran no se le debía tanto a él como a la circunstancia de que eran mujeres civilizadas criadas en otras condiciones y a quienes afectaban mucho las incomodidades y privaciones del aúl. Daniel Beg, inquieto ante las terribles condiciones en que hallara a las cautivas en la Torre de Pohali, le había pedido a Shamyl que le permitiera tenerlas en su casa, ya que, por haber estado tanto tiempo entre los rusos, conocía su modo de vivir. Pero Shamyl se negó: no quería correr el riesgo de que tan valiosos rehenes estuvieran en otro lugar; prefería tenerlos en su propio harén. Además, las cautivas debían ser tratadas como su propia familia. ¿Qué más podía desear una mujer? Y así fue como las prisioneras entraron al Gran Aúl para vivir allí ocho meses, desde mediados del verano de 1854 y durante los terribles meses del invierno hasta la primavera de 1855.

* * *

Cuando las condujeron al alojamiento que les destinaban, que daba sobre el patio principal, las cautivas vieron un cuarto enjalbegado de cielo raso bajo, iluminado por una ventana de vidrio sin esmerilar, "no mayor que un pañuelo de bolsillo, de poco más o menos un cuarto de

metro". Midieron la habitación paseándose por ella: "dieciocho zapatos de largo y doce de ancho". Allí, las dos princesas, los niños, Madame Drancy y la mayoría de las criadas de Tzinondali, en total veintitrés personas, debían vivir, comer y dormir lo mejor posible. Las princesas estaban resueltas a sacrificar su propia comodidad para mantener a su servidumbre consigo, ya que sabían que, cuando los separasen, habría pocas esperanzas de volver a encontrarla. Por eso, todas se quedaron juntas, víctimas del calor y la incomodidad más asfixiantes. No había muebles: el piso estaba cubierto por esteras de fieltro, y en altos estantes, adosados a los muros, se hallaban apilados bultos de ropa de cama bastante desaliñada, cobertores y almohadas. Poco después, aumentaron sus bienes trayéndoles unas pocas cacerolas estropeadas, una tetera, varios vasos y un pan de azúcar. Las mujeres del aúl ya irrumpían allí con curiosidad, como si el aposento estuviese poco abarrotado y sus niños trataban de jugar con las princesitas: pero retrocedieron asustados al llegar las dos esposas más importantes del imán, Zaïdate y Shouanete, quienes les dieron la bienvenida oficial y les regalaron una golosina de Tollet, el mejor confitero de Tiflis.

La conversación resultaba difícil, porque en todo el harén sólo Shouanete, la cristiana conversa, recordaba un poco de ruso de su niñez en Mozdok. Mientras que Zaïdate despreciaba lisa y llanamente a las infieles y les demostraba su antipatía, Shouanete les dio unas pruebas inmediatas de cordialidad que las conmovieron. No era precisamente bonita, pero irradiaba suave gracia y bondad. Durante todo el cautiverio de las princesas y sus acompañantes, la primera preocupación de Shouanete fue su bienestar y nunca dejó de compartir con ellas los pocos lujos y privilegios propios de su jerarquía. Fue siempre Shouanete quien trató de atenuar la aspereza de Zaïdate e intercedió por ellas ante el imán. Zaïdate, quien disfrutaba y abusaba de su posición como primera esposa, esgrimía el poder supremo sobre el harén, pero no sobre Shamyl, quien se había casado con ella por razones puramente políticas y prefería evidentemente a Shouanete, "La Perla", aunque se esforzaba seriamente en cumplir con los dogmas del Corán y en no mostrar favoritismo. Zaïdate era pequeña, delgada, astuta, de facciones aguileñas, rostro picado de viruelas y sonrisa maligna. Pero hasta sus víctimas las princesas admitían que tenía gracia y unos pies y manos delicados.

Detrás de aquellas dos mujeres, las cautivas observaron a una muchacha de deslumbrante belleza y coquetamente vestida, quien lucía la misma larga blusa de hilo y las mismas bombachas turcas que las demás, pero de colores más vivos y se tocaba con velos más alegres. Parecía tener unos dieciocho años; su naricilla respingada era insolente y sus grandes ojos de un límpido color gris. Además, su boca hermosamente dibujada estaba flanqueada por dos hoyos profundos. Todo su aspecto era distinto del de las demás morenas montañesas. Era Aminette, una *kist*, la tercera esposa de Shamyl. La habían capturado en una correría,

a los tres años de edad y criado en la casa de Shamyl, con los hijos del Imán; Djemmal-Eddin había sido su primer compañero de juegos, pero cuando lo entregaran en Akhulgo, Aminette transfirió su afecto a su hermano Khazi Mahommed, quien le llevaba dos años y al cual había llegado a querer apasionadamente.

Cuando la muchacha cumplió los dieciséis años, el idilio de ambos terminó. La belleza de Aminette era tan llamativa que el Imán la tomó por tercera esposa. Su hijo se casó con Kherimat, la hija de Daniel Beg; fue una boda impuesta, en cuanto al Imán se refiere, por motivos políticos. Shamyl desconfiaba de Kherimat, pero una alianza con su padre era prudente El caso es que Khazi Mahommed estaba desesperadamente enamorado de ella. Los primeros años de Kherimat, pasados en Tiflis cuando su padre les era leal a los rusos, la habían convertido en una refinada coqueta. Era ambiciosa, además y estaba resuelta a casarse con el heredero del Imán. Su amalgama de belleza asiática y seducciones occidentales, deslumbró a su joven marido tanto como exasperó a su suegro. Cuando llegaba de Karaty a visitar el Gran Aúl, venía envuelta en una vaharada de perfume, con sus velos de gasa dorada sujetos con broches enjoyados y la capa con brocado forrada de marta cebellina, ante lo cual Shouanete y Zaïdate no podían reprimir sus miradas de envidia. El Imán, dada su rigidez en punto a adorno personal, se sentía irritado hasta cuando se trataba de la amante Shouanete. A veces, los derroches de Kherimat endurecían tanto a Shamyl que se sentía tentado de quemar su equipaje. Entonces la joven fingía llorar, sabiendo que tenía muchas otras ropas suntuosas en Karaty, y a Khazi Mahommed lo esclavizaban más que nunca sus fingidos sollozos; pero Aminette corría a su cuarto y atrancaba la puerta y lloraba hasta quedarse dormida al pensar en lo mucho que amaba a su hijastro.

Pero las prisioneras sólo descubrieron esto gradualmente. Al principio estaban demasiado agotadas, demasiado inquietas por su suerte para mirar más allá de las cuatro húmedas paredes de su habitación. Se arrojaron sobre los colchones que olían a rancio y trataron de dormir. De noche, los niños gimieron. Fuera, se oía el ir y venir de los centinelas. Al amanecer, el grito del muecín las despertó de su inquieto sueño y se levantaron, tiritando, para afrontar aquella nueva jornada de su cautiverio.

A mediodía, el mayordomo de Shamyl, Hadjio, un personaje muy importante del aúl, les anunció que el Imán se proponía visitarlas esa tarde. Les ordenó que se pusieran los velos y colocaran una silla en la galería, fuera de su puerta, ya que el Imán no franquearía el umbral. La entrevista se desarrolló por intermedio de dos intérpretes, Shah Abbas, un armenio, e Indris, un desertor ruso que les inspiró inmediatamente antipatía a las princesas y no sin motivo, porque debían descubrir muy pronto hasta qué punto dependían de él y con frecuencia el resentimiento de Indris debía tergiversar tanto las declaraciones de las dos como los men-

sajes que enviaban, o recibían, concernientes a su liberación. La figura de Shamyl resultaba imponente sentada en la mísera silla de madera como si fuese un trono y flanqueada por su guardia y su verdugo principal, un alarde que, habitualmente, no hacía con los cautivos.

Las miró con sus extraños ojos, que parecían causados por el tajo de una cimitarra.

—Me dicen, Varvara, que eres la esposa de Ellico. Fue mi prisionero: un hombre noble, valiente, que nunca me engañó —dijo—. Compréndeme: detesto el engaño. No te sucederá nada malo si no tratas de engañarme. El sultán ruso me arrebató a mi hijo y por más que he ofrecido a cambio prisioneros destacados, no me lo ha devuelto... Dicen, Anna y Varvara, que sois las nietas del Sultán de Georgia. Por lo tanto, me parecéis personas indicadas para escribirle al sultán ruso: que me devuelva a Djemmal-Eddin y os dejo en libertad inmediatamente. Mi pueblo pide además un rescate. Trataré el asunto con vuestras familias más adelante.

Cuando el intérprete les tradujo estas palabras, las princesas se sintieron perdidas: había que reunir el dinero, pero... ¿cómo podían confiar en que el Zar contemplara la posibilidad de devolver a su protegido Djemmal-Eddin, cómo confiar en que el elegante y festejado edecán a quien conocieran en San Petersburgo volviera a esas soledades que abandonara siendo niño? Los muros del aúl parecieron cerrarse sobre ellas implacablemente y Shamyl continuó:

—Detengo las cartas dirigidas a ustedes: me las hago traducir. Pero una de ellas no está en ruso ni en georgiano ni en tártaro. Compréndanme... Ustedes nunca recibirán ni enviarán algo que yo no pueda leer. Alá le aconseja al hombre prudencia. Yo obedezco a Alá... ¿Qué lengua extranjera es ésa? ¿Por qué emplean ustedes esa escritura? ¿Pretenden engañarme?

Al decir esto, rasgó la carta y ésta revoloteó hasta posarse en el suelo y Madame Drancy logró reconocer, con angustia, la letra de su madre.

Reprimiendo a duras penas lágrimas de nostalgia, le volvió la espalda a Shamyl. La princesa Anna estaba tan furiosa por el sermón del Imán que se adelantó, olvidando todo el protocolo del harén y apartando el velo, lo miró con ira, lanzándole a la cara una réplica muy poco diplomática.

—Usted no tiene por qué amenazarnos. No nos proponemos engañarlo. Nuestra jerarquía y educación nos impiden mentir. Puede confiar en nuestra palabra. Pero no podemos responsabilizarnos de las cartas que nos mandan los demás. Con nosotros está una extranjera, una francesa... otra de sus víctimas inocentes. La carta que usted destruyó era, probablemente, para ella.

El rostro de Shamyl se conservó impasible durante esta perorata, pero sus ojos de pesados párpados escudriñaron a la Princesa de pies a cabeza. Luego, se levantó majestuosamente.

—Así sea —dijo—. Pórtense bien y no tendrán nada que temer. Recibi-

rán las cartas que he leído. Pero no lo olviden. Cualquier engaño es una ofensa a Alá y a su siervo Shamyl. Si descubro que proyectan huir o engañarme, las haré matar. Tengo el derecho de decapitar... Es mi deber de Imán.

Y Shamyl les volvió la espalda y se alejó dando grandes zancadas, seguido por su séquito. En el silencio subsiguiente, los sollozos de Madame Drancy resultaban agudos y sonoros.

* * *

En su asfixiante habitación, las prisioneras estaban sumidas en una melancolía que nada podía disipar. Hasta la llegada de un paquete enviado por sus parientes de Tiflis, con artículos de primera necesidad —jabón, peines, toallas y otros— sólo les dió ánimos momentáneamente. Se les permitía comunicarse con sus familares nada más que para decirles que estaban sanas y salvas y hablar del rescate.

Ahora, la salud del pequeño Alejandro empezaba a causarles vivas aprensiones. Poco había faltado para que el viaje le causara la muerte. Estaba en plena dentición y lloraba convulsivamente. A Shamyl le gustaban los niños y a diario llevaban a sus habitaciones a los hijos de las cautivas, jugaba con ellos, acariciándoles y dándoles todas las libertades posibles. Por grandes que fueran sus preocupaciones, sea que el curso de la guerra fuese favorable o no, siempre tenía tiempo para ellos. Parecían entenderse en algún idioma universal y los niños trepaban sobre Shamyl, gritando y riendo, tanto que, al oír aquel alboroto, las princesas temblaban al pensar en su audacia. Pero los niños siempre volvían contentos y excitados, trayendo las frutas y trozos de melocha que el Imán les ponía en las manos. Shamyl se mostraba particularmente solícito con respecto a la salud de Alejandro; en vano trajo a célebres médicos de sus provincias más lejanas; en vano consiguió hierbas raras o hizo envolver a Alejandro en la piel de una oveja recién sacrificada, lo cual se consideraba por lo general un medicamento infalible; el niño no mejoraba y se tendía gimiendo a los pies del Imán. Pero nadie habría sabido decir si Shamyl estaba preocupado por el niño enfermo o por el hijo de la princesa Ana... un rehén tan valioso. El calor sin aire de la habitación atestada donde todos dormían debilitaba al niño cada vez más; y, por fin, la princesa obtuvo permiso de Shamyl para que durmiese fuera, bajo la galería y con la vigilancia de una niñera; y entonces, la criatura empezó a mejorar lentamente.

La falta de ventilación y de gimnasia agotaban gradualmente el espíritu y la salud de las cautivas. Shamyl había dispuesto que ninguna de ellas debía abandonar su habitación (en realidad, para garantizar la intimidad y honor de sus prisioneras, él mismo era tan escrupuloso que no franqueaba jamás el patio que estaba delante de la puerta de las prinsas, optando siempre por el otro lado del cuadrilátero). Pero durante esos

meses de calor intenso, les habían permitido sentarse fuera de noche, cuando Shamyl se retiraba a descansar, o subir al romo tejado al amparo de la oscuridad, para gustar allí el fresco aire matinal y observar el brillo de las estrellas sobre las cumbres lejanas. Durante algún tiempo, ése fue su único solaz. Bajo la vasta bóveda oscura del cielo, las infortunadas mujeres se sentían aliviadas y confortadas.

Al cabo de un mes, el número de niños aumentó cuando Shouanete alumbró a una hija: todas las demás habían muerto cuando eran muy pequeñas.

El hijo menor del Imán, Mahommed Sheffi, un niño de quince años, guapo, jovial y exuberante, era visto con poca frecuencia por las cautivas, ya que aprendía a montar y a disparar de una manera digna del hijo del Imán. Su hermano mayor, Khazi Mahommed, era considerado el mejor jinete de las montañas y lo superaba apenas su padre, con quien rivalizaba en puntería. De manera que el niño no se sentía a la altura de ambos y practicaba sin cesar, yéndose a todas horas del harén a caballo; y a lo lejos, se oían las detonaciones de su fusil contra las grandes paredes rocosas y entonces los cuervos subían al cielo y describían círculos.

La suegra de Shamyl, Bahou, abuela de los hijos que el Imán había tenido con Fatimat, vivía también en el harén y era muy respetada. Lo que más le gustaba era cocer el pan para todos los moradores del harén. Por desgracia, hacía ese pan a la manera del Cáucaso, con una gruesa capa externa de grasa que cubría la corteza. Esto les causaba tales náuseas a las cautivas que nunca se habituaron a él y despojaban aquel pan de la grasa y la corteza, dejando un pedazo muy mermado que luego empapaban en agua para quitarle el hedor. En el harén vivían también una maligna vieja tártara, Hadji Rebel, institutriz de las hijas de Shamyl, quien les cobró antipatía inmediatamente a las infieles y las molestaba en todo lo posible, aunque con aire muy gazmoño, como quien ejecuta los deseos de Alá. Además, estaban Nana, la madre de Aminette, y Batchoum, la mujer del viejo preceptor de Shamyl, el *Mollah* Jamul u'din y madrastra de Zaïdate. El harén, o patio interior, estaba concentrado alrededor de la residencia del propio Shamyl, un edificio independiente formado por tres pequeñas habitaciones, contiguas a una pequeña mezquita. Los aposentos de las mujeres, los de las esposas de Shamyl, las cautivas y los niños, rodeaban el patio y se abrían sobre la galería. La puerta de acceso estaba flanqueada por la tesorería de Shamyl y por una sala de recibo o *selamlik*, donde Shamyl atendía a sus huéspedes y solucionaba los asuntos de su ejército y de las provincias; porque era tan eximio legislador como guerrero. El resto del harén estaba separado de esas habitaciones por un tabique, o alta separación de madera por cuyas grietas atisbaban las mujeres las idas y venidas del mundo exterior. No se les permitía franquear esa barrera y las cautivas la llamaban "el muro de los celos". Una tahona, una despensa, unas caballerizas y un

pozo completaban el harén, convirtiéndolo en una unidad autónoma dentro del aúl externo.

Durante ocho meses aquél fue todo el mundo que tuvieron las cautivas; sus muros de piedra y desvencijadas habitaciones formaron todo su horizonte y las monótonas horas del día y de la noche sólo eran señaladas por el grito del muecín. No había nada que hacer ni adonde ir. Pero con el tiempo, a las cautivas empezaron a alegrarlas las visitas de las esposas de Shamyl y cuando se entendieron con ellas mejor y Shouanete recordó el ruso de su niñez y las cautivas comprendieron algo del dialecto chechén, se sintieron atraídas, a pesar suyo, por la vida que las rodeaba. Cuando Shamyl partía a una batalla, compartían la ansiedad de Shouanete; cuando el Imán regresaba con piezas de seda para sus esposas y no quedaba nada para Aminette, comprendían el desencanto de la muchacha y compartieron su insolente alegría cuando una noche corrió a ocultarse en la habitación de las cautivas, haciendo esperar al gran Imán ante su puerta como si fuera un adolescente que la pretendía. Por fin, al no recibir respuesta a sus golpes en la puerta, cansado y helado, el León del Daghestán se metió en el bolsillo la llave insertada en la cerradura, (las princesas notaron con asombro que no entraba) y, dejando fuera a la vagabunda Aminette, permaneció oculto en las sombras, esperando a que su joven esposa volviera. Pero Aminette, quien atisbaba por una grieta de la puerta de las princesas, reprimió su risa y anunció que no volvería. Después de una larga espera, soportada con la paciencia y humildad del más apasionado de los amantes, el intenso frío obligó a Shamyl a volver a sus aposentos y cruzó el patio con aire abatido. Pero lo que era para Aminette una travesura, significaba para las cautivas una cuestión de vida o muerte. Ninguna de ellas había olvidado el hacha del verdugo; todas podían imaginar la suerte que las esperaba si Shamyl descubría que ellas habían instigado a Aminette o lo habían visto en aquella actitud tan propia de su vida privada, y vivieron preocupadas durante algún tiempo después de aquel episodio nocturno.

Hasta la aborrecible Zaïdate cobraba una dimensión más humana cuando les confiaba sus problemas. Temía estar volviéndose estéril. Ninguna de las hierbas locales le había ayudado. ¿Podían las princesas escribir a Tiflis y conseguirle medicamentos nuevos? Las cautivas así lo hicieron y los emisarios de Shamyl llevaron las cartas y volvieron con los medicamentos y los consejos del médico. Mientras Zaïdate se sometía al tratamiento, se mostró complaciente con las princesas y sus acompañantes, enviándoles golosinas extras y las mejores viandas disponibles, una variación de su dieta de pan y queso de cabra usual que fue muy bien recibida. Pero poco después, al descubrir Zaïdate que los medicamentos no le causaban efecto, la comida de las prisioneras volvió a ser escasa y poco agradable y lo habría seguido siendo si Shamyl, al volver de una de sus incursiones, no hubiese venido personalmente a inspeccionar la chimenea de la habitación de las princesas cuya reparación ordenara.

Durante su visita, observó una cacerola con un agua de cebollas de aspecto sucio que pasaba por ser sopa y era la única comida de ese día para las prisioneras. Entonces, montó en cólera, mandó en busca de Zaïdate y le propinó una violenta reprimenda, haciéndola llorar en su presencia. A los pocos minutos, llegó Shouanete, radiante, seguida por Hadjio, trayéndoles a las cautivas carne, arroz, manteca y té. Y, por una vez las cautivas pudieron comer hasta hartarse y sentirse en paz con el mundo... hasta con Zaïdate.

Pero esto no duró mucho. La primera esposa de Shamyl las atormentaba sin cesar, pretendiendo saber cuánto dinero podían reunir sus familias y asegurándoles que las esperaba una suerte horrible si no se concretaba el rescate. Luego, les hablaba de la crecida suma que, las prisioneras lo sabían, había fijado efectivamente para su rescate el Consejo del Pueblo, un organismo al cual ni siquiera Shamyl podía contradecir. Shouanete nada podía hacer para inducir a su marido a disminuir la suma: Shamyl sólo quería que le devolvieran a su hijo; pero el pueblo exigía dinero a cambio de las cautivas.

El propio Shamyl era, en cierto modo, un cautivo. A pesar de su gobierno autocrático, no podía oponerse a la voluntad del pueblo en ese asunto, porque habría corrido el peligro de perder el respeto de sus más poderosos naibs, para todos los cuales las princesas eran el único medio posible de obtener el dinero que necesitaban para comprar armas y reparar la devastación que formaba parte de la táctica rusa. Los montañeses estaban convencidos de que ninguna suma que se exigiera sería demasiado exorbitante tratándose de una familia tan principesca. No podían comprender que la riqueza de los Tchavtchadzé consistía en la tierra, más bien que en el dinero. Tampoco podían comprender que los documentos hallados entre las cosas de la Princesa eran el testamento de su marido y las escrituras de las propiedades que figuraban en él y que el pequeño George debía heredar cuando fuese mayor de edad. La Princesa lo explicaba todo laboriosamente: pero Zaïdate tenía la respuesta pronta.

—En ese caso, tu hijo deberá quedarse aquí hasta que sea mayor de edad y pueda vender las propiedades. Pero no te aflijas. El aire de la montaña es bueno. Sería un jovencito grande y fuerte.

Entonces, la princesa Varvara prorrumpía en sollozos y Zaïdate se alejaba, con aire satisfecho.

* * *

Habían transcurrido tres meses y noviembre trajo pocos cambios, salvo que el verano les cedió el paso a las tormentas de otoño. Llovía con una violencia torrencial y el agua se filtraba por las goteras. En algunos sitios, en el patio había una capa de barro que llegaba hasta las rodillas; a través del aúl soplaba sin cesar el viento, haciendo cimbrear las puertas, desprendiendo tejas de los techos y hostigando los

nervios de las cautivas. Su ropa andrajosa era insuficiente y el hogar humeaba de una manera insoportable. Su situación suscitaba ahora piedad entre algunos de los *karauls* o guardianes del harén, quienes atendían a los huéspedes de Shamyl (*mollahs*, gobernadores de sus provincias y naibs que comían en la sala de recibo) y nunca olvidaban reservar unas migajas para las princesas, un trozo de carne o alguna fruta para los niños. Gradualmente, las prisioneras terminaron por comprender a los montañeses: aunque las habían golpeado y zamarreado tan brutalmente en el viaje, ello obedecía al temor de que cualquier demora implicara el riesgo de que las rescataran los rusos.

Si el destino se mostraba cruel con las princesas, lo había sido mucho más con la infortunada Madame Drancy: era extranjera, sin esperanza de rescate o de que alguien se interesara por ella; no tenía la menor importancia para los múridas, ni política ni personalmente. No sabía el ruso ni el georgiano y mucho menos ninguno de los dialectos tártaros, de modo que cada palabra de las cautivas debía serle traducida porque, de lo contrario, ella quedaba al margen del último refugio de las prisioneras: la conversación. Ahora, les interesaba la más insignificante de las cosas: el tamaño de las nubes, el vuelo de un pájaro vislumbrado por el diminuto cuadrado de una ventana; hasta las costumbres de los insectos que trepaban por las paredes eran tema de discusión. Había llegado a sus manos de Tiflis un libro, la "Imitación de Cristo"; Shamyl, al serle garantizado su carácter sagrado, lo dejó pasar. Con él, Madame Drancy les enseñaba a leer en francés a Marie y a Salomé, mientras que ella y las princesas hallaban consuelo en los sermones del libro, que hablaba largamente de la paciencia con que el verdadero cristiano lleva su cruz. Madame Drancy nos cuenta que la princesa Orbeliani siempre daba un ejemplo piadoso, pero que ni ella, Madame Drancy, ni la princesa Anna, podían abstenerse de amargas quejas. La francesa se arrastraba hacia un rincón, para llorar allí, inadvertida, recordando a su patria y su madre.

* * *

Las princesas habían recibido la noticia de que el príncipe David y el general Réad estaban haciendo todo lo posible por liberarlas. Fuera de eso nada sabían, salvo que la suma exigida era astronómica y que parecía igualmente imposible obtener la devolución de Djemmal-Eddin. Las prisioneras les dijeron lisa y llanamente a sus apresadores que nunca se podría reunir el dinero exigido. Pero los cálculos económicos estaban siempre fuera del alcance de los montañeses. Necesitaban dinero... no para sí mismos, sino para reparar los aúles en ruinas y los pastos.

Cada vez que los naibs les insinuaban que le escribieran al Zar en persona, las princesas se negaban.

—Nuestro cautiverio se debe a una negligencia mía —decía la princesa Anna. Preferiría morir a molestar al Emperador con mis cuitas... so-

bre todo ahora, cuando lo absorbe por completo la campaña de Crimea.

Cierto día, Zaïdate irrumpió en la habitación de las prisioneras con un ejemplar del "Russki Invalid", un periódico de San Petersburgo y les señaló un párrafo subrayadc que le tradujera Indris. Se refería a una suma muy elevada concedida por el gobierno británico con algún fin especial.

—¡Ya lo ven! —dijo Zaïdate, con aire de triunfo— Esas grandes sumas de dinero *existen*. Si la mujer del Kan de Inglaterra puede pagar millones, también puede hacerlo la mujer del Kan de Rusia. Ustedes fueron sus azafatas. Ella pagará si ustedes se lo piden.

—¿Por qué habrían de hacerlo? *Ella* no es prisionera de ustedes —replicó la princesa Anna, quien se negaba todavía a escribir al Palacio de Invierno.

II

En los relatos detallados sobre la vida en el aúl de Shamyl que han dejado Madame Drancy y las princesas, nunca se menciona un aspecto esencial de la vida cotidiana. Se prescinde de la faceta sanitaria: se tiende un velo de recato sobre lo que debió de ser, probablemente, la faceta más terrible de su cautiverio. Todas estas mujeres y niños estuvieron enjaulados en un pequeño aposento, lo mismo enfermos que sanos. Nos dicen que nunca se les permitió abandonarlo en los primeros meses. Una pequeña artesa y una jofaina fue probablemente todo lo que les proporcionaron para lavar veintidós cuerpos. Por lo demás, es probable que el aúl no poseyera los primitivos pero eficaces retretes que se ven aún en los aposentos de los harenes medievales del palacio del sultán, Topkapu Serai, ni los baños turcos que, en diversos grados de suntuosidad, se encuetnran en toda Turquía. Y aunque hubiera esas comodidades... ¿se les permitía acaso a las cautivas abandonar su cárcel? En los bocetos y planos del harén del Imán que se publicaron en un periódico de Tiflis después de su liberación, las princesas señalaron con exactitud la ubicación de cada habitación, del pozo, de las caballerizas y lugares semejantes; pero no se habló para nada de un cuarto de baño o retrete. ¿Hizo más penoso aún su cautiverio una falta total de intimidad y de higiene? Nunca lo sabremos: hasta los cimientos del Gran Aúl están destruidos; el incansable viento de la montaña barre ahora la meseta donde se erguía antaño y no queda ningún ser vivo que pueda evocar esos detalles triviales pero obsesionantes.

III

Cuando Khazi Mahommed volvía al Gran Aúl, Aminette no lograba disimular su alegría y cantaba como un pajaro, con los ojos centelleantes

al corretear de aquí para allá (Aminette siempre corría, nunca caminaba) y le preparaba regalos; pero él los recibía invariablemente con negligencia y se los daba a Mahommed Sheffi. Cuando volvía a montar a caballo, muy gallardo, a un tiempo elegante y recio, y se alejaba con un estrépito de cascos y acero, todas las mujeres se apretujaban contra el "muro de los celos" para mirarlo desaparecer. Sólo Aminette huía a su habitación para ocultar sus lágrimas.

También ella había empezado por ser una cautiva: se sentía tan solitaria... Zaïdate la atormentaba, Shouanete era toda bondad, pero mucho mayor, mientras que Napicette y Nafisette eran unas niñas; de modo que vivía en la soledad a pesar de su posición.

—¿Y tu marido? —le preguntó la princesa Anna, con curiosidad.

—¿El Imán? No sé por qué, no puedo acostumbrarme a ser su esposa.... Cuando estoy en su presencia, casi tengo miedo de respirar.

Aminette no conocía el Occidente: los hombres elegantes y suavizados por la civilización le eran desconocidos. A diferencia de la princesa Anna, no sentía la fuerza magnética de Shamyl, su fascinación. No se lo decía a las princesas, pero éstas adivinaban que su corazón ansiaba todavía a Khazi Mahommed. A veces, las abandonaba repentinamente y, echándose el velo sobre el rostro, trepaba al tejado del harén, desde donde podía mirar, allende las montañas Karaty, la provicia donde él vivía como gobernador; y cantaba, como para volver a atraerlo a su lado.

Cada mes, cuando aparecía la luna nueva, todas las mujeres se reunían en el patio para rezar y entonces sus gritos y salmodias herían los aires con penetrante y lastimero acento y sollozaban y se golpeaban el pecho con exaltación. Sólo a Zaïdate y a Shouanete les permitían orar con el Imán: ponían una alfombra de oración delante de sus habitaciones y Shamyl se hincaba de rodillas, descalzo, y sus dos esposas, también descalzas, uno o dos pasos más atrás. A Aminette no se le concedía ese honor mientras no tuviera hijos.

En cierta ocasión, durante la ausencia de Shamyl del Gran Aúl, Aminette se ofreció a mostrarles las habitaciones del Imán. ¡El departamento de Barba Azul! Las cautivas vacilaban entre el terror y la curiosidad: pero ésta última se impuso. Pero el espectáculo que vieron no les interesó. Un gran número de libros y manuscritos flanqueaba las paredes, que estaban enjalbegadas y varias alfombras caucasianas cubrían el piso, mientras que una colección de armas, kindjals y pistolas pendían junto al hogar. Las cautivas se fueron sigilosamente, defraudadas, aunque conocían la austera vida de Shamyl.

Por lo general, el caudillo se levantaba al amanecer para orar. A las siete, tomaba el té y comía un poco de pan blanco: esta comida se la traía Shouanete. Desde entonces hasta la una, trabajaba, recibiendo a sus naibs y leyendo informes de sus provincias o de los campos de batalla. El almuerzo, que siempre le traían juntas Shouanete y Zaïdate, era sencillo: un pilaf y un poco de uva, y queso de cabra. El resto del

día del Imán transcurría en meditaciones o plegarias o discusiones teológicas con el Mollah Jamul u'din. A veces, sus intérpretes Indris o Shah Abbas le leían los periódicos extranjeros y, a menudo, le traían a los niños para que los viera al anochecer. A las nueve, cenaba frugalmente a solas. A las once se iba a acostar, eligiendo en estricta rotación, por una semana cada vez, a sus distintas esposas. Pero después de haber dormido siete noches con la una o con la otra, dedicaba siempre veinticuatro horas a solitarias oraciones de purificación. El viernes, se pasaba el día en la mezquita.

Tal era la vida rigurosamente simple de Shamyl en el Gran Aúl.

Cuando el caudillo se marchaba para guiar a sus tropas en una batalla, las cautivas advertían con asombro, que, en vez de sentirse aliviadas o más libres, se sentían más abandonadas e inseguras. Habían descubierto que Shamyl no era un ogro, sino un hombre justo y decente que, de acuerdo con sus propias creencias y dentro de la medida de sus posibilidades, se preocupaba de su bienestar. Era un carcelero que nunca las perseguía deliberadamente ni permitía los malignos abusos que los celos de Zaïdate o la ruindad de Hadji-Rebel les causaban durante su ausencia.

Las prisioneras no podían saber qué curso seguía la guerra ni cómo marchaban sus asuntos. A veces, al mirar el rostro pálido y manchado de lágrimas de Shouanete, adivinaban una derrota múrida, pero no se atrevían a preguntar. Zaïdate, por su parte, les decía que no podían esperar ayuda. Evidentemente, estaba celosa de la princesa Anna. Circulaba el rumor de que si no llegaba el rescate, a las cautivas las repartirían entre los naibs, pero ella creía que Shamyl se guardaría a la princesa Anna para sí.

—No crean que estarán mejor o quedarán en libertad si matan a Shamyl —les dijo una sombría tarde de invierno, cuando se oía cañoneo en las montañas— Tenemos nuestras instrucciones. Si lo matan, debemos degollarlas.

—Y nosotras, preferimos morir a vivir aquí el resto de nuestra vida— le aseguraban con acritud las princesas.

Entonces, Indris las acusaba de no colaborar en el asunto de los rescates y las princesas le respondían que en *ningún* caso les pedirían algo al Emperador o al príncipe Voronzov. Zaïdate se enfurecía porque veía alejarse más aún el rescate y gritaba:

—¿Cómo se *atreven* a desafiar los deseos del Imán? ¡Ustedes, unas prisioneras! ¿Cómo no le tienen miedo?

La princesa Anna contestaba que sólo temía a Dios.

—¿Se habrá visto semejante descaro? —chillaba Zaïdate— ¡El Imán es un santo!

—¿Cómo te atreves a desobedecer su santa orden? —gritaba Hadji-Rebel, terciando en el incidente.

—Será santo, pero no puede devolverme a mi hijita muerta —respondía la Princesa.

Después de estos episodios, Zaïdate cuidaba de que la alimentación de las prisioneras fuese peor que de costumbre, enviándoles viandas rancias o llenas de gorgojos; y no reparaban el vidrio roto de la ventana. En la habitación penetraba el aire glacial de la montaña: a esta altura, los niños padecían fuertes resfríos por haber correteado en el patio descalzos sobre la nieve. Pero la habitación era tan asfixiante de noche que las cautivas no podían remendar la ventana con trapos o papel aceitado como el que usaban las esposas del Imán y que llenaban de lúgubre oscuridad sus habitaciones.

Ahora, estaban muy demacradas y debilitadas. La bella cabellera de la princesa Anna se le caía de a mechones y empezaba a toser de una manera alarmante. Su salud preocupaba mucho a las prisioneras, no sólo por ella misma, sino porque, de acuerdo con el credo múrida, todo niño que quedaba huérfano durante el cautiverio de su madre le pertenecía desde entonces a Alá y debía ser educado en la religión mahometana. Si la princesa se moría, Marie, Salomé y Alejandro le serían arrebatados inmediatamente. De no haber sido por su hijo, la princesa Orbeliani habría preferido morir: para hallar, en la muerte, al marido a quien perdiera en vida. Sólo la joven princesa Nina conservaba un chispazo de juventud y esperanza. Su amistad con Aminette iba viento en popa; a esta altura, Aminette había aprendido a hablar un poco el georgiano. Ambas muchachas discutían sus sentimientos: Aminette, su amor por su hijastro, y Nina, sus "flirts" de Tiflis. La joven Princesa, quien no suspiraba por un hijo lejano como Madame de Drancy ni recordaba a un marido vivo o muerto como sus tías, languidecía al pensar en el lujo, la alegría, la vida de sociedad.

Cuando Hadji-Rebel le dijo que, de todos modos, aunque aceptaran las condiciones del Imán y todas las demás fueran liberadas, a ella la conservarían allí, en el Gran Aúl, para ser la esposa de Djemmal-Eddin, los gritos de ira y terror de la muchacha se oyeron en todo el harén.

—¿Casarme con el hijo de ese monstruo? ¡Preferiría morirme! ¡Todos ustedes son unos torturadores! ¡Me arrojaré al pozo antes que quedarme aquí una hora más!

Nina corrió sollozando al lado de sus tías, quienes notaron con alarma que todo el harén estaba excitado por el alboroto y se había agolpado a las puertas de su habitación. A las mujeres las acaudillaba Hadji-Rebel, quien, temblando de indignación, le gritaba imprecaciones y amenazas a Nina, blandiendo los puños:

—¡Muchacha ingrata! ¡Infiel insolente! ¿Cómo te atreves a hablar así de Shamyl? ¿Cómo te atreves a rechazar a su hijo? ¡Recuerda que eres la esclava del Imán y que, en vez de venderte, te ha dado albergue en su propia casa, conservándote pura como un lirio ¡No eres

digna de casarte con su hijo! Djemmal-Eddin es un príncipe y todas las beldades de Circasia darían sus ojos por conseguirlo. Ahora, no lo tendrás, después de lo que has dicho, ya lo verás... ¡Podrás darte por afortunada si Shamyl te da a un naib!

La calma sólo se restableció cuando la princesa Orbeliani explicó con mucho tacto que a su sobrina le resultaba insoportable la idea de cambiar de religión y que preferiría morir antes que adoptar la fe musulmana. Las convicciones religiosas, por erróneas que fuesen, eran comprendidas en el harén y a las cautivas las dejaron en paz. Pero el incidente no fue olvidado. Hasta Shouanete parecía ofendida por el arranque de la princesa Nina. Evidentemente, Shamyl era para ellos sagrado, un ser supremo que estaba por encima de toda crítica.

Cuando discutieron más tarde el asunto, las princesas se mostraron inquietas. ¿Explicaba esa intención del Imán la extraña circunstancia de que a su sobrina le hubiesen ahorrado las humillaciones y el trato brutal del viaje? Cuando ellas avanzaban a pie, Nina iba a caballo; su ropa y aún sus joyas no habían sido tocadas; sus guardianes se mostraban hasta obsequiosos. Esto respondía, sin duda, a órdenes de Shamyl. Sus espías debían de haberle informado, cuando planeaba su incursión, sobre la presencia de la princesa Nina en Tzinondali, hablándole de su juventud y su belleza. Nina, a su entender, seguramente, sería una excelente esposa para Djemmal-Eddin, por tratarse de una mujer occidental, como las que conociera el joven en San Petersburgo y ese matrimonio atenuaría el malestar que le causaría en los primeros tiempos el abandono de la vida europea a que estaba habituado.

* * *

Dos días antes de Navidad, Shamyl volvió de su campaña con aire sombrío proyectando un velo de tristeza sobre el harén. Evidentemente, había perdido sus batallas.

La melancolía de las princesas se acrecentó durante el invierno al perder a sus criadas, a quienes alojaron en el aúl externo, donde no podían comunicarse con ellas. Eso, se produjo en forma indirecta. Una de las muchachas georgianas, Pelago, había sido rescatada y debía partir al día siguiente. Pero Hadji-Rebel y Zaïdate insistieron en que debían añadir tres grandes bolsas de azúcar al dinero del rescate. Esta rapaz pareja acostumbraba extorsionarle dinero o cosas que se pudieran revender a los prisioneros más importantes, a quienes podían abordar sin que Shamyl lo supiera. Cuidaban de que las víctimas, por lo general conservadas fuera del harén, en los calabozos del aúl, pasaran hambre; de modo que sus parientes al recibir afligentes relatos sobre sus sufrimientos, se las componían generalmente para reunir el dinero.

Cuando Pelago se enteró de aquellas nuevas exigencias, sabiendo que el azúcar era un lujo allí y que su familia ya había pagado por

ella todo lo que podía, se desalentó y se ahorcó. Dio la casualidad de que el cocinero de Shamyl, Labazan, pasara en aquel momento junto al granero y llegó a tiempo para cortar la cuerda.

La llevó desmayada a presencia de Shamyl. El Imán se apiadó de la muchacha y, como estaba seguro de que su rescate no podía ser aumentado y de que en ese caso Hadji-Rebel y Zaïdate habían obrado mal y sin su consentimiento, ordenó que dejaran en libertad a Pelago. Pero conservó a la hermanita de la muchacha, Eva. Y exasperado por los incesantes dramas y reyertas de las mujeres, dispuso que toda la servidumbre de las princesas fuese retirada del harén. Sólo quedaron Madame Drancy y el ama de cría del nene de la princesa Orbeliani. Aunque esto, finalmente, les daba a las princesas más espacio, aire e intimidad, temieron por la seguridad de sus criadas, quienes no tenían ahora a nadie que las defendiera de todo género de privaciones y de un duro trato.

En esta atmósfera de aprensión y melancolía, se arrastró el invierno y los primeros pálidos rayos de sol de la primavera llegaron sin traer ningún cambio en la suerte de las cautivas ni ninguna esperanza.

27

UN SACRIFICIO

"Dios les ha preordenado cinco cosas a sus siervos: la duración de la vida, sus actos, sus moradas, sus viajes y las partes que les corresponden."

DICHO ÁRABE.

El mismo pálido sol de aquel enero de 1855 brillaba sobre San Petersburgo, taladrando apenas las blancas nieblas que amortajaban la ciudad y se cernían sobre los canales. Toda la ciudad parecía oprimida y envuelta en una mortaja de aprensión: con cada correo de la Crimea, llegaban noticias cada vez peores. Se perdía una batalla tras otra. Los fuertes caían uno por uno y morían las heroicas guarniciones, tanto a causa de los estragos del cólera como del cañoneo de las naciones alineadas contra ellos. La traición y la derrota se cernían en el ambiente. No había más fiestas en el Palacio de Invierno. La gran fachada permanecía sin iluminar y sus patios casi desiertos, salvo las idas y venidas de los correos. En el gabinete de verdes muros que daba sobre el río Neva, el Zar se paseaba con angustia. Todo su poderoso imperio —que creía haber recibido de manos de Dios— se desmoronaba. Para él, un ejército derrotado era el más duro de los golpes. La esperanza de reformar la legislación de acuerdo con lineamientos más liberales, la necesidad de disminuir la corrupción y las luchas internas, todo esto carecía de importancia. Para él, todo empezaba y terminaba con el poder militar. En esos últimos meses, había envejecido muchísimo. Su majestuoso porte se había esfumado al encorvarse su cuerpo; el ralo cabello cano no estaba cubierto ya de pomada y cepillado hábilmente hacia adelante. Desde el verdoso rostro, miraban sus ojos hundidos. Lo obsesionaba el espectro de su gloria pasada, del invencible poder de antaño de sus ejércitos. No podía creer que, una por una, Francia, Inglaterra y Austria se hubiesen aliado a los turcos. Cuando Austria abrazó abiertamente la causa del sultán (olvidando la deuda que tenía contraída con el Zar por la intervención rusa en 1848 para sofocar la rebelión de los patriotas

magyares) y exigió el retiro de todas las tropas rusas, bajo amenaza de guerra, del territorio austríaco que se extendía a lo largo del Danubio, el Zar comprendió finalmente que lo habían traicionado.

También el pueblo ruso se volvía hostil. El entusiasmo del Zar por la justa causa de la guerra —por lo menos, él lo consideraba así— no era compartido por su pueblo. Los *mujiks*, aquellos campesinos rusos cuyos siglos de servidumbre los habían hecho resignados o pasivos, iban a la guerra con fatalismo y morían estoicamente, como siempre. Pero había esta diferencia: ahora las mujeres murmuraban, con un sordo murmullo de resentimiento que estaba cobrando impulso y no debía ser ya acallado jamás. Antaño, aquella gente oprimida y simple había muerto por la Madre Rusia, por su defensa o su gloria. Ahora, tenía que morir por las creencias de otro hombre, el emperador, el "Padrecito", cuya dureza de autócrata había terminado por hacerlo aborrecible. Ya no se consideraban los hijos del Zar, sino sus esclavos y esperaban la hora de la liberación.

En el ejército reinaba el desasosiego. Seguía luchando con heroísmo, pero lo traicionaban el desgobierno y la corrupción. Constantin de Grunewald nos dice: "Los métodos de gobierno de Nicolás habían causado una profunda desmoralización administrativa. Bajo una apariencia de orden perfecto, la corrupción había llegado gradualmente a las más altas esferas. El equipo del ejército era más defectuoso que nunca, las armas anticuadas, el servicio de sanidad militar inadecuado. El comisariado del ejército no tenía reservas de abastecimientos ni medios de transporte. Las comunicaciones eran pobres o no existían. El ferrocarril no iba al sur más allá de Moscú. Los caminos estaban cubiertos de un fango que llegaba hasta la cintura o de nieve durante más de la mitad del año.

El mariscal de campo Paskiévich, Comandante en Jefe del ejército, tenía más de setenta años de edad y, cuando se retiró para dejarle lugar a Menchikov, las cosas no mejoraron. "En ningún ejército europeo el índice de mortalidad es tan alto como en el ruso", escribía Barante, el embajador francés, algún tiempo antes de aquella guerra fatal. La severísima disciplina, las largas marchas, la indumentaria pobre y el frío intenso, todo contribuía a minar la moral de lucha de los soldados: muchos de ellos terminaban por tenderse en tierra para morir, gustosamente. Ahora, también la marina estaba humillada: no había logrado resistirle a la flota británica y pronto fue hundida heróicamente frente a Sebastopol para crear una barrera delante de las carreteras. Mientras tanto, las naves inglesas estaban en todas partes: bombardeaban Odesa, se presentaban ante la costa de Finlandia, atacaban los puertos del Pacífico en el norte y hasta llegaban a Kronstadt, a la vista del propio San Petersburgo; y con todo, la jactancia del almirante británico de que festejaría el cumpleaños de la reina Victoria en el Palacio de Invierno no lograba arrancar al pueblo ruso de su apatía

fatalista. Aunque Nicolás se disponía ahora a defender Moscú y resonaban aún en sus oídos los gloriosos ecos de 1812, sus súbditos seguían en el marasmo. Durante aquel invierno, el emperador había vivido en el lóbrego palacio de Gatchina, alejado de los hostiles y malignos ojos de su pueblo, que seguían cada uno de sus pasos. Ese palacio había estado desierto durante muchos años: prepararon a toda prisa unos pocos conjuntos de habitaciones y allí se instalaron cómodamente la familia real y su séquito.

Gatchina tenía el aspecto de una fortaleza: a su salón principal lo llamaban El Arsenal. Pero era ahora una fortaleza sin poder; un recuerdo desvencijado del poderío de antaño. El Zar vagaba entre los pinares que rodeaban el palacio, envejecido, convertido en una sombra del poderoso autócrata de antaño, sin poder dormir ni descansar.

En febrero de 1855, Lord Palmerston ocupó el cargo de Primer Ministro británico. Era un violento rusófobo y John Bright expresó una amargura muy difundida entonces por las causas y la conducción de la guerra de Crimea, cuando dijo que cincuenta mil ingleses habían muerto para llevar al poder a Lord Palmerston. El Zar comprendió que ahora, por más que sacrificara su amor propio, no quedaban ya esperanzas de entenderse con sus enemigos. Inglaterra, Francia, Turquía, Austria, Italia... hasta la diminuta Sicilia, estaban contra él. En todas partes, a lo largo de la Perspectiva Nevsky y en los barrios pobres, en los sótanos donde se bebía vodka y en las salas de recibo, se hablaba de su abdicación.

—He fracasado en mi deber para con mi país y con Dios —se decía Nicolás, sintiéndose abandonado por ambos.

* * *

Pero en Varsovia aún le era leal un corazón joven, un hombre que lo seguía queriendo fielmente y veía en él la apoteosis de la gloria y la ilustración. Djemmal-Eddin estaba destacado en la capital polaca. La mayor parte de su regimiento, los lanceros de Vladimirsky, había sido enviado al frente sur; sólo quedaba un contingente simbólico encargado de patrullar la inquieta ciudad. Repetidas veces, le negaron a Djemmal-Eddin su pedido de ser incorporado al servicio activo, sea en el Cáucaso o en la Crimea. Los escrúpulos del Zar no le permitían usar al joven que le inspiraba afecto en el servicio de un país que no era su tierra natal.

En aquella capital de Occidente, Djemmal-Eddin y los demás oficiales rusos se movían en medio de la nobleza polaca con aparente comodidad. Los levantamientos de los patriotas de 1830 pertenecían ya al pasado: los de 1860 y tantos estaban lejos, aún. En ese momento, las tensiones eran apenas evidentes, por más que hirvieran bajo la superficie, por más que los gobernadores, a salvo en el *zamok* o castillo, abusaran de su poder imponiendo en todas partes su arrogancia. No querían oír una sola

petición, salvo que se la formulara en ruso; los procesos se tramitaban a menudo sin intérpretes o una representación adecuada para los prisioneros polacos. Uno de los gobernadores más aborrecidos era "El Ahorcador" Muriav, quien dividía cínicamente a la especie humana, —y a su propia familia, algunos de cuyos miembros eran revolucionarios— en los que ahorcaban y los que eran ahorcados.

Rusia tenía sujeta a Polonia con mano férrea. Pedro el Grande la consideraba un protectorado. Catalina II hizo rey de Polonia a su primer amante, Poniatowsky. Su nieto, Alejandro I, desbordante de sentimientos humanitarios, decidió reparar las injusticias cometidas por sus antepasados y en 1815, según las palabras de Grunewald, "Polonia experimentó un milagroso renacimiento. Pero pronto los polacos tuvieron que hacer un sacrificio por el bien de Europa y probar en alguna forma su gratitud a los aliados por haberlos liberado de la férula de Napoleón." Polonia fue desmembrada, Galitzia quedó en poder de Austria y la Posnania pasó al dominio de Prusia, mientras que Rusia se apoderaba de Lituania y Ucrania; los Romanov gobernaron a Polonia de nuevo. En 1855, años de abusos y creciente rigor habían aumentado el odio mutuo de ambos países. Gradualmente, Nicolás I llegó a cobrarles una creciente antipatía a los polacos, que concluyó por sobreponerse a sus propios instintos caballerescos que lo impulsaban a mantener las reformas de su difunto hermano. Nunca olvidó a los numerosos polacos que habían figurado entre los decembristas y sus espías lo tenían bien informado sobre el número de sociedades secretas que prosperaban en Polonia. Cuando estalló la rebelión de 1830, Nicolás, con su mezcla usual de nobleza y frío cálculo, incitó a las tropas a no sentir odio por los polacos, "nuestros hermanos de sangre", después de lo cual hubo una guerra breve pero terrible. El mariscal de campo Paskievich, a quien Nicolás, en un arrebato de entusiasmo militar, llamaba siempre su "padre coronel", tomó el mando. El 18 de agosto, después de una lucha desesperada, entró a la capital, desde la cual, el 8 de setiembre, envió este mensaje: *Varsovia está a los pies de Su Majestad.* Polonia fue incorporada al imperio ruso y todas sus instituciones independientes fueron suprimidas.

En la época en que Djemmal-Eddin se hallaba allí, veinticinco años después, Polonia estaba totalmente sometida. Aunque el reclutamiento para el ejército ruso con el procedimiento de echar a suertes había sido suprimido, existían planes para resucitarlo y cuando algunos años después lo hicieron, fue en una forma destinada a despojar al país de sus mejores hombres. Se otorgaron facultades arbitrarias de selección a las autoridades para elegir solamente a hombres de la ciudad, lo cual, como le escribió Lord Napier al Foreign Office, "tenía por intención eliminar a la juventud revolucionaria de Polonia, y encerrar a los espíritus más peligrosos y enérgicos dentro de los límites del ejército ruso; era un plan destinado a secuestrar a la oposición y trasladarla a Siberia o al Cáucaso".

Pero ese aspecto de la férula rusa no había penetrado en la conciencia de Djemmal-Eddin. Sólo tenía un conocimiento fugaz de Polonia, la conocía a través de los años de orden impuesto, de calma aparente. Para él, la gloria de Rusia era total. Su poder había sido ganado mediante el derecho; sólo vencía para sembrar cultura, en Polonia y en el Cáucaso y él habría dado gustosamente su vida por la Santa Rusia.

* * *

Varsovia era bella y elegante, como sus mujeres, a quienes consideraban las más fascinadoras de Europa. El sobrino de Canaletto, Bellotto, quien pintaba en forma muy parecida a su tío los paseos de Venecia, nos muestra panoramas de antiguas casas y palacios ubicados en parques, con fuentes ornamentales y angostas calles punteadas de pequeños coches. Los grandes palacios, el de los Potocki, el Palais Bleu de Zamoiski, o el pequeño y hermoso palacio clásico de Lazienki, eran tan elegantes, aunque concebidos en términos menos bárbaramente espléndidos, como cualquier edificio de San Petersburgo. Los nobles vivían en sus vastas propiedades con una magnificencia feudal. Por el momento, se inclinaban ante el yugo ruso, rara vez hablaban de política y se contentaban con los placeres conocidos por sus antepasados: beber, cazar, cabalgar a través de las cenagosas planicies por donde vagabundeaban manadas de caballos salvajes. Habían abandonado los *caftanes* de brocado las cabezas rasuradas y los enormes bigotes caídos de sus antepasados, pero la vida en el país no cambió mucho. Había una mezquita en Cracow y colonias tártaras en Troki y Vilno. Pero Varsovia estaba ligada al Occidente y se consideraba íntegramente europea, identificada con el Occidente, que Djemmal-Eddin creía ingenuamente era representado por Rusia. Las líneas ferroviarias llevaban a París. Los teatros representaban las últimas comedias de Francia y Alemania. Las costureras polacas llegaban de Viena, Roma o Londres. Aquello era muy cosmopolita si se lo comparaba con San Petersburgo. La gente que iba a Rusia era considerada siempre desterrada, amenazada por indecibles peligros e incomodidades a lo largo de todo el viaje. Siempre la incitaban a llevar grandes cantidades de alimentos, dinero en efectivo, medicamentos y otros artículos de primera necesidad, como viajaban los que iban de Rusia a un lugar de destino más peligroso, Siberia o el Cáucaso.

Cuando llegaba del Cáucaso a Varsovia un nuevo boletín, los polacos no lograban ocultar su satisfacción. Circulaban más rumores de abdición, se hablaba de tropas austríacas que marchaban sobre San Petersburgo; Djemmal-Eddin se sentía impaciente por estar junto al hombre a quien otros empezaban a abandonar. Un día de diciembre de intenso frío, llegó el llamado. El Zar quería verlo: el emisario ignoraba la razón. El teniente príncipe Djemmal-Eddin debía trasladarse a San Petersburgo inmediatamente. El joven partió en el acto.

En el Palacio de Invierno, el rostro consumido del Zar contemplaba por la ventana, a través del helado Neva, el sitio donde, en medio de la tormenta de nieve que se incubaba, distinguía el sombrío contorno de la fortaleza de Pedro y Pablo. Antaño, ésta había encarnado el poder, la cárcel donde se pudrían los enemigos del Emperador. Pero ahora el monarca veía en ella la tumba de sus antepasados. Muchos de los Romanov estaban sepultados allí y el Zar les envidiaba su paz. Sus lacayos clasificaban el cúmulo de papeles que había sobre su escritorio, despachos de Crimea, más que nada, y el desarrollo de las campañas caucásicas parecía casi algo baladí comparado con la creciente oleada de catástrofes ocurridas en la Crimea. En cierta ocasión, leyó el informe del general Réad sobre el saqueo de Tzinondali con conmovido interés; recordaba a las bellas princesas georgianas que fueran azafatas de su esposa y había observado atentamente las carreras militares de sus maridos. Pero en esos últimos tiempos, lo agobiaban desastres de tanta magnitud que había olvidado todo aquello. Ahora, acababa de recibir los pedidos más apremiantes del Virrey, príncipe Voronzov, del general Réad y del príncipe Bariatinsky; los tres poderosos altos oficiales caucásicos debían reconocer ahora que no podían rescatar a las princesas ni negociar con Shamyl. Al recibir un último llamado desesperado del príncipe David, decidieron abordar al Emperador, algo que ni el Príncipe ni las cautivas se atrevían a hacer. Sólo el Emperador... sólo Djemmal-Eddin podía salvarlos ahora. Hasta en el caso de que lograran reunir el dinero, de nada servía si no regresaba el hijo de Shamyl: además, los espías renegados traían rumores de que el Imán se estaba cansando de aquel asunto y si éste no se solucionaba pronto, era probable que distribuyera a las princesas y sus criadas entre los naibs, como botín de guerra. ¡Mujeres cristianas abandonadas a la concupiscencia musulmana! Por fin, el Zar se sintió irritado.

Por eso, en la penumbra de aquella tarde de nevada, esperaba el regreso de Djemmal-Eddin. En muchos sentidos, éste era mucho más satisfactorio que los propios hijos de Nicolás: el Zar y su pupilo compartían la misma devoción por el deber. Además, el joven caucasiano tenía un espíritu estudioso, era un oficial disciplinado y nunca se veía envuelto en escándalos, como los grandes duques libertinos, ni tenía rasgos de salvaje intratable, como la mayoría de los príncipes asiáticos. El Zar preveía su caballeresca respuesta, cuando lo enfrentara con su decisión... y también el trágico destino que se abatiría sobre él en sus montañas nativas.

* * *

—No me contestes ahora —dijo el Emperador—. Vete y medita sobre el sacrificio que se te exige.

Su rostro se suavizó y puso la mano sobre el hombro del joven.

—Vuelve dentro de dos días, cuando hayas tomado una decisión —agregó.

—Sire —replicó Djemmal-Eddin, el hijo de Shamyl y el pupilo de Su Majestad no necesita dos días para decidir donde está su deber. Volveré inmediatamente. Usaré los dos días que me ofrece Su Majestad para despedirme.

Se arrodilló ante el Zar, quien lo bendijo y lo abrazó como a un hijo.

—Ve, pues; trata siempre de hacerle el bien al pueblo de tu padre y no olvides jamás a tu verdadera patria, Rusia, que ha hecho de ti un hombre civilizado.

Ambos no debían volver a verse. Cada cual siguió el camino que le señalaba su deber. Djemmal-Eddin entraría a su prisión; y en el mismo momento, el Zar estaba predestinado a perecer de una muerte voluntaria, el único medio de llevarle la paz a su infortunado país, la paz que no le permitía pedir su orgullo.

28

UNA DESPEDIDA

"No lloréis al muerto ni gimáis por él: pero llorad por el que se va; porque no volverá."

JEREMÍAS XXII.

El 4 de enero de 1855, en el desapacible frío de la madrugada, una troika, acompañada por una pequeña escolta de cosacos, partió de San Petersburgo para Moscú. Era la primera etapa del regreso de Djemmal-Eddin al Cáucaso. El joven sentado en ella, arrebujado en un grueso abrigo de pieles de oso, miraba ávidamente a su alrededor para recordarlo todo, los grandes palacios de mármol, los clásicos paseos... porque veía todo aquello por última vez. En los límites de la ciudad, los guardias levantaron las usuales vallas a franjas negras y blancas para dejarlos pasar. La inspección de los documentos fue breve, porque eran cosacos de la escolta imperial y llevaba una *ordre de mission*, firmada por el propio Zar. Nevaba copiosamente y la pequeña cabalgata pronto se perdió de vista entre la blancura de los copos que giraban en el aire. A los pocos días, Moscú alzaba sus centelleantes cúpulas entre las nieves; luego, aparecieron Kolomna, Riazán, Kozlov; pequeños pueblos de provincias, aldeas soterradas, todos ellos cubiertos aún por su espesa capa de nieve invernal; después, Voronej, el gran astillero de la flota del Don que usara Pedro el Grande; y Novo-Cherkask, el cuartel general de los cosacos del Don.

Durante todo el trayecto, la noticia de la llegada de Djemmal-Eddin, de las circunstancias de su viaje, lo habían precedido misteriosamente y en todas partes lo esperaba la bienvenida que se le dispensa al héroe. En Rostov, sobre el Don, los cielos se despejaron, pero la nieve seguía cubriendo la tierra hasta que, por fin, apareció un páramo. Las últimas nieves se derritieron y las estepas cubiertas de hierba, punteadas de solitarios fortines cosacos, empezaron a divisarse hasta donde alcanzaba la vista. Luego, aparecieron las gigantescas cumbres del Cáucaso, la muralla

que separaba a Europa del Asia; la barrera que debía franquear ahora Djemmal-Eddin para volver a aquel mundo bárbaro olvidado.

Finalmente, la cabalgata penetró bajo la sombra de las montañas, cruzando ciénagas y vadeando ríos. Era un paisaje de desolación. Cañas de la talla de un hombre bordeaban ríos que viboreaban perezosamente hacia la costa. Desde lejos, vieron avanzar a una extraña barca que derivaba apáticamente a favor de la corriente. Sólo se distinguía su mástil por sobre los juncos. Al tope del mástil estaba atada una campana de monótona estridencia, que aparecía y desaparecía entre la baja niebla que se cernía sobre el agua. Cuando la barca se acercó más a los viajeros, advirtieron que no la tripulaba ningún ser vivo. El mástil tenía la forma de un tosco crucifijo, al cual estaba clavado un hombre. La barca se alejó, lenta y perezosamente.

—Así es como se castiga aquí —dijo uno de los cosacos—. Quizás sea un renegado o un espía... y tan tonto que se dejó capturar. Derivará por el río durante semanas enteras; pero sólo habrán quedado huesos de él cuando llegue al mar. Los buitres siguen a esas embarcaciones durante millas enteras. Conocen el sonido de la campana...

Aquél era el mundo en que había nacido Djemmal-Eddin. La campana seguía tañendo con lúgubre sonido en sus oídos. Aquél era el mundo que debía llamar suyo. Las despiadadas montañas que parecían oscuras como alas de buitres eran ahora su hogar.

* * *

A comienzos de febrero, la cabalgata penetró en Vladikavkaz, al cual había llegado el príncipe David desde Tiflis y donde esperaba a Djemmal-Eddin para darle la bienvenida. Durante el resto del tiempo que éste pasó con los rusos compartió su alojamiento con el Príncipe, disfrutando hasta el fin esa vida de libertad y civilización que era también suya. Durante las últimas semanas de negociación, mientras Shamyl planteaba aún numerosas cuestiones de menor cuantía que demoraron el canje otro mes, Djemmal- Eddin fue agasajado en todas partes. Tanto sus hermanos de arma, los oficiales, como los habitantes de las ciudades con guarniciones existentes entre Vladikavkaz y Tiflis dieron cenas y recepciones en su honor. Aquello era, a un tiempo, una marcha triunfal y un calvario. Djemmal-Eddin se entregaba sabiendo muy bien lo que lo esperaba y el precio que debía pagar por la libertad de las princesas, a quienes recordara durante tanto tiempo, en ese mundo brillante de Tzarskoie-Selo. Comprendía muy bien lo que debían de haber sufrido durante su cautiverio, porque sólo él conocía a un tiempo la vida de la corte y la de los aúles. Las condiciones primitivas de vida y las fanáticas comunidades de guerreros del Daghestán perduraban aún en su espíritu, como una pesadilla casi olvidada. Pero rechazaba tanto los panegíricos como la gratitud del príncipe David. Sólo en una oportunidad el Príncipe lo encontró pá-

lido y abatido, rodeado de libros, en la biblioteca del comandante. Dijo, casi como para sí:

—¡Qué extraña es la vida del hombre! Yo sólo tenía siete años[1] cuando me sacaron de los salvajes aúles para recibir una comprensión y educación humanas; y justamente ahora, cuando empiezo a apreciar las ventajas de la ilustración, el destino vuelve a arrojarme al seno de la ignorancia, donde olvidaré probablemente todo lo que he aprendido, y retrocederé como cangrejo.

El equipaje de Djemmal-Eddin consistía más que nada en libros, atlas, papeles, material de dibujo y pinturas, baluartes de la civilización detrás de los cuales esperaba ofrecer resistencia. El príncipe David dijo que nunca había visto a un musulmán con tan poco de tártaro, tan totalmente europeizado y con puntos de vista, sentimientos y costumbres tan rusos. Lo irónico de la situación sólo puede compararse con su patetismo, y el júbilo del Príncipe se veía casi borrado por la angustia que le inspiraba el destino de Djemmal-Eddin. A las damas las conmovía particularmente su triste destino. ¡Djemmal-Eddin era tan guapo, tan trágico! ¡Y bailaba tan bien y lucía su uniforme con tanta elegancia! En Hassif Yourt dieron un baile en su honor; debía ser el último al que asistiera. Mientras bailaba con las beldades locales y la luz de las arañas de cristal brillaba sobre las muselinas de las damas y los uniformes con trencillas doradas de los oficiales, las cadencias del vals se filtraban por las ventanas hasta los matorrales de adelfas donde estaban agazapados los espías lesghianos, observándolo todo. Entre ellos, figuraban Younouss y otros dos naibs que conocieran a Djemmal-Eddin en su niñez y a quienes había enviado Shamyl para cerciorarse de que era realmente su hijo quien había vuelto.

Los naibs volvieron al Gran Aúl cariacontecidos. Sí. Estaban seguros de que aquel joven era realmente el hijo del Imán. ¡Pero perdido para Alá! Bailaba, abrazaba a mujeres infieles semidesnudas, bebía vino, fumaba cigarros... Un alma perdida. Fueron a la mezquita a orar por su liberación. Zaïdate frunció los delgados labios, diciendo que nada bueno podía resultar de todo eso. Más valía un rescate mayor que un hijo como aquél, afirmó, con una voz que recordaba el silbido de las serpientes en las estepas de Moughan.

II

"Hoy —le escribió la princesa Anna a su marido, quien, con Djemmal-Eddin, estaba ahora en compañía de la guarnición de Hassif Yourt— se disponían a distribuirnos entre los naibs. Nos creíamos perdidas; pero Khazi Mahommed y el Mollah le pidieron a Shamyl que enviara emisarios

[1] *N. del A.* — En realidad, Djemmal-Eddin tenía ocho años y dos meses antes de ser entregado como rehén.

por última vez." Luego, la Princesa le suplicó a su esposo que la salvara de aquel horrible destino. "¿Qué se puede hacer? —escribió—. Se diría que la voluntad de Dios es que no volvamos a vernos en este mundo. Sé que no has ahorrado el menor esfuerzo para salvarnos; pero no se puede razonar con esa gente. Es imposible convencerla de que no puedes reunir una suma mayor, o de que la ya ofrecida por ti no te pertenece, sino que ha sido tomada en préstamo a otros. Dios te bendiga y te dé fuerzas. No puedo agregar más."

La Princesa ignoraba aún que Djemmal-Eddin había aceptado volver, pero le dijeron que ahora la dificultad consistía en una nueva suma exigida por Shamyl. Estas flamantes exigencias eran tan irritantes, en realidad, para Shamyl como para el príncipe David; pero las imponía la rapacidad de los naibs. Por más que el Imán ansiara ver volver a su hijo, por más dispuesto que estuviese a entregar a sus prisioneras a cambio de él, no podía imponerle su voluntad al total de las fuerzas múridas que, por primera vez, advertían su poder y estaban resueltas a obtener el máximo beneficio de sus valiosos rehenes.

El emisario que le trajo al Príncipe la carta de su esposa también le trajo una del Imán.

"Le agradezco el haber cumplido su palabra en lo que se refiere a mi hijo —escribía Shamyl—. Pero esto no puede poner término a las negociaciones. Debo comunicarle que, además de mi hijo, pido un millón de rublos y la devolución de ciento cincuenta de mis múridas a quienes ustedes tienen prisioneros. No regatee conmigo. No aceptaré menos. Si no acepta mis condiciones, he resuelto distribuir a su familia entre los distintos aúles. Lo hubiera hecho ya de no mediar mi hijo Khazi Mahommed, quien me indujo a ofrecerle a usted una última oportunidad de aumentar la mísera suma de cuarenta mil rublos que me ofreció primitivamente." Estas nuevas exigencias se debían a que los múridas habían descubierto que la hermana del príncipe Tchavtchavadzé se había casado nada menos que con el príncipe de Mingrelia, un título hereditario que, aunque significaba honores y en realidad soberanía sobre toda la provincia de Mingrelia, no implicaba la riqueza que ellos suponían.

El Príncipe quedó fulminado como por un rayo, pero logró conservar una aparente serenidad ante los emisarios del Imán. Su familia apenas había logrado reunir cuarenta mil rublos y no se podía esperar que el alto comando ni el Zar pagaran con fondos del gobierno para llenar las arcas múridas. Las princesas, como tantos cautivos menos destacados, tendrían que ser abandonadas. Ahora, el príncipe David había perdido toda esperanza y volviéndose hacia los agentes de Shamyl, habló con voz ahogada por la ira:

—No volveré a contestarle a vuestro Imán. Podéis decirle de mi parte que, desde hace mucho, en las orillas del Alazan, me despedí de mi familia para siempre. Sólo puedo confiar ahora en la misericordia de Dios. Estas son mis últimas palabras. Si el sábado no me traéis la aceptación

solemne de mi oferta, juro por el Creador que ese mismo día me iré de Hassif Yourt y me llevaré a Djemmal-Eddin. Podréis seguirme mil *verstas* y pedirme que vuelva, pero no volveré. Y podéis hacer lo que os antoje con mi familia. Ya no será la mía. Renunciaré a ella. Decidle al Imán que siempre le he agradecido la forma como la respetó; pero que si cumple su amenaza de mandar a las prisioneras a los aúles, apenas hayan franqueado el umbral de su harén para salir, renunciaré a ellas. Si las convierten en esclavas de vuestros naibs, no reconoceré ya a mi esposa por esposa ni a mis hijas por hijas. Esto es tan cierto como que estoy parado ante vosotros. Y si, cuando yo haya cumplido mi amenaza, Shamyl ofrece devolverme a mi familia por nada y al mismo tiempo me regala todos sus tesoros, juro ante Dios que no los aceptaré.

Los múridas escucharon con aire impasible y, después de inclinarse, le pidieron al Príncipe que le escribiera su ultimátum a Shamyl.

—No —replicó el Príncipe—. No escribiré una sola línea. Lamento haber perdido tanto tiempo con un hombre que viola sin cesar su palabra.

Entonces, los múridas le pidieron al Príncipe que les concediera una semana más para permitir una respuesta bien meditada de Shamyl. El Príncipe los apartó y se disponía a abandonar la habitación, cuando le rogaron que volviera.

—Hay otra manera... —le dijeron, después de vacilar un poco—. El Imán consentiría en dejar en libertad a su familia a cambio de su hijo y cuarenta mil rublos... Pero, en ese caso, tendrían que quedarse la princesa Orbeliani y su hijo. Su libertad daría motivo a otras negociaciones, más tarde...

Entonces, el Príncipe perdió todo dominio de sí mismo y se abalanzó sobre los emisarios, pero fue contenido afortunadamente por el príncipe Bagration, Djemmal-Eddin y otros oficiales presentes en la entrevista.

—No sólo no abandonaré a mi cuñada, sino que ni siquiera permitiré que ustedes retengan al más pequeño de los hijos de mis criadas.

Hassan, uno de los emisarios de Shamyl, quien actuaba como intérprete, se volvió hacia Djemmal-Eddin, ahora casi tan furioso como el Príncipe.

—No se aflija —dijo—. Así acostumbran obrar los montañeses... Pero eso terminará bien.

Al oír estas palabras, Djemmal-Eddin enrojeció de ira y de humillación.

—*Yo* no estoy afligido —exclamó—. ¿Por qué habría de estarlo? Ustedes saben muy bien a qué edad me sacaron de Akhulgo. Ya no soy un ávaro. ¡*Tú* fuiste uno de los que me entregaron a los rusos! He olvidado todo y a todos en mi país natal. Vuelvo sin la menor alegría... Regresaría a Rusia mañana mismo si las circunstancias lo permitieran...

El príncipe Bagration aferró a Djemmal-Eddin de los hombros, tratando de contener sus imprudentes palabras.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —exclamó—. Todo correría peligro si los irritaras más...

—¡Que se los lleve el diablo! —gritó Djemmal-Eddin, temblando de cólera—. ¿Debo tratarlos con miramientos? ¿Debo arrastrarme? —y el hijo de Shamyl echó mano a su revólver.

Con la misma rapidez, los múridas aferraron sus kindjals. Ambos gestos eran atávicos: un hombre de la montaña se había topado con otro hombre de la montaña y los salones de San Petersburgo ya estaban muy lejos. Los emisarios fueron alejados presurosamente de allí y los oficiales se esforzaron en calmar al príncipe David y a Djemmal-Eddin.

Se decidió que Isaac Gramoff, el intérprete armenio que había estado presente en todas las negociaciones, haría una tentativa más para convencer a Shamyl de las intenciones del Príncipe. Gramoff era un astuto armenio que servía en el ejército ruso. Era un hombre indicadísimo para su delicada misión, ya que había vivido entre las diversas tribus desde su infancia y hablaba sus dialectos, así como el ruso y el alemán. Estaba agregado al estado mayor del príncipe Gregori Orbeliani y había ofrecido inmediatamente sus servicios en favor de la cuñada del Príncipe, la princesa Varvara. Gramoff ha dejado relatos detallados sobre su entrevista con el León del Daghestán.

La primera vez que vino al campamento del Imán, le dijeron que Shamyl había anunciado ya su llegada, diciendo que acababa de ver en sueños al intérprete del príncipe Orbeliani avanzando hacia él, con buenas noticias de su hijo. Pero Gramoff conocía el excelente sistema de espionaje de Shamyl y comprendió que aquello sólo era un ejemplo de la técnica del Imán para fomentar su leyenda de profeta y vidente. En otra oportunidad, al viajar junto al Imán, mientras se dirigía al Gran Aúl, Gramoff pudo observar su notable dominio de sí mismo y la destreza con que ocultaba lo que sucedía en su espíritu. Del otro lado de las montañas se oía un violento cañoneo y más tarde Gramoff se enteró de que los múridas habían perdido una batalla y se replegaban con grandes bajas. Pero Shamyl no le prestaba atención al cañoneo, y no se mostraba fastidiado ni preocupado: mientras el intérprete cabalgaba a su lado, comenzó a apartar a su acompañante de aquellos pensamientos puestos en la batalla. Le señaló a un caballo con un par de alforjas atravesadas sobre el lomo.

—Isai Bey —dijo— ¿ves ese caballo? Lleva todo mi equipaje... todo lo que necesito, para vivir o morir. Y con todo eso, soy el Imán del Daghestán... comandante de todos mis ejércitos. En vuestro ejército, cualquier abanderado lleva más. Por eso vuestras columnas son tan largas y dispersas... lo cual no resulta muy deseable en una marcha.

Al cabo de unos kilómetros, el cañoneo se hizo más sonoro y frecuente. Con el mismo aire inescrutable, Shamyl se detuvo, escuchó atentamente y luego, con el aire inexpresivo de siempre y preguntándole muchas cosas sobre política internacional y sobre la guerra de Crimea,

reanudó el viaje. A poco, llegó un emisario del sitio donde se libraba la batalla y le entregó a Shamyl un despacho garabateado sobre un trozo arrugado de papel. El Imán lo leyó sonriendo, parecía contentísimo, y felicitó a su guardia por el éxito obtenido sobre los rusos. Desenvainando su espada, se la tendió al emisario y dijo:

—Dale las gracias a Eski-Naib por su favor y entrégale esta shashka en prenda de mi gran satisfacción por la noticia.

Y volviendo a montar a caballo, reanudó su conversación con Gramoff. Aunque el intérprete creía que, en realidad, el mensaje le había comunicado a Shamyl una derrota, le maravilló que tuviera tanto dominio de sí mismo como para representar esa comedia sin el más leve rastro de inquietud.

* * *

Para la entrevista final y decisiva con Shamyl, Gramoff llegó al Gran Aúl al atardecer y lo hicieron esperar hasta la noche siguiente, y entonces lo llevaron a la habitación de Shamyl, donde se había reunido un grupo solemne. Daniel Beg, Ker-Effendi y los naibs de mayor edad rodeaban al Imán, mientras que veinte múridas flanqueaban las paredes, diez de cada lado y las velas de sebo proyectaban gigantescas sombras detrás de él.

El cónclave fue iniciado con los usuales intercambios de cumplidos: Gramoff se inclinó y dijo sus frases en la forma obsequiosa que exigía el protocolo oriental; Shamyl contestó en una vena análoga. Luego, bruscamente, su aire cambió: sus ojos pardos y felinos se oscurecieron y un duro rictus crispó su boca.

—Isai Bey —dijo—, los grandes personajes comienzan siempre sus discursos con cosas agradables y luego abordan los asuntos importantes. Nosotros hemos seguido ese sistema. Ahora, al grano... ¿Está jugando con nosotros el príncipe Tchavtchavadzé o no? Hasta ahora, no ha hecho más que alimentarme con amables misivas... Sería mejor que escribiera menos e hiciera más. Es mi enemigo. Debe comprender que no bromearé con él.

Su rostro pareció repentinamente terrible en su ferocidad y Gramoff se estremeció ante el odio fanático que expresaba. Se requería toda su delicadeza e intuición para convencer a los múridas de que el millón de rublos que exigían era imposible. Gramoff estaba seguro de que ninguno de ellos sabía qué representaba un millón de rublos.

Las negociaciones continuaron y Gramoff notó que los naibs se atenían de una manera salvaje a sus exigencias, de modo que Shamyl no podía retroceder. Finalmente, dio por terminada la reunión, diciendo que le había llegado la hora de la plegaria, y Gramoff comprendió que no se podría lograr nada a menos que consiguiera una audiencia privada; por lo tanto, maniobró para conseguirla. A la noche siguiente, lo condujeron furtivamente a las habitaciones del Imán y era evidente que también

Shamyl se sentía ansioso de burlar la vigilancia de sus naibs. Ahora, ambos podían hablar libremente.

—En tu lugar, me contentaría con la gloria que brindaría todo ese asunto —dijo el astuto Gramoff—. No sería cosa de poca monta jactarse de que, como si fuera por la fuerza de las armas, obligaste a los rusos a devolverte a tu hijo, a quien el Gran Sultán Blanco apreciaba como si fuera suyo. El mundo entero oirá hablar del asunto: en todos los periódicos, se dirá que has alcanzado un gran triunfo sobre los rusos.

—Pero sería igualmente bueno recibir el dinero —dijo Shamyl, con taimada sonrisa.

Gramoff volvió a insistir en la imposibilidad de ofrecer más de cuarenta mil rublos. Por fin, Shamyl pareció convencido: suspiró y, poniéndose de pie, le tendió la mano a Gramoff.

—Así sea. Trataré de terminarlo todo con mi gente lo antes posible. Ya sabes que, sin ellos, nada puedo hacer. Confío en que el asunto concluya de una manera justa. Vuelve a Hassif Yourt y espera mi respuesta. Procura que mi hijo no se vea rodeado por personas mal intencionadas que podrían inducirlo a no volver a mi lado. Sírveme también a mí en este asunto y déjate guiar por la pureza en todos tus actos, de modo que Alá te sonría. Adiós.

Faltaban tres días para el sábado fatal fijado por el príncipe David. No llegaba noticia alguna de Shamyl y cabe imaginar el estado de ánimo del Príncipe y sus colegas los oficiales cuando esperaron el miércoles, el jueves y el viernes y Gramoff volvió sin ninguna respuesta concreta. Los días y las noches se arrastraban. Sobre la guarnición se cernía el silencio, interrumpido solamente por el cañoneo lejano, ya que los combates y escaramuzas entre los cosacos y montañeses continuaban en forma ininterrumpida.

* * *

Las princesas se habían enterado a esta altura de la abnegación de Djemmal-Eddin; pero sus alegres esperanzas de libertad duraron poco porque luego les comunicaron las nuevas exigencias de los múridas. Zaïdate las martirizaba más que nunca.

—Acabamos de enterarnos de que el príncipe David ha recibido una suma mucho mayor que la que ofrece por vuestro rescate —declaró—. Está tratando de ocultar parte de ella. Pero a nosotros no nos engañará.

Al oir esto, la princesa Anna, quien había soportado el peso de una prolongada serie de amenazas y promesas, se desplomó, desmayada.

—Tu hermana se muere —le dijo Zaïdate a la princesa Varvara—. Ahora, tanto nos da si la conservamos o la dejamos ir; podría irse inmediatamente si consintieras en quedarte, con tu hijo por rehén, hasta que pagaran el millón.

La Princesa respondió que estaba completamente resignada a que-

darse si ello permitía liberar a las demás prisioneras, pero un millón de rublos nunca se podría reunir, de todos modos.

—Un millón de rublos... ¿Sabes qué representa un millón de rublos? Dudo de que sepas contar hasta mil... —dijo la exasperada Princesa.

Zaïdate no se dignó responder, pero más tarde vieron a Hadjio sentado en un rincón del patio delante de una enorme pila de habas secas, clasificándolas febrilmente. En respuesta a la pregunta de la princesa, dijo que Zaïdate le había ordenado contar un millón.

Así siguieron las discusiones, día tras día, y el hostigamiento de Zaïdate se reflejaba sobre las cautivas tanto como el lamentable estado de debilidad al cual las habían reducido los ocho meses de cautiverio y esperanzas postergadas. Fue entonces cuando la princesa Anna envió su último y desesperado ruego a su marido que, como se ha dicho, le indujo a formular su ultimátum a Shamyl.

Cuando los emisarios volvieron al Gran Aúl con la respuesta del Príncipe, en todo el harén se enteraron de su llegada; había una atmósfera de excitación y bullicio, pero las princesas no se atrevían a preguntar qué novedades había y se sentían muy inquietas, hasta que Hadjio se apiadó de ellas, diciendo que, aunque el Príncipe le había contestado al Imán con una altanería inconcebible, él, Hadjio, tenía la impresión de que Shamyl no estaba disgustado. Siempre había admirado la decisión y la audacia.

—Anoche, Isaac Gramoff habló largamente con el Imán —dijo el mayordomo—. Creo que vuestro asunto está tomando un giro favorable.

Luego, explicó que el venerado Jamul u'din apoyaba la causa de las princesas y estaba encerrado aún en ese momento con Shamyl, discutiendo cómo se podía solucionar mejor el asunto a satisfacción de todos los interesados.

Esa noche, las princesas recibieron una visita del Mollah Jamul u'din, quien las interrogó largo tiempo sobre el punto muerto de la negociación. Al convencerse por fin de que no se podría obtener un solo *kopek* más, sea que ellas se quedaran o se marchasen, se puso de pie bruscamente, al parecer satisfecho, prometiéndoles que todo terminaría bien.

—Shamyl, a pesar de ser un hombre muy decidido, es aún mi hijo. Hablaré con él.

—Pero... ¿y si sus súbditos no aceptan un rescate menor? Nos dicen que aprecian mucho más el dinero que Shamyl —dijo la princesa Anna.

—Hay una manera de convencer al pueblo —replicó Jamul u'din, mientras le iluminaba el rostro una sonrisa a un tiempo bondadosa y taimada—. Pero no puedo decírselo todavía a ustedes. No tardarán mucho en descubrirla.

Después de estas misteriosas palabras, se alejó de las cautivas.

El plan urdido por Shamyl y Mollah era admirable; salvaba el pres-

tigio de Shamyl, evitaba que apareciera cediendo en sus exigencias y, con todo, en nombre de Alá, vencía la codicia del pueblo. Lejos, en las montañas, vivía un famoso anacoreta, quien se había alejado de todo contacto humano años antes para vivir en santa contemplación y soledad. Shamyl lo hizo traer al Gran Aúl y lo alojó en su propio cuarto. La noticia se divulgó en las montañas y la gente comenzó a reunirse en gran número ante las puertas, esperando al oráculo. Shamyl había proclamado que el problema de la liberación de las cautivas sería resuelto finalmente por el anacoreta.

—Ni siquiera yo, vuestro Imán, soy digno de decidir este asunto, para que no se diga que lo único que me preocupa es el regreso de mi amado hijo —declaró.

El santo visitante le predicó al pueblo desde el balcón de Shamyl. Las prisioneras podían verlo por las grietas de su puerta. Entre alocución y alocución, oraba y salmodiaba con voz chillona. Todos los que lo rodeaban en el balcón, Shamyl, Khazi Mahommed, Jamul u'din y los naibs más destacados, cantaban en coro con voz gutural, como contrapunto de los agudos gritos del anacoreta. Todos ellos se balanceaban como él y sus salmodias y movimientos se volvían cada vez más rápidos hasta que, por fin, después de alcanzar una especie de éxtasis, sus gritos se convertían en aullidos de lobos y sus cuerpos giraban como los movimientos de trompo —el *zikr*— de la secta de los derviches.

Día y noche, esos ejercicios religiosos resonaban a través del aúl, hasta que el dominio de sí misma de Madame Drancy estuvo a punto de desfallecer, y empezó a gritar, tapándose los oídos:

—*Assez. Assez de ces prières!* [1]

Aunque el Mollah Jamul u'din había hecho resucitar las esperanzas de las cautivas, no confiaban mucho en la influencia del anacoreta sobre los múridas. Pero éstos lo veneraban tanto que, gradualmente, empezó a imponerles lo que llamaba la voluntad de Alá... y que era, en realidad, la voluntad de Shamyl. Habló muy largamente, de la sobriedad, de la vanidad de los bienes terrenos, de los peligrosos efectos de las riquezas sobre el alma y de cómo los codiciosos perdían toda esperanza de entrar al paraíso de Mahoma.

Así transcurrían los días y las prisioneras se pasaban las horas tapándose los oídos, mientras el pueblo escuchaba boquiabierto al anacoreta. A veces, Shamyl agregaba su pintoresco estilo de exhortación.

—El dinero es hierba —les decía—. Se marchita y desaparece. ¡No debemos servir al dinero, sino a Alá!

Y mientras tanto, aunque las princesas lo ignoraban entonces, preparaba los últimos detalles del canje. Se había enviado ya a muchos soldados prisioneros para abrir un tosco camino desde el Gran Aúl hasta las riberas del río Mitchik, donde se proponía Shamyl realizar el canje.

---

(1) *¡Basta! ¡Basta de plegarias!* (N. del T.).

Pero los efectos teatrales, la tensión y el creciente éxtasis de las reuniones para orar fueron mantenidos hasta el fin, para que ni un solo múrida dejara de convencerse de que, al renunciar al millón de rublos, salvaba en realidad su alma. *El mundo es una carroña y el que la busca es un perro.*

El viernes, el anacoreta intensificó sus plegarias y su éxtasis: se le habían unido enormes multitudes que se agolpaban en el patio y se arremolinaban en torno de los muros externos como una poderosa marejada. Shamyl se pasó el día íntegro en la mezquita, mientras sus esposas seguían invisibles, rezando en sus aposentos. El sábado por la noche, las cautivas oyeron pasos que se acercaban corriendo a su puerta. Hadjio se detuvo en el umbral, con el moreno rostro radiante, agitando los brazos con frenesí y gritó:

—¡Id! ¡Id pronto! ¡Estáis en libertad!

Shouanete apareció detrás de él, riendo y gritando a un tiempo. Y se echó en brazos de la princesa Varvara.

—Shamyl os ha liberado —gritó—. Todo ha concluido.

Y, volviéndose hacia Madame Drancy, quien lloraba, agregó:

—No llores, francesa. También tú volverás a tu país. Hallarás a tu hijo y a tu madre. Serás feliz de nuevo. Todos los días no son de duelo, toda la vida no son lágrimas...

La fugaz hora dramática de Madame Drancy tocaba, por lo tanto, a su término. Ante ella, se perfilaba la libertad... pero poco más, salvo lágrimas y luto y recuerdos.

III

El jueves 11 de marzo era el día fijado por Shamyl para el canje. El jueves era su día favorito, el que elegía siempre para las empresas memorables. Los seis días que les quedaban de vida en el aúl a las prisioneras fueron consagrados a los preparativos y a las despedidas. Todo el harén acudió a felicitarlas. Sólo Zaïdate parecía malhumorada. Sin embargo, aprovechó la última oportunidad de lucrar a expensas de las cautivas y les comunicó que, si querían recuperar comprándolas algunas de las cosas que les quitaran en Tzinondali, podían venir a su cuarto y examinarlas. Las princesas hallaron allí a muchas personas, todas ellas sentadas sobre almohadones, bebiendo té y comportándose con gran formalidad. Kherimat había llegado la víspera, porque tenía especial deseo de ver a las princesas. Como siempre, vestía lujosamente y sus modales eran refinados. En medio de la habitación yacía una amplia pila de valijas y joyas, en su mayoría muy dañadas. Cuando la princesa Orbeliani descubrió un cofrecito con dijes suyos, donde había varios anillos que le pertenecieran a su marido, cometió el error de alegrarse de su descubrimiento. Entonces, Zaïdate se llevó el cofre y logró deslizarse los anillos bajo la manga. Las princesas se negaron a comprar nada y la reunión terminó en la mayor frialdad.

Shouanete dio otra fiesta de despedida con mejor suerte, adornando su habitación con bellas alfombras y sirviendo el té en las copas de plata incrustadas que reservaban para las grandes ocasiones. Estaba afiebrada y enferma y tosía mientras se hallaba tendida junto al fuego, arrebujada en un abrigo con forro de piel. También ella lucía uno de los anillos de las princesas, que le diera Shamyl, pero aquéllas no sintieron resentimiento al verlo.

—Pronto, ustedes se habrán ido —dijo la joven y las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. ¡Y yo, nunca! Ustedes nos olvidarán cuando vuelvan a su casa, vivirán como antes... Pero yo... Nos hemos encariñado con ustedes. Teníamos motivo para interesarnos por algo...

Suspiró y ellas comprendieron que, a pesar de su amor por Shamyl, había momentos en que Shouanete recordaba a su familia y su origen cristiano y se sentía muy sola en el aúl. Ahora, por última vez, estaba con sus amigas del mundo exterior y no podía disimular su sensación de desamparo. Las princesas le prepararon unas cataplasmas, mientras que el resto de las presentes cosía una pequeña *chalma*, o turbante, como regalo de despedida para el nene de la princesa Orbeliani.

—No olviden la bondad con que las hemos tratado... todo lo que hicimos para aliviar sus sufrimientos —dijo Zaïdate.

—Por cierto que no olvidaremos a los que han sido buenos con nosotros —dijo la princesa Anna.

La noche que precedió la partida, la tristeza se cernió sobre el harén. Hasta las cautivas temían el momento en que se despedirían de Shouanete y Aminette. Las asombraba comprobar hasta qué punto se habían identificado con la vida del aúl y observaban los preparativos finales para su viaje con una extraña sensación de pena. Hadjio ensillaba a los caballos del Iman y le dedicaba especial atención a un magnífico garañón blanco, con una estrella negra sobre la frente, destinado a Djemmal-Eddin.

Al amanecer, las *arbas* estaban ya junto a las puertas del aúl, cargadas de víveres, alfombras y un samovar: porque el viaje demoraría un día y una noche. Las princesas notaron que habían atado a las varas caballos en vez de bueyes y que los cocheros y postillones vestían a la usanza de los aurigas rusos; sus semblantes tártaros causaban una extraña impresión con aquella indumentaria. Era evidente que Shamyl quería dar todo un espectáculo en las riberas del Mitchik.

Cuando las cautivas partieron, después de abundantes lágrimas de Shouanete y Aminette, a quienes las princesas abrazaron, las escoltaba una nutrida guardia, toda una división de las tropas de Shamyl, acaudillada por Khazi Mahommed, y otra que comandaba el otro hijo del Imán, Mahommed Sheffi. Mientras las *arbas* crujían sobre la pedregosa carretera, entre el silencio llegó a oídos de las princesas una salmodia plañidera de otros cautivos georgianos, soldados y gente de poca monta, a quienes no habían rescatado y que nunca volverían al lado de los suyos. Las que se iban nunca lograrían olvidar aquellos acentos lastimeros.

29

UN CANJE

"Me convertiré en un extraño para mis hermanos y en un extraño para los hijos de mi madre."

SALMO LXIX.

Mientras se discutían en el Cáucaso los últimos detalles del canje, todo San Petersburgo se sintió fulminado al enterarse de que el Zar se moría. El monarca ya no quería seguir viviendo. Si la muerte no venía a buscarlo, iría a su encuentro. Estaba muy resfriado, pero insistió en revistar a un regimiento que partía para el frente. No se puso el abrigo y su médico le advirtió que cometía una imprudencia.

—Gracias, doctor —le dijo el Emperador—. Usted ha cumplido con su deber al prevenirme. Ahora, déjeme cumplir con el mío.

Abdicaba de la vida, aunque su orgullo no le permitía abdicar del trono. Ahora, yacía moribundo sobre el sencillo lecho de campaña, de hierro, en su gabinete del Palacio de Invierno. Tenía una parálisis de los pulmones y sufría espantosamente; pero no estaba inconsciente y preguntaba por los amigos y camaradas de sus buenos tiempos. Las despedidas se prolongaron toda la noche. Las galerías adyacentes a sus aposentos, llenas de ecos, estaban atestadas de silenciosas filas de cortesanos. A las cinco de la mañana, el Zar dictó un telegrama de despedida para que lo enviaran a Moscú. Había hecho venir al palacio a todos los regimientos de la guardia, para que le pudieran jurar fidelidad a su hijo apenas muriera. No debían repetirse el caos y los peligros que acompañaran su propia ascensión al trono. Iba a amanecer cuando llegó el joven Menchikov trayendo despachos de Sebastopol. Se lo dijeron al monarca, pero replicó:

—Esas cosas ya no me corresponden. Dénselas a mi hijo.

Ahora lo olvidaba todo: su poder frustrado por Shamyl el montañés, las campañas del Cáucaso, hasta las de Crimea. Cuando iba a expirar, recobró su firmeza de antaño y volviéndose hacia el Zarevich, hizo un

enérgico movimiento con la mano, como quien aferra algo y exclamó:

—¡Consérvalo todo! ¡Consérvalo todo!

Fueron sus últimas palabras.

* * *

El 11 de marzo, día fijado por Shamyl para el canje, fue también el de los funerales del Zar. La procesión tardó dos horas en cruzar la ciudad y durante todo el trayecto, un brillante sol centelleaba sobre el baldaquín de oro que estaba encima del ataúd drapeado con paño de oro y cubierto de emblemas imperiales.

—Hasta el Zar se irá a dormir por fin, con una pala —dijeron los campesinos que se agolparan en la ciudad para ver la procesión.

Las calles estaban llenas de muchedumbres que murmuraban. En todas partes circulaban rumores de que el Zar se había suicidado, que les había ordenado a sus médicos que le dieran un medicamento fatal, que lo habían envenenado sus enemigos. No era una muerte natural, decían. El cadáver empezó a pudrirse y ennegrecerse antes de haberse enfriado. Aunque estaba impregnado de perfumes, el olor de la putrefacción agobió a todos los que estaban en la capilla ardiente. El joven príncipe Pedro Kropotkin, el futuro revolucionario, quien formaba parte del cuerpo de pajes que montaba guardia, sintió náuseas durante aquella horrible prueba a que se vio sometido.

II

El mismo día, 11 de marzo, resplandecía también un sol radiante en el Cáucaso, donde, a ambos lados del río Mitchik, las tropas rusas y las múridas avanzaban para esperar la llegada de las princesas y de Djemmal-Eddin. Shamyl había elegido aquel lugar para el encuentro, con su habitual cautela. Su propio territorio —la Chechnia Mayor— bajaba bruscamente hasta el agua, de modo que tenía el amparo de los cerros y las colinas arboladas. El otro lado del río, en las planicies de Koumuik, el territorio ruso era liso y abierto a lo largo de varios kilómetros y podía ser barrido por el fuego de Shamyl. Hasta en ese último instante hubo dificultades. Shamyl había estipulado que el rescate debía ser pagado en monedas de plata, que no resultó fácil reunir. Muchos múridas fueron enviados a Hassif Yourt para contar los treinta y cinco mil rublos antes de que los pusieran en bolsas selladas. (Los cinco mil restantes debían ser abonados en oro.) Hadjio era uno de los que contaban el dinero y debió confesar que, si se hubiera tratado de un millón, habría estado en apuros. Así y todo, el recuento duró veinticuatro horas. Se notó que los múridas ponían muchísimo cuidado en el cálculo, verificando y volviendo a verificar los rublos acumulados en pilas de a diez. Temían

que los rusos les dieran intencionalmente más de la suma convenida para provocar una disputa durante el canje y obtener así un pretexto para combatir.

El miércoles por la noche, la guarnición de Kourinsk, un fuerte próximo a Mitchik, dio una cena de despedida en honor de Djemmal-Eddin. El barón Nicolai, el Comandante en Jefe (cuya esposa era una de las muchas hermanas del príncipe David), el príncipe Bagration y sus séquitos y otros oficiales de alta jerarquía habían llegado para presenciar el canje, cuando anunciaron a un emisario chechén. El príncipe David se levantó de un salto, temiendo un nuevo obstáculo.

—¿Será posible que hayan surgido nuevos cambios o condiciones? preguntó.

—¿Por qué no? —replicó Djemmal-Eddin, con un dejo de cinismo— Te dieron su palabra sobre el Shariat y ahora quizás quieran obrar de acuerdo con el Adat. (El Shariat, como se recordará, era el libro múrida de leyes sagradas impuesto por Shamyl; el Adat, sus leyes y costumbres tradicionales).

Todos los oficiales observaron la amargura de Djemmal-Eddin, su palidez y tristeza y comprendieron una vez más el cruel destino que debía separarlo ahora para siempre de todo lo que amaba.

Cuando la noticia de la muerte del Zar llegó al Cáucaso, el joven la recibió en silencio. No pidió detalles, pero se encerró en su cuarto para llorar al hombre a quien fuera devoto. Cuando las tropas se reunieron para prestarle el juramento de lealtad a su nuevo soberano, él fue el primero en levantar la mano. Hasta durante esos pocos días que le quedaban, quiso seguir identificado con el país que se había vuelto suyo.

El emisario de Shamyl había venido al fuerte para pedir que le enviaran inmediatamente al Imán a Gramoff, a fin de recibir sus últimas instrucciones sobre el desarrollo del canje. La noche era oscurísima, sin estrellas y en las colinas reinaba un frío muy intenso. Gramoff se extravió y sólo llegó al campamento múrida en Maior-Toup, el último puesto avanzado de Shamyl, en las primeras horas de la mañana. Halló al Imán en su tienda de campaña, reclinado entre almohadones y alfombras, ante un fuego chisporroteante: a su lado, dormía su viejo e inseparable amigo Ker Effendi. El Imán estaba de muy buen humor y contaba las cuentas de ámbar de su *tespych*. Pidió el té.

—Apúrense —dijo— *Mi* Isai Bey ha llegado casi helado.

Y agregó:

—Mañana es un gran día para nosotros. Mañana, estaremos en paz con los rusos. No debe haber juego sucio. Tengo que decirte que, de acuerdo con nuestras costumbres, un padre no debe ir a recibir a su hijo; pero lo haré por dos motivos: para escoltar a mis honorables huéspedes las princesas y también para impedir toda posibilidad de desorden durante el canje. Apenas amanezca, reuniré a mis hombres y les prohibiré franquear el límite establecido. ¿Puedes responderme también por los rusos?

Gramoff le aseguró que los rusos obraban con toda buena fe y le transmitió un pedido del príncipe David de que los montañeses se abstuvieran de disparar al aire y jugar con pólvora como acostumbraban hacerlo para expresar alegría; esto, según el Príncipe, era necesario para evitar toda posibilidad de malentendidos y desórdenes.

Shamyl asintió, pero agregó:

—¿No hay ninguna posibilidad de que las tropas rusas se regocijen y disparen al aire, también?

Gramoff le comunicó que el Zar había muerto y que no habría regocijos durante seis meses.

Shamyl ignoraba la muerte del monarca y guardó silencio durante varios instantes, evocando sin duda el recuerdo de su poderoso enemigo y todo lo que había oído decir de él.

—Para un sultán tan grande, seis años no sería demasiado —dijo—. Pero un gran hombre debe tener un gran hijo. ¿Cómo es su hijo, el príncipe Alejandro?

Aunque Gramoff le pintó al nuevo Zar con palabras muy elogiosas, era evidente que los pensamientos de Shamyl estaban en otra parte. Hubo un breve silencio y luego empezó a hablar del tema más próximo a su corazón.

—¿Y *mi* hijo? ¿Está bien? Me dicen que no sabe una sola palabra de tártaro.

—Pero no debes culparlo de eso —respondió Gramoff—. Ha vivido tanto tiempo en Rusia...

El rostro de Shamyl se suavizó.

—Puedes creerme que no se lo reprocharé; que vuelva aquí, eso es todo.

Se quedó sentado, contemplando el fuego con los ojos entornados. No habló durante largo rato.

—¿No quieres dormir, Imán? —preguntó Gramoff, quien estaba cabeceando de fatiga.

—No. Esta noche, no —dijo Shamyl—. No puedo, estoy pensando en mi hijo. Que Alá nos permita terminar este asunto sin una traición.

Así transcurrió la noche y al amanecer Shamyl fue a hablarles a sus naibs, mientras que Gramoff, después de haber visitado la tienda de campaña de las princesas y de haberlas hallado ya vestidas e impacientes por partir, volvió al galope a Kourinsk, con las últimas instrucciones del Imán.

* * *

—Partirán al primer grito del *mollah* —había dicho Shamyl.

El sol había salido para iluminar toda al escena, con un brillo esplendoroso y las princesas y su servidumbre estaban sentadas nuevamente en las pesadas *arbas*, con el rostro velado, avanzando con lentitud hacia el Mitchik. Se habían vuelto unas figuras grotescas durante su cautive-

rio; estaban realmente esqueléticas y vestían andrajosos abrigos de piel, rústicas blusas de lino y harapientos vestidos asiáticos. Detrás de ellas y a su alrededor cabalgaban siete mil múridas, entonando sus cánticos sagrados. De vez en cuando, se acercaba al galope Khazi Mahommed para comprobar si todo marchaba bien. (La víspera, uno de los carros había volcado y Madame Drancy cayó a un barranco, del cual fue recogida, muy magullada y asustada).

Mientras viajaban, las cautivas notaron que uno de los múridas entonaba una quejumbrosa canción popular en ruso.

—¿Conque eres ruso? —le preguntó la princesa Varvara, con cierto asombro.

—Ya no lo sé —le contestó aquel hombre, cuyos ojos azules eslavos la contemplaron sombríamente desde debajo del *papakh* caucasiano.

Era un desertor que había resuelto compartir su suerte con los tribeños muchos años antes.

Ahora, surgía de todas partes una horda cada vez mayor de jinetes y sus gritos de "¡Shamyl! ¡Shamyl!" arrancaban ecos de las colinas. Eran la *élite* del ejército múrida, los nobles ávaros y chechenes, sus jefes naibs y su caballería escogida. Estaban ataviados suntuosamente y entre ellos cabalgaba Shamyl, "cuyo rostro gallardo y noble irradiaba alegría", cuenta Madame Drancy. Aunque era su apresador, la causa de todas sus penurias, tanto Madame Drancy como las princesas tenían siempre conciencia de su nobleza, de su temperamento generoso y no veían en él a un bárbaro asesino o un impostor religioso, como quienes no lo conocían tan bien.

Shamyl se acercó a las *arbas* para despedirse de las prisioneras; uno por uno, levantaron a los niños y los depositaron en sus brazos. El Imán los abrazó con afecto, se inclinó ceremoniosamente saludando a las princesas y volvió al lado de sus naibs. Cuando las *arbas* llegaron al filo de la colina, Hadjio se acercó al galope y señaló con su fusta:

—¡Miren! ¡Ahí está el ejército ruso!

Estas palabras galvanizaron a las cautivas, quienes se pararon en su carro y casi lo volcaron. Con esfuerzo, pudieron distinguir a lo lejos, en la colina opuesta, un largo cordón de hombres, caballos y fusiles. El sol brillaba sobre la columna y, cuando ésta avanzó, las prisioneras distinguieron los estandartes y gallardetes que ondeaban alegremente al viento.

También los caucasianos miraban con avidez a la columna. ¡Los aborrecidos infieles! Pero ese día no debía derramarse sangre. Acariciaron cariñosamente sus fusiles. Al disminuir la distancia entre ambos ejércitos, las princesas fueron rodeadas por la caballería lesghiana, que tenía desenvainadas las espadas; no debía correr el riesgo de que la tomaran por sorpresa. En una pequeña loma, Madame Drancy advirtió a Shamyl, sentado majestuosamente sobre una suerte de trono, debajo de una gran sombrilla amarilla y rodeado por sus naibs. A ratos, inspeccionaba a los rusos con un telescopio. A su derecha, estaba sentado Daniel Beg; a su

izquierda, Ker Effendi, y el Mollah Jamul u'din. Detrás de ellos, en el más absoluto silencio, estaba alineada la caballería, formada por cinco mil hombres y sus banderas los rodeaban como las alas de un gigantesco pájaro negro, a un tiempo amenazante y protector.

Del otro lado del río, los rusos se habían detenido y estaban tomando posiciones, con la infantería y la artillería en el centro y la caballería en los flancos. Los oficiales estaban agrupados alrededor del comandante en jefe, barón Nicolai, y todos ellos concentraban ahora sus catalejos sobre las filas múridas, ansiosos de ver al legendario Shamyl. Djemmal-Eddin se mantenía aparte y enfocó a los múridas con los catalejos durante largo rato, esforzándose en ver aquel otro mundo que ahora lo reclamaba. Pero la distancia era harto grande: lo único que se podía distinguir eran las banderas negras. Era una mañana radiante. Más allá de las colinas, donde se habían congregado los múridas, centelleaban las imponentes cumbres nevadas, deslumbrantes sobre el fondo del cielo.

El lugar del encuentro debía ser un árbol solitario, situado a mitad de camino entre ambas posiciones. Un jinete salió impetuosamente de las filas de Shamyl y galopó hacia el árbol; haciendo encabritar a su caballo, agitó un gallardete. Era la señal para el canje. Entonces, las *arbas* fueron llevadas hacia el vado, acompañadas por Khazi Mahommed, Mahommez Sheffi y treinta y cinco guardias chechenes. Sólo el rechinar de las ruedas resonaba en el silencio perfecto. Del otro lado del vado, las cautivas vieron avanzar hacia ellas a un pequeño grupo de jinetes: eran Djemmal-Eddin, el príncipe Tchavechavadzé, varios oficiales y los treinta y cinco soldados convenidos, con carros que contenían las bolsas de plata y los dieciséis prisioneros lesghianos, el rescate. Cuando ambos grupos se acercaron el uno al otro, el príncipe vio a las mujeres muy juntas, pero como todas estaban veladas, no pudo distinguir a su esposa de las demás. De pronto, una voz infantil gritó:

—¡Mira, mamá! ¡Ahí está papá, sobre un caballo blanco!

Era Salomé, quien agitaba la mano con deleite. Entonces, Hadjio tomó al pequeño Alejandro y se lo llevó a su padre; los demás múridas se acercaron al galope con los demás niños, quienes se colgaron del cuello paterno. El Príncipe se disponía a ir hacia el *arbas*, cuando Khazi Mahommed se le cruzó en el camino. Estaba pálido y no parecía muy a sus anchas, pero se inclinó con su aire habitual.

—Mi padre, el Imán, me encarga que te diga que cuidó tanto de tu familia como si hubiese sido la suya propia. Lo que sufrieron no fue porque lo hayamos querido así, sino que se debió más bien a nuestra ignorancia sobre la manera de tratar a tan nobles damas y a nuestra falta de medios. Mi padre me ruega que te diga que vuelven a ti puras como lirios, protegidas de todos los ojos, como las gacelas del desierto.

El Príncipe no pudo replicar. La ira, la alegría y el ansia de venganza colmaban su corazón. Se inclinó. Mientras tanto, Djemmal-Eddin, luciendo el uniforme ruso, se había adelantado para abrazar a su padre

y se estaba despidiendo de los oficiales del Zar. El barón Nicolai le regaló su espada.

—No hieras a ningún hombre de nuestro pueblo con ella —dijo jovialmente, tratando de darle ánimos.

—Ni del nuestro ni del de ellos —respondió Djemmal-Eddin, con voz ahogada por la emoción, aferrándose, hasta en ese último momento, a su patria adoptiva.

Mientras avanzaba, las princesas levantaron sus velos para ver mejor a su libertador. El joven detuvo su caballo junto a ellas, mirándolas detenidamente. Pero ni las princesas ni él dijeron una sola palabra. Las prisioneras parecían petrificadas. Toda la gratitud y alivio que sentían no fueron expresados: las palabras no querían brotar de sus labios. Las lágrimas resbalaban por las enjutas mejillas de la princesa Varvara mientras miraba al hombre que había sido el favorito del Zar, la arrogante figura que toda la corte consideraba tan romántica.

III

Gramoff ha dejado un relato del encuentro del príncipe con sus hijos, el alto de Djemmal-Eddin junto a los *arbas*, la reunión de los dos hermanos y su avance hacia las líneas de Shamyl. Cuenta, luego, que Hadjio, el mayordomo del Imán, se adelantó a saludar a Djemmal-Eddin y le presentó como obsequio de su padre una magnífica cherkeska, explicándole que Shamyl sólo quería ver a su hijo con ropa nativa. El intérprete le tradujo al joven el mensaje y Djemmal-Eddin frunció el ceño, al parecer desconcertado.

—¡Qué idea extraña! —dijo—. ¿Cómo puedo cambiarme de ropa aquí, en presencia de todo el mundo? ¡Hasta podrían verme las princesas...!

Evidentemente, se sentía humillado. Y resulta curioso notar que, aun allí, en el lejano Cáucaso, en aquel momento supremo de tragedia, prevalecían los cánones del pudor del siglo XIX.

—Los deseos de su padre son ley —le dijo Gramoff—. Le conviene saber que nadie desobedece al Imán... Nadie.

Los múridas formaron un compacto círculo alrededor de Djemmal-Eddin y éste desmontó y comenzó a quitarse su uniforme ruso.

Cuando se vistió a la usanza caucasiana y no le quedó siquiera una bota, una espuela o un pañuelo de su pasado ruso, el círculo de múridas se abrió, el joven montó a caballo y se adelantó al encuentro de su padre. Estaba transformado. Su larga cherkeska oscura estaba adornada con soberbias armas; su caballo, el potro blanco en cuya frente brillaba la estrella negra, caracoleaba sobre la hierba y el sol jugaba sobre su *chaprak* carmesí y oro. Cuando se acercaba, entre los montañeses estalló una salvaje gritería y avanzaron en tropel, desaparecida toda apariencia de orden. Entre un mar de rostros salvajes, pudo verse que los rusos se

esforzaban en volver a ubicarse junto a Djemmal-Eddin. El joven había contenido a su caballo y se negaba a seguir avanzando sin su escolta. Por fin, los naibs lograron imponer orden y Djemmal-Eddin desmontó, para cruzar a pie los pocos centenares de metros restantes. Le tendió una de sus manos a un oficial ruso, la otra a otro. Uno de esos camaradas suyos cuenta:

"La proximidad del temido Imán comenzó a causar su efecto. Un silencio de muerte sucedió a la ensordecedora gritería. La multitud había retrocedido. Miles de ojos que nos devoraban observaron nuestro avance. La mano de Djemmal-Eddin temblaba en la mía."

Shamyl se quedó sentado a la turca sobre sus alfombras, mientras su hijo se inclinaba y arrodillaba ante él. Entonces, toda la impasibilidad del Imán se esfumó. Abrazó a Djemmal-Eddin y las lágrimas brotaron copiosamente de sus ojos. Ahora, en presencia de los rusos y de los múridas, lloró sin contenerse. Por fin, habló:

—Le doy las gracias a Alá por haberme conservado a mi hijo y al Zar por haber permitido su regreso.

Luego, al observar a los oficiales rusos parados cerca de allí, le preguntó a Gramoff quiénes eran. Cuando le dijeron que se trataba de los edecanes del barón Nicolai y la escolta de su hijo, los saludó.

—También les doy las gracias a ellos. Hoy, mi opinión sobre los rusos ha cambiado.

Había llegado el momento de que los rusos partieran. Djemmal-Eddin parecía desfallecer. Sus camaradas se despidieron de él en la forma tradicional, abrazandole y dándole un triple beso. Los oscuros ojos de Djemmal-Eddin se llenaron de lágrimas y no pudo ocultar su emoción. Entonces Shamyl, ansioso de ocultar la mala impresión que podía causar entre sus parciales el dolor de su hijo al despedirse de los infieles, se volvió hacia sus múridas, diciendo:

—Eran los amigos más queridos de mi hijo.

Evidentemente, se sentía impaciente de que los infieles se marcharan y de quedarse a solas con su hijo, a quien ya, en el fondo de su corazón, empezaba a reprocharle el haber olvidado su idioma natal. Preveía que su conversión a la vida avara presentaría muchas dificultades. Pero luego recordó, con gratitud, que Shouanete, "La Perla", había recuperado su olvidado idioma ruso al hablar con las princesas. Ella serviría de interprete hasta que el alma de Djemmal-Eddin quedara purificada de los años de cautiverio ruso. ¡Alá era grande!

Shamyl se despidió de los oficiales con suma cortesía y le agradeció a Gramoff sus servicios.

—Hoy, no tengo un regalo digno de esta oportunidad, pero te enviaré algo que confío aceptarás. (Más tarde, Gramoff recibió en Temir-Khan-Shoura un magnífico reloj ornamentado con piedras preciosas). Pero recuerda esto, Isai Beg: mis hijos y toda mi familia reconocerán siempre tus servicios; si tú o cualquiera de tus parientes cayeran en nuestras

manos, recuperarán inmediatamente la libertad. Esto, lo digo en presencia de mis principales naibs.

La radiante mañana se había nublado, volviéndose gris y plomiza. Soplaba un viento glacial, que hacía gemir los árboles y encarrujaba las crines de los caballos. Shamyl pidió su burka y luego, rodeando con el brazo los hombros de su hijo, lo condujo hacia los naibs. Cuando las banderas se inclinaron, saludando, se vio que Djemmal-Eddin miraba largamente por última vez las líneas rusas.

—*¡La Allah illa Allahi!* —gritaron los múridas.

Muy débilmente, la brisa trajo la melodía de una banda militar que tocaba aires populares rusos, pero la ahogaron las roncas y jubilosas voces de los compatriotas de Djemmal-Eddin:

—*¡Shamyl Imam!* (No hay nadie más que Shamyl).

30

UNA DERROTA

"Tuve hermanos a quienes consideré armaduras de cota de malla. ¡Ved, ahora! Se han convertido en enemigos míos. Yo los creía agudas flechas... y lo eran, pero flechas que me han traspasado el corazón."

SHAMYL, CITANDO A UN POETA ÁRABE NO IDENTIFICADO

"¡Los vuestros matan a los nuestros... los nuestros matan a los vuestros! Tal había sido el grito que se lanzaban mutuamente los múridas y los rusos durante treinta años, mientras los redobles de tambores y los cantos fúnebres arrancaban de las montañas interminables ecos. Durante treinta años, la serpiente del odio los había trabado en mortal combate. Ahora, la presión múrida se debilitaba. Shamyl y sus naibs seguían siendo igualmente fanáticos, pero el grueso del pueblo ya no los apoyaba. Estaba agotado. El dogma múrida era harto exigente; su religión no seducía ya a una nueva generación que se criara a la sombra de ese lúgubre credo. Enfrentados con una vida eterna de sufrimiento tribus enteras comenzaron a pasarse al bando de los rusos. Antaño habían seguido a Shamyl ciegamente, a cualquier precio, pero, así como antes estaba escrito que Shamyl debía ser su victorioso caudillo, ahora lo estaba que el infiel debía vencer.

Tres cosas provocaron la derrota de Shamyl, el poderío de las armas rusas, que, al terminar la guerra de Crimea, se concentró en el Cáucaso; la jefatura del príncipe Bariatinsky, a quien nombraron comandante supremo en vez del viejo y enfermo Voronzov; y, más que nada, las disensiones internas. Las distintas tribus, de vez en cuando, debilitaban sus filas combatiendo entre sí. Pero ahora esas divergencias internas aumentaron y barrieron sus territorios como un voraz incendio, con una rapidez devastadora. De la noche a la mañana, aúles y aun provincias enteras se rindieron a los infieles. Agotados por las exigencias de Shamyl, se rendían y se colocaban bajo la protección rusa para salvarse de las re-

presalias del Imán. El terror había sido siempre el arma más fuerte del caudillo: era, siempre, la fuerza guía en la guerra asiática. Ahora, la clemencia de Bariatinsky demostraba ser un arma más poderosa. Las tribus temían los cañones rusos... pero no la venganza rusa. Habían descubierto que su enemigo era terrible en la batalla, pero magnánimo en la victoria. Cedían, pues, de a miles, mermando sin cesar el ejército de Shamyl y los múridas que le quedaban, quienes, aislados, se veían obligados a replegarse cada vez más lejos, a las altas cumbres.

* * *

El cambio estaba en la atmósfera. Todo era nuevo: los tiempos, el zar, los generales y el concepto mismo de la conquista. Bariatinsky lograba, con medios más humanitarios, lo que no habían conseguido Yermolov y Voronzov con la fuerza. Ya hemos visto algunos de sus métodos administrativos cuando comandaba el ala izquierda del ejército en 1848. Ahora, se acercaba a su cenit, sin verse trabado por ninguna crítica del Palacio de Invierno. El nuevo zar Alejandro II, quien contaba treinta y siete años al subir al trono, había sido camarada de Bariatinsky en su infancia y en su juventud y ambos debían mantenerse unidos durante toda su vida. Alejandro era muy distinto de Nicolás, quien daba crédito siempre a los detractores de Bariatinsky. Aborrecía la fuerza y no había heredado el apasionado militarismo de su progenitor. Era un hombre bondadoso y los informes sobre los sufrimientos de los soldados heridos en Crimea lo atormentaban tanto que costaba impedirle que se ofreciera como practicante en un hospital de sangre. En el sur, había visto las tumbas de cien mil soldados; fue esto más que nada, quizás, lo que lo indujo a aceptar las condiciones de paz sin prolongar la lucha. Su corte y sus ministros se oponían a él, hablándole largamente de lo vergonzosa que era la derrota. Pero por algo Alejandro había sido discípulo del poeta Yukovsky. Otra influencia formativa que gravitaba sobre él era la de su tía, la gran duquesa Elena Pavlovna, una mujer liberal y muy culta, cuyo palacio era el centro de una sociedad avanzada, totalmente ajena a las tradiciones del Palacio de Invierno.

El nuevo Zar abogaba abiertamente por una constitución y por la liberación de los siervos, por cuyo motivo suscitaba desconfianza en ciertos círculos. Comenzó con reformas menores: la abolición de la pena capital y medidas para disminuir el prevaricato y los abusos de la administración local. Abolió el detestado sistema de las colonias militares, con la promesa de que no se reclutarían soldados durante los cuatro años siguientes. Todo el país fue liberado de la férula despótica bajo la cual se retorciera durante años, aunque su mayor libertad permitió también el desarrollo de sociedades secretas, impacientes bandas de nihilistas y revolucionarios, quienes servían de excusa a las brutalidades de una policía secreta que, en nombre de la seguridad pública, cometía terribles abusos. Fueron establecidos los *zemstvoz*, o asambleas políticas, para alla-

narle el camino al gobierno autónomo y a una constitución. Sin embargo, el nuevo Zar, aunque inclinado a ese sentimentalismo del cual lo acusaban sus críticos, veía lo que pasaba en su país con bastante claridad y le decía a Miliutin, a propósito de la constitución, que no creía que Rusia —tanto los nobles como el pueblo— hubiese adquirido aún las cualidades necesarias para un gobierno autónomo.

* * *

En el Cáucaso, el viejo orden de cosas cambió con rapidez. Voronzov estaba agotado por los numerosos años a cargos y campañas de su vida. Una serie de curas en Alemania habían resultado ineficaces. Todos sus hijos murieron, uno tras otro. Al renunciar Voronzov, nombraron a Muraviev comandante interino; pero esto precipitó una crisis del estado mayor, donde Bariatinsky, como comandante del ala izquierda, se había vuelto demasiado poderoso para aceptar órdenes de cualquier recién llegado cuyos puntos de vista fuesen diametralmente opuestos a los suyos. Se veía ya en el papel de comandante en jefe y cuando advirtió que no seguían ninguna de sus recomendaciones y prolongaban, sin necesidad la guerra, pidió que lo trasladaran. Lo designaron inmediatamente para el séquito del nuevo Zar, un nombramiento que sin duda había previsto. Ahora, ambos amigos siempre estaban juntos y Bariatinsky aconsejaba, discutía y analizaba toda la conducción de las campañas del Cáucaso desde el propio Palacio de Invierno. Así, pudo imponerle sus puntos de vista al monarca. Éste, venciendo toda la oposición administrativa y de la corte, nombró luego a Bariatinsky comandante del Cuerpo Especial del Cáucaso y Virrey interino; además, decretó que conservaría todos los privilegios y facultades soberanas que tuviera Voronzov.

San Petersburgo estaba furioso. ¡Aquello era un favoritismo irresponsable, Bariatinsky era demasiado joven! Evocaron en detalle toda su libertina juventud, sus infortunados amores con Madame Davidova. ¿Se proponía el Virrey exhibir insolentemente a su amante —quien seguía siendo la esposa reconocida de uno de sus oficiales— en el palacio virreinal? En 1852, esa amante le había dado una hija. Aún así, el escándalo no los separó. En realidad el Zar, entonces Zarevich, lo había apoyado abiertamente: la niña había sido adoptada legalmente por sus abuelos, el príncipe y la princesa Orbeliani, convirtiéndola así en tía de su propia madre. El padre de Madame Davidova era el príncipe Dimitri Orbeliani, pero éste había muerto y su padre, el príncipe Pablo, adoptó a Tebro. Esto era *muy* irregular, dijeron los enemigos del príncipe Bariatinsky.

La princesita Tebro era una niña de singular belleza. Había costado bastante explicar su presencia en la casa de los viejos Orbeliani. Estos decían que Tebro era hija de un sacerdote georgiano a quien mataran al saquear Shamyl una aldea próxima a Telav. La habían hallado llorando

entre las ruinas, siendo la única sobreviviente de aquella correría, según aseguraban... Pero nadie podía explicar por qué se interesaba tanto por ella el Emperador, ni por qué la colmaba de beneficios.

El coronel Vladimir Davidov sigue siendo una figura enigmática. Quizás ha llegado a un entendimiento con Bariatinsky y éste prefiriera una amante a una esposa; quizás los rápidos ascensos y favores le hiciesen aceptable al coronel la vida del marido complaciente; o tuviese otros intereses; o bien, simplemente, esperara la hora de la venganza.

Mientras tanto, el glorioso y todopoderoso Bariatinsky gobernaba al ejército como un dios. Todos se alegraban de su regreso: lo mismo los atildados oficiales que los brutales soldados. También las tribus lo sabían un enemigo caballeresco; y comenzaban a creer en una paz que pudiera ser obtenida sin mengua del honor. Aquel hombre no era un tirano infiel enviado para oprimirlos por Nicolás, el aborrecido Sultán del Norte, sino más bien el amigo curtido y experimentado de todos ellos, bautizado por el fuego caucasiano, herido en dos ocasiones por sus balas, un digno enemigo, un digno vencedor si Alá quería que los venciera.

* * *

Las facultades soberanas de Bariatinsky le proporcionaban los medios necesarios para reformar al ejército, desarrollar y administrar los nuevos territorios sojuzgados por sus soldados y ponerle término a la guerra lo antes posible. Tenía grandes proyectos. Pero sólo le quedaban cuatro años de poder. Como era hombre de visión y de acción a un tiempo, consiguió realizar en esos pocos años la mayoría de esos vastos proyectos. En primer lugar, fueron enviadas más tropas al Cáucaso, que llegaron del norte en gran número. Luego, nombraron segundo de Bariatinsky en el comando a Miliutin, un soldado particularmente brillante. Esos dos apasionados reformadores —iconoclastas, decían sus detractores— junto con el príncipe Alejandro Gagarin y el general Yevdokimov, se consagraron a la conquista final del Cáucaso. Su primera preocupación consistió en redistribuir sus fuerzas. Antes, los ejércitos locales habían estado a menudo bajo las órdenes de comandos muy lejanos del escenario en que se desarrollaban los acontecimientos. Esos comandos dependían, a su vez, de las decisiones del Virrey de Tiflis, cuando no del Zar o del ministro de Guerra que estaban en el lejano San Petersburgo.

Bariatinsky dividió las fuerzas del sur en cinco ejércitos independientes, cada uno de los cuales fue investido de plenos poderes dentro de su distrito. Tres de ellos iniciaron ahora la ofensiva contra Shamyl. El del ala izquierda, bajo la jefatura de Yevdokimov, se ubicó frente a la Chechnia. El ejército precaspiano, a las órdenes del príncipe Grigori Orbeliani, descendió sobre el Daghestán y las riberas del Caspio. El ejército de la Línea Lesghiana, comandado por el barón Vrevsky, tenía su base en el sudeste de la cordillera principal. Y por primera vez, los sol-

dados rusos usaban fusiles en vez de mosquetes. (Como se recordará, el zar Nicolás se había opuesto con energía a esta innovación).

Los métodos de Bariatinsky de talar bosques se seguían aplicando, y los múridas se veían forzados a combatir en campo abierto o a retirarse a las yermas colinas. Gradualmente, se vieron opuestos a un enemigo con el cual nunca podían luchar cuerpo a cuerpo. Bariatinsky expresa: "El combate implica ciertas condiciones de igualdad y mientras ellos pudieron combatir, no pensaron en rendirse. Pero cuando, repetidas veces, comprobaron que, en realidad, nunca podían luchar cuerpo a cuerpo con el ejército ruso, se les caían las armas de las manos. Vencidos, habrían vuelto a reunirse al día siguiente. Obligados a dispersarse sin combatir, venían al día siguiente a rendirse." En otros tiempos, eran los rusos quienes no podían combatir y ni siquiera entrar en contacto con los múridas en los bosques; ahora, la situación se había invertido. Hasta las montañas eran vencidas con puentes, con una artillería de largo alcance y dinamita. Además, la presencia del príncipe Bariatinsky galvanizaba a las tropas rusas, estancadas por los largos años de lucha monótona e indecisa. Inspiraba a sus hombres hablándoles de la conquista del Asia más allá del Caspio, de relaciones comerciales e influencias políticas que se extenderían a través de toda el Asia, de ferrocarriles que cruzarían los temidos desiertos; y todo esto dependía del primer paso: la derrota total de Shamyl.

Ahora, el creciente número de tribus tránsfugas proporcionaba elementos para el ejército: además, esos tribeños servían de guías y espías. También la corrupción desempeñaba su papel en la conquista. El alcohol y el soborno resultaban armas poderosas en las manos rusas. Voronzov había sido espléndido, pero no eficaz. Le habían faltado las habilidades histriónicas que caracterizaran a su predecesor Yermolov y a su sucesor Bariatinsky. Quizás tuviera demasiados rasgos propios de un lord inglés para habérselas con los tribeños. Bariatinsky, con su gran talla, su cabello rubio y aspecto de boyardo y su amalgama de gran señor y adusto guerrero, viajaba por el Cáucaso, planeando sus victoriosas campañas. Así como a Shamyl lo acompañaba siempre un verdugo, así también a Bariatinsky lo acompañaba un tesorero, quien les regalaba en su nombre oro y piedras preciosas a los jefes nativos que colaboraban con el conquistador.

Shamyl, mientras observaba el curso de las cosas con creciente desesperación, seguía librando la guerra con su valor de siempre. No cedía. No se rendiría mientras no le hubiesen arrancado el último aúl y la última cumbre, para que la victoria final les resultara a los rusos lo más costosa posible. También él ofrecía recompensas, aunque sus arcas no podían competir con las de los rusos. Se veía obligado, no sólo a conceder medallas como sus adversarios, sino también a hacer ciertas concesiones, a abandonar sus cánones de austeridad múrida y a prometer los más inesperados premios.

Pero nada lograba detener las deserciones en masa y las traiciones

que hacían estragos en los ejércitos de Shamyl y ganaban terreno entre el pueblo. Sus concesiones llegaron demasiado tarde. La desmoralización era rápida. Cuando los nativos de la Kabarda cedieron —y luego los ossetes— formando un bloque prorruso en el corazón mismo del Cáucaso, sólo las tribus del extremo este y el extremo oeste se conservaron leales a Shamyl. Los puntos claves del Imán sólo los defendían los que habían prestado el décuple juramento múrida, el de morir antes que rendirse. Pero esos fanáticos eran cada vez más raros. Ahora, Shamyl podía darse por satisfecho si alguna escaramuza se decidía a su favor. Una creciente aceptación fatalista de la derrota, más bien que una falta de valor, debilitaba a los pueblos del Cáucaso, quienes resistían aún, pero con un valor pasivo.

Poco a poco, Shamyl se veía empujado hacia las altas cumbres de la Chechnia. Su posición era comparable con la de los pieles rojas norteamericanos que combatían sin esperanzas contra la invasión de los blancos. Como los apaches, los múridas se replegaban hacia las montañas, y les quitaban las siembras y la madera, sus alimentos laboriosamente cultivados y que pronto se vieran obligados a destruir ante el avance ruso; no les quedaban más medios de subsistencia que los obtenidos con correrías que provocaban severas represalias punitivas.

Durante todos esos años Shamyl se resistía aún a una paz negociada, aunque Bariatinsky mandaba emisarios y Daniel Beg suplicaba que le dejasen entrar en tratos con sus ex aliados. Ahora, a Shamyl le faltaban hombres. Como siempre, la ayuda de los turcos era muy promisoria, pero escasa. Desesperado, Shamyl había ensayado toscos cañones de madera y de cuero de fabricación doméstica, que estallaron en manos de sus servidores. Cuando los fusiles y las municiones escasearon, los múridas solían introducir en la bala un clavo de hierro, sujetando su cabeza al cartucho, con lo cual formaban un proyectil mortífero, ya que el cartucho así reforzado causaba una herida fatal. Una bala común, al atravesar un cuerpo vivo, a menudo causaba una lesión leve; así, en cambio, cada bala debía costar una vida.

Pero a fines de 1857, toda la Chechnia inferior estaba en manos rusas: el este del Daghestán había caído, mientras que los contingentes de la línea lesghiana lograron franquear la cordillera principal y se concentraron en el país de Deedo, hasta entonces impenetrable.

* * *

En febrero de 1858, un emisario tártaro penetró al galope en Hassiff Yourt y manifestó que quería ver al comandante, en nombre del Imán Shamyl. Lo llevaron a presencia del coronel, príncipe Mirsky, y entonces el emisario explicó que Djemmal-Eddin estaba muy enfermo en las montañas y que ninguno de los medicamentos locales lo mejoraba; Shamyl, sabiendo la confianza de su hijo en los rusos y el afecto de éstos por

Djemmal-Eddin, pedía que le enviaran los medicamentos adecuados. El hecho de que Shamyl, el orgulloso y vengativo caudillo, enviara semejante mensaje, revelaba la desesperada situación del joven. Ni sus amigos de Rusia, ni la familia imperial, ni sus camaradas de la oficialidad habían tenido la menor noticia de Djemmal-Eddin desde aquel día de marzo de 1855 en que se reuniera con Shamyl en las riberas del Mitchik. El mejor médico de la guarnición, Ostrovsky, después de haber interrogado al emisario sobre los síntomas del enfermo, diagnosticó una tuberculosis y preparó una caja con medicamentos. El príncipe Mirsky le mandó decir también a Shamyl que, si necesitaba un médico, se lo enviarían... en ciertas condiciones. El emisario guardó el más absoluto silencio sobre todo lo relativo al paradero de Djemmal-Eddin y se fue apenas le pusieron los medicamentos en las alforjas.

Al parecer, según los espías tártaros, al joven lo habían enviado a vivir junto a su hermano Khazi Mahommed: ambos se entendían bien. Karatay era una población célebre por la belleza de sus mujeres; el hijo del Imán fue tratado de una manera principesca. Shamyl insistió en que su hijo se casara con la bella hija de su naib Talgik. Djemmal-Eddin se casó, pero se negó a vivir con ella, y así fue como, por fin, le permitieron retirarse a su soledad final.

II

A comienzos de mayo, volvió allí el mismo emisario tártaro que viniera meses antes. Llevado a presencia del coronel, manifestó que el estado de Djemmal-Eddin empeoraba rápidamente y que Shamyl les suplicaba a los rusos que le enviaran a un médico: aceptaba cualquier género de condiciones. El doctor Petrovsky se ofreció a ir y el príncipe Mirsky pidió tres naibs como rehenes durante su ausencia Shamyl había previsto esta exigencia y cinco naibs sólo esperaban una señal ocultos en las colinas. Se hicieron los disparos convenidos y aparecieron repentinamente al galope. Tres se quedaron en el fuerte y los otros dos le sirvieron de escolta al médico en la primera etapa de su viaje a los dominios de Shamyl

La travesía fue una terrible prueba que duró cerca de una semana, cruzando los viajeros el mismo tipo de salvajes desfiladeros, inaccesibles mesetas y abismos que debieron soportar las princesas y el mercader armenio primo de Shouanete. Cada día, el médico se sentía más agotado e inquieto. A diario, a sus guías los sustituían tribeños taciturnos y de aire feroz, con quienes no podía hablar. A veces, cuando cruzaban el aúl, sus guías se transformaban en sus guardias y debían protegerlo con los sables desenvainados de la furia del pueblo, que se arremolinaba en torno amenazador. *¡Giaour!* ¡El aborrecido infiel! Al quinto día de viaje llegaron a la cumbre de Goumbet y divisaron toda la gigantesca frontera del Cáucaso, y al este, el pálido centelleo del Mar Caspio. Siguieron trepando y por fin, ante un acantilado harto vertical para poder seguir el

viaje a lomo de caballo o de mula, dejaron sus cabalgaduras y continuaron el viaje a pie. Durante cinco horas, mientras se aferraba a las rocas y los achaparrados arbustos, el doctor Petrovsky no se atrevió a mirar hacia abajo, presa de náuseas y de terror, sudoroso y trémulo. Por fin, pasó la pesadilla y llegaron al pie de la montaña, a una meseta que se elevaba a gran altura sobre las cumbres circundantes. Estaba frente a un grupo de gigantecas rocas, las Puertas de Andi, que servían de acceso al oculto aúl de Soul-Kadi, donde yacía postrado Djemmal-Eddin.

El médico, casi desmayado a esta altura, se desplomó y se echó a llorar. Pero sus guías lo obligaron a levantarse, indicándole que debía darse prisa. Después de una hora de marcha, llegaron a destino. Había anochecido. Aquello era un gran aúl con muchas casas de dos pisos, pero no se veía a nadie. Salvo el ladrido de los perros, el silencio se cernía sobre la aldea y el médico sólo notó la presencia de un centinela que se paseaba delante de la casa en que vivía Djemmal-Eddin. El naib a cargo de éste recibió al médico con evidente satisfacción y lo llevó directamente a la habitación del joven. A la luz de una vela de sebo, el doctor Petrovsky lo vio dormido sobre una pequeña cama de campaña. En el otro extremo del cuarto habían preparado otra cama, indicando que esperaban al médico. La habitación era pequeña y estaba vacía: ni libros ni detalles de "confort", nada que recordara a San Petersburgo. Sobre la pared, pendía una espada con hermosas incrustaciones, quizás la misma que le regalara el barón Nicolai a Djemmal-Eddin cuando se despidieran a orillas del Mitchik. Al médico le bastó con una mirada al rostro del joven para adivinar que se podía hacer muy poco por él, salvo traerle ecos de aquel mundo cuya nostalgia lo consumía.

El doctor Petrovsky se quedó tres días: pero era inútil prescribir medicamentos o tratamientos. La vida que había aceptado Djemmal-Eddin lo estaba matando. Pareció contentísimo de ver al médico, de volver a hablar el ruso, de referirse a aquel mundo lejano, ansiado. Sus hundidos ojos brillaron fugazmente al evocar a la gente y los lugares que nunca volvería a ver. *Ellos* eran la realidad; esto, un sueño. No se quejaba, pero le bastó con describir su vida entre los múridas para que el médico comprendiera las terribles condiciones de vida que le habían impuesto... sin conocimiento de Shamyl. Al principio, a Djemmal-Eddin lo mandaron en gira por los territorios de su padre; pero no pudo soportar algunas interpretaciones caucásicas de la justicia ni ocultar su desesperación ante la continuación de la guerra. Su padre no quería oir hablar de condiciones de paz ni de ningún mundo existente del otro lado de las montañas: la civilización, la ciencia, las artes... todo eso era tabú para él. Finalmente, le prohibió a Djemmal-Eddin que discutiera la conducción de la guerra o hablara de su vida en Rusia. Durante unos meses, conservó a su hijo a su lado en el harén, en el Gran Aúl, donde una sucesión de *mollahs* le enseñó día y noche los principios y prácticas del muridismo. Pero a pesar de la afectuosa bondad de Shouanete, Djemmal-Eddin

no había mostrado aptitudes para volver a aprender el idioma Ma'arulmatz ni adaptarse rápidamente al alimento, la vivienda o el clima.

Toda la alegría que le proporcionara al Imán el regreso de Djemmal-Eddin quedó empañada cuando comprendió que había perdido para siempre a su hijo en Akhulgo. Había vuelto un ruso, no un hijo sino un prisionero que le ocultaba su corazón a su padre y parecía vivir aparte, recluído en algún mundo secreto e inaccesible de recuerdos. En vano Shamyl lo enviaba a cazar con Khazi Mahommed: los hermanos galopaban por las tierras altas, con sus halcones sobre las muñecas, pero cuando volvían Khazi Mahommed (quien admiraba a su hermano como a un ser de otro mundo) le contaba que Djemmal-Eddin soltaba a su halcón y contenía a su caballo y miraba largamente, con avidez, hacia el norte, en la dirección de Rusia... En vano Shamyl le hablaba de la gloria, de su herencia, de las montañas y aúles que temblaban ante él, de las órdenes de Alá, del deshonor que implicaba aceptar las condiciones rusas. Djemmal-Eddin guardaba silencio. En vano Shamyl le mandaba a las más bellas esclavas circasianas, aquellas muchachas que parecían gacelas y por las cuales pagaban tan altos precios los harenes de Constantinopla. En vano Aminette le cantaba, trayendo su pequeña pandereta. Djemmal-Eddin sonreía dulcemente; pero su alma escuchaba otras melodías: Chopin, tal como lo oyera tocar en los salones polacos... valses vieneses de moda en los salones de San Petersburgo... los ecos de una canción rusa de soldados... En vano se efectuaban *dighitovkas* en su honor. Djemmal-Eddin intervenía en ellas y su puntería rivalizaba con la de los mejores, pero luego se aislaba de la fiesta.

Khazi Mahommed quería conocer los libros, cuadros y mapas dispersos en el cuarto de Djemmal-Eddin, pero pronto todo eso fue confiscado, como también una Biblia, que había terminado por encarnar para Shamyl una intangible fuerza que se interponía entre su hijo y el regreso de éste al redil musulmán. Mientras estaba en Rusia, no habían hostigado al joven con ningún proselitismo y conservó en principio su religión musulmana; pero un ícono se había convertido en uno de sus bienes más preciados. Entre los naibs comenzaban a circular siniestros comentarios en voz baja. Ninguno de ellos imaginaba que, más bien que un cambio de religión, eso podía representar un recuerdo de algún amigo a quien él nunca volvería a ver. Una prenda de amor, quizás.

La soledad de Djemmal-Eddin fue acentuada por las sospechas y el fanatismo que lo rodeaban. Había comenzado a construirse una casa europea, pero tuvo que abandonarla. La gente se congregaba a mirarla irritada, diciendo que tenía la forma de una cruz. ¿Qué otra cosa se podía esperar, con un infiel entre ellos? Shamyl no era ya suficientemente fuerte para dominar a sus adeptos. Nuevamente, tenía que sacrificar a Djemmal-Eddin. No debían dejarle nada, nada que le recordara a aquel aborrecido y humillante pasado. No podía recibir ni enviar cartas, ni leer los periódicos extranjeros mediante los cuales los intérpretes

de Shamyl lo mantenían informado de los sucesos exteriores. Toda tentativa de Djemmal-Eddin de hablar de paz era acogida con enojo. Finalmente, Shamyl dejó de visitar a su hijo y les prohibió a sus hermanos que lo vieran. De todos modos, dada la apremiante situación, él, Khazi Mahommed y Mahommed Sheffi eran demasiado necesarios en el frente. El aislamiento de Djemmal-Eddin era completo.

Pronto, se sintió harto débil para montar a caballo y se quedaba sentado silenciosamente en el tejado de la casa de su hermano, con los ojos fijos en las colinas lejanas, bajo su dosel de nubes. Amaba a las rosas: sólo éstas parecían aliviar su melancolía y su desnudo cuarto estaba lleno de grandes y fragantes capullos amarillos del Daghestán. Hasta los más fanáticos múridas no podían regatearle ese placer. También el profeta amaba las rosas.

Cuando las guerras cobraron un cariz más desesperado y Bariatinsky aumentó su presión, tanto Shamyl como Khazi Mahommed permanecieron en el campo de batalla, acaudillando a sus respectivos ejércitos. También el joven Mahommed Sheffi había ocupado el lugar que le correspondía a la cabeza de un cuerpo de múridas, dirigiéndolos en furiosas incursiones. Pero como combatiente nunca fue del mismo calibre que su padre o Khazi Mahommed, ni compartía el fervor místico de ambos. Era un joven agradable, bastante común, quien veneraba a su padre, pero no estaba vaciado en el mismo molde heroico de Shamyl. Sólo Khazi Mahommed amaba y servía a su padre en todas las cosas con una devoción absoluta, para vivir y morir a su sombra.

Shamyl no quería correr el riesgo de que volvieran a capturar a Djemmal-Eddin y por eso, cuando amenazaron el Gran Aúl, lo mandó a vivir en Soul-Kadi. Allí, detrás de las grandes puertas rocosas de Andi, estaría a salvo: nada podría tocarlo. Y, celosamente vigilado, el joven vivió allí solo, sin amigos ni familia, esperando su única evasión posible: la muerte. En las asfixiantes noches de julio, le gustaba que lo llevaran a la terraza y lo dejasen tendido allí. La gente de Karaty cubría de rosas el tejado: demasiado tarde, trataba de mostrarle su simpatía al solitario hijo del Imán. Allí, en la noche del 12 de julio de 1858, entre las rosas, murió Djemmal-Eddin. Shamyl había perdido a su hijo por segunda vez.

III

El año 1859 comenzó con un panorama desolador para Shamyl. Los tres ejércitos rusos avanzaban sobre los múridas, implacablemente. Ahora, apenas podía contenerlos. Uno tras otros, sus fuertes caían. El 15 de enero, lo engañó la noticia de que una nutrida columna partía para sitiar el sólidamente defendido aúl de Akhtouree. Pero esto sólo era una treta de Bariatinsky y Evdokimov. Ni siquiera los propios soldados enviados sabían cuál era su lugar de destino y marcharon durante toda la noche

entre nieves tan densas que la caballería debía precederlos para abrirles paso. Al amanecer, llegaron al desfiladero de Argoun, a treinta *verstas* de Akhtouree, su supuesto objetivo. El desfiladero era una posición clave, considerada hasta entonces inexpugnable; el terreno era tal que una columna necesitaba siete horas para recorrer menos de ocho kilómetros allí. Pero después de haber penetrado en el desfiladero y de haber quemado todos los aúles que estaban a su alcance, las columnas rusas se establecieron a horcajadas sobre los afluentes del río Shato Argoun, ocupando las tierras altas existentes entre ellos y creando así una punta de lanza al pie de las últimas colinas que llevaban a la guarida de Shamyl, la meseta de Vedin. Shamyl, al enterarse demasiado tarde de la imprevista maniobra, atacó, pero tuvo que replegarse. Cuando, días después, supo que todo el desfiladero había caído en manos de los rusos, lloró. El fin ya estaba muy próximo y él lo sabía.

Durante todo el mes de febrero, los rusos estuvieron atareados talando los gigantescos árboles del desfiladero, abriéndoles paso a sus abastecimientos y cañones. Algunas de las hayas medían casi cien metros de altura y once de diámetro y se resistían a todas las hachas: tenían que volarlos. Pero, poco a poco, los rusos abrieron un camino enorme, que llevaba a través del bosque y la colina a Vedin; los abismos y barrancos fueron salvados nuevamente con puentes, bajo la protección de cañones para que los múridas no pudieran acercarse a destruirlos. Al fracasar todas sus tentativas de ataque, se replegaron al último refugio que les quedaba. Trabajaban día y noche para contener el implacable avance ruso, construyendo trampas, terraplenes y emboscadas. Pero no había posibilidad de impedirle el paso a Bariatinsky. Toda su vida de soldado lo había llevado a esa campaña: por fin, ponía en práctica los planes largamente acariciados; y, poco después, las tropas rusas se abrieron paso a través de la última línea de defensas naturales de los múridas. En julio, Khazi Mahommed, en el comando de la Varanda Mayor y Menor, vio caer uno tras otro a los aúles, cuyas tierras ocupaban los rusos, mientras la población se sometía pasivamente. A comienzos del verano de 1859, los rusos habían sojuzgado todos los accesos de la última ciudadela de Shamyl.

* * *

Pero antes de que cayera Vedin, el Imán logró evacuar a los bosques a sus esposas y a su servidumbre, donde debían permanecer ocultos hasta que él mandara a buscarlos. Kherimat no figuraba entre ellos. Pocos días antes, una carta de su padre Daniel Beg había entrado clandestinamente al aúl. "Abandónalos —expresa—. Este juego se acabó. Bariatinsky se acerca. Pásate a nuestro bando."

A Kherimat le había convenido ser la nuera del Gran Imán mientras era poderoso. Ahora, optó por seguir el traicionero camino de su padre

y huyó una oscura noche de tormenta. Khazi Mahommed estaba combatiendo lejos de allí y sólo se enteró de su traición más tarde.

De ese momento trágico, queda un diminuto cuadrado de papel amarillento, una carta enviada por Khazi Mahommed a su desleal esposa. Eso ha sobrevivido, mientras que la mayoría de las órdenes del día de la guerra han desaparecido. Khazi Mahommed la seguía amando desesperadamente y toda su angustia está contenida en las pocas palabras que consiguió hacerle llegar con un espía a quien sobornó, hasta más atrás de las líneas rusas.

"Mi pequeña Kherimat... ¿Cómo has podido hacerme esto?". Esto fue todo lo que escribió; pero quizás esas palabras traspasaron hasta el indigno corazón de su mujer, porque después de su muerte las hallaron entre sus cosas.

Fueron más que nada las estrategias y hazañas de Yevdokimov las que provocaron la derrota final de Shamyl. El Zar había elevado a Yevdokimov a la jerarquía de conde; los montañeses lo conocían desde hacía mucho tiempo con el apodo de "El de los Tres Ojos", a causa de una profunda herida causada por una bala que le atravesara la cabeza, dejándole intactas la razón y la vista. El mote se debía asimismo a su vigilante sexto sentido, que lo veía todo y lo destacó entre los comandantes rusos.

En junio, cayó Dargo-Vedin. La terrible fortaleza en que estuvieran encarceladas las princesas y Madame Drancy se desmoronó bajo el embate de los cañones rusos. La defensa había sido obstinada, pero por fin las balas de los cañones abrieron brechas en las murallas exteriores, derribando el minarete y reduciendo a polvo todo el harén. La fortaleza-aúl de Tchokh se rindió el 24 de julio y cuatro días después, Kibit Magoma se pasó a los rusos; en prenda de su buena fe, les dejó tomar por asalto Tilitl, donde Bariatinsky, quien avanzaba ahora triunfalmente, siendo bienvenido y adulado en todas partes, tuvo el placer de cenar en casa del traidor. Ahora, los últimos aúles ávaros se derrumbaban en torno de Shamyl como castillos de naipes. Hasta Daniel Beg había rendido su fortaleza de Iribi y se entregó a merced de los rusos, hallándolos nuevamente indulgentes. A fines de julio, Bariatinsky abandonó su cuartel general para unirse a Yevdokimov en su campamento de Vedin, donde planearon el ataque final.

Se sabía que Shamyl se disponía a ofrecer su última resistencia en Gounib, en las desoladas mesetas rocosas de su nativo Daghestán. Había elegido bien. Aquél era su terreno, la cuna del muridismo y allí morirían combatiendo él y los múridas que le seguían siendo fieles. Antes de que los rusos trajeran sus cañones de largo alcance, ese sitio se consideraba inexpugnable: lo llamaban "el Gibraltar del Cáucaso". Era un baluarte solitario, aislado de las montañas circundantes, que elevaba su escarpada mole desde los valles, alcanzando trescientos o más metros de altura. La cumbre estaba ahuecada y cubierta de hierba, que les brindaba excelentes

pastos a las ovejas y caballos; protegían aquel hueco del fuego enemigo altas escarpas rocosas. Había manantiales de agua fresca y a un lado la fachada del peñasco ofrecía una serie de lisos terraplenes, protegidos también de las balas, pero donde prosperaban sembrados de cereales y frutas. Además, en las rocas había un par de vetas de carbón, de modo que, salvo los materiales necesarios para hacer pólvora y plomo para balas, Gounib proporcionaba todo lo necesario para resistir a un ataque.

Aún así, se necesitaba una guarnición considerable; varios millares de hombres, para defender el baluarte desde todos los puntos del ataque en masa de Yevdokimov que Shamyl debía afrontar. Con los cuatrocientos hombres de que disponía, los últimos restos del poderío múrida, todos los que pudo reunir, estaba condenado. Pero "el que piense en las consecuencias nunca será valiente". Ni Shamyl ni los naibs que le quedaban pensaron por un solo momento en rendirse. ¡Ofrecerían su última resistencia por Alá, por la libertad, en Gounib! ¡Estaba escrito!

Shamyl había reunido a su alrededor a toda su familia, sus hijos, sus esposas: no quería hacer peligrar sus probabilidades de salvación dejándolas en las montañas, donde las hallarían las tropas rusas o las tribus renegadas que aprovecharían al vuelo la oportunidad para matar a las esposas del Imán y presentarles sus cabezas a sus nuevos amos los rusos como triunfante prueba de su lealtad. Cuando avanzaban por las montañas hacia Gounib, Shamyl y los suyos habían sido atacados y saqueados por tribeños merodeadores; les habían arrebatado todos sus elementos y ni siquiera podían defenderse adecuadamente. Las pocas cargas de municiones que les quedaban debían ser conservadas para usarlas contra los rusos.

* * *

Era el 24 de agosto. Por última vez, Shamyl condujo a sus adeptos a orar. Mientras oscurecía, la voz del muecín bajó hasta el valle, hasta donde estaban establecidas las líneas rusas, un vasto ejército de hombres, tiendas y cañones. Desde cada escarpa de la roca, los múridas podían ver campamentos análogos, al este, al oeste, al sur y al norte. Estaban totalmente cercados: Bariatinsky había resuelto lanzar el ataque final a la mañana siguiente; el 25 de agosto era el cumpleaños del Zar. La caída de Gounib —y por lo tanto la rendición de Shamyl— sería un regalo digno de la fecha. Aquello seducía el sentido teatral de Bariatinsky.

A la mañana siguiente, el calor era asfixiante y no había el menor soplo de viento. Una densa niebla brotaba del valle. Detrás de esa cortina, los rusos se prepararon para el ataque. Envueltos en vapores, en capas de lechosa niebla, podrían traer sus cañones y escalar la primera meseta inadvertidos. Shamyl esperaba resistir largamente y aquel ataque en masa avasallador lo tomó de sorpresa. El naib Alí Kadi lo había traicionado, dejando pasar a los rusos, quienes se volcaron en avalancha. Un centenar de múridas, superados en una proporción de diez a uno,

combatieron desesperadamente y perecieron todos, no pudiendo contener la embestida enemiga. En uno de los baluartes, un puñado de montañeses se lanzó sobre el regimiento de Apsheron: entre ellos figuraban mujeres. Todos combatieron furiosamente, muriendo sobre las bayonetas rusas. Bariatinsky había ordenado que a Shamyl lo capturasen vivo, de ser posible. El caudillo, quien se retirara al aúl con sus hijos, se estaba preparando para morir como viviera... por Alá. En dos ocasiones, Bariatinsky detuvo la lucha y envió a dos emisarios para exigir su rendición, pero fue recibido con una airada negativa. La tercera vez, el comandante en jefe ruso envió su ultimátum: la rendición incondicional o el cañoneo inmediato contra el aúl y con él, la muerte de todos los que estaban allí.

Por primera vez, Shamyl vaciló. Si hubiese estado solo, con sus hijos y sus múridas solamente, no cabe duda que habría optado por morir así. Pero lo rodeaban sus esposas e hijos y las familias de sus fieles parciales. Antes, salvo en Akhulgo, nunca había tenido que pensar en su seguridad. Siempre libraba sus batallas (salvo en Dargo, cuando Fatimat se moría), sin dejarse trabajar por consideraciones sentimentales.

Durante esos últimos y terribles instantes, nadie se había atrevido a hablarle de rendición. Esas palabras se castigaban siempre con la muerte. Por fin, los naibs restantes convencieron a Khazi Mahommed de que sólo él podía abordar el tema. Lo enviaron a la mezquita donde Shamyl oraba. Dos veces, Khazi Mahommed se acercó a su padre y se hincó a su lado; pero en ambas ocasiones no pudo hablar. Cuando volvió por tercera vez, Shamyl lo miró con triste sonrisa.

—Sé por qué has venido —le dijo—. Tú, como todos los demás, quieres que me rinda. Así sea.

Parecía que, por fin, al Gran Imán no lo vencía el peso de las armas rusas, sino el afecto... afecto a su familia y a los parciales que le quedaban.

Los rusos mandaron a negociar al coronel Lazarev, un armenio que había servido en las filas rusas durante muchos años, pero a quien Shamyl conocía personalmente y que era respetado en todo el Cáucaso por su valor y equidad. Tenía la astucia propia de su raza. Ahora, se inclinó ante el Imán y con una insidiosa mezcla de respeto y autoridad lo incitó a rendirse, prometiéndole que su vida y la de todos los miembros de su familia de la guarnición serían respetadas. El Imán había perdido la última batalla, la había perdido noblemente. *¡Mektoub!* Al parecer, tal era la voluntad de Alá. Alá había querido que Shamyl, su siervo, pudiera seguir luchando durante treinta años contra los rusos. Todo dependía de Alá. Ahora, estaba escrito que debía ceder ante el Sultán Blanco.

"Shamyl había fracasado porque ya no podía triunfar", escribió el historiador J. F. Baddeley. Y ésa fue la fatalista aceptación de su derrota final por el Imán. Su pálido rostro no revelaba emoción alguna cuando montó a caballo y se dirigió hacia las líneas rusas. Lo seguían cincuenta múridas, todo lo que quedaba de aquellas poderosas huestes a

las cuales acaudillara gloriosamente durante tanto tiempo. Formaban un grupo harapiento, con sus rostros sucios de pólvora y de sangre, pero seguían enarbolando sus negros estandartes con aire desafiante.

El príncipe Bariatinsky esperaba a su enemigo caído con aire igualmente impasible, sentado sobre una pequeña roca en la sombra de un bosquecillo de abedules y rodeado por su Estado Mayor. Aunque había pedido que ninguno de los tribeños renegados y los que lo traicionaran estuviesen con los rusos en ese instante y presenciaran su rendición, todos ellos se habían agolpado allí, exultantes, gozosos: Mahommed Emin, Bata, Alí Kadi, Kibit Magoma y Daniel Beg. Y será para Bariatinsky un eterno baldón el haberlo permitido.

Cuando Shamyl franqueó las puertas de Gounib, se hizo un gran silencio: sólo se oía el tintineo de la brida y el bocado de su caballo. El ejército ruso estaba alerta, observando a la figura que avanzaba. Era "El", el temido enemigo de todos ellos, el legendario Imán, el León de Daghestán, quien les había resistido a ellos y antes a sus padres. "Él", a quien nadie viera cara a cara desde la entrevista con Klugenau en Ghimree en 1837, iba a rendirse. Los rusos prorrumpieron en salvajes vítores. Shamyl enrojeció y al ver a los jefes renegados quiso volver a su aúl. Más valía la muerte que la deshonra. Pero Lazarev, con su astucia usual, galopó hacia él y le cerró el paso.

—¡Imán! —gritó—. Te aclaman como a un gran jefe, a un guerrero valiente —le dijo—. Muéstrales que eres tan valiente en la hora de la derrota como durante todos tus años de victorias.

La frase era hábil. Shamyl detuvo a su caballo, pareció vacilar un instante y luego, el rostro más sereno, orgulloso e inescrutable que nunca, siguió la marcha para rendirse... Cuando desmontaba, varios oficiales rusos hicieron gesto de desarmarlo. Pero los apartó tan imperiosamente, con tal aire de autoridad, que retrocedieron. Siguió con lentitud la marcha hasta donde lo esperaba el mariscal de campo, príncipe Bariatinsky. Éste le dijo que respondería personalmente de la seguridad de toda la familia del Imán, pero que la suerte del propio Shamyl debía depender de la voluntad del Emperador. Shamyl lo escuchó con la cabeza inclinada, como si no oyera sus palabras. Luego, desprendió lentamente su shashka, un arma magnífica cuya curva estaba damasquinada en oro, e inclinándose, "con un gesto a un tiempo noble y humilde", se la tendió a Bariatinski.

—Yo no permitiría que mi espada fuese tocada por manos desconocidas o indignas —dijo—. Te la entrego a ti, Sirdar, ya que me has vencido a mí y a mi ejército.

Sus pequeños ojos se levantaron, por un instante, para mirar a Bariatinsky de una manera penetrante. Saludó inclinándose y luego se alejó. Era un cautivo. Ya no existía Shamyl, Guerrero e Imán del Daghestán. Sólo era "un pobre peregrino", como debía calificarse a sí mismo. Sólo

ostentaban las cicatrices de dieciocho heridas para mostrar la obra de toda su vida.

Sesenta años después, en 1918, un oficial de la guardia de caballería que combatía con los cosacos del Ural contra las fuerzas rojas, al luchar por la posesión de la línea ferroviaria Orenburg-Tashkent, malherido, cayó prisionero. Bajo la amenaza de un fusil, el comandante tártaro de las fuerzas enemigas le ordenó que entregara sus armas. Con amargura, el oficial le tendió su espada, una shashka soberbiamente damasquinada que figuraba en la colección de su abuelo, a quien se la regalara el mariscal de campo Bariatinsky. El joven oficial la había usado en todas sus campañas. Era la espada de Shamyl, su "sable del paraíso".

¿Dónde estará, ahora? En aquel momento de lucha, es improbable que se haya conservado. Quizás esté entre una pila de hierro viejo o la hayan fundido: o acaso, dada su belleza, la hayan enviado a un museo. O puede que la haya comprado algún viajero romántico y adorne algún comedor, entre las cornamentas de ciervos, pistolas de duelo y otros trofeos propios de un caballero.

31

OTRO MUNDO

"Después de todo el mal que os he hecho, no me despedazáis, sino que me dáis la bienvenida, y eso me colma de alegría."

SHAMYL A LOS RUSOS.

El carácter idealista del zar Alejandro II queda demostrado con el generoso trato que dispensó a su prisionero Shamyl. Aunque su padre, Nicolás, trataba generalmente con cierta caballerosidad a un enemigo caído —siempre que fuera un enemigo militar y no político— es improbable que hubiese sido tan magnánimo como su hijo. La resistencia caucásica lo fastidiaba mucho y el "hombre obstinado" que era Shamyl había suscitado su ira. Pero Alejandro aborrecía el derramamiento de sangre, no tenía un sentimiento engreído de su majestad y compartía los puntos de vista de Bariatinski sobre el Cáucaso. Consideraba a Shamyl no un enemigo personal, sino un gran caudillo de talla heroica: se sentía impaciente por encontrarse con él y ordenó que lo enviaran al norte inmediatamente. Sus órdenes eran categóricas: al Imán debían tratarlo con todo respeto y presentarlo a todos los comandantes militares, personajes nobles o prelados con quienes se encontrara en su viaje a través de Rusia. Además, todos los oficiales de cada ciudad o guarnición (donde el Imán debía ser alojado en la casa del propio gobernador) tenían que presentarle sus respetos vestidos de gala y ostentando sus condecoraciones. Debía visitar Moscú y San Petersburgo, para tener ocasión de ver las ciudades, las instituciones y la corte antes de radicarse en alguna de las provincias. El propio Zar vigilaría el problema de su futuro alojamiento, su séquito y su asignación.

Pero Shamyl ignoraba todo esto cuando se lo llevaron de Gounib. Cuando cabalgaba rodeado por escuadrones de cosacos, del flanco de la montaña surgieron miles de hombres de su pueblo que acudían a verlo por última vez, que corrían a su lado, que besaban el ruedo de su cherkeska. Pero Shamyl no parecía notar lo que sucedía a su alrededor, ya

que avanzaba con los ojos entornados, con aquella extraña mirada que parecía proyectarse hacia adentro, con su rostro inmutable "que recordaba un hielo reluciente que cubre la superficie de un insondable lago".

* * *

Sólo en el cautiverio podemos romper ese hielo, y descubrir algo sobre Shamyl el hombre, sin las barreras del terror o la veneración que rodeaban su leyenda. Aún así, entre las memorias dejadas por los que lo conocieron bien en su tiempo, sea el capitán Runowsky o Madame Chichagova, o los originales escritos por su secretario Mahommed Tahir y que ahora figuran en el Museo Asiático de Leningrado, hay lagunas, vastos tramos en que no concuerdan las fechas, donde faltan hechos y se han pasado por alto muchas cosas. Esto, se debe en parte a que Shamyl era reacio a hablar de sí mismo: y el biógrafo, frustrado en sus propósitos, debe volverse hacia el cúmulo de detalles que figuran en esos años. Hasta hoy, Shamyl sigue siendo una figura misteriosa, pero esos detalles tienen el efecto acumulativo de presetárnoslo con una extraña veracidad y emerge de los salones provinciales con más claridad que de los campos de batalla o aúles. Por fin, se le ve de cerca, con todo su sentido de la ironía, su credulidad, su patetismo y su esencial dignidad. Ya no es el ogro que adopta "poses" o el caudillo inspirado, sino un ser humano grande y simple, que se porta con idéntica nobleza en el fracaso y en el éxito.

Cuando habló años después de su rendición en Gounib, dijo que entonces se sentía desesperado y resignado. No esperaba piedad y suponía que Bariatinsky iba a denigrarlo "como a un perro apaleado". Estaba dispuesto a morir, allí mismo, en ese mismo momento, acuchillado con su propio kindjal. Pero las condiciones moderadas del mariscal de campo lo habían dejado estupefacto y al verse tratado con honor, le entregó su espada en prenda de sumisión. Con todo, su temperamento musulmán no podía concebir la misericordia en esas circunstancias. Estaba convencido de que lo matarían, y a sus hijos y naibs con él, y de que su camino llevaba ahora al patíbulo.

Cuando el coronel Lazarev entró al aúl para llevarse a Khazi Mahommed y los naibs restantes, lo acogieron violentas escenas de dolor: todas las esposas e hijos del Imán, tanto los naibs como los guerreros múridas, todos se postraban pidiendo que le perdonaran la vida a Shamyl. Las suyas no tenían importancia. Lazarev los reunió con el Imán en su tienda de campaña y entonces los sollozos y gemidos se acentuaron. Al día siguiente, la familia de Shamyl fue trasladada a Temir-Khan-Shoura; pero el temido cautiverio se había transformado en una especie de divertido paseo gracias a la simpatía y al tacto del oficial a cargo de los prisioneros, el joven teniente Dimitri Asturov, quien hablaba el turco-tártaro, los proveía sin cesar de golosinas y hasta les compró una caja

de música. Esta manera tan comprensiva de tratarlos los conquistó por completo: hasta Shouanete, agobiada por la pena, se secó los ojos y Zaïdate se mostró más amable que nunca. Llamaron al joven teniente Dimitro-Dimitro y se sintieron positivamente seducidas por él cuando el teniente ordenó que les hicieran unos hermosos vestidos. Todos ellos estaban harapientos y desaliñados después de los últimos meses de lucha y retirada a través de las montañas y a Shamyl lo llevaron también a presencia de los sastres militares para que le hicieran una cherkeska en vez de la mortaja que esperaba.

El 3 de setiembre abandonó el Daghestán para siempre. Acompañado por Khazi Mahommed y un pequeño séquito de naibs y criados, un intérprete y el coronel Bogoslavsky, el ayudante designado para encargarse de él, se dirigió al norte. Por el momento, su hijo Mahommed Sheffi debía quedarse con el resto de la familia en Temir-Khan-Shoura. El barón Wrangel, comandante en jefe, había puesto su coche a su disposición y vino a despedirlo ceremoniosamente.

Pero mientras bajaban al pie de las colinas, se operó un cambio insólito. El viaje comenzó a cobrar el carácter de un avance triunfal. A cada alto, la noticia de la llegada de Shamyl lo había precedido y lo esperaban ansiosas multitudes, lo cual convertía cada cambio de caballos en una fiesta. En Kurtumkali, las esposas de los militares de guarnición en Petrovsk le salieron al encuentro con guirnaldas: esas mujeres, cuyos maridos y hermanos e hijos vivieran o murieran combatiendo contra él, le brindaron laureles. Durante todo el trayecto, le hicieron una bienvenida propia de un héroe. Los soldados que lucharan tan encarnizadamente y durante tantos años contra él se agolpaban a su alrededor y sus oficiales preparaban banquetes en su honor. Shamyl se mostró retraído, pero su satisfacción era evidente. En cuanto a los naibs, parecían aturdidos. En Mozdok, salieron a su encuentro muchos coches y jinetes que lo escoltaron hacia la ciudad, donde flanqueaban las calles multitudes vitoreantes. Aún así, Shamyl suponía que aquello era un viaje algo dilatado hacia el cadalso. En Stavropol, las muchedumbres corrieron detrás de su coche, vitoreándolo, o se pararon con silenciosa admiración ante la casa donde se alojaba. El parque fue iluminado en su honor, un coro cantó himnos especialmente compuestos y esa noche, entre estallidos de fuegos artificiales, se efectuó un baile en la estación del ferrocarril.

Para Shamyl, el aspecto inverosímilmente extraño de la estación, aun sin fiesta, fue sin duda asombroso. ¡Con qué sorpresa debió de ver, por primera vez en su vida, un tren, una locomotora...! Ninguno de los múridas podía dar crédito a sus ojos. Después de Temir-Khan-Shoura, Stavropol era una metrópoli, y resultaba Sodoma y Gomorra comparado con el Gran Aúl.

—¿Será posible que San Petersburgo sea más grande todavía? —preguntó Khazi Mahommed, dando expresión al asombro de todos ellos ahora que se enfrentaban con la periferia de la civilización.

El 13 de septiembre llegaron a Jarkov, donde los esperaba un edecán del Zar. Su Majestad Imperial estaba revistando a sus tropas, de maniobras en las cercanías, y quiso que Shamyl se trasladara allí de inmediato para serle presentado. Cuando a los montañeses les dijeron que podían conservar sus armas en presencia del Gran Sultán Blanco no le dieron crédito a sus oídos y entonces el coronel Bogoslavsky les habló largamente de las creencias cristianas, el perdón a los enemigos, la caridad y otros principios semejantes. Shamyl lo escuchó atentamente, pero no dijo nada. Su encuentro con el Zar tuvo lugar en un desfile militar de gala, entre los gallardetes flameantes de los lanceros, el estruendo de las bandas militares y los remolinos de polvo que levantaban los cosacos al cargar. El Zar se esforzó en lograr que Shamyl se sintiera honrado antes que humillado.

—Me alegro mucho de que usted esté en Rusia —le dijo—. Deploro que eso no haya sucedido antes. No lo lamentará. Velaré por sus intereses y seremos amigos.

Y después de estas palabras, lo abrazó. Shamyl acogió aquel contacto profanador del infiel sin eludirlo. Desde ese momento, todas sus aprensiones se esfumaron. El Zar lo conservó a su lado, discutiendo con él las maniobras de una manera muy "de hombre a hombre", sumamente lisonjera para la susceptibilidad del Imán vencido, e insistió en que Shamyl cabalgara a su lado cuando revistaba a la caballería; además, le expresó su asombro por el hecho de que el ejército de Bariatinsky hubiese podido tomar por asalto Gounib.

—Esa fortaleza se consideraba inexpugnable —dijo.

Antes de terminar la jornada, Shamyl sentía que se había disipado en su alma la última amargura de la derrota. Si su camino lo llevaba de Gounib a San Petersburgo, estaba escrito y tenía que inclinarse ante la voluntad de Alá.

El aire triunfal de la gira perduró y en todas partes se registraron las mismas escenas de entusiasmo, de sincera alegría ante la llegada de un héroe, antes que la de un enemigo caído. En Moscú, a Shamyl le mostraron los esplendores del Kremlin y la fabulosa colección de joyas de la corona. Pero prefirió la botas de siete leguas de Pedro el Grande y acosó al intérprete con preguntas sobre el heroico antepasado del Gran Zar Blanco. La visita culminó con su encuentro con el viejo general Yermolov, quien gruñía al recorrer su cuarto a grandes pasos y seguía viviendo del recuerdo de su días de gloria. Ambos guerreros se sintieron contentos y se consagraron a discutir sobre sus batallas. A la noche siguiente, el Teatro Bolshoi estaba muy iluminado y su enorme galería de acceso deslumbraba con sus fulgurantes luces cuando Shamyl y su séquito llegaron para una representación de gala. En el programa figuraban "Las Náyades", una fantasía en que las bailarinas presentaban una conmovedora historia de amor no correspondido y que les causó una profun-

da impresión a los múridas y todos ellos sollozaron. A la mañana siguiente Khazi Mahommed, de carácter muy sentimental, estaba tan impresionado todavía por la ilusión teatral vista que pidió que lo dejaran pasear junto al arroyo donde una bailarina pereciera con tanta gracia. Dijo que parecía Kherimat...

* * *

El 26 de setiembre, al mes y un día de la caída de Gounib, llegaron a San Petersburgo. Las noticias sobre el viaje triunfal de Shamyl, su grandeza y su talla heroica lo habían precedido, y lo esperaban escenas de entusiasmo más salvaje aún cuando se apeó del tren. También esto le había significado una aventura de proporciones: viajar en tren era algo, dijo, a lo cual ningún idioma podía hacer justicia... por lo menos en lengua turco-tártara o ávara.

Shamyl debía alojarse en el hotel Znaminsky mientras estuviera en la capital; y allí se encontraría con el capitán Runovsky, el oficial a quien nombraran su ayudante y encargado de su casa de Kaluga, que, se había resuelto, sería su lugar de residencia. La elección de Runovsky era muy afortunada; hablaba varios dialectos tártaros, conocía el Cáucaso y era vivaz y simpático. Además, estaba dispuesto a apreciar la oportunidad de vivir junto al Gran Imán.

Runovsky ha dejado un relato de los años pasados con Shamyl, en el cual tanto él como los que están a su cargo aparecen bajo una luz muy grata. Le habían ordenado que, para esa primera entrevista, se presentara en el hotel a las diez de la mañana. Pero a mediodía estaba esperando aún, en el vestíbulo. Ni señales de los viajeros. Éstos habían partido en las primeras horas de la mañana, en compañía del coronel Bogoslavsky, por invitación de uno de los grandes duques, a revistar la flota de Krondstadt, expresó el gerente, a un tiempo muy contento y desesperado por la enorme publicidad que le hacía a su hotel la presencia de Shamyl. Mientras hablaba, la muchedumbre invadía los comedores, llenaba el vestíbulo y los pasillos, subía en tropel por la escalera, hacía girar ruidosamente los picaportes y atisbaba por las cerraduras, en su decisión de ver, aunque sólo fuera fugazmente, al legendario Shamyl. Los rastros que dejaban las embarradas botas de aquella gente sobre el *parquet* comenzaron a exasperar al gerente. Runovsky se resignó y se sentó a esperar su futuro, meditando en los extraños caprichos del destino; en el hecho de que él, quien había combatido en el Cáucaso y pensado siempre que podía caer algún día en manos de Shamyl, se viera nombrado ahora para fiscalizar su casa.

A las cuatro, aproximadamente, cuando empezaban a descender las tempranas sombras del anochecer otoñal, Runovsky oyó el tumulto de una multitud que se acercaba. Desde las ventanas, pudo ver a un pequeño grupo que se abría paso hacia el hotel: entre ellos, había varios turbantes y rostros atezados y barbudos...

—¡Bravo, Shamyl! ¡Ahí está! —gritaba la multitud y entró al hotel ya atestado, ahogando las protestas del gerente y tratando de seguir a Shamyl al primer piso.

Por fin, Runovsky llegó a la habitación del Imán y el intérprete hizo las presentaciones. Shamyl, dijo Runovsky, estaba sentado sobre un sofá y parecía agotado por sus paseos del día. Pero contento, asimismo; nunca había visto un acorazado, hasta entonces: además, le encantaban los honores que le dispensaban el gran duque y los oficiales de la marina. A Runovsky lo sedujo inmediatamente la atracción personal del imán.

—Sus hombres están contentos de verme prisionero, pero no me desean mal alguno —dijo Shamyl, atisbando por entre las cortinas de encaje a la multitud que vitoreaba—. En nuestro país, las cosas habrían ocurrido de otro modo. Nuestros hombres me habrían lapidado, en ese caso... me habrían matado a pedradas. Escribiré al Cáucaso y les diré que cambien de costumbres... prohibiré nuestras violencias de antes; creo que me obedecerán todavía —agregó, con aire algo pensativo.

Trajeron el té y Shamyl se puso a conversar con Runovsky; al enterarse de que había servido diecinueve años en el Cáucaso, todos los presentes se mostraron radiantes; era un soldado como ellos...

—Usted será mi amigo —dijo Shamyl, estrujando la mano de Runovsky con férrea presión.

Khazi Mahommed lo imitó. La conversación empezó a versar sobre temas militares, aunque a tropezones, porque el intérprete estaba ausente y Runovsky debió confesar que sus dialectos caucasianos estaban herrumbrados. Cuando dijo que se llamaba Apolo, no lograron pronunciarlo.

—Nunca he oído semejante nombre hasta ahora —dijo Shamyl—. Aquí, en Rusia, todo el mundo parece llamarse Iván. En el Cáucaso, siempre llamábamos a nuestros prisioneros Iván. Eso, nos ahorraba muchas dificultades.

Luego, le preguntó a Runovsky cuál era su grado militar y, después de haberse sentado a la turca sobre el sofá, comenzó a recordar las jerarquías del ejército ruso. Había capturado a hombres de todos los grados en la guerra, desde el soldado raso hasta el general, pero parecía más familiarizado con las jerarquías altas, lo cual, según explicó, se debía a las negociaciones. Se refirió a muchos comandantes por su nombre, recordando sus métodos de lucha y estrategia individuales. Al hablar de Passek, se mostró triste.

—Un combatiente tan brillante no debió morir en Dargo: merecía librar muchas otras batallas antes... —dijo.

El combate seguía siendo la vida para Shamyl.

En la semana siguiente, Runovsky acompañó a los múridas a todas partes: y entre otros lugares, al estudio de un fotógrafo, donde, mientras Khazi Mahomed y los naibs *posaban*, Shamyl hojeó un álbum; pero

al hallar allí fotografías de la Exposición de Arte de Dresde, se tornó rígido al ver una estatua de Jesús.

—¿Qué es esto? —preguntó, con voz ronca de excitación.

Cuando Runovsky se lo dijo, besó la fotografía.

—Vuestro Salvador —dijo— También yo rezaré por él, porque ahora sé que os ha enseñado muchas cosas bellas... Y acaso dé buena suerte —añadió, ingenuamente.

Además de Taoush, el múrida que se encargaba de prepararle la carne con el ritual múrida, el séquito de Shamyl consistía en Omar, un joven, rollizo y risueño chechén que había sido edecán de Khazi Mahommed; un secretario; Hadjio, su mayordomo-secretario durante muchos años; dos intérpretes, (Mustafá y Labazan, éste su fiel cocinero); y el naib Hadji-Harito, uno de los generales más jóvenes de Shamyl, quien figura a menudo en sus memorias; otro naib, Abdul Mahommed y un extraño derviche afgano, Hai Roulah, quien compartió el cautiverio del Imán durante algunos años, pero del cual nada sabemos. Runovsky lo describe como el más interesante de los seres, "la encarnación del chisme de harén".

Después de la cena, Shamyl se quedó sentado leyendo una colección de raros manuscritos orientales que le había prestado la universidad, pero sus estudios se vieron interrumpidos sin cesar por una avalancha de visitantes. A nadie se le negó audiencia. Bogoslavsky habría rechazado a la mayoría de ellos, pero bastaba que alguien dijera que había servido en el Cáucaso para que Shamyl lo recibiera. Hubo un momento embarazoso cuando un visitante trajo la fotografía de un hombre con horribles heridas, desnudo y de cabeza rasurada, tendido junto a una *saklia* humeante. El visitante dijo que era Khazi Mollah, el Primer Imán del Daghestán y aquella fotografía un testimonio muy raro y valioso de su muerte en Ghimri; por ello, confiaba en que le interesaría a Shamyl.

El Imán examinó la fotografía cuidadosamente, con aire inexpresivo. Luego, ensimismado, desechó la fotografía y al visitante.

—No es Khazi Mollah —dijo, lacónicamente.

Los múridas miraron al recién llegado con irritación y el visitante, evidentemente alarmado, se retiró: toda su confianza en la autenticidad de la fotografía se había disipado y parecía más bien preocupado por su vida. Runovsky advirtió el terror que inspiraba aún Shamyl, sin necesidad de ninguna exhibición de fuerza.

Cuando llegaron las fotografías del estudio de Deniers, donde *posaran*, todos quedaron en éxtasis. Eran excelentes. Los naibs no hacían más que mirarlas y compararlas con el original. Después, Shamyl continuó el paseo por la ciudad para ver todo lo digno de verse: los prisioneros visitaron la fortaleza de Pedro y Pablo, conversaron con los principales eruditos orientales, recorrieron el Palacio de Invierno y el Palacio de Ingeniería (escenario del asesinato del zar loco Pablo) y que ahora era la Escuela de Zapadores. Allí, se efectuó una recepción solemne y Shamyl

meditó sobre objetos exhibidos y modelos de fortificaciones. Más que nada, le gustó una escalera en espiral. Se le había ocurrido la misma idea, dijo, para defender sus colinas, pero aquello resultaba harto complicado para sus limitados medios. Todo lo vinculado al ejército le interesaba. Visitó los cuarteles y examinó minuciosamente las comodidades de alojamiento. Las frazadas y almohadas lo asombraron, así como la limpieza y el orden.

—¿Tanto lujo para un soldado? —preguntó— Los míos se habrían asfixiado en ese ambiente. Pero yo era pobre. Podía darles poco. Venían para ser mis huéspedes, para combatir a mi lado. Yo les daba lo que podía.

Los Jardines Zoológicos causaron en él las más animadas reacciones. No se imaginaba que pudieran existir semejantes animales. Les estrechó las manos a los monos repetidas veces riendo con deleite y diciendo que debía pintárselos a su familia en una carta.

Nunca había visto cangrejos y agarró uno para examinarlo: su semblante expresaba repulsión. Cuando el animal lo mordió, lo soltó, pero siguió observándolo ansiosamente. Al verlo arrastrarse de costado, sintió un escalofrío.

—Ese es el aspecto que debió de tener Shaitán —dijo, temerosamente.

Cuando Bogoslavsky explicó que los cangrejos eran un plato sabroso, Shamyl desfalleció: el héroe de cien batallas palideció, el cuerpo marcado por dieciocho estocadas se retrajo.

—Para los infieles, quizás —dijo— Pero no para mí.

En vísperas de la partida para Kaluga, Runovsky advirtió que Khazi Mahommed estaba muy acongojado por el recuerdo de su esposa. El hijo de Shamyl había logrado captar algunas palabras rusas y logró decirle:

—¿Tu mujer en Cáucaso? La mía irse. Tener que volver. ¡Traer mi mujer! Padre muchas esposas también. Traer hijos. Todos venir. ¿Sí?

Runovsky le prometió que aquello se haría

—¡Pronto! —dijo Khazi Mahommed y en sus ojos brilló un furioso deseo al pensar en Kherimat, la linda, la seductora tan lejana, a quien quizás hubiese reconquistado el Occidente y algún occidental a quien había conocido en casa de su padre antes de casarse.

Al abandonar Kherimat a la familia en Dargo-Vedin, le había alegrado volver a vivir entre los rusos. Pero cuando supo que a Shamyl no lo matarían y que, en realidad, había ido a San Petersburgo con la jerarquía de un cautivo a quien se le dispensan grandes honores, llegó a la conclusión de que la vida sería más grata en la capital y se propuso volver al seno de la familia. Hizo varias visitas a las esposas de Shamyl en Temir-Khan-Shoura, preocupándose solícitamente por su bienestar. Luego, una sucesión de patéticas cartas a Khazi Mahommed pronto le ganó el perdón. Pero en opinión de Shamyl su hijo había tenido suerte al librarse de ella y se negó a hacerla enviar al norte con el resto de la

familia. Sólo al cabo de algún tiempo, cuando vio el dolor de Khazi Mahommed, se ablandó y prometió que también ella vendría. Pero ahora su hijo no esperaba volver a verla y se sentía impaciente y nervioso y su aire era ensimismado y agrio.

* * *

La visita a San Petersburgo terminó con una velada de gala en el ballet. Ahora, Shamyl ya se estaba acostumbrando al teatro: había oído varias óperas italianas y ni él ni sus múridas habían podido contener sus lágrimas ante algunas de las arias más conmovedoras. Esa noche, vieron dos ballets particularmente adecuados para ellos: "La Peri", estrenada por Grisi, que cuenta la historia de un sultán que ama a Zulma, su esclava y declara que renunciará a todas sus demás esclavas por ella. Cuando las bailarinas avanzaron, en sus clásicos puntas de pie, el Imán sacó el catalejo que le permitiera observar tantas batallas terribles y decisivas y miró con frialdad a las odaliscas del ballet, quienes rondaban al sultán dormido. Entonces, Bogoslavsky le preguntó si aquello le gustaba y Shamyl le contestó, con un dejo de ironía:

—El profeta nos prometió que veríamos a esas huríes en el paraíso... pero sólo en el paraíso. Yo, tengo la suerte de verlas aquí, en la tierra.

Cuando el sultán despertó de su sueño, para cortejar a Zulma con un salto de danza que expresaba su amor, el Imán se tornó rígido, frunció el ceño y comenzó a murmurar, con ira. Cuando comprendió que el sultán estaba galanteando a la esclava, bajó el catalejo y sonrió sardónicamente. ¡Pensar que un sultán se degradaba así, que los infieles creían que entre los príncipes musulmanes sucedían esas cosas!

Shamyl movió su silla y no volvió a mirar el escenario hasta el fin: entonces, aplaudió con suma frialdad.

El ballet siguiente (que, según parece, fue "Katerina" o "La Rebelión en el Harén", ya que ambas figuraban en el repertorio del Ballet Imperial en esa época), se refería a un batallón de amazonas formado por ciento cincuenta muchachas armadas, quienes hacían marchas y contramarchas y destruían un puente tendido sobre un barranco, todo en puntas de pie. Los múridas seguían cada uno de sus pasos, sin aliento. Cuando las relucientes hachas de papel plateado demolieron el puente de cartón, se miraron, sin hablar. Todo el drama de la guerra en las montañas estaba allí. Shamyl no apartaba de sus ojos el catalejo y veía acaso en aquellas amazonas a las que habían defendido Akhulgo, o a Pakkou-Bekké, espada en mano, desafiándolo en Khounzak. Cuando bajó el telón y los invitados descendían por la escalera de mármol, Bogoslavsky le preguntó a Shamyl si, a su entender, las amazonas habían combatido tan bien como bailaran. Shamyl sonrió y la ironía volvió a fulgurar en sus ojos entornados.

—Sí, por cierto. Si yo hubiese tenido semejante regimiento, Gounib no habría caído jamás —replicó.

A la mañana siguiente, todo el grupo partió para Kaluga; habían reservado un compartimiento *pullman* en el tren y a Shamyl lo condujeron entre las multitudes que esperaban para ocupar su sitio junto a la ventana. El andén estaba atestado de gentío entusiasta como de costumbre y los pasajeros de tercera, cargados de bultos y *samovares*, forcejeaban inútilmente para llegar al tren. Shamyl, parado ante la ventanilla del vagón, con la mano sobre el corazón, saludaba inclinándose ceremoniosamente. El entusiasmo era tan grande que la partida demoró media hora más de lo que correspondía. Por fin, sonó el silbato y el tren partió resoplando, mientras Shamyl le hablaba aún en árabe a la multitud vitoreante y Bogoslavsky y los intérpretes intentaban traducir sus palabras, superando el alboroto reinante.

—Dígales que mis sentimienos son tan profundos como mis heridas —declaró Shamyl —. Digales que sus atenciones me han proporcionado una felicidad que no había sentido desde la liberación de Dargo...

Siempre volvía irremediablemente a la evocación de las batallas, al pulso de la vida caucasiana.

32

UNA ACEPTACIÓN

"Y dice mucho quien dice la noche..."

HUGO VON HOFMANNSTHAL.

En la victoria, Rusia se mostró tan generosa con Shamyl como lo fuera Francia con otro caudillo rebelde que se rindiera, el jefe argelino Abd-el-Kadir, quien fue tratado como un rey y vivió en el castillo de Amboise en el más lujoso de los exilios, mientras que Shamyl fue enviado a Kaluga donde su vida, si no regia como la del Abd-el-Kadir, fue ciertamente suntuosa si se la compara con el nivel de vida de los aúles. Se decidió buscar una casa adecuada para él y su familia. Mientras tanto, lo alojaron en el Hotel Coulon.

Kaluga estaba al sur de Moscú y era un pueblo típico de las provincias rusas. Había casitas de madera con ventanas dobles, que sólo se veían a medias en invierno cuando las ocultaba la nieve; cómodas casas estucadas ornamentadas con madera labrada y apacibles calles flanqueadas por acacias. Las anchas riberas del río Oka se hallaban junto al pueblo y una cadena de gibosas colinas quebraba la monotonía de la campiña circundante. Había treinticinco iglesias de cúpulas bizantinas, un convento, cuarteles, un arsenal, el obispado, la sede de la gobernación provincial, un club para la nobleza y una vasta industria del curtido: todo eso formaba las riquezas de Kaluga. La población era de unas cincuenta y cinco mil personas: su tipo de vida era plácido, o si se quiere, estancado. Las noticias del mundo exterior se filtraban a través de una censura gubernamental, que operaba primeramente en los periódicos de Moscú o San Petersburgo. Éstos llegaban con dos o tres días de atraso y los leían y releían durante muchas semanas en los cafés locales o circulaban de mano en mano, ya que los ejemplares eran heredados por ciudadanos menos afortunados que los pocos adinerados que eran suscriptores. No había teléfonos, los telegramas los reservaban generalmente para los anuncios catastróficos; no se

soñaba aún con la existencia del cinematógrafo y la radiotelefonía. En Kaluga no tenían teatro. Los pasatiempos eran representados por las cenas y fiestas nocturnas, los bailes, la exhibición de algún prestidigitador o los conciertos que daban las sociedades musicales de aficionados, que mantenían a menudo un nivel brillante.

* * *

Kaluga acogió a Shamyl con entusiasmo. Llegaba allí como una leyenda, desde un mundo inverosímil de violencia y colorido. ¡Había que invitarlo a cenar! Y he aquí que el León del Daghestán y sus múridas se vieron lanzados a la marejada de la sociedad de provincias, llevados a los bailes y recepciones por el encantador Runovsky.

El capitán había asumido la misión antes desempeñada por Bogoslavsky con cierto recelo, ya que Shamyl estaba muy encariñado con éste, su primer ayudante. Pero cuando el coronel se marchó de Kaluga, Shamyl le dijo a Runovsky:

—Ahora, soy un viejo (tenía sesenta y tres años) y estoy aquí solo en un país extraño, donde no conozco el idioma ni las costumbres. El Zar lo ha nombrado a usted mi ayudante... pero yo creo, más bien, que Alá lo ha enviado para ser mi *niania* (niñera). Le pido, pues, que me tenga afecto, como el que le tienen las buenas niñeras a sus pupilos y le prometo por mi parte que le tendré el afecto de un niño agradecido y el que siente Shamyl por un hombre que es bueno con él.

Desde luego, Runovsky fue conquistado por esta ingenua perorata y replicó:

—Le tendré afecto, no porque me hayan ordenado hacerlo, sino porque lo respeto mucho.

Entonces, la expresión fisonómica de Shamyl se suavizó e irradió un repentino calor y declaró:

—Cuando lo vi por primera vez, le dije a Khazi Mahommed: He aquí a un buen hombre, un hombre en quien podemos confiar... Shamyl nunca se ha equivocado al valuar a un hombre a quien ha mirado durante largo tiempo. ¡Está bien!

Runovsky había vivido durante suficiente tiempo entre los musulmanes para saber que, cuando otorgaban su confianza, era para toda la vida: sabía que Shamyl estaba unido por lazos de tanta devoción a Bogoslavsky que temía que la sustitución del coronel le hubiese causado resentimiento. Ahora, el vínculo de aquella nueva amistad (que debía mantenerse inconmovible hasta la muerte de Shamyl) fue sellado por otro férreo apretón de manos.

Con todo, el Imán sentía nostalgia de Bogoslavsky; al principio, no podía creer que otro hombre pudiera ser igualmente simpático; aumentó a nueve sus cinco *namez* o plegarias rituales diarias, pero su lúgubre apatía no se disipaba; apenas tocaba la comida y parecía vivir en un som-

brío mundo aparte. Runovsky consultó a los naibs sobre la mejor manera de darle ánimos. Hadjio-Harito recomendó la música.

—Al Imán le gusta. En el aúl, no podía permitirse el lujo de escucharla, pero aquí... Más tarde, disfrutará de las visitas, del encuentro con la gente... Pero eso sucederá mucho más tarde... La música alegrará su tristeza inmediatamente.

Runovsky ordenó que trajeran de Moscú una "fizgarmonia". Era una especie de armonio, un pequeño instrumento parecido al órgano accionado con pedales, de los que suelen hallarse aún en las parroquias y y vicarías para la práctica del coro. A Shamyl le causó éxtasis escuchar la música sin parpadear durante horas y horas. Examinaba el mecanismo minuciosamente, tanteándolo con veneración. Runovsky le preguntó por qué había prohibido la música en los aúles.

—Porque tenía muy pocos guerreros en comparación con los millones de rusos —replicó—. Lo mismo sucedía con el tabaco, el vino y la danza. No los prohibí por considerarlos pecadores, sino por su efecto sobre mis hombres. Temí que prefirieran a una noche de guardia los brazos de una mujer... que olvidarían la música de la batalla por las canciones de sus amantes.

Pero ni aun las melodías de sirena de la fizgarmonia pudieron disipar por completo el abatimiento de Shamyl cuando hablaba de su familia ausente. Le confesó a Runovsky sus temores de que Shouanete fuese ganada de nuevo por el cristianismo.

—Y, en ese caso... ¿la querría usted aún por esposa?

Shamyl pareció turbado; casi de mala gana, respondió que si.

Más tarde, Hadji le dijo a Runovsky que lo que más le habría gustado a Shamyl habría sido que Zaïdate se convirtiera al cristianismo, ya que ello le hubiera dado un pretexto para divorciarse de ella. Hadji habló de la elegancia y el encanto de Kherimat en términos poéticos.

—Khazi Mahommed vio a todas las beldades sin velos de vuestro teatro —dijo— Yo, también. Pero no hay una rosa comparable con Kherimat.

Más tarde, Runovsky descubrió que el joven naib de Shamyl vivía una vida de positivo libertinaje (de acuerdo con los dogmas múridas) entre las beldades de Kaluga; pero eso sucedería más tarde. Por el momento, todos ellos vivían en una reclusión monástica.

Había llegado el invierno y con él, la pequeña ciudad cobró un aspecto pintoresco. Todas las casas estaban metidas en una densa capa de nieve; las doradas cruces de las iglesias brillaban bajo los cielos plomizos. Shamyl y su séquito solían pasearse por las avenidas de desnudos árboles, maravillándose aún de lo que veían. Los paseantes se descubrían respetuosamente ante el extraño grupo. El Zar seguía de cerca la vida cotidiana de Shamyl. Runovsky le enviaba informes a diario, como también a Bariatinsky, quien estaba en el Cáucaso. Poco después

el Zar les ofreció a los cautivos un coche y una yunta de caballos de pura sangre, gesto que los sedujo.

Los mendigos de la ciudad pronto descubrieron la generosidad de Shamyl y revoloteaban a su alrededor como un enjambre cada vez que salía. Runovsky tuvo que adoptar severas medidas para impedir que el dinero asignado para los gastos de Shamyl fuese repartido a diestra y siniestra. Aquella asignación anual era abundante, pero Shamyl no tenía el sentido de los valores monetarios. O quizás lo tuviese: cuando Runovsky advirtió que solía regalar hasta diez rublos de una sola vez, insinuó que regalara *kopeks* en vez de rublos.

—Ellos abusarán de su bondad y se lo beberán todo —le dijo.

Shamyl preguntó qué se podía comprar con diez *kopeks*. Cuando se lo dijeron, se echó a reír.

—Si doy limosna, es para ayudar al mendigo... Diez *kopeks* de nada le servirán... Pide mi ayuda y debo dársela. Nuestro libro, el Corán, así lo dice. La Biblia de ustedes lo dice, también. En ella hay escritas muchas cosas buenas.

Shamyl estaba estudiando la Biblia: en la biblioteca del arzobispo, había descubierto un ejemplar de los Evangelios en árabe y comenzaba a tomar a pecho sus enseñanzas. Cierto día, Runovsky descubrió que, por orden de Shamyl, Hadjio se paseaba todos los días delante del hotel después de la cena, deteniendo a todos los que creía pobres para darles limosnas en nombre del Imán. Pronto, todos los borrachos y vagabundos de la ciudad se enteraron de esta costumbre. Runovsky encontró a Hadjio con una bolsa llena de dinero entre sus fuertes dientes blancos, con el brazo izquierdo a la espalda y entregando monedas con la derecha. Le preguntó qué hacía.

—Doy dinero por orden del Imán —contestó Hadjio—. Shamyl dice: "'Da con tu mano derecha de modo que la izquierda no lo vea".

Así interpretaban las Escrituras los múridas.

Durante los primeros meses del invierno, antes de que llegara el resto de la familia, a quien enviara a buscar, Shamyl se pasó la mayor parte del tiempo consagrado a la plegaria. Necesitaba poco sueño y a menudo oraba o meditaba durante toda la noche. Se atenía al horario que observara en las montañas durante el invierno, retirándose a su habitación, todas las noches a las siete.

Cuando unos ladrones intentaron apoderarse de uno de los caballos de pura sangre regalados por el Zar, la indignación de los naibs no conoció límites. Empuñaron su shashkas y Omar cebó su pistola, resuelto a matar a aquellos miserables. A Runovsky le costó muchísimo convencerlos de que dejaran la venganza en manos de la ley.

Hadjio, siempre consagrado devotamente a su manual para la enseñanza del ruso, logró a los tres meses hablarlo con fluidez. Por lo demás, el diablo había empezado a tentarlo desde el primer momento y revelaba cierto escepticismo ante las exigencias del Shariat, una de las cuales, con-

siderando un delito ir a cualquier lugar donde hubiera mujeres no veladas, sostenía que el pecador no sólo perdería el paraíso, sino que se desplomaría el techo para aplastar tanto al pecador como a la tentadora. En San Petersburgo, al volver de una recepción efectuada después de una ópera, y donde les presentaron invitadas y bailarinas (todas sin velos) a Shamyl y su séquito, Hadjio hizo una observación muy propia de un hereje, diciendo:

—¡Alá sea loado! A pesar de que hemos ido a un paraíso prohibido, y visto a cien huríes sin velos, el techo no se desplomó... y aquí estamos, sanos y salvos.

Shamyl no dijo nada, pero lo escudriñó con una mirada penetrante y Hadjio pareció acobardado. Después de esto, durante algún tiempo, dejó de pensar en las diversiones de Occidente y se pasó el tiempo leyendo "El Libro" y tratando de mostrarle a Shamyl (por el cual sentía un gran afecto) que sabía que había llegado demasiado lejos.

Pero con el tiempo, Hadjio se volvió nuevamente hacia las seducciones de Occidente, dejándose crecer el cabello debajo del turbante, y luciendo finos pañuelos de batista y una camisa de seda escarlata, oculta apenas por su vieja cherkeska de lana. Runovsky suponía que sus ausencias nocturnas explicaban el cambio. Una vez, durante la cena, desde la inmaculada persona de Hadjio llegaron por encima de la mesa avasalladoras ondas de agua de colonia. Shamyl husmeó con aire receloso, mientras Hadjio se sonrojaba y luego palidecía.

—¿Qué olor es ése? —preguntó el Imán, con aire siniestro.

Hadjio dijo que debía de ser la salsa; pero Runovsky acudió en su ayuda, diciendo que había puesto demasiado perfume en su propio pañuelo y... ¿le perdonaría el Imán aquella negligencia? Después de esto, Hadjio fue el devoto esclavo de Runovsky.

Khazi Mahommed seguía apartado de los demás. Sombrío, cavilaba en las batallas perdidas y la esposa ausente; pero, gradualmente, también él fue vencido por la bondad de Runovsky y la hospitalidad y deferencia de los pobladores de Kaluga. Estos se mostraban ansiosos de festejar la presencia de Shamyl entre ellos y el Imán recibió y aceptó muchas invitaciones de visitar a los ciudadanos más destacados.

Ninguno de los múridas era capaz de apreciar la elegancia de la crinolina. "¿Es esa mujer realmente tan gorda?" —preguntaban— "¿Lo usará el día del juicio final?". "Si ustedes usan sus shashkas y sus kindjals, bien podrá ella lucir su crinolina" —les contestaba Runovsky, quien estaba asimilando el hábito múrida de reducirlo todo a términos de batalla. "Pero ésas son nuestras armas", decían los múridas, con indignación. A lo cual, Runovsky replicó que la crinolina podía ser un arma más peligrosa aún. Pero esta ocurrencia no fue apreciada por los múridas.

Shamyl siempre pedía que le dejaran ver a los niños de su anfitrión y éstos acudían inmediatamente, agolpándose a su alrededor y tre-

pando sobre sus rodillas. Entonces, estaba de moda convertir parte de la sala en un jardín de invierno abarrotado de plantas tropicales o en una pajarera llena de variedades raras. Shamyl amaba a esos pájaros y los llamaba con señas y ellos acudían como hipnotizados, posándose sobre su mano y revoloteando en éxtasis a su alrededor. En suma, el Imán era un éxito inequívoco y resultaba, como el ananás que traían a Kaluga a comienzos del invierno a alto precio, una rareza exótica, que, con su sola presencia, le daba una aureola de gloria y una atmósfera festiva a cualquier reunión. Pero, al cabo de algún tiempo, la tardía hora en que terminaban esas veladas comenzó a cansarlo; y además, lo turbaban los cuellos tan escotados de los vestidos femeninos.

—¿No tienen frío las damas? —preguntó, casi con timidez.

El Libro decía muchas cosas severas sobre semejantes tentaciones, le explicó a Runovsky.

—¿Qué sienten ustedes cuando ven tan lindas caras y esos bustos desnudos? —preguntaba el Imán y agregaba que los cuellos escotados y los calzones ajustados como los que usaban las bailarinas sólo podían llevar a la tentación y al pecado... sobre todo a las mujeres.

—¿Las cree usted más débiles... más imperfectas que los hombres? —preguntó Runovsky.

—Alá ha querido que sean más débiles —dijo el Imán—. Por eso, les ordenó que obedecieran a los hombres en todas las cosas. ¿No dice el Libro de ustedes que el Hombre es el Amo?

Runovsky replicó que la Biblia consideraba efectivamente al hombre como más fuerte, pero que eso se debía a que tenía que defender a la mujer, protegerla del trabajo rudo, tratarla como a su compañera. Shamyl se mostraba escéptico.

—¿Qué trabajo puede hacer la mujer? Criar a los hijos del hombre, gobernarle la casa y endulzarle la vida con amor. Pero nunca puede llegar a ser su igual —decía, con firmeza.

Runovsky insinuaba que todo dependía de la mujer; y que, en ciertos casos, podía llegar a ser un tipo superior. Esto era una herejía para los oídos orientales y Shamyl fruncía el ceño. Cuando Runovsky añadía que, de cualquier modo, la mujer debía conservar su dignidad, Shamyl le expresaba sus dudas de que pudiese lograrlo usando semejantes escotes. Cuando Runovsky le recordó la costumbre caucasiana de hacer dormir al huésped con la hija del dueño de casa, Shamyl lo rectificó.

—En mi Daghestán, cuando llega un huésped, duerme en la misma habitación que la muchacha. Es una señal de particular estima y confianza. El huésped puede galantearla... hasta acariciarla, pero si la molesta demasiado, ella lo abandona, diciéndole: "No eres un hombre, no sabes dominarte", y todo el aúl se burla del huésped y lo desprecia.

Cuando Runovsky observó que la prueba parecía innecesariamente severa, Shamyl cambió con astucia de conversación, explayándose sobre

los métodos del Shariat para habérselas con los delitos sociales. El adulterio era castigado apedreando al culpable hasta causarle la muerte; la fornicación (entre los solteros) sólo merecía cien azotes... Runovsky dijo que esas sentencias le parecían demasiado duras.

—Pero supongo que esa severidad suprime por completo esos delitos... ¿no es así? —preguntó.

—¡Oh, no! —repuso Shamyl—. Por extraño que parezca, creo que esas cosas suceden más a menudo allí que aquí. Es extraño... muy extraño...

* * *

Cuando un célebre mago y prestidigitador francés llegó a Kaluga, Runovsky consideró que aquel inocente pasatiempo sería ideal para la gente que estaba a su cargo. Pero cuando el Imán se enteró de que en el programa figuraban mujeres acróbatas en malla, se negó a asistir. Por fin, se convino en que el mago vendría solo al hotel y exhibiría allí su repertorio en privado. Todo marchó espléndidamente, aunque cuando a Monsieur Guery le dijeron que iba a trabajar ante el gran Shamyl tuvo una crisis nerviosa. Había estado en el Cáucaso años antes y no había olvidado el terror que inspiraba entonces el nombre de Shamyl: poco le había faltado para caer en una emboscada múrida. Cuando Shamyl entró silenciosamente a la habitación en su larga bata oriental, con aire benévolo, el mago tembló convulsivamente ante la temida figura. Pero se dominó y comenzó una serie de maravillosos trucos que pasmaron a todos. Shamyl estaba resuelto a resistirse a esa magia y trató de examinar algunos de los objetos que usaba el mago, pero Monsieur Guery se negó. Con todo, al ver los ojos airados del Imán y al oír su voz tonante que decía: "¡Deme eso!", se apresuró a obedecer. Shamyl pronto descubrió el doble fondo de una caja y otras tretas y pareció muy complacido de su sagacidad.

—En otros tiempos, yo le habría cortado la cabeza por esto —dijo.

Pero el mago se desquitó sacando un manojo de plumas de la nariz de Hadjio Harito, ante lo cual Shamyl y sus naibs se echaron a reír histéricamente. Durante años, Shamyl empezaba a reír de pronto al recordar el truco y decía:

—¿Por qué lo habré visto? Ahora, ya no puedo rezar debidamente. ¡Cada vez que empiezo mi *namez*, veo ese manojo de plumas y la nariz de Hadji y me río!

II

Finalmente, eligieron para Shamyl una antigua y bonita casa de dos pisos, rodeada de acacias y arbustos en flor. En el jardín construyeron una pequeña mezquita y en las caballerizas y dependencias exteriores alojaron a los criados, el cochero y los guardianes, a quienes re-

clutaron entre los soldados tártaros de las guarniciones locales. Cuando se supo que la familia de Shamyl llegaría en enero, el Imán pasó muchas horas de ansiedad eligiendo el empapelado y los muebles para las habitaciones de sus esposas. Insistía en que no se usara seda en ninguna parte. Era un símbolo del aborrecido lujo. Pero aceptó con gratitud colores y dibujos agradables, tejidos suaves, el "confort", que era un lujo según los cánones caucasianos. Los rusos le habían elegido una vajilla de plata maciza; pero la rechazó. En el Cáucaso, le había bastado con cucharas de madera o un cuchillo de caza. Por fin, transaron con una vajilla de plata muy sencilla. La negativa del Imán a aceptar cualquier ostentación de lujo impresionó mucho a los rusos.

La habitación del propio Shamyl era de un sencillo verde y blanco, con divanes blancos y estantes para sus libros, que ya estaban viajando rumbo al norte. Al llegar la hora de la plegaria, el Imán se arrodillaba sobre su alfombra de oración caucasiana, que lo acompañaba a todas partes. En enero, llegaron sus libros: los inestimables manuscritos y libros sagrados estaban envueltos y atados en alfombras del Daghestán, que los habían protegido durante el largo viaje. Hadjio, su mayordomo, sólo le dio al cochero que los trajera veinte kopeikas de propina. Pero cuando Shamyl supo que el cochero se había cruzado por el camino con su familia y que la llegada de ésta era inminente, volvió a llamarlo. Por semejante noticia, dijo, merecía una propina en oro.

"Aquel día, durante la cena, nos dijeron que al cabo de una hora llegaría Mahommed Sheffi, el hijo menor del Imán", —escribe Runovsky—. "Shamyl no lograba ocultar su excitación y a cada momento se levantaba de un salto para ir hacia el rellano de la escalera. Ya no pudo comer. Por fin, cuando se oyó el ruido de un coche que se detenía, se apresuró a salir a su encuentro, algo que un padre musulmán consideraba por lo general poco digno".

Hubo un saludo ceremonial. Sheffi se acercó silenciosamente a su padre, le besó la mano y, con los ojos bajos, esperó en el umbral a que Shamyl lo invitara a entrar y lo interrogara.

De acuerdo con la etiqueta oriental, habría sido indecoroso que dos hombres hablaran en público de sus mujeres: en caso de ser indispensable se podía hacer alusión, pero no formular preguntas directas. Por eso, aunque Shamyl se moría de curiosidad por saber cuántas personas de su familia habían sido enviadas y cuáles de sus esposas e hijos iban a llegar, tuvo que abordar el asunto en la forma más indirecta y Mahommed Sheffi supo mostrarse a la altura de su intención.

—¿Ha sido muy intenso el frío? —preguntó el Imán.

—No tanto como para que Shouanete sufriera demasiado —replicó Sheffi, dándole cuenta así a su padre de que venía La Perla.

Luego, siempre con rodeos, enumeró a los demás, diciendo que la ropa de abrigo proporcionada a Nafisette, Sofiate, Fatimat y Nadjavat las había protegido por el camino. A Bahou le había interesado todo lo

que viera, expresó, y agregó que Zaïdate no estaba demasiado exhausta por el esfuerzo de organizar y dirigir el empaque de las cosas. No mencionó a Aminette y Runovsky descubrió más tarde que el Imán se había divorciado de ésta algún tiempo antes.

Poco después, llegaron las esposas e hijas de Shamyl. Durante el primer mes, no las vieron; sólo se las oía salmodiar sus plegarias. Después, empezaron a aparecer, pero siempre veladas; Runovsky sólo habla de la increíble belleza de sus pies y sus tobillos. Poco a poco, el capitán se identificó tanto con la familia del Imán, que hablaba de "nuestra" casa, decía "con nosotros", asistía a las ceremonias religiosas de sus componentes y ellos le llegaron a cobrar verdadero afecto. El capitán sabía que algún día darían por terminada su misión y se preguntaba con ansiedad qué suerte correría aquella familia "suya" cuando cayera en otras manos.

33

UN FIN

"Cuando Alá ha ordenado que un ser muera en un sitio determinado, hace que sus necesidades lo empujen a ese sitio."

MAHOMA.

Los años del exilio transcurrieron y aquella extraña familia integró como tantas otras la vida cotidiana de Kaluga, a veces asombrosamente adaptada al Occidente, en ocasiones asiática en grado intransigente. La total aceptación de su vida por Shamyl intrigaba a Runovsky, quien no hallaba huellas de amargura o pesar en su actitud. Era su destino —*Mektoub*— y lo aceptaba sin preguntas, como aceptaba el clima riguroso o algún plato mal preparado. Cuando, en cierta ocasión, ante un plato muy poco apetitoso, Runovsky mandó llamar al cocinero y se quejó, Shamyl le dijo que era un pecado quejarse. Runovsky le replicó que era un pecado cocinar tan mal.

—Sí —dijo Shamyl—. Pero por eso Dios lo castigará. En el Libro está escrito que el hombre nunca debe mostrarse disgustado ante nada.

Runovsky no le recordó que él acostumbraba azotar y castigar a su pueblo por las más leves violaciones de la ley y que viajaba por sus dominios acompañado por un verdugo.

Su vida de violencia y hazañas había terminado: pero, para sus hijos y los naibs, la existencia que ahora llevaban implicaba frustración y monotonía. A veces, escapaban por unas horas al Sobranie o Club, donde resonaban las salvajes melodías de la lesghinka cuando los naibs ejecutaban sus danzas tradicionales. Pero al llegar el Ramadán, todos ellos renunciaban de buena gana a esas pequeñas distracciones para meditar sobre el Libro y se pasaban los días y las noches consagrados a la plegaria y al ayuno.

Shamyl era inflexible en cuanto concernía a rechazar el lujo. Cuando el Zar le regaló un juego de té de oro macizo, lo devolvió. Pero a Mahommed Sheffi le sedujo la belleza del juego y decidió conservarlo

para su uso particular, ocultándolo en su cuarto. Su hermano Khazi Mahommed, quien siempre apoyaba en todo a su progenitor, se sintió profundamente escandalizado por este alarde de desobediencia filial y corrupción y, después de luchar con su conciencia, se lo dijo al Imán. Shamyl le ordenó a Sheffi que le trajera el juego de té y, terrible aún en su ira, lo hizo añicos, pisoteándolo. También las mujeres solían mostrar signos de corrupción. En secreto, habían conseguido cierta cantidad de raso y se estaban preparando vestidos nuevos para una fiesta mahometana. Por desgracia, también a ellas las descubrieron. El Imán rasgó la tela con su propio kindjal.

—Ninguna de mis esposas usará raso hasta que todas las mujeres de los aúles del Daghestán puedan hacer lo mismo —dijo.

A veces, Shamyl abandonaba sus meditaciones para aparecer en el escenario ruso. Lo invitaban a asistir a las maniobras o festejos especiales de Moscú o San Petersburgo. El Zar, siempre consciente de sus responsabilidades, lo trataba como a un huésped honorable, prodigándole delicadas atenciones, como si todo le pareciera poco para compensarle la pérdida de su libertad. Cuando supo que el Imán no quería aceptar lujos como un servicio de té de oro, dispuso que se sustituyera por la ropa de cama más fina de hilo, bordada a mano, la existente en la casa de Shamyl en Kaluga. En cada pieza, figuraban las iniciales del Imán. Y siempre que Shamyl y sus hijos venían a cenar al Palacio de Invierno, el Zar ordenaba que se estrenara un servicio flamante de cuchillería y de porcelana, para que sus invitados no temieran mancillarse usando objetos tocados antes por infieles. En cierta oportunidad, impulsado por el interés que demostrara Shamyl por la espada de Solimán el Magnífico, exhibida en un museo, el Zar la descolgó de la pared, se la regaló a su enigmático amigo y rechazó con un sencillo gesto todas las protestas del ultrajado conservador del museo. Esta vez, Shamyl aceptó el don con aire satisfecho, aunque era una pobre compensación por la espada que le rindiera a Bariatinsky.

En las bodas del Zarevich con la princesa Dagmar de Dinamarca en 1866, se notó mucho el noble porte de Shamyl. La novia se inclinó para besarle la mano; estaba radiante, cubierta de encajes y joyas y el Imán la saludó inmediatamente con un gracioso versículo en que la comparaba con un jardín de deslumbrantes deleites. El Zar se sintió muy complacido y comentó mucho el asunto ante los embajadores y dignatarios visitantes. El Imán siempre le parecía irresistible. Fue en esas bodas cuando Shamyl dijo el famoso discurso que terminaba con estas palabras:

"Que todos sepan: hasta el fin de sus días, el viejo Shamyl lamentará no poder vivir su vida de nuevo para poder dedicarla así al servicio del Zar Blanco."

¿Era esto hipocresía, o simplemente una figura retórica oriental... y destinada solamente a ser interpretada así? Si hubiese podido reco-

menzar su vida... ¿habría aceptado el Imán la dominación rusa? Esto es completamente improbable si se tiene en cuenta que luchó durante treinta años por la libertad de su país. Pero debemos interpretar sus palabras como una expresión de su sincera gratitud por la generosidad del Zar; y también, acaso, como su deseo de subrayar, en términos comprensibles para el Occidente, que no sentía la menor amargura, y que, cualesquiera hubiesen sido antaño sus sentimientos con respecto a los infieles, su afecto personal por el Zar y Bariatinsky se conservaban inconmovibles.

A Shamyl, lo había afligido y desconcertado a un tiempo el hecho de que el escándalo pudiese derribar a una figura tan grande como Bariatinsky. Mientras que Voronzov siempre había logrado timonear hábilmente su vida entre los arrecifes de las pasiones privadas y la vida pública, Bariatinsky era menos astuto. Sus amores con Madame Davidova habían durado muchos años, desarrollándose en una atmósfera de armonía muy adecuada, con la ayuda que significaba la complacencia del marido. Pero de pronto, en 1861, después de años de silencio, el coronel Davidov instauró un juicio de divorcio contra su esposa calificó al Virrey de cómplice en el adulterio y lo desafió a duelo. Pero como el Virrey era la encarnación del Emperador, no podía aceptar el desafío ni figurar en un juicio de divorcio y se vio obligado a renunciar.

El escándalo conmovió hasta a la despreocupada corte de Alejandro II y el Zar no pudo impedir la catástrofe que significaba la partida del Cáucaso de Bariatinsky. Acompañado por su amante, el Príncipe abandonó furtivamente Tiflis, de noche. Oficialmente, se anunció que se había marchado solo a un balneario alemán de aguas termales. Pero todo el mundo sabía en Tiflis la verdad. "La Mariscala", como apodaban allí a Madame Davidova, no contaba con afectos en la ciudad. Había sido demasiado bella y poderosa durante demasiado tiempo. Luego, el amor del Príncipe por ella había empezado a declinar y Bariatinsky encontró intereses románticos en otra parte. Fue entonces cuando estalló súbitamente el escándalo, forzándolo a huir con Madame Davidova.

El príncipe Bariatinsky invitaba a menudo a Shamyl y a sus hijos a visitarlo en Moscú o en sus propiedades de Ivanovskoie y ellos aceptaban de muy buena gana. Lo llamaban "nuestro mariscal de campo", con conmovedor orgullo. Era a él a quien se habían rendido. Kaluga estaba a pocas *verstas* de Ivanovskoie. En un ala nueva del edificio en esta finca del Príncipe, había un conjunto de habitaciones siempre listas para las frecuentes visitas del Imán. Allí, los dos gigantes del Cáucaso se paseaban por el vasto parque durante horas, satisfechos de poder recapturar su heroico pasado, discutiendo sobre las técnicas y estrategias de la guerra del Cáucaso en una atmósfera de estima mutua.

Mahommed Sheffi les escribía cartas a sus amigos de Temir-Khan-Shoura, describiéndoles les maravillas de la vida rusa con términos

entusiastas. Pero su hermano Khazi Mahommed distaba de sentirse tan feliz. Por lo pronto, aún le escocía el ultraje de la derrota y no compartía el fatalismo de su padre. Luego, para agravar las cosas, perdió en esa época a su adorada Kherimat. El clima le había causado una tisis galopante y murió en sus brazos: era su último tesoro y el más preciado.

Su apasionado amor por ella nunca había sido correspondido. Kherimat, por temperamento, era voluble y calculadora. Le había gustado casarse con el heredero del Imán y gobernador de Karaty, pero más tarde, cuando vivía confinada en provincias y ni era una mujer rusa libre ni una *kanum* del Cáucaso, el amor de Khazi Mahommed no le había bastado: se mostró inquieta y trataba de divertirse flirteando peligrosamente con los jóvenes naibs de Shamyl. Quizás fue preferible que muriese antes de que un kindjal vengara el honor de su marido.

Un año después, murió también de tuberculosis Nafisette, la hija favorita de Shamyl. Uno por uno, los miembros menos vigorosos de la familia sucumbieron, víctimas de su exilio en el norte. De las treinta y cuatro personas que compartieron con Shamyl más de once años de cautiverio, murieron diecisiete a causa del clima, figurando entre ellos los que nacieron muertos y perecieron en su tierna infancia.

11

Después de la muerte de Kherimat, Khazi Mahommed se mostró inconsolable: y también él contrajo una tuberculosis y pareció que se iba a morir. Pero Shamyl seguía pensando dentro de lineamientos patriarcales. No se debía permitir que el destierro, ni la pena, ni la enfermedad, destruyeran a la familia. Se necesitaban más hijos. Khazi Mahommed fue enviado a la Crimea para reponerse y poder casarse de nuevo.

Al principio, se negó; lloraba aún a Kherimat. Pero finalmente cedió, con una condición: se casaría con Kistaman, la hija de Daoudilaou de Tchikh, o con nadie. Le recordó a su padre la injusticia cometida con su amiga Daoudilaou, mucho antes, al ser desterrado al "aúl sin sol". Aquel casamiento, afirmó, repararía finalmente la injusticia, disiparía para siempre las dudas que rodeaban el nombre de Daoudilaou.

Shamyl mandó emisarios a Tchock, pidiendo la mano de Kistaman y el padre de la joven mostró un intenso júbilo. Pero no su hija. Se negó, furiosa, recordándole a Daoudilaou su cruel destierro, los años de injusticia. Con todo, por fin, su progenitor logró convencerla; aquello lavaría de toda mancha su reputación y por lo demás, le recordó, los habían liberado gracias a la intervención de Khazi Mahommed. Kistaman hizo el largo viaje a Kaluga acompañada por su hermano menor Mahommed Fazil y en febrero de 1863 se casó con Khazi Mahommed,

a quien amó apasionadamente durante el resto de su vida. El hijo de Shamyl la rebautizó con el nombre de Habibette, "La Amada".

La joven no era hermosa, pero su gracia, seducción y brillante inteligencia le conquistaban todos los corazones. Shamyl le cobró afecto apenas la vio. Era muy devota y solía decirle que cometía un sacrilegio al llamarse a sí mismo Segundo Profeta de Alá en la Tierra. No sólo la familia del Imán sino también la familia imperial y los Bariatinsky sufrieron su hechizo. "La Mariscala" le mandaba las más afectuosas cartas y brazaletes de diamantes a la "querida princesa Shamyl". El mariscal de campo concertó el ingreso del hermano de Kistaman a una academia militar de San Petersburgo: la Zarina le prodigó espléndidos regalos... Habibette prefería estudiar idiomas (hablaba seis) y escribir versos. Abandonaba las joyas: cuando la Zarina le regaló uno de sus collares favoritos, con cinco filas de enormes amatistas y perlas, lo colgó como un sonajero sobre la cuna de su hijita Nafisette, nacida en 1864. Poco a poco, la presencia de Habibette transformó a Khazi Mahommed y pareció serenarse y olvidar los penosos recuerdos de la derrota y la muerte.

III

En 1866, Shamyl, sus dos hijos mayores y el naib Hadji-Harito y Abdurrahman prestaron juramento de lealtad al Zar. Khazi Mahommed no quería hacerlo, pero mientras vivió su padre cedió a su voluntad en todos los sentidos. En 1862, Mahommed Sheffi (quien nunca había podido resistir a la fascinación de todo lo ruso, especialmente de los arrogantes uniformes usados por los regimientos de lanceros, a los que perteneciera su hermano Djemmal-Eddin) fue aceptado en el ejército imperial. El Zar dio una prueba notable de su confianza en su total conversión cuando, en 1865, lo mandó al Cáucaso a elegir caballería "tártara" para el escuadrón de guardias del Zar. Las tribus descendieron de las montañas en masa al enterarse de que había vuelto el hijo de Shamyl, pero Sheffi se negó a tratar con ellos y, después de haber escogido a las tropas "tártaras", volvió al norte para integrar la escolta imperial.

Uno de los aspectos de la vida militar rusa que más impresionaba entonces a los observadores británicos era la igualdad absoluta con que incorporaban al ejército a los asiáticos. Al aumentar las conquistas de Rusia en el Asia, reclutaban cada vez más "tártaros", tanto soldados de línea como príncipes y kanes; los soldados musulmanes podían alcanzar cualquier jerarquía al ser ascendidos.

Shamyl vivía en Rusia en una época en que se operaban grandes cambios administrativos. El Manifiesto de Emancipación de los siervos fue dado a conocer en febrero de 1861 (el año en que estalló la guerra de secesión en Estados Unidos por el mismo motivo). Aunque a Shamyl

todo lo ruso le parecía maravilloso, le interesaba más que nada el sistema electoral. Pudo observar de cerca el funcionamiento del *zemstvo*, cuerpo administrativo formado para manejar los asuntos regionales, pasándose días enteros sentado a la turca sobre el estrado, flanqueado como siempre por sus naibs inmóviles y el intérprete que se esforzaba febrilmente en explicarles cada frase sin retrasarse. El sistema de votación le resultaba incomprensible a Shamyl; no podía creer que indicara los verdaderos deseos del pueblo y examinaba muy cuidadosamente las urnas, recordando acaso los trucos del mago.

Entre sus flamantes amigos rusos, sentía particular afecto por la familia Schukin, con la cual Djemmal-Eddin viviera como rehén durante sus cinco primeros años en Rusia. El primogénito fue el amigo más íntimo del joven y figuraron en el mismo regimiento. Schukin le traía a menudo a oficiales que habían conocido a Djemmal-Eddin y cuando éstos se marchaban, Shamyl se quedaba sentado, con aire extraño.

Cierto día, Runovsky le preguntó qué opinaba sobre Rusia, ahora que había visto sus ciudades más grandes y vivido varios años en medio de su pueblo.

—Ahora, sé por qué murió mi hijo —repuso el Imán y acompañó estas palabras con una mirada de infinita melancolía, como si se supiera culpable de la muerte de Djemmal-Eddin.

* * *

Mientras vivió Runovsky, a los exilados les tuvieron afecto y les ahorraron todas las humillaciones y malentendidos posibles. Pero en 1862 sobrevino la temida separación y "Nuestro Querido" fue reemplazado por un hombre cuya sola presencia envenenaba el aire. El coronel Przhetzlavsky, el nuevo edecán, de origen polaco, era intrigante, cruel y maligno y resultaba difícil explicar por qué lo nombraron, salvo que la designación se haya debido a maquinaciones de los enemigos de Shamyl en la corte o en el ministerio de Guerra, envidiosos de los favores que le prodigaba el Zar. Shamyl debía de tener muchos enemigos dispersos en toda Rusia; alguno podía ser un prisionero fugado, otro el padre de un oficial muerto en los fosos-prisión de los múridas y que jurara vengarse; pero lo que sigue siendo inexplicable, es que el Zar ignorase durante tanto tiempo las persecuciones que debió soportar Shamyl.

Przhetzlavsky intentó destruir la paz espiritual de Shamyl en todas las formas posibles. Lo trataba con aire de superioridad, lo insultaba, lo sometía a limitaciones, ofendía a las mujeres de la casa, se mostraba áspero con los criados tártaros del Imán y concluyó por causar tanto mal con sus asertos y calumnias que algunos pobladores de Kaluga que se mostraran muy cordiales con Shamyl lo boicotearon. El primer acto franco de hostilidad de aquel hombre tuvo lugar cuando Shamyl

se negó a firmar o autorizar un manuscrito confeccionado por él, en parte traducción y en parte falsificación, sobre los tres Grandes Imanes del Daghestán: Khazi Mollah, Hamzad Beg y Shamyl, junto con una interpretación de las doctrinas múridas. Shamyl consideró que aquel documento era inadecuado y lo repudió. Desde ese momento, Przhetzlavsky obró impulsado por un furioso rencor y no perdió una sola oportunidad de desahogar su cólera sobre los indefensos exilados. En sus informes al ministerio de Guerra, insistió en que Shamyl nunca se mostraba satisfecho con su trato y se quejaba siempre de que no le alcanzaba su asignación. También afirmó que el Imán les pagaba poco a los criados y que era avaro: una manifestación absurda, ya que Shamyl desconocía por completo el valor del dinero y dejaba todas las transacciones en manos de Hadjio.

Shamyl soportó estas persecuciones sin quejarse durante dos años, sin mencionarlas para nada, ni siquiera a Bariatinsky; pero, finalmente, no pudo aguantarlas por más tiempo y le solicitó al gobernador de Kaluga que le hiciera nombrar a un nuevo edecán. Aunque mandaron a un oficial llamado Semenov, apenas llegó éste a Kaluga, no se sabe a causa de qué misteriosa presión ejercida por Przhetzlavsky, volvió a San Petersburgo con una carta, supuestamente de Shamyl, en la cual se pedía que Przhetzlavsky se quedara. Durante otros dos años, aquella siniestra presencia se siguió cerniendo sobre la casa y en cierto momento el coronel complicó a Shamyl en un asunto muy delicado de política rusopolaca. Como todos sus compatriotas, era propenso a darle a todo un cariz político. Cuando sofocaron las rebeliones polacas de 1863, le habló a menudo a Shamyl de los sufrimientos de los sublevados, tratando de suscitar la simpatía del Imán y describiendo con vívidos colores las persecuciones rusas. Como sabía que Shamyl estaba en buenos términos con Alejandro II, le insinuó que el Zar no se hallaba al corriente de la verdadera situación y que les sería muy útil tanto a los desdichados polacos como al propio Zar el que Shamyl intercediera por ellos.

El Imán guardó silencio y luego se negó a comprometerse. Pero el coronel volvió a la carga con una carta muy impertinente al Zar, escrita en nombre de Shamyl, que le rogó le firmara; había dos textos, el uno en ruso y el otro en árabe. Shamyl leyó la carta, con el ceño fruncido:

"Su Majestad ha tratado con benevolencia al Daghestán y a otros países. Pero en el caso de los polacos, éstos son víctimas de crueles abusos. Yo, Shamyl, le suplico a Su Majestad que se muestre tan clemente con ellos como en el caso de los caucasianos".

Shamyl le respondió cortésmente, pero con reprimida ira:

—Le ruego, coronel, que no me venga a pedir semejante cosa. No me atrevo a molestar al Zar por algo que no me concierne.

Cuando el coronel vio que Shamyl se mostraba firme, se alarmó y le arrancó la promesa de que nunca le hablaría de la carta a nadie. Shamyl cumplió su palabra y sólo treinta años después, Mahommed Sheffi

le contó todo ese asunto a Zaharin, de cuyo libro se extrae este relato.

El polaco, no habiendo podido coaccionar a Shamyl, empezó a perseguirlo sistemáticamente, deformando cada uno de sus pasos y acusándolo de intrigar contra Rusia: se esforzó en hacerlo enviar a Vyatka, un paraje de Siberia y cuando Shamyl pidió permiso para hacer un peregrinaje a la Meca, hasta insinuó que, en realidad, el Imán estaba preparando un golpe en el Cercano Oriente.

* * *

En 1864 había tenido lugar un éxodo en masa de los pueblos cherkeses a Turquía, avasallados por los ejércitos rusos. Durante los cinco años posteriores a la rendición de Shamyl siguieron oponiéndose a Rusia, porque les habían ayudado mucho el Sultán y otras potencias, cuyos agentes abundaban tanto en las zonas costeras que el general Raievsky, comandante de las fuerzas rusas, ordenó que sus decretos circularan en francés, en ruso y en árabe, para evitar todo posible malentendido. Las guerras, rebeliones e intrigas de los cherkeses son dignas de estudio en sí mismas y no les podemos dedicar aquí la atención que se merecen. Baste con decir que, después de haber combatido independientemente de Shamyl y no habiendo tenido jamás una alianza estrecha con él después de sus primeros años de lucha y de la ambigua jefatura de Mahommed Emin, también ellos se veían superados en número, traicionados y abrumados.

Mahommed Emin había seguido cometiendo traiciones, pasándose a los rusos durante una de las batallas más críticas para entregar los secretos militares circasianos. Por esto, lo recompensaron con una bonita pensión y fue enviado para su mayor seguridad a Turquía, viviendo bajo la protección de sus nuevos amigos en la embajada rusa. Pero los caucasianos, resueltos a vengarse, le dieron caza y tuvo que vivir oculto en el interior de Anatolia hasta que perdió el juicio y entonces ya nadie le dio importancia.

Cuando los rusos dominaron toda resistencia y ocuparon la Circasia, esas tribus huyeron a Turquía, donde el Sultán les ofreció asilo. Algunas se embarcaron en unas naves muy primitivas (cínicamente proporcionadas por las autoridades rusas) que resultaban deficientes y se hundieron apenas partieron de las costas circasianas. El Sultán sintió horror y proporcionó una flota para llevarse a sus correligionarios y así empezó el gran éxodo. Se asegura que partieron más de trescientas mil personas.

* * *

"Przhetzlavsky nunca le dejó olvidar a Shamyl que era un cautivo", escribió Zaharin, recordándoles a sus lectores que, cuando un musulmán está agradecido, su lealtad es inconmovible. Shamyl se conservó

invariable en sus sentimientos para con Alejandro II y si el ser leal significaba soportar a Przhetzlavsky, también lo soportaría. No le pediría favores ni molestaría al Zar con sus cuitas.

Probablemente, fueron las calumnias del coronel polaco las que motivaron en 1868 la negativa del Zar al pedido de Shamyl de ir a La Meca, porque le respondió que la situación en el Cáucaso era inestable, aún (en realidad, al Imán lo consideraban todavía un enemigo en potencia). Shamyl le escribió a Bariatinsky: "Estoy avergonzado ante usted y Su Majestad Imperial y lamento haber hablado de mi deseo, que, en realidad, sólo es el de cualquier mahometano piadoso. Yo no habría mencionado el asunto de haber sabido que el Cáucaso no estaba totalmente pacificado aún."

En 1869, a su viejo enemigo Daniel Beg le habían dado una pensión, permitiéndole radicarse en Turquía. Sin embargo, a Shamyl le negaban un viaje a la Meca. ¡Pobre peregrino de Alá! Su vida se consumía en la amargura. Los que lo vieron entonces, dicen que había envejecido terriblemente: estaba lívido y su respiración era jadeante. A veces, lo molestaban aún sus viejas heridas. Se debilitaba visiblemente y a menudo sufría desmayos: antaño, había aprovechado estos accesos para realzar su leyenda milagrosa, pero ahora los aceptaba como una dolencia antes que como una visitación divina.

Toda la gente de la casa sentía nostalgia. Ansiaba el viento de la libertad, el aire de las montañas. Los hombres se habían vuelto sombríos y biliosos; las mujeres se estaban consumiendo. A veces, los cautivos vagabundeaban hasta los cerros que estaban más allá del Oka y se quedaban sentados durante horas, contemplando el horizonte, buscando con los ojos las montañas que nunca volverían a ver.

Sólo Hadji-Murito seguía siendo el de siempre, alegre, malicioso, más apuesto y elegante que nunca, preocupado por sus conquistas amorosas y urdiendo maneras de mantener el frenético ritmo de vida que llevaba sin disgustarle a Shamyl. Mientras que Shamyl pensaba cada vez más en el otro mundo, Hadjio se sentía cada vez más obsesionado por éste. Cultivaba las relaciones sociales en Kaluga y cuando Shamyl no quería ir a una fiesta, lo convencía de que debía ir él a excusarlo y tenía así un pretexto cómodo para salir de parranda en la noche convenida. Y salía oliendo fuertemente a Rosa de Bengala, muy gallardo, dispuesto a divertirse de firme. Y los demás múridas lo miraban con envidia o aire de censura, según el temperamento de cada cual.

Shamyl seguía disimulando su repulsión a Przhetzlavsky, aunque siempre que lo veía su rostro se contraía y apartaba la mirada. Por fin, le solicitó oficialmente al gobernador de Kaluga que escuchara sus quejas en presencia de un tribunal: el gobernador, el vicegobernador, el mariscal de la nobleza y el mayor general Chichagov se reunieron para conocer sus cargos. Shamyl se mostró categórico al repudiar las calumnias de Przhetzlavsky. Pero cumplió su palabra y no mencionó la carta relativa a los asuntos de Polonia. Había hablado con dominio de sí mis-

mo y dignidad; pero, finalmente, estalló toda su ira. Una vez más, Shamyl, Profeta e Imán, el León del Daghestán, apareció ante ellos en toda su sombría fuerza. "Le brotaban las llamas de los ojos".

—Cuando lo veo, se me empaña la vista, me afluye la sangre a la cabeza, siento que lo mataré... o me mataré a mí mismo. Este hombre me parece un espíritu maligno que me impide orar y ronda mi casa, sembrando la discordia en mi familia. Ahora que estoy viejo, mi único deseo es llevar una vida monacal y acercarme dignamente a Dios. No quiero odiar a nadie. Y me aflige ver que ese hombre me calumnia ante los pobladores de Kaluga, quienes son mis amigos y ahora me visitan rara vez, aunque mis puertas están siempre abiertas para ellos. Le tengo afecto al Zar; nunca me he quejado; ¡si esas cartas existen, han sido falsificadas! Pido, en justicia, que se exonere a ese hombre antes de que me muera.

Przhetzlavsky fue exonerado ignominiosamente, para ser reemplazado por el mayor Chichagov, un nombramiento que colmó de júbilo tanto a la familia caucasiana como a la de Chichagov. Desde 1866 hasta 1869, año en que murió el mayor, Shamyl vivió en armonía con su nuevo guardián. A veces, el Imán venía a casa de Chichagov y se pasaba allí la mitad de la noche charlando. "A pesar de sus dieciocho heridas, su porte era soberbio —dice Madame Chichagov—. Parecía un semidiós, a un tiempo majestuoso y lleno de gracia."

Pero su salud desmejoraba rápidamente: se quedaba tendido junto al hogar, con el rostro consumido pero sonriente, mientras jugaba con los chiquillos de Chichagov. Al aparecer la luna, los abandonaba para encerrarse en el gabinete del mayor, donde oraba hincado sobre una sábana blanca que le tenían siempre preparada. Discutía con el mayor sobre astronomía o le pedía que le explicara el atlas; o bien hablaba de las batallas de antaño y de las leyendas caucasianas; o de la profecía de que, algún día, surgiría en Occidente una gran potencia... para humillar al Padishah de Moscú... Y otra, según la cual el imperio otomano se vería finalmente humillado por una potencia "que está más allá del viento norte".

Hemos conocido solamente a Shamyl como hombre de acción, de pocas palabras: pero la hora de la acción había pasado y solía hablar largamente de su asombrosa vida, mientras Madame Chichagov lo escuchaba enmudecida... y olvidaba anotar la mayoría de sus frases. Con todo, sostenía largas conversaciones con las esposas de Shamyl, quienes se ocupaban de temas más aceptados: niños, maridos... Sobre el punto de la poligamia, Madame Chichagov se mostraba muy severa.

—Nosotros los cristianos creemos imposible que un hombre ame a varias mujeres a un tiempo —decía.

Entonces, Zaïdate suspiraba, observando:

—¡Qué suerte tiene usted de ser la única esposa!

Pero Shouanete reanudaba el ataque:

—También yo fui cristiana en otros tiempos. Sé que los maridos cristianos tienen varias esposas... sólo que son secretas.

Con todo, Madame Chichagov tenía la última palabra.

—Si eso fuera cierto, no tendríamos matrimonios felices... y *no* es así —declaraba.

Después de lo cual, las esposas abandonaban el delicado tema.

Cuando el mayor Chichagov murió repentinamente en 1869, Shamyl fue el primero en acudir al lado de su viuda, tratando de consolarla y de darle ánimos.

"Venía y se sentaba a mi lado —escribe la esposa del mayor—. Compartía mi dolor, lloraba conmigo".

—Nosotros lo hemos perdido todo —decía a su vez Shamyl, pensando en los diecisiete seres que le robara la muerte. Su hija, los niños, sus parciales, sus criados, todos se morían. Kaluga se estaba convirtiendo en un cementerio.

En octubre, partió para Kiev. Bariatinsky, quien había velado por su viejo enemigo desde lejos, consiguió autorización para que se trasladara al sur. Allí, durante unos meses, entre las cúpulas doradas de los monasterios, "el Jerusalén de Rusia", y bajo los radiantes cielos meridionales, la familia y demás acompañantes del Imán recobraron algo de su salud y sus bríos. Pero sólo era un último intermedio. Shamyl sabía que ya no le restaba mucha vida. En marzo de 1870, obtuvo permiso del Zar para ir a La Meca. Tenía setenta y cuatro años y había escrito explicando que presentía la muerte. Aun así, las autoridades se mostraron excepcionalmente rigurosas y se negaron a permitir que lo acompañaran Khazi Mahommed o Mahommed Sheffi.

Hadji-Harito, a pesar de ser el más devoto de sus adeptos, decidió no ir a la Meca. Ello no se debía a que quisiera quedarse entre las seducciones de Kaluga, sino a su creciente nostalgia del Cáucaso. Cuando los rusos le ofrecieron que gobernara (bajo la vigilancia del virrey) el distrito de Ountkratl, empacó sus camisas de seda y diversas chucherías y liberándose de los blancos brazos de sus conquistas de Kaluga, volvió a su país.

Y así, rodeado por sus mujeres e hijos y los naibs restantes, Shamyl emprendió el peregrinaje.

I V

Habían costeado el Cáucaso, embarcándose en Anapa para Constantinopla. Shamyl se alegró como un niño al mandar un telegrama de despedida por el "hilo tendido", como calificaba al telégrafo, a sus amigos de Temir-Khan-Shoura. El mensaje tardaría dos horas en llegar allí, le dijeron. Y él, recordaba cómo tardaban dos meses en cubrir ese trayecto las caravanas y se maravilló. Cuando llegó a Constantinopla se agolparon en el muelle enormes multitudes, postrándose o vitoreán-

dolo frenéticamente y brindándole una bienvenida propia de un soberano. La embajada rusa invitó al grupo a alojarse en sus habitaciones, pero Shamyl rechazó la invitación, manifestando que en el suelo turco él era el huésped del Padishah. El sultán Abdul Aziz lo recibió con gran pompa y en los salones con incrustaciones de perlas de Dolmabagtche la Sublime Puerta se inclinó ante el segundo Profeta de Alá sobre la Tierra, mientras que las multitudes lo seguían adondequiera iba, besando el suelo que pisara durante el trayecto a la mezquita.

El Sultán le ofreció un palacio a su elección, pero ninguno resultaba aceptable para sus gustos austeros. El viejo guerrero debió de sentir con intensidad mucho mayor su exilio allí, entre las perfumadas alcobas y la voluptuosa corrupción de la corte osmanlí, que entre los vigorosos rusos de Kaluga. Salvo la religión, el tipo de vida de la Puerta le era totalmente extraño. El Sultán había temido a Shamyl, ya que su avasalladora popularidad podía hacer peligrar su trono.

—Me dijeron que eras un bandido —le dijo al Imán.

—No más que tú —le respondió Shamyl, con una sonrisa taimada y le preguntó por qué nunca se había concretado la ayuda que le prometiera.

De todos modos, el Sultán aprovechó inmediatamente la presencia del Imán y le pidió que fuera a El Cairo para mediar en una enconada disputa pendiente entre Turquía y Egipto. Shamyl emprendió esta misión y la llevó a cabo triunfalmente. Lo que le permitió zanjar la controversia, fue su argumento de que a los infieles los alegrarían las disensiones existentes entre los adeptos de Alá. Durante el viaje de regreso, se presentó uno de esos momentos teatrales que estimularan siempre la leyenda de Shamyl. Estalló una terrible tempestad y el barco parecía perdido. Shamyl (quien no era insensible acaso a semejante papel), prometió calmar a la tempestad. Escribió varias letras cabalísticas sobre un trozo de papel, pronunció unas pocas palabras y lo tiró al embravecido mar, que se serenó casi de inmediato.

Durante la ausencia de Shamyl, su familia lo había esperado en la gran casa de Koska, situada en el aristocrático barrio de Akserai, que aceptara Shamyl del Sultán. Era una antigua casa turca de cincuenta habitaciones, sombreada por gigantescos plátanos y con mezquita propia; un factor que decidió a Shamyl a elegirla. En el vasto *selamlik* se reunía una incesante afluencia de desterrados del Cáucaso, recordando sus montañas y sus batallas. Cuando Shamyl volvió todo el *caravanserai* emprendió viaje hacia el este, a La Meca. Allí, en la más santa de las ciudades, consagrada a la gloria del Profeta, la leyenda y el magnetismo de Shamyl eran tales que, cuando aparecía, se hubiera dicho que una poderosa fuerza recorría las calles y arrastraba a toda la gente hacia él. Cuando iba a orar, las mezquitas se llenaban tanto que finalmente la policía turca (La Meca estaba en la jurisdicción de la Sublime Puerta), no pudo dominar a las muchedumbres y concluyó por asignarle

a Shamyl horas especiales para sus devociones, a fin de que las practicara a puerta cerrada o de noche, cuando dormía la mayoría de los fieles.

Así transcurrieron los últimos meses de su vida, como él lo deseaba: consagrados a la plegaria. La piedra negra de la Caaba era el alma misma de la fe musulmana; la Meca era una provincia del paraíso, el peregrinaje y los rituales eran la culminación de toda su vida de esfuerzos. La batalla se había librado: el peregrinaje tocaba a su fin. El Profeta de Alá sobre la Tierra se estaba acercando a su hogar. Desde La Meca, Shamyl le escribió al gran duque Miguel, entonces Virrey del Cáucaso:

"Así, por fin, he llegado al lugar que ansiaba y lo bendeciré siempre a usted por su ayuda. Ahora, padezco muchas enfermedades y estoy en cama. Creo que pronto abandonaré este mundo. Por eso, le ruego humildemente a Su Alteza que cuide de mi familia y de mis múridas, dispensándoles la misma bondad que siempre me ha prodigado a mí. Me alegro de que usted haya permitido que mis hijos vinieran aquí y les haya dado dinero para el viaje. La benevolencia de que me da prueba es la de Dios con el profeta Job. Nunca podré pagárselo: sólo puedo expresarle, una vez más, mi profunda gratitud. Que Alá lo proteja siempre".

Y firmaba así: "El enfermo y muy viejo peregrino Shamyl".

A fines de 1870, sus fuerzas mermaron rápidamente. Había abandonado la Meca para ir a El Medina, la "ciudad tres veces santa del Valle Bendito", "la hermosa, la verde", consagrada al profeta, donde Mahoma viviera, rezara y muriera. Su tumba, como la de su familia, está en el cementerio de Djánet El Bakir, muy cerca. Y como si la propia naturaleza quisiera rendirle homenaje al profeta, las negras rocas basálticas le habían cedido su lugar a los bosquecillos de datileros donde las palomas saltaban en la sombra y los arroyos regaban los huertos de melocotones y granadas.

Allí vivió Shamyl, en la casa del sheik Akhmed el Roufai, donde habían desaparecido el empapelado, la mesa para jugar a los naipes con su tapa de bayeta verde, la fizgarmonia y los grandes hogares de porcelana blanca. La morada había vuelto a su tipo de vida primitivo: almohadones sobre un piso con esteras de paja, y nada más. Como su señor, los demás querían acercarse dignamente a Dios, poniéndose a tono con la sagrada atmósfera de Medina sin dispersarse en distracciones mundanas o propias de Occidente.

Fue un período de tristeza, de preparativos: la sombra de las despedidas se cernía sobre ellos. El agobiante calor causaba sus víctimas. La familia quería volver al templado Bósforo, pero Shamyl, adivinando que su fin estaba próximo, deseaba permanecer en Medina. Siempre había confiado en que volvería a ver a Khazi Mahommed: no podía creer que los

rusos le impidieran ahora la salida a sus hijos. A fines de 1870, murió Sofiate, la hija de Shouanete. Poco después, se extinguió Zaïdate en Taif, sobre las colinas, donde había ido huyendo del calor. De sus esposas, sólo quedaba Shouanete junto a Shamyl; de sus hijos, sólo el pequeño Kamil. En Turquía, Nadjavat se había casado con Daoud el Cherkess, hijo del traidor Mahommed Emin, quien tras de romper con su padre se pasó al grupo de Shamyl y lo siguió en el exilio, formando parte de su mermada familia de Medina.

Ahora, Shamyl escribió a Rusia con reciente apremio para que dejaran partir a sus hijos. Pero llegó el Año Nuevo y los rusos no concedían aún la ansiada autorización. Shamyl la esperaba de un momento a otro. Se negaba a creer que el Zar, su amigo, no comprendiera. Acaso el asunto nunca llegó a oídos del monarca, porque, según parece, ignoraba que Shamyl se moría. Bariatinsky, probablemente, estaba viajando entonces por el extranjero y el asunto quedó en manos de mezquinos burócratas. Khazi Mahommed no quería desalentar a su progenitor y le escribía que muy pronto se verían... que partiría a los pocos días... Pero el tiempo pasaba y no le daban la autorización. Por fin, Khazi Mahommed quebró todos sus años de silencio y disciplina y después de obtener por la fuerza una entrevista con las autoridades, amenazó con huir, matarlos o suicidarse si no le permitían partir inmediatamente. Su violencia los hizo reaccionar. Confiaban en que, algún día, podrían inducirlo a ir al Cáucaso como representante del Zar; todo el país viviría pacíficamente gobernado por él. De modo que cedieron, aunque de mala gana. Khazi Mahommed podía ir a La Meca: pero Habibette y su niño de corta edad se quedarían como rehenes, en prenda de que volvería. A Mahommed Sheffi no le permitieron emprender el viaje; pero, por lo demás, nunca había sido muy allegado a su padre. Formaba parte de la escolta imperial en San Petersburgo. Para bien o para mal, había resuelto compartir la suerte de Rusia. El dolor de Habibette fue terrible, porque temía no volver a ver a su marido. Era improbable que, cuando un hombre así saliera de Rusia, volviera dócilmente a la trampa.

Después de Constantinopla, Khazi Mahommed prosiguió rápidamente su viaje al este, pero la ruta del desierto había sido cortada por algunos bandidos árabes y perdió varios días acechando un momento propicio para cruzar. Por fin, al llegar a La Meca, fue a elevar la plegaria ritual que todo recién llegado debe decir ante la Caaba. Cuando se hincó delante de la Piedra Negra, un viejo derviche harapiento de turbante verde se detuvo a su lado y, meciéndose, comenzó a exhortar a los peregrinos a que rezaran:

—¡Oh, fieles! ¡Rezad ahora por la gran alma del imán Shamyl!

Fue así como supo Khazi Mahommed la muerte de su padre. Nunca se pudo descubrir cómo se enteró el viejo derviche de que Shamyl había muerto la noche anterior, ya que El Medina se hallaba a doce días de marcha a través del desierto. Khazi Mahommed reanudó el viaje ese

mismo día, caminando descalzo sobre las piedras, como si expiara un crimen. Las demoras de los burócratas rusos le habían hecho llegar tarde al último encuentro con su padre. Nunca les perdonó esto, ni olvidó.

* * *

En enero, Shamyl había resuelto volver a la Meca. Deseaba hacer un peregrinaje más a la Caaba. Estaba muy débil y no podía montar a caballo, pero lo colocaron sobre una litera ceremonial roja y oro llevada por camellos y con penachos de plumas de avestruz, como las que usaban todas las personas de calidad al atravesar los pedregosos eriales que rodeaban la Ciudad Santa. En la primera noche del viaje, cuando avanzaban lentamente y su familia y sus naibs caminaban junto a la litera, uno de los camellos tropezó y se rompieron las correas. Shamyl fue arrojado al suelo y quedó tan lastimado que resultaba imposible seguir la travesía. La caravana volvió a El Medina y sus lamentos arrancaron ecos entre las rocas.

El lecho del Imán estaba en una pequeña habitación de la casa que miraba la Tumba del Profeta: pero su cama se hallaba ubicada frente a la puerta... Cada vez que se abría la puerta, el Imán esperaba ver entrar por fin a Khazi Mahommed. Seguía creyendo en la bondad de Rusia y le escribió una carta más al gran duque Miguel:

"Mi último ruego es que usted le permita a todos los miembros de mi familia reunirse en un solo lugar después de mi muerte, para que no se conviertan en algo así como una majada de ovejas que queda abandonada en la estepa sin el pastor".

* * *

El 4 de febrero de 1871 (25 Zil Kaida 1287 de la Hégira), momentos antes del Maghreb o plegaria vespertina, Shamyl reaccionó. Por fin, toda su fuerza de antaño pareció resonar de nuevo en su voz.

—¡Alá! ¡Alá! —gritó con exaltación, y luego aquellos ojos extraños, entornados ya, se cerraron para siempre.

Lo enterraron en el cementerio de Djánet El Bakir y su tumba se convirtió en un lugar de peregrinaje para los piadosos. Hoy, ya no quedan rastros del espléndido monumento, puesto que los discípulos de Ibn Saud han arrasado todas esas glorias. Pero en el norte, allá lejos, en el Cáucaso, las montañas están coronadas aún por las ruinas de Ghimri, Akhulgo, el Gran Aúl y Gounib. Las montañas son el monumento de Shamyl.

Epílogo

I

Se había representado ya hasta el telón final el gran drama del Cáucaso: su protagonista acababa de desaparecer, pero quedaban aún figuras menores. Sigámoslas a las sombras. Khazi Mahommed asumió la jefatura y dio rienda suelta a toda su reprimida amargura. Había nacido y lo habían criado para aborrecer a los invasores infieles. El combate era la estructura de toda su vida. No podía compartir la gratitud de su padre o su fatalismo. Era necesario reanudar la batalla y él, el desposeído pero "indudable Jefe del Daghestán a las órdenes de Alá", recomenzaría la lucha desde el territorio turco. Un juramento prestado bajo coacción —y a los infieles— no era obligatorio. Khazi Mahommed condujo a la familia de regreso a Constantinopla, a la gran casa de Koska.

Durante el viaje, Daoud, el marido de Nadjavat, se enfermó y murió de tifoidea. El capitán ordenó que sepultaran su cadáver en el mar. Pero Nadjavat, enloquecida por el amor y la pena, lo desafió y apostó a dos guardias lesghianos en la puerta del camarote. Éstos permanecieron allí con los kindjals desenvainados hasta que el barco llegó a Beyrut, donde tuvo lugar finalmente el entierro. Después de lo cual, Nadjavat se encerró en el camarote donde muriera su marido y allí, antes de que la nave llegara a Constantinopla, alumbró a su hijo.

* * *

En 1874, Napoleón Ney estaba en Yildiz Kiosque, uno de los palacios reales, donde notó a un gallardo joven, quien no era otro que el hijo de Shamyl. Vestía ropa lesghiana, con cherkeska y papakh. Como edecán del Sultán, lo acompañaba a todas partes, figuraba entre los generales y altos dignatarios en el *selamlik* (o besamanos), y era tratado con la máxima deferencia.

Como hijo del difunto Imán, escapado del cautiverio, Khazi Mahommed estaba seguro de ser bienvenido. Cuando el Sultán se paseaba ante las filas de cortesanos doblados en la servil reverencia prescrita por el protocolo, vio a una figura tiesa, que superaba a las demás en estatura y se había llevado una mano a su gigantesco papakh en gesto de saludo militar. Era Khazi Mahommed, un soldado que nunca se había rebajado a ser un cortesano. El valor y la lealtad caucasianas eran conocidas des-

de hacía mucho tiempo en Turquía. El Sultán lo nombró pashá del imperio otomano, comandante de uno de sus regimientos y "Roumeli Beyler bey", uno de los cargos civiles más altos del imperio. Esos espléndidos títulos venían acompañados de altos honorarios. Desde el punto de vista material, Khazi Mahommed, "Mehmet Pashá" para los turcos, prosperaba. En Koska, vivía con esplendidez, pero conservaba la sencillez esencial que imponía el código de su padre. Su riqueza era usada en gran parte para mantener un *train de vie* que le permitiera a la casa ser una especie de *caravanserai* caucasiano en que los múridas exilados, jefes destituidos, dignatarios de la corte del Sultán y dirigentes espirituales acudían de todo el mundo musulmán. Hasta los viejos enemigos solían venir, con una intención abnegada. Mahommed Emin, quien estropeara la causa de Shamyl entre los circasianos, llegó allí enloquecido por su sentimiento de culpabilidad, huyendo de alguna venganza imaginaria y pidiendo a gritos piedad. Khazi Mahommed había sido proclamado cuarto Imán en 1873 y aunque seguía siendo una figura militar, fue investido así de una creciente fuerza espiritual. A nadie le extrañaba que la fogosa figura que ostentaba la cherkeska y las armas del Sultán entrara a la mezquita de Koska, para encabezar allí a la familia en la plegaria.

En Koska, Habibette (liberada finalmente por los rusos) presidía los aposentos del harén. Allí, había muerto su hijita Nafisette en 1873 y ahora había otra, Emiré Nafisette. Los nacimientos, las muertes, las bodas, los días de duelo y los festivos, todo se celebraba en Koska. Los caucasianos venían allí a morir, a alumbrar, a buscar refugio. Uno de los que vino fue el joven hermano de Habibette, Mahommed Fazil Daghestani, quien abandonó la academia militar rusa para seguir a su hermana a Constantinopla y se convirtió en el amigo inseparable de Khazi Mahommed. También él ascendió rápidamente en el servicio del Sultán, siendo nombrado comandante de la guardia imperial y como su cuñado fue un pashá, a quien cubrieron de honores. Así, ambos exilados caucasianos ocuparon posiciones claves en el imperio otomano y disfrutaron de la total confianza del Sultán.

En 1876, el sultán Abdul Aziz había sido depuesto y murió poco después; probablemente, se suicidó. Lo sucedió su nieto Murad, quien fue derrocado asimismo, por "inestabilidad mental". Lo sustituyó su hermano menor, quien se convirtió en el sultán Abdul Hamid II. Pero cada uno de los sucesivos padishás mantuvo las mismas relaciones cordiales con la familia del Imán.

En Koska, Shouanete murió. Podía haber vuelto a casa de sus parientes cristianos de Mozdok, pero para ella no había más familia ni religión que las de Shamyl. Cuando murió el Imán, "La Perla" lo sobrevivió unos seis años, desolada y retraída, hasta que la muerte la liberó por fin en 1876. No sabemos si, finalmente, volvió en el fondo de su corazón a la religión cristiana. Le habría resultado muy duro morir con la idea de que no podría reunirse con Shamyl en el esplendoroso paraíso de Mahoma.

El éxodo circasiano a Turquía en 1864 había sido acrecentado por muchos montañeses rebeldes aún de Chechnia y el Daghestán. Después de la caída de Goumb, quedaron durante largo tiempo bolsones de resistencia, pero ahora los rusos decidieron aplastar todo resto de oposición con terrible severidad. Los montañeses fueron cercados y obligados a bajar de las montañas, para ser dispersados por las planicies a punta de bayoneta. Pero tenían tan pocos deseos de cambiar sus aúles por granjas como de someterse a los infieles. Se unieron a los circasianos, para buscar refugio bajo la férula musulmana en Turquía. Mucho después, se alegó que algunos de sus dirigentes habían sido pagados por los rusos, a razón de tanto por cabeza, para hacer salir del país a todos los circasianos posibles. A Rusia, le convenía repoblar el país con sus propios colonos cosacos, más dóciles. Se afirmó que también en esto había intervenido Inglaterra, alentando al Sultán a aceptarlos. Un cuerpo de fanáticos combatientes mahometanos podía contribuir en mucho a fortalecer al imperio otomano contra la renaciente amenaza de la dominación rusa.

Después del desastre de Crimea, Rusia podía parecer aplastada, pero no había tal cosa. Una ola de paneslavismo empezó a remodelar la política exterior del país. La romantizada eslavofilia de la Rusia de antaño le cedía el paso al fervor nacionalista, más positivo, alentado por los sentimientos de las masas y los poderes del clero, entonces en su cenit.

Mientras tanto, los numerosos circasianos y caucasianos que huyeran a Turquía habían sido dispersados por el Asia Menor, formando una numerosa colonia es Adabazar; estaban en Rumania, en la Dobrudja, y en Bulgaria; pero se había hecho muy poco para proveer a sus necesidades. Junto con las *bashibuzuks* o tropas irregulares, a quienes los turcos usaban para ejercer una acción de policía en sus subyugadas provincias, muchos de los circasianos instauraron ahora el reino del bandidaje, suprimiendo de un modo salvaje todo signo de independencia. Por fin, una sucesión de atrocidades cometidas en la cristiana Bulgaria despertaron la conciencia colectiva de Europa, y Gladstone lanzó tonantes denuncias en la Cámara de los Comunes. El embajador británico ante la Sublime Puerta, Sir Elliot, admitió que Inglaterra había estado apoyando a "Turquía... una nación a la cual sabemos civilizada a medias". Disraeli, con cierto dejo cínico, comparó a los circasianos que habían tomado una parte tan cuantiosa en el saqueo de Bulgaria "a los colonos que aportan mucho a un país...". Con todo, había que conservar los intereses británicos en el Cercano Oriente; ir a la guerra con Turquía por aquel hecho habría sido una imprudencia.

Les correspondía a los rusos defender a los cristianos, sus correligionarios. En abril de 1877, el Zar le declaró la guerra a Turquía.

* * *

Entonces, volvió a la acción Khazi Mahommed. En el séquito del Sultán había sido un tigre enjaulado, pero por fin sus años de inactivi-

dad pasaron. Nuevamente, le dieron la oportunidad de acaudillar a un ejército de fieles contra los infieles rusos. Lo nombraron comandante de un regimiento del Daghestán y a la cabeza de un contingente reclutado entre los exilados (harto satisfechos de cambiar lo que consideraban un derramamiento de sangre mezquino por una guerra auténtica), Khazi Mahommed se dirigió al este, donde, más allá de Kars, estaban acumulando sus fuerzas los rusos.

Otro ejército fue acaudillado por su cuñado Mahommed Fazil: ambos habían enviado a emisarios al Daghestán para provocar una sublevación allí, pero los rusos replicaron sin demora con medidas terribles y los jefes de la revuelta fueron enviados a Siberia cargados de cadenas o los ahorcaron. El padre de Habibette, Daoudilaou de Tchokh, figuraba entre los sospechosos y había sido envenenado. Por lo tanto, Khazi Mahommed y Mahommed Fazil no sólo luchaban contra los aborrecidos infieles, sino también contra los asesinos de mucha gente de su misma sangre.

Los cinco mil hombres de caballería de Khazi eran soldados irregulares, pobremente equipados. Además, los desorganizaba la falta de abastecimiento: no tenían alimentos ni municiones y apareció entre ellos el cólera. Si los emisarios de Khazi Mahommed volvían a la base, no les llegaba ayuda. La traición le había hecho perder muchas batallas a Shamyl y debía hacerle perder ésta a su hijo. La singular posición de confianza que él —el caucasiano— ocupaba junto al Sultán, suscitaba celos entre los cortesanos turcos y sus enemigos aprovecharon la oportunidad. Con todo, Khazi Mahommed combatió, como siempre, impetuosamente, con valor. Pero cuando estaba frente a la fortaleza de Beyazit, en poder de los rusos, sus exigencias de rendición hallaron una áspera respuesta. El capitán Stokovich le contestó:

—El hijo de Shamyl debiera estar enterado a esta altura de que Rusia no sabe rendir fuertes: sólo sabe tomarlos.

La guerra continuó durante un año más, pero nuevamente prevalecieron el potencial humano y las virtudes guerreras de los rusos. En julio, la batalla del Desfiladero de Shipka abrió el camino a Constantinopla. Desde las bases de Rumania, el ejército ruso avanzó implacablemente. El 31 de enero de 1878, la Sublime Puerta pidió la paz.

Todo el mapa de los Balcanes había cambiado. El tratado de San Stefano, impuesto por Rusia, era un arreglo moderado que liberó a las minorías cristianas, aunque dejó a Turquía más debilitada de lo que lo habría querido el resto de Europa. Era necesario apuntalarla: *debía* seguir siendo un baluarte contra los planes rusos. Un ataque combinado de los plenipotenciarios europeos a quienes encabezaban Disraeli, Bismarck y Andrassy logró un segundo tratado, el de Berlín. El mapa de los Balcanes volvió a cambiar, en gran parte para adaptarse a las necesidades de Europa, ya que las causas primitivas de la guerra habían sido olvidadas ya.

Muchos de los exilados del Cáucaso se quedaron en los estados autó-

nomos: algunos, en Turquia, entre ellos Khazi Mahommed y Mahommed Fazil Daghestanli.

Pero la magia de Khazi Mahommed seguía siendo tan grande para el Cáucaso que los rusos ensayaron todos los medios posibles para tentarlo a que volviera allí como Virrey (Mahommed Sheffi, a pesar de su lealtad al Zar, tenía muy poca influencia sobre los tribeños). Si Khazi Mahommed hubiese consentido en volver, se habría podido conquistar todo el Cáucaso, cuyos pobladores lo hubiesen seguido ciegamente. Pero rechazó todas las insinuaciones. Sin embargo, durante muchos años el gobierno ruso continuó proporcionándole la misma asignación que a su padre. El dinero era entregado a la embajada rusa en Constantinopla, donde se acumuló, año tras año, sin que su destinatario lo tocara.

* * *

En 1880, Khazi Mahommed y Mahommed Fazil Daghestanli fueron vencidos finalmente por las maquinaciones de sus numerosos enemigos. Una noche, Deli Fuad Pashá, un personaje inescrupuloso e intrigante, vino a Koska a pedirle a Khazi Mahommed su apoyo para un proyectado golpe de Estado para derrocar al Sultán y llevar al poder al partido joven, "progresista". Khazi Mahommed se negó, manifestando que le había jurado fidelidad al Sultán. Mahommed Fazil hizo lo mismo y todos los argumentos de Deli Fuad no lograron conmoverlo. Pero temiendo que ambos pudieran denunciarlo al Sultán, Deli Faud corrió al palacio de Yildiz y los acusó de la maquinación que él mismo urdiera. El Sultán estaba tan rodeado de intrigas y contraintrigas que se dejó convencer y se volvió contra sus dos partidarios más leales. Mandó en busca de Khazi Mahommed y le dijo que el golpe de Estado amenazado había sido evitado sin apelar a los siete mil hombres que estaban bajo sus órdenes ni a la guardia imperial que comandaba Mahommed Fazil.

—¿Cómo puedo confiar en ti si no me has prevenido contra la conspiración? —preguntó el Sultán.

—Señor —replicó Khazi Mohammed—, soy un soldado, no un espía.

Ahora, Abdul Hamid estaba harto profundamente hundido en el tembladeral de la intriga: los espías le parecían algo más natural que los guardianes. Decidió obtener el apoyo de su vacilante corte al precio de la exoneración de los dos caucasianos.

Y así, ambos fueron desterrados a Constantinopla. Su último pedido fue que les permitieran exilarse juntos. Pero el Sultán temía la fuerza combinada de ambos cuando no la consagraban a defenderlo a él. Khazi Mahommed fue enviado a languidecer a Medina; Mahommed Fazil, a Bagdad. Nunca les permitieron volver a encontrarse. Hasta a los pedidos que formulaba Fazil todos los años de que lo dejaran ir a La Meca le contestaron negativamente: La Meca estaba demasiado cerca de Medina. Aunque el Sultán lo temía, para los beduinos y los kurdos Mahommed

Fazil se había convertido en un héroe y poco después, cansados de la férula turca, le ofrecieron la corona del Irak. Pero se negó, porque se sentía ligado aún al Sultán.

El menor de los doce hijos de Fazil es conocido hoy en el mundo entero con el nombre de mayor Khazi-Mahommed Daghestarli, quien, como subjefe del Estado Mayor del ejército de Irak fue condenado a muerte en 1958 y, a pesar de la intervención de la reina Isabel, el presidente Eisenhower y Nehru, sigue encarcelado en momentos en que escribo estas líneas, siendo su destino tan incierto como el ritmo de la política del Oriente Medio.

* * *

En el exilio, los últimos años de Khazi Mahommed fueron iluminados por la devoción de Habibette. Pero su esposa no era una mera esclava de empalagosas lisonjas. Cuando ambos partieron de Constantinopla para Medina, su caravana fue atacada en el desierto por tribus merodeadoras. A Habibette, le habían ordenado que se resguardara en la litera del camello. Pero después de encomendarle su hijo a Alá y de velarse el rostro, saltó a tierra para pelear junto a su marido, disparando una pistola y asestando salvajes puñaladas con su kindjal.

—Sé usar un puñal... —dijo—. He nacido en el Cáucaso...

Pero aquélla debía ser la última pelea de Khazi Mahommed. Gradualmente, el exilio apagó los bríos de su fogoso espíritu. Como su padre, se volvió hacia la plegaria y la meditación. Y como Shamyl, se convirtió en jefe de una sección de los derviches de Nakshibandyié. Para el pueblo de Medina, era el "padre de los pobres". Con los años, su áspero rostro se suavizó y cambió su cherkeska por la ropa del *mollah*. Pero en Bairam, donde los fuegos artificiales iluminaban los cielos y los cañones retumbaban, trepaba al tejado y observaba las nubecillas de humo, escuchando su bramido con trágica pasión. Para él, aquello era la música de las esferas.

El 27 de setiembre de 1902, Khazi Mahommed quedó postrado, a las puertas de la muerte, con la angustiada Habibette junto a la cabecera de la cama. "No debe haber lágrimas cuando se trata de la voluntad de Dios", dijo, y murió llamando a Mahommed Fazil, con quien no le permitieran compartir su segundo exilio, el más amargo de los dos. Lo sepultaron junto a su padre en Djánet el Bakir. A los tres meses, murió Habibette.

I I

Cuando Voronzov abandonó su cargo de virrey en 1856, tenía setenta y siete años. Su última aparición en público tuvo lugar en Moscú, durante la coronación de Alejandro II. Tres meses después, murió. Su viuda lo sobrevivió largos años, viviendo en Odesa, donde la adoraban y donde

fundó hospitales y asilos para mujeres menos afortunadas. Cuando murió en 1883, la enterraron junto a su marido, en la catedral de Odesa. Hoy, en la U.R.S.S., se respeta el recuerdo de Voronzov como el de un gran administrador, aunque se le condena por su temperamento feudal. Su estatua sigue dominando el muelle de Odesa.

A los cincuenta años de la muerte del Príncipe, otro Voronzov vino al Cáucaso para gobernarlo con el mismo esplendor. La predicción de la gitana se había cumplido. La familia del Príncipe era muy reducida ya y sólo quedaba la nieta del Virrey. La pequeña Isabel heredó todos los títulos y propiedades de éste. Además, un extraño destino debía hacerla volver al Cáucaso como virreina. Se había casado con un primo lejano, quien, en 1905, fue designado Virrey.

—Él reina... pero ella gobierna —decían en Tiflis y evocaban al abuelo de Isabel en sus altaneras facciones, en su temperamento imperioso.

Cuando la arrestaron los bolcheviques en su vejez, a Isabel le pareció una falta de respeto el hecho de que fusilaran a otros antes que a ella.

—Mi nombre y mi jerarquía me daban derecho a la prioridad —dijo.

Pronto, requisaron el Palacio Voronzov, convirtiéndolo en la Casa de los Pioneros y en un museo. El Teatro de la Nobleza Georgiana, donde en su niñez causara tanto revuelo Hadji Murad, se trocó en el Teatro Nacional del Pueblo. Una por una, las estatuas de su familia fueron mutiladas o abatidas, para ser sustituidas por nuevos semidioses.

La condesa murió en Wiesbaden en 1924. Pero los grandes cipreses subsistieron y cobijaron a Roosevelt y Churchill y Stalin el Georgiano cuando se reunieron allí para celebrar la Conferencia de Yalta.

III

La sombra de las negras banderas de Shamyl se extendió a través de Europa para proyectarse sobre una pequeña ciudad provincial, La Feuillie, donde Anna Drancy había hallado un buen trabajo. Su salud había sido quebrantada por sus sufrimientos del Cáucaso. Después del canje en el Mitchik, Madame Drancy había acompañado a sus nobles protectoras, como las calificaba, de regreso a Tiflis, donde toda la ciudad estuvo *en fête* para darles la bienvenida. Madame Drancy se vio convertida en heroína y creyó que sus infortunios habían terminado. Cuando las princesas partieron para Moscú a visitar a su madre, la princesa viuda Anastasia de Georgia, la francesa volvió a acompañarlas. Al festejarse el cumpleaños del Zar, se efectuó un tedéum en la catedral. Madame Drancy estuvo presente y la embargó la emoción.

Poco después, partió a París, sólo para enterarse de que su madre estaba muerta. Su marido había desaparecido y se vio desamparada, teniendo que mantener a su hijo. En 1857, con la ayuda de un primo,

Edouard Merlieux, publicó unas memorias llamadas "Souvenirs d'une française, captive de Shamyl", pero todo aquel episodio ya había sido olvidado. La obra no contenía romance y se vendió muy poco. De pronto, Madame Drancy se encontró desamparada, en un país triste y sin esperanzas. Toda la violencia y el terror de la vívida existencia que conociera y odiara se había esfumado; pero, de todos modos, cosa curiosa, aquello *era vida*. Ahora, las preocupaciones habían reemplazado al terror. Por fin, consiguió un empleo en una oficina de correos en el departamento del Eure. En 1864, murió. Sus nietos viven aún y recuerdan con orgullo a la magnífica mujer que hizo tantos esfuerzos para educar a su padre, pero no parecen tan impresionados por la extraordinaria aventura que vivió como prisionera de Shamyl, ya que fue la única mujer de Occidente que entró al Gran Aúl.

IV

Cuando Alejandro Dumas interrogó a la princesa Anna Tchavchavadzé sobre su cautiverio, años después, ésta le dijo que leyera el libro de Madame Drancy.

—Ella fue siempre tan exacta... —dijo, volviendo sus enormes ojos negros hacia el impresionable francés.

Pero acaso miraba en realidad otros ojos, los ojos extraños e imperiosos de un león, los de Shamyl el tirano, a quien, a pesar de todo, no podía odiar: y a quien, quizás, amara.

En la familia de Shamyl, existe una tradición de que la princesa Anna y el Imán no fueron indiferentes el uno para con el otro: que la fogosa Princesa y el jefe del Daghestán vivieron un idilio sin palabras. Dumas adivinó, sin poder definirlo, la melancolía de la Princesa. La describió como a una Niobe: rica, noble, "esposa amada, madre fecunda". Pero algo lo desconcertaba en ella. Cuando la Princesa hablaba de su cautiverio en el aúl, prorrumpía en sollozos. Quizás llorara, también, otra inconfesada pérdida.

V

En cuanto a los niños Tchavtchavadzé, pronto olvidaron todo aquel asunto. El vago recuerdo de su amigo el Imán se había esfumado; hasta las plegarias de los roncos derviches a quienes gustaban de imitar sólo eran ya un débil eco... Todo era como un juego de aventuras a que se entregaran antaño.

En 1920, la revolución bolchevique avanzó hacia el sur, devorando por el camino a las familias de los príncipes. En Tzinondali, en la casa reconstruida por el príncipe David sobre las ruinas que dejara la incursión de los múridas, vivía aún una vieja viuda que había pasado allí

toda su vida, cultivando sus viñedos y cuidando sus propiedades. Se mostró imperturbable ante la tormenta que se avecinaba y sólo sus hijos lograron inducirla a partir con ellos a Turquía a última hora. Era la princesa Marie, quien había estudiado en otros tiempos los verbos franceses con Madame Drancy bajo el emparrado en aquel fatal verano de 1854. Pero al llegar a Batum cambió de idea y, haciendo oídos sordos a todas las súplicas, volvió a Tzinondali. Los comunistas georgianos la respetaban tanto (su marido provenía de una célebre familia de bebedores, algo que los georgianos siempre admiraban), que encargaron un tren especial para que la llevara de regreso. Al cabo de un mes, murió. Tzinondali se convirtió en una empresa colectiva. Hoy, con el nombre de Viñedo Sovjoz de Tzinondali, produce los mejores vinos de Rusia.

En 1945, después de la caída de Berlín, los oficiales del ejército rojo brindaron por su victoria sobre los nazis con vinos de Tzinondali. Tan memorable victoria era digna de ser celebrada con el mejor vino de Rusia.

VI

El fin del naib Hadjio-Harito fue violento: derramó su sangre por Rusia. Cuando volvió al Cáucaso como naib de Ounkratl, nombrado por los rusos, no creía ya que todo pudiera solucionarse con la espada y durante algún tiempo se esforzó en gobernar pacíficamente. La salvaje población creyó que su nuevo gobernante se entregaba a las frivolidades y creyéndolo un pisaverde, se resistió a todo esfuerzo de conciliación y siguió infundiendo el terror en la provincia. Por fin, sus cabecillas fueron entregados a las autoridades rusas, para ser juzgados de acuerdo con la ley. Si Hadjio-Harito los hubiese afrontado como ellos acostumbraban hacerlo, acuchillándolos o matándolos a tiros lo habrían considerado justo y fuerte; pero el hecho de que adoptara medidas *legales* fue su sentencia de muerte.

La población esperó su oportunidad y ésta no tardó en llegar.

Hadjio-Harito tenía la costumbre de recorrer a caballo su territorio, con su escolta, para dictar justicia en los aúles de la periferia. Una noche de tormenta, se refugió en una saklia de la montaña. Era la ocasión que esperaban sus enemigos. Hadjio-Harito tuvo tiempo de correr los pasadores y apostar una barricada detrás de la diminuta ventana antes del ataque. Su escolta había huido, pero durante varias horas Hadjio-Harito tuvo a raya a sus adversarios, disparando por las grietas y matando a un hombre con cada bala. Cuando al fin se hizo el silencio, los tribeños comprendieron que su última bala había desaparecido e incendiaron la saklia para obligarlo a salir con el humo.

Hadjio-Harito había venido a difundir la ilustración, pero todo seguía como antes; sólo él, Hadjio-Harito, era el enemigo y lo ultimaron a puñaladas.

Sus asesinos fueron capturados y condenados a trabajos forzados en Siberia. En Kaluga, las mujeres a quienes amó, recordaban aún probablemente el aire fanfarrón de su amante musulmán, mucho después de haber olvidado ya al Gran Imán.

VII

Los años de vagabundaje del mariscal de campo príncipe Bariatinsky empezaron cuando abandonó el Cáucaso en 1862, derribado de su pedestal de virrey por el escándalo. Las ruinas de semejante carrera no eran un cimiento muy feliz para un matrimonio. Bariatinsky estaba en su cenit y contaba cuarenta y cinco años en 1862, cuando lo exoneraron de todos sus cargos, salvo del que desempeñaba en el Consejo del Imperio. En Bruselas se casó con Madame Davidova, proporcionándole así el título con que la conocieran durante tanto tiempo: La Mariscala. Ambos pasaron su luna de miel en un balneario del sur de Inglaterra.

Alejandro II le expresó su amistad a Bariatinsky regalándole espadas de oro macizo incrustadas con diamantes sin tallar y la propiedad vitalicia de Skierniewice, antaño residencia de los reyes de Polonia. El monarca buscaba aún su consejo en cuestiones de Estado, pasando a menudo por sobre sus ministros; pero no cabe duda de que el fatal manejo de los asuntos circasianos que llevó al éxodo de 1864 no habría ocurrido si Bariatinsky hubiese seguido ocupando su cargo.

El desfile de las horas, días y años vividos a medias comenzó a destruir al Gran Mariscal de Campo como destruyera a Shamyl. Pero mientras que el Imán, muchos años mayor que él, se retiraba a un mundo de contemplación fatalista, Bariatinsky, a los cincuenta años, hervía aún de vida: era un conquistador que nada tenía para conquistar. Lo había consumido una pasión devoradora por Madame Davidova, casándose con ella; pero cabe dudar de que las relaciones humanas, sobre todo las pasiones, puedan ocupar el primer plano... sobre todo como sucedáneos de una vocación tal como lo fuera para Bariatinsky su carrera del Cáucaso.

El Príncipe se entregó a la morfina: al principio, esto acallaba el dolor de sus viejas heridas, pero pronto acalló los remordimientos y aun el tedio. De acuerdo con la moda de su tiempo, los Bariatinsky visitaban con regularidad los balnearios, Plombières, Ems, Baden-Baden.

Cuando estalló en 1877 la guerra ruso-turca, el Zar le pidió a Bariatinsky que acaudillase nuevamente a los ejércitos rusos. Pero el Príncipe estaba ahora demasiado enfermo: se moría de a pulgadas, no como debían morir almas como la suya, entre los ardientes brazos de la victoria, sino como un árbol poderoso, pudriéndose desde dentro. Con todo, durante todo ese verano de 1878, estuvo de regreso en San Petersburgo, elaborando planes para contrarrestar la guerra que seguramente surgiría del conflicto balcánico.

Más tade, su salud empeoró. A fines de año volvió a Ginebra para

consultar a un especialista, pero parecía demasiado esfuerzo regresar a Skierniewice o a Ivanovsky. El Príncipe quedó postrado en el lecho, con el rostro vuelto hacia las montañas, esos nevados Alpes que, comparados con las montañas del Cáucaso, debían de parecerle unos juguetes coronados de azúcar.

Seguía pensando en los asuntos rusos, sobre todo en la política exterior y le dictaba muchos memorándums al Zar. Siempre había sido enemigo de intervenir en la guerra austro-húngara, así como abogara por el desmembramiento de Austria, a pesar de su sangre austríaca y de su apego a ese país. Era, antes que nada, un gran ruso, consagrado a los intereses de su patria y a los de su amigo, el Emperador. Sobre todo, criticaba la política rusa en los Balcanes: algún día, vaticinaba, ello llevaría a una guerra mundial, y treinta y cinco años después, en Sarajevo, pudo verse que tenía razón. La dimensión y fuerza del príncipe Bariatinsky no han sido apreciados todavía debidamente. Murió prematuramente, después de haber realizado un solo aspecto de su genio: el de gran soldado.

Una tarde glacial de febrero de 1879, Bariatinsky se levantó repentinamente de un salto, con todo su vigor de antaño.

—¡Dios mío! Si he de morir, quiero morir de pie —gritó, y se desplomó, muerto.

En su testamento, disponía que todos sus documentos y correspondencia quedaran sellados durante los cincuenta años siguientes: En 1918, la casa de Bariatinsky se quemó hasta sus cimientos: así, quedaron destruidas unas fuentes únicas de información sobre la conquista del Cáucaso. Aunque quizás no se hayan perdido. Hasta en el frenesí de la revolución, los bolcheviques revelaron una sorprendente sagacidad al conservar documentos y papeles que pudieran tener valor histórico. Es probable que los documentos de Bariatinsky, y muchos otros, hayan sido retirados antes de sufrir los demás el saqueo y la destrucción y que figuren ahora entre la extraordinaria colección de documentos y fuentes diplomáticas de los archivos soviéticos, donde esperan a sus historiadores.

Mientras que abundan en el Cáucaso majestuosos monumentos a Voronzov, el mayor de los triunfos de Bariatinsky es conmemorado con una simple piedra. En Gounib, donde se le rindió Shamyl, una pequeña roca señala el sitio exacto de la ceremonia: hoy, ostenta una bandera. Allí estuvo sentado el vencedor y recibió la espada del Imán. La lacónica inscripción BARIATINSKY fue ordenada por el propio Príncipe. No quería frases pomposas. Quizás no hubiese saboreado mucho su papel de vencedor de Shamyl.

VIII

Alejandro II, el "Zar Libertador", sobrevivió dos años a su más caro amigo: pero, desde hacía algún tiempo, era evidente que estaba conde-

nado. Los nihilistas y la multitud lo habían marcado. Todas las reformas que intentó no lograron conquistarlos y sólo tuvieron por efecto enajenarle la buena voluntad de los nobles. Las bombas lograron penetrar en el propio Palacio de Invierno o las encontraron dondequiera iba el monarca. Su único consuelo era la princesa Caterina Dolgoruki, quien, diecisiete años antes, cuando era una apasionada colegiala, se había convertido en su amante y sólo vivía para él. Cuando murió la Zarina en 1880, ambos pudieron contraer un matrimonio morganático y el Zar le concedió a Caterina el título de princesa Iurievskaia. Se proponía reconocerla y reconocer públicamente a los tres hijos de ambos, aunque la familia imperial y casi toda la corte se oponía a ello.

Quería anunciar algo igualmente impopular. Había bosquejado una constitución. Durante todos esos siglos, a Rusia le había faltado una representación parlamentaria y una constitución: todo radicaba en la voluntad de un hombre, el Zar. Ahora, el úcase había sido firmado y sólo faltaba publicarlo.

El 31 de marzo, el Zar viajaba junto al Canal Caterina cuando las bombas de los terroristas estallaron a su alrededor. Lo llevaron al Palacio de Invierno, horriblemente mutilado y expiró una hora después. El úcase que otorgaba una constitución y que debía publicarse al día siguiente fue destruido inmediatamente por aquellos ministros, quienes creían obrar en interés del nuevo Zar... y, sin duda, también de sí mismos.

Los puntos de vista de Alejandro II eran realmente muy liberales. Pero su pueblo nunca lo apreció. El Zar trató de darles progreso, pero sus súbditos le contestaron con bombas.

Una extraña fatalidad se había cernido sobre toda su vida, pudiéndose advertir desde su cuna. La emperatriz Isabel, esposa de su tío Alejandro I, anotó en su diario que el recién nacido tenía "una mirada muy conmovedora". Aunque Alejandro II nunca alcanzó la dimensión de la tragedia, sigue siendo una figura alucinante.

I X

En 1889, durante el reinado de Alejandro III, dos oficiales rusos, veteranos de las guerras del Cáucaso, se paseaban por el parque de Kisslovodsk. Discutían el heroico pasado. El uno era el general Potto, autor de una historia de las campañas caucasianas; el otro, Zaharin, a cuyas referencias sobre la vida de Shamyl en Kaluga ya hemos aludido. El general Potto indicó a una figura hercúlea que se les acercaba.

—He ahí a alguien que puede decirle a usted más que nadie sobre el Cáucaso —dijo y le presentó a Zaharin a Mahommed Sheffi.

Habían transcurrido treinta y ocho años desde el último encuentro de ambos. El tercer hijo de Shamyl era entonces poco más que un niño: ahora era un hombre maduro, grueso, muy alto, de complexión atlética

aún, de corta barba rojiza. Hablaba el ruso con fluidez, pero sin mucha corrección gramatical. Le dio las gracias a Zaharin por el artículo que escribiera un año antes sobre Shamyl. Todo aquello, afirmó, era muy cierto: no había mentiras ni deformaciones como las publicadas por el polaco Przhetzlavski.

Mahommed Sheffi se había quedado en el ejército ruso, alcanzando el grado de mayor. Durante la guerra ruso-turca de 1877, Alejandro II se había negado a usarlo contra hombres de su propia religión... contra su propio hermano, además.

—Espera a que haya una guerra con los prusianos: entonces, combatirás contra ellos —le dijo.

Cada vez que Mahommed Sheffi volvía al Cáucaso, la noticia de su llegada se difundía en las montañas y las tribus acudían en tropel a verlo, a mirar siquiera fuese fugazmente al hijo de Shamyl. Nunca se arriesgaban a hablarle, y él no se detenía a hablar con ellos; parecía subrayar así la ruptura de su pasado; mientras que, por su parte, ellos querían poner de manifiesto los sentimientos que seguían albergando por la parentela de Shamyl. En las montañas circulaba la leyenda de que, en la noche de la muerte del Imán, había aparecido en el cielo una extraña luz.

Fuera de Sheffi, sólo su cuñado Abdurrahman se había quedado en Rusia. Tenía una pequeña pensión y vivía tranquilamente en el Cáucaso, en su propiedad de Kazi-Koumoukh. Se había quedado en el ejército ruso durante el tiempo suficiente para alcanzar el grado de teniente coronel, pero ahora se dedicaba exclusivamente a estudiar teología.

Cuando murió su primera esposa, Mahommed Sheffi se consoló entre la aristocracia de San Petersburgo. Como miembro de la escolta imperial e hijo de Shamyl, se le consideraba irresistible. Sus centelleantes ojos y su soberbia destreza de jinete compensaban perfectamente la esbeltez que perdiera. Pero, poco a poco, su estrella empezó a palidecer. Ya no figuraba entre los allegados al Emperador, porque al subir al trono Alejandro III, la escolta imperial, reclutada entre los nobles asiáticos, había sido suprimida, casi de la noche a la mañana: su última aparición tuvo lugar en los funerales de Alejandro II. La sustituyeron los cosacos del Kubán, quienes les inspiraban más confianza a los reaccionarios consejeros del Cáucaso.

Mahommed Sheffi se retiró a Kazán, donde se casó poco después con la hija de Akhmet Ayagoff, un *mourza* (o príncipe) tártaro. En Kazán existían colonias tártaras desde que pasara la Horda de Oro y su extraña y exótica ciudad se convirtió en la sede de Mahommed Sheffi. Miriam, su segunda esposa, era frívola y mucho más joven que él y Mahommed la amaba con locura.

El hijo de Shamyl estaba ya muy lejos en espíritu del Gran Aúl de su niñez. Visitaba aún a su familia, aunque nunca se quedaba en la casa de Koska. La embajada rusa se convirtió en su residencia: a veces, llegaba allí en un yate que le prestaba el Zar. En los últimos tiempos, Ale-

jandro II hizo llover beneficios sobre al familia del Imán. Cuando iba a San Petersburgo, Sheffi paraba en el club de oficiales. En ocasiones, iba al extranjero, a Viena o a París. Y una vez, cuando estaba en París con un amigo ruso, el conde K., se vio anunciado como atracción de feria. "Le Figaro" anunció que nada menos que el célebre Mahommed Sheffi, hijo del gran caudillo caucasiano, *"el tan herido héroe de mil batallas, el jinete que desafiara a la muerte y que escapó milagrosamente de Gounib, ejecutará muchas proezas de equitación y también dará una exhibición de su destreza en la esgrima. Todas las noches a las ocho. Precio de la entrada: un franco"*. Una vez más, los estandartes múridas parecían ondear, espectrales, al ritmo de la estruendosa música del "carroussel".

Mahommed Sheffi se enfureció como nunca y aferrando su kindjal se precipitó bramando a los bulevares. Al verse frente al auténtico Mahommed Sheffi, el impostor, un armenio, dijo una sarta de mentiras, tembló y trató de zafarse de sus férreas manos, pero Sheffi sólo lo soltó cuando acudió la policía.

El último encuentro de Zaharin con Mahommed Sheffi tuvo lugar en 1901. Entonces, el hijo de Shamyl tenía más de sesenta años. "Al parecer estaba enfermo y solo y vivía en un modesto cuarto en un club de oficiales." Ahora, en el trono estaba otro Zar: el joven Nicolás II, biznieto de aquel Nicolás a quien Mahommed Sheffi combatiera desde adolescente y quien no ostentaba ninguna de las características de sus gigantescos antepasados. Lo absorbía por completo su mundo de felicidad doméstica y lo dominaba su esposa. Ocasionalmente, se entrometían en su hogar los asuntos de Estado, pero los mantenía a distancia lo mejor posible.

Mahommed Sheffi y Zaharin hablaron de la guerra boer, entonces en su apogeo y de la lucha desigual entre los guerrilleros boers y el poder del ejército británico. La naturaleza de la lucha recordaba las guerras caucasianas. Zaharin habló de la simpatía y admiración que todo el mundo sentía por los boers.

—Pero hace cincuenta años, mi padre luchó sin que nadie mostrara la más vaga simpatía por él —replicó con tristeza Mahommed Sheffi.

En las postrimerías de su vida, sus cartas a Khazi Mahommed revelaron sus remordimientos: comprendía que no le había sido fiel al legado de Shamyl.

Murió en 1904, en Rusia, el país que había llegado a ser el suyo, pero que debía mostrarse tan duro con sus descendientes. Sus hijas Fatimat y Nafisette se casaron, sucesivamente, con Mahommed Dakhodaiev, un ingeniero comunista que desapareció en una de las depuraciones efectuadas después de 1920. El hijo de Sheffi, Zahed, se casó con la hija de un tártaro, Baizekoff, y llegó a ser jefe de la oficina de prensa del ministerio del Interior, en San Petersburgo. Tomó parte activa en el derrocamiento del régimen zarista, pero en 1924 lo arrestaron los bolcheviques y nada se sabe sobre su destino ni sobre sus tres

hijos. Se cree que Mansour, un ingeniero, murió en un campo de concentración aleman. Sofiate ha desaparecido. No quedan huellas del hijo menor de Sheffi, quien nació en 1908 y al cual llamaron Khazi Mahommed.

X

Aunque la vieja casa de Koska ya no existe, los últimos descendientes de Shamyl viven aún en Turquía. Mahommed Kamil pasó sus últimos años allí, soñando siempre con el día en que pudiera guiar de regreso a sus montañas a los exilados caucasianos, y durante la revolución rusa, figuró entre los muchos que ofrecieron la última resistencia en el Cáucaso. Para él, aquello fue una primera resistencia: la primera vez que vio esas grandes cumbres que le arrebataran a su padre. Su joven hijo Saïd lo había acompañado: pero nuevamente las armas rusas —ahora, las bolcheviques— vencieron y ambos tuvieron que regresar a Turquía. Saïd y sus dos hermanas viven en el barrio Fatih donde, en un escenario moderno e impersonal, las negras banderas múridas parecen seguirlo dominando todo, como en los tiempos del Shariat. Hoy, en todo el Cercano y Lejano Oriente, el imán Saïd Shamyl es considerado una de las figuras más dinámicas del movimiento panislámico

* * *

En Besiktas, en una vieja casa [illegible]da junto al Bósforo, encontré a los nietos de Khazi Mahommed. Pers[illegible] en ellos los rasgos familiares: los ojos imperiosos y el rostro altivo y enjuto, inconfundible. En sus aposentos, encontré ajados daguerrotipos donde figura el único retrato conocido de Djemmal-Eddin, documentos de familia, la orden del día de muchas batallas, el *tespyh* negro de Shamyl, una alta y rellena silla de montar caucasiana, las shashkas y los kindjals usados por esos vigorosos guerreros. Allí, finalmente, mientras los escuchaba hablar de su Cáucaso, mientras entonaban los melancólicos cantos del Daghestán, terminé mis años de investigación en tantos países distintos, en tantos polvorientos archivos.

XI

En Rusia, durante los cuarenta últimos años, la valuación de Shamyl y el movimiento múrida han sufrido muchos cambios violentos, reflejando diversos matices de opiniones de partido y de problemas políticos mayores. Como los nombres de los lugares, variaron con los años.

La Rusia zarista veía a Shamyl con proporciones heroicas: magnificaba, de ser posible, su valor, para realzar la hazaña de haberlo vencido. Para los primeros bolcheviques, fue un héroe: había combatido contra la presión feudal zarista. Además, Karl Marx lo consideraba un gran demócrata: ideológicamente, un precursor del comunismo. En 1930, el

manual del partido declaró que "aunque Shamyl era caudillo de un movimiento religioso, ello no merma en ningún sentido su significación progresista. Hasta dentro de las condiciones de vida de una sociedad capitalista desarrollada, la lucha de clases cobra a menudo formas que ocultan su contenido."

Hasta el fin de la guerra, Shamyl siguió siendo el prototipo de un Héroe del Pueblo. Los épicos años de la guerra, Stalingrado y la ofensiva final contra Berlín no habían dejado tiempo para los matices más finos de las valuaciones partidarias. Pero más tarde, en 1947, Shamyl y el movimiento múrida fueron atacados como ultrarreaccionarios, como la expresión del Islam militante.

Al oponerse al régimen zarista, Shamyl, por desgracia, había derramado sangre *rusa*. Resultaba difícil perdonar esto. Durante la guerra, convenía glorificar todas las hazañas guerreras anteriores, aunque se hubiesen logrado bajo la férula zarista, a menudo en apoyo de planes imperialistas. Así Shamyl, al combatir contra las tropas rusas, al luchar contra la Madre Rusia, se convertía automáticamente en un enemigo.

A pesar de todo se percibe una nota de inquietud, como si se hubiese formado nuevamente un duro núcleo de resistencia en las montañas. Las deportaciones en masa de diversas tribus caucasianas, en el período inmediato de la posguerra, prueba el grado de alarma con que veía el gobierno, el Cáucaso "conquistado". Pero... ¿lo habían conquistado, realmente? En el mejor de los casos, existía aquiescencia de los vencidos; pero, en el fondo, les resistieron a todos sus invasores, las tropas zaristas, los colonos cosacos, el ejército revolucionario, el rojo, el blanco (que ofreció allí su última y heroica resistencia), la dominación bolchevique, la invasión nazi, y hasta, en cierta medida, la dictadura soviética. Ésta le causaba tanto resentimiento a ciertas tribus que esperaban equivocadamente, estar mejor bajo la férula alemana y llegaron a aceptar insinuaciones de Hitler.

Durante todo el siglo transcurrido desde la rendición de Shamyl, había perdurado siempre en las montañas un elemento de resistencia, dispuesto a rebelarse y combatir, a dar albergue a los proscritos, a fugitivos del régimen zarista... o de cualquier otro. A partir de 1905, el Cáucaso se había trocado en una incubadora de revolucionarios y contrarrevolucionarios. Era el cuartel general de los Activistas Transcaucásicos, un grupo encabezado por el joven Stalin, y sus salvajes incursiones recuerdan las hazañas de los abreks en otros tiempos. En 1907, Stalin, llamado entonces Josef Djugashvilli, había arrojado la bomba que precedió a un asalto muy audaz a un banco, realizado a plena luz, en la calle principal de Tiflis y bajo las propias narices de la guardia cosaca. El dinero robado se destinaba a engrosar los fondos del partido y a comprar nuevas prensas. El Cáucaso era el centro de la propaganda bolchevique. Sus prensas estaban ocultas en los sótanos o *saklias* de las montañas y lanzaban millones de enardecidos panfletos. Las cárceles locales, cosa extraña, parecían incapaces de mantener encerrados durante mucho

tiempo a sus prisioneros caucasianos. Para atraerse a ese espíritu independiente, para inducir a los daghestanos a unir sus fuerzas a las de los bolcheviques más bien que a las del general Denikin, Lenin envió a muchas banderas y trofeos de Shamyl que estaban en los museos de Moscú, a fin de que quedaran bajo la custodia del pueblo del Daghestán. Por más que les ofrecieran resistencia los montañeses a sus últimos invasores o a los bolcheviques, aborrecían más que nada a los cosacos y nunca habían olvidado las heridas y humillaciones de las guerras múridas. En 1919, en Gounib se libró otra terrible batalla. Ciento sesenta cosacos fueron arrojados del puente de Saltee para que perecieran como antaño los montañeses.

Después de la guerra, en 1944, se consideró conveniente dispersar a muchas feroces minorías del Cáucaso. La república autónoma de los chechenes, quien había colaborado con los nazis y se mostró peligrosamente levantisca en tiempos de los Soviets (estalló una revuelta en 1930 y otra en 1941) vio a sus súbditos arrestados y enviados a los campos de trabajo o colonias de desterrados del Asia Central. A las veinticuatro horas, había desaparecido todo el pueblo chechén. Las regiones desiertas fueron repobladas muy pronto con rusos más dóciles de Orel y Kursk, aunque a éstos no los alegraba probablemente su forzado cambio de escenario más que a los chechenes. En esta dispersión en masa, fueron trasladadas siete naciones íntegras. Los tártaros colaboracionistas de la Crimea fueron reinstalados en Ucrania, mientras que a algunos ucranianos los enviaban a Alma-Ata, capital de la república de Kazakh.

Después de la muerte de Stalin, ocurrió otro cambio en el punto de vista oficial sobre las minorías del Cáucaso y lo que se llama "la cuestión Shamyl". La Unión Soviética se considera la cuarta potencia musulmana; sería impolítico enajenarse la buena voluntad de los musulmanes, dentro y fuera de las fronteras de la U.R.S.S., mediante una incesante hostilidad con respecto a Shamyl, el muridismo y las minorías mahometanas. A Shamyl no se le acusa ya de haber sido un agente del capitalismo británico o "un gobernante religioso-militar-oriental-teocrático-feudal-monárquico, despótico". Ahora, se ha convertido nuevamente en el León del Daghestán.

En la actualidad, los dispersos caucasianos son reinstalados en sus aúles y valles: se reintegran a los estantes las obras históricas sobre el movimiento múrida que habían retirado de las bibliotecas y vuelven a venderse libros que presentan a Shamyl bajo una luz simpática. Le han devuelto su posición de antaño importantes congresos y debates, efectuados en Daghestán y en Moscú, aunque se subraya tanto la naturaleza *antizarista* como *antirrusa* de su lucha. En su país, el Ministerio de Cultura daghestano ha vuelto a exhibir cosas de Shamyl en el museo local. En un rincón se hallan algunas de sus banderas, unos trapos de aspecto bastante humilde. Pero la sombra de su antiguo poderío se proyecta más allá del museo, más allá de la pequeña ciudad, hasta las montañas, desde donde, durante toda su vida, Shamyl luchó por la libertad.

NOTAS GENEALÓGICAS SOBRE SHAMYL Y SUS ESPOSAS E HIJOS

Shamyl, Tercer Imán del Daghestán. Nació en Ghimri en 1796, murió en Medina en 1871. Hijo de Dengau, un ávaro de Ghimri, y Bahou-Messadu. Ambos eran de ascendencia noble.

Fatimat. Primera esposa de Shamyl. Nació en Ountsoukoul en 1810, murió en Alousind en 1845. Hija de Abdul Aziz, célebre médico.

Tres hijos, dos hijas:

1. Djemmal-Eddin.
2. Khazi Mahommed.
3. Mahommed Sheffi.
4. Nafisette.
5. Fatimat.

Djavarat. Segunda esposa de Shamyl, nació en Ghimri en 1821, murió en Akhulgo en 1839.

Un hijo:

Saïd: murió siendo niño.

Zaïdate. Tercera esposa de Shamyl. Nacida en Kazi-koumoukh en 1823, murió en Medina en 1870. Hija de Mollah Jamul u'din, maestro espiritual de Shamyl y descendiente del Profeta. Dos hijas, un hijo:

1. Nadjavat.
2. Bahou-Messadou.
3. Mahommed-Kamil.

Shouanete. Cuarta esposa de Shamyl (La Perla). Nació en Mozdok en 1825, murió en Constantinopla en 1876. Era una cautiva cristiana convertida a la religión mahometana. Una hija:

Sofiate.

Aminette. Quinta esposa de Shamyl: era *kist* (chechene), nacida en 1835. Se divorció en 1858. No tuvo hijos.

FAMILIA DE SHAMYL, POR ORDEN ALFABÉTICO

Bahou-Messadou. Quinta hija de Shamyl (con Zaïdate). Nació en Dargo-Vedin en 1856, murió en Constantinopla en 1875.

Djemmal-Eddin. Hijo mayor de Shamyl (con Fatimat), nació en Ghimri el 15 de junio de 1831, murió en Karaty el 12 de julio de 1858. Tomado como rehén por los rusos en 1839. Volvió al Cáucaso en 1856.

Fatimat. Segunda hija de Shamyl (con Fatimat). Nació en Dargo-Vedin en 1843, murió en Medina en 1871. Se casó con Abdurrahim, hijo de Mollah Jamul u'din.

Kamil (Mahommed). Quinto hijo de Shamyl (con Zaïdate), nació en Kaluga 1861, murió en Estambul el 18 de enero de 1951. Se casó con Nebihé. Cuatro hijos: Säid, Nadjia, Nadjavat, quienes viven en Turquía, y Jamul u'din, quien vive en Damasco.

Khazi Mahommed. Segundo hijo de Shamyl (con Fatimat). Nació en Ghimri en abril de 1833, murió en Medina el 27 de setiembre de 1902. Fue proclamado heredero del Imán en 1851. Se casó en 1851 con Kherimat. No tuvo hijos. Segunda esposa: Kistaman (Habibette). Primer vástago, Nafisette, nacida en Kaluga en 1864 y que murió en Constantinopla en 1873. Segunda hija, Emiré Nafisette, nacida en Constantinopla en 1873, murió en Estambul el 2 de noviembre de 1950. Se casó en 1888 con el mariscal de campo Chapli Bereketuko Osman Ferid Pashá, Sheik ul Harem, gobernador general de Medina. Once hijos, cinco de los cuales sobreviven.

Kherimat. Primera esposa de Khazi Mahommed. Nació en Tiflis en 1835, murió en Kaluga en 1861. Hija de Daniel Beg, sultán de Elisou.

Kistaman (Habibette). Segunda esposa de Khazi Mahommed, con quien se casó en 1863. Nació en Tchokh en 1844, murió en Medina en 1903. Hija de Daoudilaou de Tchokh, el más famoso de los forjadores de espadas y artífices del metal del Cáucaso.

Mahommed Sheffi. Tercer hijo de Shamyl (con Fatimat). Nació en Baiyan, en 1839, murió en Piatigorsk. Se casó por primera vez con Aminette, hija del naib Enkaou Hadjio. Su segunda esposa, Meriem, era hija de Akhmet Ayagoff, un *mourza* (príncipe) tártaro, de Kazán. Dos hijas y un hijo, Mahommed Säid, quien murió en Moscú en 1924.

Nadjavat. Tercera hija de Shamyl (con Fatimat), nació en Dargo-Vedin en 1842, murió en Kaluga en 1862. Se casó con Abdurrahman, hijo del Mollah Jamul u'din. La hija de ambos murió en Constantinopla en 1874.

Sofiate. Cuarta hija de Shamyl (con Shouanete), nació en Dargo-Vedin en 1855, murió en Medina en 1870.

NOTA DE LA AUTORA

Gran parte de mi material proviene de fuentes militares rusas del siglo XIX, en que los nombres caucásicos están rusificados como parte del proceso de colonización. Así, por ejemplo, el Kachkaluk caucasiano se convierte en Kachkalykov. Esto es comprensible... pero también es comprensible el hecho de que ello es etnográficamente incorrecto y debe de causar resentimiento entre los hombres del Cáucaso.

En general, he tratado de atenerme a la escritura que me pareció más adecuada, aunque no traté de unificarla, ya que tanto los nombres de lugares rusos como caucasianos están escritos poco más o menos como suenan. Khazi Mahommed me pareció más cercano del sonido árabe que el clásico Khazi; los nombres Chichagova y Davidova son el femenino de los apellidos Chichagov y Davidov.

En las complicaciones de la familia de Shamyl, el nombre Mahommed figura ligado a muchos otros, además de dos generaciones de Fatimats y Nafisettes, Hadjios y Hadjis, Abdurrahmines, Abdurrahmanes, etc. Por eso, he tratado de diferenciar a las personas. Hadjio, el mayordomo, podría ser confundido con el joven naib del mismo nombre si a éste yo no lo llamara Hadjio-Harito. El prefijo Mahommed suele ser presentado como Magoma, Magomet o Magomoi, como en ciertas fuentes, para facilitar la identificación.

En cuanto al uso de la palabra "circasiano" en vez de caucasiano, existe una confusión que aparece sin cesar en muchas fuentes inglesas del siglo XIX y por eso se presenta en las citas. Le recuerdo al lector que mientras que el término "caucasiano" se aplica a todas las tribus del Cáucaso, el término "circasiano" es específico de los pueblos de la Circasia y "cherkess" es la versión rusa del mismo nombre. También la palabra "tártaro" es usada en un sentido amplio por los rusos para referirse a tribus de orígenes muy distintos; localmente, se aplica a los hombres de origen turco o mongol.

Se terminó de imprimir el día 23 de febrero de 1962, en la Imprenta López, Perú 666, Buenos Aires, República Argentina

(Viene de la primera solapa)

harén hasta que pudieron ser canjeadas por su vástago. La institutriz, quién pasó meses enteros en el harén de Shamyl, anotó experiencias e impresiones sobre la extraña y magnética personalidad del Imán.

Aparecen aquí algunas de las figuras que vivieron, lucharon y murieron en el Cáucaso, entre ellas viajeros y novelistas como Dumas o escritores como Lermontov y Tolstoy, quienes, al combatir allí, hallaron inspiración para algunas de sus más grandes obras.

Este libro habla de violencia y frenesí, y más de odio que de amor. De fanfarrones guerreros que arrasaban los poblados y como recuerdo de su victoria desjarreteaban la pierna derecha de todas las vírgenes poseídas. De mujeres que sabían pelear como las amazonas y bajo sus velos llevaban un puñal. De la oficialidad rusa compuesta de príncipes gallardos condenados a la lucha de fronteras, hijos de la aristocracia más degenerada, que vivía rodeada de una atmósfera de escándalo y lujuria, y entre quienes un duelo a muerte —como el de Lermontov— se consideraba algo que valía la pena, si proporcionaba una distracción, mientras sus damas languidecían de amor por los montañeses o soñaban ser raptadas y poseídas por los felinos guerreros de Shamyl.

Pero toda esa violencia y la furia del Cáucaso son compensadas por escenas igualmente vividas de San Petersburgo, las vastas estepas nevadas que llevan a Siberia y las trágicas tonalidades subyacentes de un drama romántico, que nunca se ha revelado totalmente. Todo se advierte con la vista singularmente penetrante que tiene Lesley Blanch para los detalles, y es descrito con su excepcional vigor para crear la atmósfera de la época.

EDICIONES SELECTAS

LAS MEJORES OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES CONTEMPORANEOS

RIZPAH

"Y Saúl tuvo una concubina cuyo nombre era Rizpah . . .

II Samuel 3 : 7

por Charles E. Israel

Fascinante y bien documentada historia de Rizpah, **la mujer cuya belleza, ingenio y capacidad para amar, la convirtieron en centro de la vida y en inspiración de los grandes héroes de su tiempo.** Vivió en una era de barbarie, saqueos y violaciones, cuando las tribus de Israel luchaban contra las huestes filisteas.

A los quince años de edad es capturada por los invasores y vendida como esclava en la ciudad pagana de Askelon, a un príncipe libertino que la inicia en las artes del amor y el juego del poder. Derrotados los filisteos, tres años más tarde, retorna convertida en una experimentada mujer de arrebatadora belleza, y une su suerte a la del rey Saúl, convirtiéndose en su apasionada amante.

Este es el relato de su vida y de los grandes hombres con quienes compartió sus hazañas y su destino. La veremos convertirse de adolescente a mujer en los ambientes licenciosos de Askelen; enfrentando los hechos horriblemente sangrientos de una guerra cruel, envuelta en la mortal lucha de predominio entablada entre Saúl, el profeta Samuel y el ambicioso David, **y como concubina del Gran Rey, actuando con todo el poder de sus instintos de mujer . . .**

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

EDITORIAL DE EDICIONES SELECTAS S.R.L.

LAVALLE 1454 - BUENOS AIRES